Boris Pasternak



Doctor Zhivago

No es una novela contrarrevolucionaria ni tergiversa las ideas de la revolución. Describe en ella Pasternak, sin abiertas intenciones polémicas, la vida de un 'testigo' de una de las épocas más trágicas de la historia rusa. Sólo a comienzos de 1988 esta novela fue publicada en Rusia.

El Dr. Zhivago , la novela de Pasternak galardonada con el Premio Nobel en 1958 , es sin duda el best-seller mundial numero uno de las ultimas decadas. Pero ha sido ademas reconocida por toda la crítica como una obra maestra.

La tragedia del protagonista es la tragedia del intelectual revolucionario romántico golpeado por acontecimiento frente a los que nada puede hacer el hombre solo. El Dr. Zhivago es tambien la historia de un grande y desesperado amor.

Lectulandia

Boris Pasternak

Doctor Zhivago

ePUB v1.0

Horus01 11.11.11

Edición de Natalia Ujanova
Traducción de Fernando Gutiérrez
Revisión del texto, traducción de los poemas y notas de José María Bravo

LIBRO PRIMERO

I

EL RÁPIDO DE LAS CINCO

1

Andaban, y al andar cantaban Eterna memoria. Los pies, los caballos y el soplo del viento parecían continuar el cántico cuando se detenían. Los transeúntes abrían paso al cortejo, contaban las coronas y se santiguaban. Los curiosos, metiéndose entre las filas, preguntaban:

—¿Quién es el muerto?

Y les respondían:

—Zhivago.

–¡Ah! Entonces se comprende.

—Pero no él. Ella.

—Lo mismo da. ¡Dios la haya perdonado! Lujoso entierro.

Transcurrieron los últimos minutos, contados e irreversibles.

El sacerdote, con el ademán de la bendición, arrojó un puñado de tierra sobre María Nikoláievna. Se entonó *Por el alma de los justos*. Después comenzó una terrible carrera. Cerraron el ataúd, lo clavaron y lo bajaron a la fosa. Tamborileó sobre la caja la lluvia de las paletadas de tierra arrojada apresuradamente con cuatro palas, hasta que se formó un pequeño túmulo. Sobre él se encaramó un niño de diez años.

Sólo en ese estado de necia insensibilidad que suele producirse en los entierros solemnes puede parecer plausible que un chiquillo quiera pronunciar unas palabras sobre la tumba de su propia madre.

Levantó la cabeza y desde el túmulo abarcó con mirada ausente los desiertos campos otoñales y las cúpulas del monasterio. Contrajo levemente el achatado rostro y alargó el cuello. Si hubiese sido un lobezno el que levantara la cabeza con aquel ceño, hubiérase dicho que estaba a punto de aullar. El chiquillo se tapó la cara con las manos y prorrumpió en sollozos. Una nube que acudía hacia él comenzó a golpearlo sobre las manos y la cara con los líquidos azotes de un helado chubasco. Un hombre se acercó a la tumba; vestía de negro, y las mangas estrechas y ceñidas formaban pliegues en sus brazos. Era el hermano de la difunta y tío del chiquillo que lloraba, el sacerdote Nikolái Nikoláevich Vedeniapin, fuera de su ministerio a petición propia. Se acercó al chiquillo y se lo llevó.

2

Pasarían la noche en una celda que había sido destinada a su tío, antiguo conocido del monasterio. Era la víspera de la Intercesión de la Virgen[1]. Al día siguiente partirían

hacia el sur, a una ciudad cabeza de partido de la provincia del Volga, donde el padre Nikolái estaba empleado en una casa editorial que publicaba el diario avanzado de la región. Había adquirido ya los billetes para el tren y reunido en la celda su equipaje. Traídos por el viento llegaban desde la estación vecina los quejumbrosos silbidos de las locomotoras que hacían maniobras en las lejanas vías.

Al atardecer refrescó mucho. Dos ventanas al nivel del suelo daban al desolado rincón de un huerto lleno de amarillos arbustos de acacia, a las heladas charcas de la carretera y a ese lugar del cementerio donde por la mañana habían enterrado a María Nikoláevna. Excepto algunos cuadros de coles azuladas por el frío, el huerto estaba vacío. Cuando arreciaba el viento, las desnudas ramas de las acacias agitábanse como poseídos, curvándose sobre la carretera.

Un golpe dado en la puerta despertó a Yura durante la noche. La oscura celda se había iluminado extrañamente por una inmóvil luz blanca. Yura corrió en camisa hasta la ventana y pegó la cara al cristal helado.

Afuera no existían ya carretera, ni cementerio, ni huerto. En el patio arreciaba la nevasca y el aire era un humo de nieve. Como si se hubiese dado cuenta de su presencia y, sabiendo que le causaba espanto, gozaba con la impresión que le producía. La tormenta silbaba y ululaba, buscando por todos los medios atraer su atención. Como una urdimbre que se desenrollara sin fin, una espesa trama blanca caía del cielo sobre la tierra, cubriéndola de fúnebres lienzos. Solamente la tormenta permanecía en el mundo, sin rival alguno.

La primera intención de Yura al apartarse del alféizar fue vestirse y salir para hacer algo. A veces le asaltaba la idea de que las coles del monasterio no se podrían arrancar antes de que la nieve las sepultase, y otras veces experimentaba el temor de que la nieve cubriese en el cementerio el cuerpo de su madre y que, sin que pudiera defenderse ya, fuese hundiendo se bajo tierra, cada vez más profundamente y más lejos de él.

Volvió a llorar. Su tío se despertó, le habló de Cristo y lo consoló. Luego se acercó bostezando a la ventana y se puso a mirar afuera, pensativo. Comenzaron a vestirse. Amanecía ya.

3

Mientras su madre vivió, Yura ignoró que su padre les había abandonado hacía mucho tiempo. Viajaba por las ciudades de Siberia y por el extranjero, llevando una vida disipada, y no tardó en malbaratar un patrimonio de millones. A Yura le habían dicho unas veces que estaba en Petersburgo, y otras en una feria, casi siempre en la feria de Irbitsk.

Más tarde, a su madre, que nunca estuvo muy bien de salud, se le declaró la tuberculosis. Para curarse comenzó entonces a viajar por el sur de Francia e Italia

septentrional, adonde Yura la acompañó en dos ocasiones. Así había transcurrido su infancia, en medio del desorden y de continuos misterios, confiado a menudo a personas extrañas, siempre distintas. Pero se había acostumbrado a tales cambios y, en una situación de constante interinidad, no le sorprendía la ausencia de su padre.

Era todavía muy niño cuando el nombre que llevaba designaba un gran número de cosas, cada una distinta de las demás.

Era la manufactura Zhivago, la banca Zhivago, las casas Zhivago, la manera de anudarse la corbata y prendérsela con el alfiler Zhivago, incluso un pastel de forma redonda, una especie de bizcocho al ron, también llamado Zhivago. Y en Moscú, durante algún tiempo gritar a un cochero: «¡A Zhivago!», equivalía ni más ni menos decirle: «¡A casa del diablo!» Y, efectivamente, el cochero os habría llevado en su trineo a un solitario lugar de ensueño. Os hubiese acogido un parque silencioso. En las ramas de los abetos, haciendo caer la escarcha, se posaban los cuervos. Oíanse en torno sus graznidos ásperos y secos como el crepitar de un tronco. Desde la mansión recién construida y atravesando la carretera que cortaba el bosque, acudían los perros de caza. Allá abajo se encendían las luces, y empezaba a anochecer.

Luego todo esto se esfumó de repente. Se habían empobrecido.

4

En el verano de 1903, Yura y su tío, en un coche de dos caballos, dirigíanse a través de los campos a Duplianka, la finca de Kologrívov, propietario de hilaturas de seda y mecenas, para hacer una visita a Iván Ivánovich Voskobóinikov, profesor y autor de obras de divulgación.

Era el día de la Virgen de Kazán[2], momento culminante de la recolección. Como era la hora del almuerzo, o acaso por ser día festivo, no había un alma en los campos. Ardía el sol sobre las zonas no segadas todavía, como cogotes de presos a medio afeitar. Revoloteaban por los campos los pajarillos. Curvábanse las espigas, mientras el trigo permanecía rígido en el aire inmóvil, o, lejos de la carretera, levantábanse en gavillas que, miradas fijamente, parecían adquirir el aspecto de figuras en movimiento, de agrimensores que caminaran por la línea del horizonte anotando algo.

—¿Y aquéllas?—preguntó Nikolái Nikoláevich a Pável, peón y guarda de la editorial, que estaba sentado de lado en el pescante, encorvado y con las piernas cruzadas, como para demostrar que no era el cochero y que guiaba excepcionalmente el coche—. ¿Son de los señores o de los campesinos?

—De los señores —respondió Pável, y siguió fumando—. En cambio, ésas... —y tras una larga pausa señaló, con el extremo de la fusta, en la dirección opuesta, deteniéndose un instante para encender—, ésas son las nuestras. ¡Arre! ¿Estáis dormidos?—gritó, como hacía de vez en cuando, a los caballos, de cuyas colas y grupas no apartaba un momento los ojos, lo mismo que un maquinista observa los

manómetros.

Pero los caballos tiraban como todos los caballos del mundo. Es decir, el delantero corría con la innata honestidad de un carácter escrupuloso, mientras que, para un observador superficial, el otro podía parecer un haragán redomado que, curvando el cuello como un cisne, aparentase no saber otra cosa que bailar al tintineo de los cascabeles sacudidos por los saltos de la carrera.

Nikolái Nikoláevich llevaba a Voskobóinikov las pruebas de un libro suyo sobre la cuestión agraria, que la casa editorial le había rogado revisara para precaverse contra la creciente severidad de la censura.

—El pueblo se agita en nuestro distrito —dijo Nikolái Nikoláevich—. En el *vólost*[3] de Pankovo han degollado a un comerciante y al *zemski*[4] le han incendiado el acaballadero. ¿Qué piensas tú de todo esto? ¿Qué se dice entre vosotros en el pueblo?

Pero Pável veía las cosas aún más negras que el censor encargado de moderar las pasiones agrarias de Voskobóinikov.

—¿Que qué dicen? que se han aflojado las riendas al pueblo. Dicen que son travesuras. ¿Qué queréis hacer con gente corno nosotros? Da la libertad a los campesinos y se matarán entre ellos, como hay Dios. ¡Arre! ¿Estáis dormidos?

Era el segundo viaje del tío y el sobrino a Duplianka. Yura creía recordar el camino y cada vez que los campos huían a su espalda engullidos por los bosques, le parecía reconocer el lugar, pasado el cual la carretera torcería a la derecha y se mostraría en la curva, para desaparecer, al cabo de un minuto, el panorama de Kologrívovka, en unas diez verstas, con el río que brillaba a lo lejos y la línea del ferrocarril que lo atravesaba. Pero se engañaba a cada vuelta. Sucedíanse los campos unos a otros, y de nuevo eran engullidos por los bosques. La sucesión de tales extensiones ensanchaba el ánimo. Experimentábase el deseo de soñar, de perderse en el porvenir.

Ninguno de los libros que consagrarían a Nikolái Nikoláevich había sido escrito aún. Pero sus ideas estaban ya definidas. No sabían cuán cercana se hallaba su hora.

Muy pronto, entre los representantes de la literatura de entonces, los profesores de universidades y los filósofos de la revolución, descollaría este hombre que meditaba los mismos problemas y que, sin embargo, salvo la terminología, no tenía nada de común con ellos. Todos los demás, en su dogmatismo, se contentaban con frases y apariencias. Pero el padre Nikolái, que había pasado por el tolstoísmo y la revolución, era un hombre que avanzaba hacia el futuro. Tenía puestas sus miras en un pensamiento elevado y, al mismo tiempo, concreto, que pudiera señalar un camino preciso e inequívoco en su proceder, que mejorase el mundo y fuese tan claro para un niño como para un ignorante, con esa misma evidencia del relampagueo de un rayo o el retumbar del trueno que se aleja. Era un hombre que anhelaba un cambio de las

cosas.

Yura se sentía a gusto con su tío, tan parecido a su madre, libre como ella, despojado de prevenciones contra todo lo que no es común. Como ella, tenía profunda conciencia de la igualdad que existe entre toda cosa viva. Y lo mismo que ella, también él lo comprendía todo a la primera mirada y sabía expresar los pensamientos de la misma forma en que surgen en la mente cuando están llenos de vida y no se hallan vacíos de contenido.

Yura estaba contento de que su tío se lo hubiese llevado a Duplianka. Allí todo era hermoso y hasta la pintoresca belleza del paisaje le recordaba a su madre, que amaba la naturaleza y solía llevárselo en sus paseos. Además, a Yura le gustaba encontrarse de nuevo con Nika Dúdorov, un estudiante que vivía cerca de Voskobóinikov, aunque tenía dos años más que él y realmente lo despreciaba. Al saludar, bajaba con tal fuerza la mano que estrechaba e inclinaba la cabeza de tal manera que los cabellos le caían sobre la frente y le ocultaban la mitad del rostro.

5

—«El nervio vital del problema del pauperismo» —leía Nikolái Nikoláevich en el manuscrito corregido.

—Creo que será mejor tachar eso —dijo Iván Ivánovich, y efectuó la oportuna corrección en las pruebas.

Trabajaban en la penumbra de la terraza con vidrieras. Abandonadas en desorden veíanse las regaderas y los útiles de jardinería. Había un impermeable sobre el respaldo de una silla rota. En un rincón, un par de botas de agua cubiertas de barro endurecido, cuyas cañas caían hasta el suelo.

—«Además, la estadística de muertes y nacimientos demuestra...» —dictaba Nikolái Nikoláevich.

—Convendría añadir: «para el año en cuestión» —interrumpió Iván Ivánovich, anotándolo en las pruebas.

Soplaba en la terraza una brisa leve. Con unas piedras sujetaron las páginas del opúsculo para evitar que volasen.

Cuando hubieron terminado, Nikolái Nikoláevich quiso regresar enseguida a casa.

—Está amenazando tormenta, y es cosa de ponerse en camino.

—No se le ocurra pensarlo. No voy a dejarlo. Ahora vamos a tomar el té.

—Esta noche he de estar sin falta en la ciudad.

—Nada. No quiero oír hablar de ello.

Desde el jardín llegaba el olor del fuego del samovar, que sofocaba los del tabaco y el heliotropo. De la casa habían traído crema de leche, fresas y pastelillos de requesón. Cuando llegó la noticia de que Pável había ido a bañarse al río, y se había llevado también los caballos, Nikolái Nikoláevich hubo de resignarse a quedarse.

—Mientras preparan la mesa del té, vamos a sentarnos en el banco que está al borde del barranco —propuso Iván Ivánovich.

Por un derecho derivado de la amistad, Iván Ivánovich ocupaba en la propiedad del opulento Kologrívov dos habitaciones en el ala de la casa destinada al administrador. El pabellón con el jardinillo contiguo estaba situado en una parte oscura y abandonada del parque. La antigua avenida de entrada formaba un semicírculo y estaba enteramente cubierta de hierba desde que había dejado de ser transitada. Por ella se transportaba sólo la tierra, los escombros y detritos, para arrojarlos por el barranco que hacía las veces de vertedero. Hombre de ideas avanzadas y muy rico, simpatizante con la revolución, Kologrívov hallábase entonces en el extranjero con su mujer, y en la finca se encontraban sólo sus hijas Nadia y Lipa con la institutriz y algunos criados.

El jardinillo del administrador estaba separado del parque propiamente dicho, con sus estanques, sus claros y la casa señorial, por un espeso y fuerte seto de viburno. Iván Ivánovich y Nikolái Nikoláevich dieron una vuelta por el exterior del parque y, mientras paseaban, los gorriones, que bullían en la espesura, alzaban el vuelo en bandadas iguales y a iguales intervalos. Al acercarse Iván Ivánovich y Nikolái Nikoláevich llenaban los matorrales de un rumor monótono, como de agua que circula por una cañería.

Dejaron atrás el invernadero, la vivienda del jardinero y los restos de piedra de una construcción desconocida. Discurrían sobre los jóvenes valores de la literatura y la ciencia.

—También hay gente de talento —dijo Nikolái Nikoláevich—. Pero hoy se han puesto muy en boga círculos y asociaciones de toda clase y cualquier gregarismo es el refugio de la mediocridad, aunque se trate de guardar fidelidad a Soloviov[5], Kant o Marx. Solamente los solitarios buscan la verdad y rompen con quien no la ame lo bastante. ¿Cuáles son en el mundo las cosas que merecen fidelidad? Bien pocas. Yo creo que hay que ser fieles a la inmortalidad, ese otro nombre de la vida más rico de sentido. ¡Ser fieles a la inmortalidad, fieles a Cristo! ¡Ah, le estoy poniendo de mal humor! ¡Pobrecillo! Tampoco esta vez ha comprendido usted nada.

—Ya —refunfuñó Iván Ivánovich, escurridizo hombrecillo rubio con una barbita maliciosa que lo asemejaba a un americano de los tiempos de Lincoln, barba que apretaba continuamente en el hueco de la mano y cuya punta aferraba con los labios —. Yo, naturalmente, no contesto. Usted mismo puede comprender que veo estas cosas de un modo profundamente distinto. A propósito, dígame cómo se hizo usted seglar. Hace tiempo que deseaba preguntárselo. ¿Tuvo miedo? Le lanzaron el anatema, ¿eh?

—¿Por qué cambiar de conversación? Pero, en fin, ¡qué más da! ¿El anatema? No, ahora ya no maldicen. Te ponen por delante una montaña de impedimentos y has

de soportar las consecuencias. Por ejemplo: en mucho tiempo uno no puede desempeñar cargos públicos ni vivir en las capitales. Pero eso son tonterías. Volvamos al tema de nuestra conversación. Decía que hay que ser fieles a Cristo. Me explicaré mejor. Usted no comprende que se pueda ser ateo, no saber si Dios existe ni por qué, y al mismo tiempo saber que el hombre no vive en la naturaleza, sino en la historia, y que, en el concepto que se tiene hoy de ella, ha sido fundada por Cristo, que el Evangelio es su fundamento. Pero ¿qué es la historia? Es dar principio a trabajos seculares para llegar poco a poco a resolver el misterio de la muerte y superarla en el porvenir. Por esto se descubren el infinito matemático y las ondas electromagnéticas, y por eso se componen sinfonías. Pero sin cierto impulso no se puede progresar en tal dirección. Para descubrimientos de esta clase es preciso tener una preparación espiritual y, en este sentido, ya se hallan todos los datos en el Evangelio. Ahí están. En primer lugar, el amor al prójimo, esa suprema forma de energía viva que llena el corazón del hombre y exige expansionarse y ser gastada. Luego, las razones esenciales del hombre de hoy, sin las cuales el hombre no puede ser imaginado, es decir, el ideal de la libre individualidad y de la vida como sacrificio. Tenga usted en cuenta que todo esto es hoy sumamente nuevo. En este sentido los antiguos no tenían historia. Había entonces una infamia sanguinaria de crueles Calígulas picados de viruela, que ni siquiera sospechaban cuán mediocre es todo acto de sometimiento. Era la pomposa y muerta eternidad de los monumentos de bronce y de las columnas de mármol. Solamente después de Cristo los siglos y las generaciones han respirado con libertad. Sólo después de El ha comenzado la vida en la posteridad y el hombre no muere ya por la calle al pie de un muro cualquiera, sino en su casa, en la historia, en el ápice de una actividad dirigida a la superación de la muerte; el hombre muere dedicado por entero a esta búsqueda. ¡Uf! ¡Estoy sudando a chorros! Bueno, esto era lo que quería decir. Pero es predicar en el desierto.

—Metafísica, amigo mío. Los médicos me la han prohibido: mi estómago no la digiere.

—No insisto. Dejémoslo. ¡Dichoso usted! Realmente no tiene usted muy buen aspecto. ¡Y pensar que ni siquiera se da cuenta!

Hacía daño a los ojos mirar el río. Cambiaba al sol, haciéndose unas veces cóncavo y otras convexo, como una lámina de hierro. De pronto se enrizó. Desde la orilla opuesta avanzaba una pesada zatara con caballos, carros, mujeres y campesinos.

—Fíjese, sólo son las cinco —dijo Iván lvánovich—. El rápido de Syzran. Pasa por aquí a las cinco y minutos.

Lejos, en la llanura, corría de derecha a izquierda un resplandeciente tren amarillo y turquí, empequeñecido por la distancia. Poco después observaron que se detenía. De la locomotora brotaron blancas nubes de vapor y luego se oyeron jadeantes

silbidos.

—Es raro —dijo Voskobóinikov—. Hay algo que no marcha. No hay razón para que se detenga en la zona pantanosa. Algo ha ocurrido. Vayamos a tomar el té.

6

Nika no estaba en el jardín ni en la casa. Yura adivinó que se escondía porque se aburría con ellos y no gustaba de su compañía. Su tío e Iván Ivánovich habían ido a la terraza a trabajar, dejándolo vagar sin objeto en torno a la casa.

El lugar era encantador. Cada minuto oíase en tres tonos el puro gorjeo de las oropéndolas, y con pausas de espera para que sus penetrantes notas, que parecían emitidas por un pífano, empapasen enteramente la atmósfera. El perfume de las flores, persistente y suspenso en el aire, lo inmovilizaba el bochorno contra los macizos. ¡Cómo le recordaba todo esto a Antibes y Bordighera! Yura miraba a su alrededor. Como una alucinación del oído, parecía alentar sobre los prados la sombra de la voz materna, que él creía reconocer en los melodiosos trinos de los pájaros y en el zumbido de las abejas. Estremecíase: a veces parecía que su madre lo llamaba y le hacía señas para que la siguiera.

Llegó hasta el barranco y, desde el bosque ralo y luminoso que se eleva sobre la colina, comenzó a descender hacia el pequeño alisar que cubría el fondo.

Reinaba allí una oscuridad húmeda: ramas caídas, esqueletos de animales, algunas flores; los tallos articulados de la cola de caballo parecían cetros y mazas con decoraciones egipcias, como en las ilustraciones de su Historia Sagrada.

Sentíase cada vez más triste y tenía deseos de llorar. Por último, cayó de rodillas y prorrumpió en sollozos.

—Ángel de Dios, santo custodio mío —imploró—, confirma mi entendimiento en el camino recto y dile a mamá que estoy bien aquí y que no se preocupe. Señor, si hay una vida más allá de la muerte, lleva a mamá al cielo, donde brillan como astros las caras de los santos y los justos. Mamita era tan buena que no puede haber sido una pecadora. Sálvala, Señor, haz que no sufra. ¡Mamita! —llamó con desesperación, como queriendo arrancarla del cielo adonde hacía poco que había subido, nueva santa, y de pronto le faltaron las fuerzas, cayó de bruces y perdió el sentido.

No permaneció mucho rato así. Cuando se recobró, oyó a su tío que lo llamaba desde arriba. Respondió y comenzó a subir. De improviso recordó que no había rezado, tal como le enseñó María Nikoláevna, por su padre desaparecido.

Pero sentíase tan bien después del desvanecimiento que no quería perder esa sensación de ligereza, temiendo no volver a encontrarla nunca más. Por eso pensó que no sucedería nada terrible si rezaba por su padre en otra ocasión.

Fue como si pensara:

«Esperará. Que tenga paciencia.»

No conservaba de él ningún recuerdo.

7

En un compartimiento de segunda clase viajaba con su padre, el abogado de Orenburgo Gordón, el estudiante Misha Gordón, un chiquillo de once años, de semblante pensativo y grandes ojos negros. Su padre trasladábase a Moscú por necesidades de su profesión y el niño frecuentaría un liceo de la capital. Su madre y sus hermanas estaban allí hacía tiempo, atareadas en la instalación de la nueva casa.

El chiquillo y su padre llevaban ya tres días de viaje.

A uno y otro lado, en calientes nubes de polvo, blanqueada por el sol, como calcinada, volaba Rusia, campos y estepas, aldeas y ciudades. Por los caminos arrastrábanse convoyes de carros que se desviaban torpemente de la carretera hacia los pasos a nivel. Desde el tren, que avanzaba a gran velocidad, parecía como si estuvieran inmóviles y los caballos levantasen y bajasen las patas sin caminar.

En las paradas importantes, los pasajeros se lanzaban como locos hacia la cantina, y el sol del crepúsculo, a través de los árboles de las estaciones, iluminaba sus piernas y relucía bajo las ruedas de los vagones.

Todos los movimientos de las cosas, considerados en sí mismos, estaban lúcidamente calculados. En cambio, en conjunto resultaban como impulsados por la corriente general de la vida. Agitábanse los hombres y se afanaban movidos por el mecanismo de sus respectivas preocupaciones. Pero ningún mecanismo habría funcionado si su regulador principal no hubiera sido un sentimiento de suprema y fundamental indiferencia. Esa indiferencia dada por el sentimiento de la relación que une las existencias humanas, por la certidumbre de su comunicación recíproca, por la sensación de felicidad que nace de la idea de que todo cuanto ocurre no se cumple sólo sobre la tierra donde se sepultan los muertos, sino también en otro lugar, en ése que algunos llaman reino de Dios, otros historia y otros de un modo distinto.

El chiquillo constituía una clara y amarga excepción de la regla. Su principal resorte era la conciencia de su obligación de obrar. No le sonreía la idea de vivir por vivir, más bien lo mortificaba. Sabía que había heredado este carácter y con inquieta aprensión reconocía en sí mismo sus señales, y por ello sentíase amargado y humillado.

Desde donde alcanzaban sus más lejanos recuerdos no había dejado de maravillarse de que, a pesar de tener brazos y piernas, y la misma lengua y las mismas costumbres que los demás, no pudiera ser igual que ellos, y más bien ser de tal manera como para agradar sólo a pocos y no lograr hacerse querer. No podía comprender por qué si alguien es peor que los otros no puede tratar de corregirse y hacerse mejor. ¿Qué significa ser judío? ¿Por qué eso es posible? ¿Con qué se compensa o justifica este reto sin armas que no proporciona otra cosa que dolor?

Cuando interrogaba a su padre, éste le respondía que sus ideas eran absurdas y que ése no era modo de razonar. Sin embargo, no replicaba con nada inteligente y profundo que convenciera a Misha y lo obligase a callar ante la evidencia.

A excepción de su padre y su madre, llegó poco a poco a concebir desprecio por los adultos, que tantas castañas habían puesto al fuego y ya no sabían cómo sacarlas de él. Estaba convencido de que, cuando fuera mayor, sabría resolverlo todo.

Incluso en esos momentos nadie habría dicho que su padre había obrado equivocadamente saliendo en persecución de aquel loco que se precipitó a la plataforma, y que no debió detener el tren cuando aquel hombre, rechazando con violencia a Grigori Ósipovich, abrió la puerta del vagón y se lanzó de cabeza sobre el terraplén, como quien se lanza al agua desde un trampolín.

Pero puesto que no había sido cualquiera, sino precisamente Grigori Ósipovich quien había accionado el freno de alarma estaba claro que ésa era la causa de que el tren continuase tanto tiempo inexplicablemente detenido.

Nadie sabía exactamente las razones de esa detención. Algunos decían que la repentina parada había estropeado los frenos de aire comprimido; otros, que el tren se encontraba en una cuesta demasiado pronunciada y que no podría superarla si la locomotora no tomaba impulso. También circuló el rumor de que, siendo el suicida un personaje importante, el abogado que viajaba con él había pedido a la vecina estación de Kologrívovka que le enviasen testigos para redactar el atestado. Esto explicaba que el ayudante del maquinista hubiese trepado por el poste de la línea telefónica. Ya debía de estar en camino la vagoneta automóvil.

Los retretes trascendían un tufo que se trataba de sofocar con agua de colonia. Percibíase también un intenso olor a pollo asado envuelto en papel grasiento. En el vagón, unas ancianas damas de San Petersburgo, a quienes el humo de la locomotora, combinándose con sus cosméticos, había convertido, enteramente, en morenas gitanas, continuaban empolvándose, enjugándose las manos con sus pañuelos y conversando con voces estridentes. Cuando pasaban ante el compartimiento de los Gordón, envolviendo con los chales sus angulosos hombros y convirtiendo la estrechez del pasillo en un nuevo motivo de coquetería, a Misha le pareció que gruñían, o que, a juzgar por sus labios apretados, debían de gruñir:

«¡Oh, por favor! ¡Qué tremenda sensibilidad! ¡Nosotras somos muy distintas! ¡Somos intelectuales! ¡No podemos soportarlo!»

El cadáver del suicida yacía sobre la hierba, junto al terraplén. Una línea de sangre coagulada destacábase negra, como un limpio trazo que cruzaba la frente y el ojo, marcando el rostro como una tachadura. La sangre no parecía suya, derramada por él, sino algo extraño que se le hubiese aplicado en el rostro, un emplasto, una salpicadura de barro o una húmeda hoja de abedul.

El grupo de curiosos y de personas que ofrecían sus servicios cambiaba

continuamente en torno al cadáver. Inclinado sobre él, sin ninguna expresión en el semblante, estaba su amigo y compañero de viaje, un hombre robusto y altanero, un animal de raza preso en una camisa empapada de sudor. A todas las preguntas respondía entre dientes, encogiéndose de hombros y sin volverse siquiera:

—Un alcoholizado. Pero ¿es posible que no se den cuenta? La más típica consecuencia del *delirium tremens*.

Dos o tres veces se acercó al cadáver una mujer flaca vestida con un traje de lana y pañoleta bordada. Era una viuda, la madre de los dos maquinistas, la vieja Tiviérzina, que con billete especial viajaba gratuitamente en tercera clase, junto con dos jóvenes que, silenciosas, envueltas casi hasta los pies en sus chales, la seguían como dos monjas a la superiora. El grupo infundía respeto y la gente les cedía el paso.

El marido de Tiviérzina había muerto abrasado vivo en un accidente ferroviario. La mujer se detuvo a algunos pasos del cadáver, de manera que se destacaba más allá del grupo, y, suspirando, parecía hacer comparaciones:

—Para unos es el destino —parecía decir—. Para otros es la voluntad de Dios. Este se la ha buscado... por su riqueza y su locura.

Todos los pasajeros se detenían un momento junto al cadáver, luego regresaban a sus vagones con el temor de que les robasen el equipaje.

Cuando saltaban al terraplén se desentumecían, cogían flores y estiraban un poco las piernas. Se tenía casi la impresión de que aquel lugar había surgido por arte de birlibirloque, gracias sólo a la parada, y que, si no hubiese ocurrido la desgracia, aquel prado cenagoso rodeado de pequeñas colinas, el ancho río y la hermosa casa y la iglesia en la orilla opuesta, no hubieran existido en el mundo.

Hasta el sol, que parecía también un atributo del lugar, iluminaba la escena con crepuscular moderación, acercándose casi temeroso, como hubiera podido llegarse a la vía y observar a la gente una vaca del rebaño que pastoreaba no lejos de allí.

Misha sintióse trastornado por todo lo que había sucedido y los primeros minutos lloró de compasión y espanto. Durante el largo viaje, el suicida había estado varias veces en su compartimiento y hablado extensamente con su padre. Dijo que se sentía apaciguado en aquel silencio tranquilo y puro, cerca de su mundo, e hizo a Grigori Ósipovich numerosas preguntas acerca de rentas, donaciones, quiebras y falsificaciones.

—¡Ah! ¿De manera que es así?—había dicho, asombrado, ante las explicaciones de Gordón—. Los argumentos de usted son mucho más humanos. Mi abogado piensa de otro modo: ve las cosas bajo un aspecto mucho más pesimista.

Cuando parecía haber hallado un poco de calma, su abogado y compañero de viaje venía a buscarlo desde primera clase y se lo llevaba al coche restaurante a beber champaña. El abogado era aquel hombre robusto, seguro de sí mismo, perfectamente

afeitado y acicalado, que se inclinaba ahora sobre el cadáver, sin demostrar la menor sorpresa. Era inevitable pensar que la morbosa excitación de su cliente debió de convenirle por la razón que fuera.

El padre de Misha dijo que se trataba de una persona muy conocida por su riqueza, un hombre honrado, pero malgastador y ya medio irresponsable. Sin preocuparse de la presencia de Misha, le había hablado de su hijo, un chiquillo de la edad de aquél, y de su esposa difunta. Le habló después de su segunda familia, a la que también había abandonado. Al llegar a este punto, recordó algo, palideció y comenzó a divagar y rehuir las preguntas.

Demostró a Misha una extraña ternura, probablemente refleja y acaso no destinada a él. Constantemente le regalaba alguna cosa, y en las estaciones más importantes se dirigía a las salas de espera de primera clase, donde había quioscos de libros, se vendían juguetes y productos característicos de la comarca.

Bebía continuamente y se lamentaba de no poder dormir desde hacía tres meses, mientras, en los raros momentos de lucidez, pasaba por sufrimientos de los que una persona normal no podía tener idea.

Un minuto antes de morir estaba recostado en su butaca y de pronto agarró a Grigori Ósipovich de un brazo, como si quisiera decirle algo, pero no dijo nada y de nuevo corrió hacia la plataforma, pero esta vez para lanzarse del tren.

Ahora Misha examinaba la pequeña colección de minerales de los Urales, ordenados en una cajita de madera, último regalo del muerto, cuando de improviso algo llamó su atención. Una vagoneta automóvil se acercaba al tren por la otra vía. De ella se apearon el juez instructor, tocado con un birrete de escarapela, un médico y dos policías. Oyéronse frías voces apresuradas. Empezaron a hacer preguntas y tomar notas. Arriba, sobre el terraplén, los conductores y los policías transportaban fatigosamente el cadáver, deteniéndose continuamente y resbalando sobre la arena. Se rogó a los viajeros que subiera cada uno a su vagón, se dio la señal de partida y el tren se puso en marcha.

8

«¡Otra vez ese piojo chinchoso!», pensó Nika con rabia, moviéndose por la habitación.

Acercábanse las voces de los huéspedes. Estaba cortada la retirada. En la habitación había dos camas, la de Voskobóinikov y la suya. Sin vacilar, Nika se metió debajo de la segunda.

Oyó que lo buscaban, que lo estaban llamando en las demás habitaciones, sorprendidos de su desaparición. Luego entraron en la alcoba.

—Bueno, ten paciencia —dijo Vedeniapin—. Entra, Yura. Tal vez más tarde encuentres a tu compañero y jugarás con él.

Se pusieron a hablar de las agitaciones universitarias de San Petersburgo y Moscú, con lo cual sitiaron a Nika, durante unos veinte minutos, en su estúpido y humillante escondrijo. Por último, salieron a la terraza. Nika abrió despacio la ventana, saltó por ella y desapareció en el parque.

Aquel día se sentía raro. No había dormido por la noche. Tenía catorce años y estaba cansado de ser un niño. No pegó el ojo en toda la noche y al alba salió de casa. Estaba amaneciendo y el suelo del parque lo cubría la recortada sombra de los árboles, húmeda de rocío. La sombra no era negra, sino gris oscura, como un fieltro empapado de agua. Parecía como si el perfume embriagador de la mañana emanase precisamente de aquella sombra húmeda extendida sobre la tierra, salpicada de sutiles hojas de luz, semejantes a los dedos de una niña.

De pronto una cinta plateada de azogue, del mismo color que las gotas de rocío sobre la hierba, serpenteó a pocos pasos de él. Serpenteaba y serpenteaba sin que la tierra la absorbiese. Repentinamente, con un súbito movimiento, se echó a un lado y desapareció. Era un lución. Nika se estremeció.

Era un muchacho extraño. Cuando estaba agitado hablaba consigo mismo y en voz alta, y, como su madre, prefería los temas elevados y paradójicos.

«¡Qué bello es el mundo! —se dijo—. Pero ¿por qué está siempre lleno de dolor? Dios existe, es cierto. Pero, si existe, soy yo. Sí; yo mando —pensó, volviendo la miraba a un chopo sacudido por un estremecimiento, cuyas húmedas hojas cambiantes parecían recortadas en hojalata—. Sí; yo ordeno —y con una desesperada tensión de sus propias fuerzas no dijo, sino que con todo su ser, con toda su carne y su sangre, deseó e imaginó: «¡Inmovilízate!»

Inmediatamente el árbol se sumió, obediente, en la inmovilidad. Nika se echó a reír de alegría y corrió a bañarse en el río.

Su padre, el terrorista Demienti Dúdorov, estaba en presidio: por gracia soberana le había sido conmutada la pena de morir en la horca por la de cárcel. Su madre, una princesa georgiana, Nina Galaktiónovna, de la familia Éristov, era una mujer muy hermosa, aturdida y joven aún, siempre llena de entusiasmo por algo: por las luchas de los rebeldes, por las teorías extremistas, los artistas célebres y los pobres fracasados.

Adoraba a Nika, y de su nombre, Innokienti, había sacado numerosos diminutivos tontos y absurdamente tiernos como «Inóchek» o «Nóchenka»[6], y se lo llevaba a Tiflis para que lo vieran los parientes. Lo que más había sorprendido allí a Nika fue el gigantesco árbol del patio de la casa donde pararon. Con sus hojas, que parecían orejas de elefante, protegía el patio del abrasador sol meridional, y él no podía hacerse a la idea de que era una planta y no un animal.

Para el chiquillo resultaba peligroso llevar el infamante nombre de su padre, e Iván Ivánovich, con el consentimiento de Nina Galaktiónovna, tenía la intención de

presentar al soberano una solicitud pidiendo que se le permitiese a Nika adoptar el apellido de su madre.

Mientras se hallaba bajo la cama, indignado por la marcha de las cosas del mundo, pensaba también en esto: «¿Quién era el tal Voskobóinikov para inmiscuirse en sus cosas? ¡Ya le ajustaría las cuentas!»

¡Ah! Y por si fuera poco, Nadia. La circunstancia de tener quince años, ¿le daba derecho a fruncir la nariz y hablarle como a un niño? ¡La tendría buena con ella!

«¡La odio! —repitió varias veces para sí—. ¡La mataré! La invitaré a ir en mi barca y la ahogaré.»

¡Gran tipo también la madre! La verdad es que, al marcharse, le había engañado a él y a Voskobóinikov. No había ido al Cáucaso: en la primera estación había cambiado de rumbo, dirigiéndose simplemente hacia el norte y en aquellos momentos estaba disparando contra la policía al lado de los estudiantes de San Petersburgo. El tenía que pudrirse vivo en aquella estúpida fosa. Pero sería más astuto que todos ellos. Haría que Nadia se ahogase, abandonaría el liceo y se largaría para provocar una insurrección en Siberia, donde estaba su padre.

Las orillas del estanque estaban cubiertas de nenúfares. La barca hendía la densa superficie levantando un seco murmullo. Entre las hojas se transparentaba el agua como la pulpa de una sandía en el triángulo de la incisión.

El chiquillo y la muchacha comenzaron a arrancar nenúfares. Agarraban los dos la misma planta, dura y elástica como la goma, y esto les hacía encontrarse uno junto al otro y que sus cabezas chocasen. La barca parecía tirada por una cuerda hacia la orilla. Las plantas se entrelazaban encogiéndose, y las flores blancas de claros tallos, como yemas con sangre, desaparecían bajo el agua y de nuevo afloraban chorreantes.

Nadia y Nika continuaban arrancándolas, haciendo que la barca se inclinase cada vez más, tendidos uno junto a otro sobre el borde ladeado.

—Estoy cansado de estudiar —dijo Nika—. Es hora de empezar a vivir, a ganar dinero e independizarme.

—Y yo que precisamente quería pedirte que me explicaras las ecuaciones de segundo grado... Ando tan pez en álgebra que voy a perder el curso.

A Nika le pareció que las palabras de ella encerraban una alusión. Sí, era verdad: ella le tapaba la boca recordándole que era todavía un niño. ¡Las ecuaciones de segundo grado! En su clase ni siquiera se había mentado el nombre de álgebra.

Disimuló su desagrado y con estudiada indiferencia, comprendiendo al mismo tiempo la estupidez de lo que decía, le preguntó:

—¿Con quién te casarás cuando seas mayor?

—¡Oh, está todavía muy lejos eso! Probablemente con nadie. Aún no he pensado en eso.

—¡Bah! No vayas a creer que me interesa mucho.

—Entonces ¿por qué lo preguntas?

—Eres una estúpida.

Comenzaron a discutir. Nika volvió a recordar el odio que por la mañana había concebido contra las mujeres. Amenazó a Nadia con ahogarla si no dejaba de decir insolencias.

—Prueba —dijo ella.

La agarró por la cintura. Lucharon hasta que perdieron el equilibrio y cayeron al agua.

Los dos sabían nadar, pero los lirios acuáticos se les enredaban en los brazos y las piernas e impedían que tocasen el fondo. Por último, con los pies hundidos en el limo, avanzaron hacia la orilla. De los zapatos y los bolsillos les caía el agua a chorros. Nika estaba más cansado que ella.

Si algún tiempo antes, a principio de la primavera, se hubiesen visto en esta situación, sentados ambos y calados hasta los huesos después del baño, ciertamente lo habrían tomado a broma, se hubieran insultado o se hubiesen reído alegremente.

Pero ahora callaban y respiraban apenas, afligidos por la absurdidad de lo ocurrido. Nadia estaba indignada y lo demostraba con su silencio. A Nika le dolía todo el cuerpo, como si le hubiesen aplastado las costillas y apaleado las piernas y los brazos.

Por último, Nadia dijo suavemente, como una adulta:

—¡Loco!

No menos en persona mayor le respondió Nika:

—Perdóname.

Emprendieron el regreso a casa, dejando detrás una huella húmeda, como dos cubas que transportaran agua. El camino se empinaba en una cuesta polvorienta en la que abundaban las serpientes, no lejos del lugar donde Nika había encontrado el lución.

Recordó entonces la mágica exaltación de la noche, el alba y la omnipotencia de aquella mañana, cuando a su capricho daba órdenes a la naturaleza. Pensó qué podía ordenarle ahora. ¿Cuál era su mayor deseo? Le parecía que, más que cualquier otra cosa deseaba volver a caer con Nadia en el estanque. Y hubiese dado lo que fuera por saber si aquello volvería a ocurrir un día.

II
LA MUCHACHA DE OTRO MEDIO

1

La guerra con el Japón no había terminado aún, cuando otros acontecimientos la hicieron pasar de pronto a segundo término. Oleadas revolucionarias, a cual más violenta y espantosa, recorrieron Rusia.

Por entonces llegó a Moscú desde los Urales la viuda de un ingeniero belga, una francesa nacionalizada rusa, Amalia Kárlovna Guichard, con dos hijos, Rodión y Larisa. Inscribió a su hijo en la Academia de Cadetes y a su hija en un instituto femenino, casualmente en el mismo y en la misma clase a que asistía Nadia Kologrívova.

Madame Guichard había invertido los ahorros de su marido en unas acciones que, después de una rápida subida, habían empezado a bajar. Para hacer frente a las dificultades y tener al mismo tiempo una ocupación, adquirió un pequeño negocio, el taller de costura de Levítskaia, en las inmediaciones de la Puerta del Triunfo, que los herederos de la modista le cedieron con el derecho de conservar el antiguo nombre de la casa, con todas las ofícialas y aprendizas, y con la antigua clientela.

Madame Guichard había sido aconsejada por el abogado Komarovski, viejo amigo de su marido y ahora único apoyo de la viuda, hombre fríamente práctico, que conocía como los cinco dedos de su mano la vida comercial de toda Rusia. Estuvo en correspondencia con él para todo cuanto se refería al traslado, y el abogado fue a esperarla a la estación y la acompañó a través de todo Moscú hasta las habitaciones amuebladas del «Chernogorie», en el callejón Oruzheini, donde había reservado una habitación para ellos. Le aconsejó que inscribiera a Rodia en la Academia de Cadetes y a Lara en un liceo de su confianza, siempre bromeando distraídamente con el muchacho y mirando a la muchacha de una manera que la hacía enrojecer.

2

Antes de trasladarse al piso de tres habitaciones contiguo al obrador, vivieron cerca de un mes en el «Chernogorie».

Era la zona más horrible de Moscú: tipos de mala catadura, tabernas, calles enteramente llenas de lugares de corrupción y antros de «mujeres perdidas».

A los dos muchachos no les sorprendió la suciedad de las habitaciones, ni las chinches, ni la pobreza del mobiliario. Después de la muerte de su padre, la madre había vivido en el constante terror de caer en la miseria y Rodia y Lara se habían habituado a oír que estaban al borde de la ruina. Sabían que no eran hijos del arroyo, pero en ellos estaba arraigando una profunda sumisión con respecto a los ricos, como

si hubieran sido criaturas salidas del orfelinato.

Su madre era para ellos el vivo ejemplo del terror. Rubia, metida en carnes, de unos treinta y cinco años, sus crisis cardíacas alternaban con crisis de estupidez y tenía un pánico terrible a todo, especialmente a los hombres. Por ese motivo, confusa y atemorizada, pasaba continuamente de los brazos de un hombre a los de otro.

En el «Chernogorie» ocupaban la habitación veintitrés. En la veinticuatro vivía, desde el día en que nació la pensión, el violinista Tyszkiewicz, hombre afable, sudoroso, con bisoñé, que cuando quería convencer a alguien, juntaba las manos en actitud de súplica apretándolas contra el pecho; lanzaba la cabeza hacia atrás y ponía los ojos en blanco como un inspirado cuando tocaba en sociedad o en cualquier concierto. Raras veces estaba en casa: a menudo pasaba todo el día en el Teatro Bolshói o en el Conservatorio. Sus vecinos de habitación no tardaron en conocerlo y los favores recíprocos hicieron más íntimas sus relaciones.

Como la presencia de los muchachos estorbaba a veces a Amalia Kárlovna durante las visitas de Komarovski, Tyszkiewicz, al salir de casa, adoptó la costumbre de dejarle la llave de su habitación para que pudiese recibir en ella a su amigo, y así muy pronto madame Guichard se habituó de tal manera a la abnegación de Tyszkiewicz que en varias ocasiones llamó a su puerta pidiéndole que la protegiera de su protector.

3

La casa, de una sola planta, no estaba lejos de la esquina de la Tverskaia, próxima a la estación del ferrocarril de Brest, y allí, a poca distancia, surgían los edificios, las cooperativas de los empleados, los hangares de las locomotoras y los almacenes.

Allí vivía Olia Diómina, una joven inteligente, sobrina de un empleado de la estación de mercancías.

Era una buena muchacha. Ya había llamado la atención de la antigua patrona y la nueva comenzó también a interesarse por ella. A Olia Diómina le gustó mucho Lara.

Todo seguía igual que en los tiempos de la señora Levítskaia. Las máquinas de coser giraban veloces movidas por los pies que bajaban y subían rítmicamente o por las manos de las fatigadas oficialas. Alguna trabajaba en silencio, sentada ante la mesa, moviendo la mano con la aguja y el hilo. El suelo estaba lleno de trozos de tela. Había que hablar en voz alta para ahogar el zumbido de las máquinas de coser y los frenéticos gorjeos modulados por «Kirill Modéstovich», el canario cuya jaula colgaba del marco de la ventana, y cuyo nombre era un misterio que la antigua dueña se había llevado consigo a la tumba.

En la antesala, las señoras, formando un grupo pintoresco, rodeaban la mesita llena de revistas. Estaban de pie, o sentadas y apoyando los codos como habían visto en determinada ilustración, observaban los figurines y se consultaban sobre los

modelos. Detrás de otra mesa, en el puesto de directora, se sentaba la ayudanta de Amalia Kárlovna, Faína Siléntievna Fetísova, elegida entre las oficialas de más edad, una mujer huesuda cuyas fláccidas y hundidas mejillas estaban llenas de verrugas.

Apretaba entre sus amarillentos dedos una boquilla de hueso con el cigarrillo, entornaba un ojo de amarilla córnea y expelía por boca y nariz una amarillenta cinta de humo, anotaba en un cuaderno las medidas, los números de los recibos, las direcciones y los deseos de las clientas que se agolpaban a su alrededor.

En el obrador, Amalia Kárlovna era nueva e inexperta y no se sentía dueña del todo. Pero el personal era honrado, y se podía contar con la señora Fetísova. No obstante, aquél era un momento difícil, y si se le ocurría pensar en el futuro, se apoderaba de ella la desesperación y le parecía que todo iba a escapársele de las manos.

Komarovski comparecía con frecuencia y atravesaba todo el taller, dirigiéndose al fondo y asustando a su paso, mientras se desnudaban, a las mujeres elegantes que, al verlo, se ocultaban detrás de los biombos y desde allí murmuraban maliciosamente sus bromas descaradas. Las oficialas susurraban a sus espaldas con irónica desaprobación: «Ahí está.» «El amante.» «El amor de Amalia.» «El búfalo.» «El terror de las mujeres.»

Objeto de antipatía aún más violenta era el bulldog «Jack», que a veces llevaba de la correa, aunque más bien parecía que era el perro quien arrastraba al amo, con saltos tan impetuosos que hacían que éste tropezara y con los brazos extendidos, impulsado hacia adelante, siguiera a su perro, como el ciego sigue al lazarillo.

Una vez, en primavera, «Jack» mordió a Lara en una pierna y le rompió una media.

—¡Maldito! ¡Es para matarlo! —susurró Olia Diómina al oído de Lara.

—Sí; realmente es un monstruo. Pero ¿cómo te las arreglarías para acabar con él?

—Calla, no grites. Te explicaré cómo. ¿Sabes esos huevos de Pascua hechos de piedra? Tu madre tiene en la cómoda...

—Sí, de mármol, de cristal.

—Sí, eso. Acércate, que te lo diré al oído. Toma uno de esos huevos y mételo en manteca fundida; la manteca se solidifica y ese puerco perro se lo traga. El maldito se llena la barriga, y se acabó. ¡Patas arriba!

Lara se echó a reír. Luego se quedó pensativa, experimentando casi una sensación de envidia. Aquella muchacha vivía en la miseria, trabajando: los chicos de la calle empiezan pronto a comprender. Sin embargo, ¡cuánto había todavía en ella de intacto e infantil! El huevo, «Jack»..., ¿cómo se le podía haber ocurrido aquello?

«¿Por qué ha de ser éste mi destino —pensó—, verlo todo y sufrir por todo?»

4

«Para él, mamá es lo que se llama... Él es con respecto a mamá eso que se llama... Son palabras feas y no quiero repetirlas. Pero entonces, ¿por qué me mira con esos ojos? Sin embargo, soy su hija.»

Lara tenía poco más de dieciséis años, pero era ya una jovencita bastante desarrollada que aparentaba dieciocho o más. Tenía una lúcida inteligencia y un sereno carácter. Y era muy graciosa.

Ella y Rodia comprendían que tendrían que abrirse camino confiando solamente en sus propias fuerzas. Contrariamente a los jóvenes ricos y ociosos, no tenían tiempo de permitirse fantasear y forjarse prematuras ilusiones sobre cosas que todavía no les atañían de cerca, y sólo lo superfluo es impuro. Lara conservaba intacta aún su pureza.

Hermano y hermana conocían el valor de todo y apreciaban lo que tenían. Para triunfar era necesaria la estimación. Lara estudiaba mucho, no por un abstracto deseo de saber, sino porque, para beneficiarse con las matrículas gratuitas, debía ser una buena alumna. Además de estudiar, lavaba sin esfuerzo los platos, ayudaba en el taller y hacía los encargos de su madre. Trabajaba apaciblemente; todo en ella era armonioso: la espontánea rapidez de sus movimientos, la estatura, la voz, los ojos grises y el color dorado de sus cabellos.

Era un domingo de mediados de julio. Los días de fiesta podía levantarse un poco más tarde. Lara yacía de espaldas, con las manos cruzadas sobre la nuca.

En el obrador reinaba un silencio insólito. Estaba abierta la ventana que daba a la calle. Oyó lejano el rumor de un coche que pasó del empedrado a los carriles del tranvía de caballos. Al violento estruendo anterior sucedió el suave y silencioso deslizamiento de las ruedas.

«Debería dormir un poco más», pensó.

Desde dos puntos advertía las dimensiones y la postura de su cuerpo en la cama: desde el resalte del hombro izquierdo y desde el pulgar del pie derecho. Eran el hombro y el pie, y todo lo demás: más o menos ella misma, su alma y sustancia, en los límites trazados por una mano segura y que se proyectaba con confianza hacia el porvenir.

«Debería dormir», pensaba.

Y recordaba la soleada zona de la calle Karietni riad a aquella hora, las tiendas de coches, con los enormes carruajes señoriales expuestos sobre los pavimentos relucientes, el cristal biselado de los faroles, los osos disecados, la vida de los ricos. Y poco más abajo —lo veía en su imaginación—, los ejercicios de los dragones en el patio de los cuarteles de Známenski, los ágiles y graciosos caballos que trotaban en círculo, los saltos, el paso, el trote y el galope. Ante las verjas del patio agolpábanse arracimadas las niñeras y las amas de cría, mirándolo todo con la boca abierta.

Y pensaba que todavía más abajo estaba la calle Petrovka y las calles contiguas.

«Pero ¿qué estás diciendo, Lara? ¿Cómo se te ocurren estos pensamientos? Sólo quiero mostrarte donde vivo. Tanto más cuanto que está aquí, a dos pasos.»

En la calle Karietni riad, en casa de unos conocidos, celebrábase la fiesta onomástica de la pequeña Olga. Con tal ocasión los mayores bebían champaña y bailaban. El había invitado a la madre, pero la madre no podía, no se encontraba bien y le había dicho:

—Llévate a Lara. No te cansas de repetirme: «Amalia, ten cuidado con Lara». Así ahora cuidarás tú de ella.

Y ni que decir tiene que él la había vigilado de veras. ¡Ja, ja, ja!

¡Qué locura el vals! Girar y girar sin pensar en nada. Mientras suena la música pasa una eternidad, como una vida en las novelas. Luego, cuando cesa, una sensación de incomodidad, como si a una le echaran encima un cubo de agua fría o la sorprendieran desnuda. Sin embargo, se permite a los demás semejantes libertades sólo para darse tono y aparentar que ya se es mayor.

Nunca hubiera supuesto que él bailase tan bien. ¡Qué manos tan delicadas las suyas, con qué seguridad la sostenía de la cintura! Pero jamás permitiría a nadie que la besara de aquella manera. Nunca hubiese imaginado que en los labios de los hombres pudiera concentrarse tanta impudicia cuando los aprietan largamente sobre los de una.

«Basta ya de estas tonterías. De una vez para siempre. No te finjas ingenua, no te hagas la melindrosa, no bajes púdicamente los ojos. Un día u otro acabará mal. Es un límite imperceptible y espantoso. Un paso más y se cae en el precipicio. Hay que acabar con los bailes. Todo es malo en ellos. No hay que tener miedo a decir que no. Di que no sabes bailar o que te has hecho daño en un pie.»

5

En otoño hubo agitación en las líneas ferroviarias de la red de Moscú. Los ferroviarios de la línea Moscú-Kazán se declararon en huelga. Debían adherirse a ellos los del ferrocarril de Moscú a Brest. La huelga estaba decidida, pero el comité no había conseguido ponerse de acuerdo en cuanto a la fecha en que debía comenzar. En la línea estaban todos advertidos. Sólo se esperaba la ocasión para llevarla a cabo.

Era una fría y nubosa mañana de principios de octubre. Aquel día habían de ser pagados los jornales. Durante mucho tiempo no se tuvo noticias de la sección de contabilidad. Después entró en las oficinas un muchacho con la nómina, la orden de caja y un montón de libretas de trabajo que habían sido retiradas para anotar las multas. Comenzaron a pagar. Maquinistas, guardagujas, obreros y peones, mujeres encargadas de la limpieza de los coches, esperaban el momento de retirar su paga, puestos todos en fila en la inmensa explanada desierta que separaba la estación, las oficinas, los hangares de las locomotoras, los tinglados y las vías, de los edificios de

madera de la dirección.

Se percibía en el aire el olor del incipiente invierno, de las hojas de arce pisoteadas, de la nieve fundida, del humo de las locomotoras y del caliente pan de centeno recién sacado del horno en la cantina de la estación. Llegaban y salían trenes. Formábanse o se desenganchaban según las señales: bandera plegada o desplegada. Resonaban en varios tonos las trompetas de los guardavías, los silbatos de los que enganchaban los coches y los silbidos de las locomotoras. Columnas de humo ascendían al cielo como escaleras sin fin. Las locomotoras estaban a punto para la partida lanzando ardientes chorros de vapor que derretían las frías nubes invernales.

A lo largo de las vías paseábanse de un lado a otro el jefe de sección, Fuflyguin, ingeniero de ferrocarriles, y el encargado del sector anejo a la estación, Pável Ferapóntovitch Antípov. Este estaba ya cansado del servicio de reparaciones: el material que le entregaban para la renovación del parque móvil le obligaba a continuas quejas. El acero no era lo suficientemente elástico; los raíles no resistían a las pruebas de flexión y torsión y, según sus previsiones, se quebrarían con el hielo. La dirección se mostraba indiferente a sus reclamaciones: cada uno debía arreglarse con su material.

Fuflyguin, bajo su costosa pelliza desabrochada, que lucía los galones de su cargo, vestía un traje de paisano, nuevo y de fina lana escocesa. Caminaba lentamente por el terraplén, complaciéndose con el buen corte de su chaqueta, con la raya impecable de sus pantalones y la elegante forma de sus zapatos.

Las palabras de Antípov le entraban por un oído y le salían por otro. Pensaba en sus cosas. Constantemente sacaba el reloj y consultaba la hora, demostrando que tenía prisa por marcharse.

—Sí, sí, amigo mío —lo interrumpía con impaciencia—, pero esto sólo se tiene en cuenta para las líneas principales, o los trayectos de empalme donde hay más movimiento. Pero piensa en lo que son tus líneas: líneas de reserva y vías muertas locomotoras de juguete. ¡Y te quejas! ¿Te has vuelto loco? ¡Aquí podríamos poner raíles de madera en lugar de los que tú pides!

Consultó el reloj, lo cerró, y comenzó a escrutar a lo lejos, hacia donde la carretera se acercaba a la línea férrea. En la curva de la carretera apareció un coche. Era el de Fuflyguin. Su mujer acudía a buscarlo. El cochero detuvo los caballos casi ante el terraplén, sosteniéndolos y dominándolos con voz suave, de mujer, como una niñera que se dirigiese a inquietos niños de pecho, pues los caballos se habían asustado al ver la línea férrea. En un rincón del coche una hermosa dama se recostaba perezosamente sobre los cojines.

—Bueno, amigo, ya hablaremos de esto en otra ocasión —cortó en seco el jefe de sección, e hizo un vago ademán con la mano—. Ahora no tengo tiempo de ocuparme de los rieles. He de hacer otras cosas.

Y marido y mujer desaparecieron.

6

Tres o cuatro horas después, ya hacia el ocaso, en un campo que había a lo largo de la carretera, dos figuras parecieron surgir de la tierra y se alejaron, mirando continuamente en torno suyo. Eran Antípov y Tivierzin.

—Vamos —dijo Tivierzin—. Ya no me preocupan los esbirros que tenemos a los talones. Se acabó ya. Saldrán de la barraca y nos darán alcance. Yo no puedo aguantarlo más. Es inútil armar jaleo cuando todos le dan largas al asunto. ¿Para qué sirve el comité? ¡Para hacernos jugar con fuego y meterse bajo tierra! También tú eres bueno: ¡mira que apoyar esa historia de la Nikoláevskaia!

—Daria tiene el tifus. Debería mandarla al hospital. Hasta que no resuelva este asunto no puedo pensar en otra cosa. —Dicen que hoy pagan. Pasaré por la oficina. Si no fuera día de cobro, como hay Dios que os escupiría a todos y no vacilaría un instante en acabar a mi modo esta faena.

—¿Cómo? Y perdona que te lo pregunte.

—No es difícil. Bajaría a la sala de calderas, daría la señal y a otra cosa.

Se saludaron y partieron en direcciones opuestas.

Tivierzin siguió la línea del ferrocarril hacia la ciudad. Cruzábase con el personal que regresaba después de haber cobrado su paga. Eran muchos. Calculó a bulto que la administración de la estación había pagado ya a casi todos.

Comenzaba a oscurecer. En la explanada que había ante la oficina se agrupaban los obreros en espera de su turno de trabajo, iluminados por las luces del interior. A la entrada de esta explanada se había detenido el carruaje de Fuflyguin. Su mujer, sentada en la misma postura que antes, como si no se hubiese movido desde la mañana, esperaba que su marido cobrase.

A poco comenzó a caer nieve mezclada con lluvia. El cochero se deslizó del pescante y empezó a levantar la capota de cuero. Mientras tiraba de las varillas que oponían resistencia, la mujer de Fuflyguin observaba los copos de aguanieve que a la luz de las lámparas de la oficina brillaban como perlas de plata. Dirigió luego una mirada firme y soñadora a la masa de obreros, como si esta mirada pudiese atravesarlos libremente, como a través de la niebla o la llovizna.

Tivierzin advirtió por casualidad esta expresión y le desagradó. Pasó junto a la señora de Fuflyguin, sin saludarla, y decidió entrar más tarde en la oficina, para no encontrarse con su marido. Siguió avanzando hasta una zona menos iluminada por las oficinas, donde negreaba el disco de la placa giratoria para los cambios de las vías que se alejaban hacia el depósito de máquinas.

—¡Tivierzin! ¡Kiprián! —llamaron algunas voces desde la oscuridad.

Ante las oficinas se había reunido un grupo de personas. En el interior alguien

gritaba y se oía el llanto de un niño.

—Kiprián Saviélevich —exclamó una mujer entre la multitud—, defiende al chico.

De nuevo, como tenía por costumbre, el viejo capataz Piotr Judoliéev golpeaba a su víctima, el joven aprendiz Yusupka.

Judoliéev no había sido siempre un tirano para los aprendices, colérico borrachín de pesada mano. Hubo un tiempo en que las hijas de los comerciantes y de los sacerdotes de los barrios obreros de la periferia de Moscú miraron con interés al apuesto capataz. Pero la madre de Tivierzin, con quien estuvo prometido, cuando terminó sus estudios en la escuela provincial, lo dejó plantado para casarse con un compañero suyo de trabajo, el maquinista Savieli Nikítich Tivierzin.

Al sexto año de viudez, después de la terrible muerte de Savieli Nikítich, que pereció entre llamas en 1888, en un choque de trenes que hizo época, Piotr Petróvich volvió a la carga y Marfa Tiviérzina le respondió con una nueva negativa. Desde entonces Judoliéev comenzó a beber y a buscar camorra, metiéndose con todo el mundo que, según él, era el causante de todas sus desgracias.

Yusupka era hijo de Himazeddín, portero de la casa donde vivía Tivierzin, quien, por proteger al muchacho en el taller, se había ganado la antipatía de Judoliéev.

—Pero ¿qué modo es ese de agarrar la lima, asiático?—chillaba Judoliéev, tirando a Yusupka de los cabellos y golpeándolo en el cuello—. ¿Es así como se lima el hierro colado? ¿Te has propuesto reventarme el trabajo, condenado tártaro?

—No, señor, no lo haré más. ¡Ay, que me hace daño!

—Te he dicho mil veces que primero hay que fijar la pieza en el mandril y después atornillar el trinquete, pero tú haces las cosas a tu modo, como te da la gana. Por poco me estropeas el eje, hijo de perra.

—Yo no he tocado el eje, señor, le juro por Dios que no lo he tocado.

—¿Por qué maltratas al chico?—intervino Tivierzin, abriéndose paso entre los presentes.

—Cuando se pelean dos perros, el que no interviene en la pelea que se quede aparte —dijo Judoliéev secamente. —Te pregunto por qué maltratas al chico.

—Y yo te digo que te vayas con Dios, procurador de pobres. Matarlo sería poco a ese canalla, que eso es lo que es. Casi me rompe el eje. Debería besarme las manos por haberlo dejado con vida, pendejo del diablo. Le he dado un tirón de orejas y unos repelones para darle una lección.

—¿De modo, tío Judoliéev, que crees que el chico merece que le rompan la cabeza? Debería darte vergüenza. Un viejo obrero como tú, con el pelo blanco, y no tener ni pizca de juicio...

—Lárgate, lárgate, te he dicho, hasta que estés en tus cabales. Ya te quitaré yo las ganas de darme lecciones, culo de perro. Ante las narices de tu padre te hicieron

sobre las traviesas, sangre de esturión. Conozco bien a la buscona de tu madre, un pendón desorejado patas al aire.

Todo lo que ocurrió después no duró más de un minuto. Uno y otro agarraron lo primero que les vino a las manos sobre las repisas de los bancos, donde se amontonaban pesadas herramientas y barras de hierro, y se habrían matado mutuamente si los presentes no se hubiesen precipitado a separarlos. Judoliéev y Tivierzin quedaron cabizbajos, casi rozándose las frentes, pálidos, con los ojos inyectados en sangre. A causa de la agitación no lograban decir palabra. Una y otra vez, haciendo acopio de sus fuerzas, erguíanse de nuevo dispuestos a irse a la greña, contorsionándose y arrastrando en sus movimientos a los compañeros que se agarraban a ellos para sujetarlos. Los corchetes y botones de sus ropas habían saltado, y las chaquetas y camisas se habían escurrido de los hombros dejándolos al descubierto. A su alrededor se levantaba un clamor confuso.

—¡E1 formón! Quítale el formón o le abre la cabeza. Calma, calma, tío Piotr, o te vamos a romper el brazo. ¿Siempre andan a vueltas estos dos? Habrá que ponerlos bien lejos a uno del otro y bajo llave, a ver si terminan de una vez.

A poco, Tivierzin, con un esfuerzo sobrehumano, se sacudió de encima los cuerpos que lo aprisionaban, se soltó y del impulso fue a parar junto a la puerta. Se precipitaron los demás para retenerlo, pero, al ver que no tenía intenciones de reanudar la pelea, lo dejaron en paz. Salió dando un portazo, y comentó a andar sin mirar atrás. Sentía en torno suyo la humedad del otoño, la noche y la oscuridad.

«Trata de hacerles bien y te clavarán el cuchillo en el costado», murmuraba sin darse cuenta de adónde iba ni por qué.

Aquel mundo de infamia y falsedad, en el que una mujercilla metida en carnes se atrevía a mirar de esa manera a la gente que trabajaba, y en el que un alcoholizado víctima de esos sistemas gozaba atormentando a sus compañeros de desventura, ese mundo le era ahora más odioso que nunca. Caminaba de prisa, como si la rapidez de su paso pudiera acercar el momento en que todo sobre la tierra sería luz y armonía, como ahora lo suponía en su imaginación. Sabía que sus propósitos de los últimos días, los desórdenes en la línea, los discursos en los mítines y la decisión de ir a la huelga, no llevada a cabo todavía, pero tampoco desechada, todo eso formaba parte de ese gran camino que empezaba ahora.

Pero en su agitación hubiese querido cubrir de una carrera, de una sola vez, sin tomar aliento, toda aquella distancia. Mientras se alejaba a grandes zancadas, no pensaba adónde iba, pero sus pies sabían adonde lo llevaban.

Cuando salió con Antípov de la barraca no tuvo la menor duda de que en la reunión se decidiría ir a la huelga aquella misma noche. Los miembros del comité habían distribuido ya las tareas y señalado los puestos en los que a cada uno le correspondería actuar. Cuando desde el taller de revisión de locomotoras, como desde

lo más hondo del alma de Tivierzin, llegó una ronca señal, que gradualmente se hizo más fuerte y aguda, desde el semáforo de entrada, una turba procedente del depósito y de la estación de mercancías dirigíase ya hacia la ciudad mezclándose con otra multitud que, obedeciendo al silbido de Tivierzin, había abandonado el trabajo en la sección de calderas.

Durante muchos años Tivierzin tuvo la convicción de que sólo él fue quien paralizó el trabajo y el movimiento en la línea. Solamente los procesos en que más tarde fue juzgado por complicidad y la circunstancia de que entre los hechos que se le imputaron no figurase la incitación a la huelga, le revelaron la verdad.

La gente acudía y preguntaba:

—¿Por qué silban? ¿Adónde nos llaman?

Desde la oscuridad llegaban las respuestas:

—¡Caray! ¿Estás sordo? ¿No oyes la alarma? Ha habido un incendio.

—¿Dónde es el fuego?

—Cuando se ve que hay fuego, se hace sonar el silbato. Se abrían y cerraban puertas, salía más gente y resonaban otras voces:

—¿A mí con esas? ¡Qué va a ser un incendio! ¡Ignorantes! No hagáis caso a ese imbécil. Eso quiere decir que estamos en huelga, ¿os enteráis? Ahí te dejo el yugo y la albarda, yo no soy tu bestia de carga. ¡A casa, muchachos!

La multitud aumentaba continuamente. El ferrocarril estaba en huelga.

7

Tres días después, Tivierzin volvió a casa aterido, cayéndose de sueño y con la barba crecida. La noche anterior había helado, cosa excepcional en aquella estación, y Tivierzin vestía todavía de entretiempo. En el portal fue hacia él Himazeddín, el portero.

—Gracias, señor Tivierzin —le dijo éste—. No permitiste que hicieron daño a Yusup. Nunca rezaré a Dios bastante por ti.

—¿Estás loco, Himazeddín? ¿Desde cuándo soy un señor? Déjate de bobadas, por favor. Habla ya. ¿No ves que está helando?

—¡Y vaya helada! En tu casa estarás caliente, Saviélych. Ayer tu madre, Marfa Gavrílovna, recibió de la compañía una partida de leña toda de abedul. Leña buena y seca.

—Gracias, Himazeddín. Pero tú quieres decirme algo. Date prisa, te lo ruego. Estoy helado, ¿comprendes?

—Quería decirte que no durmieras en casa, Saviélevich. Tienes que esconderte. La policía ha preguntado, y el sargento también, quién viene por aquí. Yo he dicho que no viene nadie. Dije: viene el ayudante, maquinistas, todos ferroviarios. Pero ningún extraño, ¡no, no!

La casa en la que el solterón Tivierzin vivía con su madre y su hermano menor casado pertenecía a la vecina parroquia de la Trinidad. Estaba ocupada en parte por clérigos, había dos almacenes, uno de frutas y otro de carnes, de dos comerciantes que ejercían la venta ambulante en la ciudad. El resto de la casa estaba ocupado sobre todo por pequeños empleados del ferrocarril Moscú-Brest.

Era una casa de piedra, con galerías de madera, rodeada los cuatro costados por un sucio patio de tierra apisonada. Mugrientas y resbaladizas escaleras de madera, que olían a gato y a col agria, conducían a las galerías. En los corredores estaban los retretes y algunos trasteros cerrados con candado.

El hermano de Tivierzin llamado a filas con motivo de la guerra, fue herido en Vafanghoa. Hallábase en el hospital de Krasnoiarsk y su mujer y sus dos hijas habían ido a buscarlo para llevárselo a casa. A los Tivierzin, ferroviarios por tradición, les gustaba viajar y recorrían Rusia de una punta a otra con gratuitos billetes de servicio. Actualmente la casa estaba silenciosa y vacía, habitada sólo por madre e hijo.

El cuarto se hallaba en el segundo piso. En la galería, ante la puerta de entrada, había una cuba de agua que llenaba poco a poco el aguador. Cuando Kiprián Saviélevich llegó al rellano, observó que la tapadera de la cuba estaba a un lado y sobre la costra de hielo que aprisionaba el agua se había pegado una jarra de hierro.

«Sólo puede haber sido Prov —pensó con una sonrisa—. Bebe y no se sacia; es un pozo sin fondo; tiene fuego en las tripas.»

El subdiácono Prov Afanásievich Sokolov, hombre de agradable aspecto y joven todavía, era un pariente lejano de Marfa Gavrílovna.

Kiprián Saviélevich arrancó la jarra de la costra de hielo, puso en su sitio la tapadera de la cuba y tiró de la campanilla. Un vaho de olores caseros y apetitoso sabor le dieron en la cara.

—Has calentado bien esto, madrecita. Menos mal que aquí hace calor.

La madre le echó los brazos al cuello y lo abrazó llorando. Él le acarició la cabeza, y al cabo de un momento la apartó con suavidad.

—Quien nada arriesga, nada tiene, madrecita —dijo en voz baja—. Mi camino va de Moscú a Varsovia.

—Lo sé. Por eso te lloro. Acabarás mal. Deberías irte lejos por una temporada, Kuprinka.

—Ha estado en un tris que tu querido amigo, tu gentil pastorcillo Piotr Petrov no me abriese la cabeza.

Creyó que la haría reír, pero ella no comprendió la broma y le respondió con seriedad:

—No está bien que te rías de él, Kuprinka. Debería darte lástima. Es un desgraciado. Un alma perdida.

—Han detenido a Pasha Antípov, es decir, a Pável Ferapóntovich. Llegaron de

noche, hicieron un registro y lo pusieron todo patas arriba. Por la mañana se lo llevaron. Y Daria tiene el tifus y está en el hospital. El pobre Pavlushka, que estudia en una escuela real[7], se ha quedado solo con la tía sorda. Por si fuera poco los han desahuciado. Creo que deberíamos hacernos cargo del niño. ¿Para qué ha venido Prov?

—¿Cómo lo sabes?

—He visto la cuba destapada y la jarra, y me he dicho: éste ha sido el borracho empedernido de Prov, que se ha atiborrado de agua.

—Eres listo, Kuprinka. Es verdad, Prov, Prov, Prov Afanásievich. Hizo una escapada para pedirme que le prestara un poco de leña y se la di. Pero ¡qué leña! ¡Estúpida de mí! Se me había ido de la cabeza la noticia que trajo. El zar, ¿sabes?, ha firmado un manifiesto diciendo que hay que transformarlo todo de otra manera, que no se haga injusticia a nadie: las tierras para los campesinos y todos seremos iguales a los nobles. Ha sido firmado ya el ucase y sólo falta ponerlo en vigor. Desde el sínodo han mandado una nueva súplica para añadirla a la oración, o una nueva oración augural, no lo sé exactamente. Lo dijo Provushka y he tratado de no olvidarlo.

8

Patulia Antípov, hijo de Pável Ferapóntovich, el que había sido detenido, y de Daria Filimónovna, que tuvo que ingresar en el hospital, se fue a vivir con los Tivierzin. Era un muchacho formal, de facciones regulares y cabellos rubios peinados a raya. Constantemente se los alisaba con el cepillo y se ajustaba la chaqueta y el cinturón con la hebilla de la escuela real. Tenía un carácter alegre y poseía un agudo espíritu de observación. Con un gran sentido del humor y la precisión sabía hacer la parodia de todo lo que veía y oía.

Casi inmediatamente después del manifiesto del 17 de octubre[8], fue organizada una gran manifestación desde la Tvérskaia zastava[9] hasta la carretera de Kaluga. Varias organizaciones revolucionarias, después de haberse adherido a la iniciativa, no llegaron a ponerse de acuerdo y poco a poco se retiraron, pero cuando se enteraron de que en la mañana señalada la gente se había echado a la calle, se apresuraron a enviar a sus representantes.

A pesar de que Kiprián Saviélevich trató de disuadirla, Marfa Gavrílovna acudió a la manifestación en compañía del alegre y simpático Patulia.

Era un día seco y helado de principios de noviembre, bajo un cielo de color gris plomizo. Raros copos de nieve, tan escasos que podían contarse, revoloteaban largo rato en el aire, como si evitaran la tierra, y perdíanse luego, como un blando polvo gris, en las rodadas llenas de agua.

La gente se había echado a la calle. Era una verdadera aglomeración. Caras, caras y más caras, forrados abrigos de invierno y gorros de piel de cordero, viejos,

estudiantes y niños, ferroviarios de uniforme, obreros del parque de tranvías y de la central telefónica, calzando botas hasta más arriba de la rodilla y vistiendo chaquetas de cuero, colegiales y estudiantes universitarios.

Durante un rato estuvieron cantando la *Varshavianka*, *Caísteis como víctimas* y *La Marsellesa*, pero, de pronto, el hombre que al frente del cortejo caminaba hacia atrás y dirigía el coro agitando un gorro cosaco apretado fuertemente en el puño, se lo puso en la cabeza, dejando de entonar la canción y, volviendo la espalda al cortejo, comenzó a escuchar lo que decían los organizadores que caminaban a su lado. La canción se fraccionó entonces, se interrumpió y se oyó sólo el crujiente paso de la multitud sobre el helado empedrado.

Simpatizantes habían advertido a los organizadores de la marcha que más lejos los cosacos estaban aguardando a los manifestantes. Una llamada telefónica a la vecina farmacia había denunciado la emboscada.

—Bueno —dijeron los organizadores—, lo principal es tener sangre fría y no perder la cabeza. Hay que ocupar enseguida el primer edificio público que encontremos en el camino, comunicar a la gente el peligro que nos amenaza y dispersarnos individualmente.

Discutieron cuál sería el lugar más apropiado como refugio. Unos propusieron la Asociación de Dependientes de Comercio, otros el Instituto Técnico Superior, y otros el Instituto de Corresponsales Extranjeros.

Hallábanse discutiendo todavía cuando se perfiló la esquina de un edificio oficial. En él estaba ubicado también un centro de enseñanza y, como refugio, podía ser tan bueno como cualquier otro.

Cuando llegaron ante él, los jefes se situaron en el espacio semicircular de la entrada y con ademanes detuvieron la cabeza de la manifestación. Abriéronse las grandes puertas del edificio y la muchedumbre comenzó a invadir el vestíbulo hasta que lo llenó por completo, pelliza tras pelliza, gorro tras gorro, y a subir por la escalera.

¡Al aula magna, al aula magna! —gritaban desde el fondo algunas voces aisladas, pero la masa continuaba irrumpiendo, extendiéndose por los corredores y las clases.

Cuando, por último, se logró hacerla retroceder y todos se hubieron sentado, los dirigentes intentaron en varias ocasiones dar cuenta de la emboscada que les aguardaba más adelante. Pero nadie les prestaba oídos. La detención en aquel lugar cerrado fue considerada como una invitación a un mitin improvisado, que comenzó inmediatamente.

Después de la larga marcha y de las canciones, todos tenían ganas de estar un rato sentados y en silencio, y que ahora alguien se desgañitara y enronqueciera por ellos. Entregados al placer del reposo, permanecían indiferentes a los vacíos discursos en los que cada orador declaraba estar de acuerdo con el precedente.

Por eso el éxito mayor correspondió al orador menos feliz, que no cansó al auditorio reclamando su atención. Cada una de sus palabras era subrayada con un rugido de asentimiento y nadie lamentó que el discurso fuera ahogado por el estruendo de los aplausos. La impaciencia les hacía asentir en todo lo que decía, gritaban «vergüenza», acordaron enviar un telegrama de protesta y luego, al cabo de un rato, aburridos de su voz monótona, se levantaron todos a la vez y, olvidándolo por completo, gorro tras gorro, fila tras fila, descendieron tumultuosamente por la escalinata y volvieron a la calle. Continuaba la manifestación.

Durante el mitin había comenzado a neviscar. El empedrado estaba blanco y la nieve caía cada vez más espesa.

Cuando los dragones cargaron sobre ellos, en las últimas filas, al principio, no se dieron cuenta de nada. Luego, de pronto, por encima de la masa se levantó un clamor creciente, como cuando una multitud grita «hurra». Alaridos de ¡«socorro»! y «¡asesinos!» y muchos otros se oyeron indistintamente. Casi al mismo tiempo, sobre la ola de aquel estruendo, en el estrecho pasaje formado por la multitud ondeante, pasaron veloces y silenciosos los morros y las crines de los caballos y los jinetes con los sables en alto.

El pelotón pasó al galope, retrocedió, se reorganizó y lanzó sobre la retaguardia de la manifestación. Se desencadenó la violencia.

Minutos después la calle estaba casi desierta. La gente corría dispersándose por los callejones. Casi había dejado de nevar. La tarde era clara como un dibujo al carboncillo. Al cabo de un rato, el sol, que se ponía detrás de las casas, parecía señalar cuanto de rojo había en la calle: los gorros escarlata de los dragones, la tela de una bandera roja yacente en el suelo y las huellas de sangre que, en regueros y gotas rojizas, se extendían sobre la nieve.

Por el borde de la calzada arrastrábase, apoyándose en los brazos y gimiendo, un hombre con la cabeza abierta. Más lejos iban al paso algunos dragones que retrocedían después de haber perseguido a los manifestantes hasta el fondo de la calle. Casi por entre las patas de los caballos corría Marfa Gavrílovna, ladeado el pañuelo sobre la cabeza, y con voz que no parecía ya la suya, gritaba por toda la calle:

—¡Pasha! ¡Patulia!

Él había caminado constantemente junto a ella divirtiéndola, imitando a la perfección al último orador. Luego, en el momento de la carga, desapareció repentinamente en el tumulto.

En la confusión que se produjo, incluso Marfa Gavrílovna se ganó un latigazo en la espalda, y aunque su chaqueta bien forrada lo amortiguó mucho, imprecó y amenazó con el puño a la caballería que se alejaba, indignada de que se hubiesen atrevido a golpear ante el pueblo a una mujer como ella, una anciana.

Ansiosamente miraba a uno y otro lado de la calle. Poco después descubrió por casualidad al chico en la acera opuesta, donde, en la esquina entre una tienda de coloniales y el ángulo de un palacio de piedra, se apretujaba un grupo de ocasionales curiosos.Hasta allí los había empujado con la grupa y los flancos de su caballo un dragón que subió a la acera para divertirse con su terror. Cortándoles toda salida, había llevado a cabo casi sobre ellos una serie de corvetas y piruetas de picadero, haciendo recular y encabritando a su caballo, como si estuviera en un circo. Luego, al ver que sus compañeros volvían al paso, espoleó a su caballo e instantes después ocupó de nuevo su puesto entre ellos.

La gente apiñada durante aquella exhibición se dispersó enseguida. Pasha, que antes había tenido miedo de gritar, se precipitó al encuentro de Marfa Gavrílovna.

Pusiéronse en camino hacia casa, y la mujer no hacía más que murmurar:

—¡Malditos asesinos, condenados verdugos! La gente es feliz porque el zar ha dado la libertad, pero ellos no la quieren. A ellos les gusta estropearlo todo, entender al revés cada palabra.

Estaba furiosa contra los dragones, contra todo el mundo que la rodeaba y, en aquel momento, incluso contra su hijo. Poseída por la excitación, le parecía que todo cuanto había ocurrido era una baladronada de los confusionarios amigos de Kiprián, a los que ella llamaba ilusos y sabihondos de mierda.

—¡Culebras venenosas! ¿Qué quieren esos malditos? ¡Cualquiera lo sabe! Sólo chillar y acarrear desgracias. ¿Y qué me dices de ese bocazas? ¿Cómo lo imitabas, Páshenka? Vuelve a hacerlo, querido, vuelve a hacerlo. ¡Me haces morir de risa! Talmente como si lo estuviera viendo. ¡Ah, tío asqueroso, moscón de burra!

En casa llenó de improperios a su hijo: ¡a ver si ella estaba en edad de que un tipejo a caballo la emprendiera a palos con su espalda!

—Pero ¿qué diantre estás diciendo, madrecita? ¡Como si yo fuera el capitán de los cosacos o el jefe de los guardias!

9

Nikolái Nikoláevich estaba asomado a la ventana cuando aparecieron los primeros fugitivos. Comprendió que procedían de la manifestación y durante unos momentos se quedó mirándolos, creyendo ver a Yura o a cualquier otro entre la gente que se dispersaba. Pero no reconoció a nadie. Sólo una vez le pareció ver pasar rápidamente a aquel chico (Nikolái Nikoláevich había olvidado su nombre), el hijo de Dúdorov, un atolondrado, a quien no hacía mucho tiempo le extrajeron del hombro derecho una bala y que continuaba metiéndose otra vez donde no debía.

Nikolái Nikoláevich había llegado a San Petersburgo en otoño. No tenía casa en Moscú y no le gustaba vivir en el hotel. Por eso paraba en casa de los Svientitski, lejanos parientes suyos, que pusieron a su disposición un estudio en el entresuelo.

Aquel caserón de dos plantas, demasiado grande para los Svientitski, matrimonio sin hijos, había sido cedido en arriendo a los antepasados de la familia por los príncipes Dolgoruki. La propiedad de los Dolgoruki con tres patios, un jardín y un gran número de construcciones de diferentes estilos, dispuestas sin orden, daba a tres calles y todavía, como antiguamente, se llamaba Muchnói Gorodok.

A pesar de sus cuatro ventanas, el estudio era más bien oscuro, estaba atestado de libros, papeles, grabados y alfombras. Tenía un balcón que abarcaba en semicírculo toda la esquina del edificio. La doble puerta de cristales que se abría sobre el balcón estaba herméticamente cerrada en invierno.

Desde dos de las ventanas y a través de la puerta vidriera que daba a la terraza veíase la calle en toda su longitud: una senda para trineos que se perdía en la distancia, con pequeñas casas y empalizadas alineadas oblicuamente.

Desde el jardín los tilos proyectaban sus sombras, ojeando en la estancia como si pretendieran posar sobre el suelo sus ramas cargadas de nieve: una nieve semejante a los lívidos goterones de una vela apagada.

Mirando a la calle, Nikolái Nikoláevich recordaba el invierno anterior pasado en San Petersburgo, al pope Gapón[10], a Gorki, la visita de *Vitte*[11], de los escritores más conocidos del momento. Hasta aquí había huido de aquella gran confusión, para escribir su libro en el silencio y la quietud de la antigua metrópoli. Pero había salido del fuego para caer en las brasas. No era posible volver a ordenar sus pensamientos: cada día, conferencias e informes, bien en los cursos femeninos superiores, bien en la sociedad religioso-filosófica, o en la Cruz Roja, o en el Comité de huelga. Sería mejor refugiarse en Suiza, en cualquier boscoso cantón: con la paz y la claridad del lago, del cielo y las montañas, y ese aire sonoro, tranquilo, en el que todo halla eco.

Se alejó de la ventana. Tenía deseos de ir a ver a alguien o simplemente de caminar por la calle, sin propósito. Pero recordó a tiempo que esperaba la visita del tolstoiano Vyvolochnov, que debía hacerle una pregunta y, por lo tanto, no podía ausentarse. Comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación, con el pensamiento fijo en su sobrino.

Cuando de la ciudad perdida junto al Volga, Nikolái Nikoláevich se trasladó a San Petersburgo, dejó a Yura en Moscú, en el círculo de sus parientes, los Vedeniapin, los Ostromyslenski, los Seliavin, los Mijaelis, los Svientitski y los Gromeko. De momento se quedó junto al viejo Ostromyslenski, un charlatán embustero a quien los parientes llamaban Fiedka. Tenía éste relaciones con la pupila Motia, y esto le hacía sentirse un subversor de la moral tradicional y un combatiente del ideal. Sin embargo, defraudó la confianza que se había depositado en él, pues se gastó el dinero destinado a Yura y el muchacho fue confiado entonces a la familia del profesor Gromeko, con la cual se encontraba ahora rodeado por una atmósfera de cálido afecto.

«Han formado un triunvirato —pensaba Nikolái Nikoláievich—: Yura, Gordón,

su compañero de clase, y Tonia, la hija de Gromeko. Una triple alianza, nutrida con la lectura del *Sentido del amor* y la *Sonata a Kreutzer*, y fundada en la apología de la pureza.»

La adolescencia tiene que pasar a través de todos los excesos de la castidad. Pero ellos exageraban, iban más allá de todo buen sentido.

Eran exageraciones extravagantes y pueriles. Llamaban «vulgaridad» a todo lo que se refería a la sensualidad, la cual, no obstante, les obsesionaba, y aplicaban esta palabra viniera o no a cuento. La elección era realmente desdichada. «Vulgaridades» eran para ellos tanto la voz del instinto como la literatura pornográfica, el goce de la mujer y, además, casi todo el mundo físico. Pronunciaban la palabra palideciendo o ruborizándose.

«Si hubiese estado en Moscú —pensaba Nikolái Nikoláevich—, no hubiese permitido que las cosas llegaran tan lejos. El pudor es necesario dentro de ciertos límites... Pero aquí tenemos a Nil Feoktístovich.»

—Entre, por favor —exclamó, dirigiéndose a su visitante.

10

El que había entrado era un hombre grueso con una camisa gris ceñida a la cintura por un ancho cinturón. Calzaba botas de fieltro y los pantalones se le hinchaban sobre las rodillas. Daba la impresión de un buen hombre con la cabeza flotando entre las nubes. Sobre su nariz se estremecía malignamente un pequeño *pince-nez* atado a una larga cinta negra.

En la antesala se había despojado del abrigo, pero se dejó puesta la bufanda, uno de cuyos extremos arrastraba por el suelo, y llevaba en la mano el redondo sombrero de fieltro. Estos objetos lo embarazaban en sus movimientos; no sólo le impedían estrechar la mano de Nikolái Nikoláevich, sino también devolver con voz clara su saludo.

—Hum...mmm —rezongó incómodo, mirando a su alrededor.

—Póngase cómodo —dijo Nikolái Nikoláevich, restituyendo a Vyvolochnov el uso de la palabra y el dominio de sí mismo.

Era uno de esos tolstoianos en cuya mente las geniales ideas que en el maestro no habían hallado reposo, se habían como repantigado y, entregadas a un largo e imperturbable descanso, acabaron inevitablemente por degenerar.

Vyvolochnov había ido a rogarle que hablara en una escuela, a favor de los exilados políticos.

—Ya hablé allí una vez.

—¿A favor de los políticos?

—Sí.

—Debería hacerlo otra vez.

Nikolái Nikoláevich trató de resistirse, pero acabó cediendo.

Se había agotado el motivo de la visita. Nikolái Nikoláevich no hacía nada por retener a Nil Feoktístovich, que habría podido levantare y marcharse, pero le parecía descortés irse tan pronto. Antes debía encontrar algo interesante y animado que decirle. Inicióse una conversación penosa y desagradable

—¿Está usted en decadencia? ¿Se ha dado al misticismo?

—¿Por qué?

—Hay algo de usted que está acabado. ¿Recuerda la asamblea provincial?

—¡Cómo no! Trabajamos juntos en las elecciones.

—Usted iba por las escuelas rurales y los seminarios didácticos. ¿Recuerda?

—¡Cómo no! Fueron luchas encarnizadas. Además, me parece que usted se ocupaba de higiene popular y asistencia social. ¿No es cierto?

—Fue durante algún tiempo.

—Ya. Y ahora ahí tiene usted a todos esos faunos y esos nenúfares, esos efebos y todos esos «seremos como el sol»[12]. Aunque me matara no podría creerlo. Que una persona inteligente, que tiene sentido del humor y tal conocimiento del pueblo... ¡No, por favor, permítame...! Acaso estoy metiéndome donde no debo... Es algo personal ¿verdad?

—¿Por qué decir palabras sin ton ni son, sin reflexionar? ¿De qué discutíamos? Usted no sabe lo que pienso.

—Rusia necesita escuelas y hospitales, y no faunos ni nenúfares.

—Nadie lo niega.

—El mujik carece de todo y se muere de hambre.

La conversación avanzaba a saltos. Advirtiendo que tales tentativas no conducían a nada, Nikolái Nikoláevich comenzó a hablar sobre lo que lo acercaba a ciertos escritores de la escuela simbolista y luego pasó a Tolstoi.

—Hasta cierto punto estoy de acuerdo con usted. Pero Tolstoi afirma que cuanto más perseguimos la belleza más nos alejamos del bien.

—¿Y cree usted lo contrario? ¿Que el mundo será salvado por la belleza, los misterios de la Edad Media y cosas parecidas, como por Rozánov[13] y Dostoievski?

—Espere y le diré lo que pienso. Creo que si la fiera que duerme en el hombre se pudiese contener con la amenaza de un castigo, no importa cuál, o con la recompensa de ultratumba, el emblema supremo de la humanidad sería un domador de circo con la fusta en la mano, y no un profeta que se ha sacrificado a sí mismo. Pero la cuestión reside en que durante siglos, no el palo, sino la música, ha colocado al hombre por encima de la bestia y lo ha elevado: una música, la irresistible fuerza de la verdad desarmada, el poder de atracción del ejemplo. Hasta ahora se consideraba que lo esencial del Evangelio eran las máximas reglas morales contenidas en los mandamientos, mientras que para mí lo principal es que Cristo habla con parábolas

extraídas de la vida diaria, explicando la verdad a la luz de la existencia cotidiana. La base de esto es el concepto de que la comunión entre los mortales no acabará nunca y la vida es simbólica porque tiene un significado.

—No he comprendido nada. Sería mejor que escribiera un libro sobre estas cosas.

Cuando Vyvolochnov se hubo marchado, una terrible irritación se apoderó de Nikolái Nikoláevich. Estaba indignado consigo mismo por haber pregonado a un estúpido como Vyvolochnov sus pensamientos más íntimos sin haber causado en él la más mínima impresión. Y como sucede con frecuencia, su indignación cambió de rumbo repentinamente. Vyvolochnov desapareció de su mente como si nunca hubiese existido, y se puso a pensar en otras cosas.

No llevaba diario, pero dos o tres veces al año anotaba en un grueso cuaderno los pensamientos que más lo impresionaban. Tomó el cuaderno y comenzó a escribir con su caligrafía grande y clara.

«Todo el día fuera de mí por esa estúpida de Schlésinger. Vino temprano y se marchó a la hora de almorzar. Durante dos horas me ha abrumado con la lectura de esas majaderías. Texto poético del simbolista A para la sinfonía cosmogónica del compositor B con los espíritus de los planetas, las voces de los cuatro elementos, y así sucesivamente. Tragué quina hasta que no pude más y entonces le supliqué que me dejase en paz.

»De pronto lo he comprendido todo. He comprendido por qué hasta en Fausto hay siempre algo mortalmente insoportable y artificioso. Es un interés preconcebido, falso. El hombre de hoy no siente estas exigencias. Cuando se ve asaltado por los interrogantes del universo, se sumerge en la física y no en los hexámetros de Hesíodo.

»Pero no se trata sólo del hecho de que tales formas hayan envejecido y sean anacrónicas y que esos espíritus del fuego y del agua lleven de nuevo a confundir lo que la ciencia aclaró para siempre. Este género contradice el espíritu del arte contemporáneo, su esencia, los temas que lo solicitan.

»Estas cosmogonías eran legítimas antiguamente, cuando sobre la tierra los hombres eran todavía tan raros que la humanidad no podía ignorar la naturaleza. Había mamuts y era reciente el recuerdo de los dinosaurios y los dragones. La naturaleza ofrecíase descubierta totalmente ante el hombre y lo superaba tan plenamente y con tal evidencia que tal vez todo estuvo realmente lleno de dioses. Eran las primerísimas páginas, el comienzo de la crónica humana.

»El mundo antiguo acabó en Roma por exceso de población.

»Roma fue un mercado de dioses tomados en préstamo y de pueblos conquistados, una doble aglomeración, en la tierra y en el cielo, una náusea, un triple nudo apretado sobre sí mismo, como un retortijón. Dacios, hérulos, escitas, sármatas, hiperbóreos, pesadas ruedas sin rayos, ojos nadando en grasa, bestialidad, mentes con

doblez, peces alimentados con carne de esclavos cultivados, emperadores analfabetos. En el mundo había más hombres que hubo nunca más tarde y estaban oprimidos y atormentados en los sótanos del Coliseo.

»Y he aquí que en aquella orgía de mal gusto, en oro y mármol, llegó El, ligero y vestido de luz, fundamentalmente humano, voluntariamente provinciano, el galileo, y desde ese instante los pueblos y los dioses dejaron de existir y comenzó el hombre, el hombre carpintero, el hombre agricultor, el hombre cuyo nombre no sonaba solemne ni feroz, el hombre generosamente ofrecido a todas las canciones de cuna de las madres y a todos los museos de pintura del mundo.»

11

Las galerías de la Petróvskaia recordaban un rincón de San Petersburgo trasplantado a Moscú. El mismo estilo armónico de los edificios a ambos lados de la calle, los portales de las casas sobriamente decorados, la librería, la sala de lectura, el Instituto Cartográfico, una tabaquería bien puesta y un restaurante no menos bien puesto, iluminado por grandes faroles de gas con globos esmerilados.

En invierno el lugar adquiría una tétrica inaccesibilidad. Vivían allí personas serias, decentes, gentes de profesiones liberales con buenos ingresos.

Allí, en el segundo piso, al que se llegaba por una amplia escalera de macizas barandillas de roble, tenía alquilado un lujoso departamento de soltero Víktor Ippolítovich Komarovski. Emma Ernéstovna, su ama de llaves, o mejor dicho la celosa vigilante de su plácida soledad, llevaba la casa, silenciosa e invisible, preocupándose amorosamente de todo y no inmiscuyéndose jamás en nada, y él le correspondía con una caballerosa gratitud, natural en un *gentleman* como él, excluyendo de la casa la presencia de huéspedes y visitantes incompatibles con su tranquilo mundo de vieja solterona. Reinaba en la casa la quietud de un convento: las persianas echadas, ni una mota de polvo, ni la más pequeña mancha, como en un quirófano.

Los domingos, antes de almorzar, Víktor Ippolítovich tenía la costumbre de pasear con su *bulldog* por la calle de Petrovka y la de Kuznietski, y de una de las esquinas solía surgir y lo acompañaba en su paseo Konstantín Illariónovich Satanidi, actor y empedernido jugador de cartas.

Juntos paseaban de un lado a otro por las aceras y cambiaban breves anécdotas y observaciones, pero eran diálogos tan raros, insignificantes y llenos de desprecio hacia todo lo del mundo que, si en lugar de palabras, hubiesen sido rugidos, habrían logrado el mismo efecto y las dos aceras de Kuznietski habrían resonado igualmente con tonos graves y bajos, con sonidos anárquicos y excitados, con vibraciones que chocaban y se superponían.

12

El tiempo luchaba por no empeorar. Las gotas de lluvia dejaban oír su tictac sobre el hierro de los canalones y de las cornisas, y cada tejado transmitía sus rumores al tejado vecino. Era la época del deshielo.

En un estado de inconsciencia Lara recorrió toda la calle, y sólo al llegar a casa se dio cuenta de lo que había ocurrido.

En casa todos dormían. Cayó de nuevo en su torpor y, aturdida, se sentó en el tocador de la madre, con su traje de color lila claro, casi blanco, guarnecido de encaje, y el largo velo, que por una noche había cogido del taller, como si hubiese ido a un baile de máscaras. Estaba sentada ante su propia imagen reflejada en el espejo y no veía nada. Cruzó luego las manos sobre la mesita y apoyó la cabeza en ellas.

Si su madre lo supiera la mataría. La mataría y luego se mataría ella.

¿Cómo había sucedido? ¿Cómo pudo ocurrir? Ahora era ya demasiado tarde. Debió de haberlo pensado antes.

Ahora era una mujer —¿se decía así?— perdida. Una mujer de novela francesa. Al día siguiente, en clase, se sentaría en el mismo banco que las demás, chiquillas inocentes comparadas con ella. ¡Señor, Señor, cómo pudo suceder!

Un día, dentro de muchos años, cuando sea posible, Lara le contará todo esto a Olia Diómina. Olia le tomará la cabeza entre las manos y se echará a llorar.

Afuera, en la ventana, susurraban las gotas de lluvia, y hablaba sin descanso el deshielo. Alguien, en la calle, llamaba con fuerza a la puerta de al lado. Lara no levantó la cabeza. Sus hombros se estremecían por los sollozos.

13

—¡Ah, Emma Ernéstovna, no importa, querida! Estoy cansado.

Echaba sobre el tapete y el diván varios objetos, peines, gemelos. Abría y cerraba los cajones de la cómoda, sin saber lo que buscaba.

Sentía una gran necesidad de ella, pero no había modo de verla aquel domingo, y agitábase como una fiera enjaulada, sin hallar paz.

Una criatura extraordinaria, con su gracia enteramente espiritual. Sus manos eran sorprendentes y despertaban la misma admiración que un pensamiento elevado. Sobre la tapicería de aquella habitación de hotel la sombra de ella parecía la imagen de su pureza. La camisa le ceñía el pecho con la naturalidad de un trozo de tela en torno a los dedos.

Komarovski tamborileaba en el cristal de la ventana al ritmo de los cascos de los caballos, que resonaban cadenciosos sobre el asfalto de la calle.

—Lara —murmuró, y cerrando los ojos volvió a ver entre sus brazos la cabeza de ella dormida, con las pestañas cerradas en el sueño, ignorante de que la estaban

mirando desde hacía horas. Esparcida en desorden su cabellera sobre la almohada, el halo de su belleza le atenazaba la mirad y penetraba en su alma.

Ni siquiera lo había calmado el paseo dominical. Había dado con «Jack» algunos pasos por la acera y luego se habían parado. Imaginó la calle de Kuznietski, las bromas de Satanidi, la multitud de amigos con quienes se habría encontrado. No, era demasiado para sus fuerzas. ¡Qué odioso se le hacía todo! Volvió sobre sus pasos, con gran sorpresa del perro, que le dirigió una mirada de desaprobación y lo siguió de mala gana.

«¡Qué obsesión! —pensaba—. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué es? ¿El despertar de la conciencia, un sentimiento de celos o de remordimiento? ¿O inquietud?»

No, sabía que ella estaba en su casa, segura. Entonces ¿por qué no lograba alejarse de ella con el pensamiento?

Entró en el portal de su casa y, pasado el zaguán, comenzó a subir. Sobre la escalera, una ventana de estilo veneciano con frisos ornamentales en los ángulos del cristal derramaba sobre el pavimento y el alféizar reflejos multicolores. Se detuvo a la mitad del segundo tramo.

«No debo ceder a esta angustia que me atormenta y me consume.»

Ya no era un niño. Tenía que comprender lo que podría sucederle si esa muchacha, hija de un amigo suyo muerto, si esa muchacha se convertía de instrumento de diversión en motivo de sufrimiento. Tenía que reaccionar. Ser fiel a sí mismo, a la propia vida, o de otra forma sería el final de todo.

Apretó, hasta sentir dolor, la ancha barandilla, cerró por un momento los ojos y con un brusco movimiento reanudó la ascensión. En el vestíbulo inundado de reflejos recogió la mirada de adoración del bulldog, que lo miraba desde abajo, con la cabeza levantada, como un viejo enano baboso de fláccidas mejillas.

El perro no quería a la muchacha, le rompía las medias, y le gruñía mostrándole los dientes. Estaba celoso: como si temiera que con ella su amo se contaminase de algo humano.

—¡Ah! ¡Vaya! Quieres que todo sea como antes: Satanidi, las abyecciones y las anécdotas. ¡Toma, pues! ¡Toma, toma y toma!

Comenzó a golpear al perro con el bastón de paseo y a darle puntapiés. «Jack» escapó ladrando y aullando. Tembloroso, se deslizó por la escalera y fue a arañar la puerta de Emma Ernéstovna para quejarse a ella.

Pasaron días y semanas.

14

¡Qué mágico círculo era aquél! Si la intrusión de Komarovski en su vida le hubiese producido al menos repulsión, Lara habría reaccionado y estaría salvada. Pero no era tan sencillo.

Le halagaba que aquel hombre de cabellos grises, que podía ser su padre, tan aplaudido en todas partes y de quien se ocupaban los periódicos, gastase tiempo y dinero en ella, la contemplara como a una diosa, la llevara al teatro y los conciertos y, como se decía, «la desarrollase intelectualmente». Sin embargo, continuaba siendo la colegiala adolescente embutida en un uniforme oscuro, partícipe secreta de inocentes conjuras y travesuras escolares. Las libertades que Komarovski se tomaba en el coche ante las narices del cochero, o en un palco, a los ojos de todo el teatro, la seducían por su audacia provocativa y excitaban en ella el diablillo de la imitación.

Pero ese entusiasmo infantil, de pequeña colegiala, pasó pronto. Una fatiga dolorosa, un íntimo terror se apoderaron de ella. Siempre tenía ganas de dormir: por las noches de insomnio, por el llanto y el continuo dolor de cabeza, por el estudio y por un vago cansancio.

15

Era su maldición, lo odiaba. Cada día rumiaba de distinto modo los mismos pensamientos.

Se había convertido en su esclava para toda la vida. ¿Con qué la había sojuzgado? ¿En nombre de qué la obliga a ceder, y ella se rinde, secunda sus deseos, lo deleita con el estremecimiento de su descubierto abandono? ¿En nombre de su edad, de la dependencia económica de la madre de él, o intimidándola hábilmente? No, no y no. Todo es absurdo.

No es ella quien está sujeta, sino él. ¿Acaso no se da cuenta de cómo sufre por ella? Ella no tiene nada que temer, su conciencia está bien limpia. Si ella lo desenmascara, es él quien debe sentir vergüenza y miedo. Pero ella no hará nunca eso. Para hacerlo le falta la abyección, la fuerza que Komarovski ejerce frente a los que dependen de él y frente a los débiles.

Esta es la diferencia que existe entre ellos. Y esto es lo que hace espantosa la vida. ¿Con qué hiere la vida? ¿Con truenos y rayos? No, con las miradas oblicuas y las murmuraciones de la calumnia. Todo en ella es perfidia y doblez. Le basta tender un hilo sutil como el de una telaraña, y se acabó todo. ¡Intenta luego salirte de la red! Cada vez te enredas más en ella.

Y la mejor parte sobre los fuertes se la llevan el débil y el abyecto.

16

Decía para sí:

«¿Y si se casara conmigo? ¿Cambiarían las cosas?» Entregábase de este modo a los sofismas. Pero a veces se apoderaba de ella una angustia sin evasión.

¿Cómo podría no sentirse avergonzado de postrarse a sus pies y suplicarle: «Así no podemos continuar. Piensa en lo que he hecho contigo. Te deslizas por una

pendiente. ¿Debemos decírselo a tu madre? Me casaré contigo».

Lloraba e insistía, como si ella le pusiera inconvenientes y no estuviese de acuerdo. Eran sólo bellas palabras y, no obstante, ella prestaba atención a estas vacías frases de tragedia.

Mientras tanto continuaba llevándola, cubierta con un largo velo, al reservado de aquel horrible restaurante, donde los camareros y los clientes la miraban de tal manera que parecían desnudarla. Y ella se preguntaba: «¿El amor es, pues, humillación?

Una vez tuvo un sueño. Estaba enterrada. Sólamente habían quedado fuera el lado izquierdo con el hombro y el pie derecho. En el pezón izquierdo brotaba la hierba y sobre la tierra cantaban: *Ojos negros, blancos senos y No permiten que Masha vaya al otro lado del río*.[14]

17

Lara no era religiosa. No creía en los ritos del culto. Pero algunas veces, para soportar la vida, es menester acompañarse de una especie de música interior, que no siempre se puede componer a solas. Esta música eran para ella las palabras divinas sobre la vida y por ellas iba a llorar a la iglesia. Una vez, a principios de diciembre, con el alma oprimida como la de Katerina de *La tormenta*[15], fue a rezar convencida de que la tierra iba a abrirse bajo sus pies y a derrumbarse la bóveda de la iglesia.

«Me lo merezco. Así se acabará todo. ¡A quién se le ocurre haberse llevado a esta charlatana de Olia Diómina!»

—Prov Afanásievich —le susurró Olia al oído.

—¡Chis! Calla, te lo ruego. ¿Qué Prov Afanásievich?

—Prov Afanásievich Sokolov. Mi tío segundo. Ese que está leyendo.

«¡Ah, el subdiácono! Pariente de los Tivierzin», y dijo:

—¡Chis! Calla. No me distraigas, por favor.

Habían llegado al principio de la función. Cantaban el salmo: Ángel divino, mi santo custodio...

La iglesia, semivacía, estaba llena de ecos. Sólo en torno al altar se apiñaba una pequeña multitud de fieles. Era una iglesia de reciente construcción, y la vidriera, desnuda e incolora, no lograba dar vida y alegría a la callejuela gris contigua al edificio, llena de nieve y recorrida por mudos transeúntes y silenciosos vehículos. Junto a la vidriera, el deán de la iglesia, sin preocuparse de la función y con tono tan alto como para ser oído desde los cuatro ángulos del templo trataba de hacer comprender algo a una devota andrajosa dura de oído. También su voz era inexpresiva e incolora como el ventanal y el callejón.

Mientras Lara, dando lentamente la vuelta en torno al grupo de fieles, se dirigía, apretando el dinero en la mano, a comprar las velas para ella y Olia, y luego, también

con cuidado de no tropezar con nadie, retrocedía, Prov Afanásievich logró soltar de un tirón nueve bienaventuranzas, con la indiferencia de quien repite cosas bien conocidas de todos.

Lara continuaba avanzando, pero de pronto se estremeció y detuvo. La última se refería a ella. Prov Afanásievich recitaba:

—Envidiable es la suerte de los humillados; ellos tienen algo que contar de sí mismos. Todo lo tienen ante sí. De este modo pensaba Cristo.

18

Eran los días de la Priesnia[16]. Su casa se encontraba en la zona de la insurrección. Pocos pasos más allá, en la Tverskaia, estaban construyendo una barricada: velase todo desde la ventana del hotel. Desde el patio llevaban grandes cubos de agua que vertían sobre la barricada para cimentar con una coraza de hielo las piedras y detritos que la constituían.

El patio era el punto de reunión de los insurrectos, una especie de centro sanitario o de aprovisionamiento.

Pasaron dos muchachos. Lara los conocía: uno era Nika Dúdorov, amigo de Nadia, en cuya casa lo había visto. Era de su grupo en el colegio: honrado, orgulloso y taciturno. No era distinto de ella y no le interesaba.

El otro era el alumno de la escuela real Antípov: vivía con la vieja Tivierzin, la abuela de Olia Diómina. En sus visitas a Marfa Gavrílovna, Lara había comenzado a advertir la impresión que producía en el muchacho. Pasha Antípov era todavía infantilmente sencillo, tanto como para no ocultar la felicidad que le producían aquellos encuentros, como si Lara fuese un bosquecillo de abedules durante la canícula, con la hierba limpia y las nubes, y él un becerrillo que pudiera expresar impunemente su entusiasmo, sin temor a caer en el ridículo.

Apenas hubo notado la influencia que ejercía sobre él, Lara, inconscientemente, comenzó a aprovecharse de ella. Pero hasta muchos años más tarde no se ocupó seriamente de moldear aquel carácter dulce y maleable, en una época muy posterior a la de su amistad, cuando Patulia sabía ya que la amaba perdidamente y que ya la vida no le permitía esperanza alguna.

Los muchachos jugaban al más terrible y viril de los juegos, a la guerra, a una guerra que, sólo por haber participado en ella, traía consigo ejecuciones capitales o confinamientos.

Pero la forma en que estaban anudadas las puntas de sus gorros, al estilo cosaco, revelaba que tratábase de muchachos que tenían todavía vivos a papá y mamá. Lara lo miraba como un adulto mira a los niños. Sobre sus peligrosas diversiones alentaba un aire de inocencia que se comunicaba a todo lo demás: a la noche de hielo que se había cubierto de una escarcha aterciopelada, tan espesa que parecía negra; al patio

velado de azules sombras; a la casa de enfrente, donde estaban encerrados los muchachos; y sobre todo a los disparos de revólver que se oían continuamente por aquel lado.

«Los chicos disparan —pensaba Lara. Y no se refería solamente a Nika y a Patulia, sino a toda la ciudad que disparaba—. Buenos y honrados muchachos —pensó—. Son buenos y por eso disparan.»

19

Supieron que contra la barricada podía abrirse fuego de artillería y que la casa estaba en peligro. Pero su barrio estaba rodeado y ya era demasiado tarde para pensar en trasladarse a casa de algún conocido en otra parte de la ciudad. Había que buscar refugio en la vecindad, dentro de la zona cercada. Recordaron el «Chernogorie».

Pero la pensión estaba totalmente ocupada, porque muchos otros que se encontraron en la misma situación tuvieron análoga idea. Como eran viejos clientes, les prometieron sitio en la guardarropía.

En tres fardos, para no llamar la atención con las maletas, recogieron lo indispensable. Luego, en días sucesivos, comenzaron a enviar los bártulos a la pensión.

A causa de las costumbres patriarcales que reinaban en el obrador, el trabajo continuó hasta el último momento, a pesar de la huelga. Y una tarde fría y oscura llamaron a la puerta de entrada: entró un hombre protestando y amenazando. En la entrada preguntó por la dueña. Faína Silántievna se dirigió a la antesala para intentar calmar los ánimos.

—¡Venid aquí, chicas!

Llamó a las oficialas y comenzó a presentarlas al hombre que había entrado. El, de un modo torpe y cordial, estrechó la mano de cada una, después de haber llegado con Fetísova a un acuerdo sobre algo.

De vuelta a la sala, las oficialas comenzaron a envolverse en los chales y a ponerse las estrechas pellizas, levantando los brazos sobre la cabeza.

—¿Qué pasa?—preguntó Amalia Kárlovna, que acababa de llegar.

—Nos vamos, *madame*. Estamos en huelga.

—Pero... ¿qué daño os he hecho yo?

Y madame Guichard se echó a llorar.

—No se lo tome así. Amalia Kárlovna. No le tenemos ningún rencor; es más, le estamos muy agradecidas. Pero no se trata de usted o de nosotras. Ahora es así para todos en todo el mundo. ¡Qué le vamos a hacer!

Se fueron todas hasta la última, incluso Olia Diómina y Faína Silántievna, que, al despedirse, dijo a la dueña que ella tomaba parte en la huelga por el bien de la propietaria y de la casa. Pero la Guichard no lograba tranquilizarse.

—¡Qué negra ingratitud! ¡Cómo se engaña una con la gente! ¡Y pensar en lo que me he desvivido por esa chiquilla! Pase con ella, porque es una niña. Pero esa vieja bruja...

—Compréndelo, madrecita, no se puede hacer una excepción contigo —la consolaba Lara—. Nadie tiene nada contra ti. Al contrario. Todo lo que está sucediendo ahora se hace en nombre de la humanidad, en defensa de los débiles, por el bien de las mujeres y los niños. Sí, sí, no muevas la cabeza con desconfianza. Gracias a esto algún día la vida será mejor para ti y para mí.

Pero su madre no comprendía.

—Siempre lo mismo —censuró—, en los momentos de confusión dices unas cosas tan gordas como para hacerse cruces. Me dan la patada y, según tú, esto se hace por mi interés. No, es para volverse loca.

Rodia estaba en la Academia de Cadetes. Lara y su madre vagaban solas por la casa vacía. La oscura calle miraba con ojos vacíos en el interior de las habitaciones, y éstas respondían con una mirada igual.

—Vamos al hotel antes de que oscurezca. ¿Oyes, mamita? No nos demoremos más, enseguida.

—Filat, Filat —llamaron al portero—, Filat, palomita, acompáñanos al «Chernogorie».

—Sí, señora.

—Toma los paquetes y, por favor, cuida luego de todo lo que dejamos aquí, hasta que las cosas se tranquilicen. Y no te olvides de dar agua y alpiste a «Kirill Modéstovich». Y ciérralo todo con llave. Y, por favor, date prisa.

—Sí, señora.

—Gracias, Filat. Cristo te ampare. Bueno, calmémonos antes de marcharnos, y que Dios nos ayude.

Salieron a la calle y les pareció que el aire era distinto, como si hubiesen pasado una larga enfermedad. La atmósfera helada, que podía cascarse en dos como una nuez, difundía levemente en todas direcciones sonidos claros y limpios, como trabajados a torno. Oíanse las descargas y las balas chasqueaban y caían con un rumor sordo.

A pesar de que Filat tratase de convencerlas de lo contrario, Lara y Amalia Kárlovna se creían que se trataba de salvas.

—Eres un bobalías, Filat. Juzga tú mismo: ¿cómo es posible que no sean salvas, cuando ni siquiera se ve quién dispara? ¿Crees acaso que dispara el Espíritu Santo? Naturalmente que son salvas.

En un cruce los detuvo una patrulla de ronda. Fueron cacheadas por los cosacos, que, bromeando, las sobaron con insolencia de pies a cabeza. Llevaban los gorros, sin visera y con barboquejo, ladeados jactanciosamente sobre una oreja. Parecía que

tuviesen un solo ojo.

«¡Qué suerte —pensó Lara—, no veré a Komarovski mientras estemos aislados del resto de la ciudad!»

Si no podía librarse de él era a causa de su madre, a quien no podría decirle: mamá, no lo recibas más. Se descubriría todo. ¿Y qué? ¿Por qué tener miedo? ¡Ah, que fuera lo que Dios quisiera, pero que acabase de una vez! ¡Señor, Señor, Señor! Estuvo a punto de caer desmayada de vergüenza en medio de la calle. ¿De qué se acordaba? ¿Del título de aquel cuadro terrible con un romano gordo, que había en el reservado donde comenzó todo? *Mujer o jarro*. ¿Cómo no? Ciertamente era un cuadro famoso. *Mujer o jarro*. Y ella no era todavía mujer, para que la pudiesen comparar con aquel precioso objeto. Eso vino después. La mesa estaba puesta con mucho lujo.

—¿Adónde corres como una loca? No puedo seguirte —lloriqueaba tras ella Amalia Kárlovna, respirando fatigosamente y no logrando darle alcance.

Lara iba cada vez más deprisa. La impulsaba una fuerza, y era como si volase, una fuerza poderosa que le daba ánimos.

«¡Qué alegremente suenan esos disparos! —pensaba—. Bienaventurados los perseguidos, bienaventurados los humillados. ¡Dios os ayude, disparos! ¡Disparos, disparos, vosotros queréis lo que yo quiero!

20

La casa de los hermanos Gromeko levantábase en la esquina de Sívtsev Vrázhek con otra calle. Alexandr y Nikolái Alexándrovich Gromeko eran profesores de química; el primero en la Academia Petróvskaia, y el segundo en la universidad. Nikolái Alexándrovich era soltero y Alexandr Alexándrovich estaba casado con Anna Ivánovna, nacida Krueger, hija de un industrial siderúrgico, propietario de minas abandonadas por escaso rendimiento en los terrenos de la inmensa finca forestal que poseía cerca de Yuriatin en los Urales.

La casa era de dos pisos. El superior, con los dormitorios, la sala para las clases, el estudio de Alexandr Alexándrovich y la biblioteca, el *boudoir* de Anna Ivánovna y las habitaciones de Tonia y Yura, estaba destinado a vivienda, y el piso bajo a las recepciones. Las cortinas de color de alfóncigo, los brillantes reflejos sobre la tapa del piano, el acuario, los muebles de color aceituna y las plantas de adorno parecidas a las algas daban a la parte inferior de la casa el aspecto de un verde fondo marino, soñolientamente ondeante.

Los Gromeko eran personas cultas, hospitalarias, grandes conocedores de la música y apasionados por ella. Habían reunido a su alrededor a un círculo de amigos y organizaban veladas de música de cámara, durante las cuales se ejecutaban tríos al piano, sonatas de violín y cuartetos de cuerda.

En enero de 1906, inmediatamente después de la partida de Nikolái Nikoláevich al extranjero, debía tener efecto en la casa de Sívtsev el acostumbrado concierto de cámara. En el programa figuraba una nueva sonata para violín compuesta por un discípulo de la escuela de Taniéev y un trío de Chaikovski.

La víspera comenzaron los preparativos. Habíanse apartado algunos muebles para hacer más espaciosa la sala, y por centésima vez el afinador hacía vibrar la misma nota o ejecutaba caprichosos arpegios semejantes a una lluvia de perlas. En la cocina se desplumaban pollos, se limpiaba la verdura y se trituraba la mostaza en aceite para las salsas y ensaladas.

Por la mañana, para aumentar la confusión, se había presentado Shura Schlésinger, íntima amiga y confidente de Anna Ivánovna.

Era una mujer alta y flaca con líneas regulares en un rostro más bien varonil, que a veces hacía pensar en el zar, especialmente con su gorro gris de astracán, que llevaba ladeado, y que no se quitaba ni cuando estaba de visita, limitándose entonces a levantar un poco el velo que colgaba de él.

En los momentos de pena o de preocupación las dos amigas encontraban en la conversación un alivio recíproco que consistía en dedicarse mutuamente ásperas palabras con tono más venenoso cada vez. Producíanse borrascosas escenas que terminaban pronto en lágrimas y reconciliación. Estos altercados regulares ejercían sobre ambas una acción sedante, como las sanguijuelas en las congestiones.

Shura Schlésinger se había casado varias veces, pero inmediatamente después del divorcio olvidaba a sus maridos y les concedía tan poca importancia que en todas sus maneras conservaba la fría desenvoltura de la mujer solitaria.

Aunque era teósofa, conocía tan perfectamente el desarrollo del rito ortodoxo, que a veces, *toute transporté*, en un estado de éxtasis completo, no podía contenerse y sugería a los oficiantes lo que debían decir o cantar: «Escúchame, Señor», en todo momento», «querubín purísimo»... Constantemente se oía su ronca y quebrada voz apresurada.

Conocía además las matemáticas, las artes mágicas de la India, las señas de los más famosos profesores del Conservatorio de Moscú y las personas que vivían con cada uno de ellos, y sólo Dios sabe lo que aquella mujer ignoraba. Por eso la llamaban para que actuase como juez y organizador en toda circunstancia difícil.

A la hora establecida comenzaron a llegar los invitados: Adelaida Filíppovna, Hinz, los Fufkov, el señor y la señora Basurmán, los Verzhitski, el coronel Kavkáztsev. Estaba nevando y cuando se abrió el portalón de entrada, penetró una ráfaga de aire en la que se vieron danzar pequeños y grandes copos de nieve. Los hombres entraban calzando altas botas de agua que les cubrían las pantorrillas y todos sin excepción parecían angelotes distraídos y acoquinados, mientras que sus mujeres, refrescadas por la helada, desabrochado el cuello de las pellizas y con los chales de

piel sobre los cabellos cubiertos de escarcha, ofrecían el aspecto de bribonas redomadas, todas astucia y perfidia.

—El sobrino de Kiui[17] —se oyó murmurar cuando entró el nuevo pianista, invitado por primera vez en casa de los Gromeko.

Desde la sala, a través de las puertas laterales abiertas de par en par, descubríase en el comedor la mesa puesta, larga como una ruta de invierno. Hería los ojos el juego de luces de las botellas de cristal tallado, llenas de aguardiente de ciruelas. La imaginación se embelesaba en los platos de carne, las jarritas de vinagre puestas en bandejas de plata y la pintoresca variedad de caza y entremeses, y también con las servilletas plegadas en forma de pirámide junto a cada cubierto, mientras las cinerarias moradas y azules, oliendo a almendra, colocadas en canastillos, parecían excitar el apetito. Para no demorar el deseado instante en que se podrían saborear aquellos manjares regios, todos se apresuraron a despachar lo antes posible los espirituales. Distribuyéronse en fila en la sala. De nuevo se murmuró la frase «El sobrino de Kiui», cuando el pianista se hubo colocado ante su instrumento. El concierto comenzó.

Se preveía que la sonata sería aburridamente alambicada y cerebral. Además de confirmarse las previsiones, resultó también terriblemente prolija.

Durante el intervalo discutieron de esto el crítico Kerimbiékov y Alexandr Alexándrovich. El primero menospreciaba la sonata, y Alexandr Alexándrovich la defendía. La gente fumaba y se movía ruidosamente en las sillas.

De nuevo las miradas cayeron sobre los planchados manteles que blanqueaban en la estancia vecina y todos propusieron que el concierto continuara sin más dilación.

El pianista miró al público y con la cabeza dio a sus acompañantes la señal de empezar. El violinista y Tyszkiewicz blandieron los arcos y el trío comenzó a sollozar.

Yura, Tonia y Misha Gordón, que ahora pasaba la mitad de su tiempo con los Gromeko, estaban sentados en la tercera fila.

—Yegórovna le hace señas —susurró Yura a Alexandr Alexándrovich, que se sentaba precisamente delante de él.

En la entrada de la sala, Agrafiona Yegórovna, la vieja y canosa camarera de los Gromeko, con miradas desesperadas en dirección a Yura y otros tantos movimientos de cabeza indicando a Alexandr Alexándrovich, trataba de hacer comprender al muchacho que tenía urgente necesidad de hablar con el dueño de la casa.

Alexandr Alexándrovich se volvió, lanzó una mirada llena de reproche a Yegórovna y se arrellanó en su asiento. Pero Yegórovna no cejaba. A poco, de un extremo a otro de la sala, se estableció entre ellos un diálogo como si fueran dos sordomudos. Los presentes comenzaron a mirarlos, y Anna lvánovna lanzó feroces miradas a su marido.

Alexandr Alexándrovich se levantó. Había que hacer algo. Enrojeciendo, dio silenciosamente la vuelta a la sala y se acercó a Yegórovna.

—¿No te da vergüenza, Yegórovna? ¿Qué te pasa? Vamos, pronto, ¿qué hay?

Yegórovna dijo en voz baja.

—¿Qué Chernogorie?

—La pensión.

—Bueno ¿y qué?

—Lo reclaman con urgencia. Hay alguien que se está muriendo.

—¡Morirse ahora! ¡Vaya una idea! Eso es imposible, Yegórovna. En cuanto haya terminado de tocar se lo diré. Antes no es posible.

—E1 de la pensión está esperando. Y también el cochero. Le digo que se está muriendo una persona, ¿comprende? Una dama, de la nobleza.

—Bueno, bueno. Es cosa de cinco minutos.

Con el mismo paso silencioso, a lo largo de la pared, Alexandr Alexándrovich volvió a su puesto y se sentó ceñudo, frotándose la nariz.

Terminada la primera parte se acercó a los músicos y, mientras escuchaban los aplausos, dijo a Fadiéi Kazimírovich que habían ido a buscarlo. Tratábase de un accidente desagradable, y habría que suspender el concierto. Luego, con un ademán hacia la sala, hizo cesar los aplausos y habló en voz alta:

—Señores, hay que interrumpir el terceto. Expresemos nuestro sentimiento a Fadiéi Kazimírovich, que ha tenido un contratiempo. Se ve obligado a dejarnos. Pero no quiero que esté solo en un momento como éste: podría tener necesidad de mí. Iré con él. Yúrochka, ve a decir a Semión que espere en el portal. Ya tiene enganchados los caballos. Señores, no me despido. Les ruego a todos que se queden. Regresaré enseguida.

Los muchachos pidieron permiso para acompañar a Alexandr Alexándrovich en aquella carrera nocturna sobre el hielo.

21

A pesar de que el curso normal de la vida se había encarrilado de nuevo, transcurrido el mes de diciembre seguía el tiroteo en diversos lugares, y los incendios que se producían de continuo parecían ser los incendios precedentes a punto de apagarse.

Nunca habían ido tan lejos y durante tanto tiempo en trineo como aquella noche. En realidad estaban muy cerca: las avenidas de Smolensk, Novinsk y la mitad de la calle Sadóvaia. Pero la oscura niebla y el hielo parecían fragmentar de tal modo el espacio que uno perdía el sentido de la distancia, como si el espacio no fuese el mismo en todas partes. El humo denso y desflecado de las hogueras, el crujido de los pasos y el chirriar de los patines aumentaban la impresión de que estaban viajando desde Dios sabe cuando y de que se encontraban en una lejanía sin fin.

Ante la pensión hallábase detenido un esbelto trineo de moda, cuyo caballo estaba cubierto con una gualdrapa y tenía los cascos vendados. El lugar de los pasajeros lo ocupaba el cochero que, para calentarse, se apretaba entre sus enguantadas manos la encapuchada cabeza.

En el zaguán no hacía frío y, detrás de la barandilla que separaba el perchero de la entrada, dormía el portero roncando tan ruidosamente que de vez en cuando le despertaban sus propios ronquidos, para reanudar luego su sueño acunado por el zumbido del ventilador, el jadeo de la estufa y el silbido del hirviente *samovar*.

A la izquierda del vestíbulo, ante un espejo, había una señora muy acicalada, carirredonda y excesivamente empolvada, que vestía una chaqueta de piel demasiado ligera para el frío de aquellos días. Esperaba a alguien que había salido y, vuelta de espaldas al espejo, miraba, ora por encima del hombro derecho, ora del izquierdo, el efecto de su figura vista por detrás.

El aterido cochero se asomó por la puerta de la calle. Por la forma de su caftán recordaba una rosquilla, y las volutas de vapor que exhalaba su cuerpo hacían todavía más viva la semejanza.

—Debería darse prisa, *mamzell* —dijo a la señora que se miraba en el espejo—. Trabajando con usted no se consigue nada más que el caballo se quede tieso de frío.

Lo que ocurría en la habitación número veinticuatro era una pequeñez en comparación con el habitual desorden en medio del cual vivía diariamente el personal de la casa. A cada momento sonaban timbres y, en el cuadro de la pared, aparecían los números que indicaban en qué habitación alguien estaba perdiendo la cabeza y, sin saber siquiera lo que deseaba, atormentaba a los camareros de servicio.

Ahora se trataba de aquella vieja loca de madame Guichard, en el veinticuatro: le administraban un vomitivo y le limpiaban las tripas y el estómago. Glasha, la camarera, tenía los pies molidos de tanto fregar el suelo de la habitación y de traer y llevar baldes de agua limpia y sucia. Pero la tormenta en el *office* había empezado mucho antes, cuando todavía no podía preverse nada por el estilo ni se había enviado a Terioshka con un coche de punto en busca de un médico y de aquel pobre rascatripas, cuando no había llegado aún el señor Komarovski y en el corredor, ante la puerta, no se agolpaba tanta gente inútil, obstaculizando el paso.

El barullo había comenzado en el *office* porque alguien había irrumpido torpemente en el estrecho corredor de la cafetería y tropezado involuntariamente con el camarero Sysói precisamente en el momento en que éste, inclinándose hacia adelante, tomaba carrerilla desde la puerta en dirección al corredor, con la bandeja llena en la mano derecha levantada. Sysói dejó caer la bandeja, se derramó la sopa y se rompió la vajilla: tres platos soperos y uno de postre.

El camarero sostuvo que había sido la fregona y que ella debía responder de los daños. Eran ya las once de la noche. La mitad del personal debería dejar el trabajo

dentro de poco y ellos continuaban la pelotera.

—Le tiemblan los brazos y las piernas. Día y noche está abrazado a la cacerola, como si fuera su mujer. De tanto pimplar tiene la nariz roja como la de un pato, y luego dice que le han empujado, que le han roto los platos, que se ha derramado la sopa de pescado... ¿Quién te ha empujado, feo del demonio, sabandija podrida? ¿Quién te ha empujado, potra de Astracán, cara de cemento?

—Te tengo dicho que midas tus palabras, Matriona Stepánovna.

—¡No valía la pena armar tanto cisco y romper los platos! Todo por semejante tipeja, una picajosa cualquiera, una mira me y no me toques, una maturranga que se atiza un veneno por todos esos bonitos cuentos de inocencia perdida.

Misha y Yura paseaban por el corredor ante la puerta de la habitación. Aquello no era lo que Alexandr Alexándrovich había imaginado: un violonchelista, una tragedia, algo decoroso y limpio. Al contrario, quién sabe de qué diablos se trataba. Porquerías, algo escandaloso, absolutamente inadecuado para niños.

Los muchachos continuaban paseando de un extremo a otro del corredor.

—Vamos, entren a ver a la señora, señoritos —por segunda vez trataba de convencerlos con voz lenta y sumisa un camarero que se había acercado a ellos—. Entren, entren, no tengan miedo. No tiene nada, tranquilícense. Ahora todo está como antes. Pero aquí no se puede estar. Aquí ha ocurrido una desgracia: han roto platos que valen mucho dinero. Vamos, comprendan que tenemos que trabajar, ir de prisa, y que esto es muy estrecho. Vamos, entren.

Los muchachos obedecieron.

En la habitación, la lámpara de petróleo que colgaba sobre la mesa del comedor había sido trasladada al otro lado del tabique de madera, apestoso de chinches, que partía en dos la estancia.

La cama estaba en el lado de acá, separada del resto de la habitación y protegida de las miradas extrañas por una polvorienta cortina de pliegues. Con la confusión olvidaron correrla y uno de sus extremos descansaba sobre el borde superior del tabique. La lámpara de petróleo estaba colocada sobre una banqueta y el rincón quedaba bruscamente iluminado desde abajo como por una luz de candilejas.

El veneno utilizado había sido yodo y no arsénico, como erróneamente había maliciado la fregona. En la habitación reinaba un olor acre y viscoso de nuez fresca con la cáscara verde todavía blanda, pero ennegrecida por el manoseo.

Al otro lado del tabique una joven estaba aljofifando el suelo y en la cama una mujer semidesnuda, inundada de agua, lágrimas y sudor, lloraba ruidosamente, dejando colgar sobre el bacín la cabeza con mechones de cabellos pegados. Los muchachos, turbados, apartaron enseguida la mirada de aquel espectáculo inconveniente. Pero Yura tuvo tiempo de observar con asombro que la mujer, en ciertas actitudes incómodas y descompuestas, a causa de una emoción o de un

esfuerzo, deja de ser la que las esculturas representan, para parecerse a un luchador desnudo, con los músculos en tensión y los pantalones cortos, dispuesto para la competición.

Por último, al otro lado del tabique, tuvieron la buena idea de correr la cortina.

—Fadiéi Kazimírovich, querido, ¿dónde está su mano? Déme la mano —decía la mujer con voz sofocada por las lágrimas y la náusea—. ¡He sentido un horror tan grande! ¡Tenía tantas sospechas! Fadiéi Kazimírovich... Me había imaginado... Pero por suerte he comprendido que todo eran tonterías, cosas de mi imaginación desequilibrada. Fadiéi Kazimírovich, ¡qué alivio! Y el resultado... aquí está: estoy viva.

—Cálmese, Amalia Kárlovna, se lo suplico. Qué desagradable es todo esto, palabra de honor, qué molesto, la verdad...

—Ahora nos iremos a casa —rezongó Alexandr Alexándrovich, dirigiéndose a los muchachos.

Turbados por lo embarazoso de la situación, se habían retirado a la penumbra del vestíbulo, junto al umbral, al otro lado del tabique, y no sabiendo dónde poner los ojos, miraban hacia la parte más oscura, allí de donde había sido retirada la lámpara. Las paredes estaban cubiertas de fotografías, había una *étagère* con las partituras, una mesa escritorio llena de papeles y álbumes, mientras en la parte opuesta a la mesa de comedor cubierta con un mantel de punto de ganchillo, una muchacha dormía en una butaca, abrazada al respaldo en el que apoyaba la mejilla. Debía de estar muy cansada porque ni el ruido ni el movimiento le impedían dormir.

Ir allí había sido una idea absurda, y encontrarse en aquella situación resultaba una inconveniencia.

—Ahora nos vamos —repitió Alexandr Alexándrovich—. En cuanto salga Fadiéi Kazimírovich. Quiero despedirme de él.

Pero, en lugar de Fadiéi Kazimírovich, salió de detrás del tabique otra persona: un hombre fornido, bien afeitado, elegante y seguro de sí mismo. Sostenía la lámpara en alto, sobre la cabeza: se acercó a la mesa tras la cual dormía la muchacha y dejó la lámpara en su sitio. La luz despertó a la joven, que le sonrió y se desperezó entornando los ojos.

Al ver al desconocido. Misha tuvo un sobresalto y lo miró como si quisiera atravesarlo con los ojos, después tiró de la manga a Yura, intentando decirle algo.

—¿No te da vergüenza hablarme al oído en una casa ajena? ¿Qué pensarán de ti? —le reconvino Yura sin querer escucharlo.

Mientras tanto, entre el hombre y la muchacha se desarrollaba un diálogo silencioso. No se decían nada, limitábanse a cambiar algunas miradas. Pero entre ellos existía una inteligencia tan portentosa que casi daba miedo, como si él fuese el titiritero y ella el títere dócil a los movimientos de su mano.

La sonrisa de cansancio que se dibujaba en el rostro de la joven le hacía fruncir los párpados y entreabrir apenas la boca. Respondía a las miradas irónicas del hombre con unos guiños llenos de maliciosa complicidad. Los dos estaban contentos de que todo hubiese terminado tan felizmente, que su secreto no hubiera trascendido y que la mujer que había intentado envenenarse se hubiera salvado.

Yura los devoraba con la vista. Desde la penumbra donde nadie podía descubrirlo contemplaba fijamente la escena iluminada por la lámpara. Aquella muchacha tan dominada era un espectáculo lleno de misterio e impúdicamente real. Sentimientos contradictorios agolpábanse en su alma mientras una fuerza desconocida le oprimía el corazón.

Eso era precisamente lo que con tanto acaloramiento habían discutido él, Misha y Tonia. A eso le habían dado el nombre de «vulgaridad», nombre vacío, sin significado. Pero era algo que asustaba y al mismo tiempo atraía, algo de lo que se habían desembarazado con suma facilidad, relegándolo a una distancia que anulaba cualquier peligro. Y ahora, sin embargo, estaba allí, ante sus ojos, a dos pasos, al alcance de la mano y, no obstante, extrañamente confuso, como en un sueño, algo implacablemente destructivo y que, al mismo tiempo, gemía e imploraba ayuda. ¿Adónde había ido a parar su infantil filosofía y qué podía hacer ahora él, Yura?

—¿Sabes quién es ese hombre?—preguntó Misha cuando salieron a la calle.

Yura, sumido en sus pensamientos, no respondió.

—Es el mismo que hizo de tu padre un alcoholizado y lo arruinó. ¿Recuerdas? En el tren. Ya te lo conté.

Yura pensaba en la muchacha y en el porvenir, no en su padre y en el pasado. Pero, sin embargo, comprendió desde el primer momento lo que Misha le había dicho. Con el hielo era difícil hablar.

—¿Estás helado, Semión?—preguntó Alexandr Alexándrovich.

Y partieron.

III
EL ÁRBOL DE NAVIDAD DE LOS SVIENTITSKI

1

Una vez, en invierno, Alexandr Alexándrovich regaló a Anna Ivánovna un armario antiguo. Lo había comprado de ocasión. Era de madera negra y tan grande que no pasaría por ninguna puerta. Lo llevaron desmontado, y entonces se empezó a pensar dónde meterlo. No era adecuado para las habitaciones de la planta baja, donde hubiese entrado, porque su función era distinta, y además no podían encontrarle un sitio a propósito por falta de espacio. Por este motivo se despejó una parte del rellano superior de la escalera interna, cerca de la puerta de entrada del dormitorio de los dueños.

Márkel, el portero, vino para montar el armario, y se trajo consigo a su hijita Marinka, de seis años, a quien le dieron un pirulí. Marinka fruncía la nariz y miraba enfurruñada el trabajo de su padre, mientras daba lametones al caramelo y a sus deditos pegajosos.

Al poco rato todo estuvo listo. El armario crecía agradablemente a los ojos de Anna Ivánovna. Y poco después, cuando ya faltaba solamente colocar la parte superior, tuvo la idea de ayudar a Márkel. Se puso de pie dentro del armario, demasiado alto con relación al suelo, y, para mantener el equilibrio, se apoyó en la pared lateral que se sostenía solamente por medio de unas espigas encajadas. El lazo con el cual Márkel había sujetado provisionalmente los costados, se soltó y Anna Ivánovna cayó hacia atrás, junto con las tablas, que rodaron por el suelo y le produjeron una dolorosa confusión.

—¡Eh! ¡Señora, *mátushka*! —exclamó Márkel corriendo hacia ella—. ¿Cómo diablos ha hecho esto? ¿No se ha roto nada? Mírese los huesos. Lo que importa son los huesos, la molla no cuenta, la molla se rehace y, como dice la gente, a ustedes las mujeres les sirve para figurar. Y tú no chilles, pequeñaja —dijo, desahogándose, a Marinka, que se había echado a llorar—. Lárgate de aquí y ve corriendo con tu madre. ¡Ah, señora mía, *mátushka*! ¿Creyó usted que no sería capaz de montar este condenado armario? Sin duda pensó usted que no soy más que un portero y, efectivamente, lo soy, pero ha de saber que somos de raza carpintera, siempre hemos trabajado en carpintería. Usted no lo creerá, pero muebles como éste, armarios de esta clase y bufetes han pasado a cientos por mis manos para que los barnizara, y muchos eran de caoba y nogal.

Con la ayuda de Márkel, Anna Ivánovna llegó a la butaca y se sentó en ella, jadeante y frotándose las contusiones. Márkel se dedicó a volver a colocar en su sitio lo que se había venido abajo. Cuando hubo ajustado el techo dijo:

—Ahora sólo le faltan las puertas, y a otra cosa.

A Anna Ivánovna no le gustaba el armario. Su aspecto y dimensiones le recordaban un catafalco o el sepulcro del zar y le producía un supersticioso terror. Le había puesto el nombre de «Tumba de Askold»[18], sobrentendiendo con esta definición el caballo de Olieg[19], que había causado la muerte de su amo. Con su cultura de aproximación confundía dos conceptos análogos.

Con aquella caída comenzó la predisposición de Anna Ivánovna a las enfermedades del pecho.

2

Durante todo el mes de noviembre de 1911 Anna Ivánovna permaneció encamada con pulmonía.

En la primavera del año siguiente Yura y Misha terminaron sus estudios en la universidad y Tonia los cursos femeninos superiores: Yura se doctoró en medicina. Tonia en leyes y Misha en filosofía.

El carácter de Yura era singular y complejo y sus ideas, costumbres y dotes profundamente originales. Impresionable más allá de toda medida, poseía una sensibilidad particular e indefinible.

Pero, con todo y ser tan grande su devoción por el arte y la historia, no vaciló al elegir una profesión. Consideraba que el arte estaba al margen de toda actividad práctica, del mismo modo que no puede ser una profesión la alegría innata o la tendencia a la melancolía. Sintiéndose interesado por la física y las ciencias naturales, y considerando necesario en la vida ocuparse de algo universalmente útil, había elegido la medicina.

Cuando, cuatro años antes, se matriculó en el primer curso, durante todo un semestre se dedicó a la disección de cadáveres en los sótanos de la universidad. Llegábase al depósito por una tortuosa escalera. En el aula de anatomía, los estudiantes, con los cabellos caídos sobre los ojos, trabajaban en grupos o aisladamente: algunos, rodeados de huesos, hojeaban viejos y gastados manuales; otros, en los rincones, disecaban en silencio los cadáveres; otros también, bromeaban contando chistes y cazando ratas, que en gran número corrían por el pavimento de piedra del depósito. En la penumbra brillaban fosforescentes los cadáveres de gentes desconocidas, en una rígida desnudez que atraía la mirada: jóvenes suicidas y ahogados. Las sales de alumbre con que se les rociaba los rejuvenecían y les conferían una ilusoria plenitud. Los muertos eran abiertos en canal, desmembrados y preparados, y la belleza del cuerpo humano continuaba siendo fiel a sí misma, a pesar de cualquier disección, incluso la más minuciosa. De tal modo, que el estupor que se apoderaba de uno ante una rusalka, arrojada brutalmente sobre la mesa de cinc, no cedía siquiera ante una mano amputada o un dedo cortado. El sótano olía a formol y

ácido fénico, y en todo se advertía la presencia de un misterio, el principio del desconocido destino de todos esos cuerpos yacentes, hasta el secreto de la vida y de la muerte que allí tenía su casa o su cuartel general.

Las voces de este misterio, sofocando todo lo demás, perseguían a Yura, impidiéndole disecar. Pero se había acostumbrado también a esto, como a muchas otras cosas de la vida que lo molestaban, de manera que dejó de constituir para él un motivo de inquietud.

Tenía ideas claras y pluma feliz. Desde sus años de colegio había deseado llegar a ser un escritor, escribir un libro sobre la vida, en el cual, como la explosión de una carga escondida, pudiera expresar todo lo que de más maravilloso había visto y comprendido en el mundo. Pero era demasiado joven para llevar a cabo una obra semejante y mientras tanto escribía versos, como hace un pintor que durante toda su existencia pinta solamente estudios para una gran tela que tiene en la cabeza.

Sus versos, según él, se justificaban en virtud de cierta fuerza y originalidad, las dos dotes que consideraba esenciales en la realidad del arte, por lo demás abstracto, inútil y vacío.

Comprendía cuánto le debía a su tío por los muchos aspectos comunes de sus caracteres.

Nikolái Nikoláevich vivía en Lausana. En los libros que publicaba allí, en ruso y traducidos, desarrollaba su antiguo concepto de la historia como un segundo universo construí-do por el hombre para responder al misterio de la muerte y fundado sobre los fenómenos memoria y tiempo. El sentido de sus libros era un cristianismo entendido de una nueva forma, y su directa consecuencia una nueva concepción del arte.

Su pensamiento, más que en Yura, influía en su amigo Misha Gordón, que se había dedicado específicamente a la filosofía. En la universidad seguía cursos de teología y se proponía incluso ingresar luego en la academia eclesiástica.

La influencia de su tío contribuía á la formación de Yura y le proporcionaba el sentido de la libertad. En cambio, Misha era dominado por él. Yura comprendía qué papel desempeñaba el origen de Misha en los extremismos de las pasiones de éste. Por gentileza y afecto no quería disuadirlo de sus terribles proyectos, pero a menudo hubiese deseado verlo menos abstraído, más cerca de la realidad.

3

Una noche, hacia fines de noviembre, Yura volvió tarde de la universidad, cansadísimo y sin haber comido en todo el día. Le dijeron que durante toda la jornada se habían sentido llenos de angustia porque Anna Ivánovna había entrado en delirio, y los muchos médicos que entonces la vieron aconsejaron que se llamara al sacerdote, pero que luego cambiaron de idea. Ahora estaba mejor, se había repuesto y pedido que en cuanto Yura llegase fuese a verla.

Yura obedeció y, sin quitarse el abrigo, entró en la alcoba.

Había allí todavía huellas del reciente desbarajuste. Con silenciosos movimientos, una enfermera ordenaba algo sobre la mesita de noche. Por todas partes veíanse servilletas arrugadas y toallas húmedas que habían sido utilizadas para hacer compresas. En la palangana había agua ligeramente enrojecida de sangre, y, al lado, frascos rotos y trozos de algodón.

La enfermera, anegada en sudor, se humedecía con la punta de la lengua los resecos labios. Parecía mucho más delgada que por la mañana, cuando Yura la vio la última vez.

«Con tal de que no hayamos equivocado el diagnóstico —pensó—. Son todos los síntomas de la pulmonía. Esta debe ser la crisis.»

Después de haber saludado a Anna Ivánovna y haberle dicho unas vagas palabras para animarla, como se hace en casos semejantes, rogó a la enfermera que saliese de la habitación. Tomó entre los dedos el pulso de Anna Ivánovna, y con la otra mano se buscó en la chaqueta el estetoscopio, pero ella, con un movimiento de la cabeza, le indicó que era inútil. Yura comprendió que deseaba algo de él. Haciendo acopio de todas sus fuerzas Anna Ivánovna consiguió hablar:

—¿Sabes? Quiero confesarme... Me estoy muriendo... Es posible que de un momento a otro... Si una ha de sacarse una muela, tiene miedo, le duele, se prepara... Aquí no se trata de una muela, sino de una misma, de toda la vida... El ¡crac! y fuera, como con las tenazas... ¿Y qué será eso? Nadie lo sabe... Y yo tengo mucha pena y mucho miedo.

Calló. Las lágrimas corrieron abundantes por sus mejillas. Yura no decía nada. Al cabo de un instante Anna Ivánovna continuó:

—Tú tienes talento... tu talento... no es como el de los demás... Tienes que saber... Dime algo... Tranquilízame...

—¿Qué quieres que te diga?—respondió Yura. Se removió inquieto en la silla, se levantó, dio algunos pasos y volvió a sentarse—. En primer lugar, mañana te sentirás mejor. Tienes síntomas de que será así; me dejaría cortar la cabeza. Además: la muerte, el alma, la fe y la resurrección... ¿Quieres saber mi opinión de naturalista? ¿No sería mejor en otra ocasión? ¿No? ¿Enseguida? Bueno, como quieras. Sólo que resulta difícil así, de pronto —e improvisó para ella una verdadera lección, maravillado de que le saliese tan bien—. La resurrección, en la forma más vulgar en que se habla de ella, como consuelo de los débiles, es extraña para mí. También he interpretado siempre de otro modo las palabras de Cristo sobre los vivos y los muertos. ¿Dónde se meterían esos ejércitos reunidos en tantos milenios? No bastaría el universo, y la divinidad, el bien y el raciocinio deberían desaparecer del mundo. Serían aplastados por esa ávida muchedumbre animal.

»Pero, en el tiempo, siempre la misma vida, inconmensurablemente idéntica,

vuelve a llenar el universo, cada hora se renueva en innumerables combinaciones y transformaciones. Y ahora te preocupas si resucitarás o no, cuando ya resucitaste, sin darte cuenta, cuando naciste.

»¿Sentirás dolor? ¿Acaso siente el tejido la propia disolución? Es decir, con otras palabras, ¿qué será de tu conciencia? Pero ¿qué es la conciencia? Veamos. Desear conscientemente dormir es verdadero insomnio, intentar conscientemente advertir el trabajo de la propia digestión es ir en busca de un trastorno de tipo nervioso. La conciencia es un veneno, un instrumento de autointoxicación para \el individuo que la aplica a sí mismo. La conciencia es luz dirigida hacia afuera y que ilumina el resto del camino ante nosotros para evitar que tropecemos. La conciencia es el faro encendido en la parte delantera de la locomotora en marcha. Dirige la luz hacia el interior y se producirá la catástrofe.

»Por lo tanto, ¿qué será de tu conciencia? Digo bien, tu conciencia. Pero, ante todo, ¿qué eres tú? Esta es la cuestión. Tratemos de orientarnos. ¿De qué modo tienes memoria de ti misma, de qué parte de tu organismo eres consciente? ¿De tus riñones, del hígado, de tus vasos sanguíneos? No, mira en tus recuerdos y verás que siempre te manifestaste hacia afuera en tus actos, en la obra de tus manos, en tu familia, en los demás. Y escúchame ahora con atención. El alma del hombre es justamente el hombre presente en los otros hombres. Eso es lo que eres, eso es lo que ha respirado, de lo que se ha alimentado y embriagado durante toda la vida tu conciencia. De tu alma, de tu inmortalidad, de tu vida en los demás. ¿Y qué? Has vivido en los otros y en los otros te quedarás. ¿Qué diferencia implica para ti que luego se llame recuerdo? Habrás entrado en la composición del futuro.

»Una última cosa. No hay de qué preocuparse. La muerte no existe. La muerte no está en nosotros. Has hablado de inteligencia, y esto es otra cosa, una cosa nuestra, accesible para nosotros. La inteligencia, el talento, en el sentido más amplio y lato, es el don de la vida.

»No habrá muerte, dice San Juan Evangelista, y verás qué simple es su argumentación. No habrá muerte porque aquello que fue antes ya ha pasado. Poco más o menos es esto: no habrá muerte porque esto ya fue, es viejo y aburre, y ahora es necesario algo nuevo y lo nuevo es la vida eterna.

Yura, mientras decía esto, paseaba por la habitación.

—Duerme —dijo, acercándose a la cama y acariciándole la cabeza.

Pasaron unos minutos y Anna Ivánovna comenzó a amodorrarse.

Silenciosamente, Yura salió de la habitación y dijo a Yegórovna que llamase a la enfermera.

«Cualquiera sabe lo que esto quiere decir —pensó—. Me estoy volviendo una especie de charlatán. Exorcizo, curo imponiendo las manos.»

Al día siguiente Anna Ivánovna estaba mejor.

4

Continuaba mejorando. A mediados de diciembre intentó levantarse, pero estaba todavía muy débil. Le aconsejaron que se quedara algún tiempo más en la cama.

Frecuentemente mandaba llamar a Yura y Tonia y se pasaba las horas hablando de su infancia, transcurrida en la finca de su abuelo en Varykino, junto al río Rynva, en los Urales. Yura y Tonia no habían estado nunca allí, pero, por las palabras de Anna Ivánovna, Yura imaginaba fácilmente aquellas cinco mil hectáreas de bosque secular e impenetrable, negro como la noche, cortado en dos o tres puntos, con las cuchilladas de sus sinuosidades, por el rápido río de lecho pedregoso y las altas escarpaduras de la ribera de los Krueger.

En aquellos días a Yura y Tonia les estaban haciendo sus primeros trajes de etiqueta: a Yura un traje negro y a Tonia un traje de noche, de raso claro y ligeramente escotado. Se los pondrían por primera vez el día veintisiete, día del tradicional árbol de Navidad, para ir a casa de los Svientitski.

El sastre y la modista entregaron los trajes el mismo día. Yura y Tonia se los probaron y se sintieron satisfechos. Todavía los tenían puestos cuando compareció Yegórovna y les dijo que Anna Ivánovna deseaba verlos. Tal como estaban, con los trajes nuevos, Yura y Toma fueron a verla.

Cuando ella los vio entrar se incorporó sobre un codo, se volvió a ellos, los examinó por delante y por detrás y les dijo:

—Muy bien. Magnífico. No sabía que estuvieran terminados. Vamos, Tonia, déjame que te vea. No, no es nada. Me pareció que en el vuelo te hacía unas arrugas. ¿Sabéis por qué os he llamado? Pero antes hablemos un momento de ti, Yura.

—Ya sé, Anna Ivánovna. Yo mismo quise que te dejaran ver la carta. Tú, lo mismo que Nikolái Nikoláevich, consideras que no debo renunciar. Pero espera, ten paciencia. Hablar puede hacerte daño. Ahora te lo explicaré todo. De todos modos no estás bien al corriente.

«Empecemos por el principio. Hay un pleito sobre la herencia de Zhivago, mi padre, que se va alargando para que los abogados ganen dinero con los gastos del juicio, pero en realidad no existe ninguna herencia, solamente deudas y líos, aparte de toda la suciedad que va a levantar eso. Si fuera posible lograr dinero, ¿crees que se lo regalaría a los tribunales y no sabría aprovecharme? Pero la realidad es que el pleito se ha hinchado y, antes que remover todas esas cosas, será mejor renunciar a cualquier derecho sobre unos bienes que no existen y cederlo todo a favor de unos rivales ficticios o impostores envidiosos. He oído hablar desde hace mucho tiempo de las pretensiones de una tal madame Alice, que vive con sus hijos en París bajo el nombre de Zhivago. Pero no sé si sabes que han surgido nuevas pretensiones: me he enterado hace poco.

»Por lo que parece, todavía en vida de mi madre, mi padre se enamoró de una

exaltada, una soñadora, la princesa Stolbunova-Enritsi, de quien tuvo un hijo que tendrá ahora unos diez años y se llama Yevgraf.

»La princesa es una mujer solitaria. Vive con su hijo en un hotelito particular de las afueras de Omsk, no se sabe con qué medios. Yo he visto una fotografía de la casa. Es un bonito edificio de cinco ventanas de cristales, con medallones en alto relieve a lo largo de la cornisa. En estos últimos tiempos he tenido siempre la sensación de que con sus cinco ventanas esa casa me estaba mirando constantemente con una mirada perversa a través de los millares de verstas que separan la Rusia europea de Siberia, y que más tarde o más temprano me aojará. Y así ha sido: riquezas imaginarias, rivales que no existen, envidias, malevolencia y abogados.

—Sin embargo, no debes renunciar a eso —objetó Anna Ivánovna—. ¿Sabes por qué os he llamado?—repitió, y prosiguió seguidamente—: He recordado por fin el nombre. ¿Recuerdas que ayer te hablé del guardabosque? Se llamaba Vaj[20]. ¿No te parece extraordinario? Un negro espantajo del bosque, con barba hasta las cejas y que se llama Vaj. Tenía la cara desfigurada. Se la destrozó un oso, pero pudo salvarse. Allí todos son por el estilo. Con nombres como ese, monosilábicos. Porque resultan más sonoros y plásticos. Vaj. O bien Lupp. O también Favst. Escucha, escucha esto. A veces oíamos hablar de un tal Avkt o un tal Frol llegados Dios sabe de dónde, como si fueran disparos de carabina, e inmediatamente todos echábamos a correr hacia la cocina. Y ya puedes imaginarte qué gente: un carbonero que venía del bosque con un osezno vivo, o un guardafronteras con una muestra de mineral. Y el abuelo les daba a todos un bono. Para la factoría. A unos dinero, a otros grano y a otros municiones. El bosque estaba bajo las ventanas. Y nieve por todas partes, y más nieve. ¡A mayor altura que la casa!

Anna Ivánovna tosió.

—Basta, mamá, te hace daño —dijo Tonia.

Y Yura le pidió también que no hablara.

—No tiene importancia —dijo ella—. No es nada. A propósito. Yegórovna me ha dicho que no sabéis si iréis a la fiesta del árbol de Navidad pasado mañana. ¡No quiero oíros semejante tontería! ¿No os da vergüenza? Y tú, Yura, ¿qué clase de médico eres? Ya está decidido. Iréis y no hablemos más. Pero volvamos a Vaj. En su juventud había sido herrero. En una riña le arrancaron las tripas y tuvo que hacerse otras, de hierro. ¡Qué estúpido eres, Yura! ¿Crees que no lo sé? Naturalmente, no hay que interpretarlo al pie de la letra. Pero la gente lo decía así.

Anna Ivánovna tuvo un nuevo acceso de tos, esta vez mucho más prolongado.

Yura y Tonia se precipitaron al mismo tiempo hacia ella, y hombro con hombro se inclinaron sobre el lecho. Su tos parecía no tener fin. Anna Ivánovna cogió aquellas manos que se tocaban y durante unos instantes las mantuvo unidas. Luego, recobrando la voz y el aliento, dijo:

—Si muero, no os separéis. Estáis hechos el uno para el otro. Casaos. Os considero prometidos.

Y se echó a llorar.

5

En la primavera de 1906, antes de pasar a la última clase del colegio, los seis meses de relaciones con Komarovski fueron más de lo que Lara podía soportar. Con gran habilidad él se aprovechaba de la depresión de ella y, cuando lo creía necesario, le recordaba, como el que no quiere la cosa, y de un modo sutil e imperceptible, su vergüenza. Lara caía en ese estado de decaimiento que todo hombre sensual exige de la mujer: esclavizábase cada vez más a una pesadilla de los sentidos de la que siempre se despertaba con una sensación de horror. Las contradicciones de su desenfreno nocturno le eran tan inexplicables como la magia negra. Todo se trastornaba y resultaba contrario a la lógica: el dolor desesperado se manifestaba con el tintineo de una risa argentina; la resistencia y la negativa significaban asentimiento, y los besos de gratitud cubrían las manos del verdugo.

Parecía que nunca iba a poder liberarse de todo eso, pero en la primavera, durante una de las últimas lecciones del año escolar, Lara pensó que durante el verano las exigencias de él se harían más frecuentes, porque las clases habrían terminado y éstas constituían un obstáculo contra los requerimientos cada vez más frecuentes de Komarovski. Y Lara tomó entonces la decisión que durante mucho tiempo había de cambiar el rumbo de su vida.

Era una calurosa mañana que amenazaba tormenta. Estaban abiertas las ventanas de la clase. Lejos rumoreaba la ciudad siempre la misma nota, como las abejas en la colmena. Desde el patio llegaban los gritos de los niños que jugaban. El denso olor de la tierra y la vegetación cargaba la cabeza, como la vodka y el olor de los buñuelos en la semana de carnaval.

El profesor de historia hablaba de la expedición de Napoleón a Egipto. Cuando llegó al desembarco de Frejus, se oscureció el cielo y, desgarrándose, pareció deshacerse en rayos y truenos. Junto con el fresco olor de la tierra, invadieron el aula nubes de arena y polvo. Dos alumnos cobistas se precipitaron servilmente al pasillo a llamar al bedel para que cerrase las ventanas y, cuando abrieron la puerta, una corriente de aire hizo volar todos los secantes de los cuadernos.

Se cerraron las ventanas. Cayó el aguacero, un aguacero de ciudad, sucio, en el que el agua se mezclaba con el polvo. Lara arrancó una hoja de su cuaderno y escribió a Nadia Kologrívova, su vecina de banco:

«Nadia, he de organizar mi vida lejos de mi madre. Ayúdame a encontrar unas lecciones bien pagadas. Tú tienes muchas relaciones entre gente rica.»

Por el mismo procedimiento Nadia le contestó:

«Sé que buscan una institutriz para Lipa. Ven a trabajar con nosotros. ¡Sería magnífico! Ya sabes que papá y mamá te quieren mucho.»

6

Durante tres años Lara vivió con los Kologrívov como detrás de un muro de piedra. Nadie trataba de quebrantar su independencia, e incluso su madre y su hermano, a quienes consideraba más extraños cada vez, no acudían a su recuerdo.

Lavrienti Mijáilovich Kologrívov era un gran industrial moderno, inteligente y capaz. Experimentaba por el viejo régimen moribundo un doble odio: el de la persona inmensamente rica que puede comparar su tesoro con el del zar, y el del hombre que procede del pueblo y ha logrado hacer carrera. Escondía en su casa a los proscritos y pagaba a los abogados defensores que intervenían en los procesos políticos: como se decía, en broma, ayudaba a la revolución y perjudicábase a sí mismo en su condición de propietario organizando huelgas en su propia empresa. Lavrienti Mijáilovich era un tirador infalible y cazador apasionado. En el invierno de 1905, cada domingo, se dirigía al *Seriébriani-bor*[21] y a la *isla Losini*[22] para ejercitar en el tiro a los combatientes.

Era un hombre extraordinario. Serafima Filíppovna, su mujer, era digna de vivir a su lado. Lara sentía por los dos un afecto apasionado y ellos la amaban como a una hija.

Al cabo de tres años de vivir en plena serenidad, recibió la visita de su hermano Rodia. Balanceándose con fatuidad sobre sus largas piernas y, para darse más importancia, hablando de una manera rebuscada y con voz nasal, le contó que los cadetes de su clase habían estado recogiendo dinero para hacer el regalo de despedida al director de la Academia y le habían dado a él el dinero con el encargo de comprarlo. Dicho esto, Rodia dejó caer en una butaca el esmirriado cuerpo y se echó a llorar.

Lara sintió que la sangre se le helaba en las venas. Rodia continuó:

—Ayer fui a ver a Víktor Ippolítovich Komarovski. Pero se negó a hablar conmigo de todo eso. Me dijo que si tú quisieras... Dice que a pesar de que tú ya no nos quieras, tienes todavía tanta influencia sobre él... Lárochka... Bastaría una palabra tuya... Comprende la vergüenza que sería para mí, la mancha que representaría para el honor de mi uniforme de cadete. Ve a verlo, ¿qué te cuesta? Suplícale... Supongo que no querrás que pague con mi sangre el desfalco.

—Pagar con tu sangre... El honor de tu uniforme de cadete... —repetía Lara con indignación, paseando agitada por la estancia—. Yo no tengo uniforme ni tengo honor, y de mí se puede hacer lo que se quiera. ¿Te das cuenta de lo que pides? ¿Comprendes lo que me has propuesto? De año en año, sólo Dios sabe a costa de qué esfuerzos, piedra a piedra, una intenta construir algo, sin darse un momento de

sosiego, y ahora vienes tú, y como si no tuviera importancia, soplas, escupes, y lo derrumbas todo en pedazos. ¡Vete al diablo! ¡Pégate un tiro, si quieres! ¿Qué me importa a mí todo eso? ¿Cuánto necesitas?

—Seiscientos noventa rublos y pico. Setecientos en números redondos —dijo Rodia, vacilante.

—¡Rodia! ¿Te has vuelto loco? ¿Te das cuenta de lo que dices? ¿Has perdido setecientos rublos? ¡Rodia! ¡Rodia! ¿Sabes cuánto tiempo necesita una persona normal como yo para ganarlos con un trabajo honrado?

Y después de una pausa, añadió, fría y extraña:

—Bueno. Lo intentaré. Ven mañana y trae el revólver con el que querías matarte. Me lo cederás en propiedad. Con una buena provisión de balas, no lo olvides.

Lara consiguió de Kologrívov el dinero.

7

Su trabajo en casa de los Kologrívov no impidió a Lara terminar el colegio, inscribirse en los cursos superiores, aprobarlos y acercarse al examen final que había de tener efecto al año siguiente, en 1912.

En la primavera de 1911, Lípochka, su discípula, dejó la escuela por haberse prometido con el joven ingeniero Friesendank, de buena y acomodada familia. Los padres aprobaron su elección, pero no querían que se casara tan pronto y le aconsejaron que esperase. Esta situación provocó el drama. Lípochka, irreflexiva y mimada, benjamín de la familia, se encolerizó contra sus padres, lloró y pateó el suelo.

En la rica mansión en la que Lara había sido considerada un miembro más de la familia, nadie recordaba ya la deuda que había contraído por Rodia y no se le hablaba de ella.

Lara hubiese restituido tiempo atrás aquella suma, de no haber tenido continuos gastos que mantenía en secreto.

Sin que Pasha lo supiera, enviaba constantemente dinero a sus padres y a él: al padre, deportado; a la madre, puntillosa y de precaria salud. Por otra parte, y todavía con mayor secreto, ayudaba a su costa al propio Pasha, completando, ignorándolo él, la cantidad que pagaba en su pensión por el hospedaje.

Pasha, que era un poco más joven que ella, la amaba ciegamente y la obedecía en todo. A instancia suya, después de haber terminado sus estudios en la escuela real, se inscribió en los cursos suplementarios de latín y griego, para poder ingresar en la facultad de letras. Lara pensaba casarse con el al año siguiente, después de haber superado los dos exámenes de reválida y marcharse luego a cualquier capital de los Urales, como profesores.

Pasha vivía en una habitación que Lara le había buscado y alquilado para él en

una casa de gente sencilla, un edificio nuevo de la calle Kamerguierski, cerca del Teatro de Arte.

Durante el verano de 1911 Lara estuvo por última vez en Duplianka con los Kologrívov. Quería inmensamente aquel lugar, incluso más que a sus mismos propietarios. Estos lo sabían y, con motivo de las vacaciones de verano, había entre ellos un acuerdo tácito. Cuando el ardiente y humeante tren en que habían viajado, volvía a ponerse en marcha, y en medio del silencio ensordecido y perfumado que se extendía hasta perderse de vista, Lara se sentía invadida por la emoción y enmudecía, le dejaban que fuera a pie y sola hacia la propiedad, mientras desde la pequeña estación se trasladaba el equipaje hasta el carro, y el cochero de Duplianka, con su casaca de postillón, bajo cuyas mangas asomaba la camisa roja, contaba en el coche a los señores las novedades locales de la estación pasada.

Lara caminaba a lo largo del terraplén por un sendero trazado por los caminantes y vagabundos y luego cruzaba a través de los campos por una senda que conducía al bosque. Allí se detenía y, con los ojos entornados, aspiraba el aire impregnado de confusos aromas. Era para ella un aire más entrañable que el padre y la madre, más tierno que el hombre amado y más sutil que cualquier libro. Durante un instante revelábase para Lara, como nuevo, el sentido de la existencia.

«Estoy aquí —pensaba— para tratar de comprender la terrible belleza del mundo y conocer el nombre de las cosas, y si mis fuerzas no bastan, para engendrar hijos que lo hagan por mí.»

Aquel año llegó al campo completamente agotada por el trabajo que se había impuesto. Abatíase con facilidad, y caía en una susceptibilidad que hasta entonces había desconocido totalmente. Este sentimiento hacía huraño su carácter, antes tan abierto y generoso.

Los Kologrívov no querían que los dejase y la rodeaban del mismo cariño que antes. Pero desde que Lipa volaba ya con sus propias alas, Lara se consideraba de más en aquella casa. Negábase a admitir sueldo alguno. Pero se vio obligada a aceptarlo a causa de su insistencia y porque hubiese sido molesto y prácticamente imposible trabajar por cuenta propia, siendo como era su huésped.

Pero esa situación le parecía insostenible. Opinaba que todos estaban cansados de ella y procuraban no demostrarlo. Incluso consideraba que era una carga para ella misma. Hubiese querido huir lejos de sí y de los de Kologrívov, pero sabíase obligada a restituir antes el dinero que debía a éstos y en aquel momento no hubiera sabido dónde y cómo proporcionárselo. Pensaba que era un rehén por culpa de la ligereza de Rodia, y no sabía sustraerse a la impotente indignación que se apoderaba de ella.

En cualquier cosa creía descubrir indicios de la escasa consideración que se le tenía. Si los amigos de los Kologrívov, cuando iban a visitarlos, le demostraban una atención particular, deducía que se comportaban así porque la consideraban una

humilde «pupila», una presa fácil. Si la dejaban en paz, era porque no le concedían la menor importancia y ni siquiera se daban cuenta de su presencia.

Sin embargo, sus crisis de melancolía no le impedían participar en las diversiones de la numerosa sociedad que se reunía en la casa de los Kologrívov. Como todos los demás, se bañaba y nadaba, paseaba en barca, tomaba parte en los picnic nocturnos en la otra orilla del río, lanzaba cohetes y bailaba. Tocaba en los espectáculos de aficionados y con particular entusiasmo se ejercitaba en el tiro al blanco empleando pequeños fusiles Máuser, a pesar de que prefería siempre el pequeño revólver de Rodia. Con éste disparaba con gran precisión y, bromeando, lamentaba ser mujer porque no podía convertirse en un duelista. Pero cuanto más se divertía, sentíase menos dichosa. Ni siquiera sabía lo que deseaba.

Este estado de depresión empeoró cuando regresaron a Moscú. A las desazones de Lara añadíanse ahora sus disgustillos con Pasha, con quien procuraba no discutir de una forma irreparable porque lo consideraba su prostrero recurso. En los últimos tiempos Pasha había comenzado a demostrar cierta seguridad en sí mismo, y ese \tono doctoral que asumía a veces en la conversación le parecía a Lara risible y la entristecía.

Pasha, Lipa, los Kologrívov y el dinero: todo esto le hacía perder la cabeza. La vida era para ella un fastidio. Había perdido el equilibrio de otro tiempo: hubiese deseado abandonar todo cuanto experimentó y conocía para poder emprender algo nuevo. En este estado de ánimo, en la Navidad de 1911, tomó una decisión extrema. Decidió dejar a los Kologrívov y llevar una vida independiente: le pediría a Komarovski el dinero que tanto necesitaba. Pensaba que después de todo lo que había sucedido y luego de aquellos años de libertad, él la ayudaría caballerosamente, sin pedirle explicaciones, de una forma honesta y desinteresada.

Así, la noche del 27 de noviembre se dirigió hacia la Petróvskaia. Al salir metió en el manguito el revólver de Rodia, después de haberle quitado el seguro. Estaba decidida a disparar contra Víktor Ippolítovich si le respondía con una negativa, si se equivocaba sobre las intenciones que la llevaban a él o si la humillaba de una forma u otra.

Poseída por una turbación profunda, sin darse cuenta de nada de lo que ocurría a su alrededor, caminaba por las calles en fiesta. El disparo del revólver había resonado ya en su alma con una absoluta indiferencia en cuanto a su destino. Este disparo era lo único de que tenía conciencia. Lo sintió durante todo el trayecto. Estaba dirigido contra Komarovski, contra sí misma, contra el propio destino, contra ese roble surgido en un claro de Duplianka que tenía el blanco grabado en su corteza.

8

—No toques el manguito —le dijo a Emma Ernéstovna que estaba maravillada y,

suspirando, tendía hacia ella las manos para ayudarle a quitarse la pelliza. Víktor Ippolítovitch no estaba en casa.

Y Emma Ernéstovna continuó insistiéndole que entrase y se quitase la pelliza.

—No puedo. Tengo prisa. ¿Dónde está?

Emma Ernéstovna dijo que se había ido a una fiesta del árbol de Navidad. Con la dirección en la mano, Lara descendió corriendo las oscuras escaleras, que tan impresas tenía en su memoria, con los coloreados escudos de sus ventanas, y se dirigió al Muchnói-gorodok, a casa de los Svientitski.

Ahora, al salir a la calle por segunda vez, comenzó a mirar atentamente a su alrededor. Era la ciudad. Era invierno. Era de noche.

Helaba. Un hielo negro, espeso como fondos de botellas de cerveza, cubría las calles. Hacia daño respirar. Pinchaba el aire saturado de escarcha gris: pinchaba con la misma aspereza del blanco pelo de sus solapas, que se le metía en la boca. Con el corazón agitado caminaba por las desiertas calles. Por las puertas de los salones de té y los figones salían vaharadas de vapor. Emergían de la niebla las caras ateridas de los transeúntes, rojas como salchichas, los morros de los caballos y los hocicos de los perros, de cuyos bigotes colgaban carámbanos. Las ventanas de las casas, cubiertas de una espesa capa de hielo y nieve, parecían de yeso, y sobre su opaca superficie se movían los coloreados reflejos de los árboles de Navidad y las sombras de las personas, como si desde las casas quisieran mostrar a la gente las imágenes de una linterna mágica reflejadas sobre blancos lienzos.

Lara se detuvo en Kamerguierski.

«No puedo más. No tengo valor para hacerle eso —dijo casi en voz alta—. Subiré y se lo contaré todo», decidió, recobrando el dominio de sí misma y abriendo la pesada puerta de la calle.

9

Rojo por el esfuerzo, apretando la lengua contra la mejilla, Pasha se retorcía ante el espejo, tratando de ponerse el cuello duro y meter por los ojales de su pechera almidonada los botones que se le doblaban. Se disponía a salir, y había sido tan cándido e ingenuo que se quedó confuso cuando Lara entró sin llamar y lo sorprendió a medio vestir. Enseguida notó la agitación de ella. A Lara le temblaban las piernas. Entró y sus pasos hendían los pliegues de su falda, como el agua de un río que estuviese vadeando.

—¿Qué tienes? ¿Qué ha ocurrido?—le preguntó él ansiosamente, acudiendo a su encuentro.

—Siéntate a mi lado. Siéntate tal como estás. Sin acabar de vestirte. Tengo prisa. He de irme enseguida. No toques el manguito. Espera. Vuélvete un momento.

Él obedeció. Lara vestía un traje sastre a la inglesa. Se quitó la chaqueta, la colgó

de un clavo y trasladó el revólver de Rodia desde el manguito a uno de los bolsillos de la chaqueta. Luego, volviendo al diván, dijo:

—Ya puedes mirar. Enciende la vela y apaga las luces.

A Lara le gustaba hablar en la penumbra, a la luz de la vela. Pasha tenía siempre en reserva, para ella, un paquete sin abrir. Cogió el candelero, sustituyó el cabo de vela por una bujía nueva, la puso en el alféizar de la ventana y la encendió. El exceso de cera de la mecha estuvo a punto de ahogar la llama, que lanzó en torno unas pequeñas chispas y se afiló hacia arriba como una punta de flecha. La habitación se llenó de una luz mortecina. Sobre el cristal cubierto de nieve de la ventana comenzó a deshacerse un pequeño ojo negro.

—Óyeme, Patulia —dijo Lara—. Estoy en un apuro. Tienes que ayudarme a salir de él. No te asustes ni me hagas ninguna pregunta, pero trata de comprender que no somos como los demás. No te consideres demasiado tranquilo. No tengo descanso. Si me quieres y deseas salvarme, no debemos entretenernos más, tienes que casarte conmigo enseguida.

—Lo he deseado siempre —le interrumpió Pasha—. Fija ahora mismo el día, el que tú quieras. Me da lo mismo uno que otro. Pero dime simple y claramente lo que te pasa, no me atormentes con misterios.

Pero Lara se acercó a él y eludió imperceptiblemente responder a su pregunta. Hablaron todavía bastante rato sobre temas que no tenían relación alguna con la desesperación de Lara.

10

Aquel invierno Yura estaba escribiendo su tesis sobre los elementos nerviosos de la retina para obtener la medalla de oro de la universidad. Aunque había estudiado medicina general conocía el ojo con la profundidad de un futuro oculista

En este interés por la fisiología de la vista manifestábanse otros aspectos de su carácter: la inclinación artística, el interés por la esencia estética de la imagen y la estructura del pensamiento lógico.

Tonia y Yura, en un trineo de alquiler, se dirigieron a casa de los Svientitski para asistir a la fiesta del árbol de Navidad. Habían vivido juntos los seis años que comprenden el fin de la infancia y la adolescencia y se conocían a fondo; tenían costumbres comunes, un medio muy suyo de cambiar rápidas réplicas, y una manera de resoplar ligeramente como respuesta. Tal era lo que hacían en ese instante, apretando los labios a causa del frío, o cambiando sólo algunas observaciones. Cada uno seguía el curso de sus pensamientos.

Yura pensaba que se acercaba la fecha del concurso y que debía darse prisa en acabar su tesis. Pero en el alborotado regocijo del año que se precipitaba a su fin, tan evidente en las calles, pasaba de un tema a otro.

En la facultad donde estudiaba Gordón, los estudiantes publicaban una revista, impresa en ciclostilo, de la que Gordón era el director. Hacía tiempo que Yura le había prometido un artículo sobre Blok[23]. Toda la juventud de las dos capitales, y Yura y Misha más que cualquiera, sentía verdadera pasión por Blok.

Pero también estos pensamientos desaparecieron pronto de su mente. El trineo se deslizaba velozmente y los dos jóvenes, hundiendo la barbilla en sus cuellos de piel, se frotaban las heladas orejas y corrían tras las más diversas fantasías. También en cierto modo sus pensamientos volvían a encontrarse.

La escena que había tenido efecto días atrás en la habitación de Anna Ivánovna los había transformado. Hubiérase dicho que se miraban y veían con nuevos ojos.

Tonia, la compañera de siempre, esa realidad evidente que no requería explicaciones, se le revelaba ahora como la cosa más inaccesible y complicada que Yura pudiese imaginar: una mujer. Con cierto esfuerzo de la fantasía podía imaginarse a sí mismo en la cumbre del monte Ararat, héroe, profeta y vencedor, todo lo que se quisiera, pero no mujer.

Y he aquí que esta tarea dificilísima, superior a cualquier otra, pesaba sobre los débiles hombros de Tonia, que le parecía ahora tan frágil y tan débil, pero al mismo tiempo una joven llena de salud. Y se sintió sumido en esa ardiente compasión y ese temeroso asombro que es el principio de una pasión.

Lo mismo, con las naturales diferencias, era lo que Tonia sentía con respecto a él.

Yura pensaba que acaso habían hecho mal en salir. Con tal de que no sucediera nada en su ausencia... Y revivió la escena. Habiendo sabido que Anna Ivánovna estaba peor, cuando se disponían a salir, fueron a verla y le propusieron quedarse. Pero ella se había impuesto con la misma energía que antes y exigió que fueran a la fiesta. Yura y Tonia se habían acercado a la ventana, tras la cortina, para ver qué tiempo hacía. Al volver a la habitación, las dos piezas de la cortina de tul se adhirieron a la tela nueva de sus trajes, y el ligero tejido fue arrastrado unos pasos por Tonia como si fuera un velo de desposada. Los presentes se echaron a reír, tan clara para todos fue la evidencia de aquel hecho, y no fueron necesarias las palabras.

Yura miraba a su alrededor y veía las mismas cosas que poco antes había visto Lara. El trineo producía un rumor extrañamente sonoro que despertaba un eco prolongado bajo los árboles cubiertos de escarcha de los jardines y las avenidas. Las ventanas, blancas de hielo e iluminadas desde el interior, parecían cofrecillos de topacio en láminas de color de humo. Tras ellos ardía la vida navideña de Moscú, brillaban los árboles, se reunían los invitados y las máscaras jugaban al escondite, olvidadas de todo.

De pronto Yura pensó que Blok era eso: un fenómeno de Navidad en todos los campos de la vida rusa, en la vida ciudadana del norte como en la más reciente literatura, bajo el cielo estrellado de la vida y en torno al árbol iluminado en el salón

del siglo actual. Pensó que no era necesario ningún artículo sobre Blok: bastaría simplemente pintar la adoración rusa de los Magos, como habían hecho los holandeses, con el hielo, los lobos y un sombrío bosque de abetos.

Pasaron por la Kamerguierski. Yura vio cómo se formaba un negro ojo en la costra de hielo de una ventana. A través de él se filtraba la luz de una vela cuyo resplandor llegaba hasta la calle, casi como el de una mirada, como si observase a los que pasaban y esperase a alguien.

«Una vela ardía en la mesa. Ardía una vela», susurró Yura para sí.

Era el principio de algo confuso, todavía informe. Y él esperaba que lo demás viniera por sus propios pasos, sin esfuerzo. Pero no venía.

11

Desde tiempos inmemoriales los Svientitski habían organizado de este modo la fiesta del árbol de Navidad: a las diez, cuando se dispersaba la chiquillería, encendíase un segundo árbol para los jóvenes y los adultos, y la fiesta duraba hasta el amanecer. Durante toda la noche los más viejos jugaban a la baraja en la salita pompeyana, un anejo del salón, del que estaba separado por una gruesa y pesada cortina suspendida de grandes anillas de bronce. Al alba se celebraba la cena general.

—¿Por qué venís tan tarde?—preguntó Georges, el sobrino de los Svientitski, que atravesó corriendo el vestíbulo, en dirección a la habitación de sus tíos.

Yura y Tonia decidieron seguirle para saludar a los dueños de la casa, y, mientras se quitaban los abrigos, echaron una ojeada al salón.

Ceñido por diversas aureolas de luz, el abeto parecía exhalar un hálito ardiente. Ante él, formando un muro movedizo, los que no bailaban paseábanse y charlaban entre un frufrú de telas y un rumor de pasos.

En el centro del círculo giraban locamente los bailarines. Los dirigía, uniéndolos en parejas y en cadenas, el hijo del viceprocurador, Koka Kornakov, alumno del liceo. Dirigía la danza y gritaba a pleno pulmón desde un extremo a otro de la sala:

—*Grande ronde! Chaîne chinoise!* —y todos seguían sus órdenes. *Une valse, s'il vous plait!* —gritaba al pianista, y guiaba la danza llevando a su pareja *sur trois temps, sur deux temps,* reduciendo cada vez más el ritmo, hasta mover apenas los pies en el mismo sitio, lo que ya no era bailar el vals, sino su eco moribundo.

Todos aplaudían, y se servían helados y bebidas refrescantes a esa multitud que se movía, ruidosa y vocinglera. Los sofocados jóvenes y las muchachas dejaban por un instante de gritar y reír, bebían apresuradamente los zumos de frutas y las limonadas heladas y, apenas dejado el vaso en la bandeja, volvían a gritar y reír con mayor ardor que antes, como si hubiesen bebido un brebaje hilarante.

Tonia y Yura, sin pasar por el salón, se dirigieron a ver a los dueños en la parte interior de la casa.

12

Las habitaciones privadas de los Svientitski estaban llenas de trastos inútiles, que habían sido trasladados de la salita y el salón para ganar espacio. Allí se encontraba el laboratorio mágico de la fiesta, el almacén navideño. Olía a barniz y cola. Rollos de papel de colores y cajas llenas de estrellas y velas de reserva para el árbol se amontonaban por todos los rincones.

Los viejos Svientitski escribían los números sobre los paquetes de los regalos, los cartoncitos con las indicaciones de los lugares en la mesa y numeraban los billetes de lotería. Les ayudaba Georges, pero se equivocaba con frecuencia y los Svientitski lo regañaban ásperamente. Se alegraron mucho cuando vieron llegar a Yura y Tonia: los habían conocido de niños, y, sin sentirse incómodos por su presencia, les dieron también su parte en el trabajo.

—Felitsata Semiónovna no comprende que había que pensar primero en esto y no precisamente en el último instante, cuando ya están aquí todos los invitados. ¡Qué chapucero eres, Georges! ¿Qué diablos estás haciendo con los números? Quedamos en poner las bomboneras llenas de *dragées* sobre la mesa y las vacías en el diván, y has armado un verdadero lío.

—Estoy muy contenta de que Annette esté mejor. Pierre y yo estábamos muy preocupados por ella.

—Sí, querida, pero justamente está menos bien, menos bien, ¿comprendes?... Pero tú lo comprendes todo *devant-derrière*.

Durante más de la mitad de la jornada Yura y Tonia permanecieron con Georges y los viejos, encerrados en aquella especie de bastidores.

13

Durante todo el tiempo que pasaron con los Svientitski, Lara estuvo en el salón. Aunque no vestía traje de baile ni conocía a nadie, sin voluntad, como en sueños, giraba en brazos de Koka Kornakov y a veces, como sumergida en el agua, vagaba sin rumbo por el salón.

Una o dos veces se había detenido vacilante en el umbral de la sala, con la esperanza de que la viese Komarovski, sentado frente al salón. Pero él miraba las cartas que tenía en la mano izquierda, y éstas eran como una pantalla que tuviera ante sí. O realmente no la veía, o fingía ignorar su presencia. La humillación dejaba a Lara sin aliento. En aquel instante una muchacha a quien Lara no conocía entró en el saloncito. Komarovski la miró con esa mirada que Lara conocía muy bien. La muchacha, halagada, le sonrió, se ruborizó y se iluminó su semblante. Al verlo, Lara estuvo a punto de gritar. Un rubor de vergüenza encendió su rostro, y su frente y su cuello se empurpuraron también.

«Una nueva víctima», pensó.

Como en un espejo vióse a sí misma y su propia historia. Pero todavía no había renunciado a su idea de hablar con Komarovski y, decidiendo demorar su intento hasta un momento más oportuno, trató de calmarse y volvió al salón.

A la mesa de Komarovski se sentaban otras tres personas. Uno de sus *partner*, que estaba sentado a su lado, era el padre del lechugino que había invitado a Lara a bailar el vals. Lara lo dedujo por las dos o tres palabras que había cambiado con o pareja mientras bailaban. La mujerona morena, vestida de negro, con extraños ojos ardientes y el cuello desagradablemente tieso como una serpiente, que constantemente pasaba de la salita al salón, invadiendo el campo de acción de su hijo, o, viceversa, acercándose al marido que jugaba, era la madre de Koka Kornakov. Luego, por casualidad, supo que la muchacha que le había ocasionado tan complejas emociones, era la hermana de Koka y sus suposiciones se revelaron sin fundamento.

—Kornakov —le dijo Koka, al principio, cuando se presentó.

Pero Lara no había retenido el nombre. «Kornakov», repitió él, acompañándola a su butaca e inclinándose, después de haber dado la última vuelta. Esta vez Lara lo comprendió.

«Kornakov, Kornakov —decía para sí—. No me es desconocido. Hay algo en él que no me gusta.»

Luego lo recordó. Kornakov era viceprocurador en los tribunales de justicia de Moscú. Había sido el acusador en el proceso de los ferroviarios, en el que fue condenado Tivierzin. A ruegos de Lara, Lavrienti Mijáilovich le habló para que no se ensañara demasiado con él, pero no consiguió nada.

«De modo que es él. ¡Vaya, vaya! Es curioso, Kornakov. Kornakov.»

14

Debían ser las dos de la mañana. Yura estaba aturdido por el alboroto. Después de un intervalo, durante el cual se tomó en el comedor el té con los *petits fours*, se reanudó el baile y cuando se consumieron las velas del árbol, nadie las sustituyó por otras.

Yura estaba en medio del salón, mirando distraídamente a Tonia, que bailaba con un desconocido. Al pasar junto a Yura, Tonia echó hacia atrás, con un movimiento de la pierna, la pequeña cola de su largo traje de raso, haciéndola restallar a su espalda y, deslizándose rápidamente, desapareció entre la multitud de bailarines.

Estaba muy sofocada. En el intermedio, cuando se dirigieron al comedor, había rechazado el té y calmado su sed con una gran cantidad de mandarinas que mondaba rápidamente, una tras otra. Continuamente se sacaba del cinturón o de la manga el fino pañuelito de batista, minúsculo como una flor de árbol frutal, y se enjugaba el sudor que perlaba sus labios y humedecía sus dedos. Riendo y sin dejar de hablar, volvía a colocarlo después mecánicamente en su cinturón o en los *volants* de su

cintura.

Ahora, mientras bailaba con un caballero desconocido, tropezó con Yura, que se apartó ceñudo. Al separarse, Tonia le estrechó burlonamente la mano y le sonrió con elocuencia. En esta ocasión el pañuelo que ella tenía en la mano quedó en la de Yura. El se lo llevó a los labios y cerró los ojos. Trascendía un perfume en el que se mezclaba el de las cáscaras de mandarina y el de la mano caliente de Tonia, igualmente agradables para él. Era algo nuevo en su vida, algo que no había experimentado hasta entonces, y que penetraba intensa y profundamente su ser. Ese aroma, infantilmente ingenuo, era cordial y comprensible, como una palabra susurrada en la oscuridad. Yura estaba inmóvil, con los ojos cerrados y los labios apretados sobre el pañuelo, respirando su perfume, cuando de pronto sonó un tiro en la casa.

Todos volvieron la cabeza a la cortina que separaba la salita del salón. Durante un instante se hizo el silencio. Luego comenzó la confusión. Todos acudieron gritando. Algunos se precipitaron detrás de Koka Kornakov hacia el lugar donde había sonado el disparo. Pero ya salía gente amenazando, llorando, discutiendo, quitándose mutuamente la palabra.

—¿Qué ha hecho, qué ha hecho?—repetía fuera de sí Komarovski.

—Boria, ¿estás vivo? Boria, ¿estás vivo?—chillaba histéricamente la señora Kornakova—. Dicen que entre los invitados está el doctor Drókov. Pero ¿dónde está, dónde está? ¡Ah, dejadme, por favor! Para ustedes es un simple arañazo, pero para mí significa el fin de mi vida. ¡Oh, mi pobre mártir, esto te pasa por haber desenmascarado a tantos criminales! ¡Mírala, la infame! ¡Le arrancaré los ojos a esa criminal! Bueno, el caso es que ahora no podrá escapar... ¿Qué decía, señor Komarovski? ¿Contra usted? ¿Qué disparó contra usted? No, no puedo... Sufro demasiado para tener ganas de broma, señor Komarovski. Koka, Kókochka, ¿qué te parece a ti? Contra tu padre... Sí... ¡Dios mío! ¡Koka! ¡Koka!

Desde la salita, la gente se volcó en el salón. En medio, respondiendo con bromas y asegurando a todos que no le había pasado absolutamente nada, avanzaba Kornakov. Con una servilleta se tapaba la sangrienta rozadura que tenía en la mano izquierda. En otro grupo, más atrás y aparte, alguien tenía a Lara sujeta de los brazos.

Al verla, Yura palideció. ¡Ella! ¡Y en qué circunstancias! Y otra vez aquel hombre de las sienes grises. Pero ahora sabía quién era: el famoso abogado Komarovski, el que manejaba la herencia de su padre. Podían evitar saludarse puesto que ambos aparentaban no conocerse. Pero ella... De modo que había sido ella la que disparó. ¿Contra el procurador? Sin duda una revolucionaria. ¡Pobrecilla! ¡Buena le ha caído encima! ¡Qué altaneramente hermosa es! ¡Y esos! Los malditos la arrastran retorciéndole los brazos como a una ladrona pillada *in fraganti*.

Pero enseguida comprendió que se engañaba. Lara no podía sostenerse en pie: la

sujetaban de los brazos para que no se cayera. La condujeron penosamente hasta la butaca más próxima, sobre la que se dejó caer.

Yura corrió hacia ella para hacerle recobrar el conocimiento, pero pensó que sería mejor manifestar antes cierto interés por la víctima del atentado. Se acercó a Kornakov y le dijo:

—Se ha pedido un médico. Yo lo soy. Puedo serle útil. Enséñeme la mano. Vaya, ha tenido suerte. No es nada, ni siquiera vale la pena vendarla. Pero un poco de agua no le hará ningún daño. Ahí viene Felitsata Semiónovna. Se la pediremos a ella.

La señora Svientítskaia y Tonia se acercaron a Yura. Estaban trastornadas. Le dijeron que lo dejara todo y que se vistiera rápidamente: habían venido a buscarle a él y a Tonia. Acababa de suceder algo en su casa. Yura se estremeció suponiendo lo peor. Olvidándolo todo, corrió a buscar el abrigo.

15

Anna Ivánovna había dejado de existir cuando entraron corriendo en la casa de Sívtsev Vrázhek. La muerte se produjo diez minutos antes de su llegada, a causa de un ataque de asfixia, debido a un edema pulmonar no diagnosticado a tiempo.

Durante muchas horas, Tonia lloró desesperadamente, poseída por un delirio en el que no reconocía a nadie. Al día siguiente se calmó, escuchó pacientemente lo que le decían su padre y Yura, pero respondía sólo con movimientos de cabeza. Apenas lograba abrir la boca. El dolor era más fuerte que ella e independientes de su voluntad los gritos brotaban de su pecho, como si estuviese poseída.

En los intervalos del oficio fúnebre, durante muchas horas, estuvo de rodillas al lado del cadáver, rodeando con sus hermosos y largos brazos una de las esquinas del ataúd, junto al borde del túmulo y las coronas que lo cubrían. No veía a nadie de los que la rodeaban. Pero, apenas su mirada se cruzó con las de los más íntimos, se levantó precipitadamente y con rápidos pasos salió de la habitación, conteniendo los sollozos. Echó a correr escaleras arriba hasta su habitación, y, desmadejada sobre el lecho, trató de sofocar con la almohada los estallidos de desesperación que la sacudían.

A causa del dolor, de las largas horas pasadas de pie y de la falta de descanso, del aturdimiento producido por los cánticos funerarios, la luz cegadora de los hachones que ardían constantemente y los escalofríos de un resfriado contraído aquellos días, Yura experimentaba una vaga confusión, una especie de delirio de exaltación y resentimiento.

Diez años antes, cuando enterraron a su madre, era todavía un niño. Recordaba aún su llanto inconsolable, la angustia y el terror que había sentido. En aquel tiempo no era todavía enteramente él. Apenas podía pensar que él, Yura, existía y tenía una razón de ser y una finalidad. Entonces lo esencial era todo lo que le rodeaba, lo que

estaba fuera de él. El mundo externo le oprimía por todas partes, era tangible, impenetrable e indiscutible como un bosque. Lo había trastornado la muerte de la madre como si se hubiese perdido con ella por ese bosque y de repente se hubiera visto solo, sin ella. Un bosque constituido por todas las cosas del mundo: las nubes, los rótulos de las tiendas, las bolas de los carros de los bomberos, y los pajes que cabalgaban delante de la carroza de la Virgen María, con orejeras, en lugar de birretes, sobre las cabezas descubiertas en presencia del sagrario. Un bosque formado por los escaparates de las tiendas ante las que se pasa y por el cielo nocturno, incomparablemente alto, con las estrellas, el Señor y los santos.

Ese cielo inaccesiblemente alto descendía hasta él en la habitación de los niños y su punto culminante tocaba el dobladillo de la falda de la niñera, cuando ella le hablaba de las cosas celestiales. Entonces éstas se hacían familiares y colocábanse al alcance de su mano, como la fronda de un avellano cuando se inclinan sus ramas sobre la torrentera para coger las avellanas. Parecía como si entrase en el cuarto de los niños dentro de la cubeta dorada y, después de haberse bañado en luz y oro, se convirtiera en maitines o en una misa solemne en la pequeña iglesia de la calleja a donde lo llevaba su nodriza. Entonces las estrellas del cielo se convertían en lamparillas, el buen Dios era el sacerdote y todos, según sus aptitudes, desempeñaban una determinada función. Pero lo más importante era el mundo real de las personas mayores, y la ciudad que lo rodeaba todo como un bosque sombrío. En aquel tiempo, Yura creía con una fe casi animal en el dios de aquel bosque, en un dios guardabosque.

Ahora todo era distinto. Durante los doce años de estudios secundarios y superiores, se había interesado por la antigüedad y la ley de Dios, por las tradiciones y los poetas, la ciencia del pasado y la de la naturaleza, del mismo modo que se estudiaría una crónica familiar o una genealogía. Ahora no le tenía miedo a nada, ni a la vida ni a la muerte, porque todo, todas las cosas del mundo, formaban parte de su vocabulario. Sentíase al mismo nivel del universo y asistía al oficio fúnebre de Anna Ivánovna de una manera muy distinta de como asistió al de su madre. Entonces le pareció que iba a morir de dolor, tenía miedo y rezaba. Ahora escuchaba el oficio como una comunicación que se le hiciera a él directamente y que le concernía de una manera personal. Prestaba oído a las palabras y les exigía un sentido claro como se le exige a cualquier cosa, y nada tenía de común con la devoción el sentimiento que experimentaba con respecto a la legítima descendencia de las fuerzas supremas de la tierra y del cielo, ante las cuales se inclinaba, como ante sus mayores progenitores.

16

«Dios santo, Dios invencible, Dios inmortal, ten piedad de nosotros.»

¿Qué ocurría ahora? ¿Dónde estaba? El entierro. Iba a tener lugar el entierro.

Había que despertarse. Hacia las cinco de la mañana se había dejado caer vestido en el diván. Tal vez tenía fiebre. Lo buscaban ahora por toda la casa y nadie imaginaba que se hubiese dormido profundamente en un rincón de la biblioteca, detrás de las estanterías de los libros, que llegaban hasta el techo.

—¡Yura, Yura! —lo llamaba, no muy lejos, Márkel, el portero.

Habían levantado ya el ataúd y Márkel, que debía llevar las coronas, no lograba encontrar a Yura y, por si fuera poco, se había quedado encerrado en la alcoba, donde las coronas formaban una montaña. La puerta estaba atascada por la del armario, que se había abierto.

—¡Márkel, Márkel! ¡Yura! —llamaban desde abajo.

Márkel, de un golpe, consiguió dominar el obstáculo y, con unas cuantas coronas, echó a correr escaleras abajo.

«Dios santo, Dios invencible, Dios inmortal, ten piedad de nosotros.»

El cántico, como un hálito suave, extendíase a lo largo de la calleja y permanecía en ella, como si el aire fuese ahora acariciado por una pluma de avestruz. Todo vacilaba: las coronas y las personas, las cabezas empenachadas de los caballos, el incensario colgando de sus cadenas de la mano del sacerdote, la tierra blanca bajo los pies.

—¡Yura! ¡Por fin, Dios mío! Despiértate —y Shura Schlésinguer, que lo había encontrado, lo sacudía de los hombros. —¿Qué te ha pasado? Es la hora del entierro. ¿Vienes con nosotros?

—Sí, claro.

17

Había terminado el oficio fúnebre. Los mendigos, que pateaban el suelo con los ateridos pies, se apiñaron en dos filas. El coche fúnebre se puso lentamente en marcha, seguido por el de las coronas y la calesa de los Krueger. Los simones se habían acercado a la iglesia. Shura Schlésinger salió con el rostro marcado por el llanto, levantóse el velo mojado de lágrimas y dirigió una mirada inquisitiva a la larga hilera de coches. Cuando descubrió entre los cocheros a los empleados de pompas fúnebres, los llamó con un movimiento de cabeza y desapareció con ellos en el templo, del cual comenzaba a salir la gente apresuradamente, cada vez más numerosa.

—Ya le ha tocado el turno a Anna Ivánovna. La pobrecilla nos ha dejado para siempre. Ha sacado el billete para el gran viaje.

—Sí, pobrecilla, se nos ha ido. Ahora ya descansa.

—¿Tiene usted coche o toma el once?

—Tengo los pies helados de estar de pie. Será mejor caminar un poco.

—¿Visteis a Fufkov? No le quitaba la vista a la difunta y lloraba a moco tendido.

La devoraba con los ojos. Y el marido allí mismo.

Toda la vida anduvo tras ella.

Hablando de este modo, dirigíanse a la parte opuesta de la ciudad, hacia el cementerio.

Después de las grandes heladas, el frío había menguado un poco. El aire era de una pesadez inmóvil: un día en el que el hielo comenzaba a ceder y había terminado una existencia, un día a propósito para un entierro. La nieve sucia parecía resplandecer a través de un velo fúnebre; los abetos empapados, oscuros como plata oxidada, inclinábanse por encima de la tapia y parecían de luto.

Era el mismo cementerio donde reposaba María Nikoláievna. En los últimos años Yura no había visitado la tumba de su madre.

—Mamaíta —murmuró, casi con los labios de entonces, mirando hacia lo lejos en esa dirección.

El cortejo avanzaba solemnemente, casi espectacular, por los viales despejados, cuyas sinuosas curvas concordaban mal con la doliente regularidad de los pasos. Alexandr Alexándrovich llevaba de la mano a Tonia. Le seguían los Krueger. A Tonia le sentaba bien el luto.

Una escarcha barbuda como el musgo se deshilachaba en los adornos de las cruces y las paredes de ladrillo rojo del monasterio. En un apartado ángulo del patio del monasterio, de una pared a otra, había varias cuerdas con ropa blanca puesta a secar: camisas con pesadas mangas colgantes, manteles de color de melocotón, sábanas mal escurridas puestas de través. Yura miró hacia allí y reconoció ese lugar del patio del monasterio, azotado entonces por la tormenta y que las nuevas construcciones habían cambiado.Caminaba solo, delante de los demás, y de vez en cuando se detenía para esperarlos. Como respuesta a la devastación producida por la muerte en aquella gente que avanzaba despacio a sus espaldas, hubiera deseado, con esa misma seguridad con que el agua se precipitaba tumultuosa en una garganta, soñar y pensar, extraer vida de las formas y crear belleza. Ahora veía más claro que nunca que el arte está siempre y sin remisión dominado por un doble motivo. Insistentemente meditando sobre la muerte, crea la vida. El grande, el verdadero arte es el que se llama Apocalipsis y el que de una forma u otra lo continúa.

Saboreaba de antemano el día en que saldría del círculo familiar y universitario y, escribiendo sobre Anna Ivánovna, recordaría y expresaría todo lo que en aquel momento acudía a su espíritu, las pequeñas, las menudas realidades ocasionales que le ofrecía la vida: alguno de los mejores rasgos de la muerta; la imagen de Tonia vestida de luto; ciertas observaciones hechas por el camino yendo al cementerio; la ropa tendida en el lugar donde, muchos años antes, aulló la tormenta y él, niño entonces, había llorado.

IV
MADURA LO INEVITABLE

1

Lara yacía delirando en el lecho de Felitsata Semiónovna. En torno a ella los Svientitski, el doctor Drókov y la sirvienta hablaban en voz baja. La casa de los Svientitski, ahora desierta, hallábase sumida en la oscuridad. Solamente en medio de la larga hilera de habitaciones, en un saloncito, había una lámpara encendida en la pared, que iluminaba de un extremo a otro aquella galería rectilínea y desierta.

No como un huésped, sino como si estuviera en su casa, furiosamente, con decididos pasos, Víktor Ippolítovich Komarovski iba de un extremo a otro de la larga hilera. De vez en cuando lanzaba una ojeada al dormitorio para ver qué sucedía, o bien se dirigía a la parte opuesta de la casa y, pasando junto al árbol adornado con hilos de plata, llegábase hasta el comedor. La mesa parecía doblegarse bajo el peso de los platos intactos, y las verdes copas de vino tintineaban cuando pasaba un coche por la calle, o un ratoncillo se deslizaba por el mantel entre los platos.

Estaba fuera de sí. Sentíase dominado por encontrados sentimientos. ¡Qué escándalo! ¡Qué vergüenza! Estaba furioso. Su posición se había comprometido, el incidente perjudicaba su buen nombre. A costa de lo que fuera, antes de que fuese demasiado tarde, había que prevenirse contra las murmuraciones, y si la noticia habíase extendido ya, cortar por lo sano las habladurías, ahogarlas en cuanto se manifestaran. Por último, había experimentado una vez más cuán irresistible era aquella chiquilla insensata y desesperada. No era como las demás. En ella hubo siempre algo insólito. Bien era verdad que él había destrozado su vida de un modo radical e irremediable, pero ella se debatía y continuamente se sublevaba con el afán de rehacer a su modo su destino y volver a empezar la vida.

Tendría que ayudarla desde todos los puntos de vista, alquilarle quizás una habitación, pero no tocarla en ningún caso. Es más: estar lo más lejos posible de ella, mantenerse aparte para no hacerle sombra. Era una mujer capaz de cualquier cosa.

¡Y cuántas inquietudes le esperaban! Aquello podría traer graves consecuencias. La ley no pega el ojo. Todavía era de noche, ni siquiera transcurrieron dos horas desde el momento en que se produjo el incidente, y la policía había acudido ya dos veces, y en estas dos ocasiones Komarovski estuvo en la cocina dando explicaciones al inspector para tratar de echar tierra sobre lo ocurrido.

Pero eso se iría complicando cada vez más. Era necesario demostrar que Lara había disparado sobre él y no sobre Kornakov. Sin embargo, la cosa no acabaría aquí. Librada de una parte de responsabilidad, Lara continuaría igualmente sometida a la acción de la justicia.

Claro está que él haría lo imposible por evitarlo. Si se la procesara, habría de solicitar un examen psiquiátrico para demostrar la irresponsabilidad de Lara en el momento del atentado y obtener entonces el sobreseimiento.

Con estas reflexiones, Komarovski fue calmándose poco a poco. La noche había transcurrido ya. Rayos de luz comenzaban a filtrarse en las habitaciones, lanzando ojeadas sobre las mesas y los divanes, como si fueran ladrones o peritos del monte de piedad.

Komarovski se dirigió a la alcoba para informarse sobre el estado de Lara y, habiendo sabido que se encontraba mejor, dejó la casa de los Svientitski para ir a ver a una amiga suya, jurista y mujer de un emigrado político, Rufina Onísimovna Voit-Voitkóvskaia que tenía alquiladas dos de las ocho habitaciones de un piso que resultaba ya demasiado grande y costoso para ella sola. Una de esas dos habitaciones había quedado libre hacía poco y Komarovski la alquiló para Lara. Horas después la joven fue llevada a ella en estado de semiinsconciencia, febril y delirante.

2

Rufina Onísimovna era una mujer de ideas avanzadas, enemiga de prejuicios, que simpatizaba con todo lo que, según su expresión, fuese «positivo» y «viable».

Tenía sobre la cómoda un ejemplar del programa de Erfurt con la firma del autor. Una de las fotografías fijadas en la pared era de su marido, «mi buen Voit», retratado al lado de Plejánov en una fiesta popular en Suiza. Ambos vestían chaquetas de alpaca y se tocaban con panamás.

Al primer golpe de vista, Rufina Onísimovna no sintió simpatía alguna por su inquilina enferma. Según ella era una astuta simuladora, y sus crisis de delirio no eran más que pura ficción. Estaba dispuesta a jurar que Lara representaba el papel de Margarita cuando se vuelve loca en la cárcel.

Con una agitada exageración manifestaba a Lara su desprecio. Daba portazos, cantaba a grito pelado, se movía como una tromba por la parte de la casa reservada a ella, y durante todo el día tenía aireándose las habitaciones.

Estas habitaciones hallábanse en el último piso de un caserón de Arbat. Las ventanas, desde principios de invierno, veíanse inundadas por un cielo luminoso y turquí, ancho como un río que se sale de madre. Mediado el invierno, adivinábanse las señales y presagios de la próxima primavera.

El tibio viento del sur se colaba por los postigos, en las estaciones las locomotoras silbaban a más no poder, y la enferma, en la ociosidad del lecho, entregábase a sus lejanos recuerdos.

Recordaba con frecuencia la noche de su llegada a Moscú desde los Urales, siete u ocho años atrás, en los tiempos de su inolvidable infancia.

Por oscuras calles habían atravesado toda la ciudad en coche descubierto, desde la

estación al hotel. Los faroles se acercaban y alejaban, proyectando sobre las paredes de las casas la sombra hinchada del coche. La sombra crecía y crecía, adquiría proporciones monstruosas, cubría la calle y los tejados y luego desaparecía para volver a empezar lo mismo.

En la oscuridad oía por encima de su cabeza las campanas de todas las iglesias de Moscú, y a ras de tierra el fragor de los tranvías de caballos. La aturdían también los escaparates con sus luces cegadoras, y era como si éstos, al igual que las campanas y las ruedas, hicieran ruido.

Hablase quedado estupefacta ante el tamaño de una enorme sandía que Komarovski dejó sobre la mesa del hotel para celebrar su llegada. La sandía le parecía el símbolo de la importancia y riqueza de Komarovski. Cuando Víktor Ippolítovich, de un solo tajo, partió en dos aquella redonda y fragante maravilla de color verde oscuro, con su corazón helado y dulce, el miedo la dejó sin aliento, pero no se atrevió a rechazarla, y se esforzó en tragar aquellos trozos rojos, aguanosos y fragantes que la emoción le hacía resbalar por la garganta.

Y aquella timidez experimentada ante los platos caros y la ciudad nocturna habíase repetido luego en su timidez ante Komarovski, motivo principal y secreto de cuanto sucedió. Pero ahora le era irreconocible. No pedía nada, no se dejaba oír ni ver. Y continuamente, desde lejos, le ofrecía su ayuda de la más noble de las maneras.

Muy distinta fue la visita de Kologrívov. Lara se sintió feliz al volver a verlo. No tanto por ser alto e imponente, como por la vitalidad e ingenio que trascendía. Lavrienti Mijáilovich, con su mirada llena de vivacidad y su inteligente sonrisa, llenaba gran parte de la habitación que, con su entrada, parecía haberse empequeñecido.

Sentábase junto al lecho de Lara y se frotaba las manos. Cuando fue llamado a Petersburgo para el consejo de ministros, habló con venerables dignatarios como si se tratase de escolarillos indisciplinados. Pero ahora, ante él, yacía alguien de su familia, aunque hiciera poco que hubiese entrado en la casa, casi como una especie de hija, con quien, como se hace con los familiares, cambiaba rápidas miradas y observaciones en *passant*. Y esto era lo que daba un encanto particular a sus lacónicas conversaciones, como ellos sabían muy bien. El no podía tratar a Lara como si fuera una persona mayor, con seriedad e indiferencia. No sabía cómo hablarle para no herirla y, sonriéndole como a un niño, le dijo:

—¿Qué diantre has hecho? ¿A qué vienen estos melodramas?

Calló y se puso a mirar las manchas de humedad del techo y el empapelado. Luego, sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación, continuó:

—En Düsseldorf va a inaugurarse una exposición internacional de pintura, escultura y jardinería. Tengo el propósito de verla. ¡Esto es condenadamente húmedo! ¿Tienes la intención de permanecer mucho tiempo suspendida entre cielo y tierra? No

puede decirse que te falte sitio aquí. La tal Voitessa, dicho sea entre nosotros, es un tipejo. La conozco bien. Tienes que trasladarte. Basta ya de guardar cama. Mientras estuviste enferma, bien. Pero ahora ya es tiempo de que te levantes. Cambía de habitación, ocúpate de tus lecciones y termina tus estudios. Tengo un amigo pintor. Va a pasar dos años en el Turkestán. Tiene un estudio dividido en varias piezas, que es lo que se dice un verdadero piso. Estaría dispuesto a cederlo, siempre que fuera a parar a buenas manos, con muebles y todo. ¿Quieres que me ocupe de esto? Además, he de decirte algo. Permíteme que ahora te hable como un hombre práctico. Hace tiempo que quería hacerlo, y esto es para mí un deber sagrado... Desde que Lipa... Aquí tienes una pequeña cantidad como recompensa por sus últimos exámenes... No, permíteme, permíteme... No, te lo ruego, no insistas. No, por favor.

Y, al irse, a pesar de su resistencia, de sus lágrimas e incluso de su enfado, le obligó a aceptar un cheque de diez mil rublos.

Ya respuesta, Lara se trasladó a la nueva casa que le había aconsejado Kologrívov. Estaba muy cerca del mercado de Smoliensk. El apartamento constituía el ático de una pequeña casa de piedra, de dos pisos, una antigua construcción cuya parte baja estaba ocupada por unos almacenes. Habitaban el edificio unos carreteros. El patio, pavimentado con grandes losas, estaba lleno siempre de avena y estiércol y por él se paseaban arrullándose las palomas. A veces echaban a volar ruidosamente, pero nunca se elevaban a mayor altura que la ventana de Lara, cuando las ratas corrían en tropel por el arbollón de piedra del patio.

3

Pasha pasó muy malos ratos. Mientras Lara estuvo seriamente enferma no le fue permitido verla. ¿Qué debía hacer? Lara había querido matar a un hombre que, a los ojos de Pasha, le era indiferente. Luego se encontró bajo la protección de ese hombre, la víctima de su atentado frustrado. Y todo esto después de aquella memorable conversación de la noche de Navidad, a la luz de una vela que se consumía. De no haber sido por ese hombre habrían detenido y condenado a Lara. El logró apartar de ella el castigo que la amenazaba. Gracias a él, podía continuar tranquilamente sus estudios. Pasha se atormentaba y no sabía qué pensar.

Cuando estuvo mejor, Lara mandó llamar a Pasha. —Soy mala —le dijo—. Tú no me conoces. Tal vez un día te lo cuente todo. Me es muy difícil hablar, las lágrimas me ahogan. Déjame, olvídame. No soy digna de ti.

Hubo escenas dramáticas, a cuál más desgarradora. Voitkóvskaia —pues esto sucedía en la época en que Lara vivía aún en Arbat—, al ver el rostro lloroso de Pasha, se precipitó en la habitación, se dejó caer en el diván y se echó a reír hasta ponerse enferma:

—¡No puedo resistirlo! ¡No puedo resistirlo! La verdad es que... ¡Ja, ja, ja! ¡Un

verdadero caballero! ¡Ja, ja, ja! ¡Un verdadero Yeruslán Lázarevich![24]

Para evitar a Pasha unas relaciones que lo hubieran deshonrado, para romperlas definitivamente y poner término a sus sufrimientos, Lara le dijo que todo había terminado entre ellos porque ya no lo quería, pero al pronunciar esta palabra sollozó de tal modo que era imposible creerla. Pasha sospechaba que era culpable de todos los pecados, no daba crédito a una sola de sus palabras, sentíase dispuesto a maldecirla y odiarla, y la amaba terriblemente, estaba celoso incluso de sus pensamientos, del vaso en que bebía y de la almohada en que apoyaba su cabeza. Para no enloquecer debía obrar con decisión y rapidez. Por esto decidieron casarse enseguida, sin demora, incluso antes de terminar los exámenes. Fijaron la fecha para el primer domingo después de Pascua, pero, por deseo de Lara, postergaron de nuevo la boda.

El matrimonio se celebró el lunes de Pentecostés, al día siguiente de la Trinidad, cuando estuvieron seguros del buen resultado de los exámenes. Ocupóse de todo Liudmila Kapitónovna Chepurko, la madre de Tosia Chepurko, una condiscípula de Lara, que había terminado sus estudios al mismo tiempo que ella. Liudmila Kapitónovna era una mujer de robusto seno y voz profunda, buena cantante e incurable soñadora. A las supersticiones y sortilegios que ya conocía, añadía en cada ocasión otros de su propia cosecha.

En la ciudad hacía un calor terrible cuando la «condujeron bajo la corona de oro»[25], como Liudmila Kapitónovna canturreaba para sí con su voz de bajo, al estilo zíngaro de Panin, mientras ayudaba a Lara a vestirse para la ceremonia. Las cúpulas de oro de las iglesias eran de un amarillo deslumbrador, así como la ligera arena esparcida por la ruta de las procesiones. Las polvorientas ramas de los abedules cortados la víspera para la fiesta de la Trinidad, colgaban tristemente en los recintos de las iglesias, retorciéndose sobre sí mismas como si se quemaran. Era penoso respirar y el sol hería los ojos con su resplandor. Era como si en todas partes se celebraran millares de bodas: con motivo de estas fiestas todas las jovencitas se vestían de blanco como si fueran novias, y los muchachos llenábanse el pelo de brillantina y ceñíanse en trajes oscuros y entallados. Todos estaban inquietos y tenían calor.

La señora Lagodin, madre de otra compañera de Lara, lanzó un puñado de moneditas de plata a los pies de la novia en el momento que daba el primer paso sobre la alfombra, como augurio de futura riqueza, mientras Liudmila Kapitónovna, con la misma intención, aconsejaba a Lara que cuando estuviese debajo de la corona, no se santiguara con la mano des nuda, sino que lo hiciera de modo que ésta quedase medio cubierta por una punta del velo. Le dijo también que mantuviera en alto la vela, porque de este modo mandaría en casa. Sacrificando su propio porvenir en beneficio de Pasha, Lara bajó la vela cuanto pudo, pero inútilmente porque, a pesar

de todo lo que hizo, la vela quedaba siempre a mayor altura que Pasha.

Desde la iglesia se dirigieron para celebrarlo al estudio que ya había arreglado Pasha. Los invitados gritaban:

—Es amargo, no se puede tomar.

Y a coro, desde el otro extremo de la habitación, respondían:

—Hay que echarle azúcar

Los esposos sonreían confusos y se besaban. Liudmila Kapitónovna cantó *La uva*, con el doble estribillo «Dios os dé amor y concordia», y la canción *Suelta la rubia trenza, deshaz los rubios cabellos*.

Cuando todos se hubieron marchado y ellos se quedaron solos, Pasha se sintió incómodo por el repentino silencio que se produjo. En el patio, ante la ventana, había un farol encendido y aunque Lara hizo todo lo posible por evitarlo, una franja de luz, delgada como un eje, penetró a través de una rendija de la cortina. Este rayo de luz no dejaba en paz a Pasha, como si fuera alguien que los espiase. Advirtió con horror que pensaba más en el farol que en sí mismo, en Lara y en su amor.

Durante la noche, larga como una eternidad, aquel que hasta poco antes había sido el estudiante Antípov, «Stepanida» y «la señorita», como lo llamaban los compañeros, llegó al colmo de la felicidad y al fondo de la desesperación. Sus sospechas alternaban con las confesiones de Lara. El preguntaba y a cada respuesta de ella desfallecía como si se precipitara en un abismo. Su atormentada imaginación no lograba concebir todo lo que le era revelado ahora.

Hablaron hasta el amanecer. En la vida de Pasha Antípov jamás se produjo un cambio tan impresionante y súbito como en aquella noche. Por la mañana, cuando se levantó, era un hombre distinto, y casi le sorprendió tener el mismo nombre.

4

Diez días después los amigos organizaron en aquella misma habitación una fiesta de despedida, en honor de Pasha y Lara. Ambos habían terminado brillantemente sus estudios y a los dos les fue ofrecido trabajo en la misma ciudad de los Urales, hacia donde debían partir a la mañana siguiente. De nuevo bebieron, cantaron y alborotaron, pero esta vez sólo entre jóvenes.

Tras el tabique que separaba las habitaciones particulares del gran estudio donde se hallaban reunidos los invitados, se amontonaba el equipaje; las dos cestas de mimbre de Lara, una maleta, una caja llena de vajilla y algunos sacos en un rincón. Había muchas cosas. Una parte debía ser expedida a pequeña velocidad a la mañana siguiente. Casi todo estaba ya embalado, pero todavía quedaba mucho por hacer. En la caja y las maletas abiertas aún había sitio. A veces Lara recordaba algo, lo llevaba al otro lado del tabique y lo metía en la cesta.

Pasha ya estaba allí con los invitados, cuando Lara, que se había ido a la

secretaría de la Facultad a buscar su partida de nacimiento y otros papeles, regresó acompañada del portero con una estera y un grueso ovillo de cordel para atar las maletas. Despedido el portero, cumplimentó a los invitados, estrechando la mano a unos y abrazando a los demás. Luego, para cambiarse, se retiró tras el tabique. Reapareció vestida y todos aplaudieron, gritaron y comenzó el alboroto como en la fiesta de la boda pocos días antes. Los más emprendedores sirvieron *vodka* a sus vecinos. Un gran número de manos armadas de tenedores, se acercaron al centro de la mesa para coger pan y lo que había en los platos. Se pronunciaron diversos discursos, entre largos tragos de *vodka* para aclararse la garganta y todos compitieron en bufonadas. Algunos no tardaron en achisparse.

—Estoy cansadísima —murmuró Lara, sentándose junto a su marido—. Y tú, ¿lograste hacer todo lo que querías?

—Sí.

—Me siento maravillosamente bien. Soy feliz. ¿Y tú?

—También. Estoy contento. Pero ya hablaremos.

Excepcionalmente, junto con los compañeros, Komarovski fue admitido también en la fiesta. Cuando terminó la velada dijo que ahora, después de la partida de sus jóvenes amigos, se quedaba huérfano, y Moscú le parecería un desierto, un Sahara. Se conmovió tanto que sollozó y tuvo que repetir la frase interrumpida por la emoción. Pidió permiso a los Antípov para escribirles e ir a verlos a Yuriatin, su nueva residencia, si no lograba soportar la separación.

—Sería del todo inútil —respondió Lara en voz alta y destempladamente—. ¿A qué viene esto de escribir, el Sahara y todo lo demás? Y en cuanto a ir a vernos, ni lo pienses. Lo pasarás perfectamente bien sin nosotros, que no somos nada del otro mundo, ¿verdad Pasha? Estoy segura de que encontrarás algo que sustituirá a tus jóvenes amigos.

Y, olvidando de pronto a quién y de qué estaba hablando, impulsada por otro pensamiento, se levantó a toda prisa y se fue a la cocina, al otro lado de la pared. Desarmó el molinillo de triturar carne y distribuyó por los rincones de la caja, protegiéndolas con paja, las piezas que había desmontado. Al colocarlas estuvo a punto de herirse una mano con la cuchilla.

Ocupada en estos preparativos, ya no se acordaba de que tenía invitados en la casa. Ni siquiera los oía, y cuando con una explosión de gritos le recordaron su presencia al otro lado del tabique, se dijo que a los borrachos les gusta siempre fingir la embriaguez, con tanta mayor exageración y complacencia cuanto más borrachos están.

Al mismo tiempo, un rumor distinto y de origen completamente diferente, que procedía del patio, llamó su atención. Descorrió la cortina y se asomó a la ventana.

En el patio, un caballo con la traba puesta, avanzaba a saltos, cojeando. Lara no

sabía de quién era; probablemente se había perdido y llegado por casualidad al patio. Era ya de día, pero todavía faltaba mucho para que saliera el sol. La ciudad, amodorrada y como privada de vida, sumíase en la frescura gris-violeta del alba. Lara cerró los ojos. Dios sabe a qué perdida, encantadora y remota campiña la transportaba aquel rumor tan rítmico e inconfundible de los cascos herrados del caballo.

Llamaron a la puerta. Lara aguzó el oído. Alguno de los invitados acudió a abrir. Era Nadia. Lara se precipitó al encuentro de la recién llegada. Venía directamente del tren, fresca y encantadora. Parecía corno si toda su persona trascendiese el perfume de los muguetes de Duplianka. Las dos amigas permanecieron abrazadas, incapaces de decir una sola palabra. Limitáronse a lanzar exclamaciones y abrazarse casi sofocándose una a otra.

Nadia llevaba a Lara los votos y felicitaciones de toda la casa y un regalo de sus padres. De su maletín de viaje extrajo una cajita envuelta en papel, la desenvolvió y, haciendo saltar la tapa, ofreció a Lara una joya de rara belleza.

Hubo las naturales exclamaciones de admiración. Uno de los amigos, disipada ya un poco la embriaguez, dijo:

—Un jacinto rosa. Sí, sí, rosa, ¿qué te imaginabas? Una piedra que vale tanto como un diamante.

Nadia sostenía que eran zafiros amarillos.

Después de haberla hecho sentar a su lado y ofrecido algo, Lara dejó la joya en el estuche y se puso a contemplarla sin lograr apartar de ella los ojos. Sobre el morado terciopelo del estuche, la piedra resplandecía como una llama: unas veces semejaba una gota y otras un grano de uva.

Mientras tanto, en la mesa, algunos se habían repuesto ya de sus excesos de bebida y se permitían tomar una nueva copa para acompañar a Nadia, que tampoco tardó en perder la cabeza.

Poco después, la casa pareció haberse transformado en el reino del sueño. La mayor parte de los invitados, habiendo pensado acompañar a los esposos a la estación al día siguiente, se habían quedado a dormir. Hacía rato que roncaban ya casi todos, tumbados a la buena de Dios por los rincones. Ni Lara se dio cuenta de cómo llegó a encontrarse vestida en un diván en el que estaba durmiendo Ira Lagódina.

Se despertó al oír hablar en voz alta precisamente cerca de ella. Eran voces de desconocidos que, desde la calle, habían entrado en el patio en busca del caballo. Lara abrió los ojos y se quedó estupefacta.

«La verdad es que no hay modo de que Pasha esté quieto. ¿Qué diablos está haciendo ahí plantado como un poste, qué busca?»

En ese momento la persona a quien había confundido con Pasha volvió la cara hacia ella: no era, efectivamente, Pasha, sino una especie de esperpento picado de viruelas, con la cara surcada por un chirlo desde la sien a la barbilla. Pensó que sería

un ladrón, un salteador, y quiso gritar, pero no pudo emitir ningún sonido. De pronto se acordó de la joya e, incorporándose disimuladamente sobre un codo, miró de reojo a la mesa.

Estaba en su sitio, entre los trozos de pan y las tartas apenas empezadas, y el ladrón, poco sagaz, no la había advertido entre los restos de la comida. Seguía buscando entre la ropa, desordenando las maletas. A Lara, semiamodorrada y aturdido aún por la *vodka*, pero dándose cuenta de la situación, le molestó sobre todo ver deshecho su trabajo. Indignada, quiso otra vez gritar, pero tampoco ahora consiguió abrir la boca ni Mover la lengua. Entonces, con la rodilla, dio un violento golpe en el estómago de Ira Lagódina, que estaba durmiendo a su lado y cuando ésta gritó por el dolor con una voz que no parecía la suya, también Lara lanzó un chillido. El ladrón dejó caer el fardo con el botín y se precipitó como un loco fuera de la habitación. Uno de los hombres se lanzó en su persecución, sin darse cuenta claramente de qué se trataba, pero desapareció toda huella del ladrón.

El barullo y las discusiones que entonces se produjeron fueron la señal de un despertar general. Todo resto de embriaguez se desvaneció en Lara. Inflexible a las súplicas de que los dejara dormir y descansar un poco más, los hizo levantar a todos, les sirvió café y los envió a todos a sus casas hasta que llegase el momento en que volverían a verse en la estación en el instante de partir el tren.

Cuando todos se hubieron ido, comenzó a trabajar. Con su acostumbrada rapidez, pasaba de un portamantas a otro, ataba las almohadas, apretaba las correas y suplicaba a Pasha y a la portera que no la ayudasen porque la estorbaban.

Todo se desarrolló en orden, regularmente. Los Antípov no llegaron con retraso. El tren se puso en marcha suavemente, casi al mismo ritmo del movimiento de los sombreros agitados en señal de despedida. Cuando los amigos dejaron de decirles adiós y llegó a ellos por tres veces un grito —probablemente «hurra»—, el tren aceleró la marcha.

5

Desde hacía tres días el tiempo era pésimo. Transcurría el segundo otoño de guerra. Después de los éxitos del primer año, habían comenzado los fracasos. El octavo ejército de Brusílov, concentrado en los Cárpatos, pronto a descender de los desfiladeros e irrumpir en Hungría, tuvo que retroceder arrastrado por la retirada general. Incluso la Galitzia, ocupada en los primeros meses de las operaciones, hubo de ser abandonada.

El doctor Zhivago, conocido antes por Yura y a quien todos llamaban ahora por su nombre y patronímico, hallábase en el pasillo de la sala de operaciones de la maternidad, frente a la puerta de la habitación donde había sido instalada hacía poco su mujer, Antonina Alexándrovna. Hablase despedido de ella y esperaba a la

comadrona para ponerse de acuerdo sobre la forma en que ésta le advertiría en caso de necesidad y podría tener, por su mediación, noticias de Tonia.

Tenía prisa por regresar a su hospital, pero antes debía hacer dos visitas a domicilio: perdía inútilmente un tiempo precioso, contemplando desde la ventana la oblicua trayectoria de la lluvia, que un impetuoso viento de otoño desmenuzaban y desviaba como la tempestad abate y mezcla las espigas de un trigal.

No era todavía noche cerrada. A los ojos de Yuri Andriéevich extendíanse los patios de la clínica, las terrazas de los hoteles particulares del Diéviche-pole, la red del tranvía eléctrico que iba casi hasta la puerta de servicio de uno de los edificios de la clínica.

Llovía con una monotonía desolada, sin arreciar ni amainar, a pesar de la furia del viento, que parecía encarnizarse contra la imperturbabilidad del agua que caía sobre la tierra. Las ráfagas de viento atormentaban los sarmientos de vid silvestre que enmarcaban una de las terrazas. Parecía como si quisieran desarraigar de cuajo la planta, levantándola, sacudíendola y rechazándola después como un pingajo.

Una furgoneta, pasando ante la terraza, se acercó al hospital. Comenzaron a descargar heridos.

En los hospitales de Moscú, llenos hasta lo inversosímil, sobre todo después de las operaciones de Lutsk, se acondicionaban los heridos en los rellanos de las escaleras y en los pasillos y la aglomeración afectó incluso las salas destinadas a las mujeres.Yuri Andriéevich, volviendo la espalda a la ventana, bostezó de cansancio. Parecía como si su cabeza se hubiese vaciado. De pronto recordó algo. En el departamento de cirugía del hospital Krestovozdvízhenskaia, donde él prestaba servicio, había muerto en aquellos días una enferma. El sostuvo que se trataba de un caso de equinococo hepático, y se había discutido mucho sobre el particular. Por aquellos días debía hacerse la autopsia, lo cual establecería la verdad. Pero el disector del hospital era un bebedor empedernido y Dios sabe cuándo empezaría a trabajar.

Anochecía. Al otro lado de la ventana ya no se distinguía nada. Como por la virtud de una varita mágica, de todas las ventanas surgió la luz eléctrica.

Por una puerta giratoria que separaba el pabellón del pasillo, salió de la sala de Tonia el director del departamento, un hombre gigantesco que siempre respondía a todas las preguntas elevando los ojos al techo y encogiéndose de hombros. En su lenguaje mímico tales movimientos significaban que, por muy importantes que sean los progresos del saber, siempre, mi querido Horacio, hay misterios ante los cuales la ciencia es impotente.

Pasó ante Yuri Andriéevich inclinándose con una sonrisa, y con sus rollizas manazas hizo un vago ademán como si quisiera indicar que no había más remedio que esperar y resignarse, y se alejó a lo largo del pasillo en dirección a la sala de espera para fumar un cigarrillo.

Poco después salió al encuentro de Yuri Andriéevich la asistenta del poco expresivo ginecólogo, que por su locuacidad constituía su antítesis.

—En su lugar, yo me iría a casa. Mañana le llamaré por teléfono al hospital Krestovozdvízhenskaia. Es difícil que empiece antes. Estoy segura de que será un parto normal y que no habrá necesidad de intervención. Pero, por otra parte, suscitan alguna aprensión cierta estrechez de la pelvis, la posición occipital en que se encuentra el niño, la ausencia de dolores y la poca importancia de las contracciones. Sin embargo, no es posible todavía hacer pronósticos. Todo dependerá de la ayuda que ella misma preste en el momento del parto. Ya veremos.

Al día siguiente, respondiendo a su llamada, el portero del hospital, que acudió al teléfono, le dijo que no colgase el auricular, fue a informarse y luego de una espera de diez minutos, le dio de un modo grosero e incoherente el siguiente informe:

—Me encargan decirle que ha traído a su mujer demasiado pronto y que tiene que llevársela.

Yuri Andriéevich exigió hablar con alguien mejor informado.

—Los síntomas no son muy seguros —le dijo la enfermera—. Que el doctor no se preocupe, habrá que esperar todavía un día o dos.

Al tercer día supo que el parto había comenzado por la noche. Al alba la parturienta había roto aguas, y se presentaron fuertes dolores que persistieron desde por la mañana. Dirigióse preocupado a la clínica y, mientras avanzaba por el pasillo, oyó, a través de la puerta entornada por distracción, los gritos desgarradores de Tonia, semejantes a los de las personas a quienes en un atropello les han sido amputados los miembros y son sacadas de entre las ruedas de un vagón. No podía entrar. Mordiéndose hasta hacerse sangre el nudillo de un dedo, se acercó a la ventana tras la cual continuaba cayendo la misma lluvia oblicua de dos días antes. Una enfermera salió de la sala, y también el vagido de un recién nacido.

«Está salvada, está salvada», murmuró para sí Yuri Andriéevich.

—Un niño. Un varón. Todo ha ido muy bien —dijo apresuradamente la enfermera —. Ahora no se puede. Se lo enseñaré en el momento oportuno. Debe usted hacerle un buen regalo a su esposa. Ha sufrido mucho. Es el primero. El primero siempre hace sufrir.

—¿Está salvada, está salvada? —repetía Yuri Andriéevich, sin comprender lo que decía la enfermera que, con sus palabras, lo implicaba a él en el acontecimiento.

¿Tenía realmente algo que ver con ello? Padre, hijo... no veía ningún motivo de orgullo en ese don gratuito de la paternidad. Tampoco sentía nada por aquel vástago que le caía del cielo. Todo ello le resultaba exterior a su conciencia. Lo importante era Tonia, que habíase enfrentado con un peligro mortal y por fortuna logró superarlo.

Tenía un enfermo no lejos de la clínica. Fue a verlo y al cabo de media hora estuvo de regreso. Las dos puertas, la del pasillo a la sala de partos, y la de la sala de

partos al departamento, volvían a estar cerradas. Sin darse cuenta de lo que hacía se metió en la puerta giratoria.

Pero, jugando con los dedos, surgió ante él, como brotado de la tierra, vestido de blanco, el gigantesco ginecólogo.

—¿Adónde va?—le dijo con voz sofocada para que no le oyese la parturienta—. ¿Se ha vuelto loco? Herida, sangre, antisépticos... Eso sin contar el choc psicológico. ¡Vaya! ¿Y usted es médico?

—Yo... Sólo una ojeada. Desde aquí. A través de una rendija.

—¡Ah, bueno! Eso es distinto. Hágalo. Pero que yo lo vea. ¡Cuidado! Si ella lo descubre a usted, lo mato, no le dejo un hueso sano.

En la sala dos mujeres, la comadrona y la nodriza, volvían la espalda a la puerta. En manos de la nodriza se agitaba un cachorrillo humano tierno y llorón, estirándose y contrayéndose como un trozo de goma de color rojo oscuro. La comadrona le ataba el cordón umbilical para separarlo de la placenta. Tonia yacía en medio de la sala, sobre una mesa de operaciones con el respaldo móvil levantado. A Yuri Andriéevich, que por la emoción lo exageraba todo, le pareció que ella estaba casi a la altura de esos pupitres en los cuales se escribe de pie.

Levantada hacia el techo, más en alto que lo que suele estar la mayoría de los mortales, Tonia estaba sumida en la niebla de un sufrimiento ya vencido, como si de ella trascendiera una infinita postración. Parecía surgir en medio de la sala como emergería en un puerto una embarcación apenas atracada y descargada, que hubiese llevado a cabo la travesía del mar de la muerte, para alcanzar el continente de la vida con nuevas almas emigradas Dios sabía desde dónde. También Tonia había apenas efectuado el desembarco de un alma y yacía ahora anclada, reposando con toda la ligereza de sus costados liberados de su peso. Junto a ella reposaban también sus extenuados y tensos aparejos, su maderaje y su olvido, su extinguido recuerdo de los lugares donde había estado recientemente, de lo que había atravesado y cómo había alcanzado la orilla.

Y como nadie sabía dónde se encontraba el país bajo cuya bandera se había acogido, ni siquiera se sabía en qué idioma dirigirse a ella.

En el hospital todos rivalizaban en felicitar a Yuri Andriéevich.

—¿Cómo han podido saberlo tan pronto?—preguntaba él, asombrado.

Se dirigió a la sala de médicos, llamada la taberna o el basurero, porque, por falta de espacio producida por la aglomeración de enfermos y heridos, la gente se quitaba allí los abrigos y los chanclos, dejándose olvidados extraños objetos procedentes de otros lugares, y ensuciaba el suelo con colillas y pedazos de papel.

Ante la ventana estaba el analista, un hombre arrugado y encogido que, con los brazos levantados, examinaba a la luz, mirando por encima de los lentes, una probeta que contenía un líquido turbio.

—Le felicito —dijo, sin dejar de mirar en la misma dirección, no dignándose volverse siquiera hacia Yuri Andriéevich.

—Gracias. Estoy muy emocionado.

—No tiene por qué darme las gracias. No tengo nada que ver con eso. La autopsia la ha hecho Pichuzhkin. Todos se han quedado estupefactos. Un equinococo. ¡Esto sí que es un diagnóstico! No se habla de otra cosa.

En ese momento entró en la estancia el médico jefe del hospital. Saludó a los dos y dijo:

—¿Qué diablos sucede? Esto parece un mercado y no una sala de médicos. ¡Qué indecencia! Sí, Zhivago, se trataba de un equinococo. Nosotros nos equivocamos. Le felicito. Pero ha surgido un inconveniente. Va a hacerse una revisión de su categoría. Esta vez no conseguiremos quedarnos con usted. Hay una espantosa falta de personal médico militar. También le va a tocar a usted oler la pólvora.

6

Los Antípov se establecieron en Yuriatin con una facilidad inesperada. Allí se conservaba un buen recuerdo de la familia Guichard y esto alivió a Lara las dificultades que se presentan siempre en un cambio de residencia.

Lara estaba absorbida por sus quehaceres y preocupaciones. Tenía a su cargo la casa y a su hija Kátienka, que tenía tres años. Por mucho que Marfutka, la pelirroja doncella, se esmerara, su ayuda era insuficiente. Larisa Fiódorovna ocupábase de todos los asuntos de su marido y, además, daba clases en el colegio de niñas. Trabajaba mucho y era feliz. Esta era precisamente la vida que había soñado.

Le gustaba vivir en Yuriatin, que era su ciudad natal, a orillas de un gran río, el Rynva, navegable en su curso medio e inferior, y atravesada por una de las líneas férreas de los Urales.

La proximidad del invierno anunciábase en Yuriatin por el traslado de las barcas, que desde el río eran transportadas en carros a la ciudad y colocadas en los patios donde permanecían a la intemperie hasta la llegada de la primavera. Aquellas barcas puestas quilla arriba, que blanqueaban en el fondo de los patios, tenían en Yuriatin el mismo significado que en otros lugares la emigración de las grullas o las primeras nieves.

Una de estas barcas, bajo la cual jugaba Kátienka como bajo el cóncavo techo de un pabellón, estaba también en el patio de la casa alquilada por los Antípov y exponía al aire su quilla pintada de blanco.

A Larisa Fiódorovna le gustaba la vida de aquel rincón provinciano, aquellos intelectuales lugareños que calzaban botas de fieltro y vestían calientes chaquetas de franela, con la clara pronunciación norteña de las oes y su confiada ingenuidad. Sentíase vinculada a aquella tierra y aquella gente sencilla.

En cambio, Pável Pávlovich, hijo de un ferroviario de Moscú, puso de manifiesto una incorregible mentalidad ciudadana. Juzgaba con mayor severidad que su mujer a los habitantes de Yuriatin, cuya tosquedad e ignorancia lo irritaban.

En aquel período demostró una extraordinaria capacidad de aprender y retener nociones obtenidas de rápidas lecturas. Ya antes, y en parte con ayuda de Lara, había leído muchísimo. Pero en aquellos años de aislamiento provinciano su cultura aumentó de tal manera que empezó a considerar a Lara como una mujer escasamente instruida. Era, con mucho, superior a sus colegas profesores y decía que se asfixiaba entre ellos. En aquellos tiempos de guerra el patriotismo de éstos, trivial, oficial y un poco falso, contrastaba con los sentimientos de Antípov más intensos y complejos.

Pável Pávlovich se había doctorado en estudios clásicos y en el instituto enseñaba latín e historia antigua. Pero su secreta pasión por las matemáticas, la física y las ciencias exactas pasión por las matemáticas, la física y las ciencias exactas despertóse de pronto en este antiguo alumno de una escuela real. Por sus propios medios estudió estas materias hasta lograr una preparación universitaria. Soñaba ya en la posibilidad de aprobar los exámenes en la capital, prepararse para una especialización en matemáticas y trasladarse a Petersburgo con toda su familia. Pero su salud se resintió a causa de las largas horas de estudios nocturnos y comenzó a padecer insomnio.

Se llevaba bien con su mujer, pero sus relaciones carecían de sencillez. Lara lo abrumaba con su bondad y sus atenciones, y él no se permitía criticarla. Temía constantemente que incluso en las observaciones más insignificantes pudiese descubrir un mal disimulado reproche por su origen burgués, ya que él procedía del pueblo, o por haber sido de otro antes que suya. El temor de que pudiera sospechar en él cualquier resentimiento injustamente ofensivo daba a su vida un tono artificioso. Rivalizando en generosidad acabaron complicándolo todo.

Un día tuvieron como huéspedes algunos colegas de Pável Pávlovich: la directora del colegio de Lara, un miembro del tribunal arbitral, junto a quien, en cierta ocasión, se había sentado Pável Pávlovich en calidad de conciliador, y algunos más. Antípov los consideraba a todos rematadamente estúpidos y le sorprendía que Lara los tratase con tanta gentileza, pareciéndole imposible que pudiera gustarle cualquiera de ellos.

Cuando los invitados se hubieron ido, Lara aireó las habitaciones y barrió, y ayudó a Marfutka a lavar los platos. Luego, habiéndose asegurado de que Kátienka estaba bien tapada y de que Pável dormía, se desnudó rápidamente, apagó la luz y se acostó al lado de su marido, con la naturalidad de un niño que se mete en la cama de su madre.

Pero Antípov fingía dormir. Tenía uno de esos insomnios que se habían hecho habituales en él. Sabía que permanecería así durante tres o cuatro horas, sin dormir. Para llamar al sueño y librarse de los últimos restos del humo del tabaco fumado por sus invitados, se levantó silenciosamente, se puso el sombrero, y la pelliza sobre el

pijama, y salió.

Era una clara y helada noche de otoño. Bajo sus pies el hielo se partía con agudos crujidos. El cielo estrellado derramaba un reflejo azul, como una llama de alcohol, sobre la tierra negra y las pellas de barro helado.

La casa en que vivían los Antípov hallábase en la parte opuesta del puerto fluvial. Era la última de la calle. Por detrás extendíase un campo cruzado por la línea férrea junto a la cual se alzaba la casa del guardagujas. Un paso a nivel atravesaba los raíles.

Antípov se sentó en la quilla de una barca volcada y miró a las estrellas. Los pensamientos que durante los últimos años se le habían hecho familiares lo asaltaron ahora con una particular intensidad. Le pareció que más tarde o más temprano debería ahondarlos hasta su raíz y que era mejor hacerlo enseguida.

Se dijo que no era posible continuar de esa manera. Todo era de prever, pero cuando se dio cuenta resultó demasiado tarde. ¿Por qué ella le había permitido que se comportara como un niño e hizo de él lo que quiso?¿Por qué él no halló a su tiempo el buen sentido de renunciar a ella, cuando ella misma insistió precisamente en que lo hiciera, aquel invierno antes de su matrimonio? Comprendía perfectamente que no lo amaba a él, sino a la generosa misión que ella desempeñaba con respecto a él, una misión en él personificada. ¿Qué había de común entre esa misión, inspirada y admirable, y la vida familiar? Pero lo peor era que él continuaba amándola, experimentando su fascinación con la misma intensidad que en otro tiempo. O acaso ni siquiera fuese amor, sino una noble ceguera ante su belleza y generosidad. ¡Qué difícil resulta comprender estas cosas! Hasta al diablo le serían duras de pelar.

¿Qué hacer entonces? ¿Liberar a Lara y a Kátienka de esta falsa situación? Era incluso más importante que liberarse a sí mismo. Sí, pero ¿cómo? ¿Divorciarse? ¿Matarse?

—¡Qué bajeza! —exclamó—. Jamás llegaré a esto. Entonces ¿por qué pronunciar siquiera mentalmente estas palabras?

Miró las estrellas como para pedirles consejo. Brillaban en grupos o aisladas, grandes y pequeñas, azules o iridiscentes. De pronto algo vino a oscurecer su brillo, y una luz violenta y brusca iluminó el patio de la casa, la barca y Antípov que estaba sentado en ella, como si alguien corriese por el campo hacia la entrada de la casa, agitando una antorcha encendida. Era un tren militar que cruzaba ante el paso a nivel, dejando en el cielo volutas de humo llameante. Pasaban constantemente, de día y de noche, desde hacía un año.

Pável Pávlovich Antípov sonrió, se levantó de la barca y se fue a dormir. Había encontrado la salida.

7

Larisa Fiódorovna se quedó estupefacta y al principio no dio crédito a sus oídos

cuando supo la decisión de Pasha.

«Es absurdo. Otra locura —pensó—. No hay que hacerle caso. Ya se le pasará.»

Pero hacía ya dos semanas que Pasha inició los preparativos, pidió los documentos necesarios, buscó quien lo sustituyera en el instituto, y llegó desde Omsk una comunicación según la cual había sido aceptado en la escuela local militar. Acercábase el momento de la partida.

Lara se despertó como una simple pueblerina y, estrechando las manos de Antípov, se postró a sus pies.

—Páshenka —suplicaba—, ¿por qué haces eso? ¿Por qué me abandonas con nuestra Kátienka? ¡No nos dejes! Nunca es demasiado tarde. Yo lo arreglaré todo. Además, ni siquiera te has hecho examinar seriamente por el médico. Estás enfermo del corazón. ¿Te da vergüenza decirlo? Y sacrificar a tu familia por una locura, ¿no te da vergüenza? ¡Voluntario! Te reíste siempre del tonto de Rodka y de pronto se te ocurre hacer lo mismo que él. ¿También tú tienes ganas de lucir el sable y llegar a oficial? ¿Qué te sucede, Pasha? No te reconozco. Te han cambiado o te has vuelto loco. Por favor, por amor de Cristo, dime honradamente si esto es necesario para Rusia.

Pero comprendió de pronto que no se trataba de eso. Incapaz de darse cuenta de los detalles, captó lo esencial, intuyendo que Pasha interpretaba equivocadamente sus sentimientos para con él. No apreciaba el sentido maternal que en ella constituía una misma cosa con el amor, sin comprender que éste era mucho mayor que el simple amor de una mujer.

Se mordió los labios, se encerró en sí misma como vencida y, sin decir nada, tragándose en silencio las lágrimas, comenzó los preparativos para la marcha.

Cuando él partió, le pareció como si en toda la ciudad se hubiese hecho el silencio y que en el cielo hasta los cuervos eran menos numerosos.

—Señora, señora —lamentábase Marfutka, como un eco.

—Mamá, mamaíta —balbuceaba Katia, tirándole de la manga.

Era la más grave derrota de su vida. Se venían abajo sus mejores y más luminosas esperanzas.

Por cartas procedentes de Siberia tenía noticias de su marido. Poco a poco el humor de Pável Pávlovich fue serenándose: echaba mucho de menos a su mujer y su hija. Algunos meses más tarde fue nombrado anticipadamente subteniente y enviado de pronto con una misión a la zona de operaciones. Viajó a toda prisa por una línea muy apartada de Yuriatin, y Moscú apenas tuvo tiempo de ver a nadie.

Comenzaron a llegar sus cartas del frente, más animadas y o tan tristes como las de la escuela militar de Omsk. Deseaba distinguirse para poder pedir un permiso, bien por méritos de guerra o a consecuencia de una ligera herida, y volver a abrazar a los suyos. Y llegó la ocasión de distinguirse. De improviso, después de la reciente

acción, que fue llamada ruptura de Brusílov, el ejército pasó a la ofensiva. Pero dejaron de recibirse las cartas de Antípov. Al principio Lara no se preocupó y consideró el silencio de Pasha debido a las acciones militares que se llevaban a cabo y a la imposibilidad de escribir en campaña.

En otoño cesó el movimiento del ejército y las tropas se fortificaron en las trincheras. De Antípov no se había tenido aún ninguna noticia. Larisa Fiódorovna comenzó a alarmarse y a pedir informaciones, primero a Yuriatin y luego, por correo, a Moscú y al frente, a la última dirección de la unidad de Pasha. Pero nadie sabía nada y de ninguna parte le llegó una respuesta.

Como muchas damas del distrito, Lara, desde el principio de la guerra, pasaba el tiempo libre en la sección militar del hospital provincial de Yuriatin.

Comenzó a estudiar seriamente los principios elementales de la medicina y se examinó en el mismo hospital y obtuvo el diploma de enfermera.

En calidad de tal pidió un permiso de seis meses en el colegio, confió la casa en manos de Marfutka y con Kátienka en brazos partió para Moscú. Allí instaló a la niña en casa de Lipa, cuyo marido, el ingeniero Friesendank, había sido internado en Ufá junto con otros ciudadanos alemanes.

Convencida de la inutilidad de la búsqueda a distancia, La-risa Fiódorovna decidió continuarla en los lugares donde habían tenido efecto los últimos acontecimientos. Por este motivo prestó servicio como enfermera en un tren sanitario que, vía Liski, se dirigía a Mezo-Laborch, en la frontera de Hungría. Así se llamaba la localidad desde la cual le había escrito Pasha la última vez.

8

Al frente, al estado mayor de la división, llegó un tren de desinfección equipado gracias a la iniciativa privada del Comité de Tatiana[26], para el socorro de los heridos. En el único vagón de compartimientos del largo convoy, compuesto de pequeños y viejos vagones de carga habilitados para el caso, viajaban algunas personalidades de Moscú que llevaban regalos a los soldados y oficiales. Gordón figuraba entre aquéllos. Había sabido que el hospital de la división donde, según las informaciones recibidas, trabajaba Zhivago, su amigo de infancia, había sido trasladado al pueblo vecino.

Procuróse la autorización necesaria para trasladarse a la zona de operaciones y partió, para ver a su amigo, en una carreta que iba en esa dirección.

El carretero, un bielorruso o lituano, hablaba mal el ruso. El miedo a los espías limitaba cualquier conversación suya a un único modelo oficial, fácilmente previsible, cuyo exagerado optimismo no invitaba al diálogo. Durante la mayor parte del trayecto tanto el viajero como el conductor permanecieron en silencio.

En el estado mayor, donde estaban acostumbrados a manejar ejércitos enteros y

medían las distancias y traslados en centenares de verstas, le habían asegurado que el pueblo estaba cerca, a unas veinte o veinticinco verstas.

Durante el viaje, hacia la izquierda, el horizonte resonaba bajo los disparos de la artillería. Gordón no se había encontrado jamás en un terremoto, pero le pareció que aquellas detonaciones sombrías de la artillería enemiga, sofocadas por la distancia, podían compararse mejor que cualquier otra cosa a las sacudidas subterráneas y al retumbar de una erupción volcánica. Cuando se hizo de noche, la parte más baja del cielo se encendió en esa dirección con un resplandor rojizo que no se apagó hasta la mañana.La carreta atravesaba pueblos destruidos. Parte de ellos habían sido abandonados por sus habitantes. En otros lugares, la gente se había refugiado en cuevas excavadas muy profundamente en la tierra. Todos aquellos pueblos parecían montones de detritos y ruinas, formando una larga línea continua, donde en otro tiempo se levantaron las casas, y ofrecíanse a la mirada, de uno a otro extremo, como desiertos privados de vegetación. Por su superficie hormigueaban viejas supervivientes, cada cual sobre las cenizas de su propia casa, hurgando en ellas continuamente, escondiendo siempre algo y creyéndose protegidas de las miradas extrañas, como si en torno a ellas subsistieran aún las paredes de sus casas. Miraban y seguían a Gordón con ojos que parecían preguntarle si los hombres tardarían en recobrar el juicio y si el orden y la tranquilidad volverían pronto a la tierra.

Por la noche los viajeros encontraron una patrulla que les ordenó que abandonasen el camino empedrado y tomaran otro de segundo orden. El carretero no conocía éste y durante casi dos horas anduvieron errantes. Hacia el alba llegaron al pueblo que buscaban, pero nadie tenía noticia del hospital. Finalmente averiguaron que en el distrito existían dos pueblos con el mismo nombre, aquél y el que buscaban. Por último, a la mañana siguiente llegaron a su destino. Cuando Gordón entró en el recinto, que olía a yodoformo y manzanilla, se dijo que no se quedaría allí a dormir, sino que, después de haber pasado el día con su amigo, se iría por la noche a la estación, donde lo esperaban los demás. Pero las circunstancias lo entretuvieron más de una semana.

9

En aquellos días hubo mucho movimiento en el frente. Se habían producido repentinos cambios. Al sur de la localidad adonde se había dirigido Gordón, una de nuestras formaciones, con un afortunado ataque de cada unidad, logró penetrar profundamente en las posiciones fortificadas del enemigo. Desarrollando su ataque, el grupo continuó introduciéndose, cada vez más, en las líneas enemigas. Lo seguían las unidades de refuerzo que ensanchaban la brecha. Pero éstas, cada vez más rezagadas, perdieron el contacto con el grupo de vanguardia, quedaron encerradas en una bolsa y se vieron obligadas a rendirse. El subteniente Antípov cayó prisionero

con su compañía.

Circularon sobre él una serie de rumores carentes de fundamento. Lo daban por muerto, sepultado a causa de la explosión de una granada, fundándose en el testimonio de Galiullin, un amigo suyo, subteniente del mismo regimiento, que, observando con los gemelos, lo había visto caer mientras se lanzaba al ataque con sus soldados.

A los ojos de Galiullin se ofreció el acostumbrado espectáculo de una unidad en la fase de ataque. Debía recorrer a paso ligero, casi de carrera, el campo que separaba a los dos ejércitos, donde el viento del otoño sacudía el escuchimizado ajenjo y los cardos rígidos y punzantes. Con gran temeridad los atacantes debían obligar a los austriacos a salir de sus trincheras para llevar a cabo un ataque a la bayoneta, o bien destruirlos con bombas de mano. Para los que corrían, el campo parecía no tener fin. La tierra huía bajo sus pies como un oscilante terreno pantanoso. Primero en vanguardia y después entre ellos, corría también el subteniente, blandiendo sobre la cabeza la pistola y gritando a voz en cuello palabras incitantes que no oían ni él ni los soldados que corrían a su lado. A intervalos regulares echaban cuerpo a tierra, se levantaban bruscamente y, gritando, reanudaban la carrera. De vez en cuando, junto a ellos, pero de un modo completamente distinto, caían rígidos, como altos árboles abatidos en un bosque, y para no levantarse más, los soldados alcanzados por las balas del enemigo.

—Tiro demasiado largo. Telefonead a la batería —dijo Galiullin, inquieto, a un oficial de artillería que estaba a su lado—. Pero no. Hacen bien en disparar a mayor profundidad.

Mientras tanto, los atacantes se habían encontrado con el enemigo. Cesó el fuego. En el silencio que se produjo, los que se hallaban en observación advirtieron que su corazón aceleraba los latidos, como si ellos fueran los que se hallasen en el lugar de Antípov, como si ellos mismos hubieran conducido a sus hombres hasta la trinchera austriaca y de un momento a otro tuviesen que dar prueba de presencia de ánimo y bravura. En aquel instante estallaron ante ellos, una tras otra, dos granadas alemanas de dieciséis pulgadas. Una negra nube de humo y polvo lo ocultó todo.

—¡Dios de Dios! ¡Se acabó! ¡Se terminó el espectáculo! —murmuró Galiullin con los labios blancos, creyendo que el subteniente y los soldados habían muerto.

La tercera granada cayó precisamente junto al puesto de observación. Encogidos cuanto podían, todos se apresuraron a alejarse.

Galiullin dormía en la misma chabola de Antípov. Cuando en el regimiento se resignaron a la idea de que éste había muerto y de que no regresaría jamás, Galiullin, que era amigo suyo, recibió el encargo de recoger sus efectos personales para hacerlos llegar en su día a su mujer, de quien, entre las cosas de Antípov, se encontraron muchas fotografías.

Desde hacía poco tiempo el subteniente voluntario Galiullin, de profesión mecánico, hijo de Himazeddin, el portero de la casa de Tivierzin, y, en un pasado lejano ya, aprendiz de herrero, maltratado por el maestro Judoliéev, debía su promoción a su antiguo atormentador.

Llegado a subteniente, de una forma desconocida para él e independiente de su voluntad, Galiullin fue a parar a un puesto confortable y tranquilo, en una perdida guarnición de la retaguardia. Allí tenía a su mando un pelotón de viejos para quienes algunos instructores veteranos, viejos también, repetían cada mañana la instrucción militar que también ellos habían olvidado. Además de esto, Galiullin debía vigilar que se distribuyeran equitativamente los turnos de guardia en los depósitos de intendencia. Era una vida sin preocupaciones y de él no se pretendía nada más. Inesperadamente, con tropas de refuerzo formadas por la movilización de antiguas quintas, llegadas de Moscú para ponerse a sus órdenes, llegó también un soldado a quien conocía demasiado bien, Piotr Judoliéev.

—¡Vaya, viejos amigos! —exclamó Galiullin con una áspera sonrisa.

—Sí, mi teniente —respondió Judoliéev, cuadrándose y saludando militarmente.

Pero la cosa no podía acabar así. Al primer error cometido durante la instrucción, el subteniente lo llenó de injurias, y como le pareció que su inferior no lo miraba como debía, sino de una manera torva e inequívoca, le dio un puñetazo en la boca y lo mandó al calabozo, donde estuvo a pan y agua dos días.

Desde este momento cada gesto de Galiullin tuvo el sabor de la venganza. Pero ajustar cuentas de esta manera, aprovechándose de una situación de despótica superioridad, resultaba un juego demasiado fácil e innoble. ¿Qué hacer? Era necesario que uno u otro dejara su puesto. Pero ¿con qué pretexto y adónde podía el oficial hacer que trasladasen al soldado de la unidad a que había sido destinado, como no fuese enviándolo a un batallón disciplinario? Además, ¿que motivos podía invocar Galiullin para solicitar el propio traslado? Invocando el aburrimiento y la inutilidad del servicio de guarnición, pidió ser enviado al frente. Esto constituyó la mejor recomendación, y, cuando a la primera oportunidad, el joven demostró poseer excelentes cualidades militares, se consideró que podía llegar a ser un buen oficial y no tardó en ser ascendido a teniente.

Galiullin conocía a Antípov desde los tiempos de Tivierzin. En 1905, cuando Pasha Antípov vivió seis meses en compañía de los Tivierzin, Yusupka Galiullin iba a verlo con frecuencia y jugaba con él los días de fiesta. Precisamente entonces tuvo ocasión de ver una o dos veces a Lara. Pero hacía ya algún tiempo que no había vuelto a saber nada de ella. Cuando, desde Yuriatin, Pável Pávlovich Antípov llegó al regimiento, Galiullin se quedó asombrado del cambio efectuado en el amigo de otros tiempos. El jovencito minucioso y jovial, tímido como una muchacha, se había convertido en un hipocondríaco, un hombre nervioso y despreciativo de sí. Era

inteligente, animoso, irónico y taciturno. A veces, al observarlo, hubiese jurado que tras su mirada pensativa, como al fondo de una ventana, se adivinaba algo semejante a una idea fija: la nostalgia de su hija o el recuerdo de Lara. Parecía poseído por un hechizo, como en un cuento. Y ahora ya no quedaba de él más que los papeles y las fotografías que conservaba Galiullin, único depositario del misterio de aquel cambio.

Más tarde o más temprano llegarían las preguntas de Lara, y Galiullin se apresuraría a contestar. Pero sería un momento bien desagradable. Sentíase incapaz de escribir como debía hacerlo, porque deseaba prepararla para el golpe que le aguardaba. Y de este modo continuó demorando el envío de la larga carta de circunstancias que hubiese deseado enviarle, hasta que supo que ella se encontraba en el frente, como enfermera. Y ya no supo dónde dirigir la carta.

10

—Bien, ¿llegarán hoy los caballos?—preguntó Gordón al doctor Zhivago, cuando éste, a la hora de comer, regresó a la isbá galitziana donde se alojaban.

—¿Qué caballos? ¿Cómo se te ocurre marchar si no es posible ni avanzar ni retroceder? Por todas partes reina una gran confusión. Nadie comprende nada. Al sur hemos rodeado o desbaratado las líneas alemanas en varios puntos, pero parece que algunas de nuestras unidades dispersas han caído en una bolsa. Al norte los alemanes han atravesado el Sventa, en un lugar que se consideraba infranqueable. Se trata de caballería, un cuerpo de ejército. Destruyen las líneas ferroviarias, devastan los depósitos y, a mi entender, nos rodean. Esta es la situación. ¡Y hablas de caballos! ¡Vamos, Karpienko, date prisa! Pon la mesa y muévete un poco. ¿Qué tenemos hoy? ¡Ah, patas de ternera! ¡Magnífico!

La unidad sanitaria, con el hospital y todas sus dependencias, estaba diseminada por un pueblo milagrosamente indemne. Las casas, de tipo occidental, con estrechas ventanas de numerosos cristales centelleantes que ocupaban toda la pared, estaban intactas.Era el veranillo de San Martín, los últimos días serenos de un luminoso otoño dorado. De día, los médicos y los oficiales abrían las ventanas, mataban las moscas que en negros enjambres se paseaban por los alféizares y las blancas paredes, sudaban bajo las chaquetas y las camisas abiertas y se quemaban la garganta con la sopa de coles o el té hirviente. En cambio, por la noche, sentábanse a usanza mora ante los abiertos portillos de las estufas, soplaban sobre los tizones de leña húmeda que no ardía y, con los ojos escocidos y llenos de lágrimas a causa del humo, maldecían a los asistentes que no sabían encender un fuego.

La noche era apacible. Gordón y Zhivago yacían en dos camastros paralelos colocados a lo largo de dos paredes opuestas. Entre ellos estaba la mesa y una ventana larga y estrecha, que se extendía de una a otra pared. La estancia estaba muy caliente y llena de humo. Abrieron los postigos de los dos extremos de la ventana y

respiraron el frescor de la noche otoñal, que empañaba los cristales.

De acuerdo con la costumbre contraída aquellos días y aquellas noches pasadas juntos, se pusieron a cambiar impresiones. Como siempre, el horizonte, en la dirección del frente tenía un tinte rojizo, y cuando con el rumor regular e ininterrumpido de la artillería se mezclaban disparos más sordos, distintos y broncos, que parecían sacudir la tierra como si se arrastrase un pesado baúl de hierro por el suelo, Zhivago interrumpía su conversación y, luego de una pausa, decía:

—Es el Berta, el cañón alemán de dieciséis pulgadas, un trasto que pesa casi un tonelada.

Luego reanudaba la conversación, olvidando dónde la había interrumpido.

—¿Qué es ese olor que se nota siempre en el campo?—preguntó Gordón—. Lo advertí el primer día. Es un olor dulzón y nauseabundo, como de ratas.

—¡Ah, ya sé a qué te refieres! Es el cáñamo. Por aquí hay muchos cañamares. El cáñamo trasciende siempre un hedor insistente y sofocante de carroña. Además, en la zona de operaciones, los cadáveres quedan muchos días en los cañamares y se descomponen. El olor de los cadáveres lo domina todo, lo que es natural. Otra vez el Berta. ¿Lo oyes?

Durante aquellos días habían tocado todos los temas posibles. Gordón sabía lo que su amigo pensaba de la guerra y sobre el espíritu del tiempo. Yuri Andriéevich le había contado sus dificultades en adaptarse a la lógica sangrienta de exterminación mutua, a la vista de los heridos, especialmente ante el horror de ciertas heridas producidas por las armas modernas, ante los supervivientes mutilados, reducidos por la técnica de la guerra a fragmentos de carne que no tenían nada de humano.

Acompañando a Zhivago, Gordón visitaba cada día una localidad distinta, y podía darse cuenta de lo que era la guerra. Naturalmente no advertía cuán inmoral era aquella inútil contemplación del valor ajeno y de la forma en que los hombres, con un esfuerzo sobrehumano de la voluntad, dominaban el terror de la muerte, y el sacrificio y los riesgos que esto representaba. Pero tampoco le parecían más morales las pasivas e inútiles lamentaciones. Pensaba que no había más remedio que comportarse conforme a la situación impuesta por la vida, de un modo natural y honrado.

Que uno, a la vista de los heridos, pudiera desmayarse, fue algo que experimentó personalmente con motivo de una visita a un destacamento volante de la Cruz Roja, que actuaba más hacia occidente, en un puesto ambulancia situado cerca de la línea de combate.

Llegaron a la orilla de un gran bosque medio arrasado por la artillería. Entre unos matorrales rotos y pisoteados yacían aquí y allá, volcados y hechos pedazos, varios armones de cañón. Había un caballo atado a un árbol. La casa de madera del guardabosque, que se adivinaba al fondo del bosque, había perdido la mitad de su

techumbre. La ambulancia estaba instalada en la casa del guardabosque y en dos barracones grises que surgían a lo largo del camino, en medio de los árboles.

—Hice mal en traerte aquí —dijo Zhivago—. Las trincheras están a dos pasos, a una o dos verstas de distancia, y nuestras baterías se encuentran allá abajo, tras el bosque. ¿Te das cuenta de lo que pasa aquí? No te hagas el héroe, por favor. No te creería. Estás trastornado y es natural. La situación puede cambiar a cada momento. Por aquí vuelan los proyectiles.

Por el suelo, a lo largo del camino del bosque, con las piernas abiertas, agobiadas por el peso de las botas, yacían de bruces o boca arriba jóvenes soldados cubiertos de polvo y anonadados por la fatiga, con las camisas empapadas de sudor en el pecho y bajo las axilas. Eran los restos de una unidad diezmada. Los habían hecho retirar de la batalla que duraba cuatro días, para que reposaran un poco en la retaguardia. Yacían por el suelo como si fueran de piedra, sin aliento para sonreír o blasfemar, y ninguno volvió la cabeza cuando, desde el fondo del bosque, resonando ruidosamente por el camino, algunas carretas se acercaron apresuradamente. Al trote, en esos carros sin muelles, que hacían saltar a sus desgraciados ocupantes acabando de romperles los huesos y revolverles los intestinos, los heridos eran transportados al centro sanitario, donde se les prestarían los primeros auxilios. Serían vendados a toda prisa y en algunos casos, particularmente urgentes, operados de cualquier manera. Habían sido recogidos en cantidad impresionante en el campo que se abría ante las trincheras, media hora antes, cuando se interrumpió el fuego unos momentos. Muchos de ellos habían perdido el conocimiento.

Cuando se hallaron ante el centro sanitario, algunos enfermeros salieron con las camillas y comenzaron a descargar los carros. Una enfermera se asomó a la tienda, sosteniendo con la mano el borde de la lona. No era su turno, estaba libre. En el bosque, detrás de las tiendas, dos hombres discutían alterados. La disputa resonaba sordamente en la fresca espesura del bosque, pero no era posible distinguir las palabras. Los heridos comenzaron a ser transportados, y los dos hombres salieron al camino y se dirigieron hacia el pequeño hospital. Un joven oficial, lleno de ira, denostaba al médico del destacamento: quería saber dónde había sido trasladado el parque de artillería que se hallaba antes en el bosque. El médico no sabía nada, no tenía nada que ver con ese asunto. Le rogó que se fuera y que no gritase porque habían llegado heridos y tenía quehacer, pero el oficial no cedía y cubría de maldiciones a la Cruz Roja, al mando de artillería y a todo el mundo. Zhivago se acercó al médico, se saludaron y subieron la escalerita de entrada de la casa del guardabosque. El oficial continuaba lanzando imprecaciones en alta voz con un acento ligeramente tártaro. Luego soltó al caballo que estaba atado al árbol, montó en él y se lanzó al galope por el camino que se perdía en el bosque. La enfermera continuaba mirando.

De pronto su rostro se contrajo de espanto.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Os habéis vuelto locos?—gritó a dos heridos leves, que sin ayuda de nadie iban a hacerse curar y, saliendo a toda prisa de la tienda, se lanzó hacia ellos.

En la camilla transportaban a un soldado horriblemente desfigurado. Un trozo de metralla le había destrozado el rostro, transformando su lengua y sus dientes en una sangrienta papilla. El casco de la granada había quedado alojado entre los dos maxilares, sustituyendo la mejilla arrancada. Con un hilo de voz apenas humana, el desdichado lanzaba breves y entrecortados gemidos, como suplicando que acabaran con él rápidamente, que pusieran fin a aquel inútil tormento.

La enfermera creyó que, apiadados de sus lamentos, los dos heridos leves, que caminaban al lado de la camilla, intentaban extraer con sus manos aquel terrible trozo de hierro empotrado entre los maxilares.

—¿Qué hacéis? ¡Dejadlo! Ya lo hará el cirujano con instrumentos especiales. Si es que vale la pena... (Dios mío, Dios mío, llámalo a ti. No me hagas dudar de tu existencia.)

Momentos después, mientras lo transportaban por la escalerilla, el herido lanzó un grito, se estremeció y expiró.

El mutilado que acababa de morir era Himazeddín, soldado de la reserva; el oficial que gritaba en el bosque era su hijo, el subteniente Galiullin; la enfermera era Lara, y los testigos Gordón y Zhivago. Allí se habían reunido todos. Unos no se reconocieron, otros no se habían conocido jamás. Algunas sendas del destino permanecieron ocultas para siempre. Otras iban a revelarse, pero debían esperar una nueva ocasión, un nuevo encuentro.

11

En aquel sector lo pueblos estaban todavía prodigiosamente intactos y constituían una pequeña isla que no se sabía por qué había resultado inmune en un mar de destrucción. Por la tarde Gordón y Zhivago regresaron a su casa. Era la hora del crepúsculo. En uno de los pueblos que atravesaron, un joven cosaco, coreado por la risa general de los circunstantes, lanzaba al aire una moneda de cobre de cinco cópecs, obligando a un viejo hebreo de barba gris y larga levita a recogerla al vuelo. Al viejo se le escapaba cada vez la moneda, que, deslizándose a través de sus dedos demasiado separados, caía en el barro. El anciano se inclinaba para recogerla, pero el cosaco aprovechaba este momento para darle un puntapié en las posaderas, y todos los espectadores se reían a mandíbula batiente. Tal era la diversión, hasta entonces inofensiva, pero que podía tomar un cariz más serio. De la isbá de enfrente una anciana salió corriendo a la calle y, gritando, tendía las manos al hebreo y retrocedía luego, atemorizada. Desde la ventana de la isbá dos chiquillos miraban al abuelo y

lloraban.

El carretero, a quien el espectáculo pareció extremadamente divertido, puso los caballos al paso para dar a los señores ocasión de que se divirtieran también. Pero Zhivago llamó al cosaco, lo reprendió y ordenó que se terminara aquel juego.

—Sí, mi comandante —contestó el cosaco con rapidez—. Lo hacíamos sólo para reír un rato.

Durante el resto del camino Gordón y Zhivago permanecieron en silencio.

—Es espantoso —comenzó a decir Yuri Andriéevich, cuando se hallaron a la vista de su pueblo—. No sabes cuántos sufrimientos está soportando en esta guerra la infeliz población judía. Se lucha precisamente en el territorio donde los hebreos están obligados a residir. Y por todo lo que han sufrido, por las torturas padecidas, por las persecuciones y la miseria, les pagan aún con los *pogroms*, con el escarnio y acusándolos de ser poco patriotas. ¿Cómo podrían serlo, cuando en el país del enemigo gozan de todos los derechos, mientras en el nuestro pasan por toda clase de persecuciones? El odio que se alimenta contra ellos y los motivos que lo inspiran con contradictorios. Irrita lo que debería conmover y predisponer a la simpatía: su pobreza y su número, su debilidad e incapacidad para reaccionar. Hay algo de fatalidad en esto.

Gordón no respondió.

12

Más tarde hallábanse de nuevo acostados en sus camastros a los lados opuestos de la larga y estrecha ventana. Era de noche y estaban hablando.

Zhivago contaba a Gordón que había visto en el frente al zar. Lo contaba muy bien.

Sucedió durante su primera primavera de guerra. El mando de la unidad a la que estaba agregado se encontraba en los Cárpatos, en una hondonada cuyo acceso por el lado de la llanura húngara se hallaba defendido precisamente por aquella unidad.

Al fondo de la hondonada estaba la estación del ferrocarril. Zhivago describía a Gordón al aspecto de la localidad, las montañas cubiertas de enormes abetos y pinos, a cuyos flancos se prendían los blancos vellones de las nubes, las escarpaturas de granito o pizarra, que parecían como huecos en medio de los bosques, como placas raídas o rapadas en la gruesa piel de un animal. Era una gris mañana de abril, húmeda y oscura como aquellas pizarras, oprimida por todas partes por altas montañas y por eso inmóvil y bochornosa. Alzábase la niebla y se cernía sobre el valle. Todo humeaba, todo ascendía en el espacio en columnas de vapor: el humo de las locomotoras de la estación, la gris evaporación de los prados, los oscuros bosques, las nubes oscuras.

En aquellos días el zar visitaba Galitzia. Inesperadamente se supo que pasaría

revista a la unidad destacada en aquel lugar, de la cual era jefe honorario.

Podía llegar de un momento a otro. En los andenes de la estación se había establecido una guardia de honor para recibirlo. Transcurrieron dos horas de opresiva espera, al cabo de las cuales resonaron rápidos, uno tras otro, dos silbidos de locomotora. Poco después llegó el tren del zar.

Acompañado por el gran duque Nikolái Nikoláevich, el zar pasó revista a los granaderos formados. Cada palabra de su saludo pronunciada en voz queda, suscitaba clamorosos vítores en un grito que rodaba como un trueno, como agua que se agita en balanceantes cubos.

El zar, sonriente y confuso, parecía mucho más viejo y cansado que como aparece en los rublos y las medallas. Tenía una cara blanda, un poco hinchada. Miraba de vez en cuando, como si se disculpara, a Nikolái Nikoláevich, como si no supiera qué esperaban de él en esa circunstancia. Y Nikolái Nikoláevich, inclinándose deferentemente hacia él, ni siquiera con palabras, sino con un solo movimiento de las cejas o de los hombros, lo sacaba del apuro.

Daba pena el zar en aquella mañana tibia y gris de la montaña, y encogía el corazón pensar que aquella asustada timidez pudiera constituir la esencia de la opresión, que aquella debilidad sirviera para condenar y conceder gracias, para encadenar y ajusticiar.

—Debió haber dicho algo parecido a «yo, mi espada y mi pueblo», como Guillermo II, o una frase semejante en la que, lo recuerdo bien, figuraba el pueblo. Pero, compréndelo, era natural que fuese así, a la manera rusa, y trágicamente superior a tales vulgaridades. En efecto, en Rusia la teatralidad es imposible. Porque esto es realmente teatralidad, ¿no es cierto? Puedo comprender incluso qué sentido tenía la palabra pueblo en tiempos de César. Es posible hablar del pueblo galo, suevo, ilirio, yo qué sé. Pero, desde entonces, sólo es una invención que existe para que sobre ella puedan pronunciar discursos los zares, los políticos y el rey: el pueblo, mi pueblo.

»Ahora el frente ruso está inundado de corresponsales y periodistas. Escriben sus «impresiones», las sentencias de la sabiduría popular, visitan a los heridos, construyen una nueva teoría del alma popular. Es una especie de nuevo «Dall»[27], igualmente gratuito. Es la grafomanía lingüística de la incontinencia verbal. Eso en cuanto a un tipo. Pero hay otro. Frases cortadas, al estilo de «pequeños apuntes» con pretensiones de escepticismo y misantropía. Hay uno, por ejemplo (que leí yo mismo), que dice cosas como éstas: «Un día gris como ayer. Desde por la mañana llueve, barro. Miro por la ventana a la calle. Los prisioneros se arrastran en fila interminable. Llevan a los heridos. Dispara un cañón. Dispara de nuevo, hoy como ayer, mañana como hoy, y así cada día y cada hora...» ¡Observa cuánta agudeza y perspicacia! ¿Y por qué le da por el cañón? ¡Qué pretensión más extraña la de pedir

fantasía a un cañón! ¿Por qué en lugar de asombrarse ante el cañón no se asombra de sí mismo, que día a día nos ametralla con enumeraciones, comas y frases?¿Por qué no acaba de una vez con estas salvas de filantropía periodística, inquieta como los saltos de una pulga?¿Por qué no comprende que es él y no el cañón lo que debe ser renovado y no repetirse, que de la acumulación de tonterías en las páginas de un cuaderno jamás podrá hacer algo que tenga sentido, que no existirán los hechos hasta que el hombre no haya puesto en ellos algo propio, una mínima parte del genio caprichoso del hombre, un poco de fantasía?

—Es cierto —lo interrumpió Gordón—. Ahora te diré lo que pienso de la escena a la que hemos asistido hoy. El cosaco que se burlaba del pobre judío exactamente como millares de casos semejantes, es evidentemente un ejemplo de la más primitiva bajeza, a propósito de la cual no se teoriza. Basta el puñetazo en la cara. Pero la filosofía puede aplicarse al complejo problema de los judíos y nos revelará un aspecto inesperado. Pero no te diré nada nuevo: tales ideas, tanto en mí como en ti, proceden de tu tío.

»Te preguntas qué es el pueblo. ¿Hay que ocuparse realmente de él? Aquél que, sin cuidarse de su pueblo, lo arrastra consigo a la universalidad por la belleza triunfante de sus obras, aquél que de este modo le da la gloria y, en consecuencia, hasta la eternidad, ¿no hace mucho más por él? Sí, es evidente. ¿Cómo, en plena era cristiana, es posible hablar de pueblos? Ya no hay simples pueblos, sino pueblos convertidos, transfigurados, y precisamente lo importante es esta conversión, y no la fidelidad a viejos principios. Recordemos el Evangelio. ¿Qué decía sobre este particular? En primer lugar esto no es una afirmación: «Es así y debe ser así», sino que se trata de una proposición, simple y tímidamente expresada. Propón: «¿Queréis vivir de una manera enteramente nueva, queréis la bienaventuranza del espíritu?» Y todos aceptarán la proposición, subyugados por millares de años.

»Cuando el Evangelio dice que en el reino de Dios no hay griegos ni judíos, ¿quiere decir solamente que ante Dios todos son iguales? Ciertamente no: los filósofos de Grecia, los moralistas romanos, los profetas del Antiguo Testamento lo sabían ya mucho antes. Quería decir: «En ese nuevo modo de existencia, en esas nuevas relaciones entre los hombres, que el corazón ha concebido y que se llaman el reino de Dios, no hay pueblos, sólo hay personas».

»Tú has dicho que los hechos carecen de sentido si no se les da uno. El cristianismo, el misterio del individuo, es precisamente lo que hay que introducir en los hechos para que el hombre encuentre en ellos un sentido.

»Hemos hablado también de los políticos mediocres que nada tienen que decir a la vida ni al universo, fuerzas históricas de segundo plano, cuyo interés es que todo sea mezquino, que se hable siempre de algún pueblo, a ser posible pequeño y desdichado, que se les permita hacer la ley y explotar la piedad. La víctima señalada

es todo el pueblo judío. La idea nacional impone a los judíos la necesidad opresiva de ser y seguir siendo un pueblo y nada más que un pueblo, por los siglos de los siglos, cuando, gracias a una fuerza surgida en otro tiempo de su masa, el mundo entero se liberó de ese humillante destino. ¡Es increíble! ¿Cómo pudo suceder eso? Esa alegría, esa liberación de la mediocridad diabólica, esa elevación por encima de la estupidez diaria, todo eso nació en su tierra, habló su idioma y perteneció a su tribu. Y ellos han visto y oído eso, y dejaron que se les escapara. ¿Cómo pudieron dejar que se les escapara una fuerza y una belleza tan devoradoras?¿Cómo la dejaron triunfar e instaurarse fuera de ellos?¿Cómo pudieron aceptar no ser más que la cáscara vacía de ese milagro que el cielo les había enviado?¿A quién favorecía ese martirio voluntario?¿Por qué habían de ser entregados a la irrisión pública, por qué debían derramar su sangre, desde hace tantos siglos, tantos ancianos, tantas mujeres y niños absolutamente inocentes, tantos seres tan sutiles, tan naturalmente buenos y sinceros? ¿Por qué es preciso que en todas partes los que se consideran defensores del pueblo sean escritorzuelos sin talento, de tan perezosa nulidad?¿Por qué los intelectuales del pueblo judío no han superado las formas fáciles del mal del siglo y de la sabiduría irónica?¿Por qué cuando se arriesgaban a estallar ante el carácter irrevocable de su deber, como estalla una caldera de vapor cuando la presión es muy elevada, no dispersaron a ese puñado de hombres que combatía y se dejaba matar sin saber por qué?¿Por qué no se ha dicho: «Recobraos. Basta. Ya es suficiente. No llevéis los nombres de antes. No os aglomeréis. Dispersaos. Permaneced con todos. Sois los primeros y los mejores cristianos del mundo. ¿Sois precisamente aquellos a quienes os han opuesto los peores y más débiles de vosotros»?

13

Al día siguiente, cuando llegó para almorzar, Zhivago dijo:

—Estabas impaciente por marcharte y ya tienes lo que querías. No puedo decir que hayas tenido suerte, porque no puede llamarse suerte a que otra vez presione el enemigo sobre nosotros y nos haya batido. La carretera hacia el este está libre, pero nos acosan por el oeste. Todas las unidades sanitarias han recibido la orden de evacuación. Nos iremos mañana o pasado mañana. Pero no sabemos por dónde. Supongo, Karpienko, que no habrás lavado, naturalmente, la ropa de Mijail Grigórievich. Lo de siempre: dice que es una verdadera ama de casa, pero si le preguntas en serio qué cosa es un ama de casa, ese condenado imbécil no lo sabe.

No prestó oídos a lo que para justificarse estaba diciendo el asistente, y no pensando en Gordón, que se lamentaba de haber tenido que usar una ropa interior que no era suya y que tenía que partir con una camisa de su amigo, continuó:

—Llevamos una vida errabunda, de zíngaros nómadas. Cuando llegamos aquí no había nada que funcionase: la estufa no estaba en el sitio debido, el techo me parecía

demasiado bajo y, por si fuera poco ahí teníamos la suciedad y la falta de aire. Y ahora, aunque me mataras, no podría recordar dónde habíamos estado antes. Me parece que podría quedarme toda la vida aquí, contemplando ese rincón de la estufa, con el sol sobre las baldosas y la sombra del árbol del camino moviéndose sobre ellas.

Comenzaron sin prisa a hacer el equipaje.

Por la noche fueron despertados por una serie de gritos, disparos de fusil y pasos precipitados. Una luz siniestra iluminaba el pueblo. Pasaban sombras ante la ventana, y al otro lado de la pared se despertaron los propietarios de la isbá.

—Corre afuera, Karpienko, y pregunta qué significa esta confusión —dijo Yuri Andriéevich.

No tardaron en saberlo. Zhivago, que se había vestido a toda prisa, se dirigió al hospital para informarse sobre la veracidad de los rumores. Los alemanes habían acabado con la resistencia que se les oponía en ese sector, y la línea del frente se acercaba cada vez más. El pueblo se hallaba bajo el fuego enemigo. A toda prisa fue desmontado el hospital y todas sus dependencias, sin esperar la orden de evacuación. Confiaban en poder terminar antes de que amaneciera.

—Te irás en el primer convoy. Los carros están a punto de partir, pero he dicho que te esperen. Adiós, pues. Pero te acompañaré porque quiero ver cómo te instalan.

Se dirigieron corriendo hacia el otro extremo del pueblo, donde se estaba organizando la marcha. Al pasar ante las casas, se inclinaban y protegían detrás de cada saliente. Por la calle silbaban y zumbaban las balas. En las encrucijadas de los caminos veían estallar los *shrapnells,* abriéndose como haces por encima de los campos.

—¿Y tú?—preguntó Gordón, sin dejar de correr.

—Yo me iré luego. Primero debo volver a casa y recoger mi ropa. Me iré con el segundo convoy de evacuación.

Se saludaron ante el recinto. El coche y las carretas de que estaba compuesto el convoy se pusieron en marcha uno tras otro. Yuri Andriéevich dedicó un ademán de adiós a su amigo. Las llamas de un depósito incendiado iluminaron la escena.

Pegándose a las paredes de las casas, como a la ida, Yuri Andriéevich regresó apresuradamente a su isbá. Dos casas antes de llegar a la suya, le hizo tambalearse la explosión de una granada y lo hirió un *shrapnell*. Desangrándose cayó en medio del camino y perdió el conocimiento.

14

El hospital de retaguardia estaba instalado en una pequeña población perdida en la zona occidental, a lo largo de la línea del ferrocarril, cerca del cuartel general. Eran tibios días de fines de febrero. En el pabellón destinado a oficiales convalecientes,

Yuri Andriéevich había pedido que se abriese la ventana que daba a su lecho.

Acercábase la hora del almuerzo. Los enfermos, cada uno a su modo, trataban de engañar la espera. Tenían conocimiento de que había llegado una nueva enfermera y que ese día entraría de turno por primera vez. Galiullin, que yacía frente a Yuri Andriéevich, leía los periódicos *Riéch* y *Rússkoie Slovo* que acababan de llegar y se indignaba ante los huecos dejados en la impresión por la censura. Yuri Andriéevich leía las cartas de Tonia que, todas al mismo tiempo, le había entregado el correo de campaña. El viento hacía aletear las hojas de las cartas y los periódicos. Oyéronse unos pasos ligeros. Yuri Andriéevich levantó la vista de las cartas. Lara acababa de entrar en la sala.

Yuri Andriéevich y el subteniente, cada uno por separado, sin que el otro lo supiera, la reconocieron. Lara no reconoció a ninguno. Dijo:

—Buenos días. ¿Por qué está abierta esa ventana? ¿No tienen frío?—y se acercó a Galiullin—. ¿Qué le pasa?—preguntó.

Y le cogió la mano para tomarle el pulso, pero la soltó enseguida y, tumbada, se sentó en una silla junto al lecho.

—¡Qué sorpresa, Larisa Fiódorovna! —exclamó Galiullin—. Estuve en el mismo regimiento que su marido y conocí muy bien a Pável Pávlovich. Guardé para usted sus cosas.

—No puede ser, no puede ser... —balbuceó Lara—. ¡Qué coincidencia tan extraordinaria! ¿De modo que lo conocía? Dígame, dígame que ocurrió. Murió, ¿verdad? Ahogado por la tierra. No me oculte nada, no tema. Lo sé todo.

A Galiullin le faltó valor para confirmarle aquellos rumores que habían circulado sobre su muerte, y prefirió mentir para tranquilizarla.

—Antípov está prisionero —dijo—. Durante el verano se internó demasiado con su unidad y quedó aislado. Lo rodearon y se vio obligado a rendirse.

Pero Lara no lo creyó. La sorpresa de aquel encuentro la había trastornado. No podía hablar porque tenía los ojos llenos de lágrimas y no quería llorar delante de desconocidos. Se levantó apresuradamente y salió al pasillo, tratando de recobrar el dominio de sí misma.

Poco después entró de nuevo, aparentemente tranquila. Procuraba no mirar hacia donde estaba Galiullin para no ponerse a llorar. Se acercó al lecho de Yuri Andriéevich y dijo con tono distraído y formulario:

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra?

Yuri Andriéevich se dio cuenta de su agitación y advirtió que había llorado. Hubiese querido preguntarle qué tenía, decirle que ya la había visto en dos ocasiones, cuando estudiaba en el colegio y después en la universidad, pero pensó que esto hubiese podido parecerle demasiado familiar e interpretarlo torcidamente. Luego, de pronto, recordó a Anna Ivánovna yacente en el ataúd y el grito de Tonia en la casa de

la calle Sívtsev. Se dominó y dijo solamente:

—Gracias. Soy médico y me cuido solo. No necesito nada.

«¿Por qué se habrá molestado?», pensó Lara.

Y miró sorprendida a aquel desconocido de nariz chata, que tenía un aspecto tan vulgar.

Durante varios días el tiempo se mantuvo inestable. Un viento cálido susurraba incansablemente por las noches, que olían a tierra mojada.

En aquellos días llegaron del estado mayor extrañas informaciones y los soldados recibían de sus familiares rumores alarmantes. Habían sido cortadas las líneas telegráficas con San Petersburgo. Y por todas partes, en cada esquina, no se hablaba más que de política.

Cuando se hallaba de guardia, la enfermera Antípova efectuaba dos rondas por la sala, por la mañana y por la tarde, y cambiaba observaciones insignificantes con los enfermos, con Galiullin y con Yuri Andriéevich.

«¡Qué tipo tan extraño! —pensaba—. Joven y descortés. Chato, y no puede decirse que sea bello. Sólo inteligente en el mejor sentido de la palabra, de una inteligencia viva y atractiva. Pero ¿qué estoy pensando? He de hacer que me trasladen lo antes posible a Moscú, al lado de Kátienka. En Moscú pediré la excedencia, volveré a casa, a Yuriatin, y daré clases otra vez en el colegio. Evidentemente, ya no hay esperanza para el pobre Pasha, y, por lo tanto, no tengo motivos para figurar entre las heroínas del frente, puesto que solamente vine aquí a buscarlo. ¿Qué será de Kátienka?—Al llegar a este punto tuvo ganas de llorar—. ¡Qué bruscos y radicales cambios se han producido en los últimos tiempos! Hasta hace poco eran sagrados el deber ante la patria, el valor en la guerra y los elevados sentimientos sociales. Ahora que la guerra está perdida, ésta es la desgracia mayor y todo lo demás resulta secundario, todo carece de importancia, ya no hay nada sagrado. De pronto ha cambiado todo, el tono, el aire, no se sabe en qué pensar ni a quién escuchar. Como si durante toda la vida te hubiesen llevado de la mano como a una niña y luego, de repente, te soltaran: ¡Has de aprender a caminar sola! Y a nadie tienes a tu alrededor, ni familia ni autoridad. Una quisiera ahora apoyarse en lo esencial, en la fuerza de la vida, o en la belleza o la verdad. Una quisiera confiarse solamente a ellas, ahora que se han venido abajo las instituciones humanas, abandonarse a su dirección más total y más inflexible que lo que fue en tiempos de paz, en esa vida a la que nos habíamos acostumbrado y que no existe. En mi caso —Lara se contuvo a tiempo—, mi hija debe ser mi finalidad, ese absoluto.»

Ahora, sin el pobre Pasha, ella no era más que una madre y consagraría todas sus fuerzas a Kátienka, la pobre huérfana. Yuri Andriéevich recibió noticias de Moscú. Gordón y Dúdorov acababan de publicar su libro a sus expensas: había sido muy bien acogido y se pronosticó a su autor un gran porvenir literario. En Moscú había una

extraña e inquietante atmósfera: crecía la sorda irritación popular y se estaba en vísperas de importantes cambios. Avecinábanse grandes acontecimientos políticos.

Era ya noche cerrada. Una pesada soñolencia se apoderó de Yuri Andriéevich. Dormitaba a intervalos y pensaba que, después de todas las emociones de la jornada, no conseguiría dormirse, y no dormía. Afuera el viento lloraba y susurraba: «Tonia, Shúrochka, ¡cuánto os echo de menos, cuánto deseo volver a casa y a mi trabajo!» Y bajo el rumor del viento, Yuri Andriéevich se despertaba y volvía a dormirse. La felicidad y la pena alternábanse, impacientes y febriles, como aquel tiempo variable y aquella noche insegura.

Lara pensaba:

«¡Se ha mostrado tan solícito por conservar su recuerdo y las pobres cosas de mi marido! Y yo, ingrata de mí, no le he preguntado siquiera quién es y de dónde viene.»

Durante la ronda de la mañana siguiente, quiso hacer lo que no había hecho y cancelar así toda sombra de ingratitud: interrogó a Galiullin, lanzando frecuentes exclamaciones de sorpresa.

—¡Dios mío, qué coincidencia! ¡Calle Briétskaia, veintiocho, los Tivierzin, el invierno de la revolución de mil novecientos cinco! ¿Yusupka? No. No he conocido a Yusupka, o quizá no lo recuerdo, perdóneme. Pero ese año, ese año y aquel patio. Porque sí, ese año y ese patio tienen que haber existido —¡Cómo volvía a vivir todo eso! Y las descargas de fusilería de entonces y, sí, ¿cómo decían que fue? ¡Ah, sí! «El aviso de Cristo». ¡Qué intensidad, qué penetración tienen esas sensaciones de la infancia, las primeras!—. Perdóneme, perdóneme, ¿cómo se llama usted, subteniente? Sí, sí, ya me lo dijo. Gracias. ¡No sabe cuánto se lo agradezco, Osip Himazeddínovich, cuánto le agradezco esos recuerdos y esos pensamientos que ha despertado en mí!

Durante todo el día no la abandonó ese patio de su infancia. Hablando sola, o casi sola, no dejaba de lanzar exclamaciones de sorpresa.

¡Aquel número 28 de la calle Briétskaia! Y de nuevo, ahora, las descargas de fusilería, pero esta vez mucho más terribles. Y en esta ocasión no eran los chicos los que disparaban. Los chicos se habían hecho mayores, y estaba allí, entre los soldados, todo ese pueblo sencillo de los mismos patios y las mismas localidades. ¡Qué extraordinario! ¡Qué conmovedor!

Golpeando el suelo con sus bastones y sus muletas, los inválidos y enfermos que podían caminar acudieron en tropel, gritando todos al unísono:

—¡Grandes acontecimientos! ¡Se lucha en las calles de San Petersbugo! Las tropas de la guarnición se han pasado a los rebeldes. Es la revolución.

V
EL ADIÓS AL PASADO

1

El pueblo se llamaba Meliuziéev y se encontraba en la zona de las tierras negras. Como una nube de langostas planeaba sobre sus tejados el negro polvo que levantaban las tropas y los convoyes que lo atravesaban a marchas forzadas. Desde la mañana a la noche constituía un movimiento extendido en dos direcciones: del frente y hacia el frente, y realmente no podía decirse si la guerra continuaba o había terminado.

Cada día crecían innumerables, como setas, las nuevas funciones. Todas se le confiaban al doctor Zhivago, al subteniente Galiullin, a la enfermera Antípova y a algunos otros miembros de su grupo, todos habitantes de grandes ciudades, personas hábiles y de gran experiencia.

Ocupábanse de la administración municipal del pueblo, desempeñaban funciones de comisarios en el ejército y en el servicio sanitario y atendían a estos quehaceres como si se tratara de una diversión al aire libre, como si fuese un juego de bolos. Pero a medida que pasaba el tiempo sentían con mayor intensidad el deseo de dejar los bolos y volver a casa, a sus ocupaciones normales.

Las obligaciones de su trabajo hacían que Zhivago y Antípova se encontrasen con frecuencia.

2

Con las lluvias, el polvo negro se transformó en una pasta oscura de color café, que cubría las calles del pueblo, casi todas sin pavimentar.

El pueblo no era grande. Desde cualquier punto o cualquier esquina, podía contemplarse la sombría estepa, el cielo oscuro, la inmensidad de la guerra y la inmensidad de la revolución.

Yuri Andriéevich escribía a su mujer:

«El desorden y la anarquía continúan señoreando el ejército. Se toman medidas para mejorar la disciplina de los soldados y levantar su moral. He visitado las unidades situadas en la región.

»En fin, a modo de posdata, aunque debí habértelo escrito antes, te diré que trabajo aquí hombro con hombro con una tal Antípova, una enfermera de Moscú, oriunda de los Urales.

»¿Te acuerdas de la muchacha que disparó contra el procurador el día de la fiesta del árbol de Navidad, la terrible noche en que murió tu madre? Parece que después la procesaron. Creo recordar haberte dicho entonces que cuando estudiaba en el colegio,

Misha y yo la habíamos visto en un hotel de tercer orden al que fuimos con tu padre, no recuerdo con qué intención, una noche que helaba a más y mejor. Creo que fue durante la insurrección de la Priesnia. Pues Antípova es ella.

»Muchas veces he deseado volver a casa. Pero no es tan fácil. Lo que nos lo impide no es nuestro trabajo, pues podríamos encomendárselo a otros. La dificultad está en el viaje. Los trenes no funcionan. No circulan o cuando lo hacen pasan tan llenos que es imposible tomarlos.

»Pero esto no puede durar eternamente. Así, algunos que han sido dados de alta y están libres de todo servicio, o han sido desmovilizados, como Galiullin, Antípova y yo, hemos decidido irnos sea como sea, a partir de la próxima semana, pero, para poder tomar más fácilmente el tren, en días distintos y por separado.

»Puedo llegar cualquier día, inesperadamente. Pero de todos modos trataré de avisarte por telégrafo.»

Pero, antes de partir, Yuri Andriéevich tuvo tiempo de recibir la respuesta de Antonina Alexándrovna.

En su carta, en la cual los sollozos quebraban la armonía de los periodos, y servían de puntuación las huellas de las lágrimas y las manchas, Antonina Alexándrovna trataba de convencer a su marido de que no regresara a Moscú, sino que continuase su camino hacia los Urales junto con esa extraordinaria enfermera cuya vida parecía señalada por tantos presagios y coincidencias. La modesta vida de Tonia no resistía la comparación.

«No te preocupes de Sáshenka ni de su porvenir —continuaba—. No tendrás que avergonzarte de él. Te prometo educarlo según las reglas que tú, de niño, viste en nuestra casa.»

«Te has vuelto loca, Tonia —respondió inmediatamente Yuri Andriéevich—. ¿Qué sospechas son ésas? ¿Acaso ignoras, o no sabes lo suficiente, que tú, tu pensamiento, la fidelidad hacia ti y nuestra familia me han salvado de la muerte, de mil clases de muerte, durante estos dos años de guerra terrible y destrucciones? Pero, no obstante, ¿de qué sirven las palabras? Nos veremos pronto, se reanudará la vida de antes y quedará todo explicado.

»Pero por muchas razones me asusta que me hayas escrito de esta forma. Si te he dado motivo para una respuesta semejante, es porque me habré comportado realmente de una manera equívoca. De ser así, también soy culpable ante esa mujer que fue causa del error y ante la que deberé disculparme. Lo haré apenas haya vuelto de una inspección que está efectuando por los pueblos de los alrededores. Los *ziemstvos*, que en otro tiempo existían solamente en las provincias y distritos, se han creado ahora también en comunidades más pequeñas. Antípova se ha ido para ayudar a una amiga suya que trabaja como instructora de estas nuevas instituciones.

»Observa que, con todo y vivir en la misma casa que Antípova, no me he

preocupado todavía de dónde está su habitación...»

3

Dos grandes carreteras partían de Meliuziéev, una hacia el este y otra hacia el oeste. Una, de tierra apisonada, atravesaba el bosque y conducía a Zybúshino, pequeña población que comerciaba con trigo. Zybúshino, administrativamente, dependía de Meliuziéev, que era en todos los aspectos mucho más importante. La otra, con pavimento de grava, cruzaba a través de unos prados cenagosos que se secaban en verano y conducía a Biriuchi, nudo ferroviario de dos líneas que se cruzaban no lejos de Meliuziéev.

En junio Zybúshino fue durante dos semanas una república independiente proclamada por el molinero Blazheiko. Esta república consiguió el apoyo de los desertores del 212.° regimiento de infantería, que, con las armas en la mano, abandonaron sus posiciones y, a través de Biriuchi, llegaron a Zybúshino precisamente en el momento en que tuvo lugar la revolución[28]. La república se negó a reconocer el Gobierno provisional y se separó del resto de Rusia. Blazheiko, que era miembro de una secta perseguida y que en su juventud se había carteado con Tolstói, proclamó el nuevo reino milenario de Zybúshino, la comunidad del trabajo y de la propiedad y cambió el nombre de consejo administrativo local por el de apostolado.

Zybúshino había sido siempre cuna de leyendas y míticas exageraciones. Encontrábase en medio de espesos bosques y se citaba en los documentos de los Tiempos turbulentos[29], y en fecha más reciente, sus alrededores estaban infestados de bandidos. Habíanse hecho legendarias la riqueza de sus comerciantes y la extraordinaria fertilidad de sus tierras. Algunas costumbres y creencias y determinadas particularidades del lenguaje que caracterizaban esta parte occidental de la zona del frente procedían precisamente de Zybúshino.

Justamente por aquellos días se contaban maravillas del lugarteniente de Blazheiko. Afirmábase que había sido sordomudo de nacimiento y que por mediación del Espíritu Santo recibía el don de la palabra, que perdía de nuevo cuando cesaba su iluminación. En julio cayó la república de Zybúshino. El pueblo vio llegar una unidad fiel al Gobierno provisional. Los desertores fueron expulsados y se retiraron a Biriuchi.

Allí, a lo largo de muchas verstas, extendíanse zonas de bosques talados erizadas de tocones, en torno a los cuales crecían las fresas. Por todas partes veíanse restos de antiguos rimeros de leña y las cabañas en ruinas de los leñadores que trabajaban durante la estación carbonífera. Allí se concentraron los desertores.

4

El hospital en el que Zhivago había permanecido como enfermo, donde luego prestó servicio y que ahora se disponía a abandonar, encontrábase instalado en el palacete que la condesa Zhabrínskaia cedió en favor de los heridos, en cuanto empezó la guerra.

Este hotelito de dos pisos ocupaba uno de los más bellos lugares de Meliuziéev, en la esquina de la calle mayor con la plaza principal, en la cual otro tiempo practicaban la instrucción los soldados y ahora se celebraban los mítines.

Gracias a su situación, el palacete gozaba de una hermosa vista en varias direcciones: al otro lado de la calle principal y la plaza podía verse también el patio cercano, una pobre hacienda provinciana que no se diferenciaba mucho de una casa de campo y el antiguo jardín de la condesa, que tenía acceso por la parte posterior de la casa.

Para su propietaria el palacete no tuvo nunca un valor particular. La condesa poseía en aquel distrito una gran propiedad llamada Razdólnoie, y la casa del pueblo le servía sólo como base para las visitas de negocios y como lugar de reunión para los invitados que acudían de todas partes a pasar el verano en su casa de campo.

Ahora el hospital se había instalado en la casa, y la propietaria estaba detenida en San Petersburgo, donde tenía su residencia oficial.

De la servidumbre de otro tiempo sólo habían quedado en la casa dos mujeres extrañas: la señorita Fleury, antigua institutriz de las hijas de la condesa, ya casadas, y Ustinia, la vieja cocinera.

La señorita Fleury, una anciana de cabellos blancos, carirroja, abandonada y greñuda, vestida con una amplia blusa ajada, chancleteaba por el hospital de un lado a otro, considerándose tan en su casa como en otro tiempo entre los Zhabrinski. Chapurreando el ruso, comiéndose, a la francesa, el final de las palabras, siempre tenía algo que contar. Adoptaba extravagantes posturas, accionaba y, terminada la trápala, soltaba una risita ronca que concluía en una tos prolongada e irrefrenable.

Se sabía de pe a pa la vida y milagros de la enfermera Antípova, y se le había metido en la cabeza que entre ella y el médico existía cierta simpatía mutua. Llevada de su pasión casamentera, arraigada profundamente en su naturaleza romántica, se le alegraban las pajarillas cuando los veía juntos, los amenazaba con el dedo y les guiñaba el ojo con aire de inteligencia. Antípova se sentía molesta y el médico se enfurecía, pero la señorita, como todas las personas extravagantes, amaba por encima de todo sus propias fantasías y por nada del mundo habría prescindido de ellas.

Ustinia era una mujer todavía más curiosa. Su figura se encogía zafiamente hacia arriba, lo que le daba el aspecto de una clueca. Era mujer de una frialdad y agudeza demoníacas, pero a un carácter razonador unía una fantasía desenfrenada en todo lo que se refiriera a las supersticiones.

Conocía una infinidad de exorcismos populares y no daba un paso sin conjurar el

fuego de la estufa, ni salía nunca de casa sin haber bisbiseado por el ojo de la cerradura unas cuantas encantaciones contra el maligno. Había nacido en Zybúshino y se decía que era hija de un hechicero campesino.

Ustinia podía permanecer silenciosa durante años, hasta que la hacía estallar un ataque de verborrea, y entonces no había quien pudiese contenerla. Tenía la manía de defender la verdad.

Después de la caída de la república de Zybúshino, el comité ejecutivo de Meliuziéev comenzó una campaña contra las tendencias anárquicas que se esparcieron por la localidad. Al anochecer, en la plaza, se celebraban espontáneamente pequeños mítines a los que acudían algunos ociosos, como en otros tiempos, que se sentaban al aire libre ante el cuartel de bomberos. El comité para la difusión de la cultura animaba tales reuniones y enviaba miembros de acción o agitadores ocasionales para que dirigieran las discusiones. Estos pensaban que entre las leyendas que circulaban en torno a Zybúshino la más absurda era la del sordomudo parlante y a menudo la tomaban como tema de sus discursos. Pero los pequeños artesanos de Meliuziéiev, las mujeres de los soldados y la antigua sirviente de la condesa opinaban de muy distinto modo. El sordomudo que hablaba no les parecía el colmo del absurdo, e intercedían en su favor.

Entre las disparatadas interrupciones que provocaba la multitud oíase con frecuencia la voz de Ustinia. Al principio no se atrevía a mostrarse, pues se lo impedía la reserva de las mujeres de su condición. Pero poco a poco fue enardeciéndose y comenzó, con una audacia creciente, a atacar a los oradores que sostenían tesis contrarias a la opinión pública de Meliuziéev. Así, sin darse cuenta, se convirtió en una verdadera tribuna.

En el palacete, a través de las ventanas abiertas, oíase el confuso rumor de las voces en la plaza y sobre todo en las noches particularmente cálidas, algunos fragmentos de los discursos. A menudo, cuando Ustinia hablaba, la señorita Fleury entraba corriendo en la habitación, invitaba a escuchar a los asistentes y, desfigurando las palabras rusas, repetía con gran complacencia:

—¡Desvergonzad! ¡Desvergonzad! ¡Brillantimper! ¡Zybush! ¡Sordomud! ¡Traición! ¡Traición!

La verdad es que la señorita Fleury sentíase orgullosa de aquella elocuente arrabalera. Las dos mujeres andaban siempre a la greña, pero lo cierto es que se profesaban gran afecto.

5

Yuri Andriéevich se preparaba poco a poco para la partida, visitaba las casas y organismos en los que debía despedirse de alguien y ponía en orden sus papeles.

En aquellos días, de paso para el frente, se detuvo en la ciudad el nuevo comisario

de la zona. Decíase de él que era todavía un niño.

Preparábase entonces una nueva y gran ofensiva y con objeto de influir decididamente en la moral de las tropas, se ejercía sobre ellas una presión continua. Se habían instituido tribunales militares revolucionarios y se restableció la pena de muerte, abolida poco antes.

Antes de partir, el doctor tenía que presentarse al comandante del puesto, cuya función en Meliuziéev estaba asumida por un oficial llamado «el comandante del distrito», o más bien, para simplificar, «el distritario».

Por lo general, había allí una aglomeración terrible. La multitud no cabía en el vestíbulo y ocupaba la mitad de la calle, bajo las ventanas de la oficina. Era imposible abrirse paso a través de las diversas salas, ni entender nada bajo aquella algarabía de centenares de voces.

Aquél no era día de recibo. En la oficina, vacía y silenciosa, los funcionarios escribían taciturnos, mirándose irónicamente, descontentos de su trabajo cada vez más complicado. Desde el despacho del «distritario» llegaban alegres voces, como si, desabotonada la chaqueta, se dispusieran a refrescarse el gaznate.

Salió Galiullin y vio a Zhivago. Inclinándose hacia él como quien va a emprender una carrera, lo invitó a entrar y a compartir la alegría que reinaba allí dentro. El doctor, que deseaba tener la firma del jefe, entró y se encontró con el más alegre y artístico desorden.

El objeto de interés de todo el pueblo, el héroe del día, el nuevo comisario, en lugar de proseguir su camino para tomar posesión de su cargo, estaba allí, en aquella habitación que no tenía nada que ver con la jerarquía militar ni con la cuestión de las operaciones. De pie ante los burócratas del papeleo militar, estaba perorando.

—He aquí a otra de nuestras estrellas —dijo «el distritario», presentando el doctor al comisario, quien, completamente ensimismado, ni siquiera lo miró.

«El distritario» sólo modificó su postura para firmar el papel que le tendió el doctor, y, recobrando inmediatamente su posición anterior, indicó a Zhivago con un cortés ademán un escabel bajo y blando que se hallaba en medio de la sala.

De todos los presentes sólo el doctor se sentó de una forma normal. Los otros se hallaban en las postura más extrañas y descompuestas. «El distritario», con la cabeza apoyada en una mano, estaba medio tumbado sobre la mesa, en una posición a lo Pechorin[30]. Frente a él su ayudante estaba repantingado sobre el brazo del diván, como si cabalgara a mujeriegas. Galiullin sentábase a la jineta en una silla, abrazado al respaldo y apoyando en él la cabeza, mientras el joven comisario lo mismo se encaramaba a fuerza de brazos al alféizar de la ventana, como saltaba de él e, igual que un lobezno en libertad, no estaba un instante quieto y, con cortos y rápidos pasos, se paseaba de un lado a otro por el despacho. Hablaba sin descanso y su tema eran los desertores de Biriuchi.

Los rumores que habían circulado con respecto al comisario demostraron ser verídicos: era un muchacho delgado y elegante, muy inexperto aún, que se consumía en los más altos ideales como una vela de tarta de aniversario. Decíase que era de buena familia, algo así como hijo de un senador, y que en el mes de febrero había sido uno de los primeros en llevar a su compañía a la Duma de Estado. Se llamaba Hinze o Hinz, pues el doctor no comprendió bien su nombre cuando se lo presentaron. Hablaba con un correcto acento petersburgués, extremadamente claro, con deje algo báltico.

Vestía una túnica muy ajustada. Sin duda le molestaba ser tan joven todavía y para parecer mayor adoptaba una mueca despreciativa y se encorvaba artificiosamente. Tenía las manos profundamente hundidas en los bolsillos de sus pantalones de zuavo y levantaba los hombros cubiertos de rígidos entorchados nuevos. Su figura parecía la estilización de un jinete. Hubiérase podido dibujar desde los hombros a los pies con sólo dos líneas convergentes abajo.

—Junto a la línea férrea, a pocas etapas de aquí, se encuentra un regimiento cosaco. Rojo, leal. No tenemos más que llamarlo. Rodearán a los rebeldes y acabaremos con esta cuestión. El general insiste en que sean desarmados lo antes posible —dijo «el distritario» al comisario.

—¿Cosacos? ¡De ninguna manera! —exclamó éste—. Cualquiera diría que estamos en mil novecientos cinco. ¡Una reminiscencia anterior a la revolución! Aquí estamos en los antípodas. Sus generales se pasan de listos.

—No se ha hecho nada todavía. Todo está aún en proyecto, en hipótesis.

—Hay un acuerdo con el mando militar para que no se intervenga en las operaciones. Yo voy a prescindir de los cosacos. De acuerdo. Pero por mi parte tomaré las medidas que me sugiera el buen sentido. ¿Tienen algún vivaque los rebeldes?

—No sé cómo decirle. De todos modos tienen un campo. Fortificado.

—Muy bien. Iré a verlo. Muéstrenme ese peligro, esos bandidos del bosque. Lo mismo da que sean rebeldes que desertores, son pueblo, señores míos, y esto es lo que ustedes olvidan. El pueblo es un niño y hay que conocerlo, conocer su psicología. Eso requiere métodos particulares. Hay que saber llegar a sus cuerdas más sensibles y hacerlas vibrar. Iré a verlos a su toconal y hablaré con ellos claramente. Verán ustedes de qué manera tan ejemplar vuelven a los puestos que abandonaron. ¿Apuestan ustedes algo? ¿No lo creen?

—Es difícil. Pero Dios lo quiera.

—Les diré: «Hermanos, miradme. Soy hijo único, esperanza de mi familia, y lo he dado todo, sacrificando mi nombre, mi posición y el amor de mis padres para conquistar una libertad como no la goza ningún pueblo del mundo. Yo hice esto y lo hizo también gran número de jóvenes como yo. Y no hablemos de la vieja guardia de

nuestros gloriosos predecesores, los populistas encarcelados, los *narodovoltsy* de la Shlisselburg![31]. ¿Acaso lo hicimos por nosotros mismos? ¿Teníamos necesidad de ello? Ahora ya no somos francotiradores como antes, sino combatientes del primer ejército revolucionario del mundo. Preguntaos honradamente si habéis merecido este alto título. Mientras la patria, con lágrimas de sangre, con un esfuerzo supremo, intenta librarse de la opresión del enemigo que la ha vencido, vosotros os dejáis avasallar por una banda de desconocidos aventureros, os convertís en una gentuza inconsciente, en un tropel de malhechores desenfrenados, que devoran la libertad, para quienes todo lo que se da es siempre demasiado poco.» Tiene razón el refrán cuando dice: «Invita a un cerdo a comer y meterá las patas en el plato.» Pero yo les demostraré lo que es tener vergüenza.

—No, no, es peligroso —intentó objetar «el distritario», cambiando a hurtadillas miradas de inteligencia con su ayudante.

Galiullin trató de disuadir de esta loca empresa al comisario. Conocía a los venáticos del 212.°, que perteneció a una división en la que él había prestado servicio en otro tiempo. El comisario no le escuchaba.

Durante todo el tiempo Yuri Andriéevich intentó levantarse y salir. Le irritaba la ingenuidad del comisario. Pero no le fastidiaba menos la pérfida astucia del «distritario» y de su ayudante, dos cazurros marrulleros y desleales. Aquella estupidez y aquella marrullería estaban a la misma altura. Y ambas se manifestaban a través de un torrente de palabras, con una elocuencia inútil, inconsciente y confusa: precisamente todo eso de lo que la vida tiene tanta necesidad de liberarse.

¡Cuántas veces se desea escapar de la necia y obtusa charlatanería de los hombres, y refugiarse en el aparente silencio de la naturaleza, en la muda cárcel de un largo y obstinado trabajo, en la esencia de un sueño profundo, de la verdadera música que nace del callado contacto del corazón con los sentimientos, que hace enmudecer de tanta plenitud!

El doctor recordó que tenía pendiente una explicación, desagradable siempre, con Antípova. Pero aun a este precio estaba contento de la necesidad de verla. Sin embargo, era difícil que estuviera ya en casa. Aprovechando el primer momento favorable, se levantó y, sin hacerse notar, salió del despacho.

6

Pero Lara había regresado ya. La señorita Fleury se lo dijo y añadió que estaba muy cansada, cenó apresuradamente, se retiró a su habitación y le rogó que no la molestaran.

—Pero llame usted —le aconsejó la señorita—. Posiblemente no duerme todavía.

—¿Dónde está su habitación?—preguntó el doctor, provocando con su pregunta el asombro de la señorita.

Supo así que Antípova tenía su habitación al fondo del corredor del piso superior, cerca de las habitaciones en las que se guardaban todos los muebles de la condesa Zhabrínskaia, donde jamás había entrado el doctor.

Oscurecía rápidamente. En las sombras del anochecer las calles se hicieron más angostas, las casas y empalizadas se confundieron. Desde el fondo de los patios, los árboles se acercaban a las ventanas bajo la luz de las lámparas encendidas. Era una noche cálida y sofocante. El menor movimiento hacía sudar. Los rayos luminosos de las lámparas de petróleo, al llegar a los patios, resbalaban a lo largo de los troncos de los árboles, como sucios churretes.

El doctor se detuvo en el último escalón. Pensó que molestar, aunque sólo fuera llamando, a una persona cansada de un viaje, era algo importuno y enojoso. Era mejor demorar la conversación hasta el día siguiente. Con la distracción que acompaña siempre los cambios de decisión, atravesó el pasillo hasta el otro extremo. Había allí una ventana que daba al patio vecino. Se acodó en el alféizar.

La noche estaba llena de quedos rumores misteriosos. Al lado, en el corredor, goteaba el agua del fregadero, regular y a largos intervalos. Fuera de la ventana, en algún lugar, oíase un murmullo. Allí donde comenzaban los huertos estaban regando los planteles de pepinos, pasándose el agua de cubo en cubo y haciendo tintinear la cadena del pozo.

Advertíase de golpe el olor de todas las flores del mundo, como si durante el día la tierra hubiese yacido inanimada y se reavivara ahora con todos los perfumes. Desde el secular jardín de la condesa, al que la maleza había hecho impracticable, hasta la altura de los árboles tan espesos como para formar una gran pared, ascendía como una marea el denso aroma de un viejo tilo en flor, enmohecido y polvoriento.

Por detrás de la empalizada, a la derecha, llegaron unos gritos desde la calle. Un soldado con permiso estaba alborotando, se oyó un portazo y aletearon fragmentos de una canción.

Tras los nidos de cuervos del jardín se levantó una enorme luna rojinegra. Primero se pareció al molino de ladrillo de Zybúshino, y luego se volvió amarilla como la bomba de agua de la estación de Biriuchi.

Abajo en el patio, bajo la ventana, el perfume de la belleza nocturna se mezcló con el del heno recién cortado, fragante como té en flor. Había allí una vaca comprada no hacía mucho en un pueblo lejano. La obligaron a caminar todo el día, estaba cansada, sentía nostalgia de su vacada y no aceptaba la comida de manos de su nueva ama, a la que todavía no se había acostumbrado.

—Vamos, vamos, no seas caprichosa, animalote. ¡Condenada bestia, ya te enseñaré yo a dar cornadas! —decía el ama, tratando de vencer su resistencia, pero la vaca, inquieta, movía la cabeza de un lado a otro, o, alargando el cuello, mugía de un modo quejumbroso y desgarrador.

Más allá de las negras alquerías de Meliuziéev, brillaban las estrellas y desde ellas a la vaca se tendían los hilos de una invisible comprensión, como si fuesen los establos de otro mundo donde habría compasión para ella.

Por todas partes todo fermentaba, crecía y ascendía y advertíase el mágico fermento de la existencia. La intensidad de la vida, como un viento silencioso, avanzaba a grandes oleadas, sin saber adónde, sobre la tierra y el pueblo, a través de las paredes y los recintos, a través de la madera de los árboles y los cuerpos de los hombres, abrazando con su estremecimiento todo cuanto encontraba en su camino. Para sosegar este flujo vital, Zhivago descendió a la plaza, dispuesto a escuchar a quienes se habían reunido en ella.

7

La luna estaba ya alta en el cielo. Todo inundábase en su luz densa como el albayalde.

Las vastas sombras de los edificios de piedra adornados con columnas y dispuestos en semicírculo en la plaza, se extendían sobre el suelo como si fueran negras alfombras.

El mitin se celebraba en el otro extremo de la plaza y, aguzando el oído, podía oírse a través de ésta lo que decían. Pero el doctor se sintió poseído por la belleza de la escena. Sentóse en un banco ante la puerta del cuartel de bomberos y, sin prestar atención a las voces que llegaban hasta él, comenzó a mirar en torno suyo.

En la plaza desembocaban pequeñas calles oscuras, en cuya profundidad podían descubrirse viejas casas torcidas. Las calles estaban enteramente cubiertas de barro, como en el campo: de él surgían altas cercas hechas con ramas de sauce, parecidas a nasas sumergidas en un estanque, o a cestas para pescar cangrejos.

Los cristales de las casuchas parpadeaban en las pequeñas ventanas abiertas. Desde las cercas hasta el mismo interior de las casas extendíanse apretadamente rubios trigales cuyas espigas relucían como bañadas en aceite. Tras los curvados setos las malvas miraban a lo lejos, solitarias, pálidas y exhaustas, como campesinas a quienes el calor ha sacado de sus casuchas para respirar en camisa un poco de fresco.

La noche iluminada por la luna era sorprendente, como la misericordia o el don de la clarividencia. De pronto, en el silencio de aquella clara y centelleante fábula, comenzó a caer el son regular y pausado de una voz conocida que él había oído poco antes. Era una voz vibrante y persuasiva. Yuri se puso a escuchar y la reconoció enseguida: era el comisario Hinz, que estaba hablando en la plaza.

Las autoridades debieron haberle rogado que les apoyara con su prestigio y él, con gran calor, censuraba a los habitantes de Meliuziéev que estuviesen tan desorganizados y se dejasen arrastrar fácilmente por la corruptora influencia de los bolcheviques, quienes, aseguraba, eran los verdaderos culpables de lo que ocurría en

Zybúshino. Con el mismo tono con que había hablado antes en el despacho del «distritario», advertía que el enemigo era poderoso y cruel y que había llegado para la patria la hora de prueba. A mitad del discurso comenzaron a interrumpirlo.

Los ruegos de que no interrumpieran al orador alternábanse con los gritos de disentimiento. Las protestas hacíanse cada vez más frecuentes y violentas. El hombre que acompañaba a Hinz y hacía las veces de presidente, gritó diciendo que no se admitían las interrupciones y trató de imponer el orden. Algunos pidieron que se concediese la palabra a una ciudadana que se hallaba entre la multitud, pero otros les hicieron callar y pidieron que el orador continuara con su discurso.

Una mujer se abrió paso entre la multitud hacia el cajón boca abajo que servía de tribuna. No subió a él, pero se detuvo a su lado. Todos la conocían. Se hizo el silencio y la gente se dispuso a escucharla. Era Ustinia.

—Hablas de Zybúshino, camarada comisario, y dices que hay que abrir el ojo y no dejarse engañar. Pero vayamos a otra cosa: por lo que te he oído, no sabes hablar más que de bolcheviques y mencheviques. Bolchevique y mencheviques, y de ahí no hay quien te saque. Hay que dejar de hacer la guerra, y que todos seamos hermanos. Esta es la ley de Dios y no la de los mencheviques. Hay que dar las fábricas y los talleres a los pobres, que no es cosa de los bolcheviques, sino de la justicia. Y en cuanto al sordomudo, ya nos lo han refregado bastante antes que tú. Ya estamos hasta las narices. Pero también tú tenías que meter la cuchara. ¿Qué diantre no te gusta de él? ¿Que estuvo callado mucho tiempo y de pronto, sin pedir permiso, se ha soltado la lengua? ¡Sacúdete la mollera y piensa un poco! ¿Es que no han pasado cosas más grandes? Ahí tienes, por ejemplo, lo de la burra. «Balaam, Balaam (decía), con todo mi corazón te ruego que no vayas allí abajo porque te arrepentirás.» Ya se sabe cómo fueron las cosas: no la escuchó y fue. Es talmente lo que estás haciendo tú con el sordomudo. El otro se creía que no tenía que hacerle maldito caso porque era una burra, una bestia. El era el bestia porque la despreciaba. Luego se arrepintió. ¡Caray, ya sabéis como acabó la cosa!

—¿Cómo?—preguntó alguien.

—¡Bah! —dijo Ustinia, ásperamente—. Sabiendo mucho se envejece pronto.

—No, no te salgas fuera del tiesto. Dime cómo acabó —insistió la misma voz.

—¡Y dale con el cómo! ¡Qué chinchorrería! Se convirtió en una columna de sal.

Todos se echaron a reír.

—Desbarras, vieja, eso que dices le pasó a Lot. ¡A la mujer de Lot!

El presidente llamó al orden. El doctor se fue a dormir.

8

Al día siguiente por la tarde vio a Antípova. La encontró en el cuarto de plancha. Tenía delante un montón de ropa y planchaba.

Este cuarto estaba en la parte posterior de la casa, en el piso alto, y daba sobre el jardín. Allí se encendían los samovares, se distribuía en los platos la comida que llegaba de la cocina por medio de un montacargas movido a mano, y se mandaban abajo los platos sucios. Allí se conservaba también el material del hospital, se tomaba nota de la vajilla y la ropa blanca, se descansaba en los ratos de ocio y se concertaban las citas.

Las ventanas que daban al jardín estaban abiertas. El cuarto se había llenado con el perfume de las flores de tilo, el amargo aroma del comino seco, como en los parques de otros tiempos, y el ligero vaho de las dos planchas, con las cuales Larisa Fiódorovna planchaba alternativamente, poniendo una u otra a calentar sobre el hornillo.

—¿Por qué no llamó ayer? La señorita me lo dijo. Pero hizo usted bien. Estaba ya acostada y no hubiese podido abrirle. Bueno, buenos días. Cuidado, no se manche. Ahí está el carbón.

—Parece como si planchara toda la ropa del hospital. —No, hay mucha mía. Me dice usted siempre que no saldré nunca de aquí. Pero esta vez va en serio. Como puede ver, lo estoy preparando todo. En cuanto esté listo, me marcharé. Me iré a los Urales y usted se irá a Moscú. Acaso algún día le pregunten a Yuri Andriéevich: «¿Ha oído usted hablar de un pueblo llamado Meliuziéev?» «No, no lo recuerdo». «¿Y de una tal Antípova?» «Tampoco, no tengo la menor idea»

—Puede ser. ¿Qué tal le ha ido su viaje por los distritos rurales? ¿Está bien el campo?

—No es posible contarlo con pocas palabras. Pero ¡qué pronto se enfrían estas planchas! Déme la otra, por favor, si no es molestia. Está allí en el hornillo. Ahí. Gracias. Hay campo y campo. Todo depende de quiénes viven en él. En ciertos pueblos a la población le gusta trabajar y trabaja. Pero en otros todos son unos borrachines y hay miseria. Da miedo verlos.

—¡Tonterías! ¿Qué borrachos son esos? ¿Qué quiere usted decir? No puede haber borrachos porque, sencillamente, todos los hombres están en el frente. Pero no importa. ¿Qué tal va el nuevo *ziemstvo* revolucionario?

—Se equivoca en lo que dice de los borrachos, ya hablaremos de ello. ¿El *ziemstvo*? El *ziemstvo* nos dará muchos quebraderos de cabeza. Las instrucciones son inaplicables. No hay nadie con quien se pueda trabajar en los distritos. Actualmente los campesinos no se preocupan de nada más que de la tierra. Hice una escapada a Razdólnoie. ¡Qué espectáculo! Debería ir a verlo. En primavera lo incendiaron y saquearon todo. Quemaron la granja, los árboles frutales están carbonizados y parte de la fachada del edificio está cubierta de hollín. En cambio, en Zybúshino no ha ocurrido nada. Sin embargo, se afirma en todas partes que lo del sordomudo no es una invención. Describen su aspecto y dicen que es joven e instruido.

—Anoche Ustinia lo defendió en la plaza.

—A mi regreso encontré un montón de asuntos procedentes de Razdólnoie. ¡Estoy cansada de decir que nos dejen en paz con sus cosas! ¡Como si aquí no tuviéramos bastante con las nuestras! Esta mañana ha venido un ujier de la comandancia con una nota del jefe del distrito. Quieren a toda costa el juego de plata para el té y la cristalería de la condesa. Sólo para una noche, y garantizan su devolución. Pero ya conocemos su sistema de devolución: ha desaparecido la mitad de la ropa. Dicen que tienen una fiestecita. Por lo visto ha llegado alguien.

—¡Ah, ya sé! Ha llegado el nuevo comisario del frente. Lo vi por casualidad. Tiene la intención de ocuparse de los desertores, cercarlos y desarmarlos. Es un muchacho imberbe, un principiante en estas cosas. Hay unos que quieren emplear a los cosacos, pero él se propone conquistarlos con unas lagrimitas. Dice que el pueblo es un niño, etcétera... Y cree que se trata de una bagatela. Galiullin le ha rogado que no excitase a la fiera dormida, que dejara ese asunto a los demás... Pero es imposible disuadir a un tipo como ése cuando se le mete una cosa en la mollera. Bueno. Deje un momento las planchas y escúcheme. A no tardar va a haber aquí un caos espantoso. Nosotros no podremos impedirlo. Pero desearía que se fuera usted antes de que ocurriera nada.

—No sucederá nada, no exagere. Además, me voy. Pero no puedo irme por las buenas, sin más ni más. He de entregar el inventario puesto al día. Si no lo hago va a parecer que he robado algo. Pero ¿a quién se lo doy? Ese es el problema. Los dolores de cabeza que me ha costado el dichoso inventario... y como recompensa no he recibido otra cosa que reproches. Registré los bienes de la señora Zhabrínskaia en favor del hospital porque ése era el sentido del decreto. Y ahora parece que lo hice así para salvar los bienes de la propietaria. ¡Vaya una cosa!

—Vamos, deje esos tapetes y esa loza y que se vayan al diablo. Hay otras cosas de qué preocuparse. Sí, es una lástima que no nos viéramos ayer noche. Todo era muy distinto. Le habría explicado toda la mecánica celestial y respondido a todas esas condenadas preguntas. No, sin bromas. Sentía un gran deseo de hablar de mis cosas. Hablar de mi mujer, de mi hijo, de mi vida. ¡Caray, parece mentira que un hombre no pueda hablar con una mujer de su edad sin que se sospeche que hay algo detrás! Que el diablo se lleve todo lo que hay detrás y delante. Pero, por favor, planche, planche su ropa y no me haga caso. Hablaré, hablaré mucho.

»¡Piense qué tiempos son estos! ¡Y nosotros los vivimos!

Cosas tan extraordinarias solamente ocurren una vez en la eternidad. Es como si un vendaval se hubiese llevado el tejado de toda Rusia, y nosotros junto con todo el pueblo nos hubiéramos encontrado de pronto a la intemperie, bajo el cielo. Y no hay nadie que nos guarde. ¡La libertad! La verdadera libertad no es la de la palabra, la de las reivindicaciones, sino una libertad caída del cielo, inesperadamente. Es una

libertad obtenida por casualidad, por error.

»¡Y qué grandes se sienten los hombres en su desorientación! ¿Lo ha advertido? Como si cada uno se sintiera aplastado por sí mismo, por la fuerza heroica que ha descubierto en él.

»Pero le digo que planche. Se calla usted. ¿No le aburro? Voy a darle la otra plancha.

»Ayer estuve en el mitin nocturno. Un espectáculo extraordinario. La madrecita Rusia se ha movido. Incapaz de quedarse en su sitio, camina de un lado para otro, no se encuentra y habla y habla sin cesar. Y no basta que hablen sólo los hombres. Las estrellas y los árboles se han reunido y charlan, y las flores nocturnas filosofan y las casas celebran mítines. Es algo evangélico, ¿verdad? Como en el tiempo de los apóstoles. ¿Se acuerda de Pablo? «Hablad las lenguas y profetizad. Rogad para que se os dé el don de la interpretación.»

—Comprendo lo que usted dice de los mítines, de los árboles y las estrellas. Sé lo que quiere decir. Yo también lo he experimentado.

—La mitad de esto lo ha hecho la guerra, el resto lo ha hecho la revolución. La guerra ha sido una interpretación artificial de la vida como si la existencia pudiera prorrogarse momentáneamente. ¡Qué absurdo! La revolución se ha producido sin intención, como un suspiro cuando se ha contenido

Y demasiado tiempo el aliento. Cada hombre se ha transformado y cambiado. Diríase que en cada persona se han producido dos revoluciones: una propia, individual, y la otra general. Tengo para mí que el socialismo es un mar en el cual deben de confluir como ríos todas esas distintas revoluciones individuales, el mar de la vida, el mar de la autenticidad de cada uno. El mar de la vida, digo, de esa vida que se puede ver en los cuadros, de la vida como la intuye el genio, creadoramente enriquecida. Pero hoy los hombres han decidido no experimentarla en los libros, sino en sí mismos; no en la abstracción, sino en la práctica.

Un repentino temblor de su voz traicionó en Zhivago una incipiente emoción. Dejando por un instante de planchar, Larisa Fiódorovna lo miró seria y asombrada. El se turbó y perdió el hilo del discurso. Después de un breve y embarazoso silencio, siguió hablando: desordenadamente, sin ton ni son.

—En estos días se tienen deseos de vivir de un modo honrado y fecundo. Participar del fervor general. Y he aquí que en medio de la alegría que ha conquistado a todos, veo su mirada extrañamente triste, perdida en la lejanía, Dios sabe dónde. ¡Qué no daría yo para que no fuese así, porque se leyera en su cara que está usted contenta de su destino y que no necesita a nadie! Porque alguna persona a quien usted quisiera, un amigo suyo o su marido (mejor si fuese un militar), me cogiera del brazo y me rogara que no me inquietase por su suerte y que le evitase a usted mis solicitudes. Pero yo me soltaría el brazo, levantaría la mano y... ¡No sé lo que digo!

Perdóneme, se lo ruego.

La voz volvió a traicionar al doctor. Hizo con la mano un ademán de irritación y, con la sensación de haber cometido una torpeza irremediable, se levantó y se dirigió a la ventana. Volvió la espalda a la habitación, se inclinó sobre el alféizar y, apoyando una mejilla en la palma de la mano, fijó la mirada distraídamente en la profundidad ya sombría del jardín, tratando de recobrar la calma.

Larisa Fiódorovna rodeó la tabla de plancha, colocada de través entre la mesa y la alta ventana, y se detuvo a algunos pasos de él, a sus espaldas, en medio de la estancia.

—¡Cuánto miedo le había tenido siempre a esto! —dijo en voz baja, como para sí misma—. ¡Qué error sería! Basta, Yuri Andriéevich, no es este el caso. ¡Ah! Mire lo que he hecho por su culpa —exclamó de pronto en voz alta y corrió hacia la tabla donde, bajo la plancha olvidada, elevábase de una blusa quemada un hilo de humo acre—. Yuri Andriéevich —continuó, dejando violentamente la plancha sobre el hornillo—, Yuri Andriéevich, sea bueno, vaya a ver a la señorita, tómese un poco de agua, amigo mío, y vuelva aquí, tal como tengo la costumbre de verle y quisiera verle siempre. ¿Me oye, Yuri Andriéevich? Sé que tendrá fuerzas para hacerlo. Hágalo, se lo ruego.

Entre ellos no se repitieron conversaciones de esta clase.

Una semana más tarde Larisa Fiódorovna partió.

9

Al cabo de algún tiempo también Zhivago se dispuso a marcharse. La noche anterior a su partida azotó Meliuziéev un terrible huracán.

El fragor del viento se fundía con el rumor de la lluvia que unas veces se abatía verticalmente sobre los tejados, y otras, al impulso del caprichoso huracán, lanzaba sus azotadoras oleadas a lo largo de las calles, como si quisiera conquistarlas.

Sucedíanse los truenos sin interrupción, convirtiéndose en un fragor continuo. A la luz frecuente de los rayos veíase la calle perderse a lo lejos y los árboles inclinados y como si huyeran en la misma dirección que el viento.

Aquella noche la señorita Fleury se despertó al oír unos golpes en el zaguán. Asustada, se sentó en el lecho y se puso a escuchar. El ruido no cesaba.

¿Era posible que en todo el hospital no hubiese una sola persona que fuese a abrir, pensó, y que por todos tuviera ella que molestarse, ella, la pobre vieja, sólo porque la naturaleza la había hecho honrada y le había dado el sentido del deber?

Ya se sabía que los Zhabrinski eran ricos, aristócratas. Pero el hospital era del pueblo, les pertenecía. ¿En qué manos lo habían abandonado? ¿Podía saberse, por ejemplo, dónde había ido a parar el servicio sanitario? Todos se habían largado y ya no existía dirección, ni enfermeras, ni doctores. Sin embargo, en aquella casa había

heridos, dos a quienes se les habían amputado las piernas, y estaban arriba, en la sala de operaciones, donde antes estuvo el saloncito. Y toda la parte de abajo, junto a los lavaderos, estaba llena de enfermos de disentería. Y aquella condenada Ustinia se había ido de visita Dios sabía dónde. La estúpida pudo haberse dado cuenta de que amenazaba el temporal. Pero le había dado la manía de salir. Y ahora tenía un buen pretexto para quedarse a dormir fuera de casa.

En fin, a Dios gracias, habían dejado de llamar. Han visto que nadie abría y se han marchado. ¡También era una bonita ocurrencia con semejante temporal! ¿Y si fuera Ustinia? No, ella tiene llave. ¡Dios santo, qué miedo, vuelven a llamar!

¡Qué fastidio! Desde luego no hay que contar con Zhivago. Se va mañana, y tiene la cabeza puesta en Moscú o en el viaje. Pero ¿y Galiullin? ¡Qué individuo! ¿Cómo puede dormir o quedarse tan tranquilo en la cama, oyendo que están llamando de este modo, esperando que al final se levante ella, vieja débil e indefensa, y vaya a abrir quién sabe a quién en esta espantosa noche de este horrible país?

¿Galiullin? Reaccionó bruscamente. ¿Cómo Galiullin? Tal idea sólo podía ocurrírsele estando medio dormida. ¿Por qué Galiullin, si ya se había marchado? ¿Acaso ella misma, junto con Zhivago, no lo había escondido y vestido de paisano, y luego explicado por qué sendas y caminos tenía que huir? Todo esto después de aquel terrible caso de linchamiento cometido en la estación, cuando mataron al comisario Hinz y buscaban a Galiullin desde Biriuchi, a Meliuziéev, persiguiéndolo a tiros y revolviendo todo el pueblo. ¡Galiullin!

Si no hubiera sido por aquellos soldados en bicicleta, no hubiese quedado de la ciudad piedra sobre piedra. Una división acorazada pasó por allí por casualidad. Tomó a su cargo la defensa de sus habitantes y redujo al silencio a los malhechores.

La tormenta se iba calmando poco a poco. Los truenos se oían más espaciados y sordos, a lo lejos. A ratos dejaba de llover, pero el agua continuaba chorreando con un quedo rumor a lo largo de los troncos y los canalones. El silencioso resplandor de los relámpagos invadía la estancia de la señorita, la iluminaba como si fuera de día y se detenía un instante, como si buscara algo. .

De pronto, después de un ligero intervalo, volvieron a resonar los golpes en la puerta. Alguien tenía necesidad de ayuda y llamaba con desesperada insistencia. De nuevo se levantó el viento y volvió a llover a cántaros.

—¡Ya voy! —gritó la señorita, sin saber a quién, asustándose de su propia voz.

Había tenido una inspiración inesperada. Sacó los pies de la cama y se calzó las chancletas, se echó sobre los hombros una bata y corrió a despertar a Zhivago, porque sola tenía demasiado miedo. Pero también él había oído los golpes y bajaba con una vela. Ambos pensaron lo mismo.

—¡Zhivago! ¡Zhivago! Llaman a la puerta de la calle y tengo miedo de ir sola —gritó en francés, y añadió en ruso—: Que no sea Lar o el subteniente Galiul.

También Yuri Andriéevich, al despertarse a causa de las llamadas, creyó que pudiera ser alguno de los dos: o Galiullin, a quien algún obstáculo le impidió avanzar y retrocedía para encontrar refugio, o bien Antípova que regresaba por haberse presentado alguna dificultad en su viaje.

En el vestíbulo el doctor Zhivago entregó la vela a la señorita, dio la vuelta a la llave en la cerradura y descorrió el cerrojo. Una ráfaga de viento le hizo soltar la puerta de las manos y apagó la vela, envolviéndolos a ambos en frías salpicaduras de lluvia.

—¿Quién es? ¿Quién está ahí? ¿Hay alguien?—gritaron al mismo tiempo, desde las tinieblas, la señorita y el doctor Zhivago.

Pero nadie respondió. Después oyeron llamar de nuevo en otro lugar, en la puerta de servicio o en la ventana que daba al jardín.

—Evidentemente es el viento —dijo el doctor—. Mas para estar tranquilos, vaya a la puerta de servicio y asegúrese. Yo la esperaré aquí, no sea que si alguien llama nos crucemos.

La señorita se alejó hacia el fondo de la casa y el doctor salió al exterior, al amparo del portal de entrada.

Sobre la villa corrían veloces las nubes como si las persiguieran y volaban tan bajas que rozaban casi los árboles, que se encorvaban como si alguien se sirviera de ellos para barrer el cielo utilizándolos como escobas de brezo. La lluvia azotaba las paredes de madera de la casa que, de gris, se había vuelto negra.

—¿Qué hay?—preguntó el doctor a la señorita cuando ésta volvió.

—Tenía usted razón. No hay nadie.

Y dijo que había dado la vuelta a toda la casa. En la antecocina una rama de tilo que golpeaba la ventana rompió un cristal, y en el suelo se había formado un gran charco. Lo mismo sucedió en la habitación de Lara: estaba hecha un mar, realmente un mar, un verdadero océano.

—Ahí se ha abierto un postigo y golpea contra el montante. ¿Lo ve? Esta es la explicación.

Hablaron todavía un poco, cerraron el portón y volvieron a acostarse, desilusionados los dos por la inutilidad de la alarma.

Habían estado convencidos de que cuando abrieran la puerta entraría esa mujer que conocían tan bien, mojada como un pollo y aterida de frío, y que la habrían acribillado a preguntas mientras ella se sacudía el agua de encima. Y luego, después de haberse cambiado, iría a secarse junto al fuego, no apagado todavía, de la estufa de la cocina, y les contaría entonces sus aventuras y, arreglándose los cabellos, se echaría a reír.

No estaban muy seguros de que, cuando cerraron la puerta, no quedara en la calle una huella de aquella imagen, tras la esquina de la casa, bajo la forma de una

filigrana, fantasma de aquella mujer que continuaban viendo confusamente ante la puerta.

10

En la estación se consideraba que el responsable indirecto de las agitaciones de los soldados era Kolia Frolienko, el telegrafista de Biriuchi.

Kolia era hijo de un conocido relojero de Meliuziéev, y la gente del pueblo decía que lo había visto nacer. De niño vivió en casa de uno de los criados de la finca de Razdólnoie y, bajo la vigilancia de la señorita, jugó con las hijas de la condesa. La señorita conocía bien a Kolia, que ya entonces había comenzado a aprender un poco de francés.

La gente de Meliuziéev estaba acostumbrada a ver a Kolia muy ligeramente vestido, hiciera el tiempo que hiciese. Sin gorro y con alpargatas corría en bicicleta por la carretera y el pueblo, suelto el manillar, echado hacia atrás y con los brazos cruzados sobre el pecho. De esta manera pasaba revista a los postes del telégrafo y los cables de la red, revisando el estado en que se hallaban.

Algunas casas del pueblo estaban en contacto con la estación por medio de una derivación de la línea telefónica del ferrocarril. La central se hallaba junto al telégrafo de la estación y Kolia era su responsable.

Allí tenía más trabajo del que deseaba: el telégrafo, el teléfono y a veces, cuando Povaríjin, el jefe de estación, estaba ausente, las señales del ferrocarril, cuyos mandos se encontraban en la oficina del telégrafo.

La necesidad de seguir al mismo tiempo el funcionamiento de varios mecanismos había dado a Kolia un particular modo de expresión, oscuro, lleno de interrupciones y enigmático. Lo utilizaba encantado siempre que no tenía ganas de responder o de hablar con alguien. Decíase que el día de los desórdenes había abusado de este laconismo.

La verdad es que con sus silencios hizo inútiles todos los buenos deseos de Galiullin, que telefoneaba desde el pueblo y, y tal vez sin quererlo, había precipitado los acontecimientos que se produjeron después.

En efecto, Galiullin pidió hablar con el comisario, que se encontraba en un determinado lugar de la estación o cerca de ella, para decirle que se disponía a reunirse con él para ir al bosque y le rogaba que le esperase y que no hiciese nada sin contar con él. Kolia se negó a llamar a Hinz con el pretexto de que la línea estaba ocupada transmitiendo señales para un tren que se acercaba a Biriuchi, mientras, con un subterfugio cualquiera, detenía en un cambio de vía próximo aquel mismo tren en el que los cosacos se dirigían a Biriuchi.

Cuando, no obstante, llegó el convoy, Kolia no supo disimular su desagrado. La locomotora se deslizó lentamente bajo el sombrío cobertizo y se detuvo precisamente

ante la enorme ventana de la oficina del telégrafo. Kolia descorrió ampliamente la pesada cortina de tela azul marino en cuyos bordes estaban bordadas las iniciales del Ministerio de Ferrocarriles. En el alféizar de piedra había una enorme garrafa de agua y un vaso de grueso cristal tallado. Se sirvió agua en el vaso, bebió algunos sorbos y miró afuera.

El maquinista vio a Kolia y desde el fondo de su cabina le guiñó amistosamente un ojo.

«Apestosa bestia, chinche repelente», pensó Kolia con odio y, sacándole la lengua, lo amenazó con el puño.

El maquinista comprendió la mímica de Kolia y con ademanes, encogiéndose de hombros y señalando los vagones con un movimiento de cabeza, le dio a entender: «¿Qué quieres que haga? Haberlo intentado tú. Ellos tienen la fuerza.»

«No importa, sigues siendo una asquerosa bestia», le respondió Kolia con sus ademanes.

Comenzaron a hacer descender de los vagones a los caballos, aunque, oponían resistencia y no querían moverse. El sordo estruendo de los cascos sobre la pasarela del vagón al andén alternábase con el golpeteo de las herraduras sobre las piedras de éste. Los caballos, que se encabritaban, fueron llevados a través de varias vías, al final de las cuales había dos filas de vagones de desecho, sobre raíles que estaban comidos por la herrumbre y cubiertos de hierba. El deterioro de la madera, corroída por la carcoma y la humedad, y de la cual las lluvias habían raído la pintura, devolvió a los vagones abandonados su originaria afinidad con el gran bosque verde que crecía al otro lado de los convoyes, con el musgo que nacía sobre los troncos de los abedules y las nubes que pasaban sobre ellos.

En la margen del bosque, obedeciendo a una orden, los cosacos montaron a caballo y partieron al galope en dirección al toconal.

Los rebeldes del 212. ° fueron rodeados. En medio de un bosque los hombres a caballo parecen más altos e imponentes que a campo descubierto, y asustaron a los soldados, a pesar de que tenían fusiles en sus trincheras. Los cosacos desenvainaron los sables.En el interior del anillo formado por la caballería, Hinz saltó sobre un tocón y dirigió una arenga a los soldados cercados.

De nuevo, según su costumbre, habló del deber militar, del significado de la patria y de muchas otras cosas elevadas. Conceptos que no hallaron eco. La multitud era demasiado numerosa, y los hombres, que habían sufrido mucho durante la guerra, estaban endurecidos y cansados. Desde hacía mucho tiempo estaban más que hartos de palabras como las que decía Hinz. Los había exasperado el continuo vagabundeo durante cuatro meses. Gentes sencillas, sentíanse además mal dispuestos con respecto al apellido no ruso del orador y a su acento.

Hinz se dio cuenta de que hablaba demasiado rato y estaba indignado contra sí

mismo, pero pensó que debía continuar haciéndolo para ser comprendido mejor por sus oyentes, quienes, en lugar de agradecérselo, le correspondían con una expresión de hostil indiferencia y aburrimiento. Cada vez más irritado, decidió usar un lenguaje más duro y recurrir a las amenazas. Sin preocuparse del murmullo que se levantaba, recordó que ya estaban constituidos los tribunales militares revolucionarios y que habían empezado a actuar. Los amenazó con la pena de muerte y les pidió que depusieran las armas y entregasen a los instigadores. Si no lo hacían, añadió, demostrarían ser unos viles traidores, canallas inconscientes y plebeyos presuntuosos. Aquellos hombres no estaban acostumbrados a este tono.

Centenares de bocas gritaron.

—Ya ha hablado suficiente. Basta. Estamos de acuerdo —exclamaron con voces profundas, casi sin rencor.

Pero otras voces agudas, llenas de odio, comenzaron a gritar a su vez. Los primeros callaron, y dijeron los otros:

—¿Oísteis, camaradas, lo que nos ha dicho? ¡Al viejo estilo! Por lo visto, en el ejército se sigue hablando de esta manera. ¿De modo que somos traidores? ¿Y tú qué eres, duquesito? Pero ¿por qué perder el tiempo con él? ¿No veis que es un alemán que nos han enviado adrede? ¡Eh, enséñanos tu documentación, aristócrata! Y vosotros ¿por qué estáis como pasmarotes? ¡Vamos, atadnos, devoradnos!

Pero también a los cosacos les gustaba cada vez menos el discurso de Hinz.

—Para el señorito ése todos son unos canallas o unos cerdos —susurraban entre ellos.

Unos pocos primero y cada vez en mayor número, comenzaron a envainar los sables. Uno tras otro volvieron a montar a caballo. Cuando aumentó el número de los montados, se lanzaron desordenadamente en medio del claro, al encuentro de los del 212. °. Mezcláronse con ellos y confraternizaron.

—Debería usted largarse sin que se dieran cuenta —dijeron a Hinz los oficiales cosacos, que empezaban a alarmarse—. En la encrucijada encontrará su coche. Mandaremos a buscarlo. Y váyase enseguida.

Y Hinz así lo hizo, pero como escabullirse silenciosamente le parecía indigno, se marchó casi a los ojos de todos, sin la necesaria prudencia, en dirección a la estación. Hallábase poseído por una terrible ansiedad, pero por orgullo se impuso caminar tranquilamente, sin prisa.

La estación, que estaba en el lindero del bosque, no se hallaba lejos. Sobre un altozano, desde el cual ya podían verse las vías, se volvió por primera vez. Lo seguían soldados armados de fusiles.

«¿Qué querrán?», pensó Hinz, y apresuró el paso.

Lo mismo hicieron sus seguidores. La distancia entre ellos no disminuyó. Delante surgió la doble pared de los vagones abandonados. Apenas hubo llegado a ellos, echó

a correr. El tren que había transportado a los cosacos estaba en una vía del apartadero. Los rieles hallábanse libres. Hinz los cruzó corriendo.

En su impulso subió de un salto al otro andén. Mientras tanto, los soldados que lo perseguían desembocaron, corriendo también, por detrás de los vagones deteriorados. Povarijin y Kolia gritaron algo a Hinz y le hicieron señas para que entrara en la estación, donde hubiera estado a salvo.

Pero nuevamente el sentido del honor, ese sentimiento civil del sacrificio, elaborado durante generaciones, sentimiento absurdo en estas circunstancias, le obstaculizó el camino de la salvación. Con un sobrehumano esfuerzo de la voluntad trató de calmar los alborotados latidos de su corazón. Pensó que debía gritarles:

«¡Hermanos, reportaos! ¿Cómo podéis creer que soy un espía?» Sí, algo que pudieran entender, cordial, capaz de detenerlos.

inconscientemente la idea de un acto heroico, de una efusión del alma, a todas las plataformas, tribunas y cajones, desde lo alto de los cuales podía lanzar a la multitud tales llamamientos, tales palabras que la inflamasen.

Ante la entrada de la estación, bajo la campana, hallábase una alta cisterna para apagar incendios, tapada. Hinz saltó sobre la tapa y dirigió a los que se acercaban unas palabras exaltadas, sobrehumanas e incoherentes.

La ciega locura de su actitud, a dos pasos de la puerta abierta de la estación, donde hubiese podido refugiarse fácilmente, atemorizó y dejó clavados en su sitio a sus perseguidores. Los soldados bajaron los fusiles.

Pero Hinz apoyó el pie en el borde de la tapa de la cisterna y la hizo oscilar. Una de sus piernas resbaló en el agua, la otra se quedó colgando fuera de la cisterna, y se encontró a caballo sobre ella.

Los soldados acogieron su torpeza con una explosión de hilaridad: el que estaba más cerca abatió al desdichado de un balazo en el cuello. Luego, los demás se lanzaron sobre él para rematarlo a bayonetazos.

11

La señorita Fleury telefoneó a Kolia para que, del mejor modo posible, instalara al doctor en el tren, amenazándole, en caso contrario, con hacer revelaciones desagradables para él.

Mientras respondía a la señorita, Kolia, según su costumbre, mantenía otra conversación distinta. A juzgar por las fracciones decimales entremezcladas con sus palabras, tratábase de un mensaje cifrado que estaba transmitiendo por telégrafo a otra estación.

—Pskov, ¿me oyes, me oyes? ¿Qué rebeldes? ¿Qué mano? ¿Qué decía usted, *mademoiselle*? Todo eso es mentira, quiromancia. Lárguese y déjeme en paz. Me molesta. Pskov, Pskov. Treinta y seis coma cero cero quince. ¡Maldita sea, se ha roto

la cinta! ¿Cómo? No oigo nada. ¡Ah, es usted otra vez, *mademoiselle*! Ya le he dicho que no puedo, que no es posible. Diríjase a Povarijin. Todo eso es mentira, quiromancia. Treinta y seis... ¡Al diablo! Le he dicho que no me moleste, *mademoiselle*.

Y la señorita decía en ruso algo parecido a esto:

—No trates de engañarme con tu quiromancia, Pskov, Pskov, quiromancia. Ya sé por dónde vas, pero mañana instalarás en el vagón al doctor, o no volveré a dirigir la palabra a esta especie de asesinos ni al pequeño Judas traidor.

12

Había niebla en el aire cuando Yuri Andriéevich se fue. Otra vez, como días antes, amenazaba una tormenta. En el barrio de la estación, sembrado de masticadas pipas de girasol, las cabañas de adobes y las ocas adquirían un lívido tinte de miedo bajo la inmóvil mirada del negro cielo tormentoso. El edificio de la estación erguíase en una vasta explanada abierta a derecha a izquierda. La hierba en torno a él había sido pisoteada por una ingente multitud que, desde hacía semanas, esperaba los trenes procedentes de ambas direcciones.

Ancianos cubiertos con abrigos grises de sayal pasaban de grupo en grupo bajo un sol ardiente, en busca de rumores y noticias. Silenciosos adolescentes yacían acurrucados, sobre un costado, sosteniendo en la mano una rama sin hojas, como si guardasen ganado. Sus hermanitos y hermanitas, recogidas sus blusas sobre sus rosadas nalgas, correteaban por entre la gente. Estirando bien juntas sus piernas, las madres estaban sentadas en el suelo, con los niños de pecho envueltos en los pliegues de sus pardos casacones.

—Cuando comenzaron los tiros se dispersaron como corderos. Tenían miedo —dijo ásperamente Povarijin, el jefe de estación, pasando por encima de los cuerpos que yacían ante la puerta y en el suelo de la estación.

«En un abrir y cerrar de ojos han dejado limpio el césped. Ha sido posible ver otra vez la tierra que hay debajo. ¡Por fin! Hacía cuatro meses que no se veía, bajo este campamento. Como para olvidarse de ella. Cayó aquí. Es asombroso la de horrores que he visto en esta guerra. Debería estar acostumbrado. Pero ¡me dio tanta lástima! Lo más terrible es lo absurdo de la cosa. ¿Por qué? ¿Qué daño había hecho? Pero ¿acaso eran hombres aquellos individuos? Dicen que era el mimado de la familia. A la derecha ahora. Es ese, por aquí, por favor, a mi despacho. Ni se le ocurra salir en este tren, le costaría la vida. Lo instalaré en el otro, uno de la localidad. Lo formamos nosotros mismos, y empezaremos dentro de poco. Pero hasta ese momento no abra la boca ni diga nada a nadie. Le harían pedazos si dijera algo. Transbordará esta noche en Sujinichi.

13

Cuando formaron el tren «secreto» y desde detrás del depósito comenzaron a hacerlo retroceder hasta la estación, toda la gente que se hallaba en la explanada se lanzó por el camino más corto hacia el convoy, que entraba lentamente en la estación. La gente se deslizaba como granizo desde el terraplén. Escalaban los taludes y, atropellándose, unos se encaramaban en marcha sobre los topes y los estribos, otros se introducían por las ventanas y otros se subían a los techos de los vagones. En un instante, antes de que se detuviera, el tren se abarrotó de gente, y cuando llegó al andén, estaba lleno como un huevo y los viajeros, arracimados, colgaban de todas partes.

Por verdadero milagro, el doctor consiguió alcanzar una plataforma y, de una manera todavía más inexplicable, penetrar en el pasillo, donde permaneció durante todo el trayecto hasta Sujinichi, sentado sobre sus maletas.

Las nubes preñadas de tormenta se habían disipado hacía tiempo. Sobre los campos abrasados por el sol chirriaban incansablemente los grillos, sofocando el rumor del tren.

Los pasajeros que estaban ante las puertas quitaban la luz a los demás. Sus largas y curvadas sombras resbalaban por los bancos y tabiques de los compartimientos, y no encontrando espacio en el vagón, salían por las ventanillas opuestas y corrían de una parte a otra del campo junto con la sombra de todo el tren en marcha.

Por todas partes los viajeros gritaban o cantaban canciones, alborotaban, lanzaban juramentos y jugaban a la baraja. En las paradas sumábase al estándolo el ruido de la multitud que en cada una tomaba el tren por asalto. El clamor de las voces era ensordecedor, como una tempestad en el mar y, como en el mar, en medio de la detención, producíase de pronto un inexplicable silencio. Oíanse entonces pasos apresurados en el andén, a lo largo del convoy, y discusiones ante el furgón de equipajes, palabras pronunciadas a lo lejos por los que habían acudido a despedir a los que se iban, el apacible cacareo de las gallinas y el susurro de los árboles en el jardinillo de la estación.

Entonces, como un saludo llegado por telégrafo desde Meliuziéev, penetraba por la ventanilla un perfume bien conocido, que parecía dedicado a Yuri Andriéevich, revelándose a él, en su rincón, con una callada intensidad. Venía de demasiada altura para proceder de los arriates y los campos.

A causa de la aglomeración, el doctor no podía acercarse a la ventanilla. Pero aun sin mirar, veía con la imaginación aquellos árboles. Ciertamente crecían allí mismo y extendían apaciblemente sobre los techos de los vagones sus ramas llenas de hojas polvorientas por el paso de los trenes y espesas como la noche, densamente cubiertas por pequeñas flores estrelladas y parpadeantes.

Esto se repitió durante todo el trayecto. Por todas partes alborotaba la multitud y por todas partes florecían los tilos.

El incesante alentar de aquel perfume parecía preceder al tren que se dirigía hacia el norte, como una noticia que recorriera todas las estaciones, todos los pasos a nivel, todas las paradas, y que los viajeros reencontraran difundida y confirmada en todas partes.

14

Por la noche, en Sujinichi, un servicial mozo de cuerda de vieja estampa guió al doctor a lo largo de los raíles no iluminados y lo hizo subir por la parte posterior a un vagón de segunda clase de un tren recién llegado que no estaba previsto en el horario.

Apenas hubo lanzado el equipaje sobre la plataforma, después de haber abierto la portezuela con una llave, el mozo de cuerda tuvo que sostener una breve disputa con el revisor, que les obligó inmediatamente a bajar las maletas. Pero Yuri Andriéevich consiguió convencerlo y el revisor se fue.

Aquel tren no previsto en el horario tenía un destino especial, iba a gran velocidad y se detenía pocas veces. Parece ser que se hallaba bajo control militar. El vagón estaba completamente libre.

El compartimiento en el que se había instalado Zhivago estaba iluminado por una vela semiconsumida cuya llama era agitada por el aire que entraba por la ventanilla abierta.

La vela pertenecía al único viajero del compartimiento. Era un muchacho rubio, evidentemente de gran estatura, a juzgar por sus largos brazos y piernas, demasiado móviles en las coyunturas, como piezas mal ajustadas en un objeto desmontable. Estaba recostado sobre el asiento al lado de la ventanilla. Al ver entrar a Zhivago, hizo, cortésmente, ademán de levantarse, y, en lugar de continuar semitendido, como antes, adoptó una postura más correcta.

Bajo su asiento asomaba algo que, a primera vista, parecía un calandrajo. De pronto el extremo de lo que semejaba un pingo comenzó a moverse y asomó un perro de grandes orejas. Olfateó y examinó a Yuri Andriéevich y luego se puso a corretear de un lado a otro del compartimiento, moviendo sus patas en todas direcciones con la misma agilidad con que su larguirucho dueño ponía una pierna sobre la otra. Poco después, a una orden suya, se escurrió dócilmente bajo el asiento y recobró su anterior aspecto de harapo.

Solamente entonces Yuri Andriéevich advirtió en el portaequipajes una escopeta enfundada, una canana de cuero y un morral lleno de caza.

El joven cazador era extremadamente locuaz. Con una amable sonrisa, se apresuró a entrar en conversación con el doctor, de cuyos labios, no en sentido figurado, sino literal, no apartaba la vista.

Tenía una voz desagradablemente aguda, que en los tonos más altos adquiría un falsete metálico. Y lo más extraño era que, con todo y ser un auténtico ruso, una

vocal, la u, la pronunciaba de un modo rebuscado, dulcificándola a la manera francesa o alemana. Esta u deformada le costaba un gran esfuerzo. La pronunciaba con mayor fuerza que las demás vocales, imprimiéndole una intensidad especial, gritándola casi. Desde el principio sorprendió a Yuri Andriéevich con esta frase:

Ayer, sin ir más lejos, *estuve* toda la mañana cazando patos.

A veces, cuando evidentemente se dominaba más lograba superar este defecto, pero le bastaba dejarse llevar por la conversación para que de nuevo saliera a relucir.

«¿Qué diantre será eso?—pensaba Zhivago—. En alguna parte debo de haber leído algo semejante, y lo conozco. Como médico debiera saberlo, pero se me ha ido de la cabeza. Debe ser un fenómeno cerebral determinado por un defecto de articulación. Pero este ulular es tan ridículo que cuesta mucho mantener la seriedad. Resulta imposible hablar con él. Es mejor que me acomode y me ponga a dormir.»

Y así lo hizo. Cuando se hubo acomodado en la litera superior, el joven le preguntó si le molestaría la vela encendida, pues la apagaría. El doctor aceptó con gratitud la proposición. Su compañero apagó la vela, y se hizo la oscuridad.

La ventanilla del compartimiento estaba cerrada a medias.

—¿No sería mejor cerrar la ventanilla?—preguntó Yuri Andriéevich—. ¿No le dan miedo los ladrones?

El joven no respondió. Yuri Andriéevich repitió la pregunta en voz más alta, pero tampoco recibió contestación.

Encendió una cerilla para ver qué estaba haciendo su vecino, si había salido de su compartimiento o si dormía, lo que hubiera sido todavía más inverosímil.

Pero no. Continuaba sentado en el mismo sitio, con los ojos muy abiertos, sonriendo al doctor cuyas piernas se balanceaban al borde de su litera.

Apagada la cerilla. Yuri Andriéevich encendió otra y, a su luz, repitió por tercera vez la pregunta.

—Haga lo que le parezca —respondió de pronto el viajero—. No tengo nada que me puedan robar. Pero sería mejor que no cerrara. Aquí se ahoga uno.

—«¡Vaya! —pensó Zhivago—. Extraño tipo éste, la verdad. Está acostumbrado a hablar solamente cuando hay luz. ¡Y ahora mismo ha pronunciado correctamente las palabras! ¡No lo entiendo!»

15

Sentíase agotado por los acontecimientos de la última semana, las emociones y los largos preparativos que habían precedido al viaje, además del embarque en el tren de la mañana. Creía poder dormirse en cuanto hubiera logrado una postura lo bastante cómoda. Pero no fue así. El exceso de fatiga le provocó insomnio y hasta el alba no logró adormecerse.

A pesar del caótico torbellino de pensamientos que se mezclaron en su cabeza en

el curso de las últimas horas, éstos podían dividirse en dos círculos, o mejor dicho, en dos espirales que se enroscaban y desenroscaban. Uno estaba constituido por el recuerdo de Tonia, de la casa y de la vida de otro tiempo, en la cual todo, hasta los detalles más insignificantes, hallábase perfumado por la poesía y poseído de ternura y pureza. Sentía una gran ansiedad por esa vida y deseaba que permaneciera intacta. Llevado por el expreso de la noche, no pensaba más que en reanudarla después de una interrupción de más de dos años.

En ese torbellino de pensamientos familiares figuraba también la fidelidad a la revolución y el entusiasmo que le inspiraba. Pero era la revolución en ese sentido en que la había acogido la clase media, tal como la concibió la juventud estudiantil de 1905, gran admiradora de Blok.

En este círculo familiar y normal figuraban asimismo los signos de una vida nueva, las promesas y presagios que aparecían en el horizonte antes de la guerra, entre 1912 y 1914, en el pensamiento, el arte y el destino de los rusos, de toda Rusia y el suyo propio.

Ahora que la guerra había terminado para él, sentía el deseo de volver a ese ambiente para renovarlo y continuarlo, tal como sentía el deseo de regresar a su casa después de tan larga ausencia.

En torno al segundo círculo de pensamientos bullían las impresiones más recientes, enteramente nuevas y ¡qué distintas de las demás! Pero nada aquí le pertenecía, nada le era familiar, ni estaba preparado por el pasado. Todo era al mismo tiempo arbitrario e inevitable, impuesto por la realidad, repentino como una sacudida.

Lo nuevo, esta vez, era la guerra, su sangre y sus horrores, su infinitud y su salvajismo. La novedad eran las pruebas y la sabiduría de vida que la guerra le había proporcionado. Lo nuevo eran las ciudades lejanas donde la guerra lo había zarandeado y los hombres con quienes ésta hizo que se encontrara. Lo nuevo era la revolución, no la revolución idealizada en la universidad a la manera de 1905, sino la actual revolución, nacida de la guerra, sangrienta, la revolución militar que acababa con todo, dirigida por aquellos que la conocían mejor, los bolcheviques.

También lo nuevo era Antípova, la enfermera, lanzada por la guerra quién sabe dónde, con una vida completamente desconocida para él, que nada reprochaba a nadie, y cuya taciturnidad era casi una queja, misteriosamente silenciosa y tan fuerte en su silencio. Lo nuevo era también el honrado esfuerzo llevado a cabo por él. Yuri Andriéevich, para no quererla, precisamente él que durante toda su vida se había esforzado en acercarse con amor a todos los hombres, a su familia y a sus amigos.

El tren corría a toda velocidad. El viento, entrando por la ventanilla abierta, revolvía y llenaba de polvo los cabellos de Yuri Andriéevich. En las paradas repetíase lo que había ocurrido durante toda la jornada: la multitud alborotaba como un huracán y murmuraban los tilos.

A veces, desde la profundidad de la noche, coches y carros avanzaban ruidosamente hacia la estación. Las voces y el fragor de las ruedas confundíanse con el susurro de los árboles.

En aquellos momentos parecía posible comprender por qué rumoreaban y se inclinaban una sobre otra aquellas sombras nocturnas y qué se susurraban entre ellas, moviendo apenas las hojas pesadas de sueño como pastosas lenguas. Era lo mismo que pensaba Yuri Andriéevich volviendo a su litera: la noticia de las agitaciones que se extendían por toda Rusia, la noticia de su revolución, de sus horas fatales y difíciles, de su camino lleno de esperanza hacia la meta.

16

Al día siguiente se despertó tarde. Era mediodía.

—¡«Marqués», «Marqués»! —decía su vecino en voz baja, tratando de calmar a su perro que se había puesto a gruñir.

Asombrado, Yuri Andriéevich comprobó que todavía estaba solo con el cazador en su compartimiento. Nadie habíase instalado en él durante todo el viaje. Ahora los nombres de las estaciones eran los que conocía desde niño. El tren dejaba atrás la provincia de Kaluga y penetraba en la de Moscú.

Después de haberse arreglado con tanto cuidado y comodidad como antes de la guerra, el doctor Zhivago regresó a su compartimiento para compartir el desayuno que le ofrecía su curioso compañero, y se aprovechó de ello para observarlo mejor.

Los rasgos característicos de su personalidad eran una locuacidad y movilidad extremas. Le gustaba hablar, pero para él no importaban tanto la comunicación y cambio de ideas como el mismo hecho de hablar, de pronunciar palabras y emitir sonidos. Charlando, saltaba en su asiento como impelido por un muelle, se echaba a reír de un modo ensordecedor y sin motivo aparente, se frotaba las manos con satisfacción y, cuando esto le parecía insuficiente para expresar su entusiasmo, se daba palmadas sobre las rodillas, y reía hasta que se le saltaban las lágrimas.

La conversación fue tan extraña como la víspera. El desconocido era extraordinariamente incoherente. A veces hacía confesiones que no se le solicitaban y en ocasiones ni siquiera parecía escuchar y dejaba sin respuesta las preguntas más inocentes.

Dio sobre sí mismo un montón de informaciones enteramente fantásticas e inconexas.

Indudablemente trataba de causar sensación con la excentricidad de sus opiniones y negando todo lo comúnmente aceptado.

Todo esto tenía algo de cosa archisabida. Con el espíritu de semejante radicalismo hablaban los nihilistas del siglo pasado y, un poco más tarde, algunos personajes de Dostoievski. Luego, en una fecha más reciente, sus herederos directos, o sea todos los

provincianos cultos de Rusia. La provincia es más audaz que la capital, y los rincones perdidos han conservado un sentido de la seriedad que ha pasado de moda en las capitales.

El jovencito contaba que era sobrino de un famoso revolucionario, pero que sus padres eran, en cambio, incorregiblemente conservadores: verdaderos «búfalos», dijo. Poseían en una localidad cercana al frente una discreta hacienda en la que él había crecido, y durante toda la vida anduvieron a la greña con su tío, quien, no obstante, no les guardaba rencor y ahora, con su influencia, les había evitado muchas calamidades.

Declaró luego que por sus convicciones se parecía a su tío. Era extremista maximalista en todo: en las cuestiones de la vida, en política y en arte. Zhivago recordó a Piétinka Vierjovienski[32], pero no con respecto a su posición izquierdista, sino más bien en lo que atañía a la corrupción y la palabrería.

«Ahora —pensó el doctor— se vanagloriará de ser futurista.»

Y, efectivamente, la conversación se llevó al terreno de los futuristas.

«Ahora hablará de deportes —trató de adivinar el doctor—. Hablará de caballos de carreras, de patinaje o lucha francesa.»

Y el joven se puso a hablar de caza.

Decía que iba a cazar en su provincia natal y se proclamó: un tirador excelente. Añadió que si no hubiera sido por el defecto físico que le impidió prestar servicio militar, se habría distinguido en la guerra por su precisión en el tiro.

Al advertir la mirada interrogadora de Zhivago, exclamó:

—¡Cómo! ¿No lo ha notado? Creí que sabía ya cuál es mi defecto.

Se sacó del bolsillo y entregó a Yuri Andriéevich dos cartoncillos: uno era su tarjeta de visita. Tenía dos apellidos. Se llamaba Maxim Aristárjovich Klintsov-Pogoriévchik, o simplemente Pogoriévchik, como rogó al doctor que lo llamase en homenaje a su tío, que llevaba el mismo apellido.

Sobre el otro cartón había una cuadrícula llena de manos y dedos cruzados y entrelazados de diversas maneras. Era un alfabeto de bolsillo para sordomudos. De pronto, todo quedó claro.

Pogoriévchik era un discípulo, excepcionalmente dotado, de la escuela de Hartmann o de Ostrogradski, un sordomudo que había aprendido a hablar con inverosímil perfección, sin la ayuda del sonido de las palabras, observando el movimiento de los músculos faciales y de la laringe de su maestro y comprendía a sus interlocutores gracias a este procedimiento.

Relacionando el lugar de origen del joven y la localidad donde cazaba, el doctor le preguntó:

—Perdone mi indiscreción. Puede, si lo desea, no contestarme. Pero, ¿no ha tenido usted alguna relación con la república de Zybúshino y su fundación?

—¿Cómo?... Perdóneme... ¿De manera que usted conoce a Blazheiko?... Pues claro, yo tuve algo que ver allí. Pogoriévchik comenzó a charlotear alegremente, riendo y balanceando el busto de derecha a izquierda y golpeándose frenéticamente las piernas. Y volvió a darse tono. Pogoriévchik dijo que Blazheiko había sido para él un pretexto y Zybúshino un lugar elegido por él para poner en práctica sus ideas. A Yuri Andriéevich le costó un gran esfuerzo seguir su exposición. La filosofía de Pogoriévchik estaba compuesta la mitad por teorías anarquistas y la otra mitad por vulgares cuentos de cazadores.

Con un imperturbable tono de oráculo pronosticaba para un porvenir muy próximo una serie de catastróficos acontecimientos. En su interior Yuri Andriéevich estaba de acuerdo con él y acaso esos acontecimientos fueran inevitables, pero le exasperaba la seguridad llena de prosopopeya con la que el desagradable charlatán lanzaba entre dientes sus profecías.

—Permítame, permítame —trató de objetar Zhivago tímidamente—. Todo eso es cierto, y es posible que suceda. Pero, a mi entender, no es el momento de llevar a cabo experimentos tan arriesgados en medio del caos y el desorden y ante el enemigo que nos arrolla. Es preciso dejar que el país se recobre y repose después de semejante trastorno, antes de lanzarse a otro. Conviene llegar a cierta calma, a cierto orden, aunque sea relativo.

—Eso es una ingenuidad —respondió Pogoriévich—. Lo que usted llama caos es un fenómeno tan normal como el orden de que usted habla y al que ama tanto. Estas destrucciones son la parte lógica y preliminar de un plan constructivo mucho más amplio. Ha de disgregarse de una forma total, y entonces un verdadero poder revolucionario recogerá sus fragmentos para reconstruirla sobre fundamentos nuevos.

Yuri Andriéevich se sintió incómodo y salió al pasillo.

El tren aceleraba su carrera y atravesó así un sector de los alrededores de Moscú. Bosquecillos de abetos corrían hacia las ventanillas y se alejaban de ellas volando, y pasaban una tras otra apretados grupos de dachas y andenes sin cobertizos, llenos de gentes. Volaban y desaparecían a lo lejos en la nube de polvo levantada por el ferrocarril, girando como un carrusel. Silbaba el tren y sus silbidos se multiplicaban a través de los profundos y recónditos ecos del bosque.

De pronto, por primera vez en todos aquellos días, Yuri Andriéevich comprendió con absoluta claridad dónde estaba, qué le había sucedido y qué le aguardaba dentro de una hora o a lo sumo dos.

Tres años de cambios, de cosas imprevistas, de viajes: la guerra, la revolución, trastornos, separaciones, escenas de destrucción y de muerte, puentes volados, incendios y devastaciones. Todo, súbitamente, se le mostró como un enorme vacío desprovisto de contenido. El primer acontecimiento auténtico, después de tan largo intermedio, era este vertiginoso acercamiento del tren a su casa, intacta todavía,

existente aún en el mundo, y de la cual amaba cada piedra. Esa era la vida, ésa era la experiencia, eso era lo que enseñaban aquellos que iban en busca de aventuras, eso era la finalidad del arte: volver a sí mismos, hallar de nuevo a los seres queridos, empezar a vivir otra vez.

Los bosques habían terminado. El tren se evadió de los abrazos del follaje. Una ancha colina se perdía a lo lejos con sus suaves declives que terminaban al borde de una barranca. Toda ella estaba cubierta de patatares de color verde oscuro. En la cumbre, donde cesaba la plantación, se hallaban diseminados armazones y cristaleras de invernadero que habían sido desmontadas. Frente a la colina, a la cola del tren, una inmensa nube negrovioleta destacábase en medio del cielo. Tras ella trataban de abrirse paso los rayos del sol refractándose en todas direcciones y encendiendo de cegadores reflejos los cristales del invernadero.

De pronto comenzó a caer de la nube una pesada lluvia oblicua que centelleaba al sol. Caía en gotas apresuradas, con el mismo ritmo con que el tren en marcha resonaba con sus ruedas sobre los raíles, como si quisiera alcanzarlo o temiese quedarse atrás.

Apenas se había fijado en ello el doctor Zhivago cuando, tras una altura, apareció el templo de Cristo Salvador y un instante después las cúpulas, los tejados, las casas y las chimeneas de toda la ciudad.

—Moscú —dijo, volviendo a entrar en su compartimiento—. Ya es hora de prepararse.

Pogoriévchik se levantó de un salto, comenzó a hurgar en el morral de caza y sacó de él un grueso pato.

—Tome —dijo—. Como recuerdo. He pasado todo un día en compañía muy agradable.

Inútilmente el doctor se negó a aceptarlo.

—Bueno —dijo al fin, obligado a tomar el pato—. Lo acepto como un regalo que hace usted a mi mujer.

—¡Para su mujer! ¡Para su mujer! Como regalo para su mujer —repitió Pogoriévchik alegremente, como si por primera vez hubiese oído esta palabra.

Y de tal manera le hicieron estremecer sus carcajadas que el perro salió de su escondite para tomar parte en el regocijo de su amo.

El tren entraba en la estación. En el vagón se hizo la oscuridad, como si fuera de noche. El sordomudo entregó al doctor el pato envuelto en un trozo de un viejo cartel de propaganda política.

VI
ALTO EN MOSCÚ

1

Durante el viaje, inmóvil en el asiento de su compartimiento, parecía como si sólo el tren marchase, y el tiempo se hubiese detenido y fuera aún mediodía. Pero oscurecía ya cuando el coche tomado por el doctor Zhivago se abría paso penosamente entre la multitud reunida en el mercado de la plaza de Smoliensk.

Acaso fuera realmente así, o tal vez las impresiones de ese momento se confundían con la experiencia de años anteriores. La verdad es que creía recordar que ya antes la gente se reunía en el mercado por costumbre, sin un propósito determinado: las cortinas estaban bajadas sobre los mostradores y ni siquiera se les había puesto el candado. En la plaza no había nada que comprar y toda ella estaba llena de basura que nadie retiraba.

Luego le pareció haber visto ya entonces, sobre la acera, a esas viejecitas y viejecitos, flacos y correctamente vestidos, uno junto al otro, mudo reproche para los transeúntes, ofrecer silenciosos cosas que nadie quería comprar: flores artificiales, redondas cafeteras con tapa de cristal y mechero de alcohol, trajes de noche de tul negro, uniformes de ministerios desaparecidos.

La gente de más humilde condición ofrecía cosas más esenciales: toscas rebanadas de pan negro racionado que se endurecía enseguida, sucios y húmedos terrones de azúcar y paquetes de tabaco malo partidos en dos.

Por todo el mercado circulaba una mezcolanza de cosas que aumentaban de precio a medida que pasaban de una mano a otra.

El cochero embocó una de las calles que daban a la plaza. Sobre sus hombros daba el sol, ya en el ocaso. Iba delante un carro vacío traqueteando ruidosamente, levantando columnas de polvo, que bajo aquella luz adquiría un rojizo tono broncíneo.

Por fin lograron adelantar al carro que les obstaculizaba el paso y continuaron avanzando con mayor rapidez. Al doctor Zhivago le sorprendió ver diseminados por todas partes, por las calzadas y las aceras, montones de periódicos atrasados y restos de carteles arrancados de las paredes, que el viento, los cascos de los caballos, las ruedas y los pies de los transeúntes arrastraban de un lado para otro.

Al poco rato, después de haber dejado atrás algunos cruces, en la esquina de dos calles apareció la casa. El coche se detuvo.

Yuri Andriéevich sintió que le faltaba el aliento y que su corazón latía apresuradamente cuando, después de haber descendido del simón, se acercó a la entrada y tiró del cordón de la campanilla. Pero la campanilla no emitió sonido

alguno. Nadie acudía a abrir. Yuri Andriéevich tiró de nuevo del cordón. Pero como este segundo intento no produjo ningún resultado, comenzó a golpear la puerta a breves intervalos y con creciente inquietud, hasta que se abrió el portón ante Antonina Alexándrovna. Al principio, los dos se quedaron petrificados por la sorpresa, palidecieron y no pudieron oír sus propias exclamaciones. Antonina Alexándrovna mantenía abierta la puerta sujetándola con la mano y era como si sugiriese un abrazo. Repuestos de su aturdimiento, se lanzaron frenéticamente uno en brazos del otro. E instantes después comenzaron los dos a hablar al mismo tiempo, interrumpiéndose mutuamente.

—Antes que nada: ¿estáis bien?

—Sí, sí, tranquilízate. Todo marcha bien. Te escribí tonterías y debes perdonarme. Pero ya hablaremos. ¿Por qué no telegrafiaste? Márkel te subirá el equipaje. ¡Ah! Comprendo que te hayas preocupado porque no te ha abierto Yegórovna. Está en el campo.

—Estás muy delgada. Pero ¡qué joven y esbelta eres! Voy a despedir al cochero.

—Yegórovna ha ido a buscar harina. Hemos tenido que despedir a los demás. Pero tenemos una criada nueva. No la conoces. Se cuida de Sáshenka y se llama Niusha. No tenemos a nadie más. A todos les hemos dicho que llegarías y están impacientes. Gordón, Dúdorov, todos.

—¿Cómo está Sáshenka?

—Está bien, gracias a Dios. Acaba de despertarse. Si no estuvieras tan lleno de polvo por el viaje, podrías verlo enseguida.

—¿Papá está en casa?

—¿No te lo escribí? Desde la mañana a la noche está en la duma del distrito. Es el presidente, ¿te imaginas? ¿Pagaste al cochero? ¡Márkel! ¡Márkel!

Estaban en medio de la acera, con una maleta y una cesta en la mano, impidiendo el paso, y los peatones, rodeándolos para pasar, los miraban de pies a cabeza y contemplaban el coche que se alejaba y el portal abierto, en espera de ver qué sucedería.

Márkel, con el chaleco puesto sobre su camisa de indiana y en la mano la gorra de portero, acudía corriendo y lanzando exclamaciones.

—¡Santo Dios de los cielos! ¡Es Yura! Sí, sí, el mismo, nuestro aguilucho. Yuri Andriéevich, Yuri Andriéevich, luz de nuestros ojos, no olvidaste a los tuyos y has regresado al hogar. ¡Eh! ¿Qué diantre estáis esperando? ¡Largaos! Aquí no se os ha perdido nada dijo, dirigiéndose a los mirones—. Vamos, circulen, señores. Talmente como si se hubiesen pasmado.

—Buenos días, Márkel, dame un abrazo. Ponte la gorra, condenado. ¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo están tu mujer y tu hija?

—¿Qué quieres que hagan? Crecen, gracias. ¿Que qué hay de nuevo? Mientras tú

hacías el héroe por ahí, tampoco nosotros estábamos mano sobre mano. Se ha armado tal lío que ni el diablo es capaz de entender nada. No se sabe qué pasa. No limpian las calles, no arreglan las casas, las tripas suenan vacías como en los tiempos de ayuno, sin anexiones ni contribuciones.

—Márkel, me quejaré de ti a Yuri Andriéevich. Siempre está de este humor, ¿sabes, Yúrochka? Me saca de quicio este tono estúpido. Sin duda está haciendo un esfuerzo por ti, porque se imagina que esto te gusta. Pero tiene algo metido entre ceja y ceja. Sí, Márkel, no trates de justificarte. Eres un alma negra, Márkel. Ya es tiempo de que sientes cabeza. Diríase que estás al servicio de los comerciantes.

Cuando hubo llevado el equipaje al vestíbulo y cerrado la puerta, Márkel siguió diciendo en voz baja y con tono de complicidad:

—Antonina Alexándrovna se pone furiosa, ya la oíste. Y siempre lo mismo. Me dice: «Oye, Márkel, por dentro estás todo negro como el hollín de las chimeneas. Ahora, dice, ya no eres un niño, ya no eres gozquecillo, un perrito de salón. Ahora ya debes comprender y tener sensatez.» Que eso sea verdad y natural no se lo discuto y, lo creas o no lo creas, hay gente que ha leído el libro sobre el masón que ha de venir, el libro que durante ciento cuarenta años estuvo debajo de una piedra. Y te diré lo que pienso, Yura: nos han vendido, vendido, Yúrochka, ¿comprendes?, vendido y no por una perra chica o gorda, no por un trozo de pan o un paquete de tabaco. Mira, Antonina Alexándrovna no me deja decir una palabra. ¿Lo estás viendo? Me hace señas para indicarme que ya está harta.

Naturalmente que lo estoy. Basta ya. Llévate el equipaje y gracias. Vete, Márkel. Si te necesita, Yuri Andriéevich te llamará.

2

—¡Por fin nos ha dejado en paz! Pero no debes hacerle caso. Es un payaso. Ante los demás se hace el tonto, pero a escondidas está afilando el cuchillo. Sólo que el hipócrita no sabe todavía sobre quién clavarlo.

—Bueno, déjalo tú también. Me parece, simplemente, que está un poco achispado y por esto hace payasadas, nada más.

—Dime más bien cuándo no está borracho. Pero que se vaya al diablo. Tengo miedo de que Sáshenka no haya vuelto a dormirse. Si no fuera por el tifus que se pilla en los trenes... ¿Tienes piojos?

—Creo que no. He viajado cómodamente, como antes de la guerra. ¿Quieres que me lave un poco? Me lavaré ahora de cualquier manera y después lo haré como es debido. Pero ¿adónde vas? ¿Por qué no pasas por el saloncito? ¿Vas por otro lado para subir las escaleras?

—¡Ah, sí! Es verdad que no sabes nada. Papá y yo, después de pensarlo mucho, hemos cedido una parte del entresuelo a la Academia agrícola. Si no, en invierno, no

es posible calentarlo todo. También la parte de arriba resulta demasiado grande. Se la hemos ofrecido, pero por ahora no nos han contestado. Han instalado aquí sus gabinetes de trabajo, herbarios y colecciones de semillas. Con tal de que todas esas semillas no atraigan las ratas... Por el momento conservan bien las habitaciones. Las llaman «superficies habitables». Por aquí, por aquí. ¡Qué poco despabilado eres! Se pasa por la escalera de servicio. ¿Comprendes ahora? Sígueme, te enseñare el camino.

—Hicisteis bien en ceder las habitaciones. También el hospital donde yo trabajaba estaba instalado en una casa señorial. Había interminables filas de habitaciones, en alguna de las cuales el parquet estaba todavía por estrenar. Había macetones con palmeras y por la noche aquellas hojas extendían sobre las camas sus largos dedos, como si fuesen fantasmas. Los heridos que venían del frente les tenían miedo y gritaban dormidos. Hubo que llevarlas a otra parte. Quiero decir que en la vida de la gente rica hay algo morboso. Una infinidad de cosas inútiles. Demasiados muebles, demasiadas habitaciones en las casas, demasiada delicadeza de sentimientos, demasiadas maneras de expresarse. Habéis hecho bien imponiéndoos esas restricciones. Pero todavía no basta. Hay que llegar a más.

—¿Qué es eso que sale de este paquete? Un pico... una cabeza de pato... ¡Qué estupendo! ¡Un pato silvestre! ¿De dónde lo has sacado? ¡No puedo creerlo! En los tiempos que corren resulta una verdadera fortuna.

—Me lo regalaron en el tren. Es una historia larga de contar. Luego te la contaré. ¿Qué te parece, soltamos el paquete y lo llevamos a la cocina?

—Claro. Le diré a Niusha que lo desplume y lo limpie. Para el invierno que viene se anuncia toda clase de horrores, hambre y frío.

—Sí, lo dicen por todas partes. No hace mucho, mirando a través de la ventanilla del tren me preguntaba si podía haber algo más grande que la paz en la familia y el trabajo. Lo demás no depende de nosotros. Es posible que muchos tengan que pasar una mala situación. Algunos piensan refugiarse en el sur, en el Cáucaso o incluso más lejos. Pero un hombre ha de apretar los dientes y compartir la suerte de su país. Eso, para mí, no tiene discusión. Para vosotros es distinto. Me gustaría protegeros contra cualquier desgracia, enviaros a algún lugar más seguro, a Finlandia, por ejemplo. Pero si continuamos parándonos en cada escalón, no llegaremos nunca.

—Espera, escúchame. Hay una novedad. ¡Y qué novedad! Lo había olvidado. Ha llegado Nikolái Nikoláevich.

—¿Qué Nikolái Nikoláevich?

—Tío Kolia.

—¡Tonia! ¡Imposible! ¿Qué buenos vientos lo han traído aquí?

—Ha venido de Suiza. Ha venido dando un rodeo porque se va a Londres. A través de Finlandia.

—¿Qué broma es ésta, Tonia? ¿Lo has visto? ¿Dónde está ahora? ¿No hay posibilidad de ir a buscarlo inmediatamente?

—¡Qué impaciencia! Está en el campo en casa de algún amigo. Prometió volver pasado mañana. Ha cambiado mucho, te llevarás una desilusión. Durante su viaje se detuvo en Petersburgo y se hizo bolchevique. Papá discute constantemente con él hasta quedarse afónico. Pero ¿por qué nos detenemos a cada paso? Vamos. ¿De modo que tú también has oído decir que no nos espera nada bueno, sino dificultades, peligros, lo desconocido?

—Si, yo también he oído decir eso, pero ¡qué vamos a hacer! Lucharemos. No puede ser el fin para todos. Veremos qué hacen los demás.

—Se dice que vamos a quedarnos sin leña, sin agua y sin luz. Cambiarán la moneda. No habrá aprovisionamiento. Otra vez nos hemos parado. Vamos, vamos. Oye, dicen que van muy bien unas estufas de hierro que se venden en una tienda de Arbat. Se puede cocinar utilizando periódicos como combustible. Me han dado la dirección. Tendremos que comprar una antes de que las terminen.

—Bueno. Ya la compraremos. Muy bien, Tonia. Pero háblame de Kolia, del tío Kolia. ¡Me parece mentira!

—Tengo un plan, verás: preparar parte del piso de arriba e instalarnos aquí con papá, Sáshenka y Niusha, en dos o tres habitaciones que se comuniquen, al fondo del piso, y renunciar completamente al resto de la casa. Nos aislaríamos de lo demás como si fuera la calle. Colocaríamos una de esas estufitas de hierro en la habitación de en medio, sacando el tubo por la ventana, y todo se haría en ese cuarto: la colada, la cocina. Sería también el comedor y recibiríamos allí a los amigos. Lo instalaríamos todo para ahorrar calefacción. Si Dios quiere, pasaremos buen invierno.

—¿Cómo no? Naturalmente que pasaremos buen invierno. No hay duda. Es una buena idea. Magnífico. ¿Sabes lo que te digo? Celebraremos tu proyecto. Asaremos mi pato e invitaremos al tío Kolia para la mudanza.

—Me parece muy bien. Le diré a Gordón que traiga alcohol. Lo consigue en un laboratorio. Pero mira: éste es el cuarto de que te hablaba, el que he elegido. ¿Te parece bien? Deja la maleta y ve a buscar la cesta. Aparte del tío Kolia y Gordón, podríamos invitar también a Innokienti y Shura Schlésinger. ¿Estás de acuerdo? ¿Recuerdas dónde estaba nuestro cuarto de baño? Échate algo desinfectante. Yo, mientras tanto, iré a ver a Sáshenka, enviaré a Niusha abajo y, en cuanto sea posible, te llamaré.

3

En Moscú la principal novedad para él fue el niño. Sáshenka acababa de nacer cuando a él lo movilizaron. ¿Qué podía saber de su hijo?

Un día, antes de incorporarse, Yuri Andriéevich estuvo en la clínica para

despedirse de Tonia. Llegó en el momento de dar el pecho a los niños y no lo dejaron entrar.

Para esperar se sentó en el vestíbulo. Mientras tanto, el largo corredor de la sala de recién nacidos, que formaba ángulo con el de la sala de parturientas, se llenó con el lloriqueo de diez o quince voces infantiles. Y las enfermeras, rápidamente, para que los niños no pillaran frío, llevaban a las criaturitas a sus madres para que les dieran el pecho, sosteniéndolas bajo la axila, como si fueran paquetes.

—Ué, ué —lloraban como por obligación los niños en una misma nota y sin darse cuenta.

En aquel coro distinguíase una voz que chillaba igualmente «ué, ué», sin el más pequeño matiz de sufrimiento, pero parecía que ese niño, con su tono más bajo, no lo hacía por obligación, sino con cierta animosidad sombría.

Yuri Andriéevich ya había decidido llamar a su hijo como su suegro, Alexandr. Sin saber por qué, imaginó que era el que lloraba de aquella forma porque aquel era un llanto con un carácter, un llanto que expresaba la índole y el destino de un hombre, un llanto fonéticamente expresivo, que contenía en sí el nombre del niño, Alexandr.

Y no se había equivocado. Como supo luego, el niño que lloraba de aquella forma era Sáshenka. Eso fue lo primero que supo de su hijo.

Luego lo había visto en las fotografías que le enviaban al frente junto con las cartas. En ellas aparecía como un chiquillo alegre, con la cabeza demasiado grande y los labios muy delgados. Con las piernas abiertas sobre una colcha y los brazos levantados, parecía bailar a la cosaca. Entonces tenía un año y aprendía a caminar. Ahora iba a cumplir dos y empezaba a hablar.

Yuri Andriéevich recogió la maleta del suelo, soltó las correas y la abrió sobre una mesa de juego, junto a la ventana. ¿Qué había sido antes aquella habitación? No la conocía. Evidentemente Tonia había retirado de ella los viejos muebles arreglándola de otra manera.

Abrió la maleta para sacar la navaja de afeitar. Entre las pequeñas columnas del campanario de la iglesia que surgía precisamente frente a la maleta, se mostró una clara luna llena. Cuando su luz llegó hasta la maleta, la ropa interior, los libros y objetos de tocador, toda la habitación pareció iluminarse de otro modo y la reconoció.

En otros tiempos fue el cuarto que la difunta Anna Ivánovna destinó para trastero. Allí se amontonaban mesas y sillas rotas, toda clase de cachivaches, el archivo de la familia y los baúles en los que durante el verano se guardaban las prendas de invierno. Cuando ella vivía, el cuarto estaba lleno hasta el techo y a nadie se le permitía entrar en él. Pero con motivo de las fiestas importantes, cuando la casa se llenaba de niños que podían jugar y corretear por el piso de arriba, entonces se abría también aquel cuarto y la chiquillería jugaba en él a los bandidos, se escondía bajo las mesas, se tiznaba la cara con tapones quemados y se disfrazaba.

Durante largo rato permaneció sumido en estos recuerdos, y luego descendió al vestíbulo en busca de la cesta.

Abajo, en la cocina, de rodillas ante el hornillo, Niusha desplumaba el pato sobre una hoja de periódico. Era una muchacha tímida y vergonzosa. Al ver a Yuri Andriéevich con la cesta en la mano, se puso roja como un tomate, se levantó ágilmente sacudiéndose las plumas que se le habían pegado al delantal, lo saludó y se ofreció para ayudarle. El doctor le dio las gracias y le dijo que, se valdría solo.

Apenas hubo entrado en el trastero de Anna Ivánovna, desde el fondo de la segunda o tercera habitación lo llamó su mujer:

—¡Ya puedes venir, Yura!

Fue a ver a Sáshenka. La habitación del niño era la misma en la que, en otros tiempos, él y Tonia estudiaban. El chiquillo que estaba en la camita no resultaba tan bello como en las fotografías, pero, en compensación, era el vivo retrato de la abuela paterna, de María Nikoláevna Zhivago, un retrato realmente sorprendente, el más parecido de todos los retratos que se conservaban de ella.

—Es papá, tu papá. Salúdalo con la manita —dijo Antonina Alexándrovna, apartando la red que rodeaba la cuna, para que el padre pudiera abrazar más cómodamente al niño y tomarlo en brazos.

Sáshenka dejó acercarse al desconocido barbudo, por quien no sentía atracción alguna y más bien le daba miedo. Y cuando el doctor se inclinó sobre él, el chiquillo se levantó de un salto, agarró a Tonia de la blusa y tomando impulso dio una bofetada a su padre. Le aterrorizó tanto su audacia que se arrojó en brazos de su madre, ocultó el rostro en su pecho y se echó a llorar con sollozos amargos e inconsolables, como es el llanto de un niño.

—¡Oh! ¿No te da vergüenza?—le dijo Antonina Alexándrovna—. Esto no se hace, Sáshenka. Papá creerá que Sasha es un niño malo, un granujilla. Demúestrale cómo sabes dar besos. Anda, besa a papá. No llores, no tienes por qué llorar, no seas estúpido.

—Déjalo, Tonia —rogó el doctor Zhivago—. No lo atormentes ni te aflijas. Sé perfectamente lo que estás pensando. Que esto no es normal y que es un mal signo. Son tonterías. Es natural: el niño no me ha visto nunca. Mañana me verá otra vez y me querrá.

Pero salió de la habitación como si hubiese recibido una ducha fría, bajo la impresión de un triste presentimiento.

4

A los pocos días, descubrió hasta qué punto estaba solo. No culpaba a nadie. El lo había querido y lo consiguió.

Sus amigos le parecieron extrañamente descoloridos y apagados. Ninguno había

conservado ni su propia personalidad ni sus propias ideas. Estaban mucho más vivos en su recuerdo. Sin duda les había sobreestimado.

Mientras el orden de cosas permitió a los privilegiados cometer rarezas y ser caprichosos a costa de los no privilegiados, ¡qué fácil había sido considerar originalidad y carácter lo que sólo era extravagancia y ese derecho a ser inútil de que gozaba una minoría a costa de la masa!

Pero apenas la masa se levantó y fueron suprimidas las ventajas de los privilegiados de la buena sociedad, todo el mundo perdió el color que lo caracterizaba, y, sin esfuerzo, renunciaron a una originalidad de pensamiento que jamás habían tenido realmente.

Ahora Yuri Andriéevich sentía cerca solamente a aquellas personas despojadas de énfasis y retórica: su mujer y su suegro, y dos o tres médicos, sencillos y modestos trabajadores.

El banquete del pato rociado con alcohol se celebró, como se había proyectado, dos o tres días después de su llegada, por lo cual tuvo antes tiempo de volver a ver a los amigos. De manera que aquél no fue su primer encuentro.

El pato, que estaba realmente gordo, fue un lujo inaudito en aquellos tiempos de hambre, pero faltaba el pan para acompañarlo, y eso hacía que aquel lujo resultase insensato e incluso irritante.

Gordón llevó el alcohol en una botella de tapón esmerilado. El alcohol era el artículo preferido como intercambio entre los vendedores clandestinos. Antonina Alexándrovna no soltó un instante la botella y, cuando a ella le parecía bien, servía pequeñas dosis que mezclaba más o menos generosamente con agua, según su capricho. La embriaguez que proporciona la absorción de alcohol en cantidades desiguales es para muchos más penosa que una embriaguez fuerte y regular. Y eso también resultaba irritante.

Pero lo más triste era que aquella velada venía a ser una traición, habida cuenta de las condiciones de vida de la época. Efectivamente, no era posible imaginar que, en aquel momento, en las casas del otro lado de la calle, los vecinos comieran y bebieran de la misma forma. Más allá de la ventana se extendía Moscú, oscuro, silencioso y hambriento. Sus tiendas estaban vacías y la gente había olvidado incluso la existencia de cosas como la caza y la *vodka*.

Entonces comprendieron que la vida cuando es igual a la que nos rodea, la vida que se sumerge en la vida de todos sin dejar señal, es verdadera vida, y que la felicidad solitaria no es felicidad, ya que el pato y el alcohol, al ser únicos en la ciudad, no parecían ser ni pato ni alcohol. Y eso era mucho más amargo que cualquier otra cosa.

También los invitados daban pie a melancólicas reflexiones. Gordón había sido un muchacho simpático mientras sus pensamientos fueron oscuros y difíciles y se

expresó de una manera densa, triste e inconexa. Había sido el mejor amigo de Yuri Andriéevich. Sus condiscípulos lo querían de veras.

Pero ahora sentíase satisfecho de sí mismo y había introducido algunas modificaciones poco felices en su fisonomía moral. Habíase hecho audaz, se las daba de despreocupado y siempre tenía algo que contar con la pretensión de que era inteligente. Solía decir: «interesante» y «divertido», palabras que no eran suyas, porque jamás consideró la vida como una distracción.

Antes de que llegase Dúdorov, contó una historia que le pareció divertida: la historia del matrimonio Dúdorov, que circulaba entre los amigos, y que Yuri Andriéevich no conocía aún.

Hacía apenas un año que Dúdorov se había casado, y divorciado después. La gracia de la aventura residía en esto: por error había sido llamado a filas. Mientras se hallaba prestando servicio, antes de que el error se aclarase, su distracción y su irregularidad en saludar a sus superiores le habían valido constantes arrestos. Mucho tiempo después de haber sido licenciado, apenas veía a un oficial, levantaba la mano, tenía alucinaciones y por todas partes creía ver galones y estrellas.

En aquel tiempo no lograba hacer nada a derechas, y cometía lapsus y equivocaciones. Precisamente entonces, en un puerto del Volga, conoció a dos muchachas hermanas que esperaban el mismo barco que él. Parece ser que por una distracción causada por el gran número de militares que se encontraban en aquel lugar y por los recuerdos de sus vicisitudes a propósito del saludo militar, habiéndose enamorado de la mayor, no se fijó bien, y por equivocación se declaró precipitadamente a la más pequeña.

—Divertido, ¿verdad?—preguntó Gordón.

Pero tuvo que interrumpir su relato: tras la puerta se oyó la voz del protagonista de la poco verosímil historia.

En Dúdorov se había producido un cambio completamente opuesto. El hombre aturdido y superficial de antaño se había convertido en un estudioso concentrado en sí mismo.

Cuando fue expulsado del liceo por haber tomado parte en la preparación de una evasión de políticos, durante algún tiempo vagó por diversas escuelas de bellas artes, pero al fin echó raíces en el estudio de humanidades. Retrasado con respecto a sus compañeros, terminó sus estudios durante los años de guerra y se licenció en historia rusa e historia universal. Para doctorarse en una y otra escribió una tesis sobre la política agraria de Iván el Terrible y un ensayo sobre Saint-Just.

Ahora hablaba de todo con una voz baja, como de resfriado, mirando con aire soñador a un punto fijo, sin bajar ni levantar los ojos, como si hablase en una cátedra.

Hacia el final de la velada, cuando Shura Schlésinger irrumpió con su ímpetu de siempre, y todos, ya caldeado el ambiente, gritaban a más y mejor, Innokienti, a quien

Yuri Andriéevich habló de usted incluso cuando eran niños, le preguntó en varias ocasiones:

—¿Ha leído usted *La guerra y el universo* y *La flauta vertebral*?

Yuri Andriéevich le había dicho ya lo que pensaba sobre ello, pero Dúdorov, debido a la general algarabía, no lo oyó y al cabo de un rato volvió a preguntar:

—¿Ha leído *La flauta vertebral* y *El hombre*?

—Ya le respondí, Innokienti. No tengo la culpa de que no me haya oído. Pero se lo repetiré. Maiakovski me ha gustado siempre. Es una especie de continuación de Dostoievski. O mejor dicho: la suya es una poesía más propia de alguno de sus personajes más inquietos y jóvenes, como Hippolit, Raskólnikov o el protagonista de *El adolescente*. ¡Qué talento más abrumador! ¡De qué manera logra decirlo todo, de una vez para siempre y de un modo desordenado, pero totalmente coherente! Y, sobre todo, ¡con qué audacia e impulso lanza todas estas cosas en cara de la sociedad e incluso más lejos, en el espacio!

Pero la atracción de la velada fue, naturalmente, su tío. Antonina Alexándrovna se había equivocado diciendo que estaba en el campo. Nikolái Nikoláevich regresó el mismo día de la llegada de su sobrino y se encontraba en la ciudad. Yuri Andriéevich lo vio ya en dos o tres ocasiones y había logrado hablar con él de todo, sorprenderse y reírse de una infinidad de cosas.

Su primer encuentro tuvo efecto un día gris y bochornoso. Caía una espesa llovizna. Yuri Andriéevich fue a ver a su tío al hotel en que se hospedaba. Entonces las habitaciones de los hoteles se concedían sólo mediante petición hecha a las autoridades de la ciudad. Pero a Nikolái Nikolaévich lo conocían en todas partes, y había conservado sus antiguas relaciones.

El hotel daba la impresión de un manicomio abandonado por una administración en fuga. Por las escaleras y pasillos reinaba el vacío, el caos y la confusión.

Por la amplia ventana de la habitación en desorden veíase la ancha plaza, desierta en aquellos días de desolación, alucinantes como una pesadilla nocturna.

Fue un encuentro extraordinario, inolvidable, realmente memorable. El ídolo de su infancia, el señor de los pensamientos de su adolescencia, hallábase de nuevo ante él, vivo en carne y huesos.

A Nikolái Nikoláevich le sentaban bien los cabellos blancos y el ancho traje de corte extranjero. Su edad y su aspecto lo hacían todavía muy juvenil.

Evidentemente, la inmensidad de los acontecimientos lo había achicado, como ensombrecido. Pero la verdad era que Yuri Andriéevich no podía medirlo con semejante patrón.

Le sorprendió su calma y el tono fríamente burlón con que hablaba de política. Su capacidad de dominarse era superior a la de cualquier ruso en aquellas circunstancias. En esto se evidenciaba que venía del extranjero, y su despego, que saltaba demasiado

a la vista, causaba cierto malestar.

Pero fue muy distinto el sentimiento que llenó las horas que pasaron juntos. Se habían abrazado y echado a llorar, y con el aliento entrecortado por la emoción, interrumpieron con frecuentes pausas su rápido diálogo lleno de entusiasmo.

Temperamentos creadores los dos, vinculados por una misma sangre, habían vuelto a encontrarse a sí mismos. Renació el pasado y revivieron una nueva vida con su torrente de recuerdos comunes o personales. Cuando comenzaron a hablar de lo esencial, de esas cosas familiares a los verdaderos creadores, desaparecieron todos los vínculos que los unían, excepto uno solo: la afinidad existente entre pensamiento y pensamiento, entre dos energías, entre un determinado principio y otro.

En los últimos diez años, Nikolái Nikoláevich no tuvo nunca ocasión, como esta vez, de hablar de manera más lógica y oportuna del goce de crear y de su vocación de escritor. Por su parte, Yuri Andriéevich no había oído nunca opiniones tan exactas y penetrantes ni tan fascinadoramente atractivas como durante esta conversación.

A cada momento los dos lanzaban exclamaciones y paseaban por la habitación apretándose la cabeza entre las manos, por la correspondencia de sus intuiciones, o se detenían junto a la ventana y tamborileaban, sin decir nada, sobre los cristales, turbados por la evidencia material de su recíproca comprensión.

Eso sucedió en el primer encuentro. Luego el doctor Zhivago vio en otras ocasiones a Nikolái Nikoláevich. En sociedad y entre la gente era una persona muy distinta, irreconocible.

Dábase cuenta de que era un huésped en Moscú y no quería renunciar a esta impresión. Por otra parte, no estaba claro si consideraba a Petersburgo u otro lugar cualquiera como si fuese su casa. Le seducía su papel de orador político y conversador deslumbrante. Tal vez imaginaba que en Moscú se abrirían salones políticos como sucedía en París, antes de la Convención, en la casa de Madame Roland.

Visitaba a sus amigas, acogedoras damas que vivían en tranquilas y pequeñas calles moscovitas. Con mucha gracia se burlaba de ellas y de sus maridos, de su medianía, de sus ideas atrasadas y de su costumbre de verlo y considerarlo todo desde su punto de vista personal. Si en otro tiempo había citado libros clandestinos y textos órficos, ahora su erudición se limitaba a lo superficial y periodístico.

Contábase que había dejado en Suiza a una amante joven, negocios en marcha y un libro inacabado, y que vino simplemente a sumirse en la impetuosa borrasca de la patria, para marcharse de nuevo, si salía incólume a la superficie, a sus queridos Alpes. Y nadie entonces volvería a verlo nunca más.

Estaba al lado de los bolcheviques y a menudo hablaba de dos destacados revolucionarios socialistas de izquierda, como si fueran personas de sus mismas ideas: un periodista, que firmaba con el seudónimo de Míroshka Pomor, y la

publicista Silvia Koterí.

Alexandr Alexándrovich Gromeko lo cubría de gruñones reproches:

—Realmente asusta ver hasta dónde has llegado, Nikolái Nikoláevich. Todos esos Míroshka... ¡Gentecilla y nada más! Y la tal Lidia Pokorí...

—Koterí —corregía Nikolái Nikoláevich—. Y además se llama Silvia.

—Me da igual una cosa que otra. Pokorí o Potpourri, no es la palabra lo que importa.

—De todos modos, perdóname que te diga que se llama Koterí —insistía pacientemente Nikolái Nikoláevich.

El y Alexándr Alexandrovich tenían diálogos de este tipo:

—¿Para qué discutir? Es sencillamente vergonzoso tratar de demostrar verdades de este género. Es elemental. Durante siglos la masa del pueblo ha llevado una existencia inimaginable. Coge cualquier manual de historia. Cualquiera que sea su nombre, feudalismo o servidumbre de la gleba, o capitalismo y economía industrial, el carácter innatural e injusto de tal sistema ha sido denunciado hace mucho tiempo y también desde hace mucho tiempo se ha preparado la revolución que debe liberar al pueblo y poner las cosas en su sitio.

—Sabes que no es posible una renovación parcial del pasado, de lo que ya es viejo: hay que arrancarlo de raíz. Acaso esto, como consecuencia, haga que se derrumbe el edificio. ¿Y qué? El hecho de que esto sea terrible no quiere decir que no pueda ser. Es cuestión de tiempo. ¿Cómo es posible discutirlo?

—Pero no se trata de esto. ¿Acaso estoy hablando de semejante cosa? ¿Qué es lo que sostengo?—protestaba Alexandr Alexándrovich.

Y la discusión volvía a ponerse al rojo vivo.

—Tus Potpourris y Miroshkas son gente sin conciencia. Dicen una cosa y hacen lo que les da la gana. Además, ¿dónde está la lógica? No hay coherencia en nada. Espera, que te lo demostraré.

Y buscaba una revista en la que se había publicado un artículo lleno de contradicciones. Para buscarlo, abría y cerraba ruidosamente los cajones de su mesa y todo este ruido despertaba su elocuencia.

A Alexandr Alexándrovich le gustaba que algo le interrumpiese en la conversación, cuando algún obstáculo justificaba sus pausas en su charla, y sus vacilaciones.

En general, su facundia surgía repentinamente cuando buscaba algo que había perdido, por ejemplo uno de los chanclos, en la penumbra de la antesala, o cuando, con una toalla al hombro, se detenía a la entrada del cuarto de baño, o si en la mesa servían un plato pesado, o cuando escanciaba el vino en las copas de sus huéspedes.

Yuri Andriéevich escuchaba encantado a su suegro. Le gustaba mucho aquella manera tan familiar de hablar, canturreando según la antigua forma moscovita, con la

erre suave, semejante a un mayido, tan corriente en todos los Gromeko.

El labio superior de Alexandr Alexándrovich, cubierto por el bigote, montaba ligeramente sobre el inferior, del mismo modo que su corbata de lazo se destacaba sobre el pecho. Había algo de común entre aquel labio y la corbata, algo que prestaba a Alexandr Alexándrovich un aire conmovedor, confiadamente infantil.

Ya avanzada la noche, poco antes de que los invitados se fueran, compareció Shura Schlésinger. Venía directamente de algún mitin, con chaqueta y gorro de obrero. Entró con pasos decididos y estrechó las manos a todos, deshaciéndose al mismo tiempo en reproches y acusaciones.

—Hola, Tonia. Hola, Sániechka. Confesad que es una porquería. Por todas partes he oído decir que ha llegado, todo Moscú habla y yo soy la última en enterarme. ¡Que el diablo os lleve! Se ve que no merezco semejante honor. ¿Dónde está el hijo pródigo? Dejadme pasar. Apartaos de en medio. ¡Hola! Bravo, bravo, lo he leído. No entiendo nada, pero es genial. Se ve enseguida. Nikolái Nikoláevich. Enseguida estoy contigo, Yúrochka. He de hablar larga y particularmente contigo. ¡Hola, muchachos! ¡Ah, también tú, Gógochka!

La última exclamación estaba dedicada a un pariente lejano de los Gromeko, Gógochka, un gran admirador de la fuerza en general. Por su ridiculez y su manera de reírse de cualquier cosa, le llamaban Akulka[33]. Y por su alta estatura, gusano solitario.

—Pero ¿qué cuchipanda es ésta? Enseguida os alcanzo. ¡Ah, señores, señores! No sabéis nada, no veis nada. ¡Con lo que está pasando en el mundo! ¡Hay que ver qué cosas! Id a cualquier mitin popular, con obreros de verdad, con soldados de veras, no sacados de los libros. Intentad decirles que hay que seguir la guerra hasta la victoria. ¡Ya os darán ellos, la victoria! Precisamente acabo de oír a un marino. Te hubieses vuelto loco, Yúrochka. ¡Qué pasión! ¡Qué carácter!

Shura Schlésinger se interrumpió. Todos gritaban, tratando de exponer sus ideas, unos en un sentido y otros en otro. Ella se sentó junto a Yuri Andriéevich, le tomó una mano y, acercando su cara a la de él para que lo oyera mejor, comenzó a hablar en voz alta, siempre en el mismo tono, como si hablase por teléfono:

—Vámonos juntos, Yúrochka. Te haré conocer a la gente. Debes ponerte en contacto con la tierra, ¿comprendes?, como Anteo. ¿Por qué me miras con esos ojos? ¿Qué cosa te sorprende? ¿No sabes, Yúrochka, que soy un viejo caballo de batalla, una vieja «bestuzheviana»?[34]. He conocido las cárceles, he luchado en las barricadas. ¡Claro que sí! ¿Qué te habías creído? ¡No sabemos nada del pueblo! Ahora estoy allí con ellos. Estoy organizando una biblioteca.

Había bebido mucho y estaba un poco achispada. Pero también a Yuri Andriéevich le daba vueltas la cabeza. Por eso no se dio cuenta de que en un instante determinado Shura Schlésinger se encontró en un extremo de la habitación y él en el

otro, en una esquina de la mesa. El estaba de pie y hablaba como a pesar suyo. Pero no lograba que se callase nadie.

—Señores... Yo quisiera... ¡Misha! ¡Gógochka!... ¿Qué puedo hacer, Tonia, si no me escuchan? Señores dejadme decir dos palabras. Se prepara algo nunca visto, algo que jamás ha sucedido. Antes de que sea demasiado tarde, os voy a decir una cosa. Cuando eso llegue, Dios quisiera que no nos perdamos los unos a los otros ni nos perdamos a nosotros mismos. Gógochka, espera un momento antes de gritar tus vivas. No he terminado aún. Dejad de hablar y escuchadme.

»En este tercer año de guerra el pueblo ha adquirido la convicción de que más tarde o más temprano desaparecerán los límites entre el frente y la retaguardia, que un mar de sangre lo inundará todo, anegando incluso a aquellos que, previéndolo, se han atrincherado y fortificado en la retaguardia. Este mar de sangre será la revolución.

»Mientras ella se desencadene os parecerá, como nos pareció a nosotros en la guerra, que la vida se ha interrumpido, que se acabó todo lo personal y que ya no existe nada sobre la tierra, excepto matar y hacerse matar. Y si vivimos lo bastante para leer recuerdos y memorias de esta época, tendremos la convicción de haber vivido en cinco o diez años mucho más que algunos hombres en un siglo.

»Yo no sé si el pueblo mismo será el que se levante y se ponga en marcha, o si todo se hará en su nombre. En acontecimientos de esa importancia, ni siquiera puede confiarse en una lógica dramática. A pesar de todo, yo tendré confianza. Es una mezquindad buscar las causas de acontecimientos gigantescos. No las hay. Las disputas domésticas tienen su génesis: después de haber andado a la greña o haberse tirado los platos a la cabeza, uno se esfuerza en saber quién ha empezado. Pero lo realmente grande, como el universo, no tiene principio. Lo que es grande llega sin que se haya visto venir, como si siempre hubiera estado ahí, o como si hubiese caído del cielo. Yo también creo que corresponde a Rusia ser el primer imperio socialista desde la creación del mundo. Cuando esto suceda, durante mucho tiempo estaremos aturdidos, y cuando nos recobremos, se nos habrá perdido su recuerdo. Habremos olvidado una parte del pasado y no trataremos de explicarnos lo imposible. El orden nuevo nos será tan familiar como el bosque en el horizonte y las nubes sobre nuestras cabezas. Nos rodeará por todas partes. Y no habrá nada más.

Siguió hablando y se disipó su embriaguez. Pero continuaba sin comprender del todo lo que hablaban a su alrededor y respondía a la buena de Dios. Veía que era objeto de una general manifestación de afecto, pero no lograba liberarse de la tristeza que lo dominaba y hacía distinto a los demás. Dijo:

—Gracias, gracias. Comprendo vuestros sentimientos. No los merezco. No hay que apresurarse en querer a nadie, como si uno tuviera que precaverse ante el temor de que llegue un día en que se ame demasiado.

Todos rieron y aplaudieron, considerando estas palabras como una broma adrede,

mientras él hubiese deseado desaparecer a causa de una sensación de pena inminente, de dolor, presintiendo casi su futura impotencia, a pesar de su sed de bien y su disposición a la felicidad.

Los huéspedes se apresuraron a salir. Todos tenían en la cara huellas de cansancio y, abriendo y cerrando la boca con sus bostezos, recordaban a los caballos.

Mientras se despedían, alguien levantó la cortina de la ventana. La abrieron. Apareció un alba grisácea, un cielo húmedo lleno de sucias nubes de color terroso con verdosos reflejos.

—Mientras estábamos charlando, ha debido desencadenarse una tormenta —dijo alguien.

—Por la calle, al venir, me sorprendió la lluvia. Llegué justamente a tiempo de salvarme de ella —confirmó Shura Schlésinger.

Por la calle desierta y todavía oscura se oía el tecleo de las gotas que caían de los árboles y el insistente piar de los gorriones mojados.

Sonó un trueno, como si una reja hubiese trazado un surco en el cielo, y todo volvió al silencio. Luego resonaron cuatro golpes sonoros, retardados, imprevistos como esas grandes patatas que se desprenden en otoño de la tierra removida con la pala.

El trueno limpió de polvo y humo la habitación. De pronto, como en la electrólisis, se manifestaron los elementos de que está compuesta la vida: agua, aire, el deseo de ser feliz, tierra y cielo.

Las voces de los invitados que se alejaban, continuando la discusión, llenaron la calle. Las voces fueron alejándose y menguando, hasta que se extinguieron.

—¡Qué tarde es! —dijo Yuri Andriéevich—. Vamos a acostarnos. Realmente, en todo el mundo no quiero más que a dos personas: a ti y a tu padre.

5

Transcurrió agosto y finalizaba el mes de septiembre. Acercábase lo inevitable. Con la proximidad del invierno advertíase que algo fatal se preparaba para el universo de los hombres. Era como una parálisis invernal, que se notaba en el aire y en todas las conversaciones. Había que prepararse para el frío, hacer provisión de alimentos y de leña. Pero en esos días en que triunfaba el materialismo, la materia se había convertido en un concepto, y el «problema alimenticio» y el «problema del combustible» acabaron con los conceptos alimentación y leña.

En la ciudad la gente se hallaba tan desamparada como los niños ante lo desconocido que se avecinaba, y que amenazaba con echar abajo todas las costumbres adquiridas y dejar tras de sí la devastación, aunque esta misma fuese un producto de la ciudad y obra de sus habitantes.

Todos fantaseaban y hablaban sin ton ni son. La buena vida burguesa, ya sin

apoyo, se debatía y arrastraba, siguiendo una vieja costumbre. Pero el doctor Zhivago veía las cosas sin falsos optimismos: no podía ocultarse que la vida de otro tiempo, incluso él mismo y su mundo, estaban condenados. Le esperaban duras pruebas y tal vez el fin. Veía extinguirse los contados días que les quedaban.

Hubiera enloquecido a no ser por las pequeñas molestias de la existencia, los trabajos y las preocupaciones. Su mujer, su hijo, la necesidad de procurarse dinero constituían su salvación. Lo sacaba a flote lo cotidiano: las costumbres, el trabajo y las visitas a los enfermos.

Comprendía que era un pigmeo ante la monstruosa máquina del futuro y tenía miedo. Amaba ese futuro y, en secreto, estaba orgulloso de él. Por última vez, como si se despidiera, miraba con ojos ávidos las nubes y los árboles, la gente que caminaba por las calles, la gran ciudad rusa que luchaba contra las desventuras. Estaba dispuesto a ofrecerse como holocausto para que todo fuera mejor, pero no podía hacer nada.

Contemplaba el cielo y los transeúntes preferentemente desde el centro de la calzada, cruzando Arbat a la altura de la farmacia de la Sociedad de Médicos, en la esquina de la calle Starokoniúshnaia.

Había vuelto a prestar servicio en su antiguo hospital que, en espera de que se le diera una denominación apropiada, continuaba llamándose Krestovozdvízhenskaia[35], aunque hubiese sido disuelta ya la sociedad de este nombre.

También en el hospital había comenzado la disgregación. Los moderados, cuya obtusa mente indignaba al doctor, lo consideraban peligroso. A los otros, los políticamente avanzados, no les parecía, en cambio, lo suficientemente radical. De este modo él no se encontraba ni entre unos ni entre otros. Alejándose de una orilla, no había llegado aún a la otra.

En el hospital, además de sus obligaciones profesionales, el director le había confiado el control de la estadística. ¡Cuántos formularios, encuestas y cuestionarios tuvo que examinar, y rellenar cuántas órdenes de pago! La mortalidad, la evolución de las epidemias, la situación económica del personal, su grado de conciencia cívica y la medida de su participación en las elecciones, la insuficiencia de combustible, de alimentos, de medicinas, todo interesaba a la Dirección General de Estadística, que para todo exigía una respuesta.

El doctor Zhivago trabajaba sentado ante su antigua mesa de despacho, junto a la ventana de la sala de médicos, y ante él había montones de diversos modelos de impresos. A veces, en ocasión de bruscas inspiraciones, junto con sus notas médicas diarias redactaba su «Juego de los hombres», especie de sombrío diario, o bien apuntes cotidianos, compuesto de prosas y versos y de todo lo que le sugería su idea de que la mitad de la humanidad había dejado de ser ella misma y no se sabía qué papel representaba.

La sala de médicos, luminosa y soleada, con las paredes pintadas de blanco, bañábase a aquellas horas en la luz dorada del sol de otoño, tan característico de los días que siguen a la Asunción, cuando en la mañana crujen los primeros hielos, y los paros invernales y las picazas revolotean por los bosquecillos multicolores y luminosos, cuyo follaje comienza a clarear. En estos días el cielo alcanza una altura extrema y, a través de la diáfana columna de aire que se yergue entre él y la tierra, llega desde el norte un helado esplendor azul oscuro. Aumenta la visibilidad y la audición de todas las cosas del mundo. Las distancias transmiten sus sonidos con una sonoridad helada, precisa y distinta. Las lejanías se aclaran como si descubrieran a los ojos, y para muchos años, toda la vida. No se podría soportar esta rarefacción si no durase tan poco tiempo, si no llegara al final de una corta jornada de otoño, en el umbral de un precoz crepúsculo.

Con esta luz se llenaba la sala, una luz de sol otoñal que se vuelve pronto jugosa, acuosa y cristalina, como una manzana demasiado madura.

El doctor, sentado junto a la ventana, mojaba la pluma en el tintero, reflexionaba y escribía, mientras afuera volaban muy cerca ciertos pájaros silenciosos. Sus tácitas sombras proyectadas en la estancia cubrían las manos móviles del médico, la mesa con los impresos, el pavimento y las paredes, y tácitamente desaparecían.

—El arce pierde las hojas —dijo, al entrar, el disector, un hombre robusto en otros tiempos y que ahora, enflaquecido, tenía la piel fláccida y vacía—. Le han caído encima aguaceros y lo han zarandeado los vientos sin lograr debilitarlo. Y ha bastado una sola helada matutina...

El doctor levantó la cabeza. Efectivamente, los misteriosos pájaros que pasaban ante la ventana no eran otra cosa que las rojas hojas del arce, que volaban abandonándose suavemente en el aire y como curvadas estrellas de oro iban a posarse sobre el prado del hospital.

—¿Ha puesto masilla en las ventanas?—preguntó el disector.

—No —dijo Yuri Andriéevich, sin dejar de escribir.

—¿Por qué? Ya es tiempo.

Yuri Andriéevich no respondió, absorto en su trabajo.

—Lástima que ya no esté Tarasiuk —continuó el disector—. Era un hombre que tenía mano de oro para estas cosas. Lo arreglaba todo, las botas y los relojes. Todo lo sabía hacer. Y, por si fuera poco, hasta proporcionarse lo que necesitaba. Pero ya es tiempo de arreglar las ventanas. Tendremos que hacerlo nosotros mismos.

—No hay masilla.

—Habrá que hacerla. Yo tengo aquí la receta —y le contó cómo fabricaba la masilla, con aceite de linaza y yeso—. Pero siga trabajando. Le estoy estorbando.

Se retiró hacia la otra ventana y comenzó a manipular sus frascos y preparados. Anochecía. Al poco rato dijo:

—Se estropeará la vista. Ya es oscuro. Y no dan la luz. Vámonos a casa.

—Trabajaré un poco más. Unos veinte minutos.

—Su mujer está aquí, entre las asistentas del hospital.

—¿La mujer de quién?

—La mujer de Tarasiuk.

—Ya lo sabía.

—Y no se sabe dónde está él. Siempre anda por ahí. Este verano se dejó ver un par de veces en el hospital. Ahora está en el campo. Está creando las bases de una nueva vida. Es uno de esos soldados bolcheviques que se ven en las calles y los trenes. ¿Quiere saber cuál es el misterio? El de Tarasiuk, por ejemplo. Escuche. Es un artista en todo. No hay nada que pueda salirle mal. Haga lo que haga, todo lo hace bien. Lo mismo le ha ocurrido en la guerra. La estudió como un oficio cualquiera y se ha convertido en un tirador formidable en las trincheras: vista y pulso de primera. Ha logrado toda clase de menciones, pero no por su valor, sino por su tiro infalible. En fin, cualquier trabajo le apasiona. De este modo se ha enamorado también del oficio militar. Ha visto que las armas son una fuerza y ha tomado un arma. También él ha querido convertirse en una fuerza. Un hombre armado no es solamente un hombre. Antiguamente, los que eran como él pasaban de traidores a bandidos. Que intenten quitarle ahora su fusil. De pronto se dijo: «Basta de luchar», y todo eso. Y dejó de luchar, esta es toda la historia. Este es su marxismo.

—El más auténtico, el que nace con la vida misma. ¿Qué creía usted que era?

El disector volvió a su ventana y comenzó a mover las probetas. Luego preguntó:

—¿Cómo va el nuevo fumista?

—Gracias por habérmelo enviado. Es un hombre muy interesante. Discutimos una hora sobre Hegel y Benedetto Croce.

—Ya me lo imagino. Es doctor en filosofía por la universidad de Heidelberg. ¿Y la estufa?

—Es mejor no hablar de ella.

—¿Suelta humo?

—Horrores.

—Debió colocar mal el tubo. Hay que fijarlo con mástique en la estufa. Seguramente se habría limitado a encajarlo en el embocadero.

—Es una estufa holandesa. Pero hay que ver cómo humea.

—Esto significa que no funciona bien el tiro. Habrá pasado el tubo por el canal de ventilación. O por la boca de aire. ¡Si estuviera aquí Tarasiuk! Tenga paciencia. En un día no se hizo Moscú. Encender una estufa no es lo mismo que tocar el piano. Hay que aprender. ¿Hizo usted provisión de leña?

—¿Dónde encontrarla?

—Yo le mandaré al guarda de una iglesia. Es un ladrón de leña. Destroza las

empalizadas para venderlas como combustible. Pero le prevengo que hay que regatearle. Pide mucho. O si quiere le enviaré a una mujer de la desinfección.

Bajaron a la portería, se pusieron los abrigos y salieron.

—¿Por qué una mujer de la desinfección? No tenemos chinches.

—¿Y qué tienen que ver las chinches con esto? Hablo de una cosa y usted de otra. No hablo de chinches, sino de leña. Esa mujer tiene una empresa comercial. Compra casas y derribos de madera para hacer combustible. Es una abastecedora seria. Cuidado, no tropiece. ¡Qué oscuridad! En otros tiempos hubiera podido pasearme con los ojos cerrados por este barrio. Conocía cada piedra. Precisamente he nacido aquí. Pero luego empezaron a echar abajo las empalizadas, y ya no reconozco nada aunque vaya con los ojos muy abiertos, como si me encontrase en una ciudad extranjera. Pero, en compensación, ¡qué hermosos rincones han salido a la luz! Casitas de estilo imperio entre pequeños jardines, veladores de jardín y bancos medio podridos. No hace muchos días pasaba precisamente junto a uno de estos sitios, en el cruce de tres calles. ¿Qué diría usted que vi? A una viejecita centenaria que estaba escarbando la tierra con su bastón. «Dios te proteja abuelita (le dije). ¿Buscas gusanos para ir a pescar?» Naturalmente que se lo dije en broma. Y ella, con toda seriedad, me respondió: «No, jovencito, busco setas.» Y la verdad es que ahora la ciudad es como un bosque. Huele a hojas marchitas y a setas.

—Conozco ese rincón. Está entre las calles Seriébriani y Molchánovka, ¿verdad? Siempre que paso por ahí me suceden cosas inesperadas. O me encuentro con alguien a quien no he visto en veinte años, o descubro algo. Según se dice, en esa esquina se suele desvalijar a los transeúntes. No es de extrañar: parece el lugar más apropiado. Hay una red de callejuelas que comunican con los antros de la plaza Smoliensk. Atacan y roban a su gusto. ¡Y cualquiera da luego con el ladrón!

—¡Y como los faroles dan tan poca luz! No se ve ni gota.

6

La verdad es que al doctor Zhivago le sucedían en aquella esquina las cosas más insospechadas. Avanzado ya el otoño, poco antes de los combates de octubre, una noche oscura y fría, tropezóse en aquella esquina con un hombre que yacía sin conocimiento en la acera. Estaba tendido con los brazos abiertos, la cabeza apoyada en un guardacantón y las piernas en la calzada. De vez en cuando se lamentaba débilmente. En respuesta a las preguntas que el doctor le hizo mientras trataba de reanimarlo, murmuró algo ininteligible y volvió a perder el sentido. Tenía la cabeza herida y ensangrentada, pero los huesos estaban intactos, según observó Zhivago en un rápido examen. Sin duda había sido víctima de una agresión.

—Mi cartera, mi cartera —murmuró dos o tres veces. Desde una farmacia de Arbat el doctor telefoneó al viejo cochero que prestaba servicio en el

Krestovozdvízhenski e hizo trasladar al desconocido al hospital.

Resultó ser un político muy nombrado. El doctor lo curó y durante muchos años tuvo en él un protector que, en aquella época llena de desconfianza y terror, le evitó muchas dificultades.

7

Era domingo. Yuri Andriéevich no tenía servicio en el hospital. En la casa de Sívtsev Vrázhek, habían sido arregladas ya las tres habitaciones para el invierno, tal como lo proyectó Antonina Alexándrovna.

Era un frío y oscuro día de viento con bajas nubes de nieve.

La estufa estaba encendida desde por la mañana y las habitaciones comenzaban a llenarse de humo. Antonina Alexándrovna, que no entendía nada de estufas, daba consejos inútiles y erróneos a Niusha, que luchaba con leña húmeda que no ardía. El doctor, que había comprendido lo que debía hacer, intentó intervenir, pero su mujer lo empujó suavemente por los hombros y lo sacó fuera de la habitación, diciendo:

—Vete. Estamos que ya no podemos más, y, como de costumbre, intervienes en el momento menos oportuno. ¿No te das cuenta de que con tus observaciones no haces otra cosa que echarle aceite al fuego?

—Aceite, aceite, Tónechka. ¡Sería magnífico! ¡La estufa se encendería en un santiamén! Lo malo es que no veo ni el aceite ni el fuego.

—No es éste el momento más adecuado para bromear. Comprende que no tenemos la cabeza para estas cosas.

La estufa que no quería encenderse echaba por tierra todos los proyectos del domingo. La familia esperaba acabar su trabajo de manera que les quedara libre la tarde, y ahora todo se iba al cuerno. El almuerzo tendría que esperar y, por si fuera poco, quien quisiera lavarse la cabeza con agua caliente ya no podría hacerlo.

A poco el humo fue tan denso que se hacía imposible respirar. Un fuerte viento rechazaba el humo dentro de la habitación, donde se había formado ya una densa nube fuliginosa, como un encantamiento en medio de un bosque dormido.

Entonces Yuri Andriéevich mandó a todos a las demás habitaciones y abrió la ventana. Quitó de la estufa la mitad de la leña y entre los troncos que quedaban en el interior, practicó un paso para el aire y metió pequeñas ramas y corteza de abedul.

A través de la ventana penetró en la estancia el aire fresco, que empezó a jugar con las cortinas. Desde la mesa volaron al suelo algunos papeles. El viento sacudió una puerta distante y, formando remolinos en los rincones, comenzó a perseguir los restos de humo, como un gato persigue un ratón.

La leña se encendió y empezó a crepitar. La estufa se llenó de llamas. En su cuerpo de hierro comenzaron a formarse círculos incandescentes como las manchas rojas de un tísico. El humo fue cediendo y se disipó del todo.

La estancia se iluminó más. Las ventanas, cuyas rendijas Yuri Andriéevich, siguiendo las instrucciones del disector, había tapado con masilla, empezaron a lagrimear. El cálido y graso olor de la masilla llenó el aire como una oleada. Pero el olor fue dominado por el de las astillas que se secaban junto a la estufa: el olor amargo y áspero de la corteza de abedul, y el del álamo verde que olía como un agua de tocador.

Fue entonces cuando Nikolái Nikoláevich entró en la habitación, como una corriente de aire a través de la ventana.

Hay tiros en la calle —anunció—. Los *junkers,* que apoyan al Gobierno provisional están luchando con los soldados de la guarnición, que apoyan a los bolcheviques. Hay casi un combate en cada esquina, y los focos de insurrección son innumerables. Por la calle, al venir aquí, me he encontrado dos o tres veces en un cuerpo a cuerpo, una vez en la esquina de la Bolshaia Dmítrovka y otra cerca de la Puerta de Nikitski. No es posible venir a tu casa directamente. Hay que dar un rodeo. Pronto, Yura, vístete y salgamos. Hay que ver esto. Es la historia. No sucede más que una vez en la vida.

Pero se quedó charlando un par de horas. Cenaron luego y cuando se disponía a salir para regresar a su casa acompañado por el doctor Zhivago, compareció Gordón. Entró en la misma forma que Nikolái Nikoláevich y con las mismas noticias.

Mientras tanto, los acontecimientos siguieron su curso. Gordón era portador de nuevos detalles: el tiroteo se había hecho mucho más intenso, habían muerto algunos transeúntes y la circulación estaba interrumpida. Por un verdadero milagro pudo llegar hasta la casa, pero ahora el camino estaba bloqueado.

Nikolái Nikoláevich no le hizo caso e intentó sacar la nariz a la calle, pero retrocedió inmediatamente: la calle, en efecto, estaba bloqueada y silbaban las balas arrancando de las esquinas pedazos de ladrillo y estuco. En las calles no se veía un alma.

En aquellos días Sáshenka se puso malo.

—He dicho cien veces que no tengas al niño cerca de la estufa —exclamó Yuri Andriéevich—. Un calor excesivo es mucho peor que el frío.

Al niño se le había inflamado la garganta y tenía mucha fiebre. Manifestaba un terror primitivo y sobrenatural a las náuseas y los vómitos, cuya sensación parecía experimentar a cada momento. Para impedir que Yuri Andriéevich le mirase la garganta, rechazaba su mano armada con el laringoscopio, cerraba la boca y gritaba hasta ahogarse. Todas las persuasiones y amenazas fueron inútiles. De pronto, distraídamente, abrió la boca en un bostezo: su padre aprovechó esta circunstancia para meterle en la boca, con un movimiento instantáneo, una cuchara. Le bajó la lengua y logró ver las inflamadas amígdalas, cubiertas de placas. Yuri Andriéevich se alarmó.

Poco después, maniobrando de la misma forma, logró extraer un poco de mucosidad de la garganta del chiquillo. Con el microscopio que se había construido Alexandr Alexándrovich, hizo su examen. Afortunadamente no era difteria.

Pero por la noche, Sáshenka tuvo un ataque de falsa difteria. Ardía de fiebre y se ahogaba. Yuri Andriéevich no podía mirar a su hijo. Sentíase impotente para aliviar sus sufrimientos. Antonina Alexándrovna estaba convencida de que su hijo se moría. Lo tomaron en brazos y lo pasearon por la habitación. Eso pareció aliviarle.

Había que encontrar leche, agua mineral o bicarbonatada para él. Pero era el momento culminante de la lucha en las calles. El tiroteo, al que se mezclaban ya los cañonazos, no cesaba un instante. Si Yuri Andriéevich, arriesgando su vida, hubiera logrado pasar al otro lado de la zona del fuego, no habría encontrado nada. Hasta que no se hubiese resuelto la situación, la ciudad no daría señales de vida.

Pero ya se comprendía cómo acabaría todo. Decíase por todas partes que los obreros llevaban ventaja. Todavía luchaban grupos aislados de *junkers*, privados ya de todo contacto con ellos mismos y con el mando.

El barrio de Sívtsev Vrázhek hallábase en el centro de operaciones de las unidades revolucionarias que, procedentes de Dorogomílovo, presionaban hacia el centro. Los soldados procedentes de la guerra con Alemania y los jóvenes obreros instalados en las trincheras abiertas a través de la calle conocían a la gente que vivía en las casas circundantes y, como buenos vecinos, charlaban con los que sacaban las cabezas por las puertas o salían a la calle. En aquel lugar de la ciudad se había reanudado la circulación.

Gordón y Nikolái Nikoláevich abandonaron la residencia forzosa de los Zhivago, donde habían permanecido tres días. Yuri Andriéevich agradeció su presencia en aquellos penosos días de la enfermedad de Sáshenka, y Antonina Alexándrovna les perdonó la complicación que su permanencia había representado para ella. Pero como demostración de gratitud por su hospitalidad, los dos se creyeron obligados a hablar sin descanso, y Yuri Andriéevich estaba ya tan fatigado al cabo de tres días de palabras inútiles, que sintió alivio cuando los vio marchar.

8

Se supo que llegaron felizmente a casa. Sin embargo, pudieron comprobar que los rumores que hablaban de calma habían sido prematuros. Los combates continuaban en algunos puntos. Determinados barrios se habían hecho inaccesibles y, por el momento, el doctor Zhivago no podía ir al hospital, al cual comenzaba a echar de menos. Allí, en uno de los cajones de la sala de médicos, estaban sus apuntes y su «Juego».

Solamente en determinadas zonas y en la contigüidad de su casa la gente salía por la mañana a buscar pan, y acosaban a los transeúntes que llevaban botellas de leche

para preguntarles dónde la habían adquirido.

A veces el tiroteo se reanudaba en toda la ciudad, poniendo en fuga a los transeúntes. Todos intuían que entre ambos bandos celebrábanse unas conversaciones, cuyo desarrollo se reflejaba en el tiroteo, que a veces se intensificaba o atenuaba.

Precisamente hacia finales de octubre, según el viejo calendario, a las diez de la noche, Yuri Andriéevich caminaba apresuradamente por la calle. Sin que fuera muy necesario, iba a ver a un colega que vivía en la vecindad. Aquellos lugares, a menudo muy transitados, estaban desiertos. No se veía a casi nadie.

Yuri Andriéevich caminaba muy de prisa, y ya había perdido la noción del camino recorrido cuando de pronto comenzó a nevar intensamente. Era una de esas nevadas que se extienden a su gusto por los campos, pero que en las ciudades se debaten prisioneras, sin salida, entre las casas.

Había una secreta correspondencia entre lo que ocurría en los mundos moral y físico. Cerca y lejos, sobre la tierra y en el aire. Oíanse resonar, aislados, los últimos cañonazos de una resistencia agonizante. En el horizonte resplandecían los débiles reflejos rojos de los incendios dominados. La borrasca retorcía blancos anillos de humo y círculos de nieve pulverizándose a los pies de Yuri Andriéevich, sobre las aceras y el pavimento mojado.

En una esquina, un chiquillo que llevaba bajo el brazo un montón de periódicos recién impresos, se le adelantó, gritando:

—¡Últimas noticias!

—Quédate con la vuelta —dijo el doctor.

Dificultosamente el chiquillo sacó de la brazada un diario, lo puso en la mano de Yuri Andriéevich y desapareció corriendo entre la tormenta, con la misma rapidez con que había aparecido.

El doctor se acercó a un farol que surgía a dos pasos y se dispuso a echar una ojeada a los titulares.

La edición extraordinaria, impresa sólo en una cara del papel, publicaba un comunicado del Gobierno de Petersburgo:

«La constitución del Consejo de Comisarios del pueblo, la instauración en Rusia del poder soviético y la implantación de la dictadura del proletariado.»

A continuación se publicaban los primeros decretos del nuevo poder constituido y diversas informaciones transmitidas por teléfono y telégrafo.

La borrasca le hería los ojos y le hacía confundir las líneas del periódico en una gris y crujiente harina de nieve. Pero eso no le impidió la lectura. La histórica solemnidad de aquel momento lo había trastornado y no conseguía recobrarse.

Miró a su alrededor buscando un lugar iluminado donde hallarse al amparo de la nieve y poder leer los comunicados. Advirtió entonces que se encontraba en su

mágico cruce, en la esquina de las calles Seriébriani y Molchánovka, ante la entrada de una casa de cinco pisos, con puerta de cristales y un amplio zaguán iluminado con luz eléctrica.

Entró y, en el fondo del zaguán, se detuvo bajo una bombilla, para leer las noticias del periódico.

Arriba, sobre su cabeza, se oyó un rumor de pasos. Alguien bajaba por la escalera y a menudo se detenía indeciso. Efectivamente, de pronto, como si hubiera cambiado de idea, se volvió y subió corriendo. Oyóse abrir una puerta y brotó una oleada de confusas voces, tan deformadas por el eco que no era posible adivinar si eran masculinas o femeninas. Luego la puerta se cerró y la misma persona echó decididamente a correr escaleras abajo.

Yuri Andriéevich, completamente sumido en la lectura, con los ojos fijos en el periódico, no pensaba levantarlos y mirar al desconocido. Pero éste llegó abajo corriendo y se detuvo repentinamente. Yuri Andriéevich levantó la cabeza y lo miró.

Ante él había un muchacho de unos veinte años vestido con una rígida y doble pelliza de piel de reno con el pelo por fuera, como se llevan en Siberia, y con un gorro de la misma piel. Tenía el rostro bronceado y los ojos rasgados de los kirguises. En su rostro había un no sé qué de aristocrático, una chispa fugaz, esa figura casi escondida que parece importada de muy lejos y que se encuentra en las personas de sangre mixta.

El muchacho se quedó evidentemente cortado: sin duda había tomado a Yuri Andriéevich por otra persona. Lo miró con un terror salvaje, como si supiese quién era y no se atreviese a dirigirle la palabra. Para poner fin a la incertidumbre y quitarle cualquier deseo de acercarse a él, Yuri Andriéevich lo miró fríamente de pies a cabeza.

El joven se turbó y, sin decir nada, se dirigió hacia la salida. Una vez en la puerta se volvió. Luego abrió el pesado portón y salió a la calle. Cerró la puerta con el pie y desapareció.

Poco después salió también Yuri Andriéevich. Había olvidado al muchacho y a la persona a cuya casa se dirigía. Estaba abstraído en lo que acababa de leer y se dirigió a su casa. Por la calle le ocurrió otra cosa, muy insignificante, pero que en aquellos días constituía un hecho de gran importancia.

Cerca de casa, en la oscuridad, tropezó con un gran montón de vigas que impedía el paso por la acera. Había allí, en la calle, algún organismo oficial al que evidentemente habrían llevado aquel combustible, vigas procedentes del derribo de una casa de la periferia. No cabían todas en el patio y ocupaban parte de la calle. Un centinela armado de un fusil montaba la guardia, paseando por el patio y saliendo de vez en cuando a la calle.

Sin pensarlo dos veces, Yuri Andriéevich aprovechó el momento oportuno: el

centinela había entrado otra vez en el patio y una ráfaga de viento llenó el aire de un torbellino de nieve.

Por el lado de la sombra, adonde no llegaba la luz del farol, acercóse al montón de maderos. Suavemente tiró de un pesado tronco de los que estaban abajo. Cuando lo libró de los demás se lo cargó al hombro, y, sin sentir siquiera su peso, se lo llevó a su casa, a Sívtsek Vrázhek, avanzando al amparo de los sombríos muros.

El madero llegaba en un buen momento porque en la casa se había terminado la leña. Lo cortaron e hicieron una montaña de astillas. Yuri Andriéevich se puso de rodillas para encender la estufa y hallábase silencioso ante la portezuela tintineante y estremecida, cuando Alexandr Alexándrovich acercó una butaca y se sentó para calentarse. El doctor sacó el periódico del bolsillo de la chaqueta y se lo entregó a su suegro, diciendo:

—«¿Vio usted esto? Lea, lea.

Sin cambiar de postura y sin dejar de remover la leña en la estufa con un pequeño atizador, Yuri Andriéevich comenzó a hablar para sí en voz alta:

—¡Qué magistral operación quirúrgica! Echar mano del bisturí y sajar tan maravillosamente todos los viejos abscesos. Sin equívocos y con toda sencillez se liquida una injusticia secular que estaba acostumbrada a recibir inclinaciones, reverencias y toda clase de homenajes. Y en la forma en que todo esto ha sido llevado hasta el final, sin vacilaciones, hay algo que pertenece a nuestra tradición nacional, algo familiar y de costumbre. Algo de la luz absoluta de Pushkin, el anunciador, y de la impecable fidelidad a la realidad de un Tolstoi.

—¿Pushkin has dicho? Espera. Déjame terminar. No es posible leer y escuchar al mismo tiempo —lo interrumpió Alexandr Alexándrovich, creyendo que Yuri Andriéevich se dirigía a él con aquellas palabras dichas para su capote.

—¿Cuál ha sido el golpe genial en todo esto? Si alguien hubiese recibido la misión de crear un mundo nuevo, de empezar un nuevo cómputo de los años, en primer lugar necesitaría un espacio limpio. Esperaría que terminasen los viejos siglos, antes de emprender la construcción de los nuevos, necesitaría una cifra redonda, una línea en blanco y un país virgen. Y ya ves. Eso no ha ocurrido nunca, ese prodigio de la historia, esa revelación surge de pronto en la vida diaria que continúa, y sin consideraciones con respecto a ella. No ha comenzado desde el principio, sino desde la mitad, sin una fecha elegida de antemano, mientras los tranvías recorren la ciudad. En eso reside su mayor genialidad. Lo sublime sólo puede manifestarse de esta manera: intempestiva y oportunamente al mismo tiempo.»

9

Llegó el invierno tal como se esperaba. Fue menos espantoso que los dos inviernos que vinieron después, pero resultó de la misma especie, oscuro, de hambre y frío,

quebrantando toda costumbre, rehaciendo todos los fundamentos de la existencia y obligando a los hombres a toda clase de esfuerzos sobrehumanos para sujetarse a una vida que se escapaba.

Aquellos inviernos terribles fueron tres, que se sucedieron uno tras otro. Pero no todo lo que parece haber ocurrido entre 1917 y 1918 acaeció realmente entonces, sino más tarde. Los tres inviernos se fusionaron entre sí y resultaba difícil distinguir uno de los otros.

Todavía no coincidían la antigua vida y el orden nuevo. Entre una y otro no existía la furibunda hostilidad que hubo un año más tarde, cuando la guerra civil, pero faltaba una vinculación. Eran dos planos distintos, separados, uno frente a otro, que no lograban encontrarse.

Por todas partes se procedía a nuevas elecciones administrativas: en los inmuebles, organizaciones, despachos y servicios públicos. Sus dirigentes cambiaban. Por doquier se nombraron comisarios con poderes ilimitados, hombres de voluntad de hierro, con negras chaquetas de cuero, armados con revólveres y puñales, que raramente se afeitaban y más raramente dormían.

Conocían perfectamente a los pequeños poseedores de títulos del Estado, producto de la pequeña burguesía, pequeños burgueses serviles, y sin ninguna piedad, con una ironía diabólica, los trataban como ladronzuelos pillados en flagrante delito.

Lo removían todo, como ordenaba el programa, y las empresas y asociaciones, una tras otra, se hicieron bolcheviques.

El hospital Krestovozhdvízenski se llamaba ahora «Hospital reformado número 2». En él se habían verificado algunos cambios: una parte del personal fue puesta en la calle, pero muchos se marcharon espontáneamente considerando poco ventajoso continuar prestando allí sus servicios. Eran los médicos que se ganaban muy bien la vida, con clientela a la moda, niños mimados por la sociedad, enfáticos y charlatanes. No dejaron de dar a sus dimisiones, provocadas por motivos de lucro, un significado político, y comenzaron a tratar con desprecio, casi a boicotear a los que se habían quedado en el hospital, entre ellos a Zhivago.

Por la noche, marido y mujer tenían largas conversaciones.

—No olvides pasar el miércoles por la oficina de la sociedad de médicos y recoger las patatas heladas. Hay dos sacos. Ya te diré a qué hora estaré libre para ayudarte. Es conveniente que vayan dos personas para transportarlas en el trineo.

—De acuerdo. Así lo haremos, Yúrochka. Pero ahora duerme. Es tarde. No es posible estar en todo. Debes descansar.

—Hay una epidemia. El agotamiento general debilita la resistencia de los organismos. A ti y a papá da miedo veros. Hay que hacer algo. Sí, pero ¿qué? Nos preocupamos demasiado poco de nosotros mismos. Debemos tener más cuidado. Escúchame. ¿Estás dormida?

—No.

—Por mí no me preocupa nada: tengo siete vidas. Pero si, contra todo lo previsible, cayera enfermo, no hagas tonterías, por favor, y no me dejes en casa. Llévame enseguida al hospital.

—¡Qué dices, Yúrochka! ¡Dios nos asista! ¿Por qué ser pájaro de mal agüero?

—Recuerda que hoy se acabaron ya las personas honradas y los amigos. Y más aún los «personajes importantes». Si sucediera algo, confía solamente en Pichuzhkin. Naturalmente, si él sale con bien de todo esto. ¿Estás dormida?

—No.

—Esos condenados se han ido para ganar más y quieren hacer creer que lo han hecho por sentimientos de conciencia civil, por sus principios. Cuando te encuentras con ellos casi no te dan la mano. «¿Trabajas con ellos?», y fruncen el ceño. Y yo les digo: «Sí, trabajo con ellos y no se lo tome a mal, pero me siento orgulloso de nuestras privaciones y respeto a las personas que nos hacen el honor de infligírnoslas».

10

Durante mucho tiempo la mayoría de la gente se alimentaba casi por lo general con mijo cocido en agua y sopa de pescado hecha con cabezas de arenques. El resto del arenque, asado, hacía de segundo plato. Se comía cebada y trigo en grano, con lo que además se hacían gachas.

Una profesora amiga de Antonina Alexándrovna había enseñado a ésta a cocer pan negro en la estufa holandesa. Este pan que, con más levadura, podía ser vendido en parte y proporcionar un pequeño beneficio, permitía utilizar la estufa de grandes dimensiones como en el pasado. Eso evitaba la tortura de la estufa de hierro, que humeaba, calentaba poco y no mantenía el calor.

A Antonina Alexándrovna le salía muy bien el pan, pero no conseguía venderlo. Hubo que renunciar a la esperanza de beneficio y volver a usar la estufa abandonada. La miseria reinaba en la casa de los Zhivago.

Una mañana Yuri Andriéevich había salido, como de costumbre, a sus quehaceres. En casa quedaban solamente dos troncos de leña. Puesta la pelliza, en la cual su debilidad le hacía sentir frío incluso cuando no lo hacía, Antonina Alexándrovna salió «de caza».

Durante media hora vagó por las calles adyacentes, por las que pasaban algunos campesinos con legumbres y patatas procedentes de los pueblos cercanos a la capital. Esto requería suerte, porque a veces estos campesinos eran detenidos y se les confiscaba su carga.

Por último encontró lo que buscaba. Un muchacho robusto, vestido con una larga pelliza de piel de camello, caminando al lado de Antonina Alexándrovna y

arrastrando un trineo ligero como un juguete, la acompañó hasta el patio de los Gromeko.

Dentro del trineo de madera de tilo, bajo una estera, estaba oculto un montón de troncos de abedul, no mayores que los balaustres de los balcones de moda de las casas del siglo pasado, que se ven en viejas fotografías. Antonina Alexándrovna sabía lo que valía esa mercancía: era, evidentemente, abedul, pero de la peor calidad, troncos recién cortados, cuando la madera estaba verde, inadecuados para el fuego. Pero no se podía elegir ni discutir.

En cinco o seis viajes el joven campesino le llevó a casa la leña, y, a cambio, cargó sobre el trineo el armarito de espejos de Antonina Alexándrovna. Un regalo para su novia. Al irse, mientras se ponían de acuerdo sobre el valor de una próxima entrega de patatas, se informó del precio de un piano que había junto a la puerta.

A su regreso, Yuri Andriéevich no discutió la adquisición de su mujer. Hubiese sido más razonable y conveniente haber hecho pedazos el armario, con lo cual hubiesen dispuesto de leña seca para quemar. Pero les habría faltado valor.

—¿Viste la nota que había sobre la mesa?—le preguntó Tonia.

—¿Del director del hospital? Ya me lo dijeron. He de ir a visitar a un enfermo. Iré enseguida. Descansaré un poco y me voy. Pero está un poco lejos. Al otro lado de la Puerta de Nikitski. Tengo la dirección.

—¿Has visto que proponen unos extraños honorarios? Lee la nota. Una botella de coñac alemán o un par de medias de mujer por cada visita. Tengo la impresión de que, de esta forma, tratan de atraerte. ¿Quiénes serán? Demuestran tener muy mal gusto y una ignorancia absoluta de los tiempos que corremos. Deben de ser nuevos ricos.

—Sí, se trata de un *zagotóvchchik*.

Llamábanse así, además de los concesionarios y comisionistas, los pequeños empresarios, a quienes el Estado, que había suprimido el comercio privado, trataba con cierta indulgencia en los momentos de escasez, y con los que estipulaba a veces algunos contratos para distintos aprovisionamientos.

Entre ellos no figuraban ni los patronos desposeídos de las antiguas firmas, ni los grandes propietarios, que todavía no se habían repuesto del golpe recibido. En cambio, esa categoría incluía a los especuladores del momento, surgidos gracias a la guerra y la revolución: gente nueva y sin arraigo.

Después de haber tomado un sorbo de agua caliente mezclada con leche y endulzada con sacarina, el doctor se dirigió a la casa del enfermo.

La acera y la calzada estaban sepultadas por una gruesa capa de nieve que cubría enteramente las calles entre las dos hileras de casas, llegando en ciertos puntos hasta la altura de las ventanas de los pisos bajos. Sobre aquella extensión se movían inciertas y silenciosas sombras, que se arrastraban de regreso a sus casas o

transportaban en el trineo algunas menguadas provisiones. Los vehículos habían desaparecido casi por completo.

Aquí y allá, en los edificios, subsistían aún los viejos letreros, ahora ya carentes de significado. Cooperativas y tiendas estaban cerradas e igualmente sus escaparates o, mejor dicho, hallábanse condenados y desiertos.

Cerradas y abandonadas no sólo por falta de mercancías, sino también porque todo estaba reorganizándose, incluso el comercio. Por el momento esta reorganización se había realizado sólo en líneas muy generales y las tiendas estaban consideradas organismos de importancia secundaria.

11

La casa a la que el doctor había sido llamado hallábase al fondo de la calle Briétskaia, cerca de la *Tvérskaia zastava*[36].

Era un viejo edificio de ladrillos, tipo cuartel, con un patio interior y galerías de madera que rodeaban en tres filas las construcciones posteriores.

Los inquilinos estaban reunidos en una asamblea general, en presencia de un representante femenino del soviet del barrio, cuando vieron llegar una comisión militar que controlaba los permisos de uso de armas de fuego y requisaba las no autorizadas. El jefe del grupo había rogado a la delegada que no se fuera, asegurando que el registro no les llevaría demasiado tiempo y que los inquilinos podrían volver a reunirse en cuanto hubiesen terminado.

Cuando el doctor se acercó a la puerta, el registro estaba a punto de finalizar y faltaba solamente el piso donde esperaban a Zhivago. Un soldado con el fusil en bandolera, que estaba de guardia al pie de los escalones, se negó terminantemente a dejarlo pasar, pero intervino en la discusión el jefe del grupo, que ordenó que no se crearan dificultades al doctor, y dijo que continuaría el registro en cuanto él hubiera efectuado la visita.

El doctor Zhivago fue recibido por el dueño de la casa, un muchacho muy amable, de rostro bronceado y melancólicos ojos oscuros. Estaba muy agitado por diversos motivos: la enfermedad de su mujer, el registro y un respeto reverente por la medicina y sus representantes.

Para ahorrar tiempo y trabajo al médico, trataba de hablar del modo más conciso posible. Pero su misma prisa hacía largas y confusas sus frases.

El piso estaba arreglado con una mezcla de lujo y de mal gusto, con cosas compradas a la buena de Dios para invertir el dinero que se iba desvalorando vertiginosamente. Al lado de muebles chocantes y absurdos había descabalados objetos de arte. El dueño de la casa sostenía que su mujer tenía una enfermedad nerviosa contraída a causa de un susto. Con muchos detalles superfluos contó que había comprado por poco precio un viejo carrillón descompuesto, que hacía mucho

tiempo que dejó de funcionar. Lo compraron únicamente como una curiosidad, una obra maestra de la industria relojera —y acompañó al doctor a la estancia vecina para enseñárselo—, dudando de que tuviese arreglo. Y el caso es que aquel reloj que durante muchos años había estado parado, comenzó a marchar, hizo funcionar su sonería, un complicado minué, y después volvió a pararse. El joven contó que su mujer se quedó aterrorizada, creyendo que había sonado su última hora, y ahora estaba en cama, delirante, no comía, no bebía y ni siquiera le reconocía a él.

—¿De manera que usted cree que se trata de un choc nervioso?—preguntó Yuri Andriéevich con tono de duda—. ¿Dónde está la enferma?

Entraron en la habitación de al lado, de cuyo techo pendía una lámpara de porcelana. En el centro del dormitorio había una gran cama de caoba con una mesita de noche a cada lado. Con las sábanas hasta la barbilla, yacía en ella una mujercita de grandes ojos negros. Al verlos entrar sacó el brazo de entre las sábanas y esbozó, para alejarlos, un ademán que hizo deslizar hasta los hombros las mangas de su peinador. No reconoció a su marido y, como si no hubiese nadie en la habitación, comenzó a cantar las primeras estrofas de una melancólica canción que la conmovió e hizo llorar. Gimoteaba como una niña, diciendo que quería volver a casa. Cuando el doctor se acercaba a ella, no se dejaba tocar y le volvía la espalda.

—Habría que reconocerla —dijo Yuri Andriéevich—. De todos modos, la enfermedad me parece lo suficientemente clara. Se trata de tifus, bastante grave por cierto. La pobre debe sufrir mucho. Le aconsejo que la ingrese en un hospital. No se trata de comodidades, que usted puede ofrecerle, sino de ejercer un control médico continuo, necesario en las primeras semanas de enfermedad. ¿Podría procurarse un coche o, en caso necesario, un trineo para trasladarla al hospital, tapándola bien, naturalmente? Le extenderé el certificado.

—Puedo hacerlo. Lo intentaré. Pero espere. ¿Cree usted realmente que es tifus? ¡Qué espantoso!

—Desgraciadamente.

—Tengo miedo de perderla si la saco de casa. ¿No podría cuidarla aquí, efectuando a diario las visitas que sean necesarias? Estoy dispuesto a pagar lo que sea.

—Ya le he dicho que lo importante es un control médico continuo. Siga mi consejo. Procúrese a toda costa un coche y yo le extenderé el certificado para su ingreso en el hospital. Será mejor que se lo entregue al comité de vecinos. Además, es necesario el timbre del comité del inmueble y alguna otra formalidad.

12

Los inquilinos que ya habían sufrido el interrogatorio y el registro iban regresando poco a poco, cubiertos con chales y pellizas, al local sin calefacción de un antiguo

almacén de huevos, ocupado ahora por el comité de aquella manzana.

Había en un ángulo una mesa de despacho y algunas sillas, insuficientes para tanta gente. Por eso se habían colocado alrededor, como asientos, las largas cajas de huevos, puestas de canto. En el rincón opuesto se alzaba una montaña de cajas que llegaba hasta el techo. En otro de los rincones se amontonaban heladas virutas amazacotadas por el contenido de los huevos rotos. En ese montón se movían ruidosamente las ratas, e incluso a veces se arriesgaban a asomarse al empedrado suelo para retroceder enseguida y refugiarse de nuevo entre las virutas.

A cada incursión de los roedores una inquilina gruesa y chillona se encaramaba dando alaridos sobre una de las cajas. Con dedos graciosamente separados, levantaba una punta de su falda y pateaba furiosamente con sus pies calzados con botas de moda, y con voz ronca gritaba:

—¡Olka, Olka! ¡Todo está infestado de ratas! ¡Ah, maldita! ¡Ay, ay, ay! Esa condenada me ha visto y se enfurece. Que no se meta debajo de la falda. ¡Tengo miedo, tengo miedo! ¡Eh, señores, vuelvan la cabeza! ¡Oh, perdónenme! Olvidaba que ya no hay señores, y que debo decir camaradas ciudadanos.

La mujer que armaba todo aquel alboroto vestía un abrigo de astracán, desabrochado, bajo el cual oscilaban como capas de gelatina, la doble papada, el pecho abundante y el vientre cubierto de un traje de seda. Comprendíase que en otros tiempos debió de haber sido considerada una belleza entre los comerciantes de tercer orden y sus dependientes. Las fisuras de sus ojos porcinos, con los párpados hinchados, apenas se abrían. En tiempos inmemoriales, una rival le había arrojado vitriolo a la cara, pero ella pudo esquivarlo y solamente dos o tres gotas de ácido le señalaron la mejilla izquierda y la comisura de los labios, dejando unas pequeñas huellas que ella consideraba que realzaban su encanto.

—No chilles, Jrapúguina. Así no hay modo de trabajar —decía la mujer sentada tras la mesa de despacho, presidenta del soviet del barrio, que acababa de ser elegida presidenta de la reunión.

Los viejos inquilinos de la casa la conocían hacía tiempo y también ella los conocía a todos muy bien. Antes de que hubiese comenzado la reunión había charlado confidencialmente en voz baja con la vieja Fátima, mujer del portero, que antes vivía con su marido y sus hijos en un chiribitil infecto y ahora, junto con su hijo, se había trasladado al segundo piso a dos habitaciones llenas de luz.

—¿De acuerdo, Fátima?—había preguntado la presidenta.

Fátima se lamentaba de no poder bandearse ella sola en una casa tan grande y llena de gente y de que nadie la ayudase en su trabajo: sus inquilinos no querían saber nada de la prestación vecinal que les obligaba a tomar parte en la limpieza del patio y de la calle.

—Tú no hagas nada, Fátima. Nosotros les meteremos mano, estate tranquila.

¿Qué comité sería éste? ¿Cómo es posible semejante cosa? Aquí se esconden criminales, gentes de dudosa moralidad que viven sin haber pasado por el registro.

Disolveremos el comité y nombraremos otro. Yo haré que seas administradora de la casa. Pero tú no te eches atrás.

La portera le había suplicado que no hiciera nada, pero ella no le prestó oídos. Miró a su alrededor y, considerando que ya se había reunido bastante gente, ordenó que se callaran todos y con unas palabras de introducción comenzó el debate. Después de haber condenado la ineficacia del anterior comité de la casa, propuso señalar los candidatos para proceder a la elección de otro y seguidamente pasó a otras cuestiones. Agotadas también éstas, dijo:

—Por lo tanto, camaradas, hablemos francamente. Vuestra casa es grande y resulta adecuada para un alquiler colectivo. De todas partes llegan a Moscú delegados para convenios y deliberaciones y no se sabe dónde meterlos. Por consiguiente, se ha decidido poner la casa a disposición del soviet del barrio, como alojamiento para los delegados que vengan a la ciudad, y darle el nombre del camarada Tivierzin, el cual, como todos saben, vivió en esta casa antes de ser deportado. ¿Hay algo que objetar? Y ahora pasemos a discutir la desocupación de esta casa. No es una medida urgente. Tenéis un año por delante. A disposición de los inquilinos trabajadores pondremos otra casa, pero advertimos a los no trabajadores que se la busquen ellos. Damos doce meses de tiempo.

—¿Y quién no trabaja aquí? Trabajamos desde que vivimos en esta casa. Todos somos trabajadores —gritaron por todas partes.

Pero una voz se alzó sobre las demás para decir:

—¡Esto sí que es chauvinismo! Ahora todas las nacionalidades son iguales. Ya sé por dónde vas.

—Que no hablen todos al mismo tiempo, porque no sé a quién contestar. ¿De qué nacionalidades hablas? ¿Qué tienen que ver con esto las nacionalidades, camarada Valdyrkin? Ahí tienes, por ejemplo, a la Jrapúguina, no es precisamente una nacionalidad y, sin embargo, se la desalojará también.

—¿Desalojarme a mí? ¡Veremos quién me desaloja! ¡Diván destripado! ¡Enchufista! —comenzó a gritar la Jrapúguina, lanzando contra la delegada, en el ímpetu de su ira, una serie de imprecaciones sin sentido.

—¡Víbora! ¡Tipejo! ¿No te da vergüenza?—le reprochó la portera.

—Tú no te metas, Fátima. Me defenderé yo sola. Cállate, Jrapúguina. Se te da el dedo y te tomas la mano. O te callas inmediatamente o te denuncio a los organismos militares, sin esperar a que te metan mano por fabricar *samogón*[37] y por tener un tugurio.

El alboroto se generalizó. Nadie lograba hacerse oír. En aquel momento entró el doctor. Al primero que vio junto a la puerta le rogó que le indicase alguien que

perteneciera al comité de la casa. Aquél hizo bocina con las manos y, por encima de la ruidosa algarabía, gritó, silabeando:

—¡Ga-liú-lli-na! Ven Acá. Preguntan por ti.

El doctor Zhivago no podía dar crédito a sus oídos. La portera se acercó: era una mujer flaca, vieja y ligeramente encorvada. Le sorprendió la extraordinaria semejanza de la madre y el hijo. Pero, sin darse a conocer, manifestó:

—Una de sus inquilinas —y le dijo el nombre— está enferma de tifus. Es preciso tener mucho cuidado para no extender el contagio. Además, convendría trasladarla al hospital. Yo le extenderé el certificado, al que el comité debe poner el visto bueno. ¿Qué hay que hacer?

La portera creyó que se trataba del traslado de la enferma y no de llenar los requisitos del certificado.

—El soviet del barrio dispone de un coche que no tardará en venir a recoger a la camarada Diómina —respondió la mujer—. La camarada Diómina es una buena persona. Yo hablaré con ella y le pediré que nos preste el coche. No te preocupes, camarada doctor, nos llevaremos a tu enferma.

—No me refería a eso. Quería solamente que me dejaran un rincón para extender el certificado. Pero si disponen también de coche... Perdóneme, pero ¿no es usted la madre del teniente Osip Himazeddínovich Galiullin? Estuve en el frente con él.

La portera se estremeció y se puso pálida. Agarró al doctor de un brazo y le dijo:

—Salgamos afuera. Hablaremos en el patio.

Una vez fuera, comenzó a decir rápidamente:

—Hablas demasiado alto. Dios quiera que no hayan oído nada. Yusupka ha tomado el mal camino. Piénsalo tú mismo: ¿quién es Yusupka? Era un aprendiz, un obrero. Yusupka debía comprender que los pobres viven mejor ahora. Hasta lo ve un ciego. No cabe discutirlo. Yo no sé lo que piensas, a ti, quizá, te sea posible, pero para Yusupka es un pecado. Que el buen Dios le perdone. El padre de Yusupka murió de soldado. Lo mataron como... No le dejaron ni cara ni manos ni piernas.

No tuvo fuerzas para continuar y, haciendo con la mano un vago ademán, esperó que le pasara la agitación que se había apoderado de ella. Luego continuó:

—Vamos. Ahora te proporcionaré el coche. Sé quién eres. Él estuvo aquí dos días y me lo contó. Me dijo que conoces a Lara Guichard. Una buena chica. Recuerdo que venía por aquí. Dios sabe cómo será ahora. ¿Quién puede saber quién es uno mismo? ¿Es posible que los señores vayan contra los señores? Pero es mala cosa para Yusupka. Vamos a pedir el coche. Nos lo facilitará la camarada Diómina. ¿Sabes quién es la camarada Diómina? Olia Diómina, que estaba de oficia-la en la tienda de modas de la madre de Lara Guichard. Es ésa. También es de aquí. De esta casa. Vamos.

Había oscurecido ya del todo. Noche por todas partes. Sólo el blanco círculo de la luz de la lamparilla de bolsillo de Diómina saltaba, cinco pasos más allá, de un montón de nieve a otro, y confundía la vista más que iluminaba el camino. Por todas partes era de noche y la casa se había quedado atrás, la casa donde tanta gente conocía a Lara, donde ella había sido niña, donde, según se decía, su marido, Antípov, estudió cuando era niño.

Diómina hablaba al doctor con un tono protector y burlón:

—¿Continuarás de veras sin luz? ¿Eh? Puedo prestarte la mía, si quieres, camarada doctor. En otros tiempos fui su amiga, cuando éramos chiquillas las dos, y la quería mucho. Tenían un taller, un taller de costura. Yo era entonces aprendiza. La vi este año. Estuvo aquí, en Moscú, de paso. Le dije: «¿Dónde vas, estúpida? Podrías quedarte. Viviríamos juntas. Ya te buscaré trabajo.» Pero ¡qué va! No le dio la gana. Cosas suyas. Se enamoró de Pasha, pero con el cerebro, no con el corazón. Desde entonces está un poco ida. Al final se fue.

—¿Qué piensas de ella?

—Cuidado, que por aquí se patina. Me he cansado de decirles que no echen el agua sucia delante de las puertas. Y como si hablaras a la pared. ¿Qué pienso de ella? ¿Qué dejo de pensar? ¿Qué quieres que piense? No tengo tiempo para esas cosas. Vino aquí. No le dije que su hermano, que era militar, fue fusilado, según se cuenta. A su madre, mi antigua patrona, le echaré una mano y quizá la salve. Me desviviré por ella. Bueno, ya hemos llegado. Hasta la vista.

Se separaron. La luz de la lamparilla de Diómina se metió por una escalera de piedra y corrió hacia arriba iluminando las mugrientas paredes. El doctor Zhivago se vio rodeado por la oscuridad. A la derecha extendíase la calle Sadóvaia-Triunfálnaia, y a la izquierda la Sadóvaia-Kariétnaia. En el negro espacio, sobre la negra nieve, no había más calles en el sentido recto de la palabra, sino algo parecido a dos veredas practicadas en la espesa *taiga* de los edificios de piedra en hileras sin fin, como se encuentran en los impenetrables bosques de los Urales y Siberia.

En su casa halló luz y calor.

—¿Cómo vienes tan tarde?—preguntó Antonina Alexándrovna. Y sin esperar su respuesta, continuó—: Mientras estabas fuera ocurrió una cosa extraña. Algo inexplicable. Olvidé decirte que ayer papá rompió el despertador y estaba desesperado. Era el último reloj de la casa. Se puso a arreglarlo y comenzó a hacer cosas con él, pero no logró nada. El relojero de la esquina ha pedido un precio inaudito por la reparación: tres libras de pan. ¿Qué hacer? Papá estaba como loco. Y de pronto, imagínate, hace cosa de una hora, empezó a sonar un timbre de una forma penetrante y ensordecedora. Era el despertador. Decidió ponerse en marcha.

—Es la hora del tifus, que ha sonado para mí —bromeó Yuri Andriéevich, y contó la historia de la enfermera y el carillón.

14

Pero no enfermó de tifus hasta mucho tiempo después. Mientras tanto fueron empeorando las condiciones de la familia Zhivago. Hallábanse en la extrema miseria y no había modo de levantar cabeza. Yuri Andrieévich buscó al político a quien salvó de una agresión tiempo atrás. Este hizo cuanto pudo, pero ahora, después de la iniciación de la guerra civil, se hallaba de viaje. Además, consecuente con sus propias convicciones, consideraba naturales las dificultades del momento y no confesaba que también él sufría hambre.

Yuri Andriéevich trató incluso de ver al especulador de la *Tviérskaia Zastava*. Pero hacía tiempo que había desaparecido sin dejar huellas, y lo mismo sucedió con su mujer, una vez estuvo curada. Los inquilinos de la casa habían cambiado. Diómina estaba en el frente. Yuri Andriéevich tampoco encontró a Galiúllina, convertida ahora en administradora del inmueble.

Un día recibió un bono oficial para recoger leña al precio de tasa. Pero tenía que ir a buscarla a la estación de Vindavski. A lo largo de la interminable calle Meschánskaia acompañó al carretero y al jamelgo que arrastraban aquella inesperada riqueza. De pronto el doctor comenzó a observar que la calle era muy distinta, se dio cuenta de que se tambaleaba y que sus piernas no podían sostenerlo. Comprendió que le había llegado la hora: era el tifus. El carretero lo recogió del suelo. Zhivago había perdido el conocimiento cuando fue llevado a su casa, tendido entre los troncos.

15

Estuvo delirando durante dos semanas, salvo muy breves intervalos. Le parecía ver que Tonia había puesto sobre su mesa de despacho las dos calles Sadóvaia: a la izquierda la Sadóvaia-Kariétnaia y a la derecha la Sadóvaia-Triunfálnaia, y que había acercado demasiado la lámpara encendida, ardiente y roja. En las calles había luz. Se podía trabajar y él estaba escribiendo.

Escribía con pasión y facilidad extraordinaria lo que siempre había deseado escribir, y ahora lo conseguía. Sólo a veces lo molestaba un muchacho de pequeños ojos kirguises y una doble pelliza de reno, desabrochada, como las que se llevan en Siberia o los Urales.

Era evidente que aquel muchacho representaba el espíritu de su muerte. Pero ¿cómo podía ser su muerte y ayudarlo a escribir un poema? ¿Es posible recibir una ayuda de la muerte? ¿Acaso puede ser ayuda la muerte?

El tema de su poema no era la resurrección o el entierro, sino los días transcurridos entre una y otro. Titulábase «Desfallecimiento».

Hacía mucho tiempo que deseaba escribir cómo la tierra negra e hirviendo de gusanos se lanzaba al asalto de la inmortal encarnación del amor, precipitándose

contra su fuego y sus terrores, con el ímpetu de la resaca que cubre las playas. Así durante tres días la negra tormenta de tierra lo azotó todo furiosamente y después se había retirado.

Dos versos lo atormentaban: «Contentos de rozarlo» y «Hay que despertarse».

Contentos de rozar el infierno y la disgregación y la descomposición y la muerte, y, no obstante, al mismo tiempo, «contenta de rozar» también la primavera, Magdalena y la vida. Y «Hay que despertarse». Hay que despertarse y levantarse, resucitar.

16

Comenzó a mejorar. Primero, como aturdido, no buscaba el vínculo de las cosas, lo aceptaba todo, no recordaba nada, ni de nada se sorprendía. Su mujer lo alimentaba con pan blanco y mantequilla y le daba para beber té azucarado y café. Había olvidado que todo eso era completamente imposible en aquellos tiempos. Estaba contento a la vista de alimentos tan exquisitos: eran como la poesía, como un cuento de hadas, como si fueran los alimentos normales para un convaleciente. Pero en cuanto se dio cuenta, le preguntó a su mujer.

—¿De dónde ha salido todo esto?

—Te lo manda Grania.

—¿Qué Grania?

—Grania Zhivago.

—¿Grania Zhivago?

—Sí, Yevgraf, tu hermano de Omsk. Tu hermanastro. Cuando delirabas venía siempre a verte.

—¿Con una doble pelliza de piel de reno?

—Sí, sí. ¿De modo que te diste cuenta aunque delirabas? Te encontró en la escalera de una casa. Lo sé porque me lo ha dicho él. Sabía quién eras y se hubiese dado a conocer, pero ¡le infundiste tanto miedo! Te adora, lee siempre tus cosas. Es capaz de sacar maravillas de debajo de las piedras. Arroz, pasas, azúcar. Ahora ha vuelto a su tierra. Quiere que vayamos allá. Es un hombre extraño y enigmático. A mi entender, debe de estar muy bien relacionado con las autoridades. Dice que durante un año o dos conviene abandonar las grandes ciudades y «volver a la tierra». Le pedí consejo sobre las tierras de los Krueger. Le pareció muy bien. Se trata de cultivar un huerto y tener cerca un bosque. No es posible morir así, mansamente, como bestias.

En abril de aquel año toda la familia Zhivago partió para los lejanos Urales, hacia la antigua tierra señorial de Varyki no, cerca de Yuriatin.

VII
EL VIAJE

1

Eran los últimos días de marzo, los primeros días templados del año, falsos anunciadores de la primavera, a los cuales cada año sucede un fuerte descenso de temperatura.

En la casa de los Gromeko hacíanse a toda prisa los preparativos para el viaje. Ante los numerosos inquilinos que llenaban la casa, más numerosos que los gorriones en la calle, los Zhivago disimularon aquellos preparativos como una limpieza general que se hace antes de Pascua.

Yuri Andriéevich era contrario a la partida, pero no se oponía a los preparativos, porque consideraba irrealizable la empresa y esperaba que en el último instante todo quedase en proyecto. Pero las cosas fueron adelante y llegó el día en que se habló seriamente de ello.

En un consejo de familia que se convocó precisamente para esto, manifestó de nuevo a su mujer y a su suegro las dudas que tenía.

—¿De manera que seguís pensando que me equivoco y que hay que marchar?— preguntó, luego de haber expresado sus objeciones.

Su mujer tomó la palabra:

—Tú dices que hay que bandearse como sea durante uno o dos años, y que cuando la cuestión agraria se resuelva, será posible conseguir una buena parcela de terreno cerca de Moscú y plantar legumbres. Pero no aportas ningún consejo sobre la manera de salir adelante mientras tanto. Y para mí esto es lo más importante. Me gustaría saber tu opinión.

—Es una verdadera locura —dijo Alexandr Alexándrovich, apoyando a su hija.

—Bien está, me rindo —respondió Yuri Andriéevich—.

Lo único que me preocupa es lo desconocido. Nos lanzamos a ojos cerrados, dando palos de ciego sin tener la menor idea del lugar adonde vamos a ir. De las tres personas que viven en Varsykino, dos, mamá y la abuela, no son de este mundo. La tercera es el abuelo Krueger y, suponiendo que esté con vida, habrá sido retenido como rehén, o estará en la cárcel.

»No sé muy bien lo que hizo de sus bosques y su fábrica en el último año de la guerra. Tengo para mí que realizó una venta ficticia a un hombre de paja o a un banco y que todo se registró a nombre de un tercero. ¿Sabemos algo de eso? ¿De quién son las tierras, no en el sentido de la propiedad efectiva, que eso es lo de menos, sino quién es el responsable de ellas? ¿Cómo se administran? ¿Se explota el bosque? ¿Trabajaban las fábricas? En fin, ¿quién manda hoy allí y quién mandará cuando

lleguemos?

»Para vosotros el áncora de salvación está en Mikulitsyn, de quien tanto habláis. Pero ¿quién os dice que este viejo administrador esté vivo todavía y se encuentre aún en Varyrkino? ¿Y qué sabemos de él, sino que el abuelo pronunciaba mal su nombre y por eso lo recordamos?... Pero ¿para qué discutir? Habéis decidido ir, pues vamos. No hay motivo para demorar la partida.

2

Para informarse, Yuri Andriéevich se dirigió a la estación de Yaroslav.

La multitud de personas que deseaban partir estaba contenida por barreras de madera colocadas por todas partes en la estación. Sobre el pavimento de piedra yacía mucha gente envuelta en capotes grises que se volvía ya de un lado, ya del otro, y tosía y esputaba. Cuando hablaban, lo hacían en voz muy alta, sin tener en cuenta la intensidad con que resonaban las voces bajo las sonoras bóvedas.

La mayor parte eran convalecientes del tifus, los cuales, por el exceso de enfermos, eran puestos en la calle al día siguiente de la última crisis. También Yuri Andriéevich, como médico, se había visto en la necesidad de adoptar tal medida, pero no suponía que fuesen tantos aquellos infelices y que las estaciones les sirvieran de refugio.

—Proporciónese una orden de viaje —le dijo un mozo de cuerda que llevaba un mandil blanco—. Hay que intentarlo todos los días. Hoy los trenes son una rareza, una casualidad. Y naturalmente... —el mozo frotó el dedo pulgar de su mano derecha con el índice y el medio—. Un poco de harina, alguna cosilla... Si no se unta, no hay nada que hacer. Esto —y se dio una palmadita en la garganta— es muy respetable.

3

Por aquel entonces, Alexandr Alexándrovich fue invitado a tomar parte en algunas consultas extraordinarias del Consejo Superior de Economía, y Yuri Andriéevich fue llamado a la cabecera de un miembro del gobierno, gravemente enfermo. Los dos recibieron la mejor remuneración que podía desearse entonces: unos bonos para un almacén de reserva, el único que existía entonces.

Hallábase instalado en los locales de un almacén militar, en el monasterio de San Simón. El doctor y su suegro atravesaron dos patios, uno de la iglesia y el otro del cuartel. Desde allí pasaron directamente —ni siquiera había entrada— bajo las bóvedas de piedra de un local muy profundo cuyo pavimento descendía gradualmente. El local alargábase hacia el fondo y estaba interrumpido por un largo mostrador transversal, tras el cual un almacenista pesaba y entregaba las mercancías, tranquilamente y sin prisa, alejándose a veces para ir a recoger algo al almacén. Pero a medida que iba entregando las cosas, marcaba, con un enérgico trazo, la palabra

correspondiente que figuraba en la lista del bono.

Pocas eran las personas que esperaban.

—¿Las bolsas?—preguntó el almacenista al doctor y su suegro, echando una rápida ojeada a sus bonos.

Los dos se quedaron de una pieza, con los ojos muy abiertos, cuando en unas pequeñas fundas de almohada que usaban las señoras y en otras fundas más grandes, vieron que el almacenista metía harina, sémola, pasta y azúcar, y además tocino, jabón y cerillas. En cada una de ellas metió también un paquete, que luego, desenvuelto en casa, resultó ser queso del Cáucaso.

Yerno y suegro se apresuraron a meterlo todo en dos grandes sacos que se cargaron a la espalda. No querían fastidiar demasiado con su torpeza al almacenista tan extraordinariamente generoso.

Del almacén salieron al aire libre, ebrios no de alegría material, sino por saber que sus vidas no eran inútiles y que una vez en casa recibirían las alabanzas de la amita Tonia.

4

Mientras los hombres perdían los días en los organismos oficiales solicitando el permiso de viaje y los certificados de conservación de las habitaciones que dejaban, Antonina Alexándrovna elegía las cosas que quería llevarse.

Recorría de un lado a otro las tres habitaciones que se habían asignado a la familia Gromeko, y durante largo rato sopesaba en sus manos cada chuchería, antes de meterla entre la ropa que había de llevarse.

Sólo una pequeña parte de sus cosas estaba destinada a su exclusiva pertenencia. Las otras debían ser utilizadas como objetos de cambio, necesarios durante el viaje y la llegada a su destino.

A través de los abiertos postigos de la ventana entraba el aire de la primavera: un aire que sabía al primer bocado de un panecillo tierno. En el patio cantaban los gallos y se oían voces de niños que jugaban. Cuanto más querían airear la habitación, más penetrante era el olor de la naftalina, que trascendía la ropa de invierno sacada de los baúles.

Con respecto a lo que se debía llevar y lo que, en cambio, convenía que se quedara, existía una verdadera teoría elaborada por aquellos que ya habían partido, cuyas instrucciones circulaban entre los amigos que se quedaron en la capital, y ya se habían hecho clásicas.

Tales instrucciones, expresadas en breves y categóricas indicaciones, estaban presentes con toda claridad en la mente de Antonina Alexándrovna, que tenía la impresión de oírlas llegar a ella desde el patio, junto con el gorjeo de los pájaros y la alegre chillería de los niños, como si una voz misteriosa se las sugiriese desde la

calle.

«Telas, telas —decían tales instrucciones—, a ser posible en piezas. Pero puede haber registros en el viaje, y es peligroso. Es mejor llevarlas en retales, cosidos a la cintura. Lo mejor de todo, telas y tejidos. También los trajes, si no están demasiado usados. Nada de cosas viejas o pesadas. Como, por lo general, hay que llevarlo todo a mano, se debe prescindir de cestas y maletas. El equipaje, que será pequeño, y cuya utilidad se habrá comprobado cien veces, se repartirá en saquitos, que pueden ser llevados lo mismo por una mujer que por un niño. La experiencia ha demostrado que la sal y el tabaco son muy convenientes, aunque el riesgo es muy grande. En cuanto al dinero, Kerenskis[38]. Lo más difícil es la documentación.»

Y así sucesivamente.

5

La víspera de la partida se desencadenó una tormenta. El viento lanzaba hacia el cielo densas nubes grises de danzantes copos de nieve que volvían a caer sobre la tierra en un lívido remolino, revoloteando por la oscura calle y cubriéndolo todo con una blanca sábana.

En la casa todo estaba ya empaquetado. La vigilancia de las habitaciones y de todo lo que quedaba fue confiada a un viejo matrimonio, parientes moscovitas de Yegórovna, a quienes Antonina Alexándrovna había conocido el invierno anterior cuando por mediación suya cambiaba ropa vieja, trapos y muebles inútiles, por leña y patatas.

No se podía confiar en Márkel. En la milicia, que él había elegido como club político, no acusaba a sus antiguos amos los Gromeko de haberle chupado la sangre, pero les reprochaba que, durante todos aquellos años, lo habían mantenido en la ignorancia, ocultándole, con toda intención, que el hombre desciende del mono.

Antonina Alexándrovna hizo que la visitaran por última vez los parientes de Yegórovna, un antiguo empleado de comercio y su mujer. Les mostró qué llave correspondía a cada cerradura, donde se encontraba cada cosa, abrió y cerró armarios y cajones y se lo explicó todo.

Mesas y sillas habían sido amontonadas contra las paredes, los paquetes que debían llevar en el viaje estaban aparte, también amontonados, y se retiraron las cortinas y visillos de todas las ventanas. La tempestad de nieve contemplaba las habitaciones a través de las ventanas desnudas, despojadas de sus defensas contra el invierno. A todos les recordaba algo la tormenta. A Yuri Andriéevich, su infancia y la muerte de su madre; a Antonina Alexándrovna y a Alexandr Alexándrovich, la muerte y los funerales de Anna Ivánovna. A todos les pareció que era la última noche que pasaban en aquella casa que no volverían a ver jamás. En esto se engañaban, pero cada uno se abandonaba a una tristeza que no quería confiar a los demás para no

amargarlos. Recordaban lo que habían vivido bajo aquellos techos y hacían esfuerzos para contener las lágrimas.

Esto no impedía a Antonina Alexándrovna que guardase las formas ante los extraños, conversando sin descanso con la mujer a quien confiaba la casa. Exageraba la importancia del servicio que se les prestaba, y para expresar su gratitud, a cada momento, con muchas excusas, se dirigía a la estancia de al lado y volvía siempre con un regalo nuevo, un pañuelito, una blusa, un trozo de indiana o de muselina. Todas estas telas eran oscuras, a cuadritos o con motas blancas, como negra y moteada de blanco estaba la oscura calle nevada que a través de las ventanas desnudas contemplaba aquella noche de adiós.

6

Fueron muy pronto a la estación, casi al alba. A aquellas horas los inquilinos de la casa no se habían levantado aún. Pero Zevorótkina, una inquilina que tomaba siempre la iniciativa en todas las manifestaciones colectivas, recorrió las habitaciones llamando a las puertas y gritando:

—¡Despertad, camaradas! ¡Ya es hora de despedirnos! ¡Vamos! Los ex Garumiékov[39] se van.

Todos salieron a despedirse en el vestíbulo y el rellano de la escalera de servicio (la entrada general había sido condenada hacía un año), colocándose en semicírculo, como si tuvieran que hacerles una fotografía en grupo.

Bostezaban y las mujeres se encorvaban para que el manto que se habían echado sobre los hombros y bajo el cual tiritaban no les resbalase. Muertas de frío, pateaban el suelo con los pies calzados con sólo grandes botas de fieltro.

Márkel, que había encontrado el medio de hacerse con no se sabe qué bebida terrible, incluso en aquella época sin alcohol, se derrumbó como un saco sobre el barandal de la escalera y estuvo a punto de hacer que se viniera abajo. Ofrecióse para llevar los paquetes a la estación y se molestó porque no quisieron aceptar su ayuda. No sin grandes esfuerzos lograron quitárselo de encima.

El patio estaba oscuro todavía. En el aire sin viento caía la nieve más espesa que durante la víspera. Grandes copos aterciopelados descendían perezosamente y a poca distancia del suelo parecían vacilar un instante, no sabiendo si posarse en él.

Cuando desde la calle desembocaron en Arbat había clareado algo. La nevada velaba toda la calle con su blanca y ondulante cortina, cuyos faldones de franjas se agitaban y pegaban a las piernas de los caminantes. De este modo se perdía el sentido de andar. Parecía como si siempre estuviese uno en el mismo sitio y se limitara a mover los pies.

Por la calle no había nadie. Los viajeros procedentes de Sívtsev Vrázhek no encontraron un alma. No obstante, pronto los alcanzó un simón vacío, cuyo cochero

parecía estar metido dentro de una pasta líquida y cuyo jaco estaba blanco de nieve. Por una cantidad insignificante, increíble en aquellos años, los instaló a todos con sus equipajes en el simón, excepto a Yuri Andriéevich, que prefirió ir a pie a la estación, libre de equipaje e impedimenta.

7

En la estación, Antonina Alexándrovna y su padre formaron parte enseguida de una larguísima cola contenida por las barreras de madera. Ya no se tomaba el tren en los andenes, sino a cosa de una versta de ellos, en plena vía, cerca del semáforo que indicaba la salida, porque faltaban brazos para limpiar los andenes, pues más de la mitad estaban cubiertos de hielo y basura y las locomotoras no podían llegar a la estación.

Niusha y Sasha, en lugar de estar entre la multitud junto a la madre y el abuelo, paseaban bajo la inmensa marquesina de la entrada, dejándose ver de vez en cuando, no hubiese llegado ya el momento de reunirse con los demás. Todos apestaban a petróleo, con el cual se habían rociado abundantemente los tobillos, las muñecas y el cuello para evitar los piojos propagadores del tifus.

Al ver llegar a su marido, Antonina Alexándrovna le hizo una seña con la mano y, aun antes de que se acercara, le gritó desde lejos preguntándole en qué taquilla timbraban las licencias de viaje. El se acercó.

—Esta es una cola para el tren de los delegados —dijo un vecino de Antonina Alexándrovna, que por encima de su hombro pudo distinguir los sellos de su documento. Pero otro que estaba delante, uno de esos juristas sabelotodo que cumplen la ley en las circunstancias que sean y se saben todas las reglas del mundo aceptándolas sin manifestar la más mínima duda con respecto a ellas, explicó más detalladamente:

—Con este timbre tiene usted derecho a exigir asiento en un vagón de pasajeros, siempre que lo haya.

El caso fue discutido por toda la cola. Se oyeron voces:

—¡Anda ese! ¿Conque un vagón de pasajeros? ¡Sería demasiado bonito! Gracias con que podamos ir en la perrera.

—No le haga usted caso. Tiene usted la orden. Hágame caso a mí. En estos tiempos los trenes normales han sido suprimidos, y solamente funciona uno mixto para los militares, los detenidos, los animales y la gente. Hablar es muy fácil, enseguida uno se va de la lengua. Pero en lugar de dar el pego a la gente es mejor explicarle las cosas de manera que las entienda.

—Explicar, explicar. Ya salió el sabidillo. ¿De qué les sirve tener una reserva para el tren de delegados? Primero míralos, y después suéltate las explicaderas. ¿Cómo quieres que con esa pinta vayan con los delegados? El tren de delegados está lleno de

bolcheviques. Los marinos tienen pupila, y llevan siempre la pistolita en el bolsillo. Verían enseguida que son gente acomodada y además un doctor, un antiguo señor. El marino echará mano de la pistola, pum y se acabó, lo mismito que una mosca.

No se sabe hasta qué punto hubiese llegado la solidaridad para con el doctor y su familia, de no haber sucedido otro incidente.

Hacía rato que la gente miraba más allá de las amplias ventanas de gruesos cristales de la estación. A causa de la extrema anchura del cobertizo, era visible a gran distancia el espectáculo de la nieve que caía sobre las vías y parecía como si los copos se quedasen inmóviles en el aire y se posaran luego lentamente, como descienden en el agua las migas de pan dadas a los peces.

Algunas personas, aisladas o en grupos, habían comenzado a dirigirse hacia allí. Mientras fueron pocas, aquellas figuras que no se distinguían bien a través de la temblorosa cortina de nieve, fueron confundidas con ferroviarios que caminasen a lo largo de las vías por motivos de servicio. Pero ahora afluían en masa en esa dirección, y allí humeaba una locomotora.

—¡Abrid las puertas, bestias! —gritaron en la cola.

La multitud se movió y comenzó a empujar hacia las puertas. Los que estaban detrás empujaban a los de delante.

—¡Qué vergüenza! Aquí han puesto barreras para que no pase nadie, y por allí pasa quien le da la gana. Así se llenarán los vagones hasta los topes, mientras nosotros estamos aquí como sardinas. ¡Abrid o nos lo cargamos todo! ¡Eh, muchachos, duro con ello!—¿Qué estáis diciendo, idiotas?—dijo el sabelotodo—. Son hombres movilizados, que vienen de Petrogrado para el trabajo obligatorio. Antes los enviaban a Vologdá, más al norte. Y ahora los mandan al frente oriental. Como si fueran por gusto. Escoltados y a cavar trincheras.

8

Hacía ya tres días que viajaban, pero no se habían alejado mucho de Moscú. El paisaje era invernal: las vías, el campo, los bosques, los tejados de las casas, todo estaba cubierto de nieve.

La familia Zhivago había tenido la suerte de poder instalarse en la parte delantera del vagón, en el rincón de la izquierda del piso superior, precisamente bajo el techo, junto a una pequeña ventanilla oblonga, y estaban todos reunidos allí.

Era la primera vez que Antonina Alexándrovna viajaba en un vagón de mercancías. En Moscú, al partir, Yuri Andriéevich había levantado en brazos a las mujeres hasta el nivel del vagón, a lo largo del cual se deslizaba una pesada puerta corredera. Luego las mujeres se acostumbraron a valerse solas, encaramándose sin ayuda de nadie por las tablas de la pared.

Al principio, el vagón le pareció a Antonina Alexándrovna un establo con ruedas.

Consideraba que aquellas pequeñas celdas se harían pedazos al primer choque o a la primera sacudida. Pero hacía ya tres días que eran zarandeados hacia atrás y hacia adelante y lanzados en todas direcciones a cada cambio de velocidad o a cada curva. Hacía ya tres días que bajo el suelo del vagón resonaban continuamente, como los palillos de un tambor mecánico, los ejes de las ruedas. Sin embargo, el viaje proseguía sin incidentes y sin que se confirmaran los temores de Antonina Alexándrovna.

En las estaciones de segundo orden, aquel largo tren compuesto de veintitrés vagones —el de Zhivago tenía el número catorce— alcanzaba los pequeños andenes sólo con la cabeza, la cola o el centro.

Los vagones de cabeza eran los militares, en medio viajaban los pasajeros libres y en la cola los movilizados para el trabajo obligatorio.

Estos últimos eran cerca de quinientos, gente de todas las edades y de las categorías y oficios más diversos.

Los ocho vagones que ocupaban ofrecían un espectáculo pintoresco. Junto a ricos bien vestidos, agentes de bolsa o abogados petersburgueses, podían verse, codeándose con la clase explotadora, cocheros de punto, barrenderos, empleados de baños, ropavejeros tártaros, locos huidos de los manicomios abandonados, pequeños comerciantes y monjes.

Los primeros, sin chaqueta, estaban sentados en trozos de madera colocados verticalmente alrededor de pequeñas estufas puestas al rojo, charlando sin descanso y rumorosamente. Eran gentes que tenían buenas relaciones y no se preocupaban. Parientes influyentes se desvivían por ellos en sus casas y, en último extremo, al final del viaje, podrían comprar su libertad.

Los segundos llevaban botas y caftanes desabrochados, o bien estaban descalzos, con largas camisas flojas sueltas por encima de los pantalones, barbudos o sin barba, y permanecían de pie ante las puertas abiertas de los vagones sofocantes, apoyándose en los montantes y traviesas de madera que cruzaban las puertas y, sin hablar entre ellos, miraban tristemente las zonas suburbanas y la gente que pasaba. Privados de toda clase de útiles relaciones, no podían contar con nadie.

No todos los movilizados se hallaban en los vagones destinados para ellos: una parte se había diseminado por el convoy, entre los viajeros libres. Algunos se encontraban también en el vagón número catorce.

9

Por lo general, cuando el tren se acercaba a una estación, Antonina Alexándrovna, que estaba tendida sobre la litera superior, en la única posición que le permitía la proximidad del techo, se incorporaba, dejaba colgar la cabeza y, a través de una rendija de la puerta cerrada, determinaba, según el aspecto general, si la localidad que

se perfilaba a lo lejos tenía interés desde el punto de vista del intercambio de mercancías y si valía la pena de apearse.

Así ocurrió también aquella vez. La reducción de velocidad del tren la sacó de su amodorramiento. El gran número de agujas sobre las cuales el tren saltaba con un fragor cada vez más grande, indicaba la importancia de la estación, y la duración de la parada.

Antonina Alexándrovna se incorporó, torció la cabeza, se frotó los ojos, se alisó los cabellos, metió la mano en un saco, hurgó en él en todos sentidos, y acabó extrayendo una toalla en la que había bordado unos gallos, figuras humanas, arcos y ruedas.

Mientras tanto, también se despertó el doctor, que saltó el primero de su dura litera y ayudó a descender a su mujer.

Ante la puerta abierta del vagón desfilaron las garitas, las luces y los árboles de la estación grávidos de nieve, que tendían a los viajeros sus ramas desnudas, como si les ofrecieran el pan y la sal. Desde el tren todavía en marcha, los primeros que se apearon sobre la nieve intacta del andén fueron los marinos y precediendo a todos a causa del impulso, corrieron hacia la esquina de la estación donde, amparados por las paredes, solían esconderse los vendedores clandestinos de productos alimenticios.

El uniforme negro de los marinos, las cintas flotantes de sus gorras y sus pantalones de anchas boquillas, daban a su carrera un aplomo y una seguridad que hacían que todos se apartasen ante ellos como ante esquiadores o patinadores lanzados a toda velocidad.

A la vuelta de la esquina, escondiéndose una tras otra, estaban en fila india las campesinas de las aldeas vecinas. Vendían pepinos, requesón, carne hervida y pastelillos de centeno que, a pesar del frío, conservaban aún su aroma y tibieza, gracias a la envoltura que los protegía. Mujeres y jovencitas, con pañuelos metidos bajo el cuello de sus cortas pellizas, enrojecían como tomates bajo las bromas de los marinos y al mismo tiempo les temían como al diablo, porque además de marinos se les reclutaba en las brigadas contra la especulación y el comercio libre.

Pero su turbación no duraba mucho. El tren se detenía. Surgieron también los demás pasajeros. Cambió el público y el comercio se intensificó.

Antonina Alexándrovna pasaba revista a las vendedoras, con la toalla sobre el hombro, como si se dispusiera a lavarse con nieve. Algunas la habían visto ya y le gritaban:

—¡Eh, ciudadana! ¿Qué quieres por eso?

Pero Antonina Alexándrovna, en lugar de detenerse, seguía su camino acompañada de su marido.

Al final de la fila había una mujer con un pañuelo negro bordado en rojo. Vio la toalla bordada y se le encendieron los ojos. Miró a su alrededor, se aseguró de que no

había peligro, y acercóse rápidamente a Antonina Alexándrovna. Descubrió su mercancía y susurró apresuradamente y con calor:

—Mira. ¿Viste algo parecido? ¿No te gustaría tenerlo? Bueno, no lo pienses más, o me lo quitarán. Te cambio la toalla por esto.

Antonina Alexándrovna no comprendió al principio. Creyó que la campesina se refería al chal, y preguntó:

—¿Qué estás diciendo, guapa?

Pero la aldeana había aludido a media liebre, abierta en canal y asada, que tenía en la mano. Efectivamente, repitió:

—Te digo que me des la toalla por esto. ¿Qué estás mirando? No creas que es gato. Mi marido es cazador. Es liebre, una hermosa liebre.

Se hizo el cambalache. A las dos les pareció que habían hecho un gran negocio y que la otra había perdido en el cambio. Antonina Alexándrovna se avergonzó de engañar tan deshonestamente a una pobre aldeana y ésta, contenta con el negocio, se apresuró a alejarse rápidamente del lugar del delito. Llamó a voces a una vecina que no tenía nada que cambiar y se apresuró con ella por un sendero de nieve que se perdía a lo lejos.

En aquel momento se produjo un revuelo entre la multitud. Una vieja comenzó a gritar:

—¿Dónde vas, señor mío? ¿Y los cuartos? ¿Que me los has dado, sinvergüenza? ¡Cerdo del demonio! Le grito y ni siquiera se vuelve. ¡Eh, párate, señor camarada! ¡Socorro! ¡Al ladrón! Me han robado. Está ahí, miradlo, detenedlo.

—¿Quién es?

—Ese sin barba. Ese que se está riendo y que se va.

—¿Ese que tiene los codos rotos?

—¡Sí, sí! ¡Socorro! ¡Me han robado!

—¿Qué ha pasado aquí?

—Alguien que fingía comprar a esta mujer. Se ha llenado la tripa de pasteles y leche y ha salido arreando. Ella se ha puesto a llorar y lamentarse.

—No hay que dejar que ocurran estas cosas. Debemos detenerlo.

—Inténtalo. Va armado hasta los dientes. Te tocará a ti las de perder.

10

En el vagón número catorce viajaban algunos reclutas del Ejército de Trabajo bajo la vigilancia de un centinela llamado Voroniuk. Entre ellos, por diversos motivos, tres se habían distinguido de un modo particular: un tal Próhor Jaritónovich Pritúliev, ex cajero de una expendeduría estatal de alcoholes en Petrogrado, el cajero, como le llamaban en el vagón, Vasia Brykin, de dieciséis años, recadero de una ferretería, y el canoso revolucionario y «cooperador» Kostoied-Amurski, que había conocido todos

los presidios del viejo régimen e inauguraba ahora los de los nuevos tiempos.

Ninguno de los tres conocía a los otros, habían sido enrolados aquí y allá y se conocieron durante el viaje. Por sus conversaciones se supo que el cajero Pritúliev y el recadero Vasia Brykin eran paisanos, ambos de la provincia de Viatka y oriundos de lugares por los que habría de pasar el tren.

Pequeño burgués de la ciudad de Malmyzha, Pritúliev era un hombre tosco, con el pelo cortado en forma de cepillo, picado de viruelas y francamente feo. Un blusón gris, empapado de sudor bajo las axilas, lo ceñía como un *sarafán* oprime el pecho de una mujer metida en carnes. Era silencioso como un ídolo y durante horas parecía sumido en sus pensamientos, atormentando, hasta hacerse sangre, las verrugas de sus pecosas manos, que comenzaban ya a infectarse.

Un año antes, en otoño, caminaba por la Avenida de Nievski, y en la esquina de la calle Litieini cayó en una redada callejera. Le pidieron la documentación y resultó poseer una cartilla de racionamiento de cuarta categoría, que se concedía a los no trabajadores, y que no daba derecho a nada. Por esto lo habían detenido y, junto con otros muchos, se le envió escoltado a un cuartel. El continente de detenidos formado allí había de ser mandado a Vologdá a cavar trincheras en el frente de Arjánguelsk, como ya fue enviado otro, pero luego durante el viaje se le dio orden de dar la vuelta y, a través de Moscú, pasó al frente oriental.

Pritúliev tenía a su mujer en Luga, donde estuvo trabajando hasta que empezó la guerra, antes de sentar plaza en Petersburgo. Habiendo tenido conocimiento de la desgracia ocurrida a su marido, se precipitó a buscarlo a Vologdá, para liberarlo del Ejército de Trabajo. Pero el destacamento había seguido un itinerario distinto del de ella en su búsqueda. Sus fatigas resultaron inútiles. La madeja se embrolló cada vez más.

En Petersburgo, Pritúliev convivió con una tal Pelaguieia Nílovna Tiagunova. Fue detenido en el cruce de la Avenida de Nievski, después de haberse despedido de ella en la esquina, para irse en otra dirección. Vio de lejos su espalda, entre los paseantes de la calle Litieini, y la siguió con los ojos hasta que desapareció.

Tiagunova acompañó gustosamente a Pritúliev durante el viaje. Era una pequeña burguesa rechoncha y agradable, con hermosas manos y una gruesa trenza que dejaba caer sobre su pecho y, lanzando profundos suspiros, la hacía saltar de un hombro a otro.

Uno se preguntaba qué habían encontrado en un hombre como Pritúliev aquellas dos mujeres. Además de Tiagunova, en otro vagón de mercancías más cercano a la locomotora, hallábase, por no se sabe qué casualidad, otra buena amiga de Pritúliev. Era una muchacha flaca, de cabellos pajizos, llamada Ogryzkova. Tiagunova la llamaba la «ollares» y la «jeringa», aparte de otros muchos apodos igualmente ofensivos.

Las dos rivales andaban de uñas y evitaban encontrarse. Ogryzkova no se dejaba ver nunca en el compartimiento, y era un misterio el lugar donde se citaba con el objeto de su adoración. Quizá se contentaba con contemplarlo desde lejos, cuando todos los viajeros habían de echar una mano en la carga de leña y carbón.

11

La historia de Vasia era muy distinta. Su padre murió en la guerra y su madre lo mandó a Petersburgo a casa de su tío, para que aprendiese un oficio.

Aquel invierno, su tío, propietario de una ferretería en Apráxini Dvor, fue llamado para una información al soviet del barrio. Se equivocó de puerta y, en lugar de entrar en la habitación indicada en la convocatoria, se metió en la contigua. Casualmente era la sala de recepciones de la comisión del trabajo obligatorio. Había allí una gran muchedumbre. Cuando el público reunido en aquella sala fue suficiente, los soldados rojos rodearon a los presentes, los llevaron a pasar la noche en el cuartel Semiónov y, a la mañana siguiente, los acompañaron a la estación para instalarlos en el tren de Vologdá.

La noticia de tales detenciones no tardó en circular por la ciudad, y, al día siguiente, muchos familiares acudieron a la estación para despedirlos. También Vasia y su tía fueron a despedir al detenido.

Este suplicó al centinela que lo dejase salir un momento para poder abrazar a su mujer. El centinela, el mismo Voroniuk, que escoltaba ahora al grupo en el vagón número catorce, no quiso dar su autorización sin tener la garantía de que el hombre regresaría al tren. Marido y mujer propusieron dejar como rehén al sobrino, y Voroniuk aceptó. Vasia fue conducido al interior del vagón y dejaron salir a su tío. El tío y la tía desaparecieron.

Cuando se descubrió el engaño, Vasia, que no lo sospechaba ni remotamente, comenzó a llorar, se echó a los pies de Voroniuk y le besó las manos suplicándole que le dejase marchar. Pero todo fue inútil. Voroniuk no era implacable por dureza de carácter, pero corrían tiempos peligrosos, las órdenes eran severísimas y del número de personas que se habían puesto bajo su responsabilidad respondían los centinelas con la vida. De este modo figuró Vasia en el Ejército de Trabajo. El «cooperador» Kostoied-Amurski, que había gozado de la estimación de todos los carceleros, tanto bajo el gobierno zarista, como ahora bajo el nuevo régimen y que siempre era amigo de todo el mundo, llamó varias veces la atención al jefe de escolta sobre la absurda situación de Vasia. Pero aquél, con todo y reconocer la evidencia del equívoco, sostenía que una serie de dificultades formalistas no permitían examinar el caso durante el viaje y prometía que lo pondría en claro a la llegada.

Vasia era un muchacho apuesto, de rasgos regulares, como los que los pintores atribuían a los escuderos de los antiguos zares y a los ángeles, de una pureza y un

candor excepcionales. Su diversión preferida era sentarse a los pies de los mayores, abrazándose las rodillas, y escuchar con la cabeza levantada lo que ellos decían o contaban. Entonces, por el juego de los músculos de su rostro, con los que contenía las lágrimas prontas a brotar o luchaba por reprimir la risa, se hubiera podido reconstruir el contenido de las conversaciones. El tema de éstas reflejábase como en un espejo en el sensible rostro de aquel muchacho.

12

El cooperador Kostoied se había instalado en la parte alta del vagón, en calidad de huésped de Zhivago, y chupaba ruidosamente la pata de liebre que le ofrecieron. Le daban miedo las corrientes de aire y temía resfriarse.

—¡Cómo sopla el viento! ¿De dónde sale?—preguntaba, cambiando de sitio y buscando un rincón más abrigado. Finalmente se sentó en un lugar libre de corrientes y declaró:

—Aquí se está bien.

Terminó la pata, se chupó los dedos, los limpió con el pañuelo y, después de haber dado las gracias a sus anfitriones, observó:

—Viene de la ventanilla. Convendría taparla bien. En fin, volvamos al tema de nuestra conversación. Usted está equivocado, doctor, la liebre asada es algo magnífico. Pero deducir por ello que en el campo se vive mejor, es hacer una declaración audaz y expresar una hipótesis aventurada.

—No diga semejantes cosas —respondió Yuri Andriéevich—. Mire estas estaciones. Los árboles intactos, y lo mismo los setos. ¡Y esos mercados! ¡Qué mujeres! Realmente es un alivio. En cierto modo hay vida todavía. Alguien está contento. No todos pasan calamidades. Eso lo justifica todo.

—Si fuera así, estaría bien. Pero no es verdad. ¿Por qué dice esto? Aléjese a cien verstas de la línea del ferrocarril. Por todas partes, continuas revueltas campesinas. Y yo le pregunto que contra quién. Contra los blancos y contra los rojos, según quién domine. Usted dirá: entonces el campesino es enemigo de todo orden y ni siquiera sabe lo que quiere. Perdone, pero no lo diga todavía. Lo sabe mejor que usted, sólo que no quiere lo que queremos nosotros. Cuando la revolución lo despertó creyó que se realizaría su sueño secular de una vida autónoma, de una existencia libre, sin tener que depender de extraños ni tener obligaciones para con nadie. En cambio, de las garras del antiguo estado derrocado ha venido a caer bajo el poder incomparablemente más severo del superestado revolucionario. Por eso el campo se agita y no encuentra paz en ninguna parte. Usted dirá que los campesinos están bien. Usted, amigo mío, no sabe nada, y, por lo que veo, ni siquiera intenta saberlo.

—Sea. No quiero saberlo. Eso es precisamente. Pero no, espere un momento. ¿Por qué tengo que saberlo todo y angustiarme por todo? La época no tiene en cuenta

lo que yo soy y me impone lo que ella quiere. Permítame ignorar los hechos. Dice usted que mis palabras no corresponden a la realidad. Pero ¿acaso existe hoy en Rusia una realidad? A mi entender la han asustado de tal manera que se ha escondido. Quiero creer que el campo se ha beneficiado y me parece bien. Pero si eso es un error, ¿qué quiere que haga? ¿Qué razones hay para vivir? ¿A quién debo prestar oído? Pero debo vivir porque soy padre de familia.

Yuri Andriéevich hizo un vago ademán, y, dejando que Alexandr Alexándrovich continuase la discusión con Kostoied, se arrimó al borde de su litera de tablas, inclinó la cabeza y se puso a mirar lo que pasaba abajo.

Pritúliev, Voroniuk, Tiagunova y Vasia estaban charlando. Al acercarse a su tierra natal, Pritúliev recordaba las diversas maneras de dirigirse a ella, hasta qué estación llegaba el tren, dónde había que apearse y cómo continuar, a pie o a caballo. Vasia, cuando oía hablar de pueblos o lugares que conocía, daba saltos, se iluminaban sus brillantes pupilas, y repetía lleno de éxtasis los nombres, que para él tenían el sabor de un cuento maravilloso.

—Se apea uno en Sujói Brod —repetía, saboreando las palabras—. Desde luego. Ahí está nuestra casa. Nuestra estación. Perdone usted, pero después hay que tomar el camino de Buískoie, ¿verdad?

—Sí, luego la carretera de Buískoie.

—Es lo que yo decía: la carretera de Buískoie. El pueblo de Buískoie. ¿Que si lo conozco? Naturalmente, allí es donde se da la vuelta. Desde allí, para ir a casa, se toma siempre a la derecha. Por Veretiénniki. Usted, en cambio, tío Jaritónovich, creo que deberá tomar por la izquierda, dejando el río. ¿Ha oído usted hablar del río Pielga? Claro que sí. Es nuestro río. A nuestra casa se va siguiendo la orilla. A orillas de este río, el Pielga, un poco más arriba, está nuestro pueblo, Veretiénniki. Justamente está a una gran altura. La cuesta es muy empinada. La llamamos *zakívok*[40]. Si te pones en la orilla da miedo mirar hasta el fondo, porque es un precipicio enorme. Uno tiene miedo de despeñarse. Es la verdad. Arriba se arrancan piedras y se hacen muelas. En Veretiénniki está mi madre. Y también tengo dos hermanitas: Alionka y Arishka. A mi madre, ¿sabe?, la llaman la tía Palasha. Es, ¿cómo diría yo?, así como usted, Pelaguieia Nílovna, joven y guapa... ¡Tío Voroniuk! ¡Tío Voroniuk! Por favor, por amor de Jesucristo... ¡Tío Voroniuk!

—¿Qué pasa? ¿Por qué repites como un cuclillo «tío Voroniuk», «tío Voroniuk»? Ya sé que soy tío y no tía. ¿Qué quieres, qué tripa se te ha roto? ¿Que te deje escapar? ¿Eso es lo que quieres? Si tú te largas, en buena me metes: me llevan al paredón.

Pelaguieia Tiagunova, aparte, miraba distraídamente a lo lejos y callaba. Acariciaba la cabeza de Vasia y, con aire soñador, jugaba con sus cabellos rubios. De vez en cuando, a una señal hecha con la cabeza, con los ojos y con sonrisas, hacía una indicación al muchacho para que no hiciera el tonto, que no hablase de esas cosas con

Voroniuk. Era como si le dijese que tuviera paciencia, que todo se arreglaría y que se tranquilizara.

13

Cuando, dejando atrás la Rusia central, se dirigieron hacia oriente, comenzaron los imprevistos. Atravesaban regiones poco tranquilas, donde la ley estaba en manos de bandas armadas, o en las cuales las revueltas habían sido sofocadas muy recientemente.

Se multiplicaron las paradas en plena noche, las inspecciones de vagones por los controles, el registro de equipajes y la revisión de la documentación de los viajeros.

Una noche el tren se detuvo de pronto, pero nadie compareció en los vagones, ni se despertó nadie. Para saber si se trataba de algún incidente, Yuri Andriéevich descendió del vagón.

La noche era muy oscura. Sin motivo aparente, el tren se había detenido en un punto cualquiera de la línea, flanqueada de abetos. Otros, que se apearon antes que él, le dijeron que, según les manifestaron, no había sucedido nada. Al parecer el maquinista detuvo el tren pretextando que la zona era peligrosa y hasta que con una vagoneta no se examinara el estado de las vías se negaba a seguir adelante. Decíase que algunos representantes de los pasajeros habían ido a ver al maquinista para disuadirlo y, en caso necesario, soltarle la mosca. Se dijo también que los marinos habían tomado cartas en el asunto, y que ellos sí sabrían convencerlo.

Mientras hablaban con Zhivago de estas cosas, la nieve que había delante de la locomotora, como iluminada por la luz vacilante de una hoguera, encendíase a los resplandores lanzados por la chimenea de la máquina. De pronto, una de estas llamaradas iluminó vivamente un trozo de la campiña nevada, la locomotora y algunas figuras negras que corrían a lo largo de la línea.

La que iba delante era evidentemente el maquinista. Este corrió hasta el extremo de la locomotora. Se encaramó a ella, franqueó de un salto los topes y desapareció. Lo mismo hicieron los marinos que lo perseguían: saltaron en el aire y desaparecieron como por encanto.

Interesado por la escena, Yuri Andriéevich se dirigió con algunos más hacia la locomotora.

Al otro lado de la línea, descubrieron al maquinista hundido hasta la cintura en la alta capa de nieve del terraplén, debatiéndose en ella. Los marinos, también con nieve hasta la cintura, lo rodeaban en semicírculo.

El maquinista gritaba:

—¡Gracias, malditos seáis! Esto era lo que faltaba. Amenazar con pistolas a un hermano, un trabajador. Todo porque he dicho que el tren no podía seguir adelante. Camaradas pasajeros, vosotros sois testigos de lo que pasa. Por aquí andan tipos de

toda clase y sueltan los tornillos de los raíles. Por vuestra madre y la mitad de vuestra abuela, ¿qué tengo yo que ver con todo esto? ¡Me cisco! ¡Y así me recompensáis por mi prudencia! ¡Ya podéis disparar si queréis, piojosos! Camaradas viajeros, vosotros sois testigos de que estoy aquí y me escondo.

Del grupo que estaba sobre el terraplén se elevaron exclamaciones confusas.

—¿Qué diantre te pasa?... A ver si recobras el juicio... ¿Quién se mete contigo? Lo han hecho sólo por asustarte...

Otros lo provocaban, gritándole:

—¡Así se hace, muchacho! ¡No aflojes, maquinista!

Un marino consiguió antes que los demás librarse de la nieve. Era un gigantón pelirrojo, con una cabeza tan grande que la cara parecía aplastada. Tranquilamente se dirigió a la multitud y, con sombría voz de bajo, empleando, como Voroniuk, expresiones ucranianas, dijo algunas palabras que, por ser dichas con absoluta tranquilidad, resonaron grotescamente en la noche y en aquella absurda situación.

—Disculpadme, pero ¿os imagináis acaso que estáis en un salón? No os vayáis a enfriar con este viento, ciudadanos. Vamos, volved al calorcillo de los vagones.

Cuando todos los espectadores hubieron obedecido, entrando uno tras otro en sus compartimientos, el marino pelirrojo se acercó al maquinista, que todavía no se había serenado del todo, y le dijo:

—Basta ya de histerismos, camarada maquinista. Sal de ese agujero y vámonos. Andando.

14

Al día siguiente avanzaron muy despacio. El maquinista se veía obligado a disminuir muchas veces la velocidad por temor a un descarrilamiento y porque la tormenta impedía ver. El tren se detuvo en un lugar desierto en el que no se advertía el menor signo de vida y donde los viajeros intentaron descubrir los restos de una estación destruida por un incendio. Sobre la denegrida fachada podían distinguirse estas palabras: «Nizhni Kiélmes».

No sólo el edificio de la estación conservaba las huellas del incendio: a sus espaldas descubríase un pueblo abandonado y cubierto de nieve que, evidentemente, había sufrido idéntica suerte.

La casa más próxima a la estación estaba carbonizada. En una esquina de la casa de al lado algunas vigas estaban dobladas en ángulo recto, con los extremos hacia el interior. Por todas partes, en las calles, veíanse restos de trineos, empalizadas derribadas, hierros oxidados y toda clase de utensilios hechos trizas. La nieve, mezclada con el hollín y las cenizas, estaba llena de charcas de agua sucia, sobre las que se destacaban negros tizones, vestigios del incendio y de los esfuerzos que se habían hecho para extinguirlo.

Pero el pueblo y la estación no estaban completamente desiertos. Aquí y allí aparecía algún alma de Dios.

—¿Se ha quemado todo?—preguntó con interés, saltando sobre el andén, el jefe de tren al de la estación, que apareció en medio de las ruinas.

—Buenos días y sed bien venidos. Sí, lo quemaron todo.

—¿Qué ha sido?

—Mejor es no hablar.

—¿Acaso Striélnikov?

—Precisamente.

—¿Qué hicisteis?

—¿Nosotros? Nada. Los de al lado. Pero el camino pasa por aquí, y también nos tocó a nosotros. ¿Veis ese pueblo de allá abajo? La culpa fue de ellos. Es Nizhni Kiélmes, del distrito de Ust-Niemda. Ellos tienen la culpa de lo que ha pasado.

—¿Qué hicieron?

—Decir que lo hicieron todo es quedarse cortos. Se quitaron de en medio al comité de los campesinos pobres. Y eso es sólo una cosa. Se rebelaron contra el decreto que obliga a proporcionar caballos al Ejército Rojo, y tenga usted en cuenta que todos son tártaros que crían caballos. Y esa es otra. No hicieron el menor caso de la orden de movilización. ¡Y van tres! Como puede usted ver...

—Ya. Está claro. ¿Por eso les bombardearon?

—Precisamente.

—¿Desde un tren blindado?

—Claro está.

—¡Pobre gente! Pero, por otra parte, allá ellos.

—Además, ya es agua pasada. Sin embargo, he de decirle algo que no le gustará. Tendrá que detenerse aquí uno o dos días.

—¡No bromee! Transportamos reservas para el frente. Debo continuar el viaje sin detenerme.

—¿Cómo quiere que bromee? La línea está bloqueada por la nieve. Usted mismo lo verá. La tormenta ha durado una semana por todo este contorno. Ha obstaculizado la vía y no tenemos a nadie que la limpie. La mitad del pueblo se ha largado. He movilizado a los demás, pero no puedo con ellos.

—¡Que os aspen a todos! ¡Estoy apañado, maldita sea! ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Limpiaremos la vía lo mejor que podamos y se podrán marchar.

—¿Es muy importante el obstáculo?

—¿Quién puede decirlo? Según el sitio. La tormenta venía de través y cogió la línea oblicuamente. El sector más difícil es el central. Lo menos tres kilómetros de depresión. Allí habrá que echar los bofes porque el obstáculo es serio. Pero más

adelante es de poca monta. El bosque y la maleza le sirvieron de protección. Tampoco hay que preocuparse antes de la depresión, donde la vía pasa por campo abierto. El viento ya lo ha barrido todo.

—¡Que el diablo me lleve! ¡Vaya mala pata! Voy a recurrir a todos los viajeros para que me echen una mano.

—Eso es lo mismo que yo pensaba.

—Pero deje en paz a los marinos y a los soldados rojos. El convoy transporta personal del Ejército de Trabajo. Si contamos a los pasajeros libres llegamos poco más o menos a los setecientos.

—Son más que suficientes. En cuanto nos traigan las palas, los haremos trabajar. Faltan palas. Pero hemos ido a buscarlas a los pueblos de la comarca. Ya encontraremos las que necesitamos.

—¡Maldita sea, todo son pegas! ¿Cree usted que saldremos del apuro?

—¿Cómo no? Dicen que a la fuerza ahorcan. Una línea ferroviaria como ésta es muy importante, dejémonos de tonterías.

15

La limpieza de las vías exigió tres jornadas. Todos los Zhivago, incluso Niusha, tomaron parte activa en ella. Y éste fue el momento mejor del viaje.

El lugar tenía algo de cosa cerrada e inexpresiva a la vez. Hacía pensar en Pugachov, tal como lo interpretó Pushkin[41], en el pintoresquismo asiático de las descripciones de Aksákov[42].

El carácter misterioso de aquel rincón perdido acentuábase por la devastación y la reserva de los pocos habitantes que habían permanecido allí, quienes, aterrorizados, evitaban a los viajeros y ni siquiera se atrevían a hablar entre sí por miedo a las denuncias.

Los viajeros eran llevados a trabajar por categorías, no todos juntos. Una guardia armada rodeaba la zona de los trabajos.

La línea se limpiaba por todas partes y, al mismo tiempo, por obra de varios grupos, distribuidos en diversos lugares. Entre los sectores ya limpios levantábanse montañas de nieve intacta que separaban a cada uno de los grupos y que fueron removidas sólo en el último instante, cuando ya todo aquel trayecto quedó libre.

Eran límpidos días de hielo. Los viajeros las pasaban al aire libre y sólo para dormir regresaban a los vagones. Trabajaban en turnos breves, y no se cansaban, porque las palas eran pocas y sobraban brazos. Un trabajo nada fatigoso que solamente procuraban placer.

El lugar donde los Zhivago fueron a cavar era una zona abierta y pintoresca: el terreno descendía con respecto a la línea en un leve declive y, por lo tanto, ascendía hacia el horizonte en una suave pendiente.

En la cima de ésta surgía una casa solitaria, visible desde todas partes. Estaba rodeada por un jardín que en verano debía de ser lujuriante, pero que ahora la protegía con su raro dibujo de encaje helado.

La capa de nieve lo igualaba y redondeaba todo. Pero, a juzgar por la irregularidad del declive, cuyos accidentes no conseguía cubrir del todo, bajo el viaducto por el cual pasaba la línea debía en primavera discurrir un sinuoso y profundo torrente, ahora completamente escondido por la altura de la nieve, como un niño que se ocultase bajo una montaña de plumón, y se tapara incluso la cabeza.

¿Vivía alguien en aquella casa, o estaba abandonada y se iba convirtiendo en ruinas, requisada por el comité agrario del distrito o de la región?¿Dónde estaban sus habitantes?¿Qué había sido de ellos?¿Se refugiaron en el extranjero o habían muerto a manos de los campesinos?¿O bien, habiendo dejado un buen recuerdo, pudieron componérselas con su profesión en el distrito?¿Los había dejado en paz Striélnikov, habían quedado allí hasta el último momento, o sido víctimas de sus represalias como los terratenientes tártaros?

La casa, en lo alto de la colina, en su triste silencio, suscitaba la curiosidad. Pero nadie hacía preguntas y nadie hubiese respondido. El sol encendía con un centelleo cegador la lisa superficie de la nieve, y la pala la arrancaba en trozos regulares, o la pulverizaba en inútiles chispas de diamante. Todo eso recordaba los lejanos días de la infancia, cuando el pequeño Yura, con su clásico y galoneado gorrito caucasiano y su pelliza forrada con negra y rizosa piel de cordero, construía en el patio, con una nieve tan cegadora como aquélla, pirámides y cubos, tartas de crema, fortalezas y ciudades. ¡Qué hermoso era entonces vivir, qué delicia todo para los ojos y los sentidos!

Aquellos tres días de vida al aire libre les proporcionaron también el placer de la saciedad. Por la noche los paleadores recibían pan blanco, recién salido del horno, que llegaba quién sabe de dónde ni por orden de quién. Era un pan bien cocido, brillante como esmalte, con pequeñas rajas en la sabrosa corteza y trocitos de carbón en la parte de abajo.

16

Les habían tomado cariño a las ruinas de la estación, como en invierno se puede amar un refugio provisional durante una excursión por la montaña. Recordaban su disposición, su aspecto externo, ciertos pormenores de los daños que había sufrido.

Volvían por la tarde, a la puesta del sol, que, como por fidelidad al pasado, continuaba poniéndose por el mismo sitio que en otro tiempo, tras un viejo abedul que crecía ante la ventana de la sala del telégrafo.

En aquel lugar, la pared se había derrumbado hacia el interior de la estancia, pero el ángulo posterior, frente a la ventana, estaba intacto y todo continuaba en su sitio: el empapelado de color café, la estufa de baldosas con el tubo de tiro, la tapa de cobre

sujeta por medio de una cadena, y colgado en la pared, en un marco negro, el inventario del material.

Al descender hacia el horizonte, como antes del derrumbamiento, el sol rozaba las baldosas de la estufa, encendía con un sombrío esplendor el empapelado de color café y estampaba sobre la pared, como un chal, la sombra del abedul.

Al otro lado del edificio, sobre la puerta condenada que daba a la sala de espera, leíase el siguiente escrito, redactado probablemente al principio de la revolución de febrero, o pocos días antes:

«Se ruega a los señores enfermos que no se preocupen momentáneamente por las medicinas ni el material de curas. Por motivos que todos conocen sello la puerta y doy conocimiento público. El enfermero jefe de Ust-Niemda.»

Una vez recogida la última nieve que había quedado amontonada entre los lugares ya descombrados, la mirada podía extenderse a lo lejos, y ante ella apareció, libre ya, la línea del ferrocarril, que huía a lo lejos como una flecha. A ambos lados alineábanse blancos montones de nieve retirada, enmarcados por toda la longitud de las negras paredes del bosque.

Hasta donde alcanzaba la vista, en diversos puntos de la línea, había grupos de personas con las palas en la mano. Era la primera vez que se veían en conjunto y se sorprendieron de ser tantos.

17

Se supo que el tren partiría al cabo de unas horas, a pesar de que ya era tarde y se acercaba la noche. Antes de partir, Yuri Andriéevich y Antonina Alexándrovna fueron por última vez a admirar el espectáculo de la línea despejada. Ya no había nadie sobre el tendido. El doctor y su mujer permanecieron un instante inmóviles, mirando a lo lejos y cambiando algunas observaciones. Luego retrocedieron hasta el vagón.

Mientras se acercaban oyeron los gritos roncos e irónicos de dos mujeres. Las reconocieron enseguida: eran Ogryzkova y Tiagunova. Las dos iban en la misma dirección, hacia la cola del tren, pero por la parte opuesta, del lado de la estación, mientras Yuri Andriéevich y Antonina Alexándrovna avanzaban por el lado del bosque.

Una ininterrumpida pared de vagones se extendía entre ambas parejas, ocultando una de la otra. Las mujeres no se hallaban casi nunca a la misma altura que el doctor y Antonina Alexándrovna, sino un poco más adelante o un poco más atrás.

Las dos estaban muy agitadas y a cada instante parecía como si sus fuerzas fuesen a traicionarlas. Acaso al caminar sobre la nieve se hundían o resbalaban, al menos a juzgar por sus voces que, tal vez por la forma irregular de andar, se elevaban de tono hasta convertirse en chillidos, o descendían y se reducían a un murmullo.

Evidentemente Tiagunova debió de perseguir a Ogryzkova y, habiéndola alcanzado, acaso utilizó los puños. Lanzaba a su rival una retahíla de insultos que en su boca de señorita y para su melodiosa voz sonaban cien veces más obscenos que los groseros y desquiciados insultos masculinos.

¡Intriganta! ¡Golfa! —gritaba—. No se puede dar un paso sin tropezarse contigo moviendo el trasero y lanzando miradas de zorra. No te basta mi hombre, que tienes que echarle el ojo a un pobre chiquillo. Te has arremangado las sayas y quieres corromper a un menor.

—¡Vaya! ¿También eres la mujer legítima de Vasia?

—Ya te diré yo si soy legítima, intrigantona, apestosa. No saldrás viva de ésta, porque me harás cometer un disparate

—¡Eh, cuidado! ¡Baja las patas, loca! ¿Qué mosca te ha picado?

—¡Así revientes! Piojosa, gata tiñosa, tía puerca...

—¡No me digas! Ya sé que soy todo eso que dices. Aquí la única decente eres tú, pues no faltaría más. Nacida en el arroyo, poseída bajo el puente, preñada por una rata y madre de un cochino erizo... ¡Socorro, socorro! ¡Que me mata esta malvada asesina!... ¡Salvad a una pobre muchacha, defended a una huérfana!

—Vámonos. No puedo oírlas. Es demasiado repugnante —dijo Antonina Alexándrovna, alejándose apresuradamente con su marido—. Acabarán mal.

18

De pronto cambió todo, lugares y tiempo. Acabada la llanura, la vía penetraba entre montañas, colinas y alturas. El viento del norte que había soplado en los últimos tiempos, cesó ya. Desde el sur venía un soplo tibio, como de una estufa.

Las pendientes de las montañas estaban cubiertas de bosques. Para atravesarlos, el tren debía subir pronunciadas cuestas y bajar luego suavemente. Ascendía jadeante por en medio del bosque, sin resuello, como un viejo leñador que guiase a una multitud de viajeros que mirasen a su alrededor y lo advirtieran todo.

Pero no había mucho que mirar. En la profundidad del bosque todo era todavía sueño y quietud, invierno. Sólo de vez en cuando algún arbusto o algún árbol, estremeciéndose, libraban a sus ramas más bajas de la nieve que las cubría, como si se sacudieran las solapas o se desabrocharan el cuello.

Yuri Andriéevich tenía sueño. Durante todos aquellos días permaneció tendido en su litera. Dormía y cuando despertaba se sumía en sus pensamientos o se ponía a escuchar. Pero no había mucho que escuchar.

19

Antes de que Yuri Andriéevich disipara su modorra, la primavera fundió toda la nieve que había caído sobre Moscú el día de su partida y que continuó cayendo durante el

viaje, toda esa nieve que habían cavado y desenterrado en Ust-Niemda y que se extendía en una espesa capa por una superficie de millares de verstas.

Al principio, la nieve se fundía interiormente, en silencio, a escondidas. Cuando se llevó a cabo una buena mitad de este inmenso trabajo, ya no se ocultó más y el prodigio salió a la luz. Bajo la corteza de la nieve que se deshacía, el agua comenzó a correr y cantar. Se estremecieron los impracticables rincones de los bosques. Todo se despertó en ellos.

El agua tenía anchos caminos por donde correr: precipitábase por las torrenteras, formaba estanques y discurría por todas partes. Pronto el bosque se pobló con sus rumores, con su vaporoso polvillo. Bajo los árboles arrastrábanse los arroyos como si fueran serpientes, empantanábanse y profundizaban la nieve que sujetaba sus movimientos, discurrían gorgoteando por los pequeños espacios planos, y se precipitaban por entre las rocas lanzando por los aires una polvareda de gotas. La tierra ya no podía absorber más humedad. En alturas vertiginosas, casi desde las nubes, los abetos seculares abrevaban sus raíces. A sus pies burbujeaba una espuma parda que se enjugaba en círculos, como la espuma de la cerveza en los bigotes de los bebedores.

La primavera embriagaba el cielo, que estaba aturdido y se cubría de nubes. Sobre el bosque nadaban bajas nubes de fieltro, cuyos bordes cubiertos de franjas deshacíanse a veces en tibios aguaceros que olían a tierra mojada y barrían los últimos restos de la negra coraza de hielo.

Yuri Andriéevich se despertó, se asomó al portillo de la ventanilla, de la cual se había quitado el cristal, y se puso a escuchar.

20

A medida que se acercaban a la zona minera, la región se poblaba más, las estaciones eran más frecuentes y menos raros los viajeros. En las pequeñas estaciones intermedias subía y se apeaba mucha gente. Los que efectuaban breves recorridos no se acomodaban de forma definitiva, no dormían por la noche, pero buscaban acomodo en medio del vagón, charlaban en voz baja de temas locales que sólo ellos comprendían, y se apeaban en la primera estación o parada.

Por lo que contó la gente que fue sucediéndose en el vagón en los últimos tres días, Yuri Andriéevich dedujo que en el norte los blancos llevaban ventaja y habían tomado o estaban a punto de tomar Yuriatin. Además, si no comprendió mal o se trataba simplemente de una coincidencia de nombres, las fuerzas blancas de aquella zona estaban mandadas por aquel Galiullin que había sido compañero suyo en el hospital de Meliuziéev.

Sin embargo, no comunicó a su familia ni una sola palabra de estos rumores. No quería preocuparlos inútilmente hasta que no se hubiesen confirmado.

Por la noche experimentó una confusa sensación de felicidad tan grande como para despertarle. El tren se había detenido. En las cristalinas sombras de la noche blanca que envolvía la estación había algo sutilmente intenso: señal de que el lugar era amplio y despejado, se hallaba a cierta altura y poseía un horizonte limpio y extenso.

Por el andén, ante su vagón, pasaron hablando en voz baja unas sombras de pasos silenciosos. Yuri Andriéevich se enterneció. En la cautela de aquellos pasos y aquellas voces vio un respeto por la hora nocturna y una consideración hacia quienes dormían, como pudo haberlos en el pasado, antes de la guerra.

Pero se engañaba: en el andén la gente voceaba y hacía ruido con las botas como en todas partes. Sin embargo, allí cerca había una cascada que dilataba los confines de la noche blanca con un soplo de frescura y de libertad. Era esa cascada la que en sueños le había inspirado aquella sensación de dicha. El fragor continuo, incesante, de la caída de agua, por encima de todos los demás rumores de la estación, creaba una apariencia de silencio.

Sin advertirlo, pero acunado por aquella extraordinaria fluidez del aire, se sumió de nuevo en un sueño profundo. Debajo de él, en el vagón, dos personas hablaban:

—¿De manera que les sentasteis las costuras? Les metisteis mano, ¿eh?

—¿A quiénes? ¿A los comerciantes?

—Sí, a los tenderos.

—Los domamos. Ahora van más derechos que una vela. Se dio a algunos una lección para que les sirviera de ejemplo, y los demás se pusieron suaves. Les hemos pedido una contribución.

—¿Aportó mucho el distrito?

—Cuarenta mil.

—¿Crees que soy idiota?

—¿Por qué había de mentirte?

—¡Caray, cuarenta mil!

—Cuarenta mil *puds*[43].

—Bien. ¡Que el diablo os lleve! Sois listos.

—Cuarenta mil *puds* de molienda fina.

—Pensándolo bien, no es nada del otro mundo. Esta es una zona de primer orden. Aquí está el mercado del grano. Desde aquí hasta Yuriatin, a lo largo del Rynva, pueblo tras pueblo, todos son silos y almacenes de grano. Los hermanos Sherstobítov, Pierekátchikov padre e hijo, todos son grandes mayoristas.

—Habla más bajo, que así despiertas a la gente.

—Bueno.

Uno de los dos bostezó y el otro dijo:

—¿Y si echáramos un sueñecito? Parece que vamos a partir pronto.

En aquel momento, a sus espaldas, con un rápido crescendo, dejóse oír un estruendo ensordecedor que apagó el rumor de la cascada, y por la vía de al lado pasó a todo vapor, dejando atrás al convoy inmóvil, un expreso del tipo antiguo. Lanzó un silbido, levantó de los rieles un fragor de hierro y haciendo resplandecer sus luces por última vez, desapareció a lo lejos.

La conversación continuó:

—Ahora ya está. Es cosa de un momento.

—Sí que iba de prisa.

—Debe de ser Striélnikov, un tren blindado especial.

—Sí, debe de ser él.

—Para los contrarrevolucionarios es una fiera.

—Va contra Galiéev.

—¿Quién?

—El atamán Galiéev se ha apoderado de los muelles.

—No lo sabía.

—O quizá sea el príncipe Galiéev. No lo sé muy bien.

—No hay príncipes de este nombre. Seguro que es Alí Kurbán. Estás confundido.

—El posible que sea Alí Kurbán.

—Entonces ya es otra cuestión.

22

Hacia la mañana, Yuri Andriéevich se despertó otra vez. Todavía soñaba algo agradable. No había cesado aún aquella sensación de felicidad y liberación. De nuevo estaba parado el tren, acaso en otra estación, o quizá continuaba en la misma. Otra vez rumoreaba una cascada, probablemente la misma de antes, o acaso otra.

Volvió a adormecerse casi enseguida y, durmiendo, le pareció oír un gran alboroto y gente que corría. Kostoied la había emprendido con el jefe de tren y los dos gritaban. El paisaje era todavía más hermoso. Alentaba algo nuevo que no existía antes, algo mágico, primaveral, de un color blanquinegro aéreo y ligero, como un ventarrón de tempestad de nieve en mayo, cuando los copos húmedos y sueltos, al caer, no blanquean, sino que hacen más oscura la tierra. Algo diáfano, blanco, negro, perfumado.

—«¡Los cerezos silvestres!», pensó Yuri Andriéevich en sueños.

23

A la mañana siguiente, Antonina Alexándrovna dijo:

—Realmente eres muy raro, Yura. Estás lleno de contradicciones. Por lo general te despierta el vuelo de una mosca, y ya no pegas ojo hasta que se hace de día. Anoche hubo aquí un ruido infernal, alboroto y discusiones continuas y dormías

como un tronco. Anoche se escaparon el cajero Pritúliev y Vasia Brykin. ¡Ahí es nada! Han huido con Tiagunova y Ogryzkova. Pero eso no es todo. También ha huido Voroniuk. Sí, sí, lo que oyes: ha huido. ¿Te imaginas? Escucha. No se sabe cómo han podido escaparse, si juntos o cada uno por su lado, quién antes ni quién después. Evidentemente, Voroniuk, cuando descubrió la fuga de los demás, habrá querido sustraerse a la responsabilidad. Pero ¿y los otros? ¿Se han ido por su propia voluntad? ¿O acaso alguno de ellos fue eliminado por los demás porque les molestaba? Sospechan, por ejemplo, de las mujeres. Pero nadie sabe si ha muerto Tiagunova u Ogryzkova. El jefe de la escolta recorría el tren de punta a punta, gritando: «¿Por qué dan la señal de partida? En nombre de la ley exijo que el convoy no se mueva hasta que hayan sido capturados los fugitivos.» Pero el jefe de tren no quiso saber nada. «Está usted loco (le dijo). Transporto reservas para el frente y tienen preferencia absoluta. ¡Y quiere usted que espere a su pandilla de piojosos! ¡Qué idea más peregrina!» Y los dos la emprendieron con Kostoied. ¿Cómo un hombre instruido como él, un cooperador, no disuadió a ese soldado, a ese pobre hombre, y evitó que cometiera una acción tan arriesgada?«¡Y populista además!» dicen. Y se comprende que Kostoied les respondiera como se merecían: «¡Qué interesante! ¿De modo que, según usted, un preso debe vigilar a su guardia? Eso es pedir peras al olmo.» Y yo te daba golpes en el costado y en el hombro. «Yura (Te gritaba), levántate. Ha habido una fuga.» Que si quieres. Ni un cañonazo te hubiese despertado. Pero perdona. Luego continuaremos...

Ahora... No puedo hablar... Papá, Yura, mirad qué maravilla.

Al otro lado de la ventanilla junto a la cual se hallaban tendidos, extendíase una inmensa llanura inundada enteramente por la crecida. El río se había salido de madre y el agua llegaba hasta el pie del terraplén del ferrocarril. Mirando desde las literas, por un efecto óptico, parecía como si el tren se deslizara por el agua, a cuya superficie, en muchos puntos veteada de un color azul de hierro, el calor de la mañana prestaba lúcidos reflejos oleosos, como haría una cocinera que pasara por la corteza de un pastel una pluma empapada en aceite.

En aquel lago que parecía no tener orillas, yacían sumergidos, junto con los prados, barrancas y arbustos, cúmulos de nubes blancas.

En medio de la extensión de agua afloraba una estrecha lengua de tierra cubierta de árboles que, al reflejarse, parecían suspendidos entre el cielo y la tierra.

—¡Patos salvajes! ¡Toda una nidada! —exclamó Alexandr Alexándrovich.

—¿Dónde?

—Junto a la isla. No, allí no. Más a la derecha, a la derecha. ¡Ah! ¡Ya han volado! Deben de haberlos asustado.

—¡Ah, sí! Ya los veo. He de hablarte, Alexandr Alexándrovich. Pero ya lo haré cuando llegue el momento. Nuestros fugitivos han hecho bien en escaparse.

Probablemente sin hacer daño a nadie. Han huido, simplemente, como huye este agua.

24

Había terminado la noche blanca septentrional. En la reaparición de las cosas, cada una de ellas estaba en su sitio, casi incrédula de sí misma, como inventada: la montaña, el bosque, el barranco.

El bosquecillo apenas había comenzado a reverdecer. Sólo algún cerezo silvestre estaba ya florido. El bosquecillo crecía bajo el derrumbe de la montaña, sobre una pequeña sima que poco más allá terminaba en un precipicio.

No lejos había una cascada. No era posible verla desde todas partes, sino sólo desde una vertiente del bosque, desde el borde del barranco. Vasia estaba cansado de caminar, cansado de excitación y de miedo.

La cascada lo dominaba todo. Terrible en su soledad, parecía dotada de una vida propia e incluso de conciencia, algo semejante a un dragón fabuloso o la serpiente tirana de aquel lugar, que exigiera tributo y devastara los alrededores.

A media altura caía sobre un resalte del precipicio y se dividía en dos. La parte superior de la caída de agua parecía casi inmóvil, y las otras dos columnas inferiores oscilaban con un movimiento continuo y apenas perceptible, como si constantemente resbalasen y se incorporaran, resbalasen y se incorporaran, y, en su oscilación, se mantenían siempre verticales.

Vasia había tendido en el suelo su pelliza y acostádose sobre ella en el límite del bosquecillo. Cuando el día clareó más, voló hacia la montaña un pájaro de pesadas alas, planeó en semicírculo sobre el bosque y se posó en la copa de una picea, a poca distancia de Vasia. El levantó la cabeza, contempló la garganta de color azul oscuro y el pecho gris azulado del pájaro y murmuró como si fuera una palabra mágica: «*Ronja*» como en los Urales llaman al picamaderos. Luego se levantó, recogió la pelliza, se la echó encima y, atravesado el claro, se acercó a su compañera. Le susurró:

—Vamos, tía. Estamos helados y con tiritona. ¿Por qué me miras tan asustada? Te digo de veras que debemos marcharnos. En la situación en que estamos, debemos ir por los pueblos. En los pueblos no nos harán ningún daño, nos esconderán. Ya llevamos dos días sin comer y vamos a morirnos de hambre. Menuda la habrá armado el tío Voroniuk y estarán buscándonos como locos. Debemos irnos, tía Palasha; mejor dicho, debemos salir arreando. No he tenido maldita la suerte contigo, tía: no has abierto la boca en toda la jornada. Seguro que del susto has perdido el habla. Pero ¿por qué estás triste? A la tía Katia, a Katia Ogryzkova, la empujaste sin maldad, la rozaste sólo, porque yo lo vi. Cuando se levantó de la hierba, no tenía nada roto y echó a correr. Y así lo hizo también el tío Projor, Prójor Jaritónovich. Dentro de poco

estaremos todos juntos, ya lo verás. El caso es no pillar pesadumbre. Si no la pillas, verás como funciona la lengua otra vez.

Tiagunova se levantó, dio el brazo a Vasia y dijo con voz sumisa:

—Vamos, pequeño.

25

Crujiendo por todas partes, los vagones ascendían la montaña, culebreando a lo largo del alto terraplén, al pie del cual crecía un joven bosque. Todavía más abajo extendíanse los prados, de los que se había retirado el agua hacía poco. La hierba, medio cubierta de arena, estaba sembrada de troncos, diseminados desordenadamente. Procedentes de algún aserradero, la crecida, alejándolos del curso del río, los había llevado hasta allí.

El joven bosquecillo estaba todavía casi desnudo, como en invierno. Sólo en los pálidos brotes que lo cubrían como gotas de cera había algo de superfluo, de insólito, como una especie de borra o hinchazón. Esta superfluidad, esta novedad, esta borra eran la vida, que incendiaba ya algunos árboles con la llama verde del follaje.

Aquí y allá erguíanse los abedules como mártires heridos por las puntas de flecha de las agudas hojitas abiertas. Bastaba verlos para saber a qué olían: a la esencia de la madera de la cual se extrae la laca.

El tren no tardó en llegar al lugar de donde probablemente procedían los troncos diseminados por el agua. A la vuelta de una curva, apareció en el bosque un claro lleno de serrín y virutas y en medio había un montón de gruesos troncos. En aquella zona destinada a aserrar madera el tren se estremeció a causa de un brusco frenazo y se detuvo encorvado sobre el ligero arco de la cuesta.

La locomotora emitió algunos silbidos, y se oyeron unos gritos. Los pasajeros sabían de qué se trataba, aunque no se hubiesen hecho señales: el maquinista se había detenido para proveerse de material combustible.

Se abrieron las puertas correderas de los vagones y la población de aquella pequeña ciudad que era el tren saltó a tierra, excepto los militares de los vagones que iban en cabeza, quienes estaban eximidos del trabajo colectivo y tampoco ahora tomaron parte en él.

Los montones de madera cortada que había en el claro no serían suficientes para llenar el ténder. Era necesario cortar también una buena cantidad de gruesos y largos troncos.

La brigada adscrita a la locomotora disponía de sierras. Fueron distribuidas entre los voluntarios, que se dividieron en parejas. También el doctor y su suegro se hicieron cargo de una sierra. Por las ventanillas de los vagones reservados a los soldados asomaban caras alegres. Adolescentes que jamás habían entrado en fuego, alumnos del último curso de la escuela naval, que parecían haberse metido por error

en el vagón junto con severos operarios, padres de familia, quienes tampoco entraron jamás en fuego y a toda prisa ultimaron su preparación militar, voceaban y bromeaban, precisamente para no pensar, con marinos de más edad. Todos se daban cuenta de que las horas de prueba estaban ya muy próximas.

Los más decididos acompañaban con continuas burlas el coro de los que aserraban:

—¡Eh, abuelito! Di que eres un niño de teta, que mamaíta tiene que darte de mamar y que no eres apto para el trabajo. ¡Eh, Mavra! ¡Ten cuidado! No vayas a cortarte la saya, que pillarás frío. ¡Eh, guapa! No vayas al bosque, mejor cásate conmigo.

26

En el bosque había algunos caballetes hechos con troncos atados en cruz y clavados en tierra. Yuri Andriéevich y Alexandr Alexándrovich hallaron uno libre y lo utilizaron para aserrar.

Era ese momento de la primavera en el que la tierra surge de la nieve casi con el mismo aspecto con que meses antes desapareció en ella. El bosque trasudaba humedad y estaba todo cubierto de las hojas secas del año anterior. Parecía una habitación en desorden en la que se hubiesen roto recibos, cartas y documentos de muchos años, y que todavía no se hubieran barrido.

No tan de prisa, que te cansarás —dijo el doctor a Alexandr Alexándrovich, dando al movimiento de la sierra un ritmo más lento y más regular.

Luego propuso descansar un poco.

El bosque resonaba bajo el sordo rumor de las demás sierras, que avanzaban y retrocedían al unísono, o desacordadas. A lo lejos, quién sabe dónde, ensayaba sus fuerzas el primer ruiseñor. Con pausas largas todavía, como si soplara en una flauta obstruida, silbaba un mirlo. Incluso el vapor de la locomotora ascendía hacia el cielo con un zumbido cantarín, como la leche que, en el cuarto de los niños, hierve sobre un hornillo de alcohol.

—Querías hablarme de algo —dijo Alexandr Alexándrovich—. ¿Ya no te acuerdas? Me lo dijiste cuando pasamos sobre la riada y los patos se alejaban volando. ¿Recuerdas que dijiste: «Tengo que decirte algo»?

—¡Ah, sí! Pero no sé cómo decirlo. Ya ves que avanzamos sin cesar... Pasamos por una región agitada. Pronto llegaremos y no sabemos lo que vamos a encontrar. De todos modos, convendría que nos pusiéramos de acuerdo. No me refiero a nuestras convicciones. Sería absurdo querer aclarar o definir con una conversación de media hora, en un bosque de primavera, toda una serie de cosas. Nos conocemos demasiado bien. Nosotros tres, tú, yo y Tonia, como muchos en estos tiempos, constituimos un mundo en sí y nos distinguimos entre nosotros mismos solamente por la forma en que

lo hemos aceptado. Claro está que no hablo de esto. Quiero decir otra cosa. Tenemos que establecer de antemano entre nosotros la manera de comportarnos en ciertas circunstancias, para no avergonzarnos uno de otro y no sacudirnos recíprocamente las responsabilidades.

—No sigas, lo he comprendido. Me gusta que hayas planteado el problema. Has encontrado las palabras justas. Y ahora voy a responderte. ¿Recuerdas la noche de invierno en que nos llevaste un periódico que publicaba los primeros decretos? ¿Recuerdas de qué modo todo era nuevo y absoluto? Todo tenía una seductora coherencia. Pero semejantes cosas viven con su pureza inicial sólo en la mente de quienes las han concebido y sólo el primer día de su proclamación. Al día siguiente, sin ir más lejos, la oportunidad política les da la vuelta. ¿Qué quieres que te diga? Es un concepto de la vida que me resulta extraño. Este poder está dirigido contra nosotros. No he dado mi consentimiento a un cambio semejante. Pero han creído en mí y en mis acciones, y aunque se me hubiesen impuesto, yo habría contraído esa obligación por mis actos. Tonia se pregunta si no llegaremos demasiado tarde para plantar un huerto, si se nos pasará el momento de la siembra. ¿Qué se le puede contestar? Aquí desconozco el terreno. ¿Cuáles son las condiciones climatológicas? ¿No es demasiado corto el verano? En general, ¿realmente madura algo aquí? Sí, pero ¿no habremos ido demasiado lejos para tener que hacer ahora de horticultores? No es cosa de bromear y decir como se dice: «hay quien recorre siete verstas para ir a buscar pan», porque, desgraciadamente, las verstas que llevamos recorridas son ya tres o cuatro mil. No, hablemos francamente: nos vamos tan lejos por otro motivo. Vamos a intentar vegetar como hay que hacer hoy día, disfrutar en cierto modo de los bosques que fueron del abuelo, de sus máquinas y sus bienes. No vamos a reconstruir su propiedad, sino a consumirla. Nos unimos para gastar colectivamente millares de rublos con objeto de sobrevivir sin un céntimo y, como los demás, lo hacemos de esta forma caótica, carente de cualquier fundamento interior. Ni por todo el oro del mundo aceptaría como regalo la hacienda según los viejos principios. Sería una cosa tan intemporal como ponerse a correr desnudo u olvidar el alfabeto. No, en Rusia se acabó la historia de la propiedad. Y nosotros, los Gromeko, ya desde la pasada generación le perdimos el amor y la riqueza.

27

No era posible dormir a causa del calor sofocante y el aire viciado. La almohada de Yuri Andriéevich estaba empapada de sudor.

Calladamente se deslizó de su litera y con toda clase de precauciones, para no despertar a nadie, cerró la puerta del vagón.

La viscosa humedad lo hirió en el rostro, como cuando en una cueva la cara da con una telaraña.

«La niebla —se dijo—. La niebla. El día será caluroso, ardiente. Por eso cuesta tanto respirar y se siente esta opresión.»

Antes de descender al terraplén, se detuvo un momento a la puerta y se puso a escuchar.

El tren estaba detenido en una estación muy grande, un nudo ferroviario. Los vagones no solamente estaban sumidos en el silencio y la niebla, sino también en una especie de inexistencia y abandono, como si hubieran sido olvidados. Efectivamente, el convoy se hallaba fuera de la estación. Entre ésta y él extendíase una red tan grande de vías que si la tierra se hundiese y se tragara la estación, nadie en el tren se daría cuenta.

En lontananza percibíanse dos sonidos distintos.

Detrás, por la parte de donde habían llegado, advertíase un chapoteo regular, como de ropa que se aclarase o de una bandera mojada que el viento sacudiese contra el asta.

De la dirección opuesta llegaba un zumbido que le hizo estremecerse y aguzar el oído. Era un rumor que le recordaba la guerra.

«Cañones de largo alcance», dedujo, después de haber escuchado un rato.

El zumbido manteníase monótono en una larga nota baja. «Esto quiere decir que hemos llegado hasta el frente», dijo moviendo la cabeza y saltó del vagón.

Dio algunos pasos. Dos vagones después terminaba el tren. La locomotora y los vagones de cabeza habían sido desenganchados y desaparecieron quién sabe dónde.

«Por eso bromeaban ayer —pensó el doctor—. Comprendían que apenas llegasen les harían entrar en fuego enseguida.»

Rodeó todo el tren con la intención de cruzar la vía y encontrar el camino de la estación. Pero, tras la esquina del primer vagón, se destacó de pronto, como si hubiese surgido de la tierra, un centinela armado con un fusil. Sin levantar la voz le intimó:—¿Dónde vas? ¡El salvoconducto!

—¿Qué estación es ésta?

—No es ninguna estación ¿Qué quieres?

—Soy un médico de Moscú. Viajo en este tren con mi familia. Esta es mi documentación.

—Me cisco en tu documentación. No soy tan memo como para intentar leer estos papeles en la oscuridad y estropearme la vista. ¿No ves la niebla que hay? Aunque no llevaras papeles se vería a la legua la clase de médico que eres. Los doctores como tú están arreando cañonazos allí abajo. Ya te arreglaré yo, pero todavía es pronto. Vamos, retrocede mientras estás a tiempo.

«Me confunde con alguien», pensó.

Era absurdo ponerse a discutir con el centinela. Lo mejor que podía hacer era alejarse antes de que fuera demasiado tarde. Y desapareció por el lado opuesto.

A sus espaldas cesó el cañoneo. Allí, tras él, estaba oriente. En la oscuridad de la niebla había salido el sol y parpadeaba pálido entre las nubes. Era como esos cuerpos desnudos que salen del baño en medio del vapor.

El doctor caminó a lo largo de los vagones, los dejó atrás y continuó andando. A cada paso sus pies se hundían en una blanda arena.

Aquel monótono chapoteo que había oído antes, acercábase ahora. El terreno descendía con suavidad. Dio todavía algunos pasos, y se detuvo ante unas confusas formas a las que la niebla daba proporciones desmesuradas. Anduvo un poco más y surgieron de la sombra las proas de unas barcas varadas. Hallábase a la orilla de un gran río que cansadamente chapaleaba con su perezosa resaca los costados de las barcas pesqueras y los pequeños pontones de embarque.

—¿Quién te ha autorizado a meter aquí las narices?—preguntó otro centinela, destacándose de la orilla.

—¿Qué río es este?

Estas palabras se le escaparon involuntariamente al doctor, porque después de la reciente experiencia comprendía que no era cuestión de hacer preguntas.

En lugar de responder, el centinela se llevó a los labios un silbato, pero no tuvo tiempo de utilizarlo.

El otro centinela, a quien deseaba llamar, había seguido a Yuri Andriéevich y estaba cerca ya de su compañero. Hablaron entre ellos.

—No hay por qué romperse la cabeza. Se ve enseguida la clase de pájaro que es. «¿Qué estación es ésta?», «¿Qué río es éste?»... Se imagina que así nos da el pego. ¿Qué te parece? ¿Lo largamos de aquí o lo llevamos al vagón de mando?

Para mí, lo mejor es llevarlo al vagón. ¡El carnet de identidad! —gritó el segundo centinela y agarró el montón de papeles que le ofrecía el doctor.

—No le quites el ojo de encima, muchacho —dijo a alguien que no era posible ver y junto con el primer centinela se dirigió, por entre los raíles, hacia la estación.

Entonces avanzó tosiendo un hombre que había estado tendido sobre la arena. Evidentemente era un pescador. —Puedes considerarte afortunado si te llevan al jefe. Pero no se lo tomes a mal. Cumplen con su deber. Ha sonado la hora del pueblo. Tal vez las cosas vayan mejor. Pero no hablemos ahora de todo esto. Como ves, te han confundido con otro. Están buscando a uno. Creen que eres tú. Seguro que piensan: ya le hemos echado el guante al enemigo del pueblo. Se han equivocado. De todos modos, debes pedir por el jefe. Pero guárdate de ellos. Son fanáticos. Una calamidad de tipos. Dios te libre de ésta. Si te dicen «vamos», no vayas. Di que quieres ver al jefe.

Yuri Andriéevich supo por el pescador que aquel río navegable era el famoso Rynva y que la estación era Razvilie, barrio industrial y fluvial de Yuriatin, y que la misma Yuriatin, que se hallaba a dos o tres verstas, había sido durante mucho tiempo

objeto de disputa entre blancos y rojos, pero que probablemente estos últimos acababan de conquistarla definitivamente. El pescador añadió que también hubo desórdenes en Razvilie, pero que al parecer habían sido sofocados, que todo estaba tan silencioso porque la zona contigua a la estación había sido evacuada por la población civil y rodeada por un cordón de vigilancia severísima. Y, por último, que entre los trenes parados, en los que se alojaban oficiales del ejército, se hallaba el tren especial de Striélnikov, el comisario de guerra, a quien los centinelas habían llevado la documentación del doctor.

Al cabo de un rato, un nuevo centinela distinto de los anteriores fue a buscar a Zhivago. Arrastraba por el suelo la culata del fusil o bien se lo ponía bajo el brazo, como si sujetara a un compañero borracho evitándole que se desplomara.

28

Después de haber dado el santo p seña al cuerpo de guardia, el centinela subió con el doctor a uno de los dos vagones unidos entre sí por un fuelle de cuero. A su aparición cesaron inmediatamente las risas y los ruidos que momentos antes había oído.

A través del estrecho pasillo, el centinela llevó al doctor a un local más amplio, donde reinaban el orden y el silencio. En aquel lugar, limpio y confortable, trabajaban personas aseadas y bien vestidas. El doctor imaginó muy distinto el cuartel general de aquel hombre sin partido, especialista en asuntos militares, que en poco tiempo se convirtió en la gloria y el terror de toda la región.

Pero probablemente el centro de su actividad no estaba allí, sino en algún puesto más avanzado, en el cuartel general del frente, más cerca del escenario de sus hazañas. Aquella era su oficina privada, su gabinete personal, el cuartel de campaña.

Por eso había calma allí, como en los pasillos de los establecimientos donde se toman baños calientes de agua del mar, pasillos forrados de corcho, por los cuales los empleados caminan silenciosamente en zapatillas.

La oficina había sido instalada en al antiguo vagón restaurante: estaba cubierto con una alfombra y había varias mesas.

Enseguida —dijo un joven soldado, sentado cerca de la entrada.

Después de lo cual todos los funcionarios que se hallaban instalados a sus mesas se creyeron autorizados para olvidar al doctor y no le prestaron la más mínima atención. El mismo soldado, con un distraído movimiento de cabeza, despidió al centinela, que se alejó haciendo resonar el pavimento metálico del corredor, golpeándolo con la culata de su fusil.

Desde el umbral el doctor descubrió sus papeles: estaban en la última mesa, a la que se sentaba un militar de avanzada edad, semejante en su aspecto a un coronel de los viejos tiempos. Debía de estar trabajando en algún asunto de estadística. Murmurando entre dientes, consultaba algunos cuadernos, examinaba mapas

militares, comparaba, recortaba y pegaba. Luego miró una tras otra las ventanillas del vagón y dijo:

—Aquí hará mucho calor —como si éste fuese el resultado del examen de todas las ventanillas, y como si no hubiera sido suficiente mirar una sola de ellas.

Entre las mesas, en el suelo, un técnico militar reparaba la línea telefónica. Cuando llegó bajo la mesa del militar joven, éste se levantó para no molestarle. Al lado manipulaba en una máquina de escribir una mecanógrafa que vestía una camisa de hombre, de color caqui. El carro de la máquina se había atascado en un extremo. El soldado se acercó y por encima comenzó a buscar con ella la causa de la avería. El técnico fue acercándose por debajo y comenzó a examinar las conexiones y la transmisión. Habiéndose levantado de su sitio, también se reunió con ellos el viejo «coronel».

El doctor se tranquilizó. No era posible suponer que ninguno de aquellos hombres, que sabían mucho mejor que él la suerte que le esperaba, pudieran interesarse tan tranquilamente por semejantes tonterías en presencia de un condenado.

«Además, ¿quién puede entenderlos?—pensaba—. ¿Por qué están tan despreocupados? Por todas partes se oyen cañonazos, la gente muere, prevén un día caluroso, y piensan más en la temperatura que en la batalla. Habrán visto tantas que ya para ellos no tienen la menor importancia.»

Y, no sabiendo qué hacer, desde donde se encontraba comenzó a mirar, a través del vagón, más allá de las ventanillas que había ante él.

29

Descubrió desde allí una parte de la vía y, sobre una loma, la estación de Razvilie y la población del mismo nombre.

Una sucia escalera de madera conducía de la vía a la estación.

En aquel lugar las vías estaban convertidas en un verdadero cementerio de locomotoras. Viejas máquinas sin ténder, con chimeneas en forma de taza y de bota estaban paradas una frente a otra, en medio de un hacinamiento de vagones destrozados. -

Las locomotoras deshechas, la ciudad en ruinas, hierros retorcidos sobre los raíles, los oxidados tejados y muestras de las casas próximas se fundían en un espectáculo de abandono y ruina bajo un cielo blanco, encendido por el precoz calor de la mañana.

En Moscú Yuri Andriéevich había olvidado cuántos letreros podía haber en una ciudad y qué parte de la fachada cubrían. Aquellos que veía ahora hicieron que lo recordase. La mayor parte, escritos con grandes caracteres, podían leerse desde el tren y quedaban tan bajos sobre las ventanas de aquellas toscas construcciones de una planta, que éstas desaparecían detrás, como las cabezas de los niños campesinos

desaparecen bajo los sombreros de sus padres, calados hasta los ojos.

Mientras tanto la niebla se había disipado por completo. Habían quedado algunos jirones únicamente a la izquierda, en el cielo lejano, hacia oriente. Y también éstos se movieron ligeramente, se rasgaron y abrieron como el telón de un teatro.

Al este, a tres kilómetros de Razvilie, sobre una colina más alta que el pueblo, apareció una gran ciudad, una capital de distrito o de provincia. El sol la iluminaba con una luz dorada y la distancia simplificaba sus líneas. Recortábase en la altura como el monte Afón o un eremitorio en el desierto, tal como aparecen en las litografías populares, con todas sus construcciones, casa a casa, calle a calle, y una gran catedral en medio, sobre la cumbre.

«¡Yuriatin! —pensó el doctor con emoción—. El escenario de todos los cuentos de Anna Ivánovna, la ciudad que también nombraba tantas veces Antípova la enfermera. ¡Cuánto he oído hablar de ella y en qué circunstancia la veo por primera vez!»

En aquel momento la atención de los militares inclinados sobre la máquina de escribir fue atraída por algo fuera de la ventana. Volvieron la cabeza en esa dirección y el doctor siguió su mirada.

Por la escalera de la estación eran conducidos unos prisioneros civiles y militares, entre ellos un estudiante herido en la cabeza. Lo habían vendado, pero la sangre se filtraba a través del vendaje y el muchacho la enjugaba pasándose la mano por el bronceado rostro cubierto de sudor.

Entre los dos soldados rojos que cerraban la fila destacábase el hermoso rostro del muchacho e infundía compasión su juventud. Pero los tres atraían la atención por sus extraños ademanes: hacían efectivamente todo lo contrario de lo que debían hacer.

Al joven se le resbalaba continuamente el gorro y, en lugar de quitárselo y llevarlo en la mano, de vez en cuando se lo ponía bien ajustándolo sobre la cabeza vendada y en esto lo ayudaban solícitos los dos soldados.

Tal comportamiento, contrario al sentido común, tenía algo de simbólico. Intuyendo de pronto su oculto significado, el doctor hubiese deseado echar a correr afuera e impedir que el estudiante continuara, diciéndoles algo que, en el ímpetu de su sentimiento, ya acudía a sus labios. Hubiese querido gritar al muchacho y a los que lo custodiaban que la salvación no consistía en cuidar las formas, sino en librarse de ellas.

Volvió a mirar al interior del vagón: con pasos rápidos y decididos acababa de entrar Striélnikov.

¿Cómo, entre tantos conocimientos insignificantes, no había hecho el doctor uno tan significativo como el de aquel hombre? ¿Por qué la vida no había hecho que se encontraran? ¿Por qué sus caminos no se cruzaron nunca?

Sin que hubiese pronunciado una sola palabra, era evidente que aquel hombre

encarnaba una perfecta manifestación de la voluntad. Hasta tal punto era lo que deseaba ser que cualquier cosa en él y de él resultaba ejemplar: su cabeza de líneas armoniosas, la rapidez de su paso, sus largas piernas ceñidas por las botas altas, que incluso podían estar sucias, pero que parecían limpias, y su camisa militar de paño gris, que también podía estar arrugada, pero que daba la impresión de ser de tela y estar planchada.

De tal manera se manifestaba la presencia de un talento, de un talento natural que no conocía esfuerzo y señoreaba cualquier situación de la vida y por esto cautivaba.

Aquel hombre debía de poseer un don, no necesariamente innato, que trascendía de cada uno de sus movimientos y podía ser incluso el don de la imitación. Todos entonces imitaban a alguien: un célebre héroe de la historia, una persona admirada en el frente o en los motines de la ciudad, una figura que había cautivado la imaginación: las autoridades más prestigiosas, los camaradas que habían triunfado, o simplemente se imitaban unos a otros.

Por cortesía aparentó no sorprenderse o molestarse por la presencia del extraño. Se volvió a los presentes como si lo incluyera en ellos y dijo:

—Enhorabuena. Los hemos rechazado. Parece como si jugáramos a la guerra y no estuviésemos empeñados en una cosa muy seria. Son rusos como nosotros. Pero tienen un ramalazo de locura del que no quieren desprenderse y nosotros debemos arrancársela por la fuerza. El comandante era amigo mío. Incluso es de origen más proletario que yo. Crecimos juntos en el mismo patio. Hizo mucho por mí en su vida y le debo gratitud. Sin embargo, estoy contento de haberlo rechazado al otro lado del río e incluso más allá. Gurián, restablece el contacto lo antes posible. No podemos contentarnos con los ordenanzas y el telégrafo. ¿Habéis visto qué calor? De todos modos, he logrado dormir hora y media. ¡Ah, sí!...

Pareció recordar y se volvió al doctor Zhivago. Recordaba el motivo por el cual lo habían despertado: una tontería, la detención de aquel hombre.

«¿Es éste?—pensó Strielnikov, midiendo a Zhivago de pies a cabeza con una mirada escrutadora—. No se parece en nada. ¡Qué estúpidos!»

Se echó a reír y dirigióse a Yuri Andriéevich:

—Perdona, camarada. Te han tomado por otro. Mis centinelas se han engañado. Estás en libertad. ¿Dónde está el carnet de trabajo del camarada? ¡Ah, aquí está tu documentación! Perdona la indiscreción, voy a echarle una ojeada. Zhivago... Zhivago... El doctor Zhivago... moscovita, ¿no? Pasemos un momento a mi despacho. Esta es la secretaría. Mi vagón está delante. Por favor. No te molestaré mucho rato.

30

¿Quién era, no obstante, aquel hombre? Era sorprendente que hubiese llegado a aquel puesto tan alto y se hubiese mantenido en él. Desconocido, originario de Moscú,

apenas terminados sus estudios fue a enseñar en provincias y en la guerra cayó prisionero. Durante mucho tiempo desapareció, de modo que se le dio por muerto.

Tivierzin, el ferroviario progresista, en cuya casa vivió cuando niño, lo ayudó con sus recomendaciones y salió garante de él. Las personas de quienes entonces dependían todos los nombramientos creyeron en su palabra. En aquellos días de encendidas pasiones y extremismos, el entusiasmo revolucionario de Striélnikov, también ilimitado, se impuso por su autenticidad y por un fanatismo no improvisado, sino preparado por toda una vida real y no ocasional.

Striélnikov se mostró digno de la confianza que se depositó en él.

Su hoja de servicios del último período comprendía los casos de Ust-Nemda y Nizhni Kielmes, el asunto de los campesinos de Gubásov, que opusieron una resistencia armada al *Prodotriad*[44], y las represalias contra el 14.° regimiento de Infantería que había saqueado un tren de avituallamiento en la estación de Medviézhi Poima. Figuraba también la acción contra los soldados que habían juzgado a Stienka Razin[45] y provocado la sublevación de la ciudad de Turkatúi y, con las armas en la mano, se pasaron a los blancos. Y asimismo la represión del motín del pequeño puerto fluvial de Chirkin Us, durante el cual el comandante del puesto, que permaneció fiel al poder soviético fue fusilado.

Llegaba a todas partes como un rayo, condenando, decretando, decidiendo, rápido, severo, inflexible.

Su misión con el tren había acabado en toda aquella zona con las deserciones en masa. La revisión de las organizaciones de reclutamiento cambiaron el aspecto de las cosas y ahora se verificaba con éxito el enrolamiento en el Ejército Rojo. Las comisiones de alistamiento trabajaban febrilmente.

Por último, recientemente, cuando comenzó en el norte la presión blanca y se agravó la situación, fueron confiadas a Striélnikov nuevas misiones estratégicas de carácter puramente militar. Los resultados de su intervención no se hicieron esperar.

Striélnikov sabía que la gente deformaba su apellido y lo llamaba Rastriélnikov[46]. Le tuvo sin cuidado. Nada le infundía temor.

Nació en Moscú, hijo de un obrero que participó en la revolución de 1905 y fue perseguido. Durante aquellos años se mantuvo al margen del movimiento revolucionario porque era demasiado joven, y después, en años sucesivos, porque estudiaba en la universidad. Los jóvenes de origen humilde que llegaban a la universidad se tomaban los estudios mucho más en serio que los hijos de los ricos. Ni siquiera le alcanzó el fermento de los estudiantes de la clase media. Salió de la universidad con una profunda cultura humanística que completó dedicándose por su cuenta al estudio de las matemáticas.

La ley le dispensaba del servicio militar, pero había toma- do parte en la guerra como voluntario. Cayó prisionero con el grado de subteniente, pero consiguió fugarse

y regresar a su patria en el año 1917, cuando apenas se supo que había estallado en Rusia la revolución.

Lo dominaban dos rasgos distintivos, dos pasiones.

Sus pensamientos eran de una claridad y un equilibrio extremos. Poseía en una rara medida el sentido de la justicia y la honestidad, de la nobleza y de los buenos sentimientos.

Pero, para un científico deseoso de mostrar nuevos caminos, le faltaba a su inteligencia ese don de la casualidad, la fuerza que, con descubrimientos imprevistos, viola la estéril armonía de lo previsible. Del mismo modo, para llevar a cabo el bien, su coherencia de principios carecía de la incoherencia del corazón, que no conoce los casos generales, sino sólo el caso particular, y es grande porque actúa en la esfera de lo pequeño.

Striélnikov, que, dejada atrás la infancia, aspiraba a todo lo que fuese noble y elevado, consideraba la vida como un inmenso campo cerrado donde los hombres, respetando honradamente las reglas, competían en alcanzar la perfección.

Cuando se dio cuenta de que no era así, no pensó que se había equivocado por haber juzgado de un modo un poco demasiadamente esquemático la ordenación del mundo. Encerrando dentro de sí, durante mucho tiempo, lo que consideraba una ofensa, comenzó a acariciar la idea de erigirse en juez un día entre la vida y el oscuro elemento que la deforma, de asumir su defensa y vengarla.

La desilusión lo ensombreció. Y la revolución le proporcionó las armas.

31

—Zhivago, Zhivago —continuaba repitiendo Striélnikov en el vagón en que acababan de entrar—. Es un apellido de aristócratas. Médico en Moscú destinado a Varykino. ¡Qué extraño! Dejar Moscú para meterse en un agujero semejante...

—Precisamente. Busco tranquilidad. Deseo un lugar apartado y oscuro.

—Extraña poesía. ¿Varykino? Conozco bien esa zona. La que fue fábrica de Krueger. ¿No será por casualidad pariente? ¿Heredero?

—¿A qué viene este tono irónico? ¿Por qué habla usted de «herederos»? Aunque mi mujer, efectivamente...

—¡Ah! ¿Lo ve usted? ¿De modo que tiene la nostalgia de los blancos? Voy a causarle una desilusión: llega usted con retraso. La región ha sido liberada.

—Veo que continúa usted burlándose de mí.

—Además, médico. Militar. Y estamos en tiempo de guerra. Esto es ya una cosa de mi incumbencia. Desertor. También los «verdes»[47] se esconden en los bosques, buscan la tranquilidad. ¿Cómo puede justificarse?

—Tengo dos heridas y he sido declarado inútil.

—Me muestra usted un documento del Comisariado del Pueblo de Educación

Nacional, o del Comisariado de Sanidad, que le presenta como «elemento verdaderamente soviético» o «simpatizante», y que atestigua su «lealtad». Hoy, señor mío, es el día del juicio en la tierra: criaturas del Apocalipsis, armadas con espadas y monstruos alados. Nada de doctores regularmente leales y simpatizantes. Sin embargo, le he dicho que está usted en libertad y no falto a mi palabra. Pero sólo por esta vez. Tengo el presentimiento de que volveremos a vernos y entonces las cosas serán muy distintas.

Ni la amenaza ni el desafío turbaron a Yuri Andriéevich, que dijo:

—Sé lo que piensa usted de mí. Desde su punto de vista tiene usted razón. La discusión a la que usted quiere llevarme la mantengo hace mucho tiempo en mi pensamiento con un acusador imaginario, y hay que creer que ya he tenido tiempo de deducir algunas conclusiones. No es cosa que pueda decirse en dos palabras. Permítame que me vaya sin darle explicaciones, si efectivamente soy libre, y, si no lo soy, disponga de mí. No tengo nada que justificar delante de usted.

El timbre del teléfono lo interrumpió. Se había restablecido la comunicación.

—Gracias, Gurián. —dijo Striélnikov al teléfono, después de haber soplado en éste varias veces—. Envíame alguien para escoltar al camarada Zhivago. Que esto no vuelva a repetirse. Y ponme con la dirección de la checa de los transportes de Razvilie.

Una vez solo, Striélnikov llamó a la estación:

—Se os ha enviado un muchacho muy joven. Continuamente se arregla el gorro en la cabeza vendada. Es una vergüenza. Sí. Dadle asistencia médica. Sí, me respondes de él como de las niñas de tus ojos. Además, racionamiento, si es necesario. Sí, y ahora hablemos de cosas serias. ¡Estoy hablando! No he terminado. ¡Eh! ¿Quién habla? Gurián, Gurián. Han cortado.

«Quizá fue un discípulo mío —pensó, renunciando por un momento a reanudar su conversación con la estación. Se hizo mayor y se ha vuelto contra nosotros.»

Sumó mentalmente los años de enseñanza, de guerra y cautividad, para ver si tenían relación con la edad del muchacho. Luego, a través de la ventanilla, mirando hacia el panorama del horizonte, buscó con los ojos el barrio de Yuriatin, junto al río, donde en otro tiempo estuvo su casa. ¿Y si su mujer y su hija estuviesen todavía allí? Ir enseguida a verlas. Enseguida, en aquel momento. Pero ¿podía pensar en ello? Todo eso significaba otra vida. Primero tenía que terminar aquella nueva vida y después volver a la otra, la que se interrumpió. Esto sucedería un día. Sí, pero ¿cuándo?

LIBRO SEGUNDO

VIII
LA LLEGADA

1

El tren en que viajaba la familia Zhivago estaba todavía detenido en la estación, escondido entre los demás convoyes. Pero advertíase ya que la vinculación con Moscú, que subsistió durante todo el trayecto, se había roto aquella mañana, había acabado.

Comenzaba ahora a abrirse otra tierra, un mundo provinciano que gravitaba en torno a su propio centro de atracción, tan distinto.

Allí todos se conocían más íntimamente que en la capital. Aunque la zona de Yuriatin-Razvilie hubiera sido despejada de gente extraña y rodeada por tropas rojas, durante el viaje subían al tren, de una manera inexplicable, viajeros de la localidad y se «infiltraban», según la expresión allí corriente. Amontonábanse en los vagones, llenaban los estribos de los furgones, caminaban sobre las vías, a lo largo del tren, y algunos permanecían en el terraplén ante las puertas de los vagones.

Todos se conocían, hablábanse desde lejos y se saludaban cuando se encontraban. Vestían y hablaban de distinto modo que en las capitales, no comían las mismas cosas y tenían otras costumbres.

Hubiera sido interesante saber de qué vivían, con qué recursos materiales y morales se sostenían, cómo luchaban contra las dificultades y cómo burlaban las leyes.

La respuesta no tardó en llegar de la manera más elocuente.

2

Acompañado por el centinela que arrastraba el fusil por tierra apoyándose en él como en un bastón, el doctor Zhivago regresó al tren.

En el aire permanecía en suspenso una ligera niebla. El sol ponía fuego en los raíles y los techos de los vagones. La tierra, negra de petróleo, tenía reflejos amarillos, casi dorados. El fusil, al arrastrarse por el polvo, dejaba una larga huella y levantaba un sordo rumor sobre las traviesas. El centinela decía:

—Ya ha llegado el buen tiempo. Conviene sembrar el trigo de primavera, la avena, el maíz o el mijo. Es la época buena. Para el alforfón es pronto todavía. Nosotros lo sembramos por Santa Akulina[48]. Yo soy de Morshansk, de la provincia de Tambov, no de aquí. ¡Ah, camarada doctor! Si no fuera por esta maldita guerra civil, por esta apestosa contrarrevolución, ¿crees que sería tan imbécil como para estar lejos de mi tierra en un tiempo como éste? Esta condenada lucha de clases se ha metido entre nuestros pies como un gato negro, y ya puedes ver el resultado.

3

—Gracias. Puedo valerme solo —dijo Yuri Andriéevich, rechazando la ayuda que le ofrecían.

Desde el vagón le tendían la mano para ayudarlo a subir. Tomó impulso y saltó al vagón. Se puso de pie y estrechó a su mujer en sus brazos.

—¡Por fin! A Dios gracias, todo fue bien —repetía Antonina Alexándrovna—. De todos modos, para nosotros no ha sido una novedad que todo fuera bien.

—¡Cómo! ¿No ha sido una novedad?

—Ya lo sabíamos.

—¿Cómo?

—Por el centinela. Si no, ¿cómo hubiésemos podido soportar la incertidumbre? Sin embargo, papá y yo estábamos a punto de enloquecer. Míralo, ahora está durmiendo como un tronco. Después de tantas emociones, no podía más. Hay nuevos pasajeros. Te presentaré algunos. Pero antes oye lo que tengo que decirte. Todo el vagón está contento de que hayas salido con bien. ¡Aquí está mi marido! —dijo al poco rato, cambiando de tono.

Volvió la cabeza y por encima del hombro presentó su marido a uno de los nuevos pasajeros, que estaban detrás, al fondo del departamento, comprimidos entre los demás.

—Samdeviátov —oyeron desde allí.

Por encima del montón de cabezas se levantó un sombrero blando, y el que se había presentado comenzó a abrirse paso entre los cuerpos que lo apretujaban, y se dirigió al doctor.

«Samdeviátov —pensaba mientras tanto Yuri Andriéevich—. Hubiese dicho que se trataba de algo con sabor ruso antiguo, algo de carácter heroico, buenas barbazas, caftán y cinturón con incrustaciones. Y, en cambio, ahí tenemos a un tipo de círculo artístico, rizos canosos, bigotes y perilla.»

—¡Vaya! Confiese usted que Striélnikov le ha dado miedo.

—No, ¿por qué? Hemos hablado normalmente. Sea como sea, es un hombre notable.

—¡Cómo no! Yo tengo mis ideas sobre él. No es de aquí, de nuestra tierra. Es de la suya de usted, moscovita. Con él pasa lo mismo que con las innovaciones introducidas aquí en estos tiempos: vienen también de su tierra, las ha importado la capital. Con nuestro cerebro no habríamos llegado a esas cosas.

—Yúrochka, éste es Anfim Yefímovich. Una enciclopedia ambulante. Lo sabe todo, ha estado en todas partes y oído hablar de ti y de tu padre. Conoce a mi abuelo, a todo el mundo.

Y Antonina Alexándrovna, vagamente, con naturalidad, preguntó:

—Sin duda conoce también a la profesora Antípova.

A lo que Samdeviátov respondió de un modo vago también:

—¿Por qué le interesa Antípova?

Yuri Andriéevich se limitó a escuchar y no tomó parte en la conversación, Antonina Alexándrovna continuó:

—Anfim Yefímovich es un bolchevique. ¡Cuidado, Yúrochka! Anda siempre con los ojos muy abiertos.

—¡No me digas! Nunca lo hubiese creído. Por su aspecto, más bien parece un artista.

—Mi padre tenía una posada. Poseía siete *troikas* prestando servicio. Yo tengo estudios superiores. Y la verdad es que soy socialdemócrata.

—Oye, Yúrorchka, lo que dice Anfim Yefímovich. Dicho sea entre nosotros, y sin ánimo de ofender a nadie, tiene un apellido que parece un trabalenguas. ¿Sabes lo que dice? Que somos increíblemente afortunados. No entraremos en Yuriatin. Hay numerosos incendios y han volado el puente. No se puede pasar. El tren tendrá que desviarse por otra línea, precisamente por la que nos va bien a nosotros: en la que está Torfianaia. ¡Imagínate! No tendremos necesidad de transbordar y cargar con el equipaje por toda la ciudad de una estación a otra. En compensación, antes de que reanudemos el viaje, nos van a marear llevándonos como un zarandillo. El tren tiene que hacer muchas maniobras. Amfim Yefímovich me ha contado todas estas cosas.

4

Se cumplieron las profecías de Antonina Alexándrovna. El tren reenganchó sus vagones y agregó otros nuevos. Constantemente iba hacia atrás y hacia adelante por las vías muertas en las cuales se hallaban los demás convoyes que obstaculizaban en un largo trayecto la salida de la estación.

Gran parte de la ciudad se perdía a lo lejos, escondida en las alturas. En el horizonte aparecían sólo los tejados de las casas, los humeros de las chimeneas de las fábricas. Uno de los barrios estaba ardiendo. El viento se llevaba lejos el humo del incendio, que se alargaba por el cielo como las crines de un caballo sueltas al viento.

El doctor Zhivago y Samdeviátov estaban sentados en el suelo del vagón, con las piernas colgando fuera. Samdeviátov contaba algo a Yuri Andriéevich, señalando a lo lejos, pero el ruido del tren en marcha apagaba su voz. Yuri Andriéevich repitió entonces su pregunta y Anfim Yefímovich se acercó a él y, ronco de gritar, le chilló al oído lo que ya había dicho.

—Han quemado el cine Guigant. Allí se habían hecho fuertes los cadetes. Ya se han rendido, pero la batalla no ha terminado todavía. ¿Ve esos puntos negros en el campanario? Son los nuestros. Desalojan a los checos.

—No veo nada. ¿Cómo puede usted distinguir todo eso?

—Aquello que está ardiendo es Jojrikí, el barrio industrial. Kolodiéevo, donde

están las tiendas, se halla al otro lado. ¿Que por qué me interesa? Porque ahí está mi casa. Pero los incendios se han extendido mucho. Sin embargo, por ahora no han llegado al centro.

—¿Qué dice? No le oigo.

—Digo el centro, el centro de la ciudad. La catedral, la biblioteca. Nuestro apellido, Samdeviátov, es San Donato, trasformado a la manera rusa. Parece que descendemos de los Diemídov.

—Sigo sin entender nada.

—Digo que Samdeviátov es una rusificación de San Donato. Somos descendientes de los Diemídov. Los príncipes Diemídov San Donato. Pero acaso eso no sea más que una mentira, una leyenda de mi familia. Eso que se ve ahí es Spirkin niz. Villas, lugar para giras campestres. Raro nombre-cito, ¿eh?

Ante él se extendía el campo surcado en varias direcciones por los ramales de la vía férrea y bajo el desfile de los postes del telégrafo, que se alejaban con pasos de siete leguas hasta desaparecer en el horizonte. Una carretera empedrada serpenteaba como una cinta, compitiendo en su belleza con la vía del tren. A veces se escondía tras el horizonte y reaparecía un instante en el arco de una curva para desaparecer de nuevo.

—Es nuestra famosa carretera real. Atraviesa toda Siberia.

La ha hecho célebre el presidio. Hoy es la plaza fuerte de nuestros partisanos. En fin, no está mal para nosotros. Ya se ambientará usted. Verá cómo le gustan las curiosidades de nuestra ciudad: nuestros aguaderos en las esquinas de las calles y los clubs femeninos de invierno al aire libre.

—No vamos a establecernos en la ciudad, sino en Varykino.

—Ya lo sé. Su mujer me lo ha dicho. Da igual. Tendrá que ir a la ciudad por motivos de su trabajo. La primera ojeada me bastó para comprender quién es su mujer. Los ojos. La nariz. La frente. Una Krueger de cuerpo entero. Es el puro retrato de su abuelo. Aquí todos recuerdan a Krueger.

Los depósitos de petróleo, altos y cilíndricos, enrojecían la llanura. Los cartelones publicitarios se destacaban sobre altos postes. Uno, que por dos veces surgió a los ojos del doctor, decía: «Moro y Vetchinkin. Sembradoras. Trilladoras.»

—Era una firma seria. Su maquinaria agrícola resultaba excelente.

—No le oigo. ¿Qué ha dicho?

—Una firma, dije. ¿Comprende? Una firma. Fabricaba maquinaria agrícola. Una sociedad en comandita. Mi padre era accionista.

—Dijo usted que tenía una pensión.

—Sí, también. Pero una cosa no excluye la otra. No era tonto e invertía dinero en las mejores empresas. También tenía dinero invertido en el cine Guigant.

—Cualquiera diría que se siente usted orgulloso de ello.

—¿Del talento de mi padre? ¡Cómo no!

—¿Y qué hay de su socialismo?

—Perdone, pero ¿qué tiene que ver con eso? ¿Dónde se dice que un hombre que piensa en marxista haya de ser forzosamente un tipo pocho y blandengue? El marxismo es una ciencia positiva, una doctrina de la realidad, de la situación histórica.

—¿El marxismo y la ciencia? Discutir estas cosas con una persona a quien apenas se conoce es, por lo menos, imprudente. Pero dejémoslo. El marxismo es demasiado poco dueño de sí mismo para ser una ciencia. Las ciencias tienen equilibrio. ¿El marxismo y la objetividad? No conozco corriente más replegada en sí misma y más apartada de los hechos que el marxismo. Todos tienen la manía de verificar sus ideas en la experiencia, y, en cambio, los hombres de gobierno, por mantener la leyenda de la propia infalibilidad, hacen cualquier cosa por volverle la espalda a la verdad. Desprecio la política. No me gustan los hombres que no aman la verdad.

Samdeviátov consideró las palabras del doctor como pronunciadas por un hombre extravagante con ganas de hablar. Rió y no dijo nada.

Mientras tanto, el tren maniobraba. Cada vez que llegaba al semáforo, la guardavías, una mujer que llevaba un bote atado a la cintura, se pasaba de una mano a otra su labor de punto, se inclinaba y movía la palanca. El tren retrocedía lentamente y la vieja, incorporándose, lo amenazaba con el dedo.

Samdeviátov consideró que aquella amenaza estaba dirigida a él.

«¿Qué tripa se le ha roto?—pensó—. Me parece que la conozco. ¿No será por casualidad Tunstsova? Me parece que es ella. Pero no, ¿qué estoy diciendo? No es posible. Es demasiado vieja para ser Glashka. ¿Y a mí qué? Nuestra madre Rusia está trastornada. Hay un lío en los ferrocarriles, y probablemente a ella no se le da la vida de rositas. Pero no faltaría más que yo fuese el culpable para que me amenace con el puño. Bueno, ¡que se vaya al diablo! ¡No me quiero devanar los sesos por su culpa!»

Finalmente, después de haber agitado la banderita y gritado algo al maquinista, la mujer guardavías dejó pasar al tren más allá del semáforo, hacia las vías de su línea. Pero cuando pasó delante de ella el vagón número catorce, sacó la lengua a los que estaban charlando sentados en el suelo del furgón, porque le molestó verlos. De nuevo Samdeviátov se quedó pensativo.

5

Cuando los alrededores de la ciudad en llamas, los depósitos cilíndricos, los postes del telégrafo y los cartelones publicitarios quedaron lejos, ocultos a los ojos, y aparecieron nuevas vistas, bosquecillos y colinas entre las cuales se adivinaban a veces las curvas de la carretera principal, Samdeviátov dijo:

—Levantémonos y despidámonos. Pronto tendré que apearme. También a usted le

falta poco. Hay que estar preparado.

—Usted conoce perfectamente estos lugares, ¿verdad?

—Como la palma de la mano, en cien verstas a la redonda. Soy hombre de leyes. Veinte años de práctica. Negocios. Viajes profesionales.

—¿También ahora?

—¿Por qué no?

—¿Qué clase de negocios se pueden hacer hoy?

—Todos los que se quiera. Viejas transacciones no terminadas, operaciones financieras, contratos no cumplidos... Estoy hasta aquí. Como para volverme loco.

—Pero ¿no habían sido anuladas todas estas cosas?

—Formalmente, se comprende. Pero en realidad continúan exigiéndose cosas que se excluyen mutuamente: la nacionalización de las empresas, el combustible para el soviet de la ciudad, medios de transporte para el consejo de economía de la provincia, y al mismo tiempo hay que vivir. Todo esto es característico de los periodos de transición, cuando la teoría no está ajustada todavía a la práctica. Para ello se requieren personas inteligentes, hábiles, de carácter, como yo. Al que llora con un ojo no le meten la viruta. Y algunas veces, como diría mi padre, no le cascan a uno las liendres. Media provincia vive gracias a mí. Ya me dejaré caer de vez en cuando por su casa para la cuestión del abastecimiento de leña. A caballo, desde luego, cuando pueda hacerlo. El último que tuve se quedó cojo. ¿Cree usted, si no, que estaría aquí, en este trasto, sacudiéndome por gusto el mondongo? ¡Vamos, hombre!

Mire usted cómo se arrastra. ¿A esto se le puede llamar tren? Cuando vaya por Varyrkino tal vez pueda serle útil. Conozco a OS Mikulitsyn como si los hubiese parido.

—¿Conoce usted nuestras intenciones? ¿El motivo de nuestro viaje?

—Más o menos. Lo intuyo. La atávica atracción del hombre hacia la tierra. El sueño de ganar el pan con el sudor de la frente.

—¿Entonces? Parece que usted no lo aprueba. ¿Qué tiene usted que decir?

—Es un sueño ingenuo, idílico, pero ¿por qué no? Dios le ampare, hermano. Sólo que yo no lo creo. Utopía pura, cualquier cosa.

—¿Cómo nos acogerá Mikulitsyn?

—No les dejará pasar más allá del umbral. Les echará a escobazos y tendrá razón. Ya sin ustedes todo aquello es una babilonia en un corral de vacas: las fábricas no trabajan, los obreros se han largado... En cuanto a la cuestión de susbsistencia, para qué le voy a contar: uno tiene que comerse los codos. Y ahora aparece usted. Va a estar tan contento como si le dieran una patada en la boca del estómago. Si le mata a usted, estará más que justificado.

—Ya ve usted lo que son las cosas. Usted es bolchevique, y reconoce que esto no es vida, sino algo increíble, una locura, un absurdo.

—¡Pues claro que sí! Pero es una necesidad histórica. Hay que pasar por el aro.

—¿Por qué es una necesidad?

—¿Es usted un niño o se las da de inocente? ¿Ha caído de la luna o qué? Parásitos tragones han vivido a costa de los trabajadores hambrientos, y los tenían metidos en un puño. ¿Cree usted que eso iba a ser así por siempre jamás? ¿Y las otras formas de tiranía y humillación? ¿Es posible que no comprenda la legitimidad de la cólera popular, el deseo de vivir de acuerdo con la justicia, la busca de la verdad? ¿O le parece a usted que podía conseguirse una transformación radical en las dumas por los medios parlamentarios y que se podía dar esquinazo a la dictadura?

—Hablamos dos lenguajes diferentes y, por mucho que discutamos, no nos encontraremos nunca. Pero estoy pensando que con la violencia no se podrá conseguir jamás nada. Hay que llegar al bien a través del bien. Pero tampoco es eso. Volvamos a Mikulitsyn. Si la acogida que nos espera es la que usted dice, ¿por qué ir? Es mejor emprender otro camino.

—¡Qué estupidez! En primer lugar: ¿cree usted que en el mundo no hay nadie más que los Mikulitsyn? En segundo lugar: Mikulitsyn es un hombre bueno, ferozmente bueno. Hará una escena, se dará a todos los diablos, pero después se calmará, se quitará hasta la camisa y compartirá con usted su último mendrugo.

Y Samdeviátov comenzó a contar.

6

—Hace veinte años Mikulitsyn estudiaba en el Instituto tecnológico de Petrogrado. Fue entonces cuando vino aquí, pero bajo la vigilancia de la policía. Llegó, consiguió el puesto de administrador de los Krueger y se casó. En aquellos tiempos vivían en nuestra tierra las cuatro hermanas Tuntsov (una más que las de Chéjov), por quienes estaban locos todos los estudiantes de Yuriatin: Agrafiona, Yevdokia, Glafira y Serafina Severínovnas. Parafraseando su patronímico, todos las llamaban las Sevierianki[49]. Mikulitsyn se casó con la mayor.

»Al poco tiempo tuvieron un hijo. Como homenaje a la libertad, el memo de su padre lo bautizó con el nombre de Liveri. Liveri, a quien familiarmente llamaban Livka, creció como un granujilla, demostrando estar dotado para una infinidad de cosas. Cuando estalló la guerra, Livka falsificó su partida de nacimiento y le agregó un año (tenía quince) para poder ir al frente como voluntario. Agrafiona Severínovna, que ya estaba malucha, no soportó el golpe y se metió en cama para no levantarse más. Murió hace dos inviernos, poco antes de la revolución.

»Acabó la guerra. Volvió Liveri. Era subteniente y llevaba en la guerrera tres cruces. Ni que decir tiene que es delegado bolchevique de pies a cabeza, fanatizado por la propaganda. ¿Ha oído usted hablar de los Hermanos del Bosque?

—No, lo siento.

—Entonces, si no ha oído hablar de ellos, la cosa no tiene maldita la gracia. Tampoco tiene interés que mire esta parte del trayecto que no tiene nada interesante, excepto los partisanos. ¿Que quiénes son? Los partisanos son los que forman los cuadros fundamentales de la guerra civil. Dos elementos contribuyeron a crear esta fuerza: la organización política que se ha hecho cargo de la dirección de la revolución, y los soldados rasos, que después de la guerra perdida se han negado a obedecer a las antiguas autoridades. De la combinación de estos dos elementos nació el ejército partisano, compuesto de la manera más diversa. El elemento base está formado por campesinos medios. Pero entre ellos encontrará usted a quien quiera. Campesinos pobres, frailes que colgaron los hábitos, hijos de *kulaks* que luchan contra sus padres. También hay anarquistas idealistas y vagabundos sin pasaporte, y zoquetes fracasados que, ya en edad de casarse, fueron expulsados de las escuelas. No nos dejemos atrás a los prisioneros austroalemanes, atraídos por la promesa de libertad y del regreso a la patria. Una de las unidades de este ejército popular compuesto de miles de individuos, la unidad llamada precisamente «Hermanos del Bosque», está mandada por el camarada Liesnij, Livka, Liveri Avérkievich, el hijo de Averki Stepánovich Mikulitsyn.

—¿Qué dice usted?

—Lo que oye. Pero continúo. Después de la muerte de su mujer, Averki Stepánovich se casó por segunda vez. Su mujer, Yelena Próklovna, era una chiquilla que dejó el banco del colegio para ir al altar. Ingenua por naturaleza, como si no bastara, se lo hace también por cálculo. Es joven, pero quiere parecerlo más. Hace monadas, cotorrea sin parar, pipía como un gorrionzuelo, se hace la ingenua, la tonta. Apenas le vea, lo examinará: «¿En qué año nació Suvórov[50]?» «Enumere los casos de igualdad de triángulos.» Y si logra cogerle en renuncio se sentirá feliz. Dentro de pocas horas la conocerá y Podrá comprobar mi descripción.

»El tiene otras debilidades: la pipa y la manía del eslavo de los seminaristas: «en tales condiciones, no caben vacilaciones»[51]. Su campo de acción debió haber sido el mar. En el Instituto siguió el curso de construcción naval, y algo de ello le ha quedado en el aspecto y las costumbres. Se afeita, durante días enteros no se quita la pipa de la boca y filtra las palabras a través de los dientes de un modo cortés y sin prisa. Tiene la mandíbula inferior saliente, de fumador, y unos fríos ojos grises. ¡Ah, olvidaba un detalle! Es un socialrevolucionario, elegido por la Asamblea Constituyente de nuestra región.

—¿De veras? Entonces él y su hijo se tirarán los trastos a la cabeza. Son enemigos políticos.

—De palabra, naturalmente. En realidad, la *taiga* no hace la guerra a Varykino. Pero continúo. Las otras Tuntsov, las cuñadas de Avierki Stepánovich, continúan solteras en Yuriatin. Pero los tiempos han cambiado y ellas también.

»La mayor, Yevdokia Severínovna, es bibliotecaria en la biblioteca municipal. Es una señorita encantadora, morena y muy tímida. Por un ajaspajas se le sube el pavo. En la sala de lectura hay un silencio de muerte, espeso casi. Pero ella tiene un catarro crónico y cuando le da por estornudar, lo hace hasta veinte veces. De vergüenza querría que la tierra se la tragase. Pero ¡qué le vamos a hacer! Es cosa de los nervios.

»La tercera, Glafira Severínovna, es la bendición de sus hermanas. Es inteligente, trabajadora como pocas. No le asusta ningún trabajo. Todo el mundo dice que Liesnyj, el jefe partisano, es el retrato de su tía. Usted la verá, por ejemplo, en un taller de costura, o haciendo calceta. Pero en un santiamén ya la tiene usted trabajando de peluquera. ¿Vio en la estación de Yuriatin aquella guardavías que nos amenazaba con el puño y nos sacó la lengua? Creí que era Glafira, que se había hecho guardavías. Pero me parece que no es ella. Era demasiado vieja para serlo.

»La menor, Símushka, es el garbanzo negro, la cruz de la familia. Una muchacha instruida, culta. Ha estudiado filosofía y la poesía le gusta mucho. En los años de la revolución, bajo la influencia de la exaltación general, de las manifestaciones, de los mítines en las plazas, se trastornó y le dio la manía religiosa. Cuando las hermanas van a trabajar la encierran en casa bajo llave, pero ella salta por la ventana y va por las calles, reúne un público y le predica el retorno de Cristo y el fin del mundo... Pero estoy charlando demasiado, y llegué ya a mi estación. La suya es la próxima. Prepárese.

Cuando Anfim Yefímovich hubo descendido del tren, Antonina Alexándrovna dijo:

—No sé lo que habrás pensado, pero, a mi entender, ese hombre nos ha sido enviado por el destino. Creo que representará un provechoso papel en nuestra vida.

—Es posible, Tónechka. Pero no me gusta el hecho de que te reconozcan enseguida por tu parecido con el abuelo, y que se acuerden tanto de él. También Striélnikov, cuando nombré Varykino, me insinuó en seguida: «¿Varykino? ¿Las fábricas Krueger? ¿No será por casualidad pariente suyo? ¿Heredero acaso?» Temo que aquí estaremos más en evidencia que en Moscú, de donde huimos precisamente en busca de un lugar donde pasar inadvertidos. Bien es verdad que ya no hay remedio. A lo hecho, pecho. Pero será mejor que no nos dejemos ver demasiado. Escondámonos y comportémonos prudentemente. En conjunto, tengo un buen presentimiento. Pero vamos a despertar a los demás. Recojamos el equipaje, atemos las correas y preparémonos para apeamos.

7

En el andén de la estación de Torfianaia, Antonina Alexándrovna contó por enésima vez las personas y el número de bultos, para convencerse de que no había olvidado nada en el tren. Sentía bajo sus pies la pisoteada arena del andén, pero todavía no se

había librado del miedo de no tener tiempo de apearse y en sus oídos continuaba resonando el fragor del tren en marcha, aunque lo viera allí, con sus propios ojos, inmóvil en el andén. Todo eso le impedía ver lo que había a su alrededor, sentir y pensar.

Los compañeros de vagón que proseguían el viaje le dijeron adiós desde las ventanillas de arriba. Pero no los vio. Ni siquiera advirtió que el tren había partido. Ni tampoco se dio cuenta de su desaparición hasta que su mirada se fijó en las segundas vías, que surgían ahora con el fondo del campo verde y el cielo azul.

El edificio de la estación era de piedra y a ambos lados de la puerta de entrada había dos bancos. Los vecinos de Sívtev Vrázhek de Moscú fueron los únicos pasajeros que descendieron en Torfianaia. Dejaron los paquetes y se sentaron todos juntos en uno de los bancos.

De pronto sintiéronse conmovidos por la soledad, el silencio y la belleza de la estación.

Les parecía imposible que no se agolpara allí la gente ni que se oyesen imprecaciones. La vida provinciana se había quedado atrás con respecto a la historia, rezagada, lejos todavía de la barbarie de las capitales.

El lugar estaba rodeado por un bosque de abedules. Ya hacia el final del recorrido del tren, la luz comenzó a menguar. En las manos y las caras, en la limpia arena amarillogrisácea del andén, en la tierra y los tejados, se movían las sombras de las ondulantes copas de los árboles. Los trinos de los pájaros aumentaban la sensación de frescor que trascendía del bosque resonante de límpidos rumores, puros como la inocencia. Dos caminos lo cruzaban: el ferrocarril y el rural, y por encima de ambos surgían las ramas de los árboles que colgaban como largas mangas.

Repentinamente, Antonina Alexándrovna volvió a ver y oír. Todo lo percibió de golpe en su conciencia: el canto de los pájaros, la dulzura de la soledad del bosque, la quietud absoluta que la rodeaba. En lugar de la frase que había compuesto mentalmente: «No creí que llegáramos sanos y salvos. Striélnikov, ¿sabes?, pudo haber alardeado de generoso ante ti y dejarte marchar, para telegrafiar luego diciendo que te detuvieran en cuanto llegases. No creo en su generosidad, querido. Es sólo aparente», dijo otra cosa.

—¡Qué maravilla! —exclamó tan sólo, ante el hechizo de lo que la rodeaba.

Y no pudo añadir más porque las lágrimas la ahogaron y prorrumpió en sollozos.

Al oír llorar, salió del edificio un anciano jefe de estación. Con pequeños y rápidos pasos se acercó al banco y, llevándose cortésmente la mano a la visera de la gorra con el galón rojo, preguntó:

—¿Desea algún calmante la señora? Tenemos en el botiquín de la estación.

—Gracias. No es nada. Ya me pasará.

—Es el cansancio del viaje, las preocupaciones. Es lo que pasa, ya se sabe.

Además, está haciendo un calor insoportable, poco frecuente en estas latitudes. Y, por si fuera poco, los acontecimientos de Yuriatin.

—Al venir con el tren vimos el incendio.

—Si no me engaño, vienen ustedes de Rusia.

—De la capital de las piedras blancas.

—¿Moscovitas? Entonces no tiene nada de extraño que la señora tenga desquiciados los nervios. Dicen que no ha quedado piedra sobre piedra.

—Exageran —dijo Alexandr Alexándrovich—. Pero la verdad es que ha habido de todo. Esta es mi hija y éste es mi yerno. Y su hijo. Esta es Niusha, la niñera.

—¿Cómo está usted? ¿Cómo está usted? Encantado. Ya estaba advertido. Samdeviátov, Anfim Yefímovich, me ha llamado por teléfono desde la estación de Sakma. Dijo que el doctor Zhivago y su familia venían de Moscú y me rogó que les ayudase en todo lo posible. ¿De modo que usted es el doctor?

—No, el doctor Zhivago es mi yerno. Yo me ocupo de otras cosas, de agricultura. Soy Gromeko, profesor de agronomía.

—Perdone mi equivocación. Perdone. Encantado de conocerles.

—¿De manera que conoce usted a Samdeviátov?

—¿Quién no lo conoce? Es nuestra esperanza, el que nos proporciona la manera de vivir. Sin él lo pasaríamos muy mal. Sí, me dijo: ayúdales en todo. Lo haré, le respondí. Se lo prometí. Si necesita un caballo u otra cosa, se lo proporcionaré. ¿Adónde se dirigen?

—A Varykino. ¿Está lejos de aquí?

—¿Varykino? Precisamente estaba mirando a su hija y no conseguía saber a quién me recuerda. ¡Van a Varykino! Así se explica todo. Yo construí esta línea con Iván Ernéstovich, Ahora mismo me ocuparé de arreglarlo todo. Llamaré a un hombre para que nos proporcione un vehículo. ¡Donat! ¡Donat! Lleva mientras tanto el equipaje a la sala de espera. Pero ¿cómo nos arreglaremos para el caballo? ¡Eh, muchacho! Corre inmediatamente a la cantina, a ver si hay manera. Me parece haber visto por allí esta mañana a Vakj. Pregunta, tal vez se haya marchado. Dile que es para llevar a Varykino a cuatro personas que acaban de llegar. Dile que no hay mucho equipaje. Date prisa. Y déjeme darle un consejo de padre, señora: yo no le pregunto cuál es su grado de parentesco con Iván Ernéstovich Krueger, pero sea prudente sobre este particular. No hable de ello. Con los tiempos que corren... Usted lo comprenderá fácilmente.

Al oír el nombre de Vakj, los recién llegados se miraron con asombro. Recordaban aún lo que Anna Ivánovna les contó sobre el legendario herrero que se había forjado unos indestructibles intestinos de hierro, según decían las leyendas y fábulas de aquellos lugares.

8

Con una yegua blanca, que había parido hacía poco, los llevó a su destino un viejo de grandes orejas y de cabeza poblada de blancos cabellos como la nieve. Todo en él era blanco por diversas causas. Sus *lapti*[52], nuevos todavía, no habían tenido tiempo de ennegrecerse por el uso. En cambio, los pantalones y la camisa se habían descolorido y vuelto blancos por el tiempo.

Tras la blanca yegua, despatarrado, porque los cartílagos de sus patas no habían formado aún los huesos, corría un potrillo negro como la noche. Con su rizada cabeza parecía un juguete de madera tallada. Sentados en el borde del carro que saltaba en cada bache, los viajeros, para no caer, se agarraban al reborde. Su sueño se había realizado. Acercábanse a la meta del viaje. Las últimas horas de luz de aquella maravillosa y limpia jornada parecían durar más, demorábanse con una generosidad extraordinaria, casi con lujo.

El camino atravesaba ora el bosque, ora extensos claros. En el bosque el zarandeo provocado por las ramas caídas lanzaba a los viajeros, uno contra otro, que se inclinaban cerrando los ojos y estrechábanse fuertemente. En los lugares abiertos, donde parecía que el espacio, lleno de alegría, había lanzado al aire el sombrero, erguían los hombros, se acomodaban mejor y sacudían la cabeza.

La zona era accidentada. Como siempre, los montes tenían un rostro, una fisonomía: negreaban a lo lejos como sombras poderosas y arrogantes, contemplando en silencio a los viajeros, acompañados en su viaje por una luz rosada y consoladora que les tranquilizaba e infundía esperanza.

Todo era bello, todo les sorprendía y, más que nada, aquel viejo cochero un poco ido, con su incansable charloteo, en quien las huellas de antiguos modismos rusos hoy desaparecidos, las aportaciones tártaras y los giros locales se mezclaban con oscuras palabras de su invención.

Cuando el potrillo se rezagaba, la yegua se detenía a esperarlo, y él la alcanzaba ligero, dando saltos caprichosos y danzarines. Con el paso torpe de sus largas patas muy juntas, se arrimaba al carro y, alargando bajo las varas la pequeña cabeza de largo cuello, se ponía a mamar.

—No comprendo —decía en voz alta Antonina Alexándrovna, castañeteando los dientes a causa del traqueteo, e interrumpiéndose a veces para no morderse la lengua en las bruscas sacudidas— que pueda ser el mismo Vakj de que mamá nos hablaba. ¿Te acuerdas de su historia? Un herrero a quien en una riña le habían abierto las tripas y se había hecho otras nuevas. En resumen, el herrero Vakj Tripas de Hierro, Claro que se trata de un cuento, pero ¿es posible que sea él? ¿Puede ser el mismo Vakj?

—Claro está que no. En primer lugar tú misma dices que era una leyenda popular. Además, en la época de mamá, como ella misma decía, existía un folklore que tenía más de cien años. Pero no hables tan fuerte. Podría oírnos y molestarse.

—No oye nada, es muy duro de oído. Además, si nos oyera, no nos entendería.

—¡Arre, «Feódor Nefiédich»! —Quién sabe por qué motivo arreaba el viejo a la yegua con un nombre masculino, con todo y saber muy bien, mucho mejor que los viajeros, que era hembra—. ¡Condenado calor! Como el que tuvieron los hijos de Abraham en el horno de los persas. ¡Diablo del demonio! ¡A ti te lo digo, Mazepa![53].

De pronto se puso a cantar fragmentos de *chastushki*[54], compuestos en otros tiempos en las fábricas de la comarca:

Adiós, despacho central,
adiós pozo y adiós mina,
basta ya del pan del amo
y el agua de la ribera.
Nada un cisne por la orilla,
surca el agua con su cuerpo.

No me pone triste el vino,
sino Vania, que entra en quintas.
Mas yo, Masha, no soy tonta,
yo, Masha, no me la trago.
Me marcho a Seliaba,
a servir con Sentetiúrija.

—¡Así te castigue Dios, maldita yegua! ¡Mirad, buena gente, que carroña de animal! Si le das palo, te vuelca. ¡Arre! «Fedia-Nefedia», ¿Te decides de una vez? A este bosque se le llama miga porque no se acaba nunca ¡Aquí está la fuerza del pueblo, ciudadano! Aquí están los Hermanos del Bosque. Vamos, «Fedia-Nefedia», ¿por qué te paras ahora, criatura del diablo?

Al cabo de un instante se volvió y, mirando a la cara a Antonina Alexándrovna, dijo:

—¿Qué te creíste tú, mozuela? ¡Cómo si no me hubiese dado cuenta de dónde eres! Eres tonta, madrecita, por lo que veo. Así me trague la tierra si no te reconocí. No puedo creer a mis globos. Pareces Grígov vivito y coleando. —El viejo llamaba globos a los ojos y para él Krueger era Grígov—. ¿No serás por casualidad su nieta? ¿Creíste que no soy capaz de reconocer a Grígov? Me he pasado la vida a su lado y en su casa se me han caído todos los dientes. Hice de todo: todos los oficios y todos los empleos: en el carro, en la cabria, en los establos. ¡Arre! ¡Adelante! Ya ha vuelto a pararse esta maldita zángana. Ángeles de la China, ¿te estoy hablando o no? Primero te dijiste: este Vakj ¿será por casualidad el herrero? Eres muy simple, madrecita. Tienes los ojos muy grandes, pero eres tonta. Tu Vakj se llamaba Postanógov. Hace más de cincuenta años que Postanógov Tripas de Hierro está bajo

tierra, metido entre cuatro tablas. Nosotros, en cambio, nos llamamos Mjonoshin. El nombre es el mismo, pero el apellido es diferente. Cuidado con equivocarse.

Poco a poco el viejo les contó en su lenguaje todo lo que Samdeviátov había dicho ya de los Mikulitsyn. El los llamaba Mikúlich y Mikúlichna. A la actual mujer del administrador la llamaba «la segunda esposa», y a la primera, la muerta, de quien decía que era dulce como la miel, «un querubín blanco». Cuando habló de Liveri, el jefe de los partisanos, y supo que su fama no había llegado a Moscú y que en Moscú no habían oído hablar de los Hermanos del Bosque, no quería creerlo.

—¿Es posible que no hayáis oído hablar de él? ¿No oísteis nunca hablar del Compañero del Bosque? ¡Ángeles de la China! Pero ¿dónde tiene Moscú los oídos?

Oscurecía. Las sombras de los viajeros huían alargándose cada vez más. El camino pasaba por un ancho y claro desierto. Por todas partes crecían matojos solitarios, con racimos de flores en las puntas de sus tallos leñosos, y armuelles y cardos. Iluminados desde abajo, a ras de tierra, por los rayos del sol poniente, recortábanse en claras líneas, como inmóviles centinelas a caballo, colocados al acecho en el campo.

Lejos, ante ellos, terminaba la llanura en una colina transversal, cubierta de bancales, que cortaba el camino como una muralla al pie de la cual se podía imaginar un río o un torrente. También el cielo, allí abajo, parecía rodeado por un seto, a cuya entrada se llegaba a través de un camino vecinal.

En lo alto de la colina se distinguía una casa blanca de una sola planta y de forma alargada.

—¿Ves allí en la colina?—preguntó Vakj—. Allí están tu Mikúlich y tu Mikúlichna. Por debajo pasa un torrente, un barranco que le llaman Shutma.

Dos tiros resonaron en aquel lugar y despertaron un eco roto y repetido.

—¿Qué es eso? ¿No serán los partisanos, abuelo? ¿No tirarán contra nosotros?

—Cristo os acompañe. ¿De qué partisanos habláis? Es Stepánich, que espanta a los lobos del barranco.

9

El primer encuentro de los recién llegados con los dueños de la casa tuvo lugar en el patio de entrada. Fue una escena penosa, que al principio se desarrollo en silencio y luego se hizo rumorosamente caótica.

Yelena Próklovna volvía de dar un paseo por el bosque y entraba en el patio. Los últimos rayos del sol habían seguido sus pasos a través de todo el bosque, de árbol en árbol, casi del mismo color de sus cabellos dorados. Vestía un ligero traje de verano. Estaba acalorada y con un pañuelito se enjugaba el sudoroso rostro. Su cuello desnudo estaba ceñido por el elástico de un sombrero de paja que colgaba a sus espaldas.

A su encuentro, saliendo del barranco, con la escopeta en la mano, y avanzando directamente hacia la casa, acudía el marido. Pensaba ponerse inmediatamente a limpiar el cañón del arma, pues, al dispararla, había observado que le fallaba la puntería.

De pronto, caído de quién sabe dónde, saltando sobre el pavimento, Vakj entró ruidosamente con el carro en el patio.

Alexandr Alexándrovich descendió del vehículo junto con los demás y, vacilante, dio las primeras explicaciones, poniéndose y quitándose el sombrero.

Durante unos instantes, los dueños de la casa, pillados desprevenidos, se quedaron verdaderamente estupefactos, mientras los infelices recién llegados, no menos sinceros en su confusión, enrojecían sin saber qué hacer ni qué decir. La situación era clara y no requería explicaciones, no sólo por parte de los protagonistas, sino de Vakj, Niusha y Shúrochka. El malestar se transmitió también a la yegua y al potrillo, a los dorados rayos del sol y a los mosquitos que zumbaban alrededor de Yelena Próklovna y se posaban en su rostro y su cuello.

—No lo comprendo —dijo finalmente Averki Stepánovitch, rompiendo el silencio—. No lo comprendo ni lo comprenderé nunca. Este es el sur, aquí están los blancos y ésta es una provincia triguera. Pero ¿por qué nos han elegido precisamente a nosotros, por qué se les ha metido en la cabeza la idea de venir a nuestra casa?

—Me gustaría saber si han pensado ustedes en la responsabilidad que esto significa para Avierki Stepánovich.

—Liénochka, no te metas en esto. Sí, eso es. Mi mujer tiene razón. ¿Han pensado ustedes en la carga que representa para mí?

—¡Dios mío! No nos han comprendido. Se trata de una pequeñez, una insignificancia, que no representa peligro ni para ustedes, ni para su tranquilidad. Nos arreglaremos con cualquier rincón en la casa abandonada. Un chiribitil que no tenga que usar nadie y un poco de terreno que no se utilice, para hacernos un huerto. Y poder ir a coger un poco de leña al bosque, cuando nadie lo vea. ¿Es posible que les parezca tanto, que crean que es tan peligroso?

—No, pero el mundo es muy grande. ¿Por qué hemos de ser nosotros? ¿Por qué nos han hecho ustedes este honor precisamente a nosotros y no a cualquier otro?

—Porque sabíamos quién era usted y esperábamos que hubiera oído hablar de nosotros. No somos extraños para usted, como usted no es extraño para nosotros.

¡Ah! Entonces se trata de Krueger. ¿Por el hecho de que son sus parientes? Pero ¿cómo se atreven a mover la lengua para decir semejantes cosas en estos tiempos?

Avierki Stepánovich era un hombre de rasgos regulares, con los cabellos peinados hacia atrás, que caminaba a grandes zancadas, y en verano se ponía una camisa rusa, ceñida a la cintura por medio de un cordón no muy apretado.

Antiguamente los hombres como él formaban parte de los *ushkubuki*[55] y en los

tiempos actuales constituyen el tipo del eterno estudiante, del soñador enseñante.

Había consagrado su juventud al movimiento de liberación, a la revolución, con el único temor de que, cuando estallase, sería demasiado moderada y no satisfaría sus aspiraciones radicales y sanguinarias. Pero había venido la revolución y echado por tierra sus más audaces conjeturas y él, trabajador nato y pertinaz, uno de los primeros en fundar en la fábrica de Sviatogor-Bogatyr el comité de fábrica e implantar en ella el control obrero, se encontraba perdido, a disgusto en el país abandonado por los obreros, que habían huido, afectos en su mayoría a los mencheviques. Y por si fuera poco, venía ahora esta historia absurda, estos inesperados descendientes de Krueger, que le parecían una burla del destino, un escarnio, y colmaban la medida de lo que podía soportar.

—No, es historia de locos. Es inconcebible. Pero ¿no comprenden el peligro que representa para mí, en qué posición me colocan? La verdad es que ustedes se han vuelto locos. No lo comprendo, no lo comprendo y no lo comprenderé nunca.

—¿No se dan cuenta de que, ya sin ustedes, estamos aquí sobre un volcán?

—Espera, Liénochka. Mi mujer tiene toda la razón. Incluso sin ustedes las cosas no son tan sencillas. Esta es una vida de perros, estamos en un manicomio. Siempre entre dos fuegos y sin escape posible. Por una parte se me echan encima porque mi hijo es un rojo, un bolchevique, un ídolo de la gente. Por otra, no pueden tragar que yo haya sido elegido a la Asamblea Constituyente. Nadie está contento con lo que hago. Y ahora vienen ustedes. Será muy divertido que nos fusilen por su culpa.

—¿Qué está usted diciendo? Serénese. Dios no lo quiera. Poco después, pasando de la ira a la condescendencia, Mikulitsyn continuó:

—Bueno. Ya hemos gritado bastante en el patio. Ahora podemos hacerlo en casa. La verdad es que veo muy negro el porvenir, pero confiemos en la suerte. Por ahora todo son suposiciones. De todos modos no somos genízaros musulmanes. No les echaremos al bosque para que les devore Mijailo Potápych[56]. Pienso, Liénochka, que lo mejor será que los llevemos a la sala de las palmas, al lado de mi despacho. Ya veremos dónde los metemos. Creo que podremos instalarlos en el parque. Entren en casa, por favor. Bien venidos. Mete dentro el equipaje, Vakj. Ayuda a los huéspedes.

Mientras ejecutaba la orden, Vakj no dejaba de suspirar:

—¡Virgen Santísima! Parece un equipaje de vagabundos. Todo paquetes. Ni siquiera una maleta.

10

Sobrevino una noche muy fría. Los huéspedes se lavaron y luego las mujeres fueron a preparar las camas en la habitación que se les había asignado. Shúrochka, habituado ya inconscientemente a ver acogidas con admiración sus gracias infantiles y, por este motivo, a expresarse siempre de una manera ingenuamente melindrosa y pueril, se

sintió mortificado al ver que aquel día no tenían ningún éxito sus parloteos y nadie le prestaba la menor atención. Lamentábase de que no se hubieran quedado con el potrillo negro y cuando le regañaban para que se portase bien, se ponía a llorar por miedo a que lo devolvieran a la tienda de niños. Sabía que desde ella, cuando vino al mundo, lo llevaron a la casa de sus padres, y en alta voz manifestaba su miedo, pero sus puerilidades no producían ningún efecto. Embarazados por hallarse en una casa ajena, los mayores se comportaban con diligencia y se sumían silenciosos en sus quehaceres. Shúrochka se sentía ofendido y ponía morritos, como dicen las nodrizas. Le dieron de cenar, lo metieron, no sin trabajo, en la cama y, por último, se quedó dormido. Ustinia, la doncella de Mikulitsyn, se llevó a Niusha para que cenase y para iniciarla en los secretos de la casa. Antonina Alexándrovna y los hombres fueron invitados a tomar el té de la tarde.

Alexandr Alexándrovich y Yuri Andrieévich pidieron antes permiso para ausentarse un momento y salieron a la puerta para respirar un poco de aire fresco.

—¡Cuántas estrellas! —exclamó Alexandr Alexándrovich.

Había oscurecido ya. Con todo y estar a dos pasos uno de otro, suegro y yerno no conseguían verse. Tras ellos, desde la esquina de la casa, la luz de la lámpara atravesaba la ventana y se proyectaba en el barranco. Bajo su trayectoria, arbustos, árboles y otras sombras indistintas se esfumaban en el frío húmedo. El haz de luz, al no alcanzar a los que estaban hablando, hacía todavía más densa la tiniebla que los rodeaba.

—Lo primero que habrá que hacer mañana será examinar la construcción que se nos ha asignado y, si resulta habitable, arreglarla enseguida. Mientras la ponemos en condiciones, vendrá el deshielo y la tierra se calentará. Entonces, sin pérdida de tiempo, hay que preparar el huerto. Por lo que ha dicho, me ha parecido comprender que nos ayudará dándonos patatas para la siembra. O quizá no lo entendí bien.

—Lo ha prometido, lo ha prometido. Y también otras semillas. Lo he oído perfectamente. El chiribitil que nos ofrece ya lo vimos al pasar, cuando atravesábamos el bosque. ¿Sabes cuál es? Es la parte posterior de la casa principal, inundada de ortigas. Es de madera, mientras que el cuerpo de la casa es de piedra. Te lo enseñé desde el carro, ¿recuerdas? Allí comenzaría a cavar para hacer el huerto. En otro tiempo debieron de cultivar flores. Así me pareció desde lejos. Pero puedo haberme equivocado. Habrá que evitar los senderos, dejarlos. La tierra de los antiguos parterres estará, probablemente, bien abonada y será rica en humus.

Mañana lo veremos. No sé. Es posible que el terreno esté lleno de hierbajos y sea duro como la piedra. La propiedad tuvo, sin duda, un huerto. Acaso quede una parte que no se utilice. Ya lo aclararemos todo mañana. Temprano, seguramente, estará helado todo. Y esta noche helará. Pero ¡qué felicidad estar ya aquí, en nuestro sitio! Podemos felicitarnos mutuamente. Es muy hermoso todo esto. Me gusta.

—Es gente simpática. Especialmente él. Ella es un poco falsa. Parece descontenta: hay algo en ella que no me gusta. De ahí su incansable locuacidad y su incoherencia a sabiendas. Parece como si tuviese prisa por distraer la atención que pueda prestarse a su aspecto exterior, como si quisiera prevenirse contra una mala impresión. El hecho de no querer quitarse el sombrero y tenerlo siempre sobre los hombros no es una distracción. Es algo que la retrata.

—Volvamos adentro. Hemos estado aquí demasiado rato. No está bien.

Al volver al comedor iluminado, donde los dueños de la casa y Antonina Alexándrovna sentábanse en torno a una mesa redonda, bajo la lámpara, ante el samovar y estaban ya tomando el té, yerno y suegro atravesaron el oscuro despacho del administrador. Tenía una amplia ventana formada por un único cristal que ocupaba toda la pared y daba el barranco. Desde allí, por lo que el doctor había podido observar antes, cuando aún había luz, se extendía la vista sobre la llanura lejana, a través de la cual Vakj los condujo hasta allí. Ante la ventana había una ancha mesa de dibujo, que ocupaba también toda la pared. Sobre ella una escopeta de caza, dejando libres los extremos, resaltaba aún más su anchura.

Al cruzar el despacho, Yuri Andriéevich admiró con envidia la ventana y su ancho panorama, el tamaño y la posición de la mesa y la anchura de aquella habitación tan bien arreglada. Y esto fue lo primero que dijo cuando, al volver al comedor, él y Alexandr Alexándrovich se acercaron a la mesa puesta para el té:

—¡Qué lugar tan maravilloso! ¡Qué despacho tan magnífico! Dan ganas de trabajar en él.

—¿Lo prefiere en vaso o en taza? ¿Cómo le gusta, claro o fuerte?

—Shúrochka, mira qué estereoscopio hizo el hijo de Avierki Stepánovich cuando era pequeño.

—Todavía no se ha hecho mayor. No tiene juicio, aunque conquiste para el poder soviético una región tras otra, arrebatándoselas al Komuch[57].

—¿Cómo ha dicho?

—Al Komuch.

—¿Qué es eso?

—Las tropas del gobierno siberiano, que combaten para restaurar el poder de la Asamblea Constituyente.

—En todo el día no hemos oído más que alabanzas de su hijo. Puede usted sentirse orgulloso.

—Estas dobles fotografías de los Urales son estereoscópicas. También las hizo él con un objetivo que construyó.

—¿Son galletas con sacarina? Son excelentes.

—¿Qué dice? ¿Sacarina en un lugar como este? ¿Dónde iríamos a buscarla? Es azúcar purísimo. También en el té he puesto azúcar. Del azucarero. ¿No se ha dado

cuenta?

—Sí, es verdad. Estaba mirando las fotografías. Entonces ¿también el té es natural?

—Naturalmente, con la flor.

—¿De dónde viene?

—Es un maná celestial. Nos lo proporciona un amigo. Un hombre activo, con ideas muy de izquierdas, personaje oficial del Consejo de economía de la provincia. Viene aquí a buscar leña para llevársela a la ciudad, y a nosotros, como amigos, nos trae harina, mantequilla y otras cosas. ¡Sivierka! —así llamaba ella a Avierki—. ¡Sivierka! Pásame el azucarero. Y ahora, para pasar el rato, dígame: ¿en qué año murió Griboiédov?[58]

—Me parece que nació en mil setecientos noventa y cinco, pero no recuerdo exactamente cuándo lo mataron. —¿Un poco más de té?

—No, gracias.

—Y ahora otra cosa. Dígame: ¿cuándo y entre qué países fue estipulada la paz de Nimega?[59]

—No los atormentes, Liénochka. Deja que descansen del viaje.

—Y ahora me gustaría saber... Enumere, por favor, los distintos tipos de lentes y dígame en qué casos se tienen imágenes reales y deformadas.

—¿Cómo conoce usted tan bien la física?

—Tuvimos un excelente matemático en Yuriatin. Daba clases en dos colegios, en el de varones y en el nuestro. ¡Cómo explicaba! ¡Cómo un dios! Todo lo explicaba minuciosamente y hacía que se nos metiera en la cabeza. Antípov. Se casó con una profesora de aquí. Las chicas estaban locas por él. Las tenía a todas enamoradas. Fue voluntario a la guerra y no volvió. Ha muerto. Dicen que nuestro azote y castigo de Dios, el comisario Striélnikov, no es otro que Antípov redivivo. Es una leyenda, la verdad. Y no muy verosímil. Pero, le todos modos, ¡quién sabe! Todo es posible. ¿Otra taza?

IX
VARYKINO

1

Llegado el invierno, cuando pudo disponer de más tiempo, Yuri Andriéevich comenzó a tomar notas sobre muchas cosas. Escribía para él.

«Cuántas veces, en verano, uno desearía repetir estos versos de Tiútchev[60]:

¡Qué verano, qué verano!
Un verdadero sortilegio.
Y me pregunto: ¿Cómo lo lograsteis,
cómo surgió sin causa y de repente?

»¡Qué felicidad trabajar para uno mismo y para la familia desde la mañana a la noche, construirse una casa, cultivar la tierra para alimentarnos, hacernos nuestro propio mundo, como Robinsón, imitando al Creador en la creación del universo, renovarnos, renacer continuamente, imitando a la madre que nos dio a luz!

»¡Cuántos pensamientos atraviesan la mente, cuántas cosas nuevas se piensan, cuando las manos están ocupadas en un trabajo material, físico, en un trabajo rudo, cuando se nos proponen tareas razonables, realizables con las manos, y nos compensan con la alegría del éxito, cuando durante seis horas seguidas se desbasta con el hacha un tronco, o se cava la tierra bajo un cielo desnudo que nos quema con su aliento sereno! Y que estos pensamientos, estas intuiciones y reflexiones, no se pongan sobre el papel, sino que se olviden en toda su momentánea fugacidad, no constituye una pérdida, sino una ventaja. Anacoreta de la ciudad que fustigas la imaginación y los cansados nervios con un café fuerte o con el tabaco, desconoces el excitante más eficaz, que consiste en la necesidad real y en la buena salud.

»No diré más de lo que he dicho, no predico la sencillez y el retorno a la tierra tolstoianos, no tengo la intención de aportar una corrección al socialismo por lo que concierne a la cuestión agraria. Atestiguo simplemente un hecho y no erijo como sistema nuestro destino, que por una casualidad ha tomado este cariz. Nuestro ejemplo no es absoluto y no se presta a deducciones. Lo nuestro no es una hacienda, es demasiado heterogéneo. A la fatiga de los brazos debemos solamente pocos productos: las legumbres y las patatas. Todo lo demás proviene de otra fuente.

»El uso que hacemos de la tierra es ilegal, arbitrario, al margen de los registros de la autoridad estatal. La leña que cortamos en el bosque es un hurto, no justificado por el hecho de que se robe de los bolsillos del Estado que en otro tiempo fueron los de Krueger. Nos ayuda la connivencia de Mikulitsyn, que vive poco más o menos de la misma forma. Nos salvan las distancias, la lejanía de la ciudad, donde,

afortunadamente, por ahora, no saben nada de nuestras fechorías.

»He renunciado a la medicina y guardo silencio sobre mi profesión para no limitar mi libertad. Pero siempre algún pobrecillo de cualquier rincón del mundo se entera de que en Varykino se ha establecido un médico y camina treinta verstas para pedir un consejo, quién con una gallina, quién con huevos, quién con mantequilla o cualquier otra cosa. Me gustaría rechazar los honorarios, pero me veo obligado a aceptarlos porque la gente no cree en la eficacia de los consejos gratuitos. Y así el ejercicio de la medicina nos proporciona algunas cosas. Pero nuestro principal sostén y el de Mikulitsyn procede de Samdeviátov.

»No es posible imaginar de cuántas contradicciones está hecho este hombre. Está sinceramente al lado de la revolución y en todo es digno de confianza que le ha concedido el soviet de la ciudad de Yuriatin. Investido, como está, de plenos poderes, se halla en situación de llevarse el bosque entero de Varykino sin comunicársenoslo siquiera a nosotros ni a Mikulitsyn, y nosotros no podríamos ni pestañear. Por otra parte, si quisiera saquear el erario, podría meterse tranquilamente en los bolsillos todo lo que le pareciera, y tampoco en este caso nadie abriría la boca. Ni tiene con quien repartir ni a quien dar. ¿Qué cosa lo induce, por tanto, a preocuparse de nosotros, a ayudar a Mikulitsyn y asistir a todos en el distrito como, por ejemplo, al jefe de la estación de Torfianaia? Constantemente va de un lado para otro y siempre proporciona algo y transporta algo y con la misma pasión explica e interpreta *Los endemoniados* de Dostoievski y el *Manifiesto Comunista*. Me parece, en fin, que si no se complicara la vida sin necesidad de un modo tan descubierto y desinteresado, se moriría de aburrimiento.»

2

Un poco más adelante anotó:

«Nos hemos establecido en la parte posterior de la antigua casa señorial, en dos habitaciones de una construcción de madera, que en los años de la infancia de Anna Ivánovna fue destinada por Krueger a la servidumbre privilegiada, a la modista de la familia, a la administradora y a la niñera retirada.

»La construcción ha sido muy maltratada por el tiempo, pero la hemos reparado con bastante rapidez. Con ayuda de un técnico modificamos la disposición del tubo de la estufa que da a las dos habitaciones, y así tenemos más calor.

»En este lugar del parque las huellas de las antiguas plantas han desaparecido bajo la nueva vegetación que lo ha invadido todo. Ahora, en invierno, cuando todo, a nuestro alrededor ha muerto y las cosas vivas no esconden a las muertas, las huellas del pasado se muestran más claramente bajo la nieve.

»Hemos sido afortunados. Tuvimos un otoño tibio y seco. Hemos conseguido recolectar patatas antes de que llegaran las lluvias y el frío. Restado lo que le

debíamos a Mikulitsyn y que le hemos devuelto, nos quedan cerca de veinte sacos de patatas. Todas están en el arcón central del sótano, protegidas con heno y viejas sábanas. Hemos bajado también dos barriles de pepinos, salados por Tonia, y otros tantos de coles fermentadas. Las coles frescas han sido colgadas de las vigas, atadas de dos en dos. En arena seca hemos enterrado las provisiones de zanahorias. Hay también una discreta provisión de rábanos, remolachas y nabos y, en casa, tenemos abundancia de guisantes y habichuelas. La leña que se ha llevado al cobertizo será suficiente hasta la primavera. Me gusta en invierno el tibio alentar del sótano, que trasciende olor de raíces, tierra y nieve cuando, por la mañana temprano, antes del alba, se levanta el portillo del sótano y nos alumbramos con la luz de una linterna, que a cada instante amenaza con apagarse.

»Se sale del cobertizo cuando todavía no es de día. Basta que la puerta chirríe o se estornude inadvertidamente, o sólo que la nieve cruja bajo los pies, para que desde el lejano huerto, en el que las coles apuntan bajo lo blanco, salten y huyan las liebres, cuyas ligeras huellas surcan la nieve en todas direcciones. Y uno tras otro ladran los perros del contorno. Los últimos gallos ya han cantado. Ya no lo harán más y empezará a alborear.

»Además de las huellas de las liebres, la ilimitada llanura de nieve está marcada también con las huellas de los linces, que se alinean regularmente como los puntos de una costura, hoyuelo tras hoyuelo. El lince camina como el gato, con pasitos muy cortos, y se afirma que en una noche recorre muchísimas verstas.

»Aquí, contra los linces, suelen poner trampas, pero a veces, en lugar de un lince queda presa alguna pobre liebre, que se recoge luego arrecida, congelada, medio enterrada en la nieve.

»Al principio, en primavera y verano, nos cansamos mucho y no podíamos más. Ahora, en estas tardes invernales, descansamos. Podemos reunirnos en torno a la lámpara gracias a Anfim Yefímovich, que nos proporciona el petróleo. Las mujeres cosen o hacen ganchillo. Yo y Alexandr Alexándrovich leemos en alta voz. La estufa arde y yo, reconocido ya como buen fumista, pienso cerrar la portezuela, para evitar que se pierda el calor. Si un tizón que arde mal obtura el tiro, lo retiro enseguida, lo llevo, humeante, hasta la puerta y lo arrojo lejos. Lanzando chispas, vuela por el aire como una tea encendida, ilumina parte del negro parque dormido y los rectángulos blancos de las charcas y, silbando, se apaga en un montón de nieve.

»Releemos sin fin *Guerra y paz*, *Eugenio Onieguin* y todos los poemas de Pushkin. Leemos en su versión rusa *Rojo y negro*, de Stendhal, *Las dos ciudades*, de Dickens, y las narraciones breves de Kleist.»

3

Más tarde, cercana ya la primera, el doctor escribió:

»Creo que Tonia está encinta. Se lo he dicho. No comparte mi opinión, pero estoy seguro. Incluso antes de que aparezcan los síntomas menos dudosos no puedo equivocarme sobre los que les preceden, aunque sean menos evidentes.

»El rostro de la mujer cambia. No se puede decir que se afee, pero su aspecto, antes interiormente dominado y estudiado, escapa a su control. De ella dispone ya el futuro que saldrá de ella, y ella no es ya ella misma. Este hecho de que su aspecto exterior escape al control de la mujer adquiere la forma de un extravío físico: el rostro se marchita, la piel se chupa y los ojos tienen un brillo distinto del que ella quisiera, como si no pudiese dominar su propio físico y lo abandonara a sí mismo.

»Tonia y yo no hemos estado nunca alejados uno de otro. Pero este año de trabajo nos ha acercado todavía más. He observado cuán activa es Tonia, cuán fuerte e incansable, qué hábil es al elegir los trabajos, de manera que pierde el menos tiempo posible al pasar de uno a otro.

»Siempre me ha parecido inmaculada toda concepción, y en este dogma que afecta a la Virgen se expresa la idea universal de la maternidad.

»En cada mujer que concibe se encuentra el mismo sentido de soledad, de abandono, de disposición tan sólo hacia sí misma. En este momento tan particular, ya el hombre es un extraño, como si de ninguna forma fuera su partícipe y todo hubiera caído del cielo.

»La mujer da a luz por sí sola a su criatura, se retira con ella, sola también, a otro plano de la existencia, donde hay más silencio y es posible tener sin miedo una cuna. Y sola, en silenciosa humildad, la nutre y la educa.

»Se dirigen así a la Virgen: «Imploro con devoción a tu Hijo y tu Dios...» «Y mi espíritu se alegró en el Señor, mi salvador. Porque ha mirado a la bajeza de su sierva. Porque he aquí que desde ahora me dirán bienaventurada...» «Porque el Omnipotente me ha hecho grandes cosas, y santo es su nombre.» Su criatura es la gloria. Pero lo mismo puede decirse de cada mujer. Su Dios está en su hijo. Las madres de los grandes hombres deben de experimentar esta sensación. Pero todas las madres son madres de grandes hombres y no tienen la culpa de que luego la vida las desilusione.

4

»Releíamos una y otra vez *Eugenio Onieguin* y los poemas de Pushkin. Ayer vino Anfim y trajo unos regalos. Comimos Bollerías y nos instruimos. Interminables conversaciones sobre arte.

»Desde hace mucho tiempo tengo la idea de que el arte no es la definición de una categoría o de un sector que comprende una infinidad de conceptos y fenómenos derivados de éstos, sino, al contrario, algo restringido y concentrado, la designación del principio que entra en la composición de la obra, la designación de la fuerza que se emplea en ella o de la verdad elaborada. El arte no me ha parecido nunca un objeto

o un aspecto de la forma, sino más bien una parte misteriosa y escondida del contenido. Esto está para mí tan claro como la luz del día, lo siento todo en mí mismo, pero ¿cómo expresar y formular este concepto?

»Las obras de arte hablan de muy diversas formas: con el tema, la tesis, las situaciones y los personajes. Pero sobre todo hablan por lo que de arte contienen. La presencia del arte en las páginas de Crimen y castigo trastorna más que el crimen de Raskólnikov.

»El arte primitivo, el egipcio, el griego, el nuestro, son, en el transcurso de muchos milenios, siempre la misma cosa, siempre arte en singular. En una especie de idea, de afirmación de la vida, que por su ilimitada amplitud no se puede definir en cada palabra que implica. Pero cuando un átomo de esta fuerza entra en la composición del más complejo organismo, el arte supera de suyo el significado de todo lo demás y revela su fundamento esencial, el alma de cada representación.

5

»Estoy un poco resfriado, tengo tos y acaso un poco de fiebre. Todo el día he sentido cierta dificultad en respirar, como si tuviese una bola en la garganta. Mala cosa. Es la aorta. El primer aviso de una enfermedad hereditaria, la enfermedad cardíaca que he heredado de mi pobre madre. ¿Será posible? ¿Tan pronto? Si es así no viviré mucho tiempo.

»En la habitación hay un ligero tufo. Olor de ropa planchada. Están planchando y, de vez en cuando, sacan de la estufa encendida un tizón ardiente para meterlo en la plancha, que tiene una tapa que chirría. No consigo recordar nada. La memoria no me ayuda porque no estoy bien.

»Anfim ha traído jabón y ha sido tanta la alegría que han hecho colada general, de manera que hace dos días que Shúrochka está sin vigilancia. Mientras escribo se mete debajo de la mesa, se sienta sobre el travesaño entre las patas e, imitando a Anfim, que a cada visita que nos hace se lo lleva en trineo a dar una vuelta, juega a llevarme a mí también en trineo.

»En cuanto esté mejor será conveniente que me vaya a la ciudad para leer algo sobre la etnología de la comarca y sobre su historia. Me han dicho que hay una excelente biblioteca pública formada con donaciones muy ricas. Quisiera escribir. Pero he de apresurarme. Antes de que nos demos cuenta será primavera ya y se habrá pasado el tiempo de leer y escribir.

»Mi jaqueca continúa aumentando. He dormido mal. He tenido un sueño angustioso, uno de esos sueños que al despertar se olvidan enseguida. Se me ha ido de la cabeza y en la conciencia me ha quedado tan sólo la causa de mi despertar: una voz de mujer, que oía en el sueño y en el sueño llenaba el aire. Recordaba su timbre, reproduciéndolo en la memoria, pasaba lista a las mujeres que conozco, buscando

cuál podía ser la que poseyera una voz tan profunda, suave, como sofocada y húmeda. Pero no me pareció que perteneciera a ninguna mujer conocida. He pensado que quizás mi excesiva costumbre de Tonia se interpone entre mí y su voz y me impide reconocerla. He intentado olvidar que Tonia es mi mujer, apartando de mí su imagen para tratar de comprender. No, no era su voz. Y por este motivo todo ha quedado oscuro.

»A propósito de los sueños. Se suele creer que por la noche se sueña habitualmente en lo que nos ha causado mayor impresión durante el día, en estado de vigilia. Mis observaciones me demuestran lo contrario.

»Más de una vez he notado que aquellas cosas en las que uno apenas se ha fijado durante el día, las ideas que no quedaron claras, las palabras dichas sin pensar y a las que no se presta atención, vuelven de noche en imágenes concretas y vivas y se hacen objeto de sueños para resarcirse de haber sido descuidadas.

6

»Una clara noche de hielo. Extraordinaria luminosidad y precisión de contornos en todo lo que se ve. La tierra, el aire, la luna, las estrellas están clavadas, soldadas juntas por el hielo. En el parque, en medio de los senderos, se estampan las distintas sombras de los árboles, que parecen labradas y en relieve. Es como si negras figuras atravesaran continuamente la senda en diversos puntos. Grandes estrellas han quedado suspendidas entre las ramas del bosque, como azules linternas de mica. Todo el cielo es un plano estival sembrado de pequeñas margaritas.

»Por la noche continúan las conversaciones sobre Pushkin. Hemos estudiado los versos del colegio, los del primer volumen. ¡Qué importancia tiene aquí la elección del ritmo!

»En los versos largos la ambición juvenil no traspasó el límite del Arzamás[61]. Deseaba demostrar que no era inferior a los maestros, deslumbrar a su tío[62] con alusiones mitológicas, énfasis, una serie de licencias y un epicureísmo inventados por él, un buen sentido prematuro y de forma.

»Pero apenas dejadas atrás las imitaciones de Osián[63] o de Parny[64], o los *Recuerdos de Tsárkoie Sieló*, el joven Pushkin pasó a los versos cortos de *La pequeña ciudad o Epístola a mi hermana*, o, un poco más tarde, a la poesía escrita en Kishiniov, *A mi tintero*, o a los ritmos de la *Epístola a Yudin*, y se despierta ya en el adolescente el futuro Pushkin.

»En su poesía, como en una habitación cuando se abre la ventana, irrumpen desde la calle la luz y el aire, el rumor de la vida y la esencia de las cosas. Los objetos del mundo exterior, los objetos de uso común, los sustantivos, acumulándose y hostigándose, señorean los versos, despojándolos de las partes menos definidas de su desarrollo. Objetos, objetos, objetos se alinean en columna rimada en el filo de la

poesía.

»Hay un verso, convertido después en el célebre tetrámetro pushkiniano, que en cierto modo representa la unidad métrica de la vida rusa, su natural andadura: es casi como una medida tomada a toda la existencia rusa, tal como se dibuja la forma del pie para hacer el zapato, o se da el número del guante para la medida apropiada a la mano, lo que corresponde a su perfección.

»Así, más tarde, los ritmos de la Rusia que habla, el timbre de su lenguaje discursivo se han entonado a la medida del ritmo de tres tiempos de Nekrásov[65] y en sus rimas dactílicas.

7

»¡Cómo me gustaría, junto a mi trabajo, el laboreo de la tierra o la práctica de la medicina, hacer algo importante, una obra científica o artística!

»Todo hombre, al nacer, es un Fausto capaz de comprenderlo, probarlo y expresarlo todo. Sus predecesores y contemporáneos cometieron un error haciendo de Fausto un sabio. Cada paso dado hacia adelante en la ciencia obedece a la ley de la repulsión, echando abajo los errores dominantes y las falsas teorías.

»Para que Fausto fuese un artista tuvieron que surgir los ejemplos iluminadores de los maestros. Cada paso dado hacia adelante en el arte obedece a la ley de la atracción, imitando, siguiendo y admirando a los precursores preferidos.

»¿Qué cosa me impide desarrollar un trabajo constante, hacer de médico y escribir? Creo que no son las privaciones ni la vida errante ni la provisionalidad ni los frecuentes cambios, sino el gusto por la frase altisonante, lo que domina hoy y lo que ha logrado tanta fortuna, como, por ejemplo: la aurora del porvenir, la construcción de un mundo nuevo, el faro de la humanidad. Ante todo esto, al principio, pensamos: ¡Qué fantasía! Pero en realidad existe esta grandilocuencia porque falta talento.

»Poesía es solamente lo que es común cuando ha sido rozado por la mano del genio. La mejor lección es la de Pushkin. ¡Qué exaltación del trabajo honrado, del deber, de las cosas cotidianas! Entre nosotros, llamar hoy día pequeño burgués al hombre de la calle, ha adquirido un sentido negativo. Pero el juicio se impuso ya de antemano, en los versos de la *Genealogía*:

Soy un burgués, un pequeño burgués
y en el *Viaje de Onieguin*:
Sueño con una mujer ama de casa,
la calma es mi mayor deseo,
y de sopa de coles un caldero.

»De todo lo ruso lo que más me gusta es la infantilidad rusa de Pushkin y de

Chéjov, su púdico despego de cosas altisonantes, como las metas finales de la humanidad y su propia salvación. No porque no puedan plantearse el problema, sino porque no presumen de temas tan elevados. No los consideran de su gusto ni lo bastante dignos. Gógol, Tolstói y Dostoievski, en su inquietud, se preparaban para la muerte, buscaban una explicación y extraían sus consecuencias. Hasta el final les absorbieron las preocupaciones diarias de su vocación artística y en ese encadenamiento de detalles transcurrió imperceptiblemente su vida, como si ésta fuera también una particularidad privada que no afectaba a nadie. Y he aquí que hoy esta particularidad es patrimonio de todos y, como las manzanas recogidas cuando no están lo bastante maduras, entra en el proceso evolutivo de la tradición, llenándose de sentido y de dulzura cada vez mayores.

8

»Las primeras señales de la primavera son el deshielo. El aire huele a hojuelas y a *vodka*, como en carnaval, cuando también el calendario parece hacer juegos de palabras. En el bosque, el sol, soñoliento, guiña los ojos, soñoliento hace guiños al bosque con sus aguzadas pestañas, y, densos, brillan al mediodía los charcales. La naturaleza bosteza, se despereza, se vuelve del otro lado y se adormece de nuevo. En el séptimo capítulo de *Eugenio Onieguin* surge la primavera, la casa señorial desierta ahora después de la partida de Onieguin, y allá abajo está la tumba de Lienski, cerca del manantial, al pie de la colina:

El ruiseñor, amante de la primavera canta
allí toda la noche. Florece el agavanzo.

¿Por qué amante? Generalmente es un epíteto natural, apropiado. Sí, precisamente el amante. Además, *liuvóvnik*, amante rima con *shipóvnzk*, agavanzo. ¿Y acaso en el sonido de la imaginación no se halla el eco del «Ruiseñor bandolero» de la célebre *bylina*?[66]

»En la leyenda se le llama Ruiseñor bandolero, hijo de Odijmanti. ¡Qué bien dicho está!

Es por su voz de ruiseñor acaso,
o tal vez por su gritar de fiera:
hierbas y hormigas tiéndense en el suelo,
se mustian todas las azules flores,
y se doblegan los oscuros bosques,
y todas esas gentes yacen muertas.

»Llegamos a Varykino a principios de primavera. Todo se puso verde, sobre todo

Shutmá, como se llama el barranco que hay al pie de la casa de Mikulitsyn: el cerezo silvestre, el aliso y el nogal. Pocas noches después comenzaron a cantar los ruiseñores.

»Y de nuevo, como si los escuchara por primera vez, me maravilló cómo se distinguía su trino del de los demás pájaros, el salto que, sin fases intermedias, daba la naturaleza con la riqueza extraordinaria de su canto. ¡Qué variedad cromática y qué fuerza en este sonido preciso, que se expande tan lejos! No recuerdo donde ha descrito Turguiénev los sonidos del campo: el pífano del silvano y el trino del gorrión. Dos notas se distinguen de un modo particular: un tioj, tioj, tioj, frecuente, ávido y precipitado, a veces trisílabo y a veces infinitamente largo al cual los matorrales cubiertos de rocío, estremecidos bajo la caricia, responden sacudiéndose como si les hicieran cosquillas. Y otra nota dividida en dos sílabas, penetrante, invitadora, como de súplica, semejante a una exhortación o una plegaria: *Och-nís! Och-nís! Och-nís*[67]!

9

»Primavera. Nos preparamos para las faenas del campo. Ya no tengo tiempo para mi diario. Pero resultaba agradable hacer estas anotaciones. Tendré que dejarlo para el invierno próximo.

»Hace días, esta vez precisamente en la semana de carnaval, después de haber recorrido caminos enfangados, entró con su trineo en el patio un hombre enfermo procedente de la ciudad. Naturalmente, me negué a examinarlo.

»—Lo siento, amigo mío. No se disguste, pero he dejado de ocuparme de todo eso. Ni tengo medicinas ni instrumental apropiado.

»Pero no era fácil quitármelo de encima.

»—Ayúdame. Estoy perdiendo la piel. Ten piedad. Tengo el cuerpo lleno de llagas.

»¿Qué hacer? El corazón no es de piedra. Y me decido a examinarlo.

»—Desnúdate.

»Lo examino.

»—Tienes lupus.

»Me ocupo de él y mientras tomo la botella de fenol —¡Dios mío, no me preguntéis cómo lo he conseguido ni cómo he logrado también otras cosas más necesarias! Como siempre, es cosa de Samdeviátov—, miro de soslayo la ventana. Veo que en el patio hay otro trineo y, al principio, sospecho que se trata de un nuevo enfermo. Pero, como llovido del cielo, entra mi hermano Yevgraf. Durante un momento lo acapara toda la familia: Tonia, Shúrochka, Alexandr Alexándrovich. Luego, cuando quedo libre, también yo me uno a los demás. Comienzan las preguntas: «¿Cómo estás?», «¿De dónde vienes?» Según su costumbre, se muestra

evasivo. No responde directamente, sino con sonrisas, misterios y enigmas.

»Ha permanecido con nosotros cerca de dos semanas, y ha ido con frecuencia a Yuriatin. Luego, de pronto, ha desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra. Pero en este tiempo hemos tenido ocasión de comprobar que es tan influyente como Samdeviátov, pero su misión y sus relaciones son todavía menos claras. ¿De dónde viene? ¿Cuál es la causa de su poder? Antes de desaparecer me prometió ayudarnos en nuestras faenas, de manera que Tonia pudiera tener tiempo de educar a Shura y yo de ocuparme de medicina y literatura. Por curiosidad le preguntamos cómo lo conseguiría. De nuevo el silencio y las sonrisas. Pero no nos ha desilusionado. Hay ciertas cosas que nos hacen creer que nuestra situación cambiará efectivamente.

»Es sorprendente. Es mi hermano, tiene mi mismo apellido y, en realidad lo conozco menos que a nadie.

»Es ya la segunda vez que interviene en mi vida como si fuese una hada buena, un salvador capaz de resolver todas las dificultades. ¿Acaso la composición de cualquier biografía, además de los personajes principales que figuran en ella, requiere también la participación de una fuerza desconocida y secreta, de una persona casi simbólica, que sin ser llamada surge para prestar ayuda, y el papel de este genio bienhechor y misterioso está personificado en mi vida por mi hermano Yevgraf?»

Aquí terminan las anotaciones de Yuri Andriéevich. Ya no las continuó.

10

En la sala de la biblioteca de Yuriatin, Yuri Andrieévich estaba examinando los libros que había pedido. La sala de lectura podría contener un centenar de personas, tenía muchas ventanas bajo las cuales se alineaban diversas filas de mesas largas y estrechas. Cuando se hacía de noche, se cerraba la biblioteca, porque en primavera la ciudad no se iluminaba. Pero Yuri Andriéevich nunca se había entretenido hasta el crepúsculo, ni se detuvo en la ciudad más allá del atardecer. Dejaba cerca de la posada de Samdeviátov el caballo que le prestaban los Mikulitsyn, leía toda la mañana y hacia el mediodía regresaba a Varykino.

Antes de estas visitas a la biblioteca había ido raras veces a Yuriatin, como no hubiese tenido motivos muy particulares para dirigirse a la ciudad. Por eso apenas la conocía. Y cuando la sala de lectura se iba llenando poco a poco de gente que se sentaba, unos más lejos y otros más cerca de él, experimentaba la, sensación de que estaba conociendo a la ciudad, como si se encontrase en uno de los lugares más frecuentados, y en la sala parecían comparecer no sólo los lectores, sino las casas y las calles en que vivían.

También la verdadera Yuriatin, real y no imaginaria, podía descubrirse desde las ventanas de la sala. Cerca de la ventana central, la más grande, había un recipiente con agua hervida. Cuando los lectores, para descansar, salían a fumar a la escalera, se

detenían junto al recipiente, bebían agua, vertían el resto del vaso en una cubeta y se asomaban a la ventana para admirar la vista de la ciudad.

Había dos tipos de lectores: personas que pertenecían a la clase intelectual, y eran la mayoría, y simple gente del pueblo.

Entre los primeros predominaban las mujeres, pobremente vestidas, dejadas, desprovistas de coquetería. En general todos tenían mal aspecto, flacos, abotargados por distintas causas, el hambre, los trastornos de bilis y los edemas de la hidropesía. Eran asiduos visitantes de la biblioteca, conocían personalmente a los empleados y se sentían allí como en su casa.

La gente del pueblo, con rostros lozanos, bien vestidos, endomingados, entraban con aire tímido y confuso, como si fuera la iglesia, pero haciendo ruido, no por ignorancia del reglamento, sino precisamente por el deseo de penetrar en el máximo silencio y por la incapacidad de controlar sus propios pasos y voces demasiado sonoros.

Frente a la ventana, en un nicho de la pared, separados del resto de la sala por una mesa alta, estaban sobre un estrado los empleados, un viejo bibliotecario y dos ayudantas. Una de éstas, agitada siempre, vestida con trajes de lana, se quitaba y ponía continuamente el *pince-nez*, evidentemente no por exigencias ópticas, sino a causa de su humor variable. La otra, con una chaqueta de seda negra, debía de estar enferma del pecho porque se llevaba constantemente a la boca y la nariz un pañuelito, a través del cual hablaba y respiraba.

Los empleados de la biblioteca tenían los mismos rostros chupados, alargados y pálidos y de la mayoría de los lectores, la misma piel flácida y muelle, terrosa, con manchas verdosas, del color de los pepinos en sal y del moho. Los tres hacían por turno las mismas cosas: en voz baja explicaban a los lectores nuevos el reglamento de la biblioteca, examinaban las tarjetas de petición, distribuían y recogían los libros y, en las pausas, se dedicaban a redactar su balance anual.

Sin motivo, por una extraña asociación de ideas, entre la vida real al otro lado de las ventanas y la de la ciudad ficticia que era la sala, por cierta afinidad sugerida por el pálido abotargamiento de aquellos rostros, como si todos estuvieran enfermos de paperas, Yuri Andriéevich se acordó de la bronceada guardavías de la estación de Yuriatin, la mañana de su llegada, y del panorama de la ciudad a lo lejos, de Samdeviátov sentado junto a él en el suelo del vagón, y de sus explicaciones. Hubiese querido relacionar todas aquellas explicaciones, dadas en un lugar distante, con lo que ahora veía de cerca, en el corazón mismo de aquel paisaje. Pero no recordaba los nombres citados por Samdeviátov y no conseguía orientarse.

11

Yuri Andriéevich se sentaba en un apartado rincón de la sala, rodeado de libros. Ante

él había un montón de revistas de estadística agraria y algunas obras de etnología sobre la región. Pidió también dos volúmenes sobre la historia de Pugachov, pero la bibliotecaria de la blusa de seda le advirtió, con un susurro emitido a través del pañuelo, que no se facilitaban tantos libros de una sola vez y que para tener otros, debía haber devuelto parte de los que ya tenía.

Dedicóse entonces a examinar con mayor diligencia y rapidez los volúmenes que todavía no había mirado, para poder elegir y retener los que le eran más necesarios y cambiar los demás por las obras históricas que le interesaban. Ojeaba rápidamente las páginas y pasaba por ellas el índice, absorto y sin mirar a su alrededor. La gente, en la sala, no lo molestaba ni distraía. Ya había estudiado a sus vecinos y los sentía a su derecha e izquierda, sin levantar los ojos del libro, convencido de que no cambiarían de posición hasta que él no se hubiese ido, como no cambiaban de lugar las iglesias y las casas que descubría por la ventana.

Sin embargo, el sol no se había detenido en su camino, había superado ya la esquina oriental de la biblioteca y ahora daba en las ventanas expuestas al mediodía, cegando a los que estaban cerca de ellas e impidiéndoles leer.

La bibliotecaria del pañuelo a la nariz descendió del estrado como si saliera al escenario, se dirigió hacia las ventanas y bajó las cortinas de tela blanca, que atenuaban agradablemente la luz. Exceptuó sólo una ventana que estaba a la sombra, pero tiró de un cordón para abrir el ventanillo. Y estornudó.

Cuando hubo estornudado dieciocho o diecinueve veces, Yuri Andriéevich adivinó que era la cuñada de Mikulitsyn, una de las hermanas Tuntsov, de quien Samdeviátov le había hablado. Como los demás lectores, también él levantó la cabeza y la miró.

Entonces se dio cuenta de que algo había cambiado en la sala. En el ángulo opuesto se había sentado una nueva lectora. Enseguida reconoció a Antípova. Volvía la espalda a la mesa a la que él se había sentado y conversaba a media voz con la empleada resfriada, que estaba de pie y hablaba inclinándose, en un susurro. Evidentemente la conversación debía de ejercer una influencia beneficiosa en la bibliotecaria, porque se curó no sólo de su molesto resfriado, sino también de su tensión nerviosa. Después de haber dirigido a Antípova una cálida mirada de reconocimiento, se quitó de los labios el pañuelo, se lo metió en el bolsillo y volvió a su puesto tras la larga mesa, contenta, sonriente y segura de sí.

La escena, caracterizada por tan conmovedores detalles, no pasó inadvertida. Desde las mesas muchos miraron con simpatía a Antípova y sonrieron. Síntomas imperceptibles, pero bastó para que Yuri Andriéevich se diera cuenta de que en la ciudad la conocían y la querían.

12

Su primer impulso fue levantarse y acercarse a ella, pero le contuvo una sensación de malestar y una falta de espontaneidad, extrañas a su carácter, pero de las que no lograba librarse ante ella. Decidió no molestarla ni interrumpir su trabajo. Para defenderse de la tentación de mirarla, giró la silla de manera que volviese la espalda a los demás y se abstrajo en los libros, teniendo uno en la mano, abierto, ante sí, y otro sobre las rodillas.

Sin embargo, sus pensamientos volaban muy lejos, sin ninguna relación con la lectura. De pronto comprendió que la voz oída en sueños era la de Antípova. Este descubrimiento le impresionó y, atrayendo la atención de los circunstantes, se levantó impetuosamente de la silla, para poder ver a Antípova y se quedó mirándola.

La veía escorzada, casi de espaldas. Vestía una blusa clara a cuadritos, ceñida por un cinturón, y estaba sumida en la lectura, olvidada de sí misma, como los niños, con la cabeza un poco inclinada sobre el hombro derecho. A veces se quedaba pensativa, con los ojos fijos en el techo, o, entornándolos, miraba fijamente ante sí y luego, de nuevo, se inclinaba sobre la mesa, apoyando la cabeza en una mano y, con un rápido movimiento, con la otra copiaba a lápiz en un cuaderno cualquier pasaje del libro.

Observándola, Yuri Andriéevich verificaba la justeza de sus antiguas impresiones de Meliuziéev.

«No quiere gustar —pensaba—, ser bella, atractiva. Siente una especie de desprecio por este aspecto de la femineidad y parece como si se castigara por ser tan bella. Pero esta orgullosa dejadez aumenta su fascinación.

»¡Qué simple y armonioso es todo lo que hace! Lee como si ésta no fuese la más alta ocupación del hombre, sino algo extremadamente elemental, accesible a todos. Como si llevara cubos de agua o mondase patatas.»

Estas reflexiones lo tranquilizaban: una dulcísima paz inundó su alma. Sus pensamientos dejaron de dispersarse, pasando de un tema a otro, y sin darse cuenta, sonrió. La presencia de Antípova ejercía sobre él el mismo influjo que sobre la bibliotecaria nerviosa.

Sin preocuparse más de la posición de su silla y sin temer que lo molestaran o distrajeran, durante más de una hora se sumió completamente en la lectura con mayor empeño aún que antes de que llegara Antípova. Hurgó en la montaña de libros que tenía delante, encontró lo que podía serle útil y leyó ávidamente dos artículos que le interesan. Luego le pareció que podía darse por contento con el trabajo hecho y comenzó a recoger los libros para devolverlos. La sensación de malestar experimentada antes había desaparecido. Con la conciencia tranquila, sin ningún pensamiento recóndito se dijo que, después de haber estudiado concienzudamente, se merecía el derecho de saludar a una vieja cara conocida, que le estaba permitido un placer tan legítimo. Pero cuando, levantándose, abarcó de una mirada la sala, no vio ya a Antípova. Había desaparecido.

Sobre la mesa adonde él llevó sus libros y revistas, todavía estaban en desorden los volúmenes devueltos por Antípova. Todos eran manuales de marxismo. Probablemente, en su calidad de profesora en ejercicio, trataba de lograr, por su cuenta y con sus propias fuerzas, la necesaria preparación política.

En medio de uno de los volúmenes estaba la tarjeta de solicitud de Larisa Fiódorovna y en la parte que salía del libro podía leerse su dirección. Yuri Andriéevich tomó nota, y le sorprendió la rareza de su indicación: «Calle Kupiécheskaia, frente a la Casa de las estatuas».

Se informó inmediatamente y supo que la expresión «Casa de las estatuas» era tan corriente en Yuriatin como en Moscú la designación de los barrios por los nombres de las iglesias, o la designación de «las cinco esquinas» en Petersburgo.

Llamábase así una casa de color gris oscuro, adornada con cariátides y estatuas de las musas que llevaban en la mano instrumentos, máscaras y liras, una casa construida en el siglo pasado por un comerciante aficionado al teatro, que quiso hacer allí su teatro privado.

Había sido vendida por sus herederos al gremio de comerciantes, que daba el nombre a la calle en la que la casa ocupaba una esquina y toda la zona circundante. Ahora en la «Casa de las estatuas» tenía su sede el Comité Urbano del partido y, en el muro oblicuo de la parte baja, cortado por la inclinación de la calle, donde en otros tiempos se pegaban los carteles de teatro y circo, fijábanse los tableros con los decretos y resoluciones del Gobierno.

13

Era una fría y ventosa jornada de principios de marzo. Después de haber llevado a cabo en la ciudad algunas diligencias y haberse asomado un momento a la biblioteca. Yuri Andriéevich cambió de pronto de programa y decidió ir a ver a Antípova.

Por el camino tenía que detenerse de vez en cuando porque el viento le impedía avanzar obstaculizándole el camino con nubes de polvo y de arena. Volvíase, cerraba los ojos y bajaba la cabeza, esperando que el polvo se desvaneciera, y seguía andando.

Antípova vivía en la esquina de la calle Kupiécheskaia con el callejón Novosválochni, ante la «Casa de las estatuas», de un gris oscuro, tirando a azul, que el doctor veía por primera vez. La casa respondía a su nombre y producía una extraña y angustiosa impresión.

A lo largo de toda la pared superior estaba adornada por cariátides mitológicas, figuras de mujer vez y media mayores que el tamaño natural. Entre dos ráfagas de viento preñado de polvo que le ocultaron la fachada, el doctor tuvo por un instante la impresión de que todos los habitantes femeninos de la casa se habían asomado al balcón y, apoyados en la baranda, lo miraban a él y a la calle Kupiécheskaia que

alargábase abajo.

La casa de Antípova tenía dos entradas: la entrada principal, en la calle, y la que daba al callejón, a través del patio. No conociendo la existencia de la primera entrada, Yuri Andriéevich tomó la segunda.

Cuando desde el callejón entró en el patio, el viento levantó al cielo inmundicia y tierra, tapándole los ojos. Tras aquella negra cortina, unas gallinas, perseguidas por el gallo, pasaron alborotando por entre sus piernas.

Luego se disipó la nube de polvo y descubrió a Antípova cerca del pozo. El torbellino la había sorprendido con dos cubos ya llenos y la percha sobre el hombro izquierdo. Tenía la cabeza cubierta, como una criada, con un pañuelo anudado sobre la frente para proteger del polvo sus cabellos y oprimía entre sus rodillas un pliegue de la falda para que el viento no la levantase. Iba a dirigirse al interior de la casa, pero se detuvo, retenida por una nueva ráfaga que le arrebató de la cabeza el pañuelo y le alborotó los cabellos. El pañuelo voló hacia uno de los rincones del patio, cerca de las gallinas que todavía cacareaban.

Yuri Andriéevich recogió el pañuelo, se acercó al pozo y se lo entregó a la aturdida Antípova. Pero, fiel como siempre a su carácter, ella no traicionó ni su asombro no su turbación. Dijo solamente:

—¡Zhivago!

—¡Larisa Fiódorovna!

—¿Qué milagro es éste? ¡Qué casualidad!

—Deje los cubos. Yo se los llevaré.

—No. Nunca me paro a mitad del camino ni abandono lo que estoy haciendo. Venga conmigo. Entremos.

—¿A que no sabe de dónde vengo?

—¿Quién podría decirlo?

—Permítame que cargue en mi hombro la percha. No puedo estar ocioso mientras usted se cansa.

—¡Vaya un cansancio! No se lo permito. Encharcaría toda la escalera. Prefiero que me diga qué buen viento le ha traído por aquí. Hace más de un año que está usted aquí y todavía no ha tenido un momento para venir a verme.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Más tarde o más temprano todo se sabe en este mundo. Además, le he visto en la biblioteca.

—¿Por qué no me dijo nada?

—No me hará usted creer que no me había visto. Siguiendo a Larisa Fiódorovna, que se contoneaba ligeramente por el peso de los cubos oscilantes, el doctor cruzó la baja bóveda de la entrada de servicio del entresuelo. Inclinándose con un rápido movimiento, Larisa Fiódorovna dejó los cubos sobre el suelo de tierra apisonada, se

quitó la percha de los hombros, se irguió y comenzó a limpiarse las manos con un pañolito sacado Dios sabe de dónde.

—Vamos. Le llevaré al portón a través de un pasadizo interior. Allí hay luz y podrá esperarme. Yo, mientras tanto, me llevaré el agua, pondré un poco de orden arriba y me cambiaré de ropa. ¿Ve nuestra escalera? Los escalones son de hierro fundido perforado. A través de ellos, desde arriba, se ve todo. Es una casa vieja. En los días de tiroteo resultó bastante perjudicada. Vea: los bombardeos han desunido las piedras. Entre un ladrillo y otro hay agujeros. En este hueco Kátienka y yo metemos la llave de casa cuando salimos y lo tapamos con otro ladrillo. Recuérdelo. Es posible que alguna vez pase por aquí y no me encuentre en casa. En ese caso, abra, entre y considérese en su casa. No tardaré mucho en llegar. Mire, aquí está la llave. Yo no la necesito. Entraré por detrás y abriré la puerta desde dentro. Lo malo de aquí son los ratones. Hay una infinidad, no es posible hacer nada. Incluso corren por encima de nosotros. Es una construcción muy vieja y las paredes están desunidas y llenas de agujeros. Los tapo siempre que puedo; trato de luchar, pero no sirve de gran cosa. Tal vez algún día quiera usted ayudarme. Juntos ajustaríamos los suelos y los ladrillos. ¿No le parece? Bueno, aguárdeme aquí y piense algo. No le haré esperar mucho. Le llamaré enseguida.

Mientras esperaba, Yuri Andriéevich miraba a su alrededor, observando las desconchadas paredes de la entrada y los peldaños de hierro fundido de la escalera.

«En la biblioteca he comparado la atención con que leía con el calor e impulso de un verdadero trabajo, de un trabajo físico. Y, en cambio, lleva agua como si leyese, con ligereza, sin esfuerzo. En cada cosa obra del mismo modo. Como si desde hace mucho tiempo, desde la infancia, hubiese adquirido un impulso hacia la vida, y ahora todo estuviera ya hecho de por sí, con impulso ya, con facilidad y espontaneidad. Esto se nota en la línea de su espalda, cuando se inclina, en la sonrisa que le entreabre los labios y en la redondez de su barbilla, lo mismo que en sus palabras y pensamientos.»

—Zhivago! —oyó que lo llamaban desde la entrada de un piso en la planta de arriba.

Y comenzó a subir.

14

—Deme la mano y venga conmigo. Hay dos habitaciones a oscuras y están llenas de trastos hasta el techo. Podría tropezar con algo y hacerse daño.

—La verdad es que parece un laberinto. Yo solo no hubiese encontrado el camino. ¿Cómo es esto? ¿Acaso están haciendo obras?

—¡Oh, no! No es eso. El piso es de otra gente, ni siquiera sé de quién. Nosotros tenemos el nuestro, del Estado, en el edificio de la escuela. Pero ha sido ocupado por

el comité de alojamiento del soviet de Yuriatin, y a mí y a mi hija nos han asignado este otro apartamento abandonado. Todavía tiene los muebles de los antiguos inquilinos. Todo está lleno de muebles. Pero yo no los necesito. Lo he metido todo en estas dos habitaciones y he atrancado las ventanas. No me suelte la mano porque se perderá. Así. Ahora a la derecha. Ya se ha terminado el laberinto. Esta es mi puerta. Aquí habrá más luz. Cuidado con la entrada.

Yuri Andriéevich, guiado de este modo, entró en la estancia. En la pared frontera se abría una ventana y le sorprendió lo que se veía a través de ella. Daba al patio de la casa, sobre la parte posterior de las casas contiguas y los espacios desiertos en torno al río. Allí pastoreaban ovejas y cabras que barrían el polvo con sus largos pelos, como si llevasen pellizas desabotonadas. Precisamente, frente a la ventana, velase, fija sobre dos estacas, la muestra que ya había visto: «Moro y Vietchinkin. Sembradoras. Trilladoras.»

Entonces contó a Larisa Fíodorovna su llegada a los Urales junto con la familia. Había olvidado que el rumor popular identificaba a Striélnikov como su marido y, sin pensar en ello, describió su encuentro en el tren. Larisa Fiódorovna se sintió muy impresionada.

—¿Vio a Striélnikov?—le preguntó vivamente—. De momento no le diré nada más. Pero ¡qué extraordinario! Tenía cierto presentimiento de que se encontrarían ustedes. Un día se lo contaré todo y le sorprenderá a usted. Si no he comprendido mal, le produjo a usted una impresión más favorable que negativa.

—Sí, la verdad. Debí haber sentido horror de él porque habíamos pasado por lugares que él había arrasado. Creí encontrarme con un soldado violento o un revolucionario con la manía de la represión, y no era ni lo uno ni lo otro. Siempre es agradable que alguien sea distinto de como lo hemos imaginado. Pertenecer a un solo tipo significa el fin del hombre, su condena. Si, en cambio, no se sabe cómo catalogarlo, se escapa a una definición, es ya en gran parte un hombre vivo, libre de suyo, con una partícula de inmortalidad.

—Dicen que no pertenece al partido.

—Sí, eso creo. Pero ¿qué hay en él que inspira simpatía? Está predestinado. Sospecho que acabará mal, dejando aparte lo que ha hecho. Los jefes irregulares de la revolución dan miedo, no porque sean capaces de todo, sino porque se mueven sin una dirección fija, como locomotoras que hubiesen descarrilado y continuasen en marcha. Striélnikov es uno de ellos: obsesionado, no por los libros, sino por lo que ha vivido y sufrido. No conozco su secreto, pero estoy seguro de que tiene uno. Su alianza con los bolcheviques es ocasional. Lo soportarán mientras lo consideren necesario, porque van juntos por el mismo camino. Pero cuando esta necesidad deje de serlo, lo apartarán sin piedad y lo aniquilarán como han hecho ya con muchos otros jefes militares.

—¿Lo cree usted así?

—Absolutamente.

—¿Sin que haya salvación para él? ¿La fuga, por ejemplo?

—¿Dónde, Larisa Fiódorovna? Eso era posible bajo el régimen zarista. Pero inténtelo usted ahora.

—¡Lástima! Con sus palabras ha despertado en mí una simpatía por él. Pero usted ha cambiado mucho. Antes no juzgaba con tanta aspereza la revolución. No sentía tanto rencor.

—Sí, pero todo tiene una medida, Larisa Fiódorovna.

Hace tiempo ya que debían haber logrado algo concreto. Y, en cambio, está claro que para los inspiradores de la revolución el marasmo de los trastornos y transformaciones resulta ser el elemento natural. No se contentan con lo que tienen: desean algo que esté, por lo menos, a escala del globo terráqueo. La construcción de mundos nuevos y los periodos de transición son para ellos fines en sí. No han aprendido otra cosa, no saben hacer nada más. ¿Sabe usted de qué se deriva el desasosiego de esta mutación continua? De la falta de capacidad precisa, del talento. El hombre nace para vivir, no para prepararse para vivir, y la vida misma, el fenómeno vida, el don de la vida es algo tremendamente serio. ¿Por qué sustituirla con la pueril arlequinada de prematuras innovaciones, con esas escapatorias a la América de colegiales de Chéjov? Pero basta ya. Ahora me toca a mí hacer preguntas. Llegamos a la ciudad la mañana en que fue tomada por los rojos. ¿Se imagina usted el desbarajuste?

Claro que sí. Incendios por todas partes. También nosotros pasamos lo nuestro. Ya ha visto en qué condiciones ha quedado la casa. El patio está lleno todavía de proyectiles que no han hecho explosión. Saqueos, bombardeos, infamias, como siempre que se produce un cambio de poder. Pero ya estábamos preparados, acostumbrados. No era la primera vez. Y bajo los blancos ¡qué de cosas nos han sucedido! Asesinatos y traiciones por venganzas personales, chantajes, orgías. Sí, pero no le he contado lo más importante. Nuestro Galiullin. Fue, con los checos, la máxima autoridad de la zona. Algo así como gobernador general.

—Lo sé. Lo oí decir. ¿Lo vio usted?

—Con mucha frecuencia. ¡A cuántos pude salvar la vida gracias a él! ¡A cuántos escondí! Hay que hacerle justicia: se comportó irreprochablemente, como un caballero. No como todos los demás grandes jefes, capitanes de cosacos y comisarios de policía. Pero entonces el tono de las cosas lo daba precisamente esta gente y no los caballeros. Galiullin me ayudó mucho. Le estoy muy agradecida. Nos conocíamos hacía mucho tiempo. De niña me pasaba muchas horas en el patio de la casa donde él había nacido, una casa donde vivían ferroviarios. En mi infancia vi muy de cerca la miseria y el cansancio, por eso mi actitud ante la revolución es muy distinta a la suya.

La siento más de cerca. Hay en ella mucho que me es familiar. Y de pronto ese muchacho, el hijo de un portero, se convierte en coronel o más bien general de los blancos. No sé nada de cosas militares ni entiendo de graduaciones. Soy una profesora de historia. Sí, Zhivago, así es: he ayudado a mucha gente. Iba a verle. Hablábamos de usted. Como puede ver, con todos los gobiernos he tenido relaciones y protectores y con cada régimen he sufrido y perdido algo. Sólo en los libros mediocres los hombres están divididos en dos campos y nunca entran en contacto. Pero en la realidad todo se mezcla. ¡Qué absoluta nulidad debe de ser uno para mantenerse sólo en una parte, para ocupar sólo un puesto en la sociedad, para significar la misma cosa! ¡Ah! ¿Estás aquí?

Había entrado una niña de unos ocho años, con trenzas pequeñas y apretadas. Sus almendrados ojos le daban una expresión de agudeza y picardía. Cuando reía enarcaba las cejas. Ya fuera de la puerta se había dado cuenta de que su madre tenía una visita, pero, al acercarse a la entrada, consideró que debía fingir una ingenua sorpresa. Hizo una reverencia y miró al doctor con esa mirada firme y sin temor que tienen los niños que han crecido solitarios, que pronto han empezado a pensar.

—Mi hija Kátienka.

—En Meliuziéev me enseñó usted su fotografía. ¡Cómo ha crecido y cuánto ha cambiado!

—¿De modo que has vuelto? Y yo creí que estabas de paseo. No te oí entrar.

—¿A que no sabes lo que encontré cuando quise sacar la llave del agujero? ¡Una rata así de grande! Grité y eché a correr. Creí que me moría de miedo.

Kátienka, cuando hablaba, contraía la graciosa carita con una mueca, abría mucho sus pícaros ojos y redondeaba la boca como un pez sacado fuera del agua.

Bueno. Vete a tu cuarto. Voy a pedirle a este señor que se quede a comer y cuando saque la *kasha*[68] del fuego ya te llamaré.

—Gracias, pero no puedo aceptar. Con motivo de mis viajes a la ciudad, hemos adoptado la costumbre de comer a las seis. Siempre procuro no retrasarme, y tengo tres horas de camino, si no cuatro. Por eso he venido tan temprano a su casa. Excúseme. Me iré enseguida.

—Quédese por lo menos media hora.

—Con mucho gusto.

15

—Y ahora sinceridad por sinceridad: ese Striélnikov de quien me ha hablado es mi marido, Pasha, Pável Pávlovich Antípov, a quien yo fui a buscar al frente y en cuya muerte con tanta razón me negué a creer.

—No me sorprende. Lo sabía ya. También oí ese rumor, pero lo consideré absurdo. Incluso lo olvidé de tal manera que hablé de él sin tapujos, con toda libertad,

como si el rumor no existiera. Es absurdo. He visto a ese hombre. ¿Cómo pudo haber una relación entre ustedes? ¿Qué cosas comunes son las suyas?

—Y, sin embargo, las cosas son así, Yuri Andriéevich. Striélnikov es Antípov, mi marido. Comparto la opinión general. También Kátienka lo sabe y se siente orgullosa de su padre. Striélnikov es un nombre falso, su seudónimo, como lo tienen todos los revolucionarios. Por una razón u otra le convendrá actuar con otro nombre. Ha conquistado a Yuriatin. Nos ha inundado de granadas. Sabía que nos encontrábamos aquí y ni una sola vez intentó comprobar si estábamos vivas, para no comprometer su secreto. No cabe duda que era su deber, y si no hubiese consultado sobre su manera de proceder, no le habríamos aconsejado otra cosa. Dirá usted que mi seguridad, la relativa comodidad de la casa que el soviet ha puesto a mi disposición y otras cosas son pruebas indirectas de su interés por nosotros. No podría explicarse de otro modo. ¡Estar aquí a dos pasos y resistir el deseo de vernos! No puedo comprenderlo, es algo que mi cerebro se resiste a creer. Es incomprensible para mí: no es la vida, sino una especie de virtud romana, una de las locuras de nuestra época. Pero me doy cuenta de que estoy cayendo bajo su influencia y empiezo a repetir lo que usted me ha dicho. No quisiera. Usted y yo no pensamos del mismo modo. Estamos de acuerdo en todo lo que es provisional, facultativo, pero en las cosas realmente importantes, en la interpretación de la vida, es más justo que nos consideremos enemigos.

»Pero volvamos a Striélnikov. Ahora está en Siberia, y tiene usted razón: también ha llegado a mis oídos el rumor del descontento que ha provocado y se me hiela el alma. Está en Siberia, en uno de los sectores más avanzados, tratando de aniquilar a Gallullin, su amigo de la infancia y compañero de armas, para quien su nombre no es un secreto ni lo es tampoco que yo sea su mujer, pero que, por una inestimable delicadeza, no se refirió a ello ni una sola vez, aunque basta que se pronuncie su nombre para que se enfurezca. Sí, ahora Striélnikov está en Siberia. Cuando estaba aquí (y estuvo mucho tiempo, viviendo constantemente en el tren, donde usted lo vio), deseé en todo momento encontrarme con él por casualidad. Algunas veces se dirigía al estado mayor, al local ocupado antes por el comandante militar del Komuch, las tropas de la Asamblea Constituyente. Pero, lo que son las cosas, el estado mayor se encontraba en el pabellón donde antes me recibía Galiullin, cuando iba a interceder a él por otras personas. Por ejemplo, a propósito de un hecho que produjo mucho ruido. Los cadetes de la escuela militar comenzaron a perseguir y fusilar a los profesores más aborrecidos, con el pretexto de que eran bolcheviques. Luego empezaron a perseguir y matar a los judíos. Naturalmente, cuando se vive en la ciudad, como nosotros, y se tiene una profesión liberal, más de la mitad de la gente que frecuentamos está compuesta de judíos. En los períodos de *progroms*, ante los horrores y las infamias, más allá de la indignación, la vergüenza y la piedad, se apodera de nosotros una sensación de doblez, como si nuestra compasión fuese, en

parte, cerebral y desagradablemente insincera. Los que en un tiempo liberaron a la humanidad del yugo de la idolatría y que hoy en gran número se consagran a su emancipación social, son impotentes para liberarse de sí mismos, de la fidelidad a una concepción superada, antediluviana, que ha perdido toda significación. No pueden elevarse por encima de sí mismos y mezclarse con los demás, cuyos fundamentos religiosos han sido creados por ellos mismos, y que estarían mucho más cerca de ellos si los conocieran mejor. Tal vez las persecuciones y martirios les obliguen a esta actitud inútil y fatal, a esta esquiva soledad, llena de abnegación y que sólo acarrea desgracias, pero en ello existe también una decrepitud interior, un secular cansancio histórico. No me gusta su irónica manera de darse ánimos, la pobreza, la trivialidad de sus ideas, la timidez de su imaginación. Son irritantes como los discursos de los viejos sobre la muerte o de los enfermos sobre la enfermedad. ¿No estamos de acuerdo?

—No había pensado en ello. Pero tengo un amigo, un tal Gordón, que comparte sus ideas.

—Así acechaba a Pasha. En espera de que llegase o saliera del edificio. En otro tiempo en aquel pabellón se hallaba el despacho del gobernador general. Ahora sobre la puerta hay un cartel que dice: «Oficina de reclamaciones.» Quizá lo haya visto. Está en el lugar más hermoso de la ciudad. La plaza, ante la puerta, está pavimentada y más adelante está el jardín público: sauquillo, arces y espino blanco. Me colocaba en la acera, entre los que iban a hacer reclamaciones. Bien es verdad que no pedía que me recibiera ni decía que era su mujer. Además, los dos teníamos apellidos diferentes. Por otra parte, ¿qué papel representaba aquí la voz del corazón? Esta siempre se comporta de manera muy distinta. Su padre, por ejemplo, Pável Ferapóntovich Antípov, era un obrero. Antiguo deportado político, trabaja en un tribunal, no muy lejos, en la antigua localidad donde un tiempo estuvo deportado. Y también su amigo Tivierzin. Son miembros del tribunal revolucionario. Pues bien, ¿lo creerá usted? El hijo ni siquiera se ha dado a conocer a su padre, quien lo considera una cosa normal y ni aun se molesta por ello. Si su hijo quiere mantener el secreto, no hay nada que hacer. No son hombres, son piedras. Principios, disciplina. Y además, aunque hubiera podido demostrar que soy su mujer, ¿cree usted que eso habría tenido la menor importancia? ¡Pues sí que era un momento para ocuparse de las mujeres! ¿Estaban los tiempos para estas cosas? Proletariado mundial, transformación del universo, eso sí: eso lo habría comprendido. Pero un bípedo cualquiera, una mujer como todas, una esposa, ¡bah!, algo tan despreciable como una chinche o un piojo. Su ayudante se paseaba entre la gente, interrogaba y hacía que entrase alguien. Yo no di mi nombre y cuando me preguntó qué deseaba repuse que se trataba de una cosa personal. Era tanto como declararse vencida, estar segura de que mi petición iba a desestimarse. El ayudante se encogió de hombros y me miró receloso. Así, que no lo

he visto ni siquiera una vez. Pero ¿cree usted que le tenemos sin cuidado, que no nos quiere, que no nos recuerda? ¡Qué va! Todo lo contrario. Lo conozco muy bien. Por un exceso de sentimientos ha llevado las cosas hasta este extremo. Necesita poner a nuestros pies todos sus laureles de guerra, para no volver con las manos vacías, sino lleno de gloria, vencedor. ¡Inmortalizamos, deslumbrarnos! ¡Talmente como un niño!

Kátienka volvió a entrar. Larisa Fiódorovna tomó en sus brazos a la niña sorprendida, comenzó a hacerle cariños, a besarla y estrecharla contra su corazón.

16

Yuri Andriéevich regresaba a caballo a Varykino. Por enésima vez recorría aquellos lugares y estaba tan acostumbrado al camino que ni siquiera se fijaba en él.

Acercábase al lugar del bosque donde el camino para Varykino se bifurcaba en otro que se dirigía a Vasílievskoie, pequeña aldea de pescadores a orillas del Sakma. En la encrucijada había un poste, el tercero del lugar, con la sabida publicidad de maquinaria agrícola. Por lo general, en aquella encrucijada el crepúsculo sorprendía al doctor. También ahora oscurecía.

Habían transcurrido más de dos meses desde el día en que, en uno de sus viajes a la ciudad, no regresó a casa por la noche y se quedó en casa de Larisa Fiódorovna. Dijo que se entretendría en la ciudad para hacer unas diligencias y que pasaría la noche en la posada de Samdeviátov. Hacía tiempo que tuteaba a Antípova y la llamaba Lara. Ella, en cambio, le llamaba Zhivago. Engañaba a Tonia y lo que le ocultaba era cada vez más serio y grave.

Era incomprensible. Amaba a Tonia hasta la veneración. El inundo de su alma y su tranquilidad le eran más queridos que cualquier otra cosa en la vida. Estaba dispuesto a defender su honor más que ella misma o su propio padre. Si alguien hubiera sido capaz de herir su orgullo, él mismo, con sus propias manos, habría estrangulado al ofensor. Y el ofensor era él.

En casa, entre sus familiares, se sentía como un delincuente que todavía no ha sido descubierto. El hecho de que ellos no supieran nada y las manifestaciones de su acostumbrada afectuosidad, lo atormentaban. Durante una conversación recordaba de pronto su culpa y parecía volverse de piedra, sintiéndose incapaz de escuchar ni comprender lo que decían.

Si ocurría eso cuando se sentaba a la mesa, no conseguía tragar un bocado, dejaba la cuchara y retiraba el plato. Las lágrimas lo ahogaban.

—¿Qué tienes?—le preguntaba Tonia, asombrada—. Seguro que en la ciudad te han dado una mala noticia. ¿Una detención? ¿Han fusilado a alguien? Dímelo, no temas preocuparme. Te sentirás mejor.

¿Había traicionado a Tonia? ¿Había preferido a otra mujer? No, no hizo elección alguna, ni estableció comparaciones. La idea del «amor libre», expresiones como «los

derechos y exigencias del sentimiento», eran extrañas para él. Le parecía indigno hablar y pensar de esta manera. En su vida no había recogido «las flores del placer», no se había considerado ni superhombre ni semidiós, ni pedido privilegios ni ventajas, y sentíase agotado bajo el peso de la conciencia inquieta.

«¿Qué va a pasar ahora?», se preguntaba a veces.

Y no encontrando la respuesta aguardaba algo imposible, la intervención de una circunstancia imprevista que aportaría la solución.

Pero ahora todo había acabado: estaba dispuesto a cortar por lo sano. Volvía a casa con la firme decisión de confesárselo todo a Tonia, de pedirle perdón y no volver a ver más a Lara.

Sin embargo, no era tan sencillo. Le parecía no haber sido lo bastante claro con Lara, no haberle hecho comprender que intentaba romper definitivamente, para siempre. Aquella mañana le había manifestado su decisión de contárselo todo a Tonia y que sería imposible que continuaran viéndose con frecuencia, pero ahora tenía la sensación de que todo eso lo había expresado de un modo muy vago, sin la suficiente resolución.

Larisa Fiódorovna no quiso amargarlo con penosas escenas. Comprendía sobradamente lo que sufría y por esto trataba de echucar su decisión con la mayor calma posible. Su conversación tuvo efecto en la habitación de los antiguos propietarios, ahora vacía, la que daba a la calle Kupiécheskaia, que Larisa Fiódorovna no habitaba. Por las mejillas de Lara corrían lágrimas silenciosas de las que ella no se daba cuenta, como la lluvia que en aquel instante caía sobre las caras de las figuras de piedra de la «Casa de las estatuas», allí delante. Dijo simplemente, sin generosidad, sumisamente:

—Haz lo que te parezca. No te preocupes por mí.

Y como no sabía que estaba llorando no se secó las lágrimas.

Ante la idea de que Larisa Fiódorovna pudo no haberle comprendido bien y que acaso le había dejado una ilusión, una vana esperanza, sentíase dispuesto a retroceder, a volver a la ciudad para decirle lo que no le había dicho, pero sobre todo para despedirse de ella con mayor calor, para toda la vida, para siempre. Se dominó haciendo un esfuerzo y continuó su camino.

A medida que se ponía el sol, el bosque se llenaba de frescura, de sombra y del perfume de las hojas húmedas, como el vestíbulo de un establecimiento de baños.

En el aire, como si flotaran sobre el agua, enjambres de mosquitos, zumbando a la vez la misma nota aguda, permanecían inmóviles. Yuri Andriéevich los aplastaba sobre su frente y su cuello y a los sonoros golpes de su mano sobre su cuerpo sudoriento respondían los rumores de su cabalgada: el crujido de las correas de la silla, los golpes de los cascos sobre el fango y el ruido seco de las vísceras del caballo. De pronto, a lo lejos, donde parecía haberse detenido la luz del crepúsculo,

gorjeó un ruiseñor.

—Och-nís! Och-nís!

Esta llamada persuasiva parecía casi de la liturgia de Pascua:

Alma mía, alma mía, despiértate, ¿por qué permaneces dormida?

Una idea muy simple iluminó la mente de Yuri Andriéevich. ¿Por qué tanta prisa? No renunciaría a su decisión y lo confesaría todo. Pero ¿por qué hacerlo hoy precisamente? Todavía no había dado a entender nada a Tonia. Podía muy bien postergar la confesión para otro momento. Mientras tanto iría de nuevo a la ciudad y daría una explicación a Lara, una explicación a fondo y tan íntimamente que compensara todo sufrimiento. ¡Sí, eso! ¡Qué cosa tan maravillosa! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Ante la idea de volver a ver a Lara sintióse loco de felicidad. Su corazón comenzó a latir fuertemente e, imaginando el encuentro, vivía todos sus pormenores.

Las casas de troncos, las aceras de madera de los dormidos alrededores de la ciudad. Iba a su casa. En la calle Novosválochny terminábanse ya los espacios desiertos y las casas de troncos. Veíanse ya las primeras construcciones de piedra. Las casitas del suburbio desfilaban, como si fueran las hojas de un libro hojeado con prisas, no como cuando se vuelven las páginas con el índice, sino con la yema del pulgar, todas juntas, con un ruido seco. El corazón parece que no alienta. Sí, ahí vive ella, en la esquina, bajo el blanco reflejo del cielo lluvioso aclarado hacia el atardecer. ¡Cuánto le gustaban las casitas a lo largo del camino que conducía a su casa! Hubiese querido cogerlas del suelo con la mano y besarlas. Aquellos desvanes de un solo ojo, colocados sobre los tejados como si fueran sombreros. La luz de las lámparas y las mariposas reflejándose en las charcas bajo la pálida cortina del cielo nuboso. Una vez más recibiría allí, como don de las manos del Creador, aquella gracia blanca creada por Dios. Le abriría la puerta una silueta envuelta en sombra. Y la promesa de su intimidad, contenida, fría como la luminosa noche del norte, de nadie más, no perteneciente a ningún otro, acudiría a su encuentro como la primera ola del mar sobre la arena de la orilla, a la que acude en sombras.

Soltó las riendas, se inclinó sobre la silla y abrazó el cuello del caballo, ocultando el rostro en sus crines. Creyendo que aquella manifestación de afecto era un llamamiento a sus fuerzas, el caballo emprendió el galope.

Al rasante vuelo del galope, en los intervalos entre los casi imperceptibles golpes de los cascos sobre el terreno que rápidamente se deslizaba bajos sus patas y volaba hacia atrás, Yuri Andriéevich, además de los latidos de su corazón que saltaba de alegría, oía también, como en sueños, lejanas voces.

Lo aturdió una detonación cercana. Levantó la cabeza y tiró de las riendas. Arrastrado por su propio impulso, el caballo dio todavía algunos trancos de lado y se

dobló sobre las patas posteriores, a punto de encabritarse.

Delante se bifurcaba el camino: a un lado brillaba a los rayos del sol poniente el cartelón «Moro y Vietchinkin. Sembradoras. Trilladoras». En medio, cortando el paso, había tres jinetes armados. Un alumno de la escuela real con gorra de uniforme y una chaqueta cruzada por cintas de cartuchos de ametralladora. El segundo cubierto con un tabardo de oficial de caballería y un gorro cosaco. El tercero era un curioso personaje, muy grueso, que parecía haberse disfrazado. Llevaba un pantalón acolchado, una chaqueta forrada de guata y un sombrero de sacerdote de anchas alas calado hasta los ojos.

—No se mueva, camarada doctor —dijo con voz firme y tranquila el más viejo de los tres, el jinete del gorro cosaco—. Si obedece le garantizo que no le ocurrirá nada. En caso contrario, nos dejaremos de contemplaciones y dispararemos. Han matado al enfermero de nuestro destacamento. Eche pie a tierra y pase las riendas al camarada más joven. Recuerde que al más pequeño intento de fuga por su parte obraremos sin miramientos.

¿Es usted el hijo de Mikulitsyn, Liveri, el camarada Lesnyj?

—No, soy su jefe de transmisiones, Kamennodvorski.

X
EN LA GRAN CARRETERA

1

Sucedíanse ciudades, pueblos y aldeas. La ciudad de Krestovozdvízhensk, la estación de Omiélchino, Pazhinsk, Tysiástskoie, el caserío de Yaglíonskoie, el arrabal de Zvonarski, la aldea de Vólnoie, Gurtóvschiki, Kezhémskaia, la aldea de Kaziéevo, el arrabal de Kutieiny y la aldea de Maly Yermolái.

A todas estas poblaciones las atravesaba una gran carretera, vieja como el mundo, la más antigua de Siberia, antiguo itinerario de los servicios de correos. Cortaba en dos las ciudades, como se corta el pan, con el cuchillo de una calle mayor, y a través de las aldeas volaba sin volverse, esparciendo a lo lejos, detrás de ellas, las isbas alineadas a los lados, o bien rechazándolas con el arco o la horquilla de una repentina curva.

En un pasado remoto, antes de que se tendiera la línea del ferrocarril de Jodátskoie, corrían por la carretera las *troikas* postales. De este a oeste extendíase la hilera de carros llenos de té, trigo y hierro procedente de las fundiciones. De oeste a este avanzaban a pie, bajo escolta, de etapa en etapa, los deportados. Almas perdidas, desesperados terribles como los rayos del cielo, avanzaban al paso, haciendo resonar el hierro de sus cadenas. Y a su alrededor rumoreaban los bosques oscuros e impenetrables.

La carretera vivía como una sola familia. Se conocían y emparentaban las poblaciones, ciudad con ciudad, tierra con tierra. En Jodátskoie, donde se encontraba con la línea de ferrocarril, había talleres para la reparación de locomotoras, fábricas de material ferroviario. Allí los presos lloraban de dolor hacinados en los cuarteles, enfermaban y morían. Cumplida su condena, los deportados políticos que poseían conocimientos técnicos, se convertían en contramaestres y se quedaban.

A lo largo de toda la línea, los soviets de los primeros tiempos habían sido derrocados. Durante cierto periodo se mantuvo en el poder del gobierno provisional de Siberia. Luego, todo el territorio pasó a las manos del gobernador supremo, el almirante Kolchak.

2

La carretera ascendía en una larga cuesta y el paisaje se extendía cada vez más. Parecía como si la subida y la expansión del horizonte no se acabaran nunca. Y cuando los caballos y los hombres se cansaron y detuvieron para tomar aliento, acabó la cuesta. Más adelante, bajo el puente, discurría veloz el río Kiezhma.

Al otro lado del río, sobre una altura todavía más pronunciada, surgía la pared de

ladrillos del monasterio de Vozdvízhensk[69]. La carretera rodeaba el cerro y después de algunos zigszags tras los patios de los arrabales, penetraba en la ciudad.

Pasaba después, en la plaza principal, ante los muros del monasterio con un portón de hierro pintado de verde. En el semicírculo del arco de la entrada coronaba el icono esta inscripción: «Bendita sea la Cruz, Cruz vivificadora, invencible victoria de la piedad.»

El invierno tocaba a su fin. Era la semana de la Pasión, final de la Cuaresma. En las calles negreaba la nieve a punto de deshelarse, pero todavía estaba blanca en los tejados, que cubría como si se tratase de altos sombreros encasquetados.

Los chiquillos que se encaramaban por el campanario de Vozdvízhensk debían ver a sus pies las casas como si fueran cajitas, cofrecillos apretados unos contra otros, a los que se acercaban hombrecillos negros, del tamaño de puntitos. Aquellos hombrecillos leían la orden del gobernador supremo sobre la movilización de tres quintas, que estaba pegada en las paredes.

3

Durante la noche se produjeron muchas cosas imprevistas. Sobrevino una tibieza insólita en aquella estación. Caía una lluvia menuda, tan ligera que parecía no tocar el suelo, sino disolverse en el aire como un vapor de polvillo de agua. Pero era sólo una impresión. Su agua tibia, que discurría en arroyuelos, bastaba para barrer la nieve y ennegrecer la tierra como si brillara de sudor.

Desde los jardines los verdeantes manzanos lanzaban alegremente sus ramas a la calle por encima de la tapias. Desde estas ramas, con un repiqueteo irregular, caían las gotas sobre las aceras de madera. Su desacorde tamborileo resonaba en la ciudad.

«Tómik», el perrito, encadenado desde por la mañana, ladraba y aullaba en el patio del fotógrafo. Quizás irritado por los ladridos, el cuervo de los jardines de Galuzin llenaba la ciudad con su graznido.

En la parte baja de la población le habían llevado al comerciante Liubieznov tres carros de mercancías, que él se negaba a aceptar, diciendo que era un error, que él no había encargado nada. Manifestando que ya era muy tarde, los carreteros le pidieron que los dejase pernoctar en su casa. El comerciante gritaba, quería que se fueran y no abría la puerta. El altercado se oía en toda la ciudad.

A la hora séptima de la iglesia, es decir la una de la mañana, desde la campana más pesada del monasterio, que apenas se movía, voló, para mezclarse con la oscura humedad de la lluvia, la onda suave de un sonido sombrío y dulce. Se desprendió de la campana como un trozo de tierra, minado por la crecida, se desprende de la orilla, se hunde y se disuelve en el río.

Era la noche del Jueves Santo, el día de los doce apóstoles. Tras la retícula de la lluvia se movían y flotaban luces apenas perceptibles, iluminando frentes, narices y

caras. Los fieles iban a maitines.

Al cabo de un cuarto de hora, sobre las tablas de la acera oyéronse unos pasos que se alejaban del monasterio. Era la comercianta Galúzina. Caminaba con pasos irregulares, ora dando una carrerita, ora deteniéndose, con la pelliza desabrochada y un pañuelo a la cabeza. En la iglesia se sintió mal y salió al aire libre, pero ahora se avergonzaba y sentía no haberse quedado hasta el final y hecho sus devociones, a las que faltaba desde hacía dos años. Pero no era ésta la causa de su agitación. El verdadero motivo de su tristeza era la orden de movilización que aquel día se había fijado en todas las esquinas y que afectaba a su hijo, Teriosha, un pobre idiota. Trataba de no pensar en ella, pero los carteles que blanqueaban por todas partes en la oscuridad se lo recordaban continuamente.

Su casa estaba a la vuelta de la esquina, a dos pasos, pero le parecía que en la calle estaba mejor. Necesitaba el aire libre y no tenía el menor deseo de meterse en casa, en aquel horno.

Le asaltaban tristes pensamientos. Si los hubiera expresado en alta voz y por orden, ni palabras ni tiempo le hubiesen bastado ni aun hasta el amanecer. En cambio, allí, en la calle, estas melancólicas reflexiones volaban a trompicones y pocos instantes bastaban para cada una, desde la esquina del monasterio a la esquina de la plaza.

En el aire alentaba ya la solemne fiesta, pero en la casa no había un alma. Todos se habían ido, dejándola sola. ¿Y cómo debía quedarse, sino sola? Naturalmente, sola. No se podía contar con Ksiusha, su hija adoptiva. Además, ¿quién era Ksiusha? Una extraña. Acaso una amiga, acaso una enemiga. Y posiblemente también una secreta rival. La había heredado de su primer matrimonio, de Vlasushka, su marido, que la adoptó. Y ¿quién sabe? Tal vez la había adoptado, pero tal vez fuese una hija ilegítima. O quizá ni siquiera una hija sino todo lo contrario precisamente. ¿Quién puede profundizar en el pensamiento de un marido? Sin embargo, no había nada que decir de la chica. Inteligente, bella, una joya. Incluso más inteligente que el estúpido de Terioshka y que su padre adoptivo.

Y ahí la tenéis sola la víspera de Pascua. La habían abandonado, se fue cada uno por donde le dio la gana.

Vlasushka, su marido, se había ido por la gran carretera para echarles discursos a los reclutas, arengar a los que iban a la guerra. Más hubiese valido que ese majagranzas se hubiera preocupado de su hijo y lo salvara de una muerte cierta.

Tampoco Teriosha tuvo más aguante: se largó la víspera de la gran fiesta. Se fue a casa de unos parientes, los Kutieiny, a distraerse y consolarse de su desgracia. El pobre tonto fue expulsado de la escuela real. Había repetido sin resultado la mitad de los cursos, pero cuando llegó al octavo, perdieron la paciencia y lo echaron.

¡Qué pena! ¡Dios mío! ¿Por qué me siento tan mal? Se me cae el alma a los pies.

Todo se derrumba, no tengo ganas de vivir. ¿Por qué han de ser así las cosas? ¿Acaso la revolución tiene la culpa? ¡No, no! La culpa es de la guerra. En la guerra ha muerto lo más granado de la juventud y ha quedado solamente la basura, lo que no sirve para nada.

¿Acaso ocurría así en casa del abuelo, con su padre, que era empresario? El abuelo no era un borrachín, sino un hombre instruido, y la casa era una bendición de Dios. ¡Y había que ver a las dos hermanas, Polia y Olia! Entre ellas reinaba la misma armonía que entre sus nombres, las dos eran muy bellas. ¡Y había que ver también a los maestros carpinteros que iban a casa de su padre, tipos apuestos, fuertes e imponentes! Y de pronto a las chicas se les metió en la cabeza, porque la verdad es que en la casa no pasaban apuros, se les metió en la cabeza, digo, porque hay que reconocer que tenían habilidad las chicas, nada menos que hacer chales de punto de seis colores. Pues bien, el caso es que tenían tan buenas manos que los chales se hicieron famosos en toda la comarca. Entonces, todo daba gusto por su plenitud y armonía: el oficio divino, los bailes, la gente, los modales, aunque la familia era de condición modesta, pequeños burgueses de origen obrero y campesino. Entonces, también Rusia era una muchacha que tenía verdaderos admiradores, auténticos defensores, que nada tenían que ver con los de hoy. Hoy todo ha perdido su antiguo esplendor. Todo es un amasijo de abogados, y de todos esos judíos que día y noche, sin tomar resuello, no hacen otra cosa que masticar palabras, atragantarse de frases y más frases. Vlasushka y sus amigotes creen que podrán hacer que vuelvan los dorados tiempos con champaña y buenas intenciones. Pero ¿acaso se reconquista así el amor perdido? Para eso hay que remover cielo y tierra, desplazar montañas.

4

Más de una vez Galúzina había llegado ya hasta el privoz, la plaza del mercado de Krestovozdvízhensk. Su casa no estaba lejos de allí. Pero cada vez cambiaba de propósito, regresaba sobre sus pasos y se perdía de nuevo por los callejones que rodeaban el monasterio.

La plaza del mercado era tan grande como un campo. En otros tiempos, durante los días de mercado, los campesinos la llenaban por completo con sus carros. Por un lado daba al extremo de la calle Yeliéninskaia. El otro, que formaba un arco de círculo, estaba constituido por pequeñas casas de una o dos plantas, en las cuales se hallaban los almacenes, tiendas y despachos, y talleres de artesanos.

Allí, en los tiempos de paz, en su ancho portón de cuatro batientes de hierro, tronaba en una silla el misógino Briujánov, un oso chanflón con lentes y levita de largos faldones, comerciante en pieles, alquitrán, ruedas, arneses, avena y heno.

Allí, en un pequeño escaparate opaco, hacía muchos años que se llenaban de polvo algunas cajas de cartulina con cintas y ramilletes de adorno y cirios nupciales.

Al otro lado del escaparate, en una habitación sin muebles y sin más mercancías que algunos panes de cera colocados uno encima de otro, se llevaban a cabo millares de transacciones con almáciga, cera y velas por parte de desconocidos representantes de un comerciante de velas que nadie sabía dónde residía.

Allí, en la mitad de las calle, estaba la gran tienda de coloniales de los Galuzin, una tienda de tres escaparates. Tres veces al día barrían su piso de madera, rociándolo con los posos del té que los empleados y el amo bebían ininterrumpidamente durante toda la jornada. Con frecuencia y verdadero gusto la joven ama se sentaba a la caja. Su color predilecto era el lila, el violeta, el color de las ceremonias solemnes, de la iglesia, el color de las lilas todavía en capullo, de su mejor traje de terciopelo, de su cristalería. También el color de la felicidad, el color de los recuerdos, el color de su ya pasada edad de jovencita, de la Rusia prerrevolucionaria, le parecía que era el de las violetas claras. Le gustaba estar en la caja de la tienda, porque la penumbra violenta del local, que olía a almidón, a azúcar y caramelos de grosella, que adquirían un tono malva oscuro en sus frascos de cristal, se parecía a su color predilecto.

Allí, en la esquina, al lado de un almacén de maderas había una vieja casa de tablas grises. Era una casa que cedía por cada lado como un diván desfondado. Tenía cuatro departamentos y dos puertas, una en cada esquina de la fachada. La parte izquierda del entresuelo estaba ocupada por la farmacia de Zalkind, y la derecha por el despacho del notario. Sobre la farmacia vivía Shmuliévich, un viejo modisto cargado de familia. Frente al modisto, sobre el despacho del notario, había muchos inquilinos de cuyas profesiones daban noticia los carteles y rótulos de que estaba cubierta toda la puerta de entrada. Allí se reparaban relojes, y un remendón ofrecía sus servicios. Estaba también la fotografía de Zhuk y Strodaj y el taller del grabador Kaminski.

A causa de la estrechez de aquel piso superpoblado, los jóvenes aprendices fotógrafos, el retocador Sienia Maguidsón y el estudiante Blazhein se habían montado una especie de laboratorio en el patio, en el local que daba al almacén de maderas. Ahora estaban trabajando, a juzgar por el maligno ojo de la luz roja de la cámara oscura, que brillaba opaco en la pequeña ventana. Y bajo la ventana estaba atado con una cadena «Tomka», el perrillo, que ladraba de tal manera que lo oían en toda la calle Yeliéninskaia.

«Toda la tribu está amontonada ahí —pensó Galúzina, pasando ante la casa gris —. Asilo de miseria y mugre.»

Luego pensó que Vlas Pajómovich se había equivocado en su fobia contra los judíos. Aquella gente no pensaba demasiado en los destinos del Estado. Por lo demás, cuando se le preguntaba al viejo Shmuliévich la causa de todos aquellos desórdenes y alborotos, levantaba la cabeza y, haciendo una mueca que ponía al descubierto todos sus dientes, decía:

—¡Son salidas de Leívochkin!

Pero ¿en qué cosa estaba pensando, qué diantre se le había metido entre ceja y ceja? ¿Acaso se trataba de eso? ¿Eran realmente una desgracia esas cosas? La desgracia estaba en las ciudades. No son ellas las que sostienen a Rusia. Sin más ni más, cegados por las instrucciones, todos quieren ir a remolque de la gente de la ciudad y no hay manera de que lo consigan. Han abandonado su orilla y no han alcanzado la otra.

«O quizás, en cambio, todo el mal resida en la ignorancia. El instruido ve a través de todas las cosas, todo lo conoce de antemano. A nosotros, en cambio, han de darnos en la cresta para que nos acordemos del sombrero. Vivimos como en un bosque oscuro. Pero vayamos por partes, no todo debe ser de color de rosa para los instruidos, porque la carestía los ha echado de la ciudad. Intenta comprenderlo. Ni el mismo diablo podría desembrollarlo.

»Y, sin embargo, ¿pueden compararse con nuestra gente del campo? Los Selitvin, los Shelaburin, Pamfil Palyj, los hermanos Niéstor y Pankrat Módyj. Gentes que saben lo que quieren, cabezas en su sitio. Son sus propios dueños. A lo largo de de la gran carretera granjas nuevas, da gusto verlas. Cada uno tiene quince *desiatiny*[70] de sembrado, caballos, ovejas, vacas y cerdos. Y reservas de trigo, lo menos para tres años. Una cantidad de cosas que da gusto ver. Maquinaria para la cosecha. Ante ellos Kolchak se arrastra por los suelos, no sabe como agradarlos y los comisarios quieren atraerlos para su ejército de los bosques. Han vuelto de la guerra llenos de cruces de San Jorge y se los rifan como instructores. Pero ¿qué importa tener galones o no tenerlos? Si eres un hombre que sabes lo que haces, les faltará tiempo para buscarte. No tienes nada que perder.

»Pero ya es hora de volver a casa. No está bien que una mujer esté pindongueando tanto rato. Podía quedarme en el jardín, pero el barro me llegará hasta el cuello. De todos modos, me encuentro un poco más tranquila.»

Y perdiéndose definitivamente en sus razonamientos hasta no saber siquiera lo que estaba pensando, Galúzina se dirigió a su casa. Pero, antes de cruzar el umbral, mientras daba un tropezón ante la entrada, abarcó aún, mentalmente, una infinidad de cosas.

Pensó en los actuales jefes supremos de Jodátskoie, de quienes tenía una idea aproximada y en los deportados políticos de las capitales: Tivierzin, Antípov, el anarquista Vdovichenko Bandera Negra, y el herrero Gorzhenia el Loco. Eran hombres que tenían la cabeza bien asentada sobre los hombros. Ya habían pasado lo suyo en la vida y seguro que ahora estaban pensando o tramando alguna sonada. No podían hacer otra cosa. Se habían pasado la vida entre las máquinas, y eran despiadados y fríos como las máquinas mismas. Llevaban cazadoras sobre los jerséis, fumaban cigarrillos en boquilla de hueso y, para no pillar una infección, bebían agua

hervida. Vlasushka no llegaría a ser nada. Toda aquella gente lo cambiaría todo a su gusto y acabaría por hacer lo que quisieran.

Luego, empezó a pensar en sí misma. Sabía que era una mujer importante, con ideas propias, sensata e inteligente, y no mala. Ninguna de sus cualidades había sido apreciada en aquel perdido agujero de la provincia, pero acaso tampoco lo hubiese sido en otra parte. Y las coplas obscenas que hablaban de una tal Sentetiúrija, de las que sólo se podían repetir los dos primeros versos, eran conocidas de una punta a otra de los Urales;

La Sentetiúrija su carro vendió
y por ese dinero una balalaika adquirió,

y luego seguían palabras escabrosas que se cantaban en Krestovozdvízhensk aludiendo a ella, según sospechaba. Suspirando amargamente entró en su casa.

5

Sin detenerse a la entrada, con la pelliza puesta, pasó directamente a la alcoba. Las ventanas daban al jardín. Ahora, de noche, las sombras ante la ventana, las de la alcoba y las del jardín, eran casi las mismas. La masa colgante de las cortinas era semejante a la de los árboles desnudos y negros, de líneas confusas. El color negro violáceo de la primavera en sus comienzos se filtraba a través de la tierra y entibiaba el oscuro tafetán de aquella noche de finales de invierno. Dos elementos similares intervenían en la composición de la atmósfera de la estancia: el violeta oscuro de la ventana dulcificaba y aligeraba la polvorienta sensación a cerrado de las cortinas corridas herméticamente. En el icono de la Virgen surgían del manto de plata las palmas oliváceas dirigidas hacia arriba. En cada una figuraban las letras iniciales y finales de su nombre griego: *Mether Theou*, madre de Dios. En un portalámparas de oro, un vaso de cristal color granate oscuro, como un tintero, lanzaba sobre la alfombra, en forma de estrella, desmenuzado por la talla de cristal, el reflejo de la luz de su mariposa.

Al quitarse el pañuelo y la pelliza, Galúzina hizo un falso movimiento y advirtió una punzada en el costado y una sensación de peso en el omóplato. Asustada, gritó y, balbuceando: «Gran protectora de los afligidos, purísima Virgen, socórreme, protección del mundo», se echó a llorar. Luego, cuando menguó el dolor, comenzó a desnudarse. Los corchetes que abrochaban el cuello sobre la nuca y la espalda se le escapaban de las manos y se clavaban en los blandos pliegues de la tela. A duras penas conseguía soltarlos.

Ksiusha, su pupila, despertada por su llegada, entró en la alcoba.

—¿Por qué estás a oscuras, mamá? ¿Quieres que encienda?

—No te preocupes. Veo bien.

—Mamita Olga Nílovna, déjame hacer a mí. No te canses.

—Tengo los dedos tan torpes que no parecen míos. Ese bestia de modisto ha cosido demasiado bien los corchetes, bestia, que no es más que eso: un bestia. Me los voy a descoser de arriba abajo.

—Cantaban bien en la iglesia. Hace una noche muy apacible y los coros se oían desde aquí.

—Sí, sí, cantaban muy bien. Pero yo, maldita sea no estoy bien. Vuelvo a sentir aquí esa punzada, y aquí también. Por todas partes. Es una desdicha, no sé qué hacer.

—Stydobski, el homeópata, te curará.

—Pero no es posible seguir sus consejos. Tu homeópata es un veterinario. En primer lugar, no sirve para nada y, en segundo lugar, se ha marchado. Marchado, marchado. Y no él solo. La víspera de la fiesta todo el mundo abandonó la ciudad como si tuviese que haber un terremoto.

—Pero ese médico húngaro prisionero te trataba muy bien.

—¡Otra estupidez! Te digo que no hay nadie, que se han largado todos. Kerenyi Lajos y los demás húngaros se han quedado al otro lado de la línea de demarcación. Le han obligado a servir. Está en el Ejército Rojo.

—Te preocupas por nada. Lo tuyo es una neurosis cardíaca. En estos casos la sugestión hace milagros. ¿Te acuerdas de aquella mujer de un soldado, que te hizo unos conjuros? Le bastó una señal de su mano para quitarte todo el mal. No me acuerdo cómo se llama esa mujer. Olvidé su nombre.

—Ya veo que me tienes por mema. Como me descuide me vas a cantar a mis propias barbas la copla de Sentetiúrija.

—¡Por amor de Dios! No digas esas cosas, mamá. Trata más bien de acordarte de cómo se llama esa mujer. Tengo su nombre en la punta de la lengua. No estaré tranquila hasta que lo recuerde.

—¡Pero si esa mujer tiene más nombres que refajos! No sé a qué nombre te refieres. La llaman Kubarija, o Miedviedija o Zlydarija. Y tiene, por lo menos, una docena de motes. Pero tampoco ella está aquí. Hizo lo suyo y ya puedes echarle un galgo. La metieron en la cárcel de Kiezhma, por no sé qué historias de abortos y polvos mágicos. Pero en lugar de criar musgo en la cárcel, se escapó y está en Extremo Oriente, quién sabe dónde. Ya te he dicho que todos se han marchado. Vlas Pajómovich, Terioshka, la tía Polia Corazón Rendido. En toda la ciudad las únicas mujeres honradas que quedan somos tú y yo, dos bodoques. ¿Crees que bromeo? No hay asistencia médica. Si nos pasa algo, será el fin. No hay a quien acudir. Decían que en Yuriatin había una eminencia de Moscú, un profesor, hijo de un comerciante siberiano que se mató. Mientras pensaba en mandarlo llamar, han acordonado de rojos la carretera y no te puedes permitir ni estornudar. Pero hablemos de otra cosa.

Ve a acostarte y yo intentaré dormir. El estudiante Blazhein te ha sorbido el seso. Es inútil que lo niegues. No puedes ocultármelo porque te has puesto colorada como un tomate. Pues bien, tu dichoso estudiante está trabajando sin parar en esta santa noche para revelar mis fotografías. Ellos no duermen ni dejan dormir a los demás. «Tomka» ladra para que toda la ciudad se entere. Y ese maldito cuervo graznando en el manzano. Ya veo que no podré pegar ojo en toda la noche. Pero ¿por qué diablos te ofendes, quisquillosa, que eso es lo que eres, una quisquillosa? Para eso están los estudiantes, para gustar a las chicas.

6

—¿Por qué ladra tanto ese perro? Habría que ver qué le pasa. No se pone a ladrar porque sí. Espera, Lídochka, ¡maldita sea!, cállate si puedes. Hay que aclararlo. De un momento a otro pueden dejarse caer por aquí los cosacos. No te muevas, Ustín. Tú tampoco Sivobliúi. Nos pasaremos sin vosotros.

Sordo a la petición de que esperase y se detuviera un momento, el representante del centro continuó cansadamente con su precipitada oratoria:

—Con su política de rapiña, de exacciones, violentas, fusilamientos y torturas, el poder burgués militar instaurado en Siberia debería abrir los ojos a todos los que están en un error. Este poder no es sólo enemigo de la clase obrera, sino, en el fondo, también de todos los campesinos trabajadores. Los campesinos trabajadores de Siberia y de los Urales deben comprender que sólo una alianza con el proletariado de la ciudad y con los soldados, una alianza con los kirguises y buniatos...

Por último comprendió que lo interrumpían y se detuvo, se enjugó con el pañuelo el sudoroso rostro y, bajando los hinchados párpados, cerró los ojos.

Los que estaban a su lado le hablaron a media voz:

—Descansa un momento. Bebe un poco de agua.

Al jefe de los partisanos, que comenzó a inquietarse, le dijeron:

—¿Por qué te pones así? Todo marcha. La señal está en la ventana. El puesto de guardia, para hablar con frase figurada, devora el espacio con los ojos. Creo que podemos dar de nuevo la palabra al orador. Adelante, camarada Lídochka.

La reunión clandestina tenía efecto en el almacén grande, en parte despejado de maderos. Un montón de tablones que llegaba hasta el techo separaba el local del despacho de entrada y servía de biombo a los reunidos, quienes, en caso de peligro, podían ponerse a salvo utilizando una salida subterránea, que desembocaba en los patios del callejón Konstantínovski, detrás de la tapia del monasterio.

El orador, con un negro birrete de percal que le tapaba la calvicie, el rostro opaco de una palidez verdosa y la barba negra hasta las orejas, sufría de transpiración nerviosa y sudaba a chorros. En la lengua de fuego de la lámpara de petróleo que había sobre la mesa encendió con avidez la apagada colilla y se inclinó con todo su

cuerpo sobre los papeles que tenía extendidos ante sí. Recorriéndolos nerviosa y apresuradamente con sus ojillos miopes, como si los olfateara, continuó con voz cansada y débil:

—Esta alianza de la gente pobre de la ciudad y del campo puede realizarse únicamente por medio del soviet. Quieran o no quieran, los campesinos de Siberia tenderán a estos mismos objetivos por los cuales hace tiempo que comenzaron la lucha los obreros siberianos. La tarea común consiste en abatir la autocracia de los almirantes y atamanes, a quienes el pueblo odia, e instaurar el poder de los soviets de los campesinos y soldados, mediante la insurrección armada de todo el pueblo. Por eso, en la lucha contra los oficiales y los cosacos, agentes de la burguesía armada hasta los dientes, los insurrectos deberán llevar a cabo una verdadera guerra en el frente, tenaz y prolongada.

De nuevo se detuvo, se enjugó el sudor y cerró los ojos. Contrariamente a lo establecido por el reglamento, alguien se levantó y con la mano hizo un signo indicando que quería hacer una observación.

El jefe de los partisanos, o más exactamente el comandante de la unidad de Kiezhma de los partisanos del otro lado de los Urales, sentábase precisamente delante del orador, en una postura descuidada y provocativa y lo interrumpía descortésmente y sin ningún respeto. Costaba creer que un hombre tan joven, casi un muchacho, pudiese mandar unidades enteras armadas, y que fuera obedecido y venerado. Había echado hacia atrás, sobre el respaldo de la silla, su capa del arma de caballería, que dejaba al descubierto su busto con una camisa militar sobre la que se advertían las huellas oscuras de los galones de teniente, cosidos a ella en otro tiempo.

A un lado y a otro tenía a dos de los fieles de su escolta, silenciosos ambos, que vestían blancas pellizas de piel de cordero ya grises por el uso, con las solapas de astracán. Sus bellos rostros de piedra eran inexpresivos, excepto en lo que representase una ciega entrega al jefe, la decisión de hacer por él cualquier cosa. Eran indiferentes a la discusión, a los problemas que se planteaban, a la marcha del debate. No hablaban ni sonreían.

Además, había en el almacén otras diez o quince personas, algunas de pie, otras sentadas en el suelo, con las piernas extendidas, otras con la cabeza apoyada en las rodillas y la espalda en la pared y en los tablones.

Para los asistentes de importancia había destinadas algunas sillas: las ocupaban tres o cuatro obreros viejos, que habían tomado parte en la primera revolución, entre los cuales, figuraba Tivierzin, tétrico y muy cambiado, y su viejo amigo Antípov, que era como un eco de él. Con la categoría de aquellos a cuyos pies la revolución colocaba sus dones y sus víctimas, sentábanse como severos y mudos ídolos a quienes la vanidad política había despojado de toda señal de humanidad.

También otras figuras del almacén eran dignas de atención. Sin un momento de

paz levantábase del suelo y volvía a sentarse, paseaba por la estancia y se detenía, el puntal del anarquismo ruso, Vdovichenko Bandera Negra, un gigantón de cabeza enorme, con una gran boca y una melena leonina, ex oficial de la última guerra ruso-turca o, en todo caso, de la guerra ruso-japonesa, un soñador eternamente absorto en sus fantasías.

A causa de su gran bondad y su gigantesca estatura, que le impedían percibir los fenómenos de diversa y menor dimensión, no consideraba con suficiente atención lo que sucedía a su alrededor y tergiversándolo todo tomaba las opiniones adversas como propias y se declaraba de acuerdo con todos.

Junto a él estaba sentado en el suelo su amigo el cazador y negociante en pieles Svirid. Aunque Svirid no había cultivado nunca la tierra, adivinábase en él al hombre de la gleba a través de su entreabierta camisa de tela oscura que apretujaba en el puño junto con la crucecita, y que luego estiraba a lo largo del pecho, rascándose el estómago. Era un medio buriato cordial y analfabeto, con el pelo dividido en pequeños mechones, los bigotes escasos y una barba todavía más escasa, de pocos pelos. Las características mongólicas daban un aspecto de vejez a su rostro que se plegaba constantemente en una sonrisa aprobadora.

El orador, que recorría Siberia con las instrucciones militares del comité central, dejaba volar su pensamiento por las vastas extensiones que todavía le quedaban por visitar. Con respecto a la mayoría de los que se hallaban presentes en la pequeña reunión, sentía una absoluta indiferencia. Pero revolucionario y amante del pueblo desde que era un niño, miraba con veneración al joven caudillo que se sentaba ante él. No sólo perdonaba al muchacho todas sus groserías, que le parecían la expresión sincera de un innato espíritu revolucionario, sino que acogía sus desenvueltos ataques como el entusiasmo de una mujer enamorada ante la ruda solicitud de su galán.

El jefe de los partisanos era Liveri, el hijo de Mikulitsyn. El orador del centro, el ex *trudovik*[71] cooperador, Kostoied-Amurski, que en otro tiempo estuvo afiliado a los socialrevolucionarios. Últimamente había revisado su posición y reconocido sus propios errores ideológicos, rectificando en varias declaraciones, y no sólo había sido aceptado por el partido comunista, sino que se le había dado aquella misión de tanta responsabilidad.

Aunque ni remotamente fuese un técnico militar, el trabajo se le había encomendado en señal de respeto a su antigüedad revolucionaria, por los sufrimientos padecidos en aquellas largas permanencias en las cárceles, y también porque se suponía que, como ex cooperador, tenía que conocer sobradamente el humor de las masas campesinas de la Siberia occidental sacudida por las revoluciones. Y una experiencia de este tipo era mucho más importante que los conocimientos militares.

El cambio de las convicciones políticas había hecho irreconocible a Kostoied. Cambió su aspecto, sus ademanes y maneras. Nadie recordaba que en otro tiempo

había sido calvo y barbudo. Pero, ¡quién sabe!, acaso se trataba de un disfraz. El partido le había prescrito una rigurosa clandestinidad. Su nombre de clandestinidad era Berendiéi o camarada Lídochka[72].

Cuando cesó el alboroto producido por las intempestivas palabras de Vdovichenko, que había declarado estar de acuerdo sobre determinados puntos de las instrucciones apenas leídos, Kostoied continuó:

—Con el propósito de ejercer el máximo control sobre el creciente movimiento de las masas campesinas es necesario instituir lo antes posible un enlace con todas las unidades partisanas que se encuentran en la zona del comité provincial.

Habló luego de establecer las consignas, los mensajes cifrados, los sistemas de comunicación e insistió sobre los pormenores.

—Comunicar a las unidades dónde se encuentran los depósitos de armas y de avituallamiento de las organizaciones e instituciones de los blancos, dónde se encuentran custodiados los mayores depósitos de dinero y de qué manera se vigilan. Deben elaborarse detalladamente las cuestiones de la organización interna de las unidades, de sus jefes, de la disciplina militar comunista, de la conspiración, de la relación de las unidades con el mundo externo, de las relaciones con la población local, de los tribunales militares revolucionarios del campo, de la táctica de sabotaje en territorio enemigo, como la destrucción de puentes, líneas férreas, barcos, barcazas, estaciones, talleres y material de que disponen, telégrafo, minas, víveres.

Liveri, que estaba devorado por la impaciencia, no pudo aguantar más. Aquellas palabras le parecían un delirio de aficionado, sin relación alguna con la realidad. Dijo:

—Gracias por tan magnífica lección. La tendré en cuenta. Evidentemente hay que aceptar todo esto sin hacer objeciones para no perder el apoyo del Ejército Rojo. —Naturalmente.

—Y a mí, encantadora Lídochka, ¿qué se me da de todas estas chiquilladas, cuando, el diablo te lleve, mis fuerzas, que son tres regimientos, comprendida artillería y caballería, hace tiempo que están batiendo magníficamente al enemigo?«¡Qué fascinación! ¡Qué fuerza!», pensó Kostoied.

Pero Tivierzin le interrumpió. No le gustaba el tono impetuoso de Liveri.

—Perdona, camarada informador. No sé, pero me parece que no he tomado buena nota de uno de los puntos de tu información. Voy a leerla porque quisiera estar seguro. Tú has dicho: «Hay que insistir sobre la necesidad de admitir en el comité a los veteranos que se encontraban en el frente durante la revolución y que formaron parte de los soviets de soldados. Es de desear que cada comité disponga de uno o dos suboficiales y de un técnico militar.» ¿Está bien lo que he anotado, camarada, Kostoied?

—Sí, es eso, palabra por palabra.

—En tan caso, permíteme que haga una observación. Me preocupa este punto sobre los técnicos. Nosotros los obreros participantes en la revolución del año cinco, no estamos acostumbrados a fiarnos de los militares. Con ellos se infiltra siempre la contrarrevolución.

En torno suyo se dejaron oír algunas voces:

—¡Basta! ¡La resolución! ¡La resolución! Ya es hora de que se levante la reunión. Es muy tarde.

—Estoy de acuerdo con la mayoría —intervino Vdovichenko con su tonante voz de bajo—. Empleando un lenguaje poético se podría decir que las instituciones civiles deben desarrollarse desde abajo, apoyándose en bases democráticas, como esquejes que se plantan y echan raíces. Es imposible hincarlos desde arriba, como los palos de una empalizada. Este ha sido el error de la dictadura jacobina, la razón por la cual la Convención fue aplastada por los termidorianos.

—Está más claro que el agua —dijo Svirid, apoyando a su camarada de vagabundeo—, lo comprendería un niño. Debimos pensar antes en ello, ahora ya es tarde. Ahora no tenemos más misión que combatir y arremeter contra el enemigo. Hay que apechugar con lo que salga. Hemos armado un follón de todos los diablos para luego recular. Si te sentaste en un avispero, ráscate el culo y calla.

—¡La resolución, la resolución! —gritaban por todas partes.

La discusión se prolongó todavía un poco más, cada vez más deshilvanada: unos decían una cosa, otros otra. Al alba se disolvió la reunión y todos se dispersaron cautelosamente, saliendo de uno en uno.

7

Era un punto pintoresco de la gran carretera. Dos lugares sobre la abrupta orilla, y separados por el rápido torrente de Pazhinka, casi se tocaban: la aldea de Kutieiny Posad ocupaba la cumbre de la escarpadura, y abajo Maly Yermolái, que se destacaba con sus notas de color. En Kutieiny se preparaba una despedida a los reclutas que partían; en Maly Yermolái, bajo la presidencia del coronel Streese había vuelto a funcionar, después de la interrupción pascual, la comisión de enrolamiento del distrito de Maly Yermolái y de los distritos vecinos. Por ese motivo los cosacos y la milicia a caballo se hallaban en el pueblo.

Era un día de primavera precoz, el tercero después de Pascua, una jornada apacible y tibia. En Kutieiny las mesas del banquete destinado a los reclutas estaban alineadas al aire libre, al borde de la gran carretera, para no obstaculizar el tránsito. No formaban una línea recta, sino que se alargaban como un intestino inacabable e irregular bajo los blancos manteles que llegaban hasta el suelo.

A los reclutas se les agasajaba pagando a escote. La base del festín eran los restos de la comida pascual, dos jamones ahumados, algunos *kulichí*, dos o tres *pasji*[73].

Diseminados por encima de la mesa había platos llenos de setas saladas, de pepinillos y col fermentada, fuentes de pan casero cortado en grandes rebanadas, anchos recipientes llenos de huevos pintados de colores, entre los que predominaban el color rosa y el turquí. Toda la hierba nueva alrededor de las mesas estaba sembrada de cáscaras de huevo, azules y rosas y blancas por dentro. También las camisas de los mozos, que asomaban bajo las chaquetas, eran de color rosa y azul, y rosa y azules eran los vestidos de las muchachas. Azul era el cielo, rosas las nubes que flotaban lentas y regulares, tanto que el cielo parecía navegar con ellas.

De color de rosa era la camisa de Vlas Pajómovich Galuzin ceñida por un cinturón de seda. Taconeando y lanzando las piernas a derecha e izquierda, descendió corriendo la alta escalerilla de la casa de los Pafnutkin, construida sobre una altura que dominaba las mesas y, cuando hubo llegado ante ellas, comenzó a decir:

—En lugar de champaña, vacío este vaso de *samogón* popular en honor vuestro, muchachos. Que podáis vivir muchos años, jóvenes que partís. Señores reclutas, yo me propongo desearos buena suerte muchas veces más, en muchos otros momentos y ocasiones. Un minuto de atención. La misión que se extiende ante vosotros como un largo camino es la de defender con vuestros pechos a la patria, defenderla de los usurpadores que han inundado nuestros campos con la sangre de una lucha fratricida. El pueblo anhelaba discutir pacíficamente las conquistas de la revolución, pero el partido de los bolcheviques, al servicio del capital extranjero, ha destrozado con la fuerza brutal de sus bayonetas su más viejo sueño, la Asamblea Constituyente, y ahora corre a ríos la sangre. Jóvenes que partís, revivid el honor marchito del ejército ruso, porque estamos en deuda ante nuestros fieles aliados. Nos hemos cubierto de infamia, y hemos de ver que, por causa de los rojos, Alemania y Austria se han atrevido a levantar insolentes la cabeza. ¡Dios nos acompañe, muchachos! —dijo todavía Galuzin, pero los vítores y las proposiciones de llevarlo en triunfo sofocaron sus palabras.

Se llevó el vaso a los labios y comenzó a beber a sorbitos el líquido turbio y ordinario. La bebida no le causó placer alguno. Estaba acostumbrado a más refinadas bebidas. Pero la conciencia de un sacrificio hecho por la sociedad lo llenó de satisfacción.—¡Qué águila es tu padre! ¡Habla que da gusto oírlo! Es una especie de Miliukov de la duma. ¡Caray qué hombre! —con un lenguaje casi de borracho, en medio de la creciente algarabía que se levantaba por todas partes, Goshka Riábij empezó a elogiar al padre de su amigo y vecino de mesa, Terienti Galuzin—. Eso digo, un águila. Ya se ve que lucha por algo. Con el pico de oro que tiene ya te buscará un enchufe.

—¡Qué dices, Goshka! ¿No te da vergüenza? ¿Por qué diantre hablas de enchufe? Me mandaron la orden de movilización el mismo día que te la enviaron a ti. Si a esto le llamas enchufe... Estaremos juntos en la misma unidad. Los puercos me han

echado de la escuela real. Mi madre se puso como un demonio. Por lo menos, me dijo, no te metas voluntario. Me mandarán a infantería. En cuanto a mi padre, la verdad, metido a hacer discursos solemnes, es un verdadero maestro. ¿Qué cómo se las compone? Es un don de la naturaleza. No tiene ninguna preparación teórica.

—¿Oíste hablar de Sanka Pafnutkin?

—Sí. ¿Crees que es verdad que ha pillado esa infección?

—Tiene para toda la vida. Se va a quedar seco como una pasa. Allá él. Ya le dijimos que no fuera. Lo importante es saber con quién te lías.

—¿Qué le ocurrirá ahora?

—Una tragedia. Quiso suicidarse. Hoy lo examinarán en el consejo de revisión de Yermolái y sin duda lo darán por útil. Dice que quiere irse con los partisanos, para vengarse de las llagas de la sociedad.

—Oye, Goshka, hablas de enfermedad. Pero si uno no va, enferma de otra cosa.

—Ya sé a qué te refieres. Se ve que lo haces. Pero esa no es una enfermedad, es un vicio secreto.

—Si hablas así, te sacudo una guantada. No insultes a un viejo camarada, cerdo tiñoso.

—No te sulfures, ha sido una broma. Quería decirte algo. ¡Ah, sí! Me he divertido mucho en Pazhinsk. Había allí un tipo que estaba de paso que dio una conferencia titulada «La liberación de la personalidad». Fue interesantísima. Me gustó. Yo, maldita sea, me voy a alistar entre los anarquistas. La fuerza, decía ese hombre, está dentro de nosotros. El sexo, decía, y el carácter son, decía, el despertar de la electricidad animal. ¿Cómo? Era una especie de niño prodigio. Bueno, yo ya he mamado lo mío, y aquí gritan tanto que no se entiende nada. Es para volverse sordo, y yo ya no puedo más. Te digo que te calles, Terioshka. Te estoy diciendo, hijo de perra, mocoso de mierda, que cierres el pico.

—Escucha, Goshka. Yo no sé nada todavía de socialismo. Ni una palabra. Por ejemplo: saboteador. ¿Qué pijotera palabra es ésta? ¿Qué quiere decir?

—Sé lo que significan todas estas palabras, pero ya te he dicho que me dejes en paz. Estoy borracho, Terioshka. El saboteador es un tipo que pertenece al mismo bando[74].

—Ya me suponía yo que era una palabra ofensiva. Pero, por lo que se refiere a la electricidad, tiene toda la razón. Yo tenía la idea de encargarme en Petersburgo un cinturón eléctrico que vi en un anuncio. Para aumentar mi potencia, ¿sabes? Contra reembolso. Pero se ha armado todo este cisco y el cinturón se ha ido al diablo.

Terienti no acabó de hablar. El vocerío de los borrachos fue sofocado por el fragor de una explosión vecina. El alboroto cesó instantáneamente, pero inmediatamente se reanudó con mayor intensidad. Casi todos se levantaron de un salto, pero muy pocos consiguieron permanecer de pie, los demás intentaron dar algún paso, tambaleándose,

pero rodaron bajo las mesas y momentos después roncaban ruidosamente. Las mujeres empezaron a gritar. Se produjo una batahola espantosa.

Vlas Pajómovich miró en torno suyo, buscando al culpable. Estaba convencido de que la explosión se había producido en Kutieiny, allí, a dos pasos, como quien dice junto a las mesas. Alargó el cuello y con el rostro purpúreo comenzó a aullar a grito pelado:

—¿Quién es el Judas que se ha colado entre nosotros y nos ha hecho esta faena? ¿Quién es el hijo de zorra que se está divirtiendo con bombas de mano? El que sea, que dé un paso al frente, y a esa inmunda bestia le voy a patear las tripas. ¡Ciudadanos, aquí no podemos tolerar este tipo de bromas! Exijo que se haga una redada. ¡Que se rodee todo el pueblo! ¡Hay que detener al provocador! ¡No dejaremos escapar a ese canalla!

Al principio le escucharon, pero luego les distrajo una columna de humo negro que se levantaba lentamente hacia el cielo por encima de la oficina de la administración del distrito de Maly Yermolái. Todos corrieron hacia la torrentera para ver qué pasaba.

De la oficina en llamas salían corriendo algunos reclutas medio vestidos, uno de los cuales trataba de abrocharse los pantalones, y tras ellos el coronel Streese con otros oficiales encargados de la revisión. Cosacos y agentes milicianos recorrían el pueblo en todos sentidos, blandiendo los sables, echando hacia adelante cuerpos y brazos sobre sus caballos al galope, como serpientes que se desenrollan. Buscaban a alguien, perseguían a alguien. Por el camino de Kutieiny huía mucha gente. En el campanario de Yermolái las campanas tocaban a rebato, dando la alarma y llamando para la persecución de los fugitivos.

Los acontecimientos se sucedieron con espantosa rapidez. Al anochecer, continuando su búsqueda, Streese y sus cosacos llegaron también a Kutieiny, y luego de haber rodeado de centinelas el pueblo, comenzaron a registrar cada casa, cada edificio.

Pero a aquella hora la mayor parte de los festejantes estaban completamente borrachos y dormían como troncos, con las cabezas apoyadas sobre las mesas, o bien tumbados debajo de éstas. Cuando se supo que la policía militar había llegado a la población era ya de noche.

Para escapar de la policía algunos muchachos emprendieron la huida por los callejones y empujándose unos a otros se metieron en el primer almacén que encontraron. En la oscuridad no podían adivinar dónde se hallaban, pero, a juzgar por el olor a pescado y petróleo, dedujeron que se habían metido en el almacén de la cooperativa de consumo.

Los que se escondieron no tenían nada sobre su conciencia y cometieron un error. La mayor parte lo había hecho por azar, porque estaban borrachos, estúpidamente.

Algunos de ellos tenían ciertas relaciones comprometedoras y creían que eso podía perderlos, puesto que todo, en aquel momento, adquiría un matiz político. El vandalismo y la granujería eran considerados en la zona soviética como una señal de que quienes lo cometían pertenecían a las Centurias Negras[75], y, en la zona de los blancos, pasaban por bolcheviques.

Los mozos habían sido precedidos por otros en aquel escondite. El espacio comprendido entre el suelo y el entablado del almacén estaba lleno ya de gente, y entre ésta figuraban algunos fugitivos de Kutieiny y Yermolái. Los primeros o estaban completamente borrachos, o roncaban lanzando gemidos y resoplidos, castañeteando los dientes o lanzando gritos sordos, o se sentían mal y vomitaban. Había una oscuridad impenetrable y un hedor horrible por la falta de aire. Los últimos que llegaron para mayor seguridad, habían tapado con piedras y tierra la abertura por la cual entraron.

A poco, los borrachos dejaron de roncar y de gemir y se produjo un profundo silencio. Todos dormían tranquilamente. Sólo en un rincón hablaban en voz baja los más inquietos: Terienti Galuzin, con un miedo mortal, y Koska Niejvaliónyj, el boxeador campesino de Yermolái.

—Habla más bajo, imbécil, ¿o es que quieres perdernos a todos, piojoso de mierda? ¿No oyes a los tipos de Streese? Han dado la vuelta ahí al lado, van en fila y dentro de poco los tendremos aquí. Cállate, no resuelles o te parto la boca... Has tenido suerte. Se han ido. Justamente han pasado por aquí. Pero ¿por qué has venido aquí? ¿Qué motivo tienes tú para esconderte? ¡A ti nadie te hubiese hecho nada!

—Oí que Goshka hablaba de esconderse y vine aquí.

—Goshka es distinto. Toda la familia de los Riábij son sospechosos y no les quitan la vista de encima. Tienen parientes en Jodátskoie. Son artesanos y descienden de obreros. Pero no te muevas, idiota, estate quieto. Aquí mismo alguien ha hecho sus necesidades y ha vomitado. Si te mueves te meterás hasta el cuello en un montón de mierda y me meterás también a mí. ¿Acaso no la hueles? ¿Qué diantre estará haciendo Streese por el pueblo? Se ve que busca a los de Pazhinsk. —Pero ¿cómo ha sucedido esto? ¿Cómo ha empezado?—La culpa ha sido de Sanka, de Sanka Pafnútkina. Estábamos todos en fila para el examen médico. Le tocó el turno a Sanka. No se desnudó. Había bebido, y compareció con una buena tajada. El secretario le hizo una observación. «Desnúdese», le dijo amablemente. El secretario militar le hablaba de usted. Y el cochino va y le dice: «No me desnudo. No me da la gana de enseñar a nadie mis partes», como si le diera vergüenza. Como el que no quiere la cosa, se acercó al secretario y le sacudió un puñetazo en la mandíbula. Bueno, para qué te voy a contar. En un abrir y cerrar de ojos, agarró la mesa por una pata y la volcó con todo lo que había encima de ella, tinteros y registros militares. Entonces Streese se asomó por la puerta y comenzó a gritar: «No tolero este escándalo. Ya os

enseñaré yo lo que es una revolución sin derramamiento de sangre y el ultraje a la ley en una oficina de reclutamiento. ¿Dónde está el culpable?»

»Sanka se lanzó por la ventana. «¡Sálvese quien pueda! (gritó) ¡Coged las ropas! ¡Aquí terminan con nosotros, compañeros!» Agarré mis ropas, me vestí como pude y eché a correr detrás de Sanka. El rompió el cristal de un puñetazo y saltó a la calle. Perdíamos el culo corriendo. Yo iba detrás con algunos más, sin resuello. Ellos trataban de pescarnos. Pero no me preguntes cómo ha sucedido esto. Nadie entiende nada.

—¿Y la bomba?

—¿Qué bomba?

—¿Quién tiró la bomba? La bomba no, la granada.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con la bomba?

—Entonces ¿quién?

—¡Y a mí qué me cuentas! Alguien habrá sido. Uno que al ver el cisco que se armaba, habrá pensado: «Mira, aprovecharé esto para hacer saltar la oficina. A nadie se le ocurrirá pensar que he sido yo». Sin duda la tiró algún elemento político. Esto, ¿sabes?, está lleno de políticos de Pazhinsk. ¡Calla! ¿No oyes voces? Vuelven los tipos de Streese. Estamos perdidos. Te digo que te calles.

Las voces se acercaban. Crujían las botas y tintineaban las espuelas.

—¡No me replique! A mí no me dan el pego. No soy de esos. He oído hablar en alguna parte —decía el coronel con voz autoritaria y un claro acento petersburgués.

—Tal vez se engañe su excelencia —trataba de convencerlo el *stárosta*[76] de Maly Yermolái, el viejo Otviazhitsin, comerciante de pescado—. Además, no tiene nada de extraño que hayamos oído hablar. Estamos en una población. Esto no es un cementerio. Es muy posible que estén hablando en cualquier parte. Las casas no están habitadas por mudos. También es posible que se trate de un *domovói*[77] que esté apretándole el gañote a algún dormido.

—¡Vamos, hombre! Ya le quitaré yo las ganas de decir necedades y de hacerse el jeremías. Un *domovói*, ¿eh? Me parece que usted se está pasando de listo. Veremos si tiene ganas de broma cuando esté aquí la Internacional. ¡Menudo *domovói*!

—Excelencia, señor coronel... ¿Qué Internacional? Aquí nadie sabe nada de esas cosas, todos son unos ignorantes. Se pasan el día leyendo viejos misales y no entienden ni gorda. No les vaya usted con revoluciones.

—Siga usted hablando así hasta que le pillen en un renuncio. ¡Que se registre desde el tejado al sótano el local de la cooperativa! ¡Que no se deje hueco sin mirar, ni mostradores, ni edificios contiguos!

—A sus órdenes, excelencia.

—Que me traigan vivos o muertos a Pafnutkin, Riábyj y Niejvaliónyj. Aunque haya que ir a buscarlos al fondo del mar. Y al chico de Galuzin. No importa nada que

su padre haga discursos patrióticos y que sea un buen orador. Al contrario. A mí no me la pega. Si un negociante se pone a hacer el orador, es que detrás hay algo. Es sospechoso. No es lógico. Según las informaciones que tengo se celebran reuniones clandestinas en su casa de Krestovozdvízhensk. Prended al chico. Todavía no he decidido lo que haré con él, pero si descubrimos algo, me lo cargaré sin piedad para dar una lección a los demás.

Los hombres de Streese prosiguieron su camino. Cuando estuvieron lo bastante lejos, Koska Nekhvalenyj preguntó a Terioshka Galuzin, que estaba muerto de miedo:

—¿Oíste?

—Sí —respondió el otro con un hilo de voz.

—Ahora Sanka, Goshka, tú y yo no tenemos más escape que el bosque. No digo que para siempre. Hasta que entren en razón. Cuando se hayan tranquilizado, ya veremos. Quizá volvamos.

XI
EL EJÉRCITO DE LOS BOSQUES

1

Hacía más de un año que Yuri Andriéevich era prisionero de los partisanos. Los límites de su prisión eran muy imprecisos, sin rejas ni recinto, sin vigilancia ni control. El ejército partisano estaba siempre en movimiento y él se trasladaba con ellos. Los soldados no eran distintos, ni se diferenciaban de la gente de las aldeas o de las regiones que atravesaban: mezclábanse más bien con el pueblo y se confundían con él.

Incluso parecía como si no existiera esta subordinación y prisión, como si el doctor se encontrase en libertad y no supiera cómo hacer uso de ella. Su subordinación, su prisión, no diferían de cualquier otro género de obligaciones impuestas por la vida, tan visibles e imperceptibles, como para parecer también, en cierto modo, inexistentes, quiméricas o ficticias. Sin embargo, a pesar de la ausencia de grillos, cadenas y guardias, se veía obligado a someterse a su propia falta de libertad, que sólo parecía aparente.

Tres veces había intentado huir, pero fracasó. Salió con bien de estas intentonas, pero era tanto como jugar con fuego. No insistió más.

El jefe de los partisanos, Liveri Mikulitsyn, lo apreciaba, gustaba de su compañía y le hacía dormir en su propia tienda. Yuri Andriéevich consideraba un peso esta intimidad impuesta.

2

Era la época en que los partisanos se retiraban casi constantemente hacia el este. A veces esta retirada parecía como un aspecto de la ofensiva general lanzada contra los ejércitos de Kolchak para desalojarlo de la Siberia occidental, y otras veces, en cambio, cuando los blancos penetraban en la retaguardia de los partisanos e intentaban rodearlos, su movimiento siempre en la misma dirección se convertía en retirada. Durante mucho tiempo el doctor no consiguió comprender nada de aquella táctica.

Las poblaciones que se hallaban a lo largo de la gran carretera eran blancas o rojas según la alternativa de los acontecimientos militares. Sólo algunas veces la retirada se efectuaba a lo largo de la carretera. Por lo general se llevaba a cabo en una línea paralela a ella y era difícil determinar por su aspecto exterior qué color dominaba en las poblaciones.

Cuando el ejército campesino las atravesaba, eso constituía el acontecimiento principal de aquellos pueblos y aldeas. A ambos lados de la carretera, las casas

parecían haber sido absorbidas por la tierra, y los jinetes manchados de barro, los caballos, los cañones y los impresionantes y numerosos tiradores con sus capotes arrollados a la espalda, se destacaban más altos que las casas.

Una vez, en uno de aquellos pueblos, el doctor tomó posesión de una reserva de medicamentos ingleses, abandonados por una formación de oficiales de Káppel y capturados por los partisanos como botín de guerra.

Era una oscura noche de lluvia, a dos tintas: todo lo que estaba iluminado parecía blanco, y lo que carecía de luz completamente negro. Sobre el alma pesaba la misma tiniebla simple, sin tránsitos ni medias tintas que la atenuasen.

La carretera, en malísimo estado por el continuo paso de tropas, semejaba un torrente de barro negro, no siempre transitable, o sólo en algunos puntos muy distantes entre sí, a los que había que llegar dando un largo rodeo. En uno de éstos el doctor encontró en Pazhinsk a una antigua compañera de viaje, Pelaguieia Tiagunova.

Ella le reconoció primero. Yuri Andriéevich tardó en identificar aquel rostro conocido que al otro lado de la carretera, como en la orilla opuesta de un canal, le había lanzado miradas significativas y que unas veces parecía decidida a saludarlo si era reconocida, y otras no.

Pero recordó poco después: las imágenes del vagón de mercancías lleno hasta los topes, entre la multitud movilizada para trabajar, sus guardianes, las viajeras con las trenzas sobre el pecho y, entre todos estos personajes, los rostros de los suyos. Los detalles del gran éxodo familiar de dos años antes surgieron ante él con una extraordinaria claridad. Aquellos rostros queridos, de los que ya sentía una angustiosa nostalgia, se mostraron vivamente a él.

Con un movimiento de cabeza dio a entender a Tiagunova que tenía que avanzar un poco por la carretera para poder atravesarla sobre una alineación de piedras que sobresalían del barro. También él llegó a este lugar y pasó a la parte opuesta. Se saludaron. Tiagunova le habló de su vida en el pueblo de Vierietiénniki, en casa de la madre de Vasia, aquel muchachito que fue enrolado ilegalmente en el servicio de trabajo obligatorio, aquel noble Vasia que viajaba en su mismo vagón. Estaba muy bien con ellos. Pero el pueblo la miraba con malos ojos porque la consideraban una recién llegada, una extraña a la comunidad. Le reprochaban una equívoca intimidad con Vasia. Por esto se había visto obligada a marcharse, para evitar ser víctima de cualquier venganza, y se estableció en la ciudad de Krestovozdvizhensk, con su hermana, Olga Galúzina. Había oído rumores de que Pritúliev estaba en Pazhinsk. Pero estas informaciones resultaron sin fundamento. Sin embargo, se estableció allí definitivamente y encontró trabajo.

Mientras tanto, la desgracia se había cebado en personas queridas. De Vierietiénniki le llegó la noticia de que el pueblo había sido objeto de una represalia militar por haber desobedecido la ley de requisa de víveres impuesta. Decíase que la

casa de los Brykin fue pasto de un incendio y que alguien de la familia de Vasia había muerto. En Krestovozdvízhensk a los Galuzin les confiscaron la casa y los bienes, su cuñado había muerto en la cárcel o sido fusilado y el sobrino desapareció sin dejar rastro. Al principio, su hermana Olga pasó incluso hambre, pero ahora estaba ayudando a unos parientes en el pueblo de Zvonárskaia, quienes, en compensación, la mantenían.

Casualmente Tiagunova trabajaba como criada en la farmacia de Pazhinsk, a la que el doctor había confiscado todos los medicamentos. La requisa significaba la miseria para todos ellos, incluida Tiagunova, que vivían de lo que se ganaba en la farmacia, pero él carecía de autoridad para devolver lo confiscado. Tiagunova estuvo presente en la operación de entrega de medicinas.

El carro de Yuri Andriéevich entró en el patrio posterior de la farmacia, a la entrada del almacén, de donde sacaron gran cantidad de productos, frascos y cajas.

Al lado de la gente, desde la cuadra, el flaco y tiñoso jamelgo del farmacéutico contemplaba con ojos tristes la carga de la mercancía. La jornada lluviosa tocaba a su fin y el cielo se había aclarado un poco. De vez en cuando se mostraba el sol ceñido por las nubes y ya camino del ocaso. Sus rayos inundaban el patio con una luz dorada, deteniéndose placenteramente en las charcas de estiércol, tan espesas que ni el viento movía su superficie. En cambio, en la carretera se rizaba el agua y tenía reflejos de bermellón en las orillas.

Las tropas partisanas continuaron su camino por los bordes de la carretera, rodeando las grandes charcas y los hoyos más profundos. Entre los medicamentos requisados se encontró una caja entera de cocaína, droga que en los últimos tiempos había comenzado a tomar el jefe de los partisanos.

3

El doctor estaba agobiado de trabajo: en invierno tifus, en verano disentería y, por si fuera poco, en los días de combate, una extraordinaria afluencia de heridos procedentes de los lugares de operaciones.

A pesar de sus fracasos y continuos repliegues, las filas partisanas eran incrementadas constantemente con nuevos insurrectos que se sumaban a ellas en las zonas atravesadas por el ejército campesino, y por desertores del campo enemigo. En el año y medio que el doctor había transcurrido con los partisanos, su número se hizo diez veces mayor. Cuando en la reunión del estado mayor clandestino en Krestovozdvízhensk, Liveri Mikulitsyn anunció el gran aumento de sus fuerzas, multiplicó por diez sus efectivos verdaderos. Ahora había alcanzado por fin esa cifra.

Yuri Andriéevich tenía algunos ayudantes, sanitarios recién terminados sus estudios, pero con una buena experiencia. Sus mejores ayudantes en cuanto a la terapéutica eran un comunista húngaro, el médico militar Kerenyi Lajos, ex

prisionero de guerra, a quien en el campo llamaban camarada Laiuschi, y Angueliar, un enfermero croata, prisionero también. Con el primero Yuri Andriéevich hablaba alemán. El segundo, nacido en los balcanes eslavos, bien que mal, comprendía el ruso.

4

De acuerdo con el convenio internacional de la Cruz Roja, los médicos militares y el personal de los servicios sanitarios están eximidos de tomar las armas en las acciones de guerra. Pero una vez, el doctor, contra su voluntad, se vio obligado a violar la regla. En pleno campo se vio sorprendido por una escaramuza y tuvo que compartir la suerte de los combatientes y disparar también él.

Los partisanos con quienes fue sorprendido se encontraban en un claro del bosque. A sus espaldas estaba la taiga, y ante ellos una meseta abierta, un espacio desnudo e indefenso por el cual avanzaban los blancos. Echó cuerpo a tierra al lado del telefonista.

Los blancos se acercaban, estaban ya a muy corta distancia. Los veía perfectamente y distinguía sus rostros. Eran muchachos y jóvenes de la burguesía de las ciudades y hombres de más edad pertenecientes a la reserva. Pero la mayoría de las fuerzas estaba formada por los primeros, jóvenes, estudiantes del primer año de la universidad y de la octava clase de los liceos, que recientemente se enrolaron como voluntarios.

El doctor no conocía a ninguno, pero muchos rostros le parecían conocidos, familiares, vistos en otra ocasión. Algunos le recordaban antiguos compañeros de clase: hubiesen podido ser sus hermanos menores. Le parecía que a otros los había encontrado años antes entre el público de un teatro o por la calle. Sus rostros expresivos y cordiales tenían un aire común, de familia.

El deber, tal como ellos concebían que debían cumplirlo, los animaba de un arrojo entusiasta, inútilmente provocador. Avanzaban en filas dispersas, bien erguidos, superando en su comportamiento a los militares de carrera, e, ignorantes del peligro, se negaban a detenerse para echar cuerpo a tierra, a pesar de que los accidentes del terreno, los montículos y colinas les dieran la posibilidad de protegerse. Las balas de los partisanos los derribaban en masa.

En medio del vasto campo desnudo, por el que los blancos avanzaban, había un árbol abrasado, muerto. Había sido alcanzado por un rayo o las llamas de una hoguera, destrozado y quemado en anteriores combates. Cada uno de los muchachos que avanzaba le echaba una ojeada poseído por la tentación de ampararse detrás de su tronco, para apuntar de forma segura e infalible, pero vencía la tentación y pasaba de largo.

Los partisanos tenían una limitada provisión de municiones. Debían ahorrada. Por

común acuerdo se había dado la orden `de disparar de cerca y sólo contra blancos bien visibles.

El doctor yacía desarmado sobre la hierba y observaba el desarrollo del combate. Toda su simpatía estaba del lado de aquellos muchachos que morían heroicamente, y con todo su corazón deseaba que vencieran. Eran retoños de familias próximas a él por espíritu, educación, mundo moral y conceptos.

Le asaltaba la idea de correr hacia ellos a través del claro, rendirse y recobrar así su libertad. Pero era un paso arriesgado y erizado de peligros.

Antes de llegar al centro del claro y levantar las manos podía ser derribado por ambas partes, con un tiro en el pecho o en la espalda. Por los suyos a traición; por los demás porque no pudieran haber comprendido sus intenciones. Más de una vez se encontró en circunstancias análogas y sopesó todas las posibilidades, pero consideraba ya inaceptable tal proyecto de fuga. Resignado a semejantes sentimientos contradictorios, continuó cuerpo a tierra, mirando hacia el claro, sin armas, sobre la hierba, el desarrollo de la batalla.

Sin embargo, era imposible, superior a las fuerzas humanas, permanecer pasivo en medio de la lucha que se desarrollaba a su alrededor, limitándose a contemplarla. No se trataba de fidelidad al bando al que lo había encadenado la cautividad, ni de su propia defensa, sino de adaptarse al orden de las cosas, de aceptar la situación en todo lo que sucedía ante él y a su alrededor. Era contrario a toda ley permanecer inactivo. Había que hacer lo que hacían los demás. Tenía lugar una batalla. Disparaban contra él y contra sus compañeros. Había que responder y disparar.

Y cuando el telefonista que estaba a su lado se contrajo en una convulsión, y se inmovilizó inerte sobre el suelo, Yuri Andriéevich se arrastró hacia él, le quitó el macuto y el fusil, volvió a su puesto y comenzó a disparar.

La piedad no le permitía apuntar a los jóvenes a quienes admiraba y por quienes sentía compasión. Por otra parte, hubiese sido una tarea estúpida e inútil, contraria a sus intenciones, disparar al aire. Eligiendo un momento en que entre él y su blanco no había ningún atacante, comenzó a disparar sobre el árbol quemado. Y, al hacerlo, empleaba un sistema preciso.

Apuntando y aumentando imperceptiblemente y nunca de un modo definitivo la presión sobre el gatillo, a medida que precisaba la puntería como si disparase sin querer, dejaba que el disparo se produjera solo, de una forma inesperada. Así comenzó a hacer caer, con su habitual precisión, las ramas secas que rodeaban el tronco del árbol.

Pero, aunque procurase no herir a nadie, uno u otro de los atacantes, precisamente en el momento decisivo, se interponía entre él y el árbol, atravesando la línea de mira justamente en el instante en que partía el tiro. Acertó e hirió a dos, y un tercero se abatió sin vida no lejos del árbol.

Por último, el mando de los blancos, convencido de la inutilidad del ataque, dio la orden de retirada.

Los partisanos eran pocos. Parte del grueso de las fuerzas estaba en marcha y otra parte se había desviado para dar batalla a tropas más numerosas. Por eso no persiguieron a los blancos en su retirada, para no revelar su escaso número de combatientes.

Angueliar el enfermero avanzó por el claro junto con dos camilleros. El doctor les ordenó que se ocuparan de los heridos y se dirigió al telefonista, que continuaba inmóvil. Esperaba confusamente que respirase aún y poder hacer algo por él. Pero estaba muerto. Para mayor seguridad le desabotonó la chaqueta y examinó su corazón: no latía.

Con un cordoncito llevaba prendido del cuello, como un amuleto, un trozo de tela en el que había cosido un pequeño papel muy gastado en los pliegues. Los desdobló y se le fueron quedando en la mano los pedazos. En ellos había copiados algunos versículos del salmo XC, con esas modificaciones y correcciones llevadas a cabo por el pueblo en las oraciones que, al pasar de boca en boca, se alejan paulatinamente de la literalidad del original. Los fragmentos del texto en eslavo eclesiástico estaban transcritos con la ortografía rusa. En el salmo se dice: «El que habita al abrigo del Altísimo». En la nómina el título de la invocación era: «El abrigo de los vivientes.» El verso del salmo: «No tendrás temor... de saeta que vuele de día», se había transformado en palabras de ánimo: «No temas la saeta volante de la guerra.» La frase del salmo: «Por cuanto ha conocido mi nombre», era ésta en el relicario: «Tarde ha conocido mi nombre.» Y: «Con él estaré yo en la angustia; lo libraré...», en «Pronto será librado.»

El texto de este salmo era considerado milagroso, como un detente. Ya los combatientes de la guerra imperialista lo llevaban encima como un talismán. Mucho más tarde, bastantes años después, los detenidos lo cosían en sus ropas y los presos lo repetían en voz baja, cuando los llevaban a los interrogatorios nocturnos.

Yuri Andriéevich acercóse a través del claro al blanco a quien había matado de un tiro. El hermoso rostro del joven estaba marcado por la pureza y un sufrimiento sin resentimiento alguno.

«¿Por qué lo he matado?, pensó Zhivago.

Le soltó el capote. En el forro una mano amorosa, probablemente la de su madre, había bordado este nombre: «Seriozha Rantsiévich.»

Por el cuello de su camisa asomaba una cadenita a la que estaba atada una cruz, un medallón y una especie de estuchito plano, de oro, cuya tapa parecía haber sido violentada con un hierro. Estaba semiabierta. Había dentro un trozo de papel doblado. El doctor lo desplegó y no pudo creer lo que veía: era el mismo salmo XC, pero impreso en eslavo; según el texto original.

En aquel momento Seriozha emitió un gemido y se movió. Estaba vivo. Como luego supo, perdió el conocimiento a consecuencia de una ligera conmoción interna. La bala había dado en la tapa del amuleto materno, que le salvó la vida. Pero ¿qué hacer con aquel hombre sin sentido?

La ferocidad de los combatientes no tenía límites. Los prisioneros no llegaban nunca vivos a su lugar de destino, sino que se les mataba en el campo de batalla.

A causa de la composición flotante del ejército de los bosques, al que llegaban constantemente nuevos elementos, mientras otros huían para pasarse al enemigo, Rantsiévich podría pasar por alguien que se había incorporado en el último instante, con tal de que el secreto se mantuviera rigurosamente.

Yuri Andriéevich despojó de su uniforme al telefonista muerto y, con la ayuda de Angueliar, a quien puso al corriente de lo que se proponía, vistió al joven sin conocimiento.

Los dos cuidaron de reanimar al muchacho, y cuando éste se repuso lo dejaron en libertad, aunque no ocultó a sus salvadores que volvería a las filas de Kolchak y continuaría combatiendo contra los rojos.

5

En otoño el campamento de los partisanos se encontraba en Lisi Otok, un bosquecillo situado en lo alto de un monte bajo el cual discurría un rápido río espumeante, que lo rodeaba por tres lados corroyendo sus faldas.

Antes que los partisanos, en aquel mismo lugar invernaron las tropas de Káppel[78], que lo fortificaron con la ayuda de los habitantes de los alrededores y lo abandonaron en primavera. Ahora, en los fortines intactos, en las trincheras y en los pasajes de comunicación, se habían instalado los partisanos.

Liveri Aviérkievich compartía su refugio con el doctor. Era la segunda noche que lo fastidiaba con su charla, sin dejarlo dormir.

—Me gustaría saber qué está haciendo ahora mi queridísimo padre, mi respetable *vater*, mi *papachen*.

«Dios mío, qué insoportable es este tono de payaso —suspiraba para sí el doctor —. Es como su padre.»

—Por lo que he podido saber por nuestras conversaciones anteriores, usted ha conocido perfectamente a Avierki Stepánovich, y sospecho que no tiene usted muy buena opinión de él, ¿verdad, ilustre señor?

—Liveri Aviérkievich, mañana tenemos una reunión electoral. Además, se está preparando el proceso al personal de sanidad por el asunto del *samogón*. Lajos y yo no tenemos preparado todavía el material necesario. Mañana tendremos que vernos para hablar de esto. Llevo ya dos noches sin dormir. Tenga la bondad de dejar esta conversación para otro momento.

—No, volvamos a hablar de Avierki Stepánovich. ¿Qué me cuenta usted del viejo?

—Tiene usted un padre todavía joven, Liveri Aviérkievich. ¿Por qué habla de él como si fuera un viejo? Pero le diré lo que pienso. Le he dicho muchas veces que me pierdo un poco entre los diversos matices del socialismo y que no veo una particular diferencia entre los bolcheviques y los demás socialistas. Su padre pertenece a esa categoría de hombres a la que Rusia debe los trastornos y revoluciones de los últimos tiempos. Avierki Stepánovich es el prototipo del agitador. Como usted, es un producto típico del fenómeno revolucionario de Rusia.

—¿Es un elogio o una condena?

—Una vez más le ruego que deje toda discusión para un momento más propicio. Además, deseo llamar su atención sobre la cocaína de la cual está haciendo abuso, cogiéndola arbitrariamente de las reservas de que yo respondo. Se necesita para otros usos, aparte de que es un tóxico y yo soy responsable de su salud.

—Ni siquiera ayer se le vio a usted el pelo en los cursos de instrucción política. Tiene usted una atrofia del nervio social, como los campesinos analfabetos y el obtuso y encallecido pequeño burgués. Sin embargo, es usted médico, una persona culta y, por lo que parece, le gusta escribir. Dígame, por favor, cómo puede conciliarse todo esto.

—No lo sé. Probablemente no se concilia de ninguna manera, pero así es. Puede usted compadecerme.

—La humildad es siempre mejor que el orgullo. Pero, en lugar de sonreír tan sarcásticamente, sería mejor que conociera el programa de nuestros cursos y reconocería entonces que su presunción está fuera de lugar.

—Dios le proteja, Livieri Aviérkievich. ¿Por qué habla usted de presunción? Admiro su trabajo educativo. Por lo demás, en las órdenes del día se repiten siempre resúmenes de las distintas cuestiones. Y yo los leo. Sus ideas sobre el desarrollo espiritual de los soldados no sólo las conozco de sobra, sino que, además, soy un entusiasta de ellas. Todo lo que usted ha dicho sobre las relaciones del combatiente del ejército popular para con sus compañeros, los débiles, los indefensos, y la mujer, para con el ideal de la pureza y el honor, se parece mucho a lo que ha dado origen a la comunidad de los *dujoboy*[79]. Es una variante del tolstoísmo, el sueño de una existencia digna, sueño que llenó toda mi adolescencia. ¿Cómo puede usted creer que me río de ello? Pero, en primer lugar, las teorías del perfeccionamiento colectivo, como ha empezado a entenderse desde octubre, no me entusiasman. En segundo lugar, todo está todavía lejos de ser puesto en práctica, y sólo el hecho de oír hablar de eso se ha pagado con tales ríos de sangre que, la verdad, el fin no justifica los medios. En tercer lugar, y es lo más importante, cuando oigo decir que hay que rehacer la vida, pierdo el dominio de mí mismo y me desespero. ¡Rehacer la vida! Así

sólo puede pensar la gente que acaso lo haya pasado muy mal, que jamás conoció la vida, ni sintió su espíritu y su alma. Para ésos la vida es un puñado de materia en bruto a la que no ha ennoblecido con su contacto y que por eso necesita una nueva elaboración. Pero la vida no es una materia, una sustancia. Le diré para que lo sepa que es un elemento que continuamente se renueva y reelabora. Externamente se rehace y recrea, y está muy por encima de todas nuestras obtusas teorías.

—Pero, a pesar de todo, pienso que si frecuentase las reuniones de nuestros maravillosos hombres, elevaría usted mucho más su moral y no se entregaría a la melancolía. Sé bien cuáles son sus motivos. Le preocupa que suframos reveses y no le ve salida a esto. Pero, amigo mío, no hay que dejarse dominar por el pánico. Yo sé cosas más bien terribles que me afectan personalmente y que ahora no puedo contarle, y, no obstante, no pierdo el ánimo. Nuestros fracasos son momentáneos. El fin de Kolchak es inevitable. Recuerde mis palabras. Verá como vencemos. Consuélese.

«No, es realmente extraordinario —pensó el doctor—. ¡Qué puerilidad! ¡Qué miopía! No hago más que repetirle que nuestras opiniones son opuestas, que me ha traído aquí por la fuerza y que por la fuerza me retiene a su lado, y se imagina que me preocupan sus fracasos, y que sus cálculos y sus esperanzas van a servir para animarme. ¡Qué ceguera! Los intereses de la revolución y la existencia del sistema solar son para él la misma cosa.»

Estaba contrariado y, sin responder, se encogió de hombros sin disimular que la ingenuidad de Livieri sobrepasaba los límites de su paciencia y que se contenía haciendo un verdadero esfuerzo, Livieri no lo advirtió.

—Te molestas, Júpiter. Esto significa que yerras —dijo.

—¿Cuándo comprenderá usted que todo esto no tiene nada que ver conmigo?«Júpiter», «no hay que dejarse dominar por el pánico», «quien ha dicho a debe decir b, «El Moro hizo su trabajo, el Moro puede partir»[80], ninguna de estas expresiones sirve para mí. Cuando digo a no digo b, ni aunque me haga usted tiras. Admito que ustedes son los faros y los libertadores de Rusia, que sin ustedes Rusia se habría acabado, hundiéndose en la miseria y la ignorancia, pero ustedes me tienen sin cuidado, me cisco en ustedes, no les tengo ninguna simpatía y por mí puede irse al diablo. Los amos de sus pensamientos tienen la manía de los proverbios, pero olvidan el más importante, y es que no se ama a la fuerza, y han tomado la costumbre de liberar y hacer felices incluso a aquellos que ni quieren ser liberados ni les importa la felicidad. Probablemente imagina usted que para mí no hay lugar mejor en el mundo que su campamento y su compañía, y que debiera bendecirle y darle las gracias por mi condición de prisionero, por haberme liberado de mi familia, de mi hijo, de mi casa, de mi trabajo, de todo lo que quiero y por lo que vivo. He oído decir que Varykino ha sido invadida por una formación desconocida, no rusa. Dicen que el

pueblo ha sido saqueado y destruido. Kamiennodvorski no lo desmiente. Parece que los míos y los suyos consiguieron huir. Se habla de guerreros míticos, con gorros y chaquetas de piel, que pasaron el Rynva helado, en un momento de frío espantoso, y que, sin pronunciar una sola palabra, mataron a todos los que encontraron en el lugar y luego desaparecieron de la misma forma fantasmal. ¿Qué sabe usted de esto? ¿Es verdad?

—¡Tonterías, fantasía pura! Mentiras que caen por su propio peso.

—Si usted es tan bueno y generoso como dice en sus discursos sobre la educación moral de los soldados, déjeme marchar donde quiera. Buscaré a mis familiares, que ya no sé si viven ni dónde están. Pero si no quiere hacerlo, cállese, por favor, y déjeme en paz, porque todo lo demás no me interesa y no respondo de mí. Además, también tengo el derecho, ¡maldita sea!, el simple derecho de poder dormir.

Yuri Andriéevich se tendió de bruces sobre su colchoneta. Hacía acopio de todas sus fuerzas para no escuchar las justificaciones de Livieri, que continuaba tranquilizándolo, diciéndole que con la llegada de la primavera, los blancos serían definitivamente derrotados, acabaría la guerra civil y con ello vendría la libertad, el bienestar y la paz. Entonces nadie lo retendría. Pero hasta que llegase ese momento debía tener paciencia. Después de todo lo que había soportado, tantos sacrificios y una espera tan larga, lo que quedaba era bien poca cosa. Además, ¿dónde iría ahora? Por su mismo bien no podía dejarlo partir solo.

«¡Y dale con la cantinela, diablo! ¡Qué manera de darle a la lengua! ¿Cómo no le dará vergüenza machacar durante años las mismas cosas?—suspiraba para sí Yuri Andriéevich, indignado—. Le gusta escucharse, pico de oro, cocainómano desgraciado. Para él la noche no existe. No hay modo de dormir. Es imposible vivir en paz al lado de este condenado imbécil. ¡Cómo lo odio! Bien sabe Dios que cualquier día lo mato... ¡Oh, Tonia, pobrecilla! ¿Vives? ¿Dónde estás? A estas alturas, Dios mío, habrá dado a luz hace ya tiempo. ¿Cómo habrá sido el parto? ¿Será niño o niña? Queridos todos, ¿qué habrá sido de vosotros? Tonia, eterno reproche y culpa mía. Y tú, Lara, hasta tengo miedo de nombrarte. Se me parte el alma al pronunciar tu nombre. ¡Dios mío! Y este odioso animal continúa hablando sin piedad. Un día no podré contenerme y lo mataré.»

6

Pasó el veranillo de San Martín y vinieron los luminosos días del otoño dorado. En el extremo occidental del Lisi Otok, junto a la torre de un fortín que se conservaba intacto, Yuri Andriéevich había de encontrarse con el doctor Lajos, su ayudante, para discutir las cuestiones que interesaban a entrambos. Llegó puntualmente, a la hora establecida. Mientras esperaba, comenzó a pasear junto a la trinchera derrumbada, subió luego a la garita del vigía y a través de las troneras que habían sido utilizadas

por las ametralladoras, se puso a mirar a los espacios boscosos que se extendían al otro lado del río.

El otoño había dibujado ya claramente en el bosque los confines entre el mundo de las coníferas y el de las foliáceas. Erizábase el primero irguiéndose al fondo del bosque como una muralla oscura, casi negra, mientras el segundo traslucía aquí y allá con manchas rojodoradas, como una ciudad antigua con sus aislados palacios de cúpulas doradas construida en el mismo corazón del bosque y con sus mismos troncos.

La tierra, llena de hoyos a los pies del doctor, y las rodadas de los caminos del bosque endurecidas por la helada matutina, estaban como pavimentadas por las hojas del sauce llorón, áridas, secas y acartonadas. El otoño olía a ese amargo perfume de las hojas pardas y a otros infinitos aromas. Yuri Andriéevich respiraba con ansia el olor de las manzanas heladas, olor de sequedad amarga y dulce humedad, mezclado con el azul vapor de septiembre, que recordaba el de una hoguera apagada con agua o el de un incendio recién extinguido.

No advirtió que Lajos se había acercado por detrás.

—Hola, colega —le dijo en alemán.

Y comenzaron a hablar.

—Tenemos que examinar tres cuestiones: la destilación del *samogón*, la reorganización de la ambulancia y la farmacia, y, vuelvo a insistir sobre ello, la cura de las enfermedades nerviosas, utilizando para eso todos los medios de que podamos disponer en campaña. Tal vez usted no vea la necesidad, pero, a mi entender, querido Lajos, nos estamos volviendo locos, y la locura de hoy tiene todos los caracteres de una infección, de un contagio.

—Es una cuestión muy interesante. Ya hablaremos de ello. Pero ahora tengo que decirle una cosa: el campamento está alborotado. La suerte de los que han destilado *samogón* es digna de lástima. Hay también muchos a quienes les preocupa la suerte de sus familiares que han huido de los pueblos ocupados por los blancos, y una parte de ellos se niega a moverse de aquí porque está a punto de llegar el convoy con las mujeres, los niños y los ancianos.

—Sí, habrá que esperarlos.

—Y todo esto en vísperas de las elecciones de un mando único, común a todas las unidades, incluso para aquellos que no dependen de nosotros. A mi entender el único candidato es el camarada Livieri. Pero hay un grupo de jóvenes que presenta a otro: Vdovichenko. Lo apoya la facción hostil a nosotros, los que están al lado de los bebedores de *samogón*, hijos de terratenientes, comerciantes y desertores de Kolchak. Esos son los que más alborotan.

¿Qué cree usted que puede ocurrirle al personal sanitario que ha fabricado y vendido el *samogón*?

—A mi entender los condenarán a ser fusilados, pero luego los indultarán y les conmutarán la pena por otra simbólica.

—Bueno, ya hemos charlado bastante. Lo primero que tenemos que discutir es la reorganización de la ambulancia.

—De acuerdo. Debo decirle que me parece justa su propuesta de profilaxis psiquiátrica. Estamos de acuerdo. Han aparecido y se propagan cada vez más las enfermedades nerviosas más características, específicas de nuestro tiempo, relacionadas directamente con la situación histórica. Entre nosotros se encuentra un soldado del ejército zarista, Pamfil Pályj, un hombre políticamente educado y con un innato sentido de clase. Ha perdido el juicio precisamente por esto, por el temor de que sus familiares, si él muere y ellos caen en poder de los blancos, tengan que responder por él. Una psicología muy compleja. Parece que sus familiares se encuentran en el convoy de fugitivos y que pronto nos alcanzarán. Mi insuficiente conocimiento del ruso me impide interrogarlo como quisiera. Infórmese por Angueliar o por Kamennodvorski. Convendría visitarlo.

—Conozco bien a Pályj. ¿Cómo no? Tuve ocasión de discutir con él en el soviet del ejército: es un tipo moreno, violento, de baja frente. No comprendo qué han encontrado bueno en él. Siempre es partidario de las medidas extremas, sanciones severísimas y la ejecución. Siempre he sentido repulsión por él. Pero, bueno, me ocuparé de su caso.

7

Era un claro día de sol, con un tiempo tranquilo y seco, como toda la semana anterior.

Desde el fondo del campo llegaba, confuso y semejante al lejano fragor del mar, el rumor del campamento. De vez en cuando oíanse los pasos de gentes por el bosque, voces, hachazos, golpes sobre yunques, relinchos de caballos, ladridos de perros y cantos de gallos. Por el bosque vagaba una multitud de gentes bronceadas, sonrientes, de dientes blancos. Algunos conocían al doctor y lo saludaban; otros, que no lo conocían, pasaban sin reparar en él.

Los partisanos estaban decididos a no moverse de Lisi Otok, hasta que hubiesen llegado sus familiares, cuyos carros avanzaban hacia ellos. Pero ya no estaban lejos y el bosque bullía de preparativos para levantar el campo y situar el campamento más hacia el este. Los hombres pulían, hacían arreglos, clavaban cajas, contaban los carros y comprobaban si todo estaba en condiciones.

En medio del bosque había un gran claro apisonado y en él una especie de *kurgán* o túmulo, llamado, según la designación local, *buivishe* en torno al cual se reunían las tropas habitualmente. También aquel día había sido fijada allí una reunión general para comunicar importantes noticias.

El bosque, sobre todo en profundidad, estaba aún lozano y verdeante. El sol de la

tarde, cayendo, lo penetraba por detrás y las hojas dejaban filtrar la luz y resplandecían con la transparencia de la luz verde del cristal de una botella.

En un claro junto al cual se había establecido el archivo, el jefe de enlace, Kamennodvorki, arrojaba a las llamas los papeles ya examinados y que consideraba inútiles, recibidos como botín de una de las oficinas del regimiento de Káppel, y quemaba también montones de papeles que afectaban a los partisanos. El fuego de la hoguera ardía contra el sol, que se transparentaba a través de las llamas, como por detrás de la fronda del bosque. Pero el fuego no se distinguía: sólo por el rubor del aire caliente en el que brillaba una especie de lentejuelas de mica podía comprenderse que se estaba quemando algo.

El bosque estaba salpicado de toda clase de bayas maduras, elegantes racimos de cardaminas, abiertos saúcos de color pardo ladrillo y el blanco y purpúreo viburno. Estremeciendo sus alas de cristal volaban lentamente las libélulas abigarradas o transparentes como el fuego y el bosque.

Desde su niñez Yuri Andriéevich amaba los bosques a la hora del crepúsculo, esa hora que deja filtrar la luz del ocaso. Era como si sintiese pasar a través de sí aquellas hojas de luz, como si el don de un vivo espíritu, semejante a un torrente, le penetrase el pecho, atravesara todo su ser y saliese volando. Ese prototipo juvenil que se forma en cada uno para toda la vida y luego asume para siempre los rasgos del rostro interior, de la propia personalidad, se despertaba en él con toda su fuerza inicial y obligaba a la naturaleza, al bosque, al crepúsculo y a toda cosa visible a revestirse con las facciones tan primordiales y universales de una muchacha.

«¡Lara!», murmuró cerrando los ojos y dirigiéndose mentalmente a su propia vida, a toda la tierra de Dios, al espacio iluminado por el sol que se extendía ante él.

Pero continuaba lo de siempre, lo cotidiano. En Rusia estaba la revolución de octubre y él se hallaba prisionero de los partisanos. Y, casi sin darse cuenta, se acercó a la hoguera de Kamennodvorski.

—¿Destruye las escrituras? ¿No ha terminado aún de quemarlas?

—¡Qué va! Tengo para un rato.

Con la punta de la bota el doctor tropezó con un montón de papeles y lo diseminó. Era la correspondencia telegráfica de un estado mayor de los blancos. Por un instante tuvo la confusa idea de que en aquellos papeles podría leer el nombre de Rantsievich. Pero se trataba de una serie de papeles sin interés, comunicados cifrados del año anterior, redactados con abreviaturas ininteligibles como, por ejemplo: «Omsk a.g.m.-s.e. prim. cop. Omsk j.e.m. circ.mil. Omsk[81] carta cuarenta verstas Yenisiéi no llegado.» Con el pie diseminó otro montón. Vio los resúmenes de antiguas reuniones de partisanos. Sobre los demás había un papel que decía: «Urgentísimo. Objeto: licencias. Reelección de los miembros de la comisión de revisión. Por falta de pruebas contra la maestra del pueblo de Ignatodvortsy, el soviet del ejército

considera...»

En aquel momento, Kamennodvorski se sacó del bolsillo un papel y se lo entregó, diciendo:

—Son las instrucciones para el equipo médico en caso de que se levante el campo. Los carros de los familiares están ya cerca y se calmarán todas las agitaciones. Es posible que partamos el día menos pensado.

El doctor echó una ojeada al papel y palideció.

—Es menos que lo que me dieron la última vez. ¡Y hay muchos más heridos! Los que puedan caminar y solamente estén vendados, podrán ir a pie. Pero son una insignificante minoría. ¿Cómo me las arreglaré para transportar a los demás? ¿Y las medicinas, las camas, el equipo sanitario?

—Arréglese como pueda. Hay que adaptarse a las circunstancias. Además, otra cosa: de parte de todos he de hacerle un ruego. Tenemos aquí un camarada experto, un hombre de toda confianza, devoto de la causa y magnífico combatiente. Hay algo en él que no marcha.

—¿Pályj? Lajos me ha hablado de él.

—Sí. Debe hacerle usted un reconocimiento.

—¿La cabeza?

—Supongo. El dice que ve ciertos duendes. Evidentemente se trata de alucinaciones. Insomnio. Dolores de cabeza.

—Bueno, iré enseguida. Ahora dispongo de tiempo. ¿Cuándo empezará la reunión?

—Creo que ya se están reuniendo. Pero ¿qué importa? Yo no pienso ir. Ya se pasarán sin nosotros.

—Entonces iré a ver a Pamfil. Aunque me caigo de sueño. Por la noche a Livieri Avérkievich le da por filosofar y me da la tabarra con su palabrería. ¿Por dónde he de ir para ver a Pamfil? ¿Dónde está alojado?

—¿Conoce el bosquecillo detrás de la cantera abandonada? El bosque de abedules.

—Ya lo encontraré.

—Allí, en el claro, están las tiendas de los mandos. Le hemos proporcionado una a Pamfil, mientras espera a su familia. La mujer y los niños tienen que llegar con el convoy. Sí, vive en una de las tiendas de los jefes, con los mismos derechos que un jefe de batallón. Por sus méritos revolucionarios.

8

Mientras se dirigía a ver a Pamfil, el doctor advirtió que le faltaban las fuerzas. Estaba cansadísimo y no conseguía dominar su somnolencia, efecto del cansancio acumulado durante tantas noches de insomnio. Hubiese podido volver al fortín y

descabezar un sueño, pero temía que de un momento a otro compareciese Livieri y se lo impidiera.

Se tendió en un lugar cubierto de hierba y lleno de las hojas doradas que caían de los árboles. Estaban escaqueadas sobre el suelo, y de la misma manera se posaban sobre su dorada alfombra los rayos del sol. Esta doble luminosidad entrecruzada turbaba la vista y adormecía como la lectura de un libro impreso en minúsculos caracteres o un monótono zumbido.

Yacía sobre las hojas que crujían como seda, con una mano bajo la cabeza, apoyada sobre el musgo. Y el musgo ablandaba como un cojín las nudosas raíces del árbol. Se durmió inmediatamente. Las jaspeadas manchas del sol que lo habían adormecido cubrían como una red su cuerpo tendido sobre la tierra y lo ocultaban confundiéndolo en el calidoscopio de los rayos y las hojas, como si por arte de magia se hubiera hecho invisible.

Muy pronto la misma intensidad con que había deseado el sueño que tanto necesitaba, lo despertó. Las causas directas actúan sólo en los límites de cierto equilibrio. Más allá de éstos se verifica el efecto contrario. La conciencia, que no había encontrado reposo, no se había aletargardo, trabajaba febril tumultuosamente. Fragmentos de pensamiento pasaban como un torbellino, giraban en el vacío, en desorden, como una máquina estropeada. Esta barahúnda de sentimientos lo oprimía e irritaba.

«Livieri es un canalla —decía, indignado—, no le basta con que hoy haya en el mundo centenares de motivos para sacar de quicio a un hombre. Con su prisión, su amistad y sus estúpidas bromas convierte sin necesidad en un neurasténico a una persona sana. Un día u otro lo mataré.»

Una mariposa de color pardo moteado pasó volando contra el sol, como un trozo de tela de colores que se plegase y desplegase intermitentemente. Zhivago siguió su vuelo con los ojos llenos de sueño. La mariposa se posó sobre lo que más se parecía a su color, la corteza parda y moteada de un abeto, con la que se fundió de una manera absolutamente imperceptible. Pareció perderse en ella, del mismo modo que Yuri Andriéevich se perdía sin huellas bajo la red de los rayos y las sombras que jugaban sobre él.

Volvieron a apoderarse de él sus acostumbrados pensamientos. En muchos de sus trabajos sobre medicina se había ocupado de ellos indirectamente. Eran ideas sobre la voluntad y su coherencia, como consecuencia de una adaptación que ha logrado la perfección: el mimetismo, los pigmentos de imitación y protección, la supervivencia de los mejor dotados, el hecho de que acaso el camino abierto de la selección natural es también el camino de la elaboración y del nacimiento de la conciencia. ¿Qué es el sujeto? ¿Qué es el objeto? ¿Cómo dar una definición de su identidad? En estas reflexiones Darwin se encontraba con Shelling y la mariposa revoloteante con la

pintura moderna, el impresionismo. Pensó en la Creación, en los seres creados, en el aire y sus ficciones.

Volvió a dormirse y al cabo de un instante abrió de nuevo los ojos. Le había despertado el susurro de una conversación mantenida en voz baja cerca de él. Le bastaron pocas palabras aprehendidas al azar para comprender que se trataba de algo secreto e ilegal. Evidentemente, los conspiradores no se habían dado cuenta de su presencia, no sospechaban que estaba tan cerca de ellos. Si se movía y traicionaba su presencia, le costaría la vida. Se quedó inmóvil y se puso a escuchar.

Conocía algunas de aquellas voces. Eran la escoria, la hez del campamento, mozalbetes que se habían alistado en el ejército partisano como Sanka Pafnutkin, Goshja Riábyj, Koska Niejvaliónyj y Terienti Galuzin, que andaba constantemente detrás de ellos, siempre los primeros en cualquier fechoría o vileza. Con ellos estaba también Zajar Gorazdyj, un tipo todavía más turbio, mezclado en el asunto de la destilación del *samogón*, pero por el momento no incriminado en él, porque había denunciado a los principales culpables. Pero a Yuri Andriéevich le sorprendió la presencia de Sivobliúi, un partisano de la «compañía de plata» que formaba parte de la guardia personal del jefe y era su confidente. Por una tradición que se remontaba a Razin y Pugachov, a este favorito se le había dado el nombre de «oreja del atamán», a causa de la confianza que le demostraba Livieri. También él formaba parte de la conjura.

Los conspiradores estaban poniéndose de acuerdo con algunos mensajeros enviados por las patrullas de reconocimiento del enemigo. Las voces de estos últimos apenas se oían, tan susurrantes eran, y Yuri Andriéevich adivinaba cuando hablaban porque cesaba el murmullo de los otros.

Al que más se oía era al borrachín de Zajar Gorázdyj, que continuamente lanzaba juramentos con voz ronca y entrecortada. El debía de ser el que había promovido el complot.

—Y ahora escuchad todos vosotros. Lo importante es que todo se lleve a escondidas, en el mayor secreto. Si alguno se raja y se hace el cagueta, ¿veis esta charrasca? Con ella le saco el mondongo al aire. ¿Estamos? Ahora ya todos nos hemos metido hasta el cuello en la plasta, y allá donde volvamos la jeta, nos espera un bonito árbol para guindamos. Hay que ganarse el perdón. Hay que hacer algo sonado, nunca visto. Ellos lo quieren vivito y coleando, bien atado. Ahora aparecerá por estos bosques el capitán Gulevói —les dijeron el nombre exacto, pero él lo entendió mal y dijo «General Galiéev»—. Nunca más tendremos una ocasión como ésta. Estos son sus delegados. Ya os dirán lo demás. Dicen que hay que entregarlo atado, vivo. No tenéis más que preguntarles vosotros mismos a los camaradas. Oigamos ahora a los demás. Decid algo, muchachos.

Comenzaron a hablar los demás, los invitados. Pero Yuri Andriéevich no pudo oír

una sola palabra. Por lo que duraba el silencio general era de sospechar que daban numerosos detalles. A continuación Gorazdyj hizo de nuevo uso de la palabra.

—¿Oísteis, muchachos? Ahora ya podéis daros cuenta de la suerte que se nos ha venido encima. No está mal, ¿eh? ¿Vamos a perderla por un tipo semejante? ¿Acaso se le puede llamar hombre? Es un vicioso, un exaltado, una especie de ermitaño. No relinches más, Terioshka. ¿De qué te ríes, pedazo de marica? No estamos hablando de ti. Sí, os digo que es un ermitaño impúber. Hazle caso y te convertirás en un clerizonte, en un castrado. ¿Sabéis lo que despotrica? Abajo la chabacanería, guerra contra la embriaguez, fuera las mujeres. ¿Se puede vivir así? En resumen: esta tarde habréis de estar en el vado, donde están las piedras. Yo lo llevaré allí con cualquier pretexto y os echáis encima de él. Lo malo es que lo quieren vivo. Habrá que atarlo. Pero si veo que las cosas no van como es debido, yo me encargo de él. Ellos nos mandarán refuerzos, nos ayudarán.

Continuó exponiendo su plan, pero como se alejó seguido de sus compañeros, el doctor no pudo oír el resto de su conversación.

«Estos canallas quieren matar a Livieri —pensó Yuri Andriéevich con horror e indignación, olvidando las veces que él mismo había maldecido a su verdugo y deseándole la muerte—. Esos miserables están dispuestos a entregarlo a los blancos o a matarlo. ¿Cómo podría impedirlo? Me acercaré como por casualidad a la hoguera y, sin dar nombres, informaré a Kamennodvorski y de una forma u otra advertiré a Livieri del peligro que corre.»

Kamennodvorski no se hallaba ya donde el doctor lo había dejado. La hoguera estaba consumiéndose y el ayudante de Kamennodvorski cuidaba de que no se propagase el fuego.

Pero el atentado no tuvo efecto. El complot fracasó. Se conocía ya su existencia y aquel mismo día los conjurados fueron desenmascarados y detenidos. Sivobliúi fue su delator. El doctor le tuvo más asco todavía.

9

Se supo que el convoy formado por las mujeres y los niños se hallaba ya a dos etapas de distancia del campamento. En Lisi Otok los partisanos estaban preparados para el inminente encuentro con sus familiares y para levantar el campo, lo que debía hacerse seguidamente. Yuri Andriéevich fue a ver a Pamfil Pályj.

Lo encontró a la entrada de la barraca, con un hacha en la mano. Ante la cabaña había un enorme montón de jóvenes abedules cortados para estacas que Pamfil tenía aún que descortezar. Algunos de ellos habían sido talados allí mismo, y, al caer con todo su peso, clavaron en la tierra húmeda los extremos de las ramas destrozadas. Otros, cortados un poco lejos, habían sido arrastrados y amontonados por Pamfil sobre los primeros. Los troncos, temblando y balanceándose sobre sus elásticas

ramas, no tocaban tierra ni se tocaban entre sí. Parecía como si tendieran los brazos para apartar a Pamfil que los había abatido, e impedían la entrada a la barraca irguiendo ante él todo un bosque de follaje vivo.

—Así me entretengo hasta que venga la familia —dijo Pamfil para explicar su trabajo—. Para mi mujer y los niños la barraca resultará pequeña. Además, cuando llueve, tiene goteras. Tengo que arreglarla.

—Te engañas, Pamfil, si crees que dejarán a tu familia que viva contigo. ¿Dónde se ha visto que los paisanos, las mujeres y los niños estén en medio de un ejército? Les buscarán acomodo en otra parte. Durante las horas libres podrás ir a verlos. Me parece difícil que puedan estar en una barraca militar. Pero no se trata de esto. Me han dicho que estabas enfermo, que no quieres comer ni beber y que no duermes. ¿Es verdad? No tienes mal aspecto. Lo que te sucede es que tienes que afeitarte.

Pamfil Pályj era un campesino vigoroso de cabellos negros y, enmarañados y barba también negra. Tenía una frente tan saliente que parecía doble a causa de la protuberancia del hueso frontal que oprimía las sienes como un anillo o un collar. Eso le daba el aire perverso y siniestro de la persona de ojos huidizos que mira atravesada.

Al principio de la revolución, teniendo en cuenta las experiencias de 1905, se temió que ésta fuese un hecho de breve duración limitado a las clases cultivadas, que no llegaría a los más profundos estratos del pueblo ni arraigaría en ellos. Por este motivo el pueblo fue sometido a los efectos de una propaganda intensa que tenía por objeto revolucionarlo, agitarlo, implicándolo en la excitación del momento.

En aquellos primeros días hombres como el soldado Pamfil Pályj que, sin necesidad de propaganda alguna, experimentaban un odio feroz y exacerbado hacia los intelectuales, los señores y los oficiales, parecían raras excepciones a los intelectuales de izquierda y eran llevados en palmas. Su falta de humanidad parecía un prodigio de conciencia de clase, su crueldad un modelo de energía proletaria y de instinto revolucionario. De esa clase era la gloria de Pamfil, que gozaba de la mayor estima entre los capitanes partisanos y los dirigentes del partido.

A los ojos de Yuri Andriéevich aquel hombrón siniestro e insociable era un hombre no del todo normal, a causa de su total ausencia de humanidad, de su primitivismo y de la pobreza de sus intereses.

—Entremos en la barraca —invitó Pamfil.

—No. ¿Por qué? No tengo ganas. Se está mejor al aire libre.

—Bueno. Como quieras. Sentémonos en estos árboles. Se sentaron sobre unos troncos de abedul que cedían blandamente bajo su peso.

—Se dice que es más fácil contar las cosas que hacerlas. Pero mi historia es muy larga de contar. Ni con tres años la contaría toda. No sé por dónde empezar. Bueno. Vivíamos yo y mi mujer, y éramos jóvenes. Ella se ocupaba de la casa. Y yo, que

conste que no me quejo, hacía de campesino. Teníamos hijos. Luego me hicieron agarrar el chopo y me mandaron a la guerra. ¡Je, la guerra! ¡Para qué te voy a contar! Tú ya sabes lo que es, camarada médico. Después, la revolución. Entonces empecé a ver sin telarañas en los ojos. A los soldados se les abrieron los ojos. El enemigo no estaba en Alemania, sino entre nosotros. Soldados de la revolución mundial, bayonetas a la funerala, ahí queda el frente y a casa, a cascarles a los burgueses. Y échale más cosas. Ya sabes tú lo que es esto, camarada médico militar. Y suma y sigue. La guerra civil. Me enrolo en los partisanos. Ahora me salto muchas cosas porque si no, no acabaría nunca. Y ahora, en pocas palabras, ¿qué estoy viendo en este momento? Ese parásito ha retirado del frente ruso al primero y segundo regimientos de Stavropolsk y al primer regimiento de cosacos de Oremburgo. ¿Acaso soy un niño, que no entiendo las cosas? ¿Acaso no estoy yo también en el ejército? Van mal las cosas para nosotros, doctor militar: estamos perdidos. ¿Qué quieren esos puercos? Quieren echarnos encima todas sus fuerzas y rodearnos. Ahora, por el momento, tengo mujer e hijos. Si nos sacuden, ¿dónde los meto? ¿Crees tú que ellos no tienen nada que ver con esto, que son inocentes? Sí, se parará en barras el tipejo ese. Por mi culpa le apretará las clavijas a mi mujer, la torturará, por mi culpa torturará a mi mujer y a los chicos, les apaleará en las coyunturas y en las costillas. ¿Y con estas cosas quieres que duerma? Aunque uno fuese de hierro pensaría en esto.

—Eres un tipo extraño, Pamfil. Realmente no te comprendo. Durante años te has pasado sin tu familia. No sabías nada de ellos y te tenían sin cuidado. Y ahora que hoy o mañana los tendrás a tu lado, en lugar de estar contento, te da por cantarles un réquiem.

—Entre antes y ahora, hay una gran diferencia. Esos blancos canallas de galones nos están dando de palos. Pero no se trata de mí. Yo ya estoy con un pie en la tumba. Ya sé cómo acabará esto para mí: en el otro mundo. Pero ellos se quedarán en las garras de ese miserable y les sacará la sangre gota a gota.

—¿Y por este motivo ves los duendes? He oído decir que se te aparecen unos fantasmas.

—Si, es verdad, doctor. Pero todavía no te lo he contado todo. No te he contado lo principal. Sí, es cierto. Te diré la verdad monda y lironda. No te ofendas si te lo digo a la cara. He mandado al otro mundo a una porrada de gente. Tengo sobre mi conciencia mucha sangre de señores, de oficiales, de la gente que quieras. No recuerdo ni su número ni sus nombres. Todo ha pasado ya como agua bajo puente. Pero hay un diablillo que no puedo quitármelo de la cabeza, un diablillo a quien me cargué y al que no puedo quitarme de las mientes. ¿Por qué maté a ese mozalbete? Me hizo reír, morir de risa. Y le tiré por broma, por reír, por pijotería. No tenía motivo. Fue después de la revolución de febrero, cuando Kerenski. Había revolución. En la línea del ferrocarril. Nos habían mandado a un agitador joven para que con su

palabrería nos convenciera y nos mandase al frente, a combatir hasta la victoria. Era un cadete que tenía que domamos con la palabra. Un tipo escuchimizado. Tenía una cantinela que se había aprendido en viernes: «¡Hasta la victoria!» Con esa muletilla salió arreando y saltó sobre un depósito de agua de los bomberos, de esas cubas que hay en la estación, para apagar incendios. Saltó sobre la cuba. Por lo visto quería estar en alto para invitarnos a combatir. Bueno, el caso es que la tapa dio la vuelta bajo sus pies y ya me lo tienes en el agua. Fue de risa. No podía más. Me dolían las tripas de tanto reír. Pero tenía el fusil en la mano. Y ríe que te ríe. Parecía como si él me estuviese haciendo cosquillas. Bueno, apunté y lo dejé tieso. No sé por qué lo hice. Como si alguien me hubiese hecho mover la mano. Ahí tienes mis fantasmas. Por la noche me parece ver la estación. Entonces era cosa de risa. Ahora ya no lo es.

—¿Sucedió eso cerca de Meliuziéev, en la estación de Biriuchi?

—Precisamente.

—¿Os sublevasteis al mismo tiempo que los habitantes de Zybúchino?

—Lo he olvidado.

—¿Qué frente era? ¿El occidental?

—Debía de ser el occidental. Es posible. No lo recuerdo.

XII
EL SERBAL ESCARCHADO

1

Hacía tiempo que las familias de los partisanos seguían en sus carros al grueso del ejército, junto con sus hijos y sus bienes A la cola del convoy hacían avanzar sus rebaños, sobre todo vacas, de las cuales había varios millares de cabezas.

Entre las mujeres de los partisanos figuraba la de un soldado, Zlydarija o Kubarija, curandera a la luz y bruja a la sombra.

Llevaba un bonete en forma de rosca, ladeado sobre una oreja y un capote de color guisante de los tiradores reales escoceses que pertenecía al equipo que los ingleses habían entregado al Regente Supremo. Decía que tales prendas las había cortado y cosido con sus propias manos utilizando su ropa de detenida, y que los rojos la habían libertado de la cárcel de Kiezhma, donde, por desconocidos motivos, la había encerrado Kolchak.

Ahora los partisanos se encontraban en una nueva localidad. Se supuso que sería un alto provisional, hasta que se hubiesen explorado los alrededores y se hallara un lugar mejor y más seguro para establecer el campamento de invierno. Pero las circunstancias obligaron a los partisanos a pasar allí todo el invierno.

El lugar no se parecía en nada a Lisi Otok, abandonado no hacía mucho. Era una espesa e impenetrable selva de *taigá* que se extendía a lo lejos al otro lado del camino. Los primeros días, mientras las tropas preparaban el nuevo vivaque y disponían las cosas para vivir allí, Yuri Andriéevich dispuso de algún tiempo libre. Exploró el bosque en varias direcciones y comprobó lo fácil que era perderse en él. Dos lugares llamaron su atención y se grabaron en su memoria.

A la salida del campo y del bosque, al que el otoño había desnudado y dejaba espacio libre a los ojos, como si se hubiese abierto una puerta para dar entrada a su vacuidad, crecía un bello y solitario serbal de color de herrumbre, único árbol que había conservado sus hojas. Se erguía sobre un otero surgido de las enfangadas tierras y elevaba hacia el cielo los chatos corimbos de sus duras bayas, que se abrían sobre la plomiza oscuridad de la intemperie que precede al invierno. Los pájaros invernales de plumas claras como las heladas auroras, pinzones y paros, iban a posarse en el serbal, picoteaban lentamente, eligiéndolas, las bayas mayores y, levantando las cabecitas y alargando el cuello, las engullían penosamente.

Entre los pájaros y el árbol se había establecido una especie de viva intimidad. Era como si el serbal comprendiese y, después de haberse resistido mucho, se hubiese rendido, cediendo apiadado y, desabrochada la blusa, ofreciera su pecho como una madre al recién nacido: «No se puede con vosotros. En fin, comed, comed.

Alimentaos». Y sonreía.

El otro lugar del bosque era todavía más sorprendente.

Hallábase sobre una especie de altura que por una parte estaba cortada a pico. Parecía como si abajo, en la torrentera, hubiera de encontrarse algo muy distinto de lo que había arriba: un río, o un valle, o un prado perdido, cubierto de altas hierbas. En cambio, había las mismas cosas, pero a una profundidad vertiginosa, a otro nivel: las mismas cosas abajadas, deslizadas junto con las copas de los árboles. Debió de haber sido la consecuencia de un enorme desprendimiento de tierras.

Era como si aquella fabulosa selva sombría que se elevaba hasta las nubes, al ponerse en movimiento con toda su masa, se hubiese derrumbado y, a punto ya de caer en un abismo, en las entrañas de la tierra, en el momento decisivo, como por un milagro, se hubiera detenido sobre la tierra. Y estaba allí abajo, haciendo rumorear sus hojas, incólume, intacta.

Pero no sólo por eso, sino también por otra particularidad, distinguíase de la altura boscosa: la plataforma que formaba la cumbre estaba bordeada por bloques verticales de granito formando un talud, y parecidos a las planas y pulidas lastras de los dólmenes. Cuando Yuri Andriéevich acudió allí por primera vez, hubiese jurado que aquella barrera de piedras no era de origen natural, sino que se debía a la mano del hombre. En muy lejanos tiempos debió de ser un templo pagano, un lugar dedicado por desconocidos idólatras a sus ritos religiosos y sacrificios.

En aquella altura, en una fría y nublada mañana, fueron ejecutados los once partisanos de la conjura y dos enfermeros que habían destilado *samogón*.

Una veintena de partisanos, escogidos entre los más devotos a la revolución, junto con un pequeño destacamento de la guardia especial del estado mayor, los condujeron a aquel lugar. La escolta formó en semicírculo en torno a los condenados. Con las bayonetas caladas en los fusiles habían de empujarlos a paso de carga hasta el borde rocoso de la plataforma, donde no podrían hacer otra cosa que saltar al abismo.

Los interrogatorios, la larga detención y las humillaciones sufridas habían despojado de toda apariencia humana a aquellos hombres. La barba había ennegrecido sus rostros, demacrados y horribles como de espectros.

Los desarmaron al principio del sumario y a nadie se le ocurrió registrarlos por segunda vez antes de ser ejecutados. Les hubiese parecido una bajeza inútil, una burla hecha a unos hombres condenados a morir.

De pronto, Rzhanitski, el amigo de Vdovichenko, que caminaba al lado de éste, un viejo anarquista como él, disparó tres veces sobre la escolta, apuntando a Sivobliúi. Rzhanitski era un tirador excelente, pero a causa de la emoción le tembló la mano y no dio en el blanco. Por un sentido de humanidad y compasión por aquellos que habían sido sus camaradas, a los partisanos les faltó valor para lanzarse sobre Rzhanitski, o responder al atentado con una inmediata descarga, sin aguardar

órdenes. A Rzhanitski le quedaban todavía tres tiros, pero, olvidándolo acaso en la excitación, irritado por el fracaso, arrojó el revólver contra las piedras. Al chocar con éstas, la pistola se disparó por cuarta vez e hirió en una pierna al condenado Pachkolia, uno de los enfermeros.

El herido lanzó un gritó, se agarró la pierna y cayó gimiendo de dolor. Pafnutkin y Gorázdyj, que estaban cerca de él, lo levantaron y, sosteniéndolo por las axilas, lo sacaron de allí para que, en la confusión, sus compañeros no lo pisotearan. Efectivamente, todos habían perdido la cabeza. Pachkolia, saltando y cojeando, porque no podía valerse de la pierna herida, sin dejar de gritar avanzó hacia el borde rocoso por donde debían ser arrojados los condenados. Sus gritos inhumanos fueron contagiosos. Como obedeciendo a una señal, todos perdieron el dominio de sí mismos. Fue el comienzo de algo inimaginable. Llovieron los juramentos, las súplicas, los lamentos y las maldiciones.

El joven Galuzin se quitó de la cabeza el gorro con los galones amarillos de la escuela real, que todavía llevaba puestos, se puso de rodillas y así, sin levantarse, en medio de los condenados, comenzó a recular hacia el espantoso roquedal. A cada instante se inclinaba ante el pelotón, sollozaba y, sin saber lo que decía, suplicaba como loco a los soldados:

—Soy culpable, hermanos, pero tened piedad. No lo haré nunca más. No me matéis, no me hagáis morir. Todavía no he vivido bastante, soy joven aún. Dejadme vivir un poco, para ver, aunque sea una sola vez, a mi madre, a mi madrecita. Perdonadme, hermanos. Perdonadme. Os besaré los pies. Seré vuestro esclavo. ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! ¡Estoy perdido! ¡Mamá! ¡Mamá!

En el centro del grupo, otro, que no se veía quién era, se lamentaba también.

—Compañeros queridos, buenos camaradas. ¿Qué vais a hacer? Recobrad el juicio. Juntos hemos vertido nuestra sangre en dos guerras. Juntos hemos luchado por la misma causa. Tened piedad, soltadnos. No olvidaremos nunca vuestra bondad. Nos la mereceremos y os lo demostraremos con hechos. ¿Os habéis vuelto sordos, que no respondéis? ¡Vosotros no sois cristianos!

Alguien le gritaba a Sivobliúi:

—¡Judas, traidor de Cristo, que eso es lo que eres! ¿Qué traidores somos nosotros comparados contigo? Tú eres un perro tres veces traidor. A ti debieran degollarte. Prestaste juramento a tu zar, y tú mataste a tu zar legítimo, nos juraste fidelidad a nosotros y nos vendiste. Besa a tu demonio de Lesnyj antes de traicionarlo. Porque es seguro que lo traicionarás también.

Incluso al borde de su tumba Vdovichenko permaneció fiel a sí mismo. Alta la cabeza con los cabellos alborotados por el viento, en voz alta, para que todos pudieran oírlo, se dirigió a Rzhanitski, como de comunardo[82] a comunardo:

—¡No te humilles, Bonifatsi! Tus protestas no les llegarán. Estos nuevos

oprichniki[83], estos verdugos de nuevo cuño no te comprenderán. Pero no pierdas el ánimo. La historia lo aclarará todo. La posteridad clavará en el poste del deshonor a los mandones de este imperio de comisarios y su innoble mentira. Morimos como mártires por nuestras ideas en la aurora de la revolución mundial. ¡Viva la revolución del espíritu! ¡Viva la anarquía mundial!

Una descarga de veinte fusiles dispuesta por una orden silenciosa, oída sólo por los que dispararon, derribó a la mitad de los condenados. Los demás fueron abatidos por otra descarga. El que se debatió más tiempo fue Teriochka Galuzin. Pero también él quedó, al fin, inmóvil.

2

Los partisanos no renunciaron enseguida a la idea de acampar, para pasar el invierno en otra localidad más hacia oriente. Los reconocimientos y la exploración de la zona situada al otro lado de la gran carretera y a lo largo de la línea que separa las aguas del Vytka y del Kiezhma duraron bastante tiempo. Frecuentemente Liveri se alejaba del campamento para dirigirse a la *taigá*, dejando solo al doctor. Pero era ya demasiado tarde para trasladarse a otro lugar en el supuesto de que se encontrase fácilmente. Era la época en que los partisanos experimentaron los mayores fracasos. Antes de su aplastamiento definitivo, los blancos decidieron acabar de una vez para siempre, de un solo golpe, con las unidades irregulares de los bosques y, poniendo en acción todos sus efectivos, los rodearon. Los partisanos se vieron atacados por todas partes Si el diámetro del cerco hubiese sido menor, la situación habría resultado catastrófica. Los salvó la amplitud del cerco enemigo. En efecto, ante la inminencia del invierno, el enemigo no se hallaba en condiciones de hacer converger sus alas a través de la impracticable e ilimitada extensión de la *taigá*, para rodear cada vez más de cerca a las tropas campesinas. De todos modos, se había hecho imposible llevar a cabo cualquier movimiento. Ciertamente, si hubiese existido un plan de traslado de tropas que garantizase seguras ventajas militares, hubiera sido posible profundizar el cerco y establecer nuevas posiciones.

Pero no había sido previsto un plan semejante. Los comandantes más jóvenes estaban desanimados y perdían la influencia sobre sus subalternos. Los más viejos se reunían en consejo cada noche y proponían soluciones contradictorias.

Había que dejar de buscar una nueva localidad para invernar, y fortificarse en la profundidad del bosque, donde ya se encontraban. En invierno, con la nieve alta, el bosque se hacía impenetrable al enemigo, que carecía de esquíes. Había que cavar trincheras y hacer una buena provisión de víveres.

El partisano Bisiurin, que pertenecía a intendencia, anunció la gran escasez de harina y patatas. En compensación había doble cantidad de ganado y Bisiurin preveía que en invierno el alimento principal sería la carne y la leche.

Además faltaban prendas de abrigo. Muchos partisanos iban casi desnudos. Por este motivo se dio muerte a todos los perros del campo y los expertos confeccionaron chaquetas de piel de perro, con el pelo por fuera.

Al doctor se le negaron medios de transporte, porque los carros se utilizaban para necesidades más importantes. Durante la última etapa los enfermos graves hubieron de ser transportados a pie, en angarillas, a lo largo de cuarenta verstas.

Por lo que se refiere a las medicinas, quedaba solamente quinina, yodo y sal de Glauber. El yodo, indispensable para las operaciones y la medicación, estaba en cristales, que había que disolver en alcohol. Lamentáronse entonces haber destruido la producción de *samogón* y se dirigieron a los destiladores menos culpables, rehabilitados en su tiempo, para que reparasen los antiguos aparatos de destilación o fabricaran otros nuevos. De este modo, para usos médicos, fue reorganizada la producción de *samogón*, abolida antes. En el campamento la gente guiñaba el ojo y sacudía la cabeza. A causa de la creciente desmoralización, volvió a extenderse la embriaguez.

En la destilación alcohólica se llegó casi a los cien grados. El líquido de tal graduación disolvía bien los preparados cristalinos. Más tarde, a principio del invierno, con quinina disuelta en aquel *samogón*, Yurí Andriéevich curó los casos de tifus exantemático que se manifestaron de nuevo con los grandes fríos.

3

En aquellos días el doctor volvió a ver a Pamfil Palyj, ahora con su familia. Su mujer y sus hijos habían pasado todo el verano huyendo por los polvorientos caminos, viviendo a la intemperie. Estaban aterrorizados por los horrores vividos y seguros de que vivirían otros nuevos. Su peregrinación los había marcado con huellas indelebles. La mujer y sus tres hijos, un varón y dos niñas, tenían los cabellos del color del lino, luminosos, quemados por el sol, y blancas y severas cejas en sus rostros bronceados y curtidos por el viento. Los niños eran todavía demasiado pequeños para que los sufrimientos hubieran dejado huellas en ellos, pero los numerosos peligros e impresiones vividas habían borrado del rostro de la madre todo signo de vitalidad, dejando sólo en él la fría regularidad de los rasgos, los labios apretados y sutiles como un hilo y esa tirante inmovilidad del sufrimiento siempre a la defensiva.

Pamfil amaba a los cuatro ciegamente, sobre todo a los niños, y con la punta de un hacha bien afilada tallaba para ellos juguetes de madera, liebres, osos y gallos, con una habilidad que sorprendía al doctor.

Cuando llegaron, Pamfil recobró la alegría y comenzó a reponerse. Pero pronto se supo que a causa de la nociva influencia que las familias ejercían sobre la moral de los hombres, los partisanos serían separados de sus familiares, el campamento se libraría de esta carga y el convoy de mujeres acamparía, bajo la protección de una

guardia armada, a cierta distancia del campamento general, para pasar el invierno. La verdad era que había más rumores que disposiciones concretas en este sentido. El doctor no creía que pudiera llevarse a cabo esta medida. Pero Pamfil se ensombreció y se repitieron las apariciones.

4

En el umbral del invierno varias causas provocaron en el campamento un largo período de inquietud e incertidumbre sobre el porvenir, de interrogantes angustiosos y confusos, de extrañas incongruencias.

Los blancos habían logrado su propósito de cercar a los rebeldes. Al frente de las operaciones ya realizadas figuraban los generales Vitsyn, Kvadri y Basalygo, que tenían fama de hombres firmes y decididos. Sus solos nombres bastaban para aterrorizar a las mujeres de los partisanos y a la población civil que, no habiendo abandonado sus hogares, se había quedado en los pueblos al otro lado del cerco enemigo.

Como se ha dicho, era difícil que el cerco pudiera estrecharse. Sobre este particular se podía estar tranquilo. Sin embargo, no era posible permanecer inactivos. Aceptar tranquilamente la situación significaba fortalecer moralmente al enemigo. Aunque aquella trampa no era demasiado peligrosa, era necesario esforzarse en salir de ella, aun cuando sólo fuera por hacer una demostración de fuerza.

Con este objeto se hizo una ingente selección de fuerzas partisanas que fueron concentradas amenazando la parte occidental de la bolsa. Los combates se sucedieron durante muchos días. Los partisanos batieron al enemigo, rompieron la línea en aquel punto y penetraron en la retaguardia.

A través de la brecha establecida se abría a los rebeldes el acceso a la *taigá*. Una multitud de fugitivos afluyó por aquella parte para reunirse con las unidades partisanas, un torrente de pacífica gente campesina, que no estaba constituido solamente por las familias de los partisanos. Todos los campesinos de la zona se habían puesto en movimiento, aterrorizados por las represiones de los blancos. Abandonaron sus hogares y se dirigieron instintivamente hacia el ejército campesino de los bosques, en el cual veían su salvación.

En el campamento había ya cierta tendencia a librarse de los propios parásitos. Los partisanos no tenían intención de acoger otros nuevos, sobre todo extraños. Por este motivo salieron al encuentro de los fugitivos, los pararon en mitad del camino e hicieron que se desviaran hacia un molino que se hallaba junto al riachuelo Chilimka. El lugar —un claro cultivado, en el cual, junto al molino, habían surgido en otro tiempo pequeñas masadas— se llamaba Dvory. Allí pensaban establecer un campamento donde pudieran invernar los fugitivos y prepararse un depósito de víveres.

Pero, en la espera, los acontecimientos siguieron su curso y el mando del campamento se vio desbordado.

La victoria lograda sobre el enemigo no había sido decisiva. Los blancos dejaron que los partisanos penetraran en su territorio y les cortaron la comunicación y contacto con su campamento, cerrando el cerco nuevamente. El destacamento que penetró en la retaguardia se vio completamente aislado, cortado el camino de regreso a la *taigá*.

También las mujeres fugitivas tuvieron dificultades. En el bosque espeso era complicado encontrarse y los partisanos enviados en su busca perdieron sus huellas y retrocedieron sin noticia alguna sobre ellas. Las mujeres habían penetrado por su cuenta en la *taigá*, como un instintivo torrente, llevando a cabo durante su marcha verdaderos prodigios de ingenio, talando el bosque, construyendo puentes y pasadizos de ramas, abriendo auténticos caminos.

Las cosas se resolvieron contrariamente a las intenciones del estado mayor de los bosques y trastornaron de abajo arriba los planes de Liveri y sus previsiones.

5

Por este motivo Liveri discutía acaloradamente con Svirid. La discusión tenía efecto junto a la gran carretera que, en aquel lugar, cruzaba una pequeña parte de la *taigá*. Allí sus ayudantes discutían si debían o no cortar los hilos del telégrafo, que seguían el trazado de la carretera. Livieri debía decidir, pero estaba ocupado hablando con un cazador vagabundo y, con la mano, hacía señas a los demás indicándoles que se reuniría enseguida con ellos, que lo aguardaran y no se fuesen.

Durante mucho tiempo Svirid no había podido soportar la condena y fusilamiento de Vdovichenko, que no fue culpable de nada, excepto de que su influencia, al rivalizar con la autoridad de Liveri, determinaba una escisión en el campo. Svirid quiso abandonar a los partisanos para vivir de nuevo a su manera, en libertad, como en otros tiempos. Pero ya no era posible. No podía disponer de sí y si abandonaba ahora a los Hermanos del Bosque, le esperaría la misma suerte que a los fusilados.

Hacía el peor tiempo que pudiera imaginarse. Violentas ráfagas de viento arrastraban a ras de tierra jirones de nubes negras como la pez. De pronto comenzó a nevar con la impaciencia febril de una especie de locura blanca.

En un momento, el aire quedó envuelto en una sábana blanca y la tierra se extendió, blanca también, a lo lejos. Pero con la misma rapidez, esta blancura se consumió, desapareció y de nuevo surgió la tierra negra como el carbón, el cielo negro se vio cruzado por las hinchadas nubes de los aguaceros que caían a lo lejos. La tierra no podía absorber ya más agua. En los momentos en que amainaba, abríanse las nubes como si en lo alto, para ventilar el cielo, abriesen ventanas a través de las cuales se transparentaba un frío y vítreo blancor. En la tierra, el agua inmóvil, no

absorbida por el suelo, replicaba con las ventanas abiertas de las charcas y aguazales, que resplandecían con la misma fría luminosidad.

La borrasca flotaba como una humareda sobre el bosque de coníferas perfumado de resina, y no penetraba en él, como el agua no pasa a través de un hule. Las gotas de lluvia colgaban una junto a otra, sin desprenderse, de los cables del telégrafo y hacía que éstos pareciesen hilos de perlas ensartadas.

Svirid figuraba entre los que habían penetrado a través de la *taigá* al encuentro de los fugitivos. Volvía para dar cuenta al jefe de lo que había visto, la confusión provocada por las órdenes contradictorias, todas igualmente irrealizables. Deseaba contarle las atrocidades que habían cometido las mujeres más débiles, perdida ya toda huella de humanidad.

A las jóvenes madres, que avanzaban a pie con bultos, sacos y niños de pecho, se les retiraba la leche. Aniquiladas por el cansancio y poseídas por una especie de locura, abandonaban a los lactantes por el camino, vaciaban los sacos de harina y se volvían atrás. Era mejor acabar de una vez que esperar una larga muerte por hambre, entregarse al enemigo que ser presa de los lobos.

Otras, las más fuertes, habían demostrado una resistencia y un valor desconocidos por los hombres. Svirid tenía muchas más noticias. Quería dar cuenta al jefe del peligro de una nueva revuelta en el campamento, más grave que la ya sofocada, pero a causa de la impaciencia de Liveri que lo apremiaba rabiosamente, impidiéndole dar fin a su conversación, no encontraba las palabras. Por otra parte, Liveri lo interrumpía continuamente, no sólo porque lo esperaban en la carretera y le hacían señas y lo llamaban, sino también porque en las dos últimas semanas no habían hecho otra cosa que contarle aquellos hechos y se los sabía al dedillo.

—No me des prisa, camarada jefe. Yo no soy hombre de palabra fácil. A mí las palabras se me quedan entre los dientes, se me atraviesan en la boca. ¿Qué te estaba diciendo? Debes ir a ver a las siberianas del convoy y decirles a esas mujeres algo que se convierta en ley. ¡Si vieras la confusión que hay entre ellas! Te pregunto qué significa todo esto: «Todos contra Kolchak», o bien una pandilla de mujeres que nos tienen a mal traer.

—Sé breve, Svirid. Ya ves que me están llamando. Ve al avío.

—No nos dejemos atrás a esa bruja curandera, la Zlydarija. ¡A saber qué diantre de mujer es ésa! Quiere que la consideremos como *vetrinaria* de los animales.

—Se dice veterinaria, Svirid.

—¿Y qué te estoy diciendo? Digo *vetrinaria*, mujer que cura a los animales. Pero lo que hace esa mujer no es curar a los animales. Le ha dado por contar historias, y no hace otra cosa que corromper a las fugitivas. Les dice que cada palo aguante su vela, que a eso conduce haberse arremangado las sayas para correr detrás de la bandera roja. Y que así aprenderán a tener cabeza.

—No sé de que fugitivas me estás hablando. ¿De las nuestras, las partisanas, o las otras?

—De las otras, se comprende. De las nuevas, las que no tienen nada que ver con nosotros.

—Se ha dispuesto que se unieran con las de Dvory, en el molino de Chilimka. ¿Cómo es que están aquí?

—¿Conque Dvory, eh? De tu Dvory no quedan ni las cenizas. El molino y todo el campo cultivado ha ardido por los cuatro costados. Cuando llegaron a Chilimka, las mujeres vieron que aquello era un desierto pelado. Muchas se volvieron locas, se pusieron a gritar y retrocedieron hasta las posiciones de los blancos. Las otras han dado media vuelta y se han venido al convoy con todos los trastos.

—¿A través del bosque y los pantanos?

—¿Y para qué sirven las hachas? Se ha enviado a nuestros hombres para protegerlas, y les han ayudado. Dicen que con el hacha se han abierto hasta aquí un camino de treinta verstas. ¡Y hasta han construido puentes! ¡Cosa de locos! Dime si eso es propio de mujeres. En tres días han hecho cosas que si no se ven no se creen.

—¡Animal! ¡Tenemos motivos para estar contentos, pedazo de bestia! Esto les irá a Vitsyn y Kvadri como anillo al dedo. ¡Han abierto treinta verstas de camino por la *taigá*! Los otros no tienen más que empujar la artillería.

—No has pensado en los flancos. Protege las alas y no hay que preocuparse.

—¿Crees que no había pensado en ello antes que tú?

6

Los días se acortaban. A las cinco era ya oscuro. Al crepúsculo, Yuri Andriéevich se dirigió hacia el campamento atravesando la carretera, donde pocos días antes Liveri y Svirid habían estado discutiendo. Al lado del claro y del otero donde crecía el serbal, en el límite del campo, oyó la voz pro-yaz e insolente de Kubarija, su rival como llamaban en broma a la veterinaria. La mujer cantaba con voz estridente y quejumbrosa una canción alegre y movida, acaso una *chastushka*. Algunas personas la escuchaban. Voces de hombres y mujeres la interrumpían de vez en cuando con explosiones de risa aprobadora. Luego todo calló. Probablemente se habían alejado los oyentes.

Entonces Kubarija cantó de otra manera, para ella y a media voz, creyendo estar sola. Temiendo hundirse en un fangal, Yuri Andriéevich avanzaba lentamente, en la oscuridad, a lo largo de un sendero que rodeaba la llanura pantanosa ante el serbal, pero de pronto se detuvo impresionado. Kubarija había empezado a cantar una antigua canción rusa que él desconocía. ¿O acaso improvisaba?

La canción rusa es como el agua entre diques. Parece quieta, inmóvil, pero en lo hondo brota sin pausa de los manantiales y la calma de su superficie es engañosa.

Por todos los medios posibles, con reiteraciones y paralelismos, la canción demora el desarrollo del tema, que se da gradualmente. Luego, de pronto, se pone de manifiesto y nos llena de estupor. Es una profunda nostalgia, contenida, dominada, que al final irrumpe en el canto. Es un insensato intento de encerrar el tiempo en las palabras.

Kubarija cantaba y recitaba alternativamente:
Huía un gazapo por el blanco mundo,
por el blanco mundo, por la blanca nieve.
Huía el gazapo debajo del serbo,
huía, y debajo del serbo lloraba:
«¡Ay, que tengo, tengo el corazón cuitado,
corazón cuitado que se asusta mucho!
Soy gazapo y tengo miedo de las fieras,
de las fieras crueles y del vientre del lobo.
Ten, hermoso serbo, piedad del gazapo,
ampárame, serbo, con tus bellas ramas.
No des tu belleza al mal enemigo,
al mal enemigo, al malvado cuervo.
Esparce a puñados tus bayas al viento,
en el blanco mundo y en la nieve blanca,
haz que rueden lejos, a mi amada tierra,
a la última casa que está junto al bosque,
la última ventana y la alcoba aquélla.
Una prisionera allí está escondida,
es el amor mío, la que yo más quiero.
Y di tú al oído de la pobrecilla
cálidas palabras, palabras ardientes.
Soldado de guerra, en prisiones vivo.
Soldado, estoy triste en tierras lejanas.
Pero huiré muy pronto de mi amarga cárcel,
huiré hasta ese serbo que es la amada mía.»

7

La partisana Kubarija exorcizaba a la vaca enferma de la mujer de Pamfil, Agafia Fotievna Palyja, a quien llamaban familiarmente Fatievna. La vaca había sido alejada de la vacada, llevada junto a un matorral y atada por un cuerno a un árbol. Junto a las patas delanteras su dueña estaba sentada en un tocón, y detrás, en un escabel que se utilizaba para el ordeño, la maga.

El resto de la vacada se hallaba diseminado por el pequeño claro, rodeado por todas partes, como si fuera un muro, por los copudos abetos, altos como montañas, que parecían haberse sentado en tierra con las grandes patas de sus largas ramas inferiores.

En Siberia se criaba una raza muy apreciada de vacas suizas, casi todas del mismo color, negras con manchas blancas. Los animales no estaban menos expuestos a las privaciones que los hombres, a causa de los largos recorridos y el insoportable apretujamiento. Este era el principal motivo de sus enfermedades. Pegadas una a otra, olvidaban, en su estupidez, cuál era su sexo y, mugiendo, montaban como toros una encima de otra, levantando fatigosamente las grandes y pesadas ubres. Las terneras así cubiertas levantaban la cola y, destrozando ramas y arbustos, se refugiaban en el bosque, donde las perseguían, dando gritos, los viejos pastores y jóvenes vaqueros.

Confinadas en el estrecho cercado que las copas de los abetos trazaban en el cielo invernal, las nubes blanquinegras se acumulaban sobre el claro tempestuosa y desordenadamente y por eso los animales se empinaban y amontonaban unos sobre otros.

Algunos curiosos, formando grupo aparte, molestaban a la hechicera. Ella los miraba de pies a cabeza con una mirada hostil, pero se habría menoscabado su dignidad si admitía que la fastidiaban. Lo impedía su amor propio de artista y fingía no darse cuenta. El doctor la miraba desde el grupo, ocultándose a su vista. Era la primera vez que podía observarla bien. Kubarija vestía su acostumbrado gorro inglés y el capote color guisante de las tropas aliadas, ligeramente suelto. Por lo demás, al ver la sombría pasión que animaba los rasgos orgullosos de esta mujer de edad madura y que daba a sus ojos y sus pestañas la llama de una extraña juventud, se comprendía hasta qué punto le tenía sin cuidado todo, lo que poseía y lo que no poseía.

Pero lo que sorprendió a Yuri Andriéevich fue el aspecto de la mujer de Pamfil. En pocos días había envejecido espantosamente. Sus ojos desmesuradamente abiertos parecían estar a punto de salirse de sus órbitas. En su cuello, largo como un palo, latía una vena hinchada. A tal estado la había reducido el terror.

—No da leche, querida —decía Agafia—. Creía que tendría otra subida de la leche, pero no. Hace tiempo que hubiese debido darla, y nada.

—No tiene nada que ver la subida de la leche. ¿No has visto el forúnculo que tiene en el pezón? Te daré una hierba con manteca para que se lo untes. ¿Qué más te pasa?

—La otra desgracia mía es mi marido.

—Le haré un hechizo para que no te engañe. Si puedo. Se pegará a ti y no podrás quitártelo de encima. Dime la tercera desgracia.

—No me engaña. Pero lo preferiría. La desgracia es precisamente que hace lo

contrario, se ha pegado a mí y a los niños, y se consume por nuestra causa. Yo sé lo que piensa. Piensa que dividirán el campamento y nos mandarán a otra parte, que iremos a parar a manos de quién sabe quién y él no estará con nosotros, y nadie nos defenderá. Piensa que nos torturarán, que se divertirán con nuestros tormentos. Conozco bien sus pensamientos. Con tal de que no haga ningún disparate...

—Lo pensaremos. Le quitaremos la melancolía. Dime la tercera desgracia.

—¡No tengo tercera desgracia! Las únicas que tengo son la vaca y mi marido.

—¡Eres pobre en desgracias, madrecita! Ya puedes estar contenta de lo mucho que te quiere Dios. Hoy día hay que buscar con una candela a las mujeres como tú. Dos penas para un pobre cabecita, y una de las dos es un marido demasiado bueno. ¿Cuánto me das por curarte la vaca? Hablemos de esto.

—¿Qué quieres?

—Una barra de pan blanco y tu marido.

En torno a ellas todos se echaron a reír.

—¿Te estás burlando de mí?

—Bueno, si te resulta tan caro, renuncio al pan. Me basta con tu marido.

Las risas se multiplicaron.

—¿Cómo se llama? No tu marido, la vaca.

—«Krasava.»

—Por lo menos la mitad de la vacada se llama «Krasava»[84]. De todos modos, no importa. Voy a bendecirla.

Y comenzó a exorcizar a la vaca. Al principio su sortilegio se refirió exclusivamente al animal. Luego se dejó llevar por su impulso y recitó a Agafia una verdadera lección sobre la magia y sus aplicaciones. Yuri Andriéevich escuchaba como hechizado las delirantes afirmaciones de la mujer, como cuando, llegado a Siberia desde la Rusia europea, escuchó cautivado la florida conversación de Vakj el cochero.

La mujer soldado decía:

—Tía Morgosia, ven a vernos. Martes, miércoles, quítale el hechizo al forúnculo. Quítate, emplasto, del pezón de la vaca. Estate quieta, «Krasava», que me vas a tirar la banqueta. Como un monte eres, darás un río de leche. Demonio, al orco irás, y la postilla le quitarás y a las ortigas la echarás. Palabra de curadora es palabra de emperadora. Hay que saberlo todo, Agafiushka: mandar y desmandar, palabras que ofenden y palabras que defienden. Tú miras y crees que es el bosque. Y no lo es. Es la fuerza impura que lucha con el ejército de los ángeles, y combate como vosotros contra vuestro enemigo. O mira donde yo, por ejemplo, te señalo. No a esa parte, querida. Mira con los ojos y no con el cogote, allí donde te señalo con el dedo. ¡Ahí, ahí! ¿Qué crees que es eso? ¿Te imaginas que es el viento que ha torcido y retorcido juntas las ramas del abedul? ¿Crees que es un pájaro que quiere hacer su nido? Pues

no lo es. Es una verdadera diablura. Es una *rusalka* que trenza una guirnalda para su hija. Ha oído llegar a la gente y se ha marchado. La han asustado. Pero por la noche vendrá a terminarla, ya verás. O también vuestra bandera roja. ¿Qué crees? ¿Crees que es una bandera? No, ¿sabes?, no es una bandera: es el pañuelo rojo encantado de la Muchacha Dadora de la Muerte, que atrae con él. ¿Por qué atrae? Con el pañuelo atrae a los mozos, y les guiña el ojo, los atrae a la muerte para hundirlos en la desgracia. ¡Y vosotros creíais que era una bandera! Ya podéis reíros de mí, pobres y proletarios de todos los países. Pero ahora hay que saberlo todo, madrecita Agafia, todo, todo como es. Qué pájaro, qué hierba, qué piedra. Ahora, por ejemplo, ese pájaro será un estornino. El animal será el tejón. Ahora, por ejemplo, piensa con quién quieres divertirte y bastará que me lo digas. Haré que venga el que tú quieras. Si quieres, vendrá el jefe de todos vosotros, el jefe de los bosques, o Kolchak, si quieres. O el zariévich Iván[85], si quieres. ¿Crees que lo digo por decir, que miento? No, yo no miento. Mira, escucha. Vendrá el invierno y vendrá la tormenta, y lanzará sobre el campo torbellinos de nieve y remolinos de aire. Y en esos torbellinos de nieve, en esos remolinos de nieve, clavaré mi cuchillo, hasta el mango clavaré mi cuchillo en la nieve, y lo sacaré rojo. ¿Qué? ¿Viste? ¿Eh? Y te creías que estaba mintiendo. Pero ¿a que no sabes de dónde viene la sangre de un torbellino de tormenta? Esto es viento, aire, polvo de nieve. Pero el caso es, madrecita, que no es viento ni tormenta, es la bruja sin marido que se ha transformado y ha perdido a su hijo. Y lo busca por los campos y llora y no puede encontrarlo. En él es donde se clava mi cuchillo. Por eso lo rojo es sangre. Y con este cuchillo te corto y recorto la figura de quien quieras y con hilo de seda te la coseré a la falda. Que quieres que sea Kolchak, que quieres que sea Striélnikov, que quieres un nuevo zar, aquel que tú quieras lo tendrás a los talones, y adonde vayas, él irá. Y tú creías que te estaba mintiendo, lo creías. Proletarios y pobres de todos los países, ya podéis acudir a mí.

»O bien, por ejemplo: ahora caen piedras del cielo, como la lluvia caen. El hombre sale a la puerta de su casa y le llueven piedras encima. U otros han visto jinetes pasar por el cielo, y los cascos de los caballos tocaban los tejados. O algunos hechiceros decían antiguamente: esta mujer tiene metido en el cuerpo trigo, o miel o pieles de marta. Y los guerreros vestidos con corazas le abrían un hombro como se abre un cofrecito y con la espada le quitaban de la paletilla a éste una medida de trigo, al otro una ardilla y al de más allá una colmena.»

A veces en este mundo nos invade un fuerte y poderoso sentimiento. Con él se mezcla siempre la piedad. El objeto de nuestra adoración nos parece más víctima cuanto más lo amamos. En algunos la compasión por la mujer supera todo límite imaginable. Con el pensamiento colocan a la mujer en situaciones imposibles, que no se dan en el mundo, que existen sólo en la imaginación, y están celosos del aire que la rodea, de las leyes de la naturaleza, de los milenios transcurridos antes de que

existiese ella.

Yuri Andriéevich sabía lo bastante para alimentar la sospecha de que las últimas palabras de la hechicera constituían el principio de una crónica, de Nóvgorod o de Ipátiev[86], con correcciones y añadidos apócrifos. Durante siglos los hechiceros y los narradores de cuentos han deformado las crónicas al trasmitirlas oralmente de generación en generación. Ya antes las habían deformado y alterado los copistas.

¿Por qué se había dejado arrastrar de este modo por la fascinación de las tradiciones? ¿Por qué escuchaba aquel incomprensible disparatar, aquella fantasía carente de sentido, como si se tratara de conceptos reales?

A Lara le habían abierto el hombro izquierdo. Con un golpe de espada le habían dejado al descubierto el omóplato, como se introduce la llave en la puerta disimulada de un cofrecillo secreto en un armario. De aquella profunda y abierta cavidad de su alma surgían los secretos que contenía: ciudades, calles, casas que le eran extrañas, espacios extraños que se alargaban como cintas, en marañas de cintas, en ovillos de cintas que se devanaban y salían afuera.

¡Cuánto la quería! ¡Qué hermosa era! Tal como lo había pensado siempre, tal como lo había soñado, tal como necesitaba que lo fuese. Pero ¿cómo? ¿Con qué aspecto? ¿Había algo que podía ser identificado y resultar distinto en una selección? ¡Oh, no, no! Con esa línea inimitablemente sencilla y neta, con la que en un único rasgo, de arriba abajo, la había trazado el Creador, y ese mismo diseño contenía su alma del mismo modo con que se envuelve apretadamente con una toalla a un niño que acaba de salir del baño.

¿Dónde estaba ahora él y qué ocurría? El bosque, Siberia, los partisanos. Estaban rodeados y él compartía su suerte. ¡Qué absurda jugarreta! Y de nuevo se dio cuenta de que sus ojos y su mente se confundían. Todo vacilaba ante él. En aquel momento, en lugar de la nieve esperada, empezó a llover. La forma de una amada cabeza, obra divina, se movía en el aire de un extremo a otro del claro, fluctuante, de un tamaño mucho mayor que el natural, como una enorme bandera tendida de una casa a otra a lo ancho de una calle campesina. La cabeza lloraba y la lluvia, cada vez más densa, la besaba inundándola.

—Vete —dijo la hechicera a Agafia—. Exorcicé a tu vaca y sanará. Rézale a la Virgen. En verdad ella es la casa de luz y el libro de la palabra viva.

8

Había combates en los confines occidentales de la *taigá*. Pero ésta era tan vasta que parecía como si tuviesen efecto en las lejanas fronteras del Estado, y estaba tan poblado el campamento perdido en el bosque que, por muchos que fuesen a combatir, no se quedaba desierto nunca.

El estruendo de la batalla lejana casi no llegaba a la remota esquina del

campamento. Pero de pronto, en el bosque, resonaron algunos disparos, que se sucedieron a cortos intervalos y que al cabo convirtiéronse en un nutrido tiroteo. La gente, sorprendida por aquellos disparos donde se encontraba, se dispersó desordenadamente. Los hombres de las brigadas auxiliares se precipitaron a los carros. Todos corrieron a armarse.

Pero la calma volvió pronto. Había sido una falsa alarma y la gente comenzó a afluir tumultuosa hacia el lugar donde habían sonado los disparos. La multitud de curiosos, llegados desde todas partes, se acrecentó.

Rodeaban una piltrafa humana que yacía ensangrentada en tierra. El hombre, espantosamente mutilado, apenas respiraba. Le habían sido amputados el brazo derecho y la pierna izquierda. Era incomprensible cómo había podido arrastrarse hasta el campamento con una sola pierna y un solo brazo. Las extremidades amputadas estaban atadas a su espalda como una horrible y sangrienta carga, junto con un cartel, en el cual, entre los peores insultos, se decía que aquello había sido hecho como represalia por las atrocidades cometidas por un destacamento rojo con el que nada tenían que ver los Hermanos del Bosque. Añadíase además que los partisanos serían tratados de la misma forma si no se rendían y entregaban sus armas a los representantes de las tropas de Vitsyn, dentro del plazo señalado en el cartel.

Desangrándose, interrumpiéndose, con la voz apagada y la lengua estropajosa, desvaneciéndose constantemente, aquel infeliz contó las atrocidades y torturas infligidas por la policía militar y de represión del general Vitsyn. La horca, a la que al principio había sido condenado, le fue conmutada, como una especie de gracia, por la mutilación de un brazo y una pierna, para que regresase mutilado así al campamento y fuese una advertencia para los partisanos. Había sido llevado en brazos hasta la primera línea, luego lo depositaron en tierra y le ordenaron que continuase él solo su camino, incitándolo desde lejos con disparos al aire.

El mutilado apenas podía mover los labios. Para entender su incomprensible balbuceo, la gente que lo rodeaba se inclinaba y acercaba a él la cabeza. El infeliz decía:

—Cuidado, hermanos... Han abierto una brecha... —Están los flancos de refuerzo. Hay una gran batalla. Resistiremos.

—La brecha... La brecha... Quieren llegar por sorpresa. Yo lo sé. No puedo más, hermanos. Estoy perdiendo toda la sangre. Escupo sangre. Me muero.

—Estate tendido y descansa. No hables. ¡No le obliguéis a hablar, bestias! ¿No veis que le hace daño?

—Ese perro chupador de sangre no me ha dejado nada sano. Voy a hacer que te laves con tu propia sangre, me decía. Dime quién eres. Pero ¿cómo podía decírselo, hermanos si soy uno de sus desertores? Sí, me pasé de sus tropas a vosotros.

—¿Por qué dices siempre «sus»?— ¿Quién es? ¿Quién te ha hecho eso?

—¡Oh, hermanos, siento que se me desgarran las vísceras! Por favor, dejadme cobrar aliento. Ahora os lo diré. Es el atamán Bekieshin, el coronel Streese, la gente de Vitsyn. Aquí en el bosque no sabéis nada de nada. Pero en las ciudades todos se lamentan. Queman vivos a los hombres. Les arrancan la piel para hacer correas. Los arrastran quién sabe dónde, nadie lo sabe y los meten en un sitio oscuro. Tanteas las cosas y estás en una caja, en un vagón... Dentro hay más de cuarenta personas. Luego alguien abre la caja, mete la zarpa dentro y, al primero que agarra, fuera. Los degüellan como gallinas. Es así. A uno lo ahorcan. A otro lo fusilan, a otro se lo llevan para interrogarlo. Los despellejan vivos, les echan sal en las llagas, agua caliente... Cuando uno vomita o se le suelta el vientre, lo echan encima de la porquería. Y con los niños y las mujeres... ¡Dios mío!

El infeliz agonizaba. No terminó de hablar. Lanzó un grito y exhaló el último suspiro. Todos los que le rodeaban se dieron cuenta enseguida de que estaba muerto y se quitaron los gorros y se santiguaron. Por la noche llegó otra noticia más horrible aún, que circuló por todo el campamento.

Pamfil Palyj estaba entre la multitud que rodeaba al agonizante. También él lo había visto, y oído su relato y leído el cartel lleno de amenazas.

Con violencia desesperada se apoderó de él su continuo terror por la suerte de sus familiares si por casualidad él moría. Con la imaginación los veía ya sometidos a lentas torturas, veía sus rostros contraídos por el sufrimiento, oía sus gemidos, sus imploraciones de socorro. Para salvarlos de futuros sufrimientos y poner fin a los suyos propios, en la locura de su desesperación, los mató con sus propias manos. Degolló a su mujer y los tres hijos, con la misma hacha, afilada como una navaja de afeitar, la misma con que había tallado los juguetes de madera para las niñas y para Flenushka, aquel chiquillo a quien quería más que a nada en el mundo.

Lo raro era que él no se hubiese matado inmediatamente después. ¿Qué pensaba? ¿A qué esperaba? ¿Cuáles eran sus intenciones? Evidentemente era un desequilibrado, una existencia truncada para siempre.

Mientras Liveri, el doctor y los miembros del soviet del ejército se reunían para discutir lo que debían hacer, él vagaba en libertad por el campo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin ver nada, mirando de través con sus ojos turbios y amarillentos. En su rostro tenía impresa una obtusa y vaga sonrisa, un sufrimiento inhumano que nada hubiese podido consolar.

Nadie lo compadecía. Todos huían de él. Alguna voz pidió que fuese linchado, pero no encontró eco.

Ya no tenía nada que hacer en este mundo. Al alba desapareció del campamento, como huye de sí mismo un animal enloquecido atacado por la hidrofobia.

9

Había llegado ya el invierno. Helaba. En la gélida niebla, sin aparente relación entre sí, surgían sonidos y formas desgarradas que se quedaban inmóviles, se movían y desaparecían. No brillaba el sol que se había acostumbrado a brillar sobre la tierra, sino otro sol distinto, como artificial, aparecido sobre el bosque como un globo escarlata, del que brotaban lentos y cansados, como en un sueño o en un cuento de hadas, rayos de luz rojiza, de color de cobre, que se coagulaban en el aire y se adherían helados a los árboles.

Rozando la tierra y haciendo crujir la nieve a cada paso, movíanse en todas direcciones piernas invisibles con los pies calzados con botas de fieltro, mientras los cuerpos, encima, cubiertos con pellizas y gorros caucasianos, sobrenadaban en el aire, independientes de las piernas, como astros girando en la bóveda celeste.

Los que se conocían se paraban y ponían a hablar. Acercaban uno a otro los amoratados rostros, como en los baños turcos, con carámbanos en las barbas y los bigotes, y de sus bocas salían nubes de vapor denso y viscoso, tan enormes que parecían desproporcionadas con las palabras, heladas también, de la lacónica conversación.

En el sendero se encontraron Liveri y el doctor.

—¡Ah! ¿Es usted? Hacía muchísimo tiempo que no lo veía. Le ruego que venga esta noche a mi refugio. Venga a pasar allí la noche. Recordaremos los buenos tiempos y hablaremos un poco. Tengo noticias.

—¿Ha vuelto ya el mensajero? ¿Hay noticias de Varykino?

—Ni una palabra de mi familia ni de la suya. Pero eso me parece precisamente una buena señal. Significa que tuvieron tiempo de ponerse a salvo. De otro modo se hubiese hablado de ellos. Por lo demás, ya hablaremos esta noche. Le espero, ¿eh?

En el refugio, el doctor repitió la pregunta.

—Dígame sólo una cosa: ¿qué sabe de nuestras familias?

—Tampoco esta vez quiere usted ver más allá de sus narices. Según parece viven y están seguros. Pero no se trata de ellos. Hay excelentes noticias. ¿Quiere un poco de carne? Asado de ternera frío.

—No, gracias. No divague. Concrete.

—Hace mal. Yo comeré. En el campamento hay casos de escorbuto. La gente ha olvidado incluso lo que es el pan y la verdura. En otoño, cuando estuvieron aquí los fugitivos, debimos hacer una cosecha más organizada de bayas y de nueces. Le decía que nuestras cosas marchan muy bien. Que lo que preveía ha sucedido. Ha comenzado el derrumbamiento. Kolchak se ha retirado en todos los frentes. Es una derrota completa e incontrolable. ¿Lo ve? ¿Qué le decía yo? Y usted se lamentaba.

—¿Cuándo me lamentaba?

—Continuamente. Sobre todo cuando Vitsyn se nos venía encima.

El doctor recordó el otoño anterior, el fusilamiento de los conjurados, la tragedia

de Palyj, aquellas matanzas que parecían no tener fin. Blancos y rojos competían en ser implacables, multiplicando continuamente las atrocidades como reacción recíproca. La sangre daba náuseas, se subía a la garganta y a la cabeza, incluso los ojos no veían más que sangre. Lo suyo no había sido una lamentación, sino algo muy distinto. Pero ¿cómo explicárselo a Liveri?

El refugio trascendía acres emanaciones de óxido de carbono que se pegaban al paladar e irritaban la nariz y la garganta. La cabaña estaba iluminada por delgadas varillas de madera que ardían sobre un trípode de hierro. Cuando se consumía una, su extremo carbonizado caía en un recipiente lleno de agua y Liveri la sustituía por otra.

—Ya ve lo que quemo. El aceite se ha terminado. Pero estas ramitas se consumen enseguida. Sí, como, le decía, en el campamento hay escorbuto. ¿De veras no quiere un poco de ternera? El escorbuto. ¿Qué le parece a usted, doctor? Hemos de reunir los mandos, dar cuenta de la situación, celebrar con los dirigentes una conferencia sobre el escorbuto y hablarles de las medidas preventivas.

—No me torture, por amor de Dios. ¿Qué sabe concretamente de nuestros familiares?

—Le he dicho que no tengo ninguna noticia concreta. Pero no he terminado de decirle todavía lo que cuentan los últimos partes de guerra. La guerra civil ha terminado. Kolchak ha sido derrotado en toda la línea. El ejército rojo lo persigue a lo largo de la línea del ferrocarril hacia el este, para rechazarlo hasta el mar. Otra unidad del ejército rojo está en camino para reunirse con nosotros y aniquilar conjuntamente las distintas bolsas enemigas que hay por todas partes. El sur de Rusia está ya completamente limpio. ¿No está contento? ¿Le parece demasiado poco?

—No. Estoy contento. Pero ¿dónde están nuestras familias?

—No están en Varykino, y es una suerte. Aunque, como suponíamos, los rumores que circulaban este verano no hayan tenido confirmación (¿recuerda lo que se decía de una invasión de no se sabe qué pueblo misterioso?), el lugar fue completamente abandonado. Algo tuvo que haber sucedido y es una suerte que nuestras familias hubiesen huido a tiempo. Hemos de pensar que se han salvado. Esa es la opinión de los pocos que se quedaron, según el informe obtenido en el reconocimiento.

—¿Y Yuriatin? ¿Qué sucedió a Yuriatin? ¿En manos de quién está?

—También allí parece que ocurrió algo extraño. Pero debe de tratarse de un error.

—¿Qué es?

—Parece que están allí los blancos todavía. Pero eso es imposible, es un absurdo. Ahora se lo demostraré con hechos.

Liveri colocó en las trébedes una nueva ramita y desenrolló un manoseado mapa militar. Luego lo dobló y dejó al descubierto solamente la zona que le interesaba, que comenzó a señalar con el lápiz que tenía en la mano.

—Mire: en todos estos sectores los blancos han sido rechazados. Aquí, aquí y

aquí, a lo largo de todo este arco. ¿Me sigue?

—Sí.

—Por eso no pueden encontrarse en el radio de Yuriatin. De no ser así, con las comunicaciones cortadas, caerían inevitablemente en una bolsa. Y sus generales, aunque sean torpes, tienen que darse cuenta. ¿Por qué se ha puesto la pelliza? ¿Adónde va?

—Perdóneme, sólo un momento. Volveré enseguida. Aquí se ahoga uno con el humo y el olor a quemado. No me encuentro bien. Voy a tomar un poco de aire.

De nuevo al aire libre, el doctor sacudió con el guante la nieve que se había acumulado sobre un grueso tronco dispuesto como banco ante el refugio. Se sentó en él y se quedó absorto, encorvado, con la cabeza entre las manos. Ya no existía la *taigá* invernal, el campamento en el bosque, los dieciocho meses pasados entre los partisanos. Lo había olvidado todo. En su mente sólo existían sus familiares, y hacía cábalas y más cábalas.

Veía a Tonia caminando bajo la tormenta, en medio del campo, con Shúrochka en brazos, envuelto en una manta. Sus piernas se hundían en la nieve, caminaba con gran fatiga, la tempestad la acosaba con furia y el viento la zarandeaba. Caía y volvía a levantarse, incapaz ya de sostenerse sobre sus débiles piernas que comenzaban a ceder. Pero ¿por qué volvía a olvidarlo? No tenían un hijo, sino dos, y Tonia estaría lactando todavía al más pequeño. Tendría ambos brazos ocupados, como las refugiadas de Chlimka, enloquecidas por el dolor y el cansancio.

Tendría ocupados ambos brazos y nadie a su lado que pudiera ayudarla. Nadie sabría dónde estaba el padre de Shúrochka. Estaría lejos, cada vez más lejos, toda la vida lejos de ellos. ¿Y qué papá era aquél? ¿Acaso son así los verdaderos papás? ¿Dónde estaba el padre de ella, dónde estaba Alexandr Alexándrovich? ¿Dónde estaría Niusha? ¿Dónde estaban los demás? Era mejor no hacerse tales preguntas, era mejor no pensar, no imaginar nada.

Se levantó del tronco para volver a entrar en el refugio. Pero de pronto sus pensamientos tomaron otra dirección y decidió no volver a ver a Liveri.

Hacía tiempo que tenía preparados los esquíes, un saco con galletas y todo lo necesario para su fuga. Lo había enterrado todo en la nieve, al otro lado de los límites del campamento al pie de una gran picea, en cuyo tronco, para mayor seguridad, había grabado una señal especial. Comenzó a andar por el sendero abierto entre montones de nieve. Era una noche límpida y lucía la luna llena. El doctor sabía dónde estaban apostados los centinelas nocturnos y logró evitarlos. Pero cerca del otero donde surgía el serbal, un centinela le gritó desde lejos el «¿quién vive?» y se acercó a él de un salto, deslizándose sobre los esquíes.

—¡Alto o disparo! ¿Quién eres? ¡Contesta inmediatamente!

—¿Estás loco, hermano? Pertenezco al campamento. ¿No me reconocías? Soy el

doctor Zhivago.

—Perdona. No te enfades, camarada Zhelvak. No te había reconocido. Pero aunque seas Zhelvak, tampoco te dejaré pasar. Todos debemos respetar el reglamento.

—Sí, tienes razón. El santo y seña es «Siberia roja», y la respuesta: «Abajo los intervencionistas.»

—Eso ya es otra cosa. Ve donde quieras. Pero ¿por qué diablos quieres dar una vuelta? ¿Enfermos?

—No puedo dormir y tengo sed. He pensado tomar un poco de nieve. Vi el serbal con las bayas heladas. Comeré algunas.

—Esos son los caprichos de los señores. ¡Ir a comer bayas en invierno! Hace tres años que te están cascando y no hay modo de sacar nada en limpio de ti. No tienes conciencia de clase. Anda, vete a tu serbal, insensato. ¿Crees que me importa?

Y así, deslizándose cada vez con mayor rapidez a causa del impulso adquirido, el centinela, erguido sobre sus esquíes, se apartó de Zhivago y se alejó sobre la nieve intacta, empequeñeciéndose cada vez más tras las desnudas ramas invernales, exiguas como los cabellos cuando empiezan a clarear en la cabeza. Siguiendo el sendero, el doctor llegó al pie del serbal.

El árbol se hundía en la nieve: emergían solamente las ramas con las hojas y las heladas bayas e inclinaba hacia él dos ramas cargadas de nieve. Imaginó que eran los largos y blancos brazos de Lara, redondos y generosos y, agarrando las ramas, atrajo hacia sí el árbol. Como un ya sabido movimiento de respuesta, el serbo lo cubrió de nieve desde la cabeza a los pies. Sin saber lo que decía, murmuró inconsciente:

—Volveré a verte, mi indescriptible belleza, mi señora, mi pequeño y querido serbal.

La noche era transparente y resplandecía la luna. Penetró en la *taigá* hacia la picea, desenterró sus cosas y abandonó el campamento.

XIII
ANTE LA CASA DE LAS ESTATUAS

1

La Bolshaia Kupiécheskaia descendía en zigzag hacia las calles Málaia Spáskaia y Novosválochny. Allí la dominaban las casas y las iglesias de la parte alta de la ciudad.

En la esquina se alzaba la casa gris oscura de las estatuas. Sobre las enormes piedras cuadrangulares de su basamento oblicuo negreaban los bandos gubernativos fijados en él recientemente. Pequeños grupos de personas leían en silencio, permaneciendo largo rato sobre la acera.

Después del deshielo, el tiempo volvió a ser seco. Pero heló de nuevo y el frío iba aumentando sensiblemente. A la hora en que, aún no hacía mucho tiempo, era ya de noche, ahora no había oscurecido todavía. Aquel intervalo libre del crepúsculo estaba lleno de luz que no cedía y duraba aún por la noche, le agitaba a uno, le llevaba muy lejos y le despertaba una sensación de pánico.

Hacía poco que los blancos se habían ido, abandonando la ciudad a los rojos. El tiroteo, el derramamiento de sangre y la angustia de la guerra había terminado ya. También eso producía una sensación de pánico, como el final del invierno y la prolongación primaveral del día.

Los bandos que, todavía a plena luz, leían los transeúntes, decían:

«*Comunicado a la población*: Las cartillas de trabajo para los ciudadanos acomodados pueden retirarse al precio de cincuenta rublos cada una en la estación de aprovisionamiento del soviet de Yuriatin, calle Oktiábrskaia, antigua Generalgubernátorskaia, 5, oficina número 137.

»La falta de cartilla de trabajo, así como toda irregularidad cometida en ella, será castigada con todo el rigor de los tiempos de guerra. Las instrucciones para el uso de las cartillas de trabajo se publicaron en el Boletín del Comité Ejecutivo de Yuriatin, número 86/1.013 del año en curso y pueden examinarse en el tablero de anuncios de la sección de aprovisionamiento del soviet de Yuriatin, oficina n.º 137.»

Otro bando informaba que las reservas alimenticias de la ciudad eran suficientes para cubrir todas las necesidades, pero que los burgueses las ocultaban para obstaculizar su distribución y sembrar el desorden en la organización del aprovisionamiento, y terminaba con las siguientes palabras:

«Todo aquel a quien se sorprenda reteniendo u ocultando reservas alimenticias será fusilado en el acto.»

Un tercer bando proponía las siguientes medidas:

«Con objeto de no perturbar el funcionamiento regular del aprovisionamiento,

todos aquellos que no pertenezcan a la clase explotadora deberán agruparse en sindicatos de consumo. Para informaciones dirigirse a la sección de aprovisionamientos del soviet de Yuriatin, Oktiábrskaia, antigua Gueneralgubernátorskaia, 5, oficina n.º 137.»

A los militares se les hace saber:

«Quien no haya hecho entrega de las armas y las retenga sin la correspondiente autorización de nuevo modelo será perseguido con el máximo rigor de la ley. Los permisos de armas se renuevan en el Comité revolucionario de Yuriatin, Oktiábrskaia, 6, oficina n.° 63.»

2

Al grupo de gente que leía los bandos se acercó un hombre flaco, que hacía tiempo que no se lavaba y por eso parecía cetrino, de aspecto salvaje, con un hatillo al hombro y un bastón. En sus cabellos no se descubría aún cana alguna, pero su barba de color castaño oscuro había comenzado a encanecer. Era Yuri Andriéevich Zhivago. Su pelliza había desaparecido hacía ya mucho tiempo, quizá por el camino o cambiada por algún alimento. Llevaba prendas viejas, con las mangas demasiado cortas para él, que no lograban calentarlo.

En el hatillo no tenía más que una hogaza de pan que le fue dada en el último pueblo que atravesó antes de llegar a la ciudad, y un trozo de tocino. Había llegado a Yuriatin una hora antes, por la parte de la línea férrea, y tardó una hora en alcanzar aquella esquina, tan débil y extenuado se encontraba por el largo camino recorrido en aquellos últimos días. Deteníase con frecuencia y, haciendo un verdadero esfuerzo, esforzábase en no caer y besar las piedras de aquella ciudad que no creyó volver a ver nunca jamás y cuya vista lo enternecía como si se tratase de una criatura viva.

Mucho tiempo, durante una buena mitad de su camino, siguió la línea del ferrocarril, ya en estado de abandono y fuera de uso, sepultada toda por la nieve. Había dejado atrás convoyes enteros del ejército de los blancos, con sus vagones de pasajeros y mercancías detenidos en el camino a causa de las abundantes nevadas, la derrota de Kolchak y la falta de combustible. Aquellos trenes bloqueados en la vía férrea, inmovilizados para siempre y sepultados bajo la nieve, extendíanse como una cinta, casi ininterrumpidamente, durante muchas verstas. Servían de fortines a bandas armadas que asaltaban las carreteras, eran refugio de criminales y fugitivos políticos, los involuntarios vagabundos de aquellos tiempos, pero sobre todo de tumbas comunes para quienes morían de frío o de tifus, enfermedades que hacían estragos a lo largo de la línea y habían devastado pueblos enteros.

Los tiempos daban la razón al viejo adagio: el hombre es un lobo para el hombre. Un caminante, cuando encontraba a otro, daba siempre un rodeo, porque el caminante mataba a quien encontraba para que éste no lo matase a él. Incluso hubo algún caso

de canibalismo. Las leyes de la civilización humana se vinieron abajo. Se vivía según la ley de la selva. El hombre tenía los sueños prehistóricos de los trogloditas.

Las sombras solitarias que a veces se escondían en los recodos del camino, que atravesaban temerosas los senderos a lo lejos y a las que Yuri Andriéevich, siempre que podía, evitaba cuidadosamente, le parecían a menudo figuras conocidas, personas conocidas en otro tiempo. Tenía para sí que todos eran gentes del campamento de partisanos. La mayor parte de las veces se equivocaba, pero en cierta ocasión sus ojos no le engañaron. El adolescente que salió de detrás de un montón de nieve tras el que se ocultaban los restos de un coche cama internacional y que después de haber hecho sus necesidades se deslizó de nuevo a su escondite, era realmente uno de los Hermanos del Bosque. Era Terienti Galuzin, a quien se supuso muerto. Creyeron haberlo matado, pero después de haber permanecido mucho rato sin conocimiento, volvió en sí y se alejó del lugar de la ejecución, para refugiarse en los bosques. Había curado de sus heridas y ahora, con otro nombre, trataba de reunirse con los suyos en la ciudad de Krestovozdvízhensk, escondiéndose, por el camino, en los trenes sepultados por la nieve.

Tales escenas, semejantes espectáculos daban la impresión de algo trascendental, de algo que pertenecía al más allá. Parecían fragmentos de existencias desconocidas, de otros planetas, transportados por error a la tierra. Sólo la naturaleza permanecía fiel a la historia y se mostraba a los ojos tal como la han representado los artistas de la edad moderna.

Eran apacibles tardes invernales de color gris claro y rosa oscuro. En el crepúsculo luminoso se delineaban las negras copas de los abetos, como dibujadas a pluma. Bajo la trama gris de la ligera corteza de hielo, negros arroyos discurrían entre orillas formadas por blancos montones de nieve, corroídos en su base por la oscura agua corriente. Una noche semejante, de hielo, de un gris transparente, como para hacer que duela el corazón, que hacía pensar en la fronda del sauce, iba precisamente a descender sobre Yuriatin, ante la «Casa de las estatuas».

El doctor se había acercado al tablero de noticias de la Oficina central de Prensa, colocado sobre la pared de la casa, para echar una ojeada a los comunicados oficiales. Pero su mirada continuaba fija en la dirección opuesta, hacia arriba, hacia una de las ventanas del segundo piso de la casa de enfrente. Los cristales de la ventana que daba a la calle habían sido blanqueados con yeso en otro tiempo. Dentro se habían amontonado los muebles de los dueños de la casa. Aunque el hielo hubiese velado con una leve cortina de cristal la parte interior, velase ahora que los cristales estaban transparentes y que de ellos se había quitado el yeso. ¿Qué significaba este cambio? ¿Habían vuelto los dueños del inmueble? ¿O Lara había partido, lo habitaban otros inquilinos y ya todo era diferente?

La incertidumbre lo atormentaba y no conseguía dominarse. Atravesó la calle,

entró en el zaguán y comenzó a subir aquellas escaleras tan conocidas y tan queridas por su corazón. ¡Cuántas veces, en el campamento del bosque, había recordado los mínimos detalles de las volutas de aquellos escalones de hierro fundido! En una determinada curva de la escalera, quien mirase a sus pies, a través de los agujeros, podía ver amontonados abajo cubos y sillas rotas. Así era todavía. Nada había cambiado, todo estaba como antes. El doctor agradeció a la escalera su fidelidad al pasado.

Antiguamente, en la puerta, hubo una campanilla. Pero se estropeó y ya no funcionaba antes de que él fuese hecho prisionero en los bosques. Quiso llamar a la puerta, pero observó que estaba cerrada con un pesado candado pasado a través de dos cáncamos fijados toscamente en el marco y la vieja puerta de madera, cuya pintura estaba llena de desconchones. Antes no habría concebido semejante barbarie. En otros tiempos se ponían cerraduras a las puertas, y si se estropeaban, siempre se hallaba algún cerrajero que las arreglase. Este insignificante detalle era ya un índice de la situación general, cada vez más grave.

Estaba seguro de que Lara y Kátienka no estaban en la casa. Acaso ni siquiera en la ciudad, tal vez ni en el mundo. Estaba preparado por las más terribles desilusiones. Sólo por escrúpulo decidió mirar en el agujero al que él y Kátienka tenían tanto miedo. Con el pie dio un golpe a la pared para que si metía la mano en el agujero no encontrase ninguna rata. No tenía ninguna esperanza de encontrar nada en el lugar convenido. El agujero estaba tapado con un ladrillo. Lo quitó y metió la mano en la cavidad. ¡Oh, milagro! Estaba la llave y una carta más bien larga escrita en una hoja grande de papel. Acercóse a la ventana del entresuelo. Y milagro todavía más grande, más increíble: la carta estaba dirigida a él. Leyó rápidamente:

«¡Señor! ¡Qué felicidad! Dicen que estás vivo y has vuelto. Te han visto por los alrededores y han corrido a decírmelo. Imagino que irás inmediatamente a Varykino y hacia allí voy a buscarte con Kátienka. De todos modos, la llave sigue en el mismo sitio. Espera mi regreso y no te muevas. Todavía no lo sabes, pero vivo en la parte delantera de la casa, en las habitaciones que dan a la calle. Todo lo demás lo habrás comprendido enseguida. En casa hay demasiado espacio vacío, y he tenido que vender una parte de los muebles de los dueños. Te dejo algo para comer, patatas hervidas. Pon la plancha o alguna cosa pesada sobre la tapadera, como he hecho yo, para que no puedan entrar las ratas. Estoy loca de alegría.»

Aquí terminaba la primera cara de la carta. El no se dio cuenta de que estaba también escrita por la otra cara. Se la llevó a los labios, abierta sobre la mano, luego, sin mirarla, la dobló y se la metió en el bolsillo junto con la llave. Un dolor terrible, lacerante, mezclábase con su loca alegría. Si ella se había ido a Varykino, así, sin más, sin ningún disimulo, significaba que su familia ya no estaba allí. Además de la ansiedad que le causaba este detalle, ya de suyo experimentaba una tristeza y una

angustia intolerables. Algo debía de haber ocurrido para que Lara no hablase de ellos, ni dijera dónde estaban, como si ya no existieran.

Pero no había tiempo para reflexiones. En la calle comenzaba a oscurecer. Tenía que hacer muchas cosas antes de que se hiciera de noche. Y una de las no menos importantes era conocer los bandos fijados en las calles. No eran tiempos para bromear. Por una simple ignorancia se podía pagar con la vida la transgresión de alguna orden. Y, sin abrir la puerta de la casa, sin quitarse el hatillo del hombro, salió a la calle y se acercó a la pared cubierta en una gran extensión por carteles de toda clase.

3

Eran artículos de periódico, resúmenes de discursos y decretos. Recorrió rápidamente sus titulares. «Sobre las órdenes de requisa y tasación dictadas contra las clases propietarias. Sobre el control obrero. Sobre los comités de fábrica y oficina.» Eran las disposiciones dictadas por las nuevas fuerzas que señoreaban la ciudad, sustituyendo las precedentes. Las nuevas autoridades recordaban a los ciudadanos la solidez del régimen, que acaso habrían olvidado sus habitantes bajo la fugaz administración blanca. Pero Yuri Andriéevich se sintió mareado ante aquellas prolijas y monótonas repeticiones. ¿A qué época se remontaban aquellas órdenes? ¿A los tiempos de las primeras algaradas o a periodos sucesivos, después de las numerosas revueltas blancas dominadas entre tanto? ¿Qué escritos eran aquéllos? ¿Del año anterior? ¿De dos años antes? Una vez en su vida aquel lenguaje incontrovertible y aquella clara línea de pensamiento lo entusiasmaron. ¿Era posible que tuviese que pagar ahora su incauto entusiasmo renunciando a no oír más que aquellos gritos de loco y aquellas exigencias inmutables, que no cambiaban con el curso de los años, sino que, al contrario, con el transcurso del tiempo se hacían cada vez menos vitales, más incomprensibles y abstractas? ¿Era posible que un momento de apasionada generosidad lo hubiera esclavizado para siempre?

Un fragmento de información se le quedó grabado en los ojos y leyó:

«Las noticias a propósito del hambre demuestran la increíble pasividad de las organizaciones locales. Los casos de abuso son evidentes; las especulaciones, monstruosas. ¿Qué ha hecho la oficina de los sindicatos locales, qué han hecho los comités de fábrica y oficinas en la ciudad y en el territorio? Hasta que no se efectúen registros en masa en los almacenes del depósito de mercancías de Yuriatin, en los sectores de Yuriatin-Razvilie y Razvilie-Rybalka, hasta que no se apliquen severas medidas de represión, comprendido el fusilamiento de los especuladores, no tendremos salvación contra el hambre.»

«¡Qué ceguera tan espantosa! —pensó el doctor—. ¿De qué pan se puede hablar si hace tiempo que no se cosecha trigo?¿De qué clases propietarias, de qué

especuladores, si hace tiempo fueron aniquilados por los decretos anteriores?¿De qué campesinos, de qué pueblos, si no existen?¿Olvidan sus mismas medidas y programas, que desde hace tiempo no han dejado piedra sobre piedra?¿Cómo se las arreglan para divagar año tras año, con un furor tan encarnizado e incansable, sobre temas que no existen, que se agotaron hace tiempo, y no querer saber nada, y no ver nada a su alrededor?»

Tuvo un vahído, perdió el conocimiento y cayó desvanecido en la acera. Cuando recobró el sentido y lo ayudaron a levantarse, se ofreció la gente para acompañarlo adonde quisiera. Dio las gracias y no quiso aceptar ayuda de nadie, diciendo que solamente tenía que cruzar la calle y entrar en la casa de enfrente.

4

Subió de nuevo la escalera y se dispuso a abrir la puerta del piso de Lara. En el rellano había la misma luz que momentos antes. Con alegría y gratitud advirtió que el sol no le apremiaba.

El ruido de la puerta al abrirse provocó en él una conmoción. El piso, desierto por la ausencia de sus inquilinos, lo acogió con un estruendo de latas derribadas. Con todo su peso las ratas se lanzaban al suelo y huían precipitadamente. Se sintió incómodo, impotente contra aquel repugnante alboroto que la oscuridad parecía haber parido.

Antes de tomar cualquier iniciativa para instalarse en el departamento y pasar en él la noche, decidió levantar una barrera contra aquel asalto, encerrarse en una habitación que pudiera aislarle del resto del piso, tapados con trozos de cristal y hierros los agujeros de las ratas.

Desde el recibimiento pasó a la izquierda, hacia la parte del piso que no conocía aún. Dejó atrás una pieza oscura que servía de paso y se encontró en una habitación luminosa cuyas ventanas daban a la calle. Precisamente ante ellas, al otro lado de la calle, se dibujaba la «Casa de las estatuas». La parte inferior de la fachada estaba cubierta de manifiestos, que los transeúntes leían, volviendo la espalda a la ventana.

La luz, dentro y fuera de la casa, era la misma, la joven e inestable luz crepuscular de la primavera precoz. La afinidad entre ambas luces era tal que la habitación parecía fundirse con la calle. Había una única diferencia: en la alcoba de Lara, donde él se encontraba, hacía más frío que en el exterior, en la calle Kupiécheskaia.

Cuando se acercaba a la ciudad en la última etapa de su viaje y cuando, una o dos horas antes, la atravesó, la debilidad que aumentaba constantemente en él le pareció un síntoma de enfermedad y lo asustó.

Así, sin motivo, ahora, la uniformidad de la luz en la calle y en la casa lo llenaba de alegría. El frío, idéntico en la calle y en la habitación, lo equiparaba a los peatones de la tarde en la calle, a los estados de ánimo de la ciudad, a la vida del mundo. Sus

temores se habían disipado. No pensaba ya en estar enfermo. La transparencia vespertina de aquella luz primaveral que penetraba por todas las partes le parecía una garantía de lejanas y generosas esperanzas. Lo inducía a pensar que todo iba por el mejor camino, que lo alcanzaría todo en la vida, que lo descubriría y conciliaría todo, que lograría pensarlo y expresarlo todo. Y esperaba su inminente demostración en la alegría del encuentro con Lara.

Una loca excitación, una agitación desenfrenada, habían ocupado el lugar de su primitivo cansancio. Pero esta animación era una señal de enfermedad, ahora más cierta que su debilidad anterior. No podía estar quieto. De nuevo se sentía atraído por la calle, impelido ahora por una razón precisa.

Antes de instalarse en la casa debía ir a cortarse los cabellos. Por eso, mientras cruzaba antes la ciudad, se había estado fijando en las tiendas, deteniéndose ante los locales de las antiguas barberías. Pero una parte de los locales estaban desiertos o bien reservados para otros usos. Los que respondían aún a su antigua muestra estaban cerrados con llave. No había manera de encontrar un lugar donde afeitarse y cortarse el pelo, y él no tenía navaja. Hubiera podido utilizar unas tijeras si las hubiese encontrado en la casa. Buscó en el tocador de Lara con una prisa impaciente y acaso precisamente por eso no consiguió hallarlas.

Recordó que en la calle Málaia Spáskaia hubo en otro tiempo un taller de modistas. Pensó que si funcionaba todavía el obrador y llegaba antes de que cerrasen, podía pedirle las tijeras a una oficiala. Por eso salió de nuevo a la calle.

5

La memoria no le había engañado. El obrador continuaba en su sitio y en actividad. Ocupaba un local al nivel de la calle, con una ventana que daba a la acera y servía de escaparate, y desde la cual se veía el interior hasta la pared opuesta. Las costureras trabajaban bajo las miradas de quienes pasaban por la calle.

El local estaba abarrotado. A las modistas se les habían agregado algunas voluntarias, mujeres de edad madura de la buena sociedad de Yuriatin, que lo hacían para conseguir las cartillas de trabajo, de que se hablaba en los bandos pegados en la pared de la «Casa de las estatuas». Distinguíanse enseguida de las modistas verdaderas por la lentitud de sus movimientos.

En el obrador se confeccionaban solamente trajes militares, pantalones y pellizas cortas, y además, como Yuri Andriéevich lo había visto en el campamento de los partisanos, grotescas chaquetas de multicolores pieles de perro que se cosían juntas. Las modistas voluntarias metían con dedos torpes las piezas de aquellas pieles bajo las agujas de las máquinas, adaptándose penosamente a este trabajo de peleteras al que no estaban acostumbradas.

Llamó a la ventana e indicó que quería entrar. Siempre por señas le respondieron

que no aceptaban encargos particulares. No desistió, y con los mismos ademanes insistió en que lo dejasen entrar y le escucharan. Con nuevos signos de negativa le hicieron comprender que tenían un trabajo urgente, que les dejase en paz, que no las molestara y que siguiera su camino. Una de las obreras, con aire contrariado, extendió la palma de la mano y con los ojos le preguntó qué deseaba. Con los dedos índice y medio él indicó el movimiento de las tijeras. Pero no lo comprendieron. Creyeron que se trataba de alguna grosería, que les tomaba el pelo y que se divertía a su costa. Con su aspecto y su extraña conducta podía parecer un enfermo o un loco. Se echaron a reír y le hicieron ademanes con las manos para que se alejase de la ventana. Por último, se le ocurrió buscar la puerta de entrada a través del patio de la asa, la encontró y, descubriendo la puerta del taller, llamó.

6

Abrió la puerta una costurera de edad, de rostro moreno, vestida de oscuro, muy severa, acaso la directora del obrador.

—¿Por qué no se larga de aquí? ¡Qué calamidad! Vamos, diga enseguida lo que quiere. No tenemos tiempo que perder.

—Necesito unas tijeras. No se sorprenda. Quisiera pedirle que me las prestara un momento. Me cortaría la barba aquí, delante de ustedes, y se lo agradeceré mucho.

En los ojos de la modista se pintó el asombro y la desconfianza. Era evidente que dudaba del sano juicio de su interlocutor.

—Vengo de muy lejos. Acabo de llegar a la ciudad. Quería cortarme el pelo, pero no hay abierta ninguna barbería. Pensé hacerlo por mi cuenta, pero no tengo tijeras. Préstemelas, por favor.

—Bueno. Yo le cortaré el pelo. Pero le advierto que si tiene otra cosa metida en la mollera, cualquier idea torcida, si quiere cambiar de aspecto para que no le reconozcan, si es por causa de algún motivo político, no insista. No queremos jugarnos el pellejo por usted. Le denunciaremos a quien corresponda. No son momentos para estas cosas.

—Lo comprendo.

La modista lo hizo entrar y lo condujo a una pequeña habitación contigua no mayor que un trastero y momentos después estaba sentado como en una peluquería, envuelto todo él en un lienzo blanco ceñido al cuello, que le tapaba los hombros.

La mujer se alejó para ir en busca de sus instrumentos y al poco rato volvió provista de unas tijeras, un peine, unas maquinillas de diferentes medidas para cortar el pelo, un suavizador y una navaja de afeitar.

—Yo he hecho de todo en la vida —le dijo al doctor maravillado—. Incluso de peluquera. Durante la guerra, cuando era enfermera, aprendí a cortar el pelo y a afeitar. Empecemos por cortar la barba con las tijeras, luego le pasaremos la navaja.

—Por favor, recórteme también el pelo.

—Lo intentaremos. Por su aspecto parece usted un intelectual, y, sin embargo, finge usted no saber. Ahora no se cuenta ya por semanas, sino por décadas. Hoy es diecisiete y los barberos hacen fiesta las décadas terminadas en siete. Cualquiera diría que no lo sabe.

—No, le doy mi palabra. ¿Por qué habría de fingir? He dicho que vengo de muy lejos. No soy de aquí.

—Estése quieto. No se mueva. Podría cortarle. De manera que es usted forastero. ¿Cómo se las ha arreglado para-llegar?

—Con las piernas.

—¿Por la gran carretera?

—En parte por la carretera y en parte siguiendo la línea del ferrocarril. ¡Si hubiese visto los trenes! Hay muchísimos bajo la nieve. De toda clase, de lujo, especiales...

—Perfecto. Ya falta poco. Ahora cortaremos por aquí y habremos terminado. ¿Motivos de familia?

—¡Qué va! Por asuntos de la antigua asociación de las Compañías de Crédito. Soy inspector. Me han enviado de viaje de inspección al quinto infierno. Me quedé bloqueado en la Siberia oriental. No era posible retroceder: ningún tren. No había nada que hacer y tuve que decidirme a venir a pie. He estado caminando durante mes y medio. He visto tantas cosas que necesitaría toda una vida para contarlas.

—No tiene por qué contarlas. Yo le diré lo que debe hacer. Pero ahora espere. Aquí tiene el espejo. Saque una mano y cójalo. Mírese. ¿Va bien? ¿Qué le parece?

—Tal vez haya cortado usted demasiado poco. Podría haber recortado un poco más.

—No quedaría bien. Le decía que no hay que contar nada. Lo mejor que hoy se puede hacer es estar callado sobre lo que sea. Compañías de Crédito, trenes de lujo bajo la nieve, inspectores y revisores... Será mejor que olvide todas estas palabras. Podría ocurrirle una desgracia. Todo eso ya ha pasado de moda, ya no se usa. Invente más bien que es un médico o un maestro de escuela. Bien, ya hemos cortado la barba. Ahora hay que afeitarla bien. Vamos a enjabonarla y chic-chic, ya está usted rejuvenecido diez años. Voy a calentar un poco de agua.

«¿Quién será esta mujer?—pensaba mientras tanto el doctor Zhivago—. Tengo la impresión de que entre nosotros existen varios puntos de contacto. Además, creo conocerla. Hay algo en ella que me parece haber ya visto u oído antes. Acaso me recuerda a alguien. Pero ¿a quién?»

Regresó la modista.

—Y ahora vayamos con el afeitado. Le decía que lo mejor es no decir nada más que lo necesario. Hay un viejo refrán que dice: la palabra es plata y el silencio oro. Nada de trenes especiales ni Compañías de Crédito. Ya le digo que es mejor que

invente algo, que es usted un médico o un maestro de escuela. Y eso de que haya visto muchas cosas, resérvelo para usted. No tiene que maravillar a nadie contando eso. ¿Le hace daño la navaja?

—Sí, un poco.

—Araña un poco, ya lo sé. Pero ha de tener paciencia, amigo mío. El pelo está endurecido y la piel se ha desacostumbrado a la navaja. De acuerdo, no tiene que maravillar a nadie contando sus aventuras. La gente ya está harta. Hemos tenido que tragarnos las lágrimas. ¡Qué no habrá sucedido aquí bajo los blancos! Robos, asesinatos, deportaciones. Cazaban a la gente como si fueran conejos. Por ejemplo, había un pequeño sátrapa, un tal Sapunov, que no tenía mucha simpatía a cierto teniente, y envió a los soldados a apostarse ante el bosque de Zagoródnaia, frente a la casa de Krapulski. Lo desarmaron y se lo llevaron escoltado a Razvilie. En Razvilie estaba entonces lo que hoy es la cheka provincial. Un lugar para las ejecuciones. ¿Por qué sacude la cabeza? Araña. Ya lo sé, amigo mío. Pero no puedo hacer nada. Aquí he de afeitar a contrapelo y la barba es dura como cerdas. Decía que lo llevaron a ese lugar. Su mujer, naturalmente, tuvo un ataque histérico. Me refiero a la mujer del teniente. ¡Kolia! ¡Kolia mío! Y se fue a ver al jefe. Bueno, decir que fue es una manera de hablar. ¿Cree usted que la dejaron pasar? Estaba la guardia. Pero aquí, en la calle, había una persona que sabía lo que había que hacer para llegar al jefe y que defendía a todo el mundo. El jefe era un hombre extraordinario, no como los demás, sino humano y lleno de comprensión. El general Galiullin. Pero por todas partes no había más que linchamientos, atrocidades, tragedias de celos. Justo como en algunas novelas españolas.

«Habla de Lara —intuyó el doctor, pero por precaución calló y no aventuró ninguna pregunta concreta—. Cuando ha dicho "como en las novelas españolas", me ha recordado algo. Precisamente con esta comparación fuera de lugar, que no viene a cuento.»

—Ahora, naturalmente, todo ha cambiado. Por lo que se refiere a investigaciones, denuncias y fusilamientos, todo lo que quiera. Pero la idea es distinta. En primer lugar, hay un poder nuevo. Hace poco que gobierna y la gente no se ha acostumbrado todavía. En segundo lugar, ¿qué quiere que le diga?, se inclinan por el pueblo, ésa es su fuerza. Nosotras éramos cuatro hermanas, incluida yo, y todas trabajábamos. Es lógico que simpatizáramos con los bolcheviques. Una de mis hermanas murió. Estaba casada con un político. Su marido estaba aquí, al frente de una fábrica. Su hijo, mi sobrino, es el jefe de los insurrectos en el campo. Un hombre famoso, digámoslo así.

«¡Ah! —exclamó Yuri Andriéevich para sí—. Es la tía de Liveri, de quien hablan todos, la cuñada de Mikulitsyn, peluquera, modista, guardavías, conocedora de toda clase de oficios. Pero será mejor que continúe callado.»

—Mi sobrino tenía, desde niño, simpatía por el pueblo. Creció al lado de su padre

entre los obreros, en la Sviatogor-Bogatir. Son las fábricas de Varykino. ¿No ha oído hablar de ellas? Pero ¿qué estoy haciendo? ¡Estúpida de mí! He afeitado media barbilla y me falta todavía la otra mitad. Eso es por ponerme a charlar. ¿Y por qué usted no dice nada? Ahora el jabón se le ha secado en la cara. Iré a calentar más agua. Esta ya está fría.

Cuando volvió Tuntsova, Yuri Andriéevich le preguntó:

—¿Varykino no es acaso un lugar perdido en el bosque, donde nunca sucede nada?

—Sí, más o menos es eso. Pero le diré a usted que ese rincón perdido en el bosque se ha visto en peor situación que nosotros. Por Varykino pasaron ciertas bandas que ni siquiera sabemos quiénes eran. No hablaban como nosotros. Casa por casa sacaron a sus habitantes y los fusilaron. Y todo sin decir ni pío. Los cadáveres quedaron sobre la nieve. Ocurrió en invierno, ¿sabe? Pero ¿por qué se mueve de esta manera? ¿No ve que le voy a cortar el pescuezo con la navaja?

—Dijo usted que su cuñado vivía en Varykino. ¿Tampoco él pudo escapar de estos horrores?

—Sí, ¿por qué? ¡Dios es misericordioso! Él y su mujer se fueron a tiempo. Su nueva mujer, la segunda. No sé dónde paran, pero estoy segura de que se han salvado. Además, allí, en los últimos tiempos se establecieron otras personas, una familia de Moscú, forasteros. Ellos ya se habían ido antes. El más joven de los hombres era un médico, el cabeza de familia, que después desapareció sin dejar rastro. Pero ¡qué digo sin dejar rastro! Se decía por decir, para que la familia no sufriera. Pero la realidad es que debe de haber muerto, o lo matarían. Lo han buscado por todas partes y no han podido dar con él. El otro hombre, el de más edad, fue llamado a Moscú. Era profesor. De agronomía. Tengo entendido que lo llamó el Gobierno. Pasaron por Yuriatin. Eso fue antes de que vinieran por segunda vez los blancos. No mueva la cabeza, amigo mío. Si uno se mueve tanto cuando lo afeitan se le puede rebanar la nuez. Exige usted demasiado al barbero.

«¡De modo que están en Moscú!»

7

«¡En Moscú! ¡En Moscú!» A cada paso, a medida que subía por tercera vez los escalones de hierro fundido, oía resonar en su corazón estas palabras. El piso vacío lo acogió de nuevo con el barullo de las ratas que caían, saltaban y huían por todas partes. Comprendió que aunque estaba cansadísimo, no podría pegar ojo en medio de aquel repugnante alboroto. Así, pues, comenzó los preparativos para pasar la noche, tapando los agujeros por donde salían las ratas. Afortunadamente, en el dormitorio no había muchos, bastante menos que en el resto de la casa, donde el pavimento y los zócalos de las paredes estaban destrozados. Convenía obrar con toda rapidez porque

se acercaba la noche. Cierto es que sobre la mesa de la cocina, acaso en previsión de su llegada, había una lámpara que fue descolgada de la pared y cargada hasta su mitad. Al lado había una cajita con unas cerillas: contó diez. Pero era mejor escatimar en lo posible el petróleo y las cerillas. Además, en la alcoba había encontrado una lamparilla y huellas de aceite que las ratas debieron de beberse.

En algunos lugares las esquinas de los plintos no tocaban el suelo. Metió entre las hendiduras algunos trozos de cristal con las puntas hacia dentro. La puerta de la habitación se ajustaba bien al marco. Podía quedar cerrada herméticamente y aislar así la habitación del resto de la vivienda. Al cabo de una hora lo dejó todo arreglado.

Un ángulo de la estancia estaba ocupado por una estufa de cerámica cuya cornisa no llegaba hasta el techo. En la cocina había leña, unos diez haces. Decidió despojar a Lara de dos haces y, apoyando en el suelo una rodilla, comenzó a recoger leña en el brazo izquierdo. La llevó a la alcoba, la colocó junto a la estufa y examinó el funcionamiento de ésta, para asegurarse de su eficacia. Quería cerrar la habitación con llave, pero la cerradura estaba rota. Para que no se abriese, le metió un taco de papel mojado y, sin prisa, se dispuso a encender la estufa.

Mientras colocaba en el hornillo los tacos de madera, descubrió en uno de ellos una marca que reconoció con estupor: las iniciales K y D, marcas que indicaban generalmente a qué depósito pertenecían los árboles todavía no aserrados. Con estas letras, en los tiempos de Krueger, se marcaban los extremos de los troncos en los aserraderos de Kulabyshevsk en Varykino, cuando las fábricas vendían la madera sobrante.

La presencia de esta leña en la casa de Lara demostraba que la joven conocía a Samdeviátov y que él trataba de ayudarla, como en otro tiempo le había ayudado a él y a su familia. Este descubrimiento fue como una puñalada en el corazón. Ya antes le molestaba la ayuda de Anfim Yefímovich, y ahora el disgusto de tener que estarle agradecido se complicaba con una sensación muy distinta.

Era muy difícil que Anfim ayudase a Lara solamente por su cara bonita. Yuri Andriéevich conocía la desenvoltura de Anfim Yefímovich y la femenina impetuosidad de Lara. No era posible que entre ellos no hubiese existido nada.

En la estufa la madera seca de Kulabyshevsk ardía sonoramente, con alegres chasquidos, y a medida que los troncos comenzaron a llamear, unos ciegos celos, fundados en débiles suposiciones iban adquiriendo certidumbre absoluta.

Pero en su alma desgarrada un sufrimiento se imponía a otro. Podía incluso no rechazar esas sospechas. Sin esfuerzo alguno por su parte, sus pensamientos saltaban de un tema a otro. La ansiedad por los suyos, que lo atormentaba con renovada violencia, atenuó momentáneamente la angustia de los celos. «¿De manera que estáis en Moscú, queridos todos?—le parecía ya que Tuntsova le había asegurado que llegaron con toda felicidad—. ¿Volvisteis a hacer, y esta vez sin mí, el largo viaje?

¿Cómo viajasteis? ¿Qué misión es la de Alexandr Alexándrovich? ¿Acaso una invitación de la Academia para reanudar la enseñanza? ¿Qué habéis encontrado en casa? ¿Existirá todavía nuestra casa? ¡Oh, Señor, qué sufrimiento y qué ansiedad! ¡Oh, no pensar, no pensar! Mis pensamientos se confunden. ¿Qué me pasa, Tonia? Tengo miedo de ponerme enfermo. ¿Qué será de mí, de todos vosotros, Tonia, Tónechka, Shúrochka, Alexandr Alexándrovich?... "¿Por qué me alejaste de tu faz, oh Luz eterna?" ¿Por qué la vida os lleva siempre lejos de mí? ¿Por qué hemos de estar siempre separados? Pronto nos reuniremos y descansaremos, ¿verdad? Iré a reunirme con vosotros a pie, si no puedo ir de otra manera. Nos veremos. Todo se arreglará, ¿verdad?

»Pero ¿cómo la tierra puede soportarme, a mí, que olvido siempre que Tonia tenía que dar a luz? Ya lo habrá hecho. No es la primera vez que lo olvido. ¿Cómo habrá ido el parto? ¿Habrá ido bien? Al ir a Moscú pasarían por Yuriatin. Bien es verdad que Lara no los conoce. Y, sin embargo, la modista peluquera, que es una extraña para mí, ha podido decirme algo sobre su suerte. Mientras que Lara no me dice nada en la nota que me ha dejado. ¡Extraña desatención que es indiferencia! No menos inexplicable que su silencio sobre Samdeviátov.»

Con mirada más atenta, Yuri Andriéevich examinó las paredes de la alcoba. Sabía que de todas aquellas cosas ninguna pertenecía a Lara y que los muebles de los desconocidos dueños de la casa habían desaparecido ya y no podían en modo alguno expresar sus gustos.

A pesar de todo, se sintió de pronto a disgusto entre aquellos hombres y mujeres que lo miraban desde las grandes fotografías colgadas de las paredes. De aquellos muebles de mal gusto parecía trascender una corriente de hostilidad. Se sintió extraño, intruso en aquella estancia.

Y él, imbécil, ¡cuántas veces había recordado aquella casa, cuántas la había echado de menos! Había entrado en aquella alcoba, no como si entrara en una habitación, sino como si entrase en su nostalgia de Lara. Vista con otros ojos, tenía que ser ridícula, ciertamente, aquella manera de sentir. ¿Acaso viven, se comportan y expresan de este modo los hombres fuertes y seguros de sí, como Samdeviátov, los verdaderos hombres? ¿Por qué Lara había tenido que preferir su falta de carácter y el absurdo y oscuro lenguaje de su adoración? ¿Le era realmente necesaria la inseguridad de él? ¿Tenía ella realmente la necesidad de ser lo que era para él?

Pero ¿qué era Lara para él? Para esta pregunta siempre tenía preparada la respuesta.

La tarde otoñal en el patio. El aire era un contrapunto de sonidos. Las voces de los niños que jugaban derramábanse un poco por todas partes como para demostrar que el espacio palpitaba de vida. Aquel espacio era Rusia, su incomparable y gloriosa madre, cuyo nombre resonaba más allá de los mares, mártir, terca y extravagante,

exaltada, creada por Dios, con sus hallazgos siempre grandiosos y fatales y siempre imprevisibles. ¡Qué dulce era existir! ¡Qué dulce era estar en el mundo y amar la vida! Uno quisiera darle las gracias a la vida, a la existencia, decírselo a la cara.

Eso era Lara. No es posible comunicar con estas cosas, pero ella era su símbolo, su expresión, el don del oído y de la palabra dados a los elementos mudos de la existencia.

No era verdad, no era verdad mil veces todo aquello que había pensado de ella en un momento de duda. Al contrario, ¡qué perfecto e irreprochable era en ella todo!

Lágrimas de exaltación y arrepentimiento le nublaron la vista. Abrió la portezuela de la estufa y hurgó con el atizador. Rechazó hacia el fondo las brasas y reunió delante, allí donde el tiro era más fuerte, los tizones que no habían acabado de arder, y dejó la portezuela abierta un instante. Le causaba un vivo placer sentir en la cara y las manos el juego del calor y la luz. El móvil reflejo de las llamas le devolvió definitivamente el dominio de sí mismo. ¡De qué modo le faltaba ahora Lara, de qué modo deseaba algo que tangiblemente le llegase de ella!

Sacó del bolsillo la sobada nota. La sacó doblada por el lado opuesto al que había leído y sólo entonces se dio cuenta de que el papel estaba escrito también por el dorso. Lo acercó a la luz danzante de las llamas y leyó:

«Supongo que tendrás noticias de tu familia. Está en Moscú. Tonia ha tenido una niña.» Seguían algunas líneas tachadas y más adelante continuaba: «He tachado lo anterior porque había escrito una tontería. Ya hablaremos de todo eso. Tengo prisa y voy a buscar un caballo. No sé cómo me las arreglaré si no lo encuentro. Será una complicación para Kátienka...» El resto de la frase resultaba indescifrable en el papel ajado.

«Habrá ido a pedirle un caballo a Anfim, y si se ha marchado significa que lo consiguió —reflexionó con calma—. Si no hubiese tenido la conciencia tranquila sobre este particular, no me habría hablado.»

8

Cuando la leña se hubo consumido, cerró el tiro y comió un poco. Después de comer se apoderó de él una terrible somnolencia. Se acostó en el diván, sin desnudarse, y se durmió profundamente. No oía el repugnante y ruidoso alboroto de las ratas detrás de la puerta y en las habitaciones contiguas. Tuvo dos pesadillas, una tras otra.

Hallábase en Moscú, en una habitación, ante una puerta de cristales cerrada con llave, de la que, para estar más seguro de que no se abriría, tiraba hacia sí, agarrando con fuerza el tirador. Detrás de la puerta se debatía Shúrochka, llorando y pidiendo que lo dejara entrar. Estaba muy hermoso con su capote, sus pantaloncitos y su gorra de marinero. Detrás del niño, salpicando a él y la puerta, caía fragorosamente una cascada que acaso procedía de una enorme cañería rota, cosa frecuente en aquella

época, o quizá, precisamente al pie de la puerta, abríase una salvaje gorga, con un torrente que se precipitaba locamente en el vacío y la oscuridad.

El ímpetu y el estruendo de la cascada aterrorizaban al niño. No se podía entender lo que gritaba, porque el ruido ahogaba sus palabras, pero el doctor veía que sus labios formaban las palabras: «¡Papá!» «¡Papá!».

Sentía destrozado su corazón. Con toda su alma deseaba tomar al niño en brazos, estrecharlo contra su pecho y huir con él sin mirar atrás, al infinito.

Pero con todo y con derramar amargas lágrimas, tiraba hacia sí del tirador de la puerta cerrada y no dejaba entrar al niño, sacrificándolo a un equívoco sentimiento del honor y del deber para con una mujer que no era la madre del niño y que de un momento a otro podía entrar en la habitación por la parte opuesta.

Se despertó empapado de sudor y llorando.

«Tengo fiebre. Me estoy poniendo enfermo —pensó enseguida—. No es tifus. Es una especie de grave y moral postración que ha tomado el aspecto de enfermedad: una especie de enfermedad con crisis, como todas las enfermedades graves, y se trata de saber qué se impondrá, la vida o la muerte. ¡Qué afán de dormir!»

Y se durmió de nuevo.

Soñó en una oscura mañana de invierno. Estaba en Moscú en una calle todavía iluminada y llena de gente. Todo parecía indicar que era antes de la revolución: la precoz animación de la mañana, el campanilleo de los tranvías, las luces de los faroles nocturnos, que rayaban de amarillo la nieve gris del alba sobre la calzada.

Veía un piso con muchas ventanas, todas en el mismo lado, no a mucha altura sobre la calle, sino tal vez a la del primer piso, con las cortinas que llegaban hasta el suelo. En la casa dormían en diversas posiciones numerosas personas que no se habían desnudado, como si estuvieran de viaje, y todo estaba desordenado como en un tren. Veíanse restos de comida envueltos en papeles grasientos, huesos de pollo no mondados del todo, y por el suelo, colocados en pares, los zapatos que los parientes y conocidos, los amigos de paso y los que no encontraron dónde guarecerse, huéspedes temporales de aquel lugar, se habían quitado para pasar la noche. De un extremo a otro del piso, atareada, presurosa y en silencio, se movía Lara, con una bata mañanera puesta de cualquier forma, y él iba detrás de ella, explicándole algo de una manera confusa e intempestiva. Ella no disponía ya de un momento libre para él, y le contestaba sin detenerse, volviendo sólo la cabeza hacia él con ojos tranquilos y maravillados e inocentes estallidos de su inconfundible risa argentina, única forma de intimidad que subsistía entre ellos. Y así de lejana, fría y atractiva era aquella a quien él se lo había dado todo, la había preferido a todo y había despreciado lo demás.

9

No él, sino algo más universal sollozaba y lloraba en su interior, con palabras tiernas

y luminosas que brillaban en la oscuridad como el fósforo. Junto con su alma, también lloraba él, lleno de compasión, por sí mismo.

«Estoy enfermando. Estoy enfermo —pensaba en los momentos de lucidez, entre un sueño y otro, en los intervalos de la inconsciencia y el delirio de la fiebre—. Debe de ser una especie de tifus no descrito en la patología, que no hemos estudiado en los cursos de medicina. Debería prepararme algo, debería comer, si no quiero morirme de hambre.»

Pero a la primera tentativa de incorporarse sobre un codo se convenció de que no tenía fuerzas ni para moverse. Perdió el conocimiento o se durmió.

«¿Desde cuándo estoy aquí vestido?—pensó en otro momento de lucidez—. ¿Cuántas horas hace? ¿Cuántos días? Cuando me acosté, comenzaba la primavera. Y ahora la escarcha cubre la ventana, tan blanda y sucia que oscurece la habitación.»

En la cocina las ratas hacían tintinear los platos, se encaramaban por las paredes, caían pesadamente sobre el suelo y chillaban desagradablemente con agudas voces de contralto.

Volvió a dormirse. Cuando despertó observó que las ventanas, en la rejilla de la escarcha, estaban coloreadas por la luz rosada de una aurora que lo enrojecía todo como el vino tinto en las copas de cristal. Preguntábase si sería la aurora o el crepúsculo.

Hubo un momento en que le pareció oír voces muy cercanas y tuvo miedo de que fueran los primeros síntomas de la locura. Llorando de lástima por sí mismo, con un murmullo sin sonido, se lamentó a los cielos de haberle vuelto la espalda y abandonado.

«¿Por qué me rechazaste de Tu faz, oh, Luz eterna, y me entregaste a las tinieblas del maligno?»

De pronto se dio cuenta de que no desvariaba y de que todo era absolutamente real. Estaba desnudo y lavado y yacía con ropa limpia no sobre el diván, sino sobre una cama recién hecha, y mezclando sus cabellos con los suyos, y sus lágrimas con las de él, Lara lloraba a su lado, sentada en el lecho, inclinada sobre su rostro. Entonces se sintió feliz y perdió el conocimiento.

10

Poco antes, en su reciente delirio, se había lamentado al cielo de que no lo escuchaba, y el cielo, con toda su grandeza, se inclinó sobre su lecho: dos largos brazos femeninos, blancos hasta los hombros, se tendían a él. Se le nublaron los ojos de alegría y, como si volviera a desvanecerse, se sintió sumido en un abismo de felicidad.

Nunca en su vida dejó de hacer algo: había estado ocupado constantemente, trabajando en su casa, curando, pensando, estudiando, produciendo. ¡Qué hermoso

era dejarlo todo, dejar de cansarse, de pensar, y abandonar por un rato todo eso a la naturaleza, convertirse uno mismo en una cosa, un designio, una obra entre sus manos clementes, encantadoras manos que prodigan belleza!

Yuri Andriéevich se restablecía rápidamente. Lara lo alimentaba y cuidaba solícitamente, con su gracia de cisne blanco, con el murmullo tierno y cálido de sus palabras.

Sus conversaciones en voz baja, hasta las más inconscientes, estaban llenas de significado, como los diálogos de Platón.

Más aún que la comunidad de sus almas los unía el abismo que los separaba del resto del mundo. Para los dos era hostil del mismo modo todo lo que resultaba fatalmente típico del hombre de hoy, su afán de mandar, sus histéricas veleidades y la inercia de la fantasía, que numerosos trabajadores del arte y la ciencia se preocupaban de alimentar porque la genialidad continúa siendo una excepción.

Su amor era muy grande. Todos aman sin darse cuenta de lo que hay de extraordinario en su sentimiento. En cambio, para ellos, y en eso residía lo extraordinario, los instantes en que, como un ramalazo de eternidad, sobrevenía en su condenada existencia humana el estremecimiento de la pasión, constituían momentos de revelación y de nueva profundidad de sí mismos y de la vida.

11

—Debes volver junto a los tuyos. Yo no te entretendré ni un día más. Pero tú ya ves claramente lo que ocurre. Apenas nos hemos reunido en la Rusia Soviética, su propio caos nos ha arrastrado. Siberia y Extremo Oriente sirven para tapar los huecos. Tú no sabes nada todavía. Mientras estabas enfermo han cambiado muchas cosas en la ciudad. Las reservas de nuestros almacenes han sido llevadas a Moscú. Para Moscú son como una gota de agua en el mar, desaparecen como en un barril sin fondo, y nosotros nos quedamos sin aprovisionamiento. El correo no funciona. Han dejado de circular los trenes de viajeros, sólo funciona el transporte de cereales. Vuelve a murmurarse en la ciudad, como antes de la insurrección de Gajda[87], y para reprimir el descontento entra en acción la cheka. ¿Adónde podrías ir en estas circunstancias, piel y huesos solamente, alma apenas sin cuerpo? ¿A pie? Es imposible. Nunca llegarías. Reponte, recobra tus fuerzas, y entonces será otra cosa. No quiero darte consejos, pero en tu lugar, antes de irme, trabajaría algún tiempo como médico, naturalmente, que es una profesión muy apreciada. Yo que tú me presentaría por ejemplo a nuestro comité de sanidad. Está instalado en la antigua Dirección de sanidad. Considéralo si no: eres el hijo de un millonario siberiano que se mató, tu mujer es sobrina de un industrial y terrateniente de esta comarca. Estabas con los partisanos y huiste. La expliques como la expliques, la huida de las milicias revolucionarias será siempre una deserción. En ningún caso puedes permanecer sin

hacer nada, privado de todo derecho. Tampoco mi posición es muy segura. Yo trabajaré también, ingresaré en la comisión regional de Instrucción pública. Yo también estoy sobre un volcán.

—¿Tú en un volcán? ¿Y Striélnikov?

—Precisamente por causa de Striélnikov. Ya sabes cuántos enemigos tiene. El Ejército Rojo ha triunfado. Y ahora los militares sin partido, los que habían subido demasiado, y saben demasiadas cosas, han sido dejados de lado. Ya es una suerte que prescindan de ellos: podrían suprimirlos a todos y no dejar ni los rastros. Entre todos ellos Pasha ocupa el primer lugar y está en peligro. Estaba en Extremo Oriente. Oí decir que había huido y se hallaba escondido porque lo estaban buscando. Pero no hablemos más de esto. No me gusta llorar y si dijera otra palabra sobre él estallaría en sollozos.

—Tú lo quisiste. ¿Lo quieres mucho todavía?

—Me casé con él y es mi marido, Yúrochka. Es un alma noble y elevada y yo me siento muy culpable ante él. No le hice ningún daño, sería una injusticia decirlo. Pero él es un hombre extraordinario, de gran valor, y yo soy una nulidad a su lado. La culpa es mía. Pero, por favor, no hablemos más. En otra ocasión, te lo aseguro, yo misma volveré a hablar de esto. Tonia, tu mujer, es maravillosa. Es una pintura de Botticelli. Estuve con ella cuando se fue. Nos sentimos las dos mutuamente atraídas de una manera irresistible. Pero también de esto hablaremos en otra ocasión. Sí, será mejor que busquemos trabajo. Iremos a trabajar los dos. Recibiremos cada mes un buen sueldo. Antes de la última insurrección, el papel moneda siberiano era de curso legal. Lo han abolido y durante mucho tiempo, mientras estuviste enfermo, hemos vivido sin dinero. Sí, ya puedes figurártelo. Es difícil de creer, pero en cierto modo nos arreglamos. Ahora acaba de llegar al antiguo tesoro público un tren entero de papel moneda, por lo menos cuarenta vagones. Se ha impreso en grandes hojas perforadas y a dos colores, rojo y azul, como las hojas de los sellos. Cada hoja azul vale cinco millones, y las rojas valen diez. Pero destiñen, la impresión es mala y el color no aguanta.

—Ya los conozco. Los pusieron en circulación en Moscú poco antes de nuestra partida.

12

—¿Qué hiciste tanto tiempo en Varykino? Porque allí no debe de haber nadie, ¿verdad? ¡Es un desierto! ¿Qué te retuvo allí?

—Arreglé con Kátienka vuestra casa. Supuse que irías directamente allí. No quería que lo encontrases todo en el estado en que estaba.

—¿En qué estado? ¿Confusión, desorden?

—Desorden y suciedad. Lo arreglé todo.

—¿Por qué eres tan evasivamente lacónica? Hay algo que no quieres decirme y que me escondes. Pero, bueno, no trataré de saber nada. Háblame de Tonia. ¿Qué nombre le pusieron a la niña?

—Masha. En memoria de tu madre.

—Háblame de ella.

—Ya lo haré en otra ocasión, si te parece bien. Ya te he dicho que he de hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

—Samdeviátov, el que te dio el caballo, es un tipo interesante. ¿A ti qué te parece?

—Interesantísimo.

—Conozco muy bien a Anfim Yefímovich. Para nosotros fue un verdadero amigo. Nos ayudó mucho.

—Ya lo sé. Me lo dijo él.

—Probablemente sois amigos. ¿También a ti ha querido ayudarte?

—No hace más que colmarme de amabilidades. No sé qué haría sin él.

—Lo supongo. Entre vosotros habrá habido ciertas relaciones cordiales como entre buenos camaradas. Estoy seguro de que no ha dejado de hacerte la corte.

—Ya puedes imaginártelo. No se cansaba.

—¿Y tú? Pero perdóname. Traspaso los límites de lo que puedo permitirme. ¿Qué derecho tengo yo para hacerte estas preguntas? Perdóname, he sido un indiscreto.

—¡Oh, no! Acaso quieres preguntarme de qué tipo son nuestras relaciones, saber si en nuestra amistad no se ha introducido un sentimiento más personal. Realmente no. Debo muchísimo a Anfim Yefímovich, pero aunque me cubriese de oro, aunque diera la vida por mí, eso no me acercaría a él un solo paso. Siempre he experimentado aversión por las personas que no tienen nada de común conmigo. En las cosas prácticas, esos hombres emprendedores, seguros de sí mismos y autoritarios son insustituibles. Pero, en las cosas del corazón, su vana suficiencia de gallitos resulta insoportable. Yo concibo de otro modo la afinidad, la manera de entenderse en la vida. Pero no es esto solo. Desde el punto de vista moral, Anfim me recuerda a otro hombre mucho más repugnante, a quien hay que culpar de que yo sea como soy.

—No comprendo. ¿Cómo eres? ¿Qué quieres decir? Explícate. Eres la persona mejor del mundo.

—¡Ay, Yúrochka! ¿Por qué dices eso? Yo hablo seriamente y tú me haces cumplidos, como si estuviéramos en un salón. Me preguntas cómo soy. Estoy tarada y lo estaré toda mi vida. Fui mujer antes de tiempo. Criminalmente temprano, me hicieron entrar en la vida por el lado peor, de un modo torpe y vulgar. Fue un presuntuoso, un antiguo parásito de los viejos tiempos, que creía poder permitírselo todo, aprovecharse de todo.

—Comprendo. Había supuesto algo. Pero espera. Imagino lo que debió de ser tu

sufrimiento, demasiado grande para una niña, tu terror de muchacha sin experiencia, la primera vergüenza de jovencita que todavía no se hizo mayor. Pero todo eso pertenece al pasado. Quiero decir que nada de eso tiene que atormentarte hoy, que no debes preocuparte más que de las personas que te quieren, como yo. Soy yo quien debo torturarme y desesperarme por haberte conocido tan tarde, por no haber estado entonces a tu lado, para prevenirte contra lo que sucedió, si para ti constituye un dolor auténtico. Es extraño. Me parece que sólo puedo sentirme mortalmente celoso de una persona innoble y extraña. La rivalidad con un ser superior me suscita otra clase de sentimientos. Si un hombre espiritualmente cercano a mí, por el cual sintiera afecto, amase a la misma mujer a quien yo amara, experimentaría por él un sentimiento de dolorosa solidaridad, no de contraste ni aversión. Evidentemente, con él no podría conversar ni siquiera un instante sobre la persona amada, pero sería un sufrimiento distinto totalmente de los celos, no tan violento ni tan sanguinario. Lo mismo me sucedería con respecto a un artista que con la superioridad de su ingenio llegase más lejos que yo en obras afines a las mías. Probablemente renunciaría a mis intentos, ya superados por sus hallazgos. Pero divago. Creo que no te querría tanto, si no tuvieras algo que te hiciese sufrir, algo que lamentar. No suelo querer a los que siempre han tenido razón, que no han caído jamás, que nunca se torcieron. La suya es una virtud apagada, de poco valor. A ellos no se les revela la belleza de la vida.

—Pero yo me refiero precisamente a esa belleza. Me parece que para verla es preciso una imaginación intacta, un modo elemental de sentir. Y todo eso me ha sido quitado. Acaso hubiese podido tener una concepción propia de la vida, si desde mis primeros pasos no la hubiese visto bajo la influencia de alguien que me la hizo vulgar. Pero no basta, la intromisión en mi vida, apenas en sus comienzos, de ese hombre complacido en su propia trivialidad e inmoralidad fue también la causa del fracaso de mi matrimonio con un hombre que vale mucho, que me amaba profundamente y a quien correspondía de la misma forma.

—Espera. De tu marido me hablarás luego. Ya te he dicho que no siento celos de una persona a quien considero igual que yo, sino de quien es inferior a mí. No estoy celoso de tu marido. Pero ¿y ese otro?

—¿Qué otro?

—El que destrozó tu vida. ¿Quién fue?

—Un abogado de Moscú muy conocido. Fue colega de mi padre y cuando éste murió ayudó a mi madre porque nos quedamos en la miseria. Soltero, muy rico. Acaso exagero su importancia, precisamente porque lo denigro. Es natural. Si quieres te diré cómo se llama.

—No importa. Ya lo sé. Lo vi una vez.

—¿De veras?

—Una vez, en un hotel. Tu madre intentó envenenarse. Era ya muy tarde. Todavía

éramos niños e íbamos al colegio.

—Ya me acuerdo. Tú estabas en el pasillo del hotel, en la oscuridad. Probablemente nunca me hubiese acordado de esta escena, pero tú me la hiciste recordar otra vez. Me parece que fue en Meliuziéev.

—Allí estaba Komarovski.

—¿Sí? Es posible. Era fácil que me vieran con él. Frecuentemente estábamos juntos.

—¿Por qué te has ruborizado?

—Al oírte a ti el nombre de Komarovski. No estaba acostumbrada. Ha sido tan inesperado...

—Estaba conmigo un compañero. Los dos íbamos a la misma clase. En el hotel me dijo que había reconocido en Komarovski a un hombre a quien vio una vez por casualidad y en circunstancias excepcionales. Un día, durante un viaje, él, Mijail Gordón, fue testigo del suicidio de mi padre, un rico industrial. Misha viajaba en el mismo tren. Mi padre se arrojó del tren en marcha para matarse y murió así. Viajaba en compañía de Komarovski, que era su abogado. Komarovski estafaba a mi padre, embrollaba sus negocios y lo condujo a la bancarrota. Eso lo llevó al suicidio. El es el responsable de su muerte y de que yo me quedase huérfano.

—No puede ser. ¡Qué coincidencia más llena de significado! ¿Es posible que sea verdad? ¿De manera que fue también tu genio malo? Esto nos une todavía más. Parece una predestinación.

—De ese hombre sí que estoy celoso, ciegamente, irremediablemente.

—¿Qué estás diciendo? No sólo no lo quiero, sino que lo detesto.

—¿Crees conocerte bien? La naturaleza humana y especialmente la femenina es tan complicada y contradictoria... Tal vez con la menor partícula de tu repulsión estés más profundamente sometida a él que a cualquiera a quien hayas amado libremente y de modo natural.

—Es terrible lo que has dicho. Y, como de costumbre, lo has dicho con tanta precisión que este absurdo contra natura me parece verdadero. Pero entonces es horrible...

—Cálmate. No me hagas caso. Quería decir que con respecto a ti estoy celoso de lo que es oscuro e inconsciente, de lo que no se puede explicar ni comprender. Estoy celoso de los objetos de tu tocador, de las gotas de sudor de tu piel, de las enfermedades que están en el aire y pueden atacarte a ti y envenenar tu sangre. Y como si fuera de una infección de esta clase, estoy celoso de Komarovski, que un día te me quitará, del mismo modo que un día tu muerte o la mía habrá de separarnos. Ya sé que todo esto debe parecerte muy complicado. Pero no sé decirlo de una manera más comprensible y clara. Te quiero inconscientemente, hasta enloquecer, sin límites.

13

—Dime más cosas de tu marido. «En el libro del destino estamos en la misma línea», como dice Shakespeare.

—¿En dónde?

—En *Romeo y Julieta*.

—Te hablé mucho de él en Meliuziéev, cuando lo buscaba. Luego aquí, en Yuriatin, durante nuestros primeros encuentros, cuando me dijiste que quiso detenerte en su tren especial. Creo que te conté, o acaso no fue así, y sólo es una impresión mía, que lo vi una vez de lejos, en el momento de subir a un coche. No puedes imaginar la escolta que llevaba. No me pareció muy cambiado. Siempre su mismo hermoso rostro de hombre honrado, decidido, el más honrado de todos los rostros que he visto en mi vida. Ni una sombra de afectación, un carácter viril, absolutamente privado de todo fingimiento. Así fue siempre y así siguió siendo. Sin embargo, advertí en él un cambio que me alarmó. Como si algo abstracto hubiese llegado a formar parte de su fisonomía y la hubiera descolorido. Su rostro humano, vivo, se había convertido en la personificación de un principio, la representación de una idea. Al observarlo se me encogió el corazón. Comprendí que todo eso era la consecuencia de esas fuerzas a las que se había entregado, fuerzas grandiosas, pero fatales y despiadadas, que un día tampoco tendrán piedad de él. Me pareció que estaba como marcado, como si llevase la señal de una condena. Pero acaso me engaño, acaso me he dejado influir por tus palabras cuando me contaste vuestro encuentro. ¡Además del amor, tomo de ti tantas cosas!

—Háblame de vosotros antes de la revolución.

—Muy pronto, en mi vida, comencé a soñar en la pureza. El era su personificación. Vivíamos casi en el mismo patio, él, Galiullin y yo. Yo fui su pasión infantil. Cuando me veía se le paraba el corazón. Ya sé que no está bien que te cuente esto. Pero sería peor que fingiese no saberlo. Fui su pasión de muchacho, esa pasión que nos hace esclavos y que, por lo general, suele ocultarse porque el orgullo infantil no permite confesarla y, sin embargo, está pintada en la cara y es evidente para todo el mundo. Nos hicimos amigos. Pero él y yo éramos tan distintos como tú y yo somos iguales. En esa época lo elegí con el corazón. Decidí unir mi vida a la de ese maravilloso muchacho en cuanto hubiésemos entrado en el mundo y desde entonces me prometí mentalmente a él. Piensa cuántas cualidades posee. ¡Extraordinarias! Hijo de un simple guardavías o vigilante de la vía férrea, con sólo su inteligencia y su tenacidad alcanzó (iba a decirte el nivel, pero es más justo decir la cumbre) la cumbre de la ciencia universitaria en dos especialidades: las matemáticas y la filología. ¡No es una insignificancia!

—¿Qué fue lo que turbó vuestra armonía, si os queríais tanto?

—Es difícil decirlo. Pero intentaré explicarme. Es extraño que haya de ser yo, una mujer como tantas, quien te explique a ti, tan inteligente, lo que sucede en la vida en

general, en la vida rusa y por qué se vienen abajo las familias, la tuya como la mía. No se trata de las personas, de la afinidad mayor o menos de los caracteres, de amores o desamores, sino que todo lo que se ha construido y organizado, todo lo que se refiere a las costumbres, a las relaciones y al orden humano, todo se ha hecho trizas con el desbarajuste de la sociedad y su reconstrucción. Todo lo que pertenecía a la vida cotidiana se ha conmocionado y destruido. Queda tan sólo la fuerza primitiva, no vinculada a la vida de hoy, de una desnuda existencia espiritual ya completamente despojada, para la que nada ha cambiado, porque en todos los tiempos sintió frío, tembló y tendió hacia otra existencia, la que estaba más cerca, tan desnuda y tan sola como ella. Tú y yo somos como dos seres primitivos, Adán y Eva, que están en el principio del mundo y no tienen nada con que taparse. Ahora, a su fin, estamos igualmente despojados de todo y sin techo. Los dos somos el último recuerdo de lo que fue creado en el mundo como inconmensurablemente grande en muchos años transcurridos entre ellos y nosotros. En virtud de tales prodigios desaparecidos nosotros respiramos y amamos, y lloramos, y nos aferramos uno a otro, y nos estrechamos uno a otro.

14

Luego de una pausa continuó, más tranquila:

—Te lo diré. Si Striélnikov volviera a ser Páshenka Antípov, si dejara de hacerse el loco y el rebelde, si el tiempo retrocediera, si en algún lugar lejano, en los confines del mundo, por un verdadero milagro, se iluminase la ventana de nuestra casa con la lámpara y los libros sobre el escritorio de Pasha, yo me arrastraría de rodillas hasta él. Todo se estremecería en mí. No podría resistirme a la llamada del pasado, al llamamiento de la fidelidad. Lo sacrificaría todo. Incluso lo que quiero más, tú. Y mi intimidad contigo, tan viva, espontánea y natural. ¡Oh, perdóname! No quería decir esto. No es verdad.

Le echo los brazos al cuello y prorrumpió en sollozos. Se recobró pronto y, secándose las lágrimas, exclamó:

—Es la misma voz del deber que te llama a Tonia. ¡Señor, qué míseros somos! ¿Qué será de nosotros? ¿Qué debemos hacer?

Cuando estuvo completamente tranquila, continuó:

—Pero todavía no te he contado cómo terminó nuestra felicidad. Luego lo comprendí claramente. Te lo contaré y no se tratará sólo de nosotros. Ha sido el destino de muchos.

—Habla, sabia pequeña.

—Nos casamos poco antes de la guerra. Dos años antes. Apenas habíamos empezado a vivir a nuestro modo, en nuestra casa, cuando estalló la guerra. Yo estoy convencida de que ella fue la culpable de todo, de todas las desventuras que todavía

hoy pesan sobre nuestra generación. Recuerdo bien mi infancia. En aquella época estaban todavía en vigor las concepciones del pacífico siglo pasado. Una estaba acostumbrada a confiarse en la voz de la razón. Se consideraba natural y necesario lo que sugería la conciencia. La muerte de un hombre en manos de otro era un caso raro, extraordinario, un fenómeno que se salía de lo normal. Se creía que los homicidios existían solamente en las tragedias, en las novelas de criminales y en la sección de sucesos de los periódicos, no en la vida normal y diaria. Y de pronto se produce este salto desde una regularidad apacible e inocente a la sangre y a los gemidos, a la locura general, a la incivilidad de cada día y de cada hora, al homicidio legalizado y exaltado. Probablemente, eso no puede suceder sin consecuencias. Acaso recuerdes mejor que yo cómo todo, en un momento, comenzó a destruirse: el funcionamiento de los trenes, el abastecimiento de las poblaciones, los fundamentos de la armonía familiar, las bases morales de la conciencia.

—Continúa. Sé lo que vas a decir ahora. Todo lo has comprendido muy bien. Da gusto escucharte.

—Entonces sobre la tierra rusa vino la mentira. El mal peor, la raíz del mal futuro fue la pérdida de la confianza en el valor de la propia opinión. Se creyó que el tiempo en el que se seguían las sugerencias del sentido moral había ya pasado, que era preciso ajustar el paso al de los demás y vivir de conceptos absolutos, impuestos por los de arriba. Comenzó el dominio de la frase, primero monárquica y luego revolucionaria. Este error social se apoderó de todos, contagió a todos. Cada cosa sufrió su influencia. Ni siquiera nuestra casa quedó inmune. Algo se rompió. En lugar de la naturalidad que había reinado siempre entre nosotros, también en nuestras conversaciones penetró algo de esa estupidez declamatoria, un algo falso, la absoluta necesidad de juzgar de una manera inteligente los grandes temas que se consideraban obligatorios para todos. Un hombre de espíritu tan elevado y exigente como Pasha, que trataba de distinguir la sustancia de la apariencia, ¿podía pasar junto a esta falsedad en acecho, y no darse cuenta? Aquí cometió un error fatal que lo comprometió todo. Consideró el signo de los tiempos, el mal social, como si fuera un fenómeno de orden familiar. Atribuyóse a sí mismo la falta de naturalidad del tono, la artificiosidad oficial de nuestros razonamientos, y se consideró un pedante, un mediocre, un hombre impersonal. A ti probablemente te parecerá inverosímil que tales tonterías pudieran pesar de tal modo en nuestra vida. Pero no puedes imaginarte la importancia que tuvieron y cuántas locuras cometió Pasha por esto. Se fue a la guerra, cosa que nadie le pidió que hiciera. Y lo hizo por librarnos de su presencia, de su imaginaria opresión. Aquí empezó su locura. Con un orgullo juvenil, falsamente llevado, se sintió ofendido por algo de la vida que no suele ofender a nadie. Comenzó a emprenderla con el curso de los acontecimientos, con la historia. Comenzó a sentirse a disgusto con ella. Todavía hoy está ajustando cuentas con la historia. De ahí

sus insensateces provocadoras. Por esta estúpida ambición se precipita a su segura ruina. ¡Si pudiera salvarlo!

—¡Qué puro y fuerte es tu amor por él! Ámalo, ámalo. No estoy celoso de él. No quiero ser un obstáculo entre vosotros.

15

Llegó el verano y pasó inadvertido. El doctor se curó. Provisionalmente en espera de una posible partida a Moscú, prestó servicio en tres lugares. La rápida desvalorización del dinero le obligó a procurarse varios empleos.

Se levantaba al amanecer, salía a la calle Kupiécheskaia y descendía por ella pasando ante el cine Guigant hasta la antigua tipografía del ejército cosaco de los Urales, cuyo nombre había cambiado por el de «Tipografía Roja». En la esquina de la calle Gorodskaia, en la puerta de la Dirección de Negocios vio el cartel de la Oficina de Reclamaciones. Atravesaba oblicuamente la plaza y desembocaba en la Málaia Buiánovka. Dejando atrás la fábrica Stengop, cruzado el patio posterior del hospital, entraba en el dispensario militar, su lugar principal de trabajo.

La mitad del camino que recorría estaba protegido por las sombras de los árboles que asomaban por encima de las vallas de los jardines, con curiosas casitas, por lo general de madera, con los tejados puntiagudos, las empalizadas, las puertas decoradas y los postigos labrados.

En las proximidades del dispensario, en el antiguo jardín de la comercianta Goregliádova, surgía una casa baja y extraña de antiguo estilo ruso. Estaba construida con unas piezas piramidales de mayólica con las puntas hacia fuera, como los antiguos palacios de los boyardos en Moscú.

Desde el dispensario, tres o cuatro veces cada diez días, se dirigía a la calle Stáraia Miásskaia, donde se hallaba la sede del comité regional de sanidad de Yuriatin, en la que fue casa de Lighetti.

En otro barrio muy apartado se encontraba la casa que el padre de Anfim había regalado a la ciudad, regalo que hizo Yefim Samdeviátov en recuerdo de su mujer, muerta cuando dio a luz a Anfim. Allí se hallaba la sede del Instituto de ginecología y obstetricia fundado por Samdeviátov. Ahora tenían efecto allí los cursos llamados de Rosa Luxemburgo, que enseñaban de una forma acelerada la medicina y cirugía. Yuri Andriéevich daba clases de patología general y de otras disciplinas facultativas.

De todas estas ocupaciones regresaba muy tarde por la noche, cansado y hambriento, y encontraba entonces a Larisa Fiódorovna atareada en sus quehaceres domésticos, ante el hornillo o el fregadero. Bajo este aspecto prosaico y cotidiano, despeinada, arremangada, recogido el borde de la falda sobre los costados, intimidaba casi con su soberana belleza, tan evidente como si la hubiera sorprendido vestida para asistir a un baile, como si hubiese crecido sobre los tacones altos, con un rico y

crujiente traje descotado.

Larisa cocinaba o lavaba. Luego, con el agua de la colada, fregaba los suelos o, tranquila y menos atareada, planchaba o repasaba la ropa suya, la del doctor y la de Kátienka. O bien, después de haber puesto en orden la cocina, y haber terminado la colada y la limpieza, daba clases a Kátienka. O incluso, quemándose las pestañas en sus manuales, dedicábase a su reeducación política, antes de reanudar la enseñanza en la nueva escuela reformada.

Cuanto más cerca de él sentía a Lara y a la niña, menos familiarmente lograba tratarlas, y tanto más rigurosa era la prohibición que le imponía el sentido del deber para con los suyos y el remordimiento por la fidelidad violada. En esta reserva no había nada ofensivo para Lara ni para Kátienka. Al contrario, tal falta de familiaridad implicaba un profundo respeto por ellas que excluía cualquier desenvoltura o desparpajo.

Pero este desdoblamiento hería y atormentaba a Yuri Andriéevich. Habituábase a él como podría habituarse a una herida incurable que se abriera continuamente.

16

Así transcurrieron dos o tres meses. Un día, en octubre, Yuri Andriéevich dijo a Larisa Fiódorovna:

—Parece que tendré que dejar mi colocación. Vuelve a repetirse la historia de siempre. Todo empieza siempre muy bien: «Estamos muy contentos con su honrado trabajo. Y sus ideas, sobre todo sus ideas nuevas. ¿Cómo no tenerlas en cuenta? Enhorabuena. Trabaje, luche e investigue.»

»A la hora de la verdad, por ideas sólo se entiende su aspecto externo, la exaltación verbal de la revolución y de las autoridades constituidas. Eso desanima y deprime. Yo no me siento capaz. Acaso, en la realidad, tengan razón. Pero yo no puedo estar a su lado. Me es difícil conciliarme con la idea de que son héroes, almas elegidas y yo un alma mezquina e insignificante partidaria del oscurantismo y la servidumbre del hombre. ¿Has oído hablar de Nikolái Vedeniapin?

—Sí. Incluso antes de conocerte a ti. Y tú también has oído hablar de él muchas veces. Símochka Tuntsova, que es una de sus discípulas, lo cita con frecuencia. Mas, para vergüenza mía, debo confesar que no he leído ninguno de sus libros. No me gustan las obras exclusivamente de filosofía. A mi entender la filosofía debe ser un sobrio condimento del arte y de la vida. Ocuparse solamente de filosofía es tan extraño como alimentarse solamente de rábanos. Pero perdóname. Te he interrumpido con mis tonterías.

—No, al contrario. Estoy de acuerdo contigo. Es un juicio que comparto. Tal vez la influencia de mi tío me haya corrompido realmente. Es de los que hubiesen gritado que era un diagnóstico genial. Y es verdad. Es raro que yo me equivoque al hacer un

diagnóstico. Pero esto, debes comprenderlo, es intuición, que ellos odian y de la que yo, al parecer, peco en exceso, y que es el conocimiento integral que abarca de un golpe todo el cuadro. Me preocupa el problema del mimetismo, de la adaptación externa de los organismos al color del ambiente que los rodea. Y aquí, en esta adaptación cromática, se esconde la sorprendente transición del interior al exterior. Me he atrevido a señalarlo en mis lecciones y el comentario ha sido: «Idealismo, misticismo. Filosofía goethiana de la naturaleza, neoschellingianismo.» Es conveniente que me vaya. Yo mismo presentaré mi dimisión a la comisión de sanidad y trataré de quedarme en el hospital hasta que me echen. No quiero asustarte, pero a veces tengo la sensación de que van a detenerme cualquier día.

—Dios no lo quiera, Yúrochka. Afortunadamente todavía estamos lejos de que ocurra eso. Pero tienes razón, hay que ser más prudentes. Por lo que he podido observar, la instauración de todo poder nuevo pasa por varias etapas. La primera es el triunfo de la razón, el espíritu crítico; la lucha contra los prejuicios. Luego viene el segundo periodo. La preponderancia de las fuerzas oscuras de «los que se adhieren», los simpatizantes por conveniencia. Y entonces comienzan las denuncias, las sospechas, las intrigas, los odios. Y tienes razón, nos encontramos en el principio de la segunda fase. No hay que ir muy lejos para encontrar los ejemplos. Han trasladado aquí, desde Jodátskoie, como jueces del tribunal revolucionario a dos prisioneros, políticos liberados y antiguos obreros, Antipov y un tal Tivierzin. Los dos me conocen muy bien. Uno de ellos es, además, el padre de mi marido. Y solamente desde que han sido trasladados aquí he empezado a temblar por la vida de Kátienka y por la mía. De ellos se puede esperar todo. Antípov me tiene antipatía y con gente de esta clase puede ocurrir que un buen día me quiten de en medio junto con Pasha y en nombre de la suprema justicia revolucionaria.

Poco después esta conversación tuvo una continuación. En aquella época se hizo un registro nocturno en la casa número 48 de Málaia Buiánovka, junto al dispensario, la casa de la viuda Goregliadova. Se encontró en ella un depósito de armas y los datos de una organización contrarrevolucionaria. Fueron detenidas muchas personas y en la ciudad continuaron haciéndose registros y detenciones. La gente murmuraba que algunos sospechosos habían cruzado el río, y se oían comentarios como estos: «¿De qué les vale? El río no basta. Hay ríos y ríos. En Blagoviéschenskoie sobre el Amur, por ejemplo: a un lado está el gobierno soviético y al otro China. Te echas al agua, nadas y adiós a todos. Si te he visto no me acuerdo. Eso sí que puede llamarse un río. Lo demás son tonterías.»

—Las cosas se ponen feas —dijo Lara—. Pasó ya el tiempo en que podíamos considerarnos seguros. Acabarán deteniéndonos a ti y a mí. ¿Qué será entonces de Kátienka? Yo soy su madre y debo prevenir la desgracia y buscarle una salida. Tengo que tomar inmediatamente una decisión. Cuando pienso en esto tengo miedo de

volverme loca.

—Tratemos de pensar los dos. ¿Dónde podríamos encontrar ayuda? ¿Tenemos la posibilidad de aguantar este golpe? Es la fatalidad.

—No es posible huir. Tampoco sabríamos adónde. Pero podríamos retirarnos a algún lugar apartado. Por ejemplo, irnos a Varkino. Está bastante lejos y todo ha sido abandonado. Allí no estaríamos a la vista de la gente. Se acerca ya el invierno. Yo lo arreglaría todo para pasarlo allí. Antes de que fuesen a buscarnos habría pasado un año y ya es algo. Samdeviátov nos ayudará a mantener el contacto con la ciudad. Quizá también esté dispuesto a escondernos. ¿Qué te parece? La verdad es que allí no hay un alma, es un verdadero desierto, un lugar como para dar miedo. Al menos tal era en marzo, cuando estuve allí. Dicen que hay lobos. Es terrible. Pero los hombres, sobre todo los hombres como Antípov y Tivierzin, son hoy mucho más terribles que los lobos.

—No sé qué decirte. Por otra parte, eres la primera en apremiarme para que me vaya a Moscú, en insistir en que no demore el viaje. Ahora es más fácil. Me he informado en la estación. A los vendedores clandestinos ya no les hacen caso y, según parece, no detienen a los que encuentran en los vagones de mercancías. Están ya cansados de fusilar o fusilan a muchos menos. Me preocupa que todas las cartas que he enviado a Moscú hayan quedado sin respuesta. Debería irme y saber qué ha sido de los míos. Tú eres la primera en decírmelo. ¿Cómo, pues, debo entender tu referencia a Varykino? ¿Es posible que pienses en aventurarte sin mí en un lugar tan espantoso?

—No, sin ti sería imposible, se comprende.

—Pero, por otra parte, quieres que vaya a Moscú.

—Sí, es indispensable.

—Mira: tengo un magnífico plan. Nos vamos todos a Moscú. Tú y Kátienka os vais conmigo.

—¿A Moscú? Estás loco. ¿Por qué razón? No, yo debo quedarme. Yo debo estar esperando aquí, por lo menos no lejos de aquí. Hasta ver cómo se decide la suerte de Pasha. Debo esperar a ver qué giro toman las cosas, y que me encuentre cerca, si me necesita.

—Entonces pensemos en Kátienka.

—Símushka, Sima Tuntsova, viene a verme de vez en cuando. Ya hablamos tú y yo de ella hace unos días. —Ya lo sé. La veo con frecuencia en casa.

—No puedo comprenderte bien. ¿Dónde tienen los hombres los ojos? En tu lugar ya me habría enamorado de ella. ¿No has observado la gracia y distinción que tiene? Alta, guapa, inteligente, instruida, buena y tan exacta en sus juicios.

—El día que llegué de mi cautiverio, Glafira, su hermana, la modista, me afeitó y cortó el pelo.

—También la conozco. Viven juntas con la mayor, Avdotia, la bibliotecaria. Es una honrada familia de trabajadores. En caso extremo le pediría que, si tú y yo fuésemos detenidos, se quedara con Kátienka. Pero no lo he decidido aún.

—Sólo en un caso extremo. Antes de que eso suceda tendremos tiempo de pensar bien las cosas.

—Dicen que Sima está un poco loca. Y la verdad es que no se puede considerarla una mujer completamente normal. Pero es la consecuencia de su profundidad y originalidad. Es extraordinariamente culta, pero no a la manera de los intelectuales, sino a la de la gente del pueblo. Sus ideas son muy afines a las nuestras. Tranquilamente le confiaría la educación de Kátienka.

17

De nuevo el doctor se dirigió a la estación y regresó sin haber decidido nada. Todo quedó en suspenso. Ante él y Lara surgía lo desconocido. El día era frío y oscuro como en vísperas de las primeras nevadas. En las encrucijadas a las que el firmamento se asomaba con mayor amplitud que en las largas y estrechas calles, el cielo mostraba un aspecto invernal.

Cuando llegó a casa encontró en ella a Símushka con Lara. Su conversación parecía casi una conferencia dada por la visitante a la dueña de la casa. No quiso molestadas y además deseaba estar sólo un rato. Las mujeres se hallaban en la habitación de al lado, y a través de la puerta entornada, tapada con una cortina, se oían claramente sus palabras.

—No haga caso de que esté cosiendo, Símushka. Le sigo atentamente. En otro tiempo, en la universidad, frecuenté las clases de historia y filosofía. Sus ideas me interesan mucho. Y para mí es un placer escucharla. Estas últimas noches no hemos podido dormir, desasosegados por toda clase de pensamientos. Mi deber de madre es preocuparme de la seguridad de Kátienka, en el caso de que nos ocurra una desgracia. Hay que pensarlo muy bien, y yo, la verdad, no me siento en condiciones de hacerlo. Siento tener que reconocerlo. Estoy destrozada de cansancio y sueño atrasado y su conversación es un sedante para mí. Además, dentro de poco empezará a nevar y cuando nieva es siempre muy agradable oír largas conversaciones inteligentes. Si se mira a la ventana mientras cae la nieve, parece siempre que hay alguien que atraviesa el patio y va a entrar en casa, ¿verdad? Hable, Símushka, la escucho.

—¿Dónde quedamos la última vez?

Yuri Andriéevich no pudo oír la respuesta de Lara. Oyó lo que dijo Sima:

—Se pueden utilizar también las palabras cultura y época. Pero pueden entenderse de distinto modo. Por eso, a causa de su imprecisión, no las utilizaremos: las sustituiremos por otras expresiones. Yo diría que el hombre está constituido por dos partes: Dios y el trabajo. El desarrollo del espíritu humano se efectúa en distintos

trabajos de enorme duración en el tiempo. Tales trabajos han sido realizados por generaciones y se han ido sucediendo uno a otro. Un trabajo de este género fue Egipto; otro, Grecia. Un trabajo semejante fue el conocimiento de Dios por parte de los profetas. Otro, el último en el tiempo, que por ahora no ha encontrado nada que lo sustituya, y que es obra de la inspiración moderna, es el cristianismo. Para que pueda comprender lo que este trabajo sin precedentes ha aportado como novedad, para que pueda darse cuenta inmediatamente y de un modo rápido, no como ya lo conoce y está acostumbrada a considerarlo, sino de forma más simple, más directa, examinaré con usted algunos fragmentos de textos religiosos, sólo una mínima parte y, además muy reducida. Casi todos los cánticos de alabanza son una combinación de conceptos del Viejo y Nuevo Testamentos, colocados uno al lado del otro. Los episodios del mundo antiguo: la zarza ardiente, el éxodo de Israel a Egipto, los adolescentes en el horno encendido, la permanencia de Jonás en el vientre de la ballena y tantos más, entroncan con los episodios del Nuevo, las ideas sobre la concepción de María, por ejemplo, y sobre la resurrección de Cristo. En esta frecuente, casi constante combinación, la antigüedad del Viejo, la novedad del Nuevo y su diferencia, se destacan de una manera muy particular. En muchos versículos la maternidad inmaculada de María se parangona con el paso del mar Rojo por el pueblo de Israel. Tomemos por ejemplo: «En el mar Muerto delineábase algunas veces la imagen de la Virgen pura», y «El mar, después del paso de los hebreos, se hizo de nuevo infranqueable, y después del nacimiento de Emmanuel, la Inmaculada permaneció incorruptible». Es decir: después del paso de los hebreos, el mar se hizo de nuevo impracticable, como la Virgen, después de haber alumbrado a Cristo, siguió siendo inmaculada. ¿Entre qué clase de acontecimientos existe la relación? Los dos son acontecimientos sobrenaturales, los dos son considerados prodigios. Pero ¿en qué veían el prodigio dos épocas distintas, la antiquísima, primitiva, y la moderna, postromana, prolongándose en el tiempo? En el primer caso, por orden de un jefe popular, el patriarca Moisés, y por la señal de su vara, el mar se abrió, dejó pasar a todo un pueblo, una masa humana compuesta de centenares de millares de seres, y cuando el último hubo pasado, volvió a cerrarse y cubrió con sus aguas y anegó a los perseguidores egipcios. Un acontecimiento espectacular según el espíritu de la antigüedad: el elemento natural dócil a la voz mágica, una multitud reunida, como las tropas romanas en sus expediciones, un pueblo y un jefe, cosas visibles y audibles, que conmueven la imaginación. En el otro caso, una muchacha, un hecho usual al que el mundo antiguo no habría prestado atención, da en silencio y en secreto la vida a un niño, y da al mundo la vida, el milagro de la vida, «la vida de la vida», como se dirá luego. Su parto es ilegítimo no sólo desde el punto de vista de los fariseos, porque no ha sido sancionado por el matrimonio, sino porque es contrario a las leyes de la naturaleza. Esa muchacha da a luz no por causas fisiológicas, sino en virtud de un

prodigio, de una inspiración. Es la misma inspiración por medio de la cual el Evangelio, que contrapone a la normalidad la excepcionalidad y a los días de cutio las fiestas, quiere construir la vida sea como sea. ¡Qué profundo significado tiene este cambio! ¿De qué modo para el cielo (porque todo esto hay que valorarlo con los ojos del cielo, porque todo esto se cumple por voluntad del cielo en el sagrado marco de la unicidad), de qué modo, pues, una particular circunstancia humana, insignificante desde el punto de vista de la antigüedad, se hace, en cambio, para el cielo, equivalente a la emigración de todo un pueblo? Algo ha cambiado en el mundo. Desaparecida Roma, cesaba el poder del número, la obligación, impuesta a cada uno con las armas, de vivir como todos los demás, como la masa. Los jefes y los pueblos desaparecen en el pasado, surge el respeto hacia la personalidad, la afirmación de la libertad. Cada vida humana se convirtió en la historia de un dios, llenó con su contenido todo el espacio del universo. Como se dice en un cántico de la Anunciación, Adán quería ser dios y se equivocó, no lo fue. Pero luego Dios se hizo hombre para hacer de Adán un Dios («Dios es hombre y hace dios a Adán»).

Sima continuó:

—Ahora le diré otra cosa sobre el mismo tema. Pero voy a hacer una pequeña digresión. Por lo que se refiere a la preocupación por los trabajadores, la protección de la madre, la lucha contra el poder del lucro, nuestra época revolucionaria no tiene precedentes, es inolvidable, rica en conquistas que durarán mucho tiempo, siempre. Pero, en cambio, por lo que se refiere a la concepción de la vida, la teoría de la felicidad instaurada hoy no logra hacer creer que se habla en serio de ello, de tal manera parece una ridícula supervivencia. Estas declamaciones sobre jefes y pueblos podrían hacernos volver a los tiempos bíblicos de los pueblos pastores y de los patriarcas, admitiendo que tuviesen la fuerza necesaria para hacer retroceder la vida y rechazar hacia atrás la historia de milenios. Afortunadamente, es imposible. Ahora le diré algo sobre Cristo y la Magdalena, pero no refiriéndome al Evangelio, sino a las oraciones de Semana Santa, creo que del martes o del miércoles. Pero usted ya conoce todo esto, Larisa Fiódorovna. Quiero sólo recordarle algo, sin la pretensión de darle una lección. Como usted sabe, en eslavo, *strast* (pasión) significa en primer lugar sufrimiento, el sufrimiento del Señor. «El Señor que se adelanta libremente al sufrimiento.» Además, la palabra, en su acepción rusa más reciente, tiene también el significado de vicio, de concupiscencia. «Habiendo sometido la dignidad de mi alma a las pasiones, yo me he convertido en una bestia», «expulsados del Paraíso nos esforzaremos en entrar en él por la continencia de nuestras pasiones». Probablemente es una impiedad, pero no me gusta esta clase de lecturas prepascuales destinadas a sofocar la sensualidad y mortificar la carne. Me parecen plegarias vulgares, triviales, privadas de la poesía que alienta en los otros textos religiosos, plegarias compuestas por monjes gordos con la piel grasienta. Por lo demás, es posible que esos monjes

hayan vivido estando a bien con la conciencia. No se trata de ellos, sino del contenido de tales fragmentos. En estas lamentaciones se da una importancia exagerada a las distintas debilidades del cuerpo, por bien alimentado o desnutrido que esté. Es repugnante. Cosas secundarias, bajas, insustanciales, adquieren un relieve exagerado, que no merecen. Perdóneme que me haya extendido tanto, antes de llegar a lo principal. Ya está. Siempre me ha interesado saber por qué la mención de la Magdalena se colocaba precisamente en la vigilia de Pascua, en la víspera de la muerte de Cristo y de su resurrección. No puedo explicármelo, pero la admonición sobre la esencia de la vida es oportunísima en el momento de su despedida de la vida y del presentimiento del retorno. Escuche ahora con qué viva pasión, con qué absoluta rectitud se menciona. Se discute sobre si se trata de María Magdalena o de María Egipciaca, o de cualquier otra María. Sea quien sea, ruega así al Señor: «Suéltame de mi culpa como yo suelto mis cabellos». ¡Qué admirablemente expresados la sed de perdón y el arrepentimiento! Se podrían tocar con las manos. Hay otra exclamación semejante en otro himno del mismo día, más concreto, donde con mayor seguridad se trata de Magdalena. Con terrible evidencia se arrepiente de su pasado y lamenta que cada noche vuelvan a encenderse en ella los antiguos impulsos. «La noche reaviva en mí irrefrenables deseos, oscura guerra sin luna del pecado.» Ruega a Cristo que acepte las lágrimas de su arrepentimiento y se incline a los suspiros de su corazón, para que ella pueda enjugarle los cándidos pies con sus propios cabellos, a cuyo susurro Eva se esconde en el paraíso, confundida y vergonzosa. «Ungiré tus santísimos pies y los enjugaré con los cabellos de mi cabeza, como Eva en el Paraíso se ocultó de terror entre los suyos, asordados los oídos por el rumor.» Luego, de pronto, después del versículo sobre los cabellos, surge esta exclamación: «¿Quién sondeará la multitud de mis pecados, la profundidad de tus designios?» ¡Qué esencialidad, qué igualdad entre Dios y la vida, entre Dios y el individuo, entre Dios y la mujer!

18

Yuri Andriéevich había vuelto cansado de la estación. Era su día libre de cada década. Frecuentemente, en sus días de libertad, se desquitaba del sueño atrasado de la semana. Estaba tendido en el diván, apoyado sobre el codo. Aunque oía a Sima como en sueños, la escuchaba con gusto.

«Seguro que ha sacado todo esto de mi tío Kolia —pensaba—. Pero ¡qué dotada e inteligente es!»

Se levantó del diván y se acercó a la ventana que daba al patio, como la de la estancia contigua desde la cual las palabras de Lara y Símushka llegaban ahora como un susurro imperceptible.

Comenzaba a anochecer. Dos picazas llegaron volando al patio y lo sobrevolaron

buscando dónde posarse. El viento alborotaba e hinchaba ligeramente su plumaje. Se posaron sobre la tapa del cubo de la basura, pasaron sobre la cerca, descendieron al suelo y comenzaron a caminar por el patio.

«Las picazas anuncian la nieve», pensó.

En el mismo instante, tras la cortina, oyó a Sima que decía:

—Las picazas anuncian noticias. Visitas o cartas.

Poco después sonó la campanilla de la puerta, que Yuri Andriéevich había arreglado. Por detrás de la cortina salió Larisa Fiódorovna y con pasos rápidos se dirigió al recibidor, para abrir. Por sus palabras Yuri Andriéevich supo que se trataba de la hermana de Sima, Glafira Severínovna.

—¿Viene a buscar a su hermana?—preguntó Larisa Fiódorovna—. Símushka está con nosotros.

—No, no vengo a buscarla. De todos modos, ¿por qué no? Iremos juntas si ella se va enseguida a casa. Pero no venía a eso. Hay una carta para su amigo. Ya puede darme las gracias por haber trabajado antes en correos. ¡Por cuántas manos no habrá pasado! Me la entregó un conocido. Viene de Moscú. Ha tardado cinco meses en llegar. No conseguíamos encontrar al destinatario. Pero yo sé quién es. Una vez hasta le arreglé la barba.

La carta, compuesta de muchas páginas, sobada y sucia, en un sobre timbrado muchas veces y casi destrozado, era de Tonia. No recordó nunca cómo fue a parar a sus manos: Lara se la entregó sin que él se diese cuenta. Cuando comenzó a leerla sabía aún en qué ciudad y casa se encontraba, pero a medida que iba leyendo perdió la noción de las cosas. Sima se fue, despidiéndose también de él, y él la saludó sin advertirlo, como un autómata. Estaba olvidando dónde se encontraba y quién tenía a su alrededor.

«Yura —escribía Antonina Alexándrovna—, ¿sabes que tenemos una hija? Le hemos puesto el nombre de Masha en recuerdo de tu madre, María Nikoláievna...

»Otra cosa: algunos conocidos hombres políticos, miembros del partido de los cadetes y socialistas de derechas, Miliukov, Kiesewetter, Kuskova y otros, entre ellos el tío Nikolái Alexándrovich Gromeko, han sido expulsados de Rusia, así como todos nosotros por pertenecer a su familia.

»Es una desgracia, sobre todo en tu ausencia, pero hay que resignarse y dar gracias a Dios, por una forma tan benigna de expulsión en un periodo tan terrible. Pero ¿dónde estarás en estos momentos? Envío esta carta a la dirección de Antípova. Ella, si te encuentra, te la entregará. Me atormenta la incertidumbre. No sé si la autorización para partir, que hemos obtenido todos nosotros, se extenderá también a ti, como miembro de nuestra familia, cuando se conozca tu paradero. Creo que estás vivo y que regresarás. Me lo dice el corazón y tengo confianza en su voz. Tal vez a tu regreso las condiciones de vida en Rusia sean menos rígidas y tú mismo puedas pedir

una autorización personal para dirigirte al extranjero, y de nuevo nos encontraremos reunidos en alguna parte. Pero, mientras escribo esto, me cuesta creer que alcancemos un día tanta felicidad.

»Todo el mal reside en el hecho de que yo te quiero y tú no me quieres. Me esfuerzo por encontrar el significado de esta condena, de interpretarla y justificarla. Hurgo, araño en mí misma, examino otra vez toda nuestra vida y cuanto sé de mí y no veo el principio y no puedo recordar nada que haya hecho yo como para atraer sobre mí esta infelicidad. Parece como si tú me vieras con engañosos ojos, con ojos no buenos, como bajo una luz falsa, como en un espejo deformante.

»Pero yo te quiero. ¡Si pudieras sólo imaginar cómo te amo! Amo todo lo que hay en ti de particular, lo positivo y lo que no lo es, todos los aspectos comunes de tu persona, tan queridos en su extraordinaria combinación, tu rostro ennoblecido por una luz interior, un rostro que, sin esto, acaso no resultara bello, tu talento y tu inteligencia, que parecen haber ocupado el puesto de toda la voluntad que te falta. Todo lo tuyo es querido para mí y no conozco hombre mejor que tú.

»Pero escucha. Aunque no te quisiera, aunque no me gustaras tanto, quisiera esconder a mí misma esta indiferencia y pensar igualmente en quererte. Sólo por temor a ese humillante y destructivo castigo que es no amar, me guardaría inconscientemente de darme cuenta de que no te amaba. Ni tú ni yo lo sabríamos nunca. Mi corazón me lo escondería porque no amar es casi un homicidio y no tendría fuerzas para inferir tal golpe a nadie.

»Aunque todavía no haya decidido nada, acaso vayamos a París. Veré esos lugares lejanos donde te llevaron de niño y donde se educaron mi padre y mi tío. Mi padre te envía recuerdos. Shura está muy crecido, no es guapo, pero es un muchacho fuerte y robusto y cuando hablamos de ti, llora amarga y desconsoladamente. No puedo continuar. Se me destroza el corazón. Adiós. Deja que te haga la señal de la cruz por toda nuestra interminable separación, los peligros, lo desconocido, por todo tu largo, largo y oscuro camino. No te acuso de nada, no te hago ningún reproche. Haz de tu vida lo que quieras, con tal de que sea para bien tuyo.

»Antes de partir de esos terribles Urales tan fatales para nosotros, conocí, pero no a fondo, a Larisa Fiódorovna. Le debo mucha gratitud. Estuvo siempre cerca de mí cuando me hallaba en alguna dificultad, y me ayudó durante el parto. He de reconocer sinceramente que es una gran persona, pero no quiero fingir: es precisamente mi polo opuesto. Yo vine al mundo para simplificar la vida y buscar el justo camino. Ella, para complicarse la vida y apartarse del camino recto.

»Adiós, he de terminar. Han venido a buscar la carta y es hora de prepararse. ¡Oh Yura, amor mío querido, marido mío, padre de mis hijos!, ¿qué ha sucedido? No volveremos a vernos nunca, nunca más. Ahora acabo de escribir estas palabras, pero ¿te das cuenta de su significado? ¿Comprendes, comprendes? Me dan prisa y es como

si me dijeran que han venido para conducirme al patíbulo. ¡Yura! ¡Yura!»

Yuri Andriéevich levantó de la carta los ojos ausentes y sin lágrimas, ciegos y secos por el sufrimiento. No veía nada a su alrededor, no se daba cuenta de nada.

Afuera nevaba. A causa del viento la nieve descendía oblicuamente, cada vez más rápida y espesa, como para ganar el tiempo perdido. Yuri Andriéevich miró ante sí, fuera de la ventana, como si no la viese caer y continuara la lectura de la carta de Tonia, como si en lugar de estrellitas de nieve cayeran trocitos blancos de papel entre pequeñas letras negras, sin fin, sin fin.

Gimió sin darse cuenta y se llevó la mano al corazón. Tuvo la sensación de que iba a desmayarse, dio algunos pasos inseguros hacia el diván y se derrumbó sin sentido sobre él.

XIV
DE NUEVO EN VARYKINO

1

Era pleno invierno. La nieve caía en gruesos copos. Yuri Andriéevich volvió a casa desde el hospital. —Ha llegado Komarovski —le dijo Lara con voz sofocada, acudiendo a su encuentro.

Se detuvieron en el recibidor. Ella tenía un aire extraviado, corno si la hubieran golpeado.

—¿Desde dónde? ¿Dónde está? ¿Está aquí?

—Claro que no. Estuvo aquí esta mañana y ha dicho que volverá por la tarde. Quiere hablar contigo.

—¿Por qué ha venido?

—No he comprendido bien lo que me ha dicho. Dice que está de paso para el Extremo Oriente, y ha dado un rodeo para venir aquí, a Yuriatin, para vernos. Sobre todo por ti y por Pasha. Habló mucho de vosotros dos. Dice que los tres, tú, Patulia y yo, estamos en peligro de muerte y que sólo él puede salvarnos, si hacemos lo que nos diga.

—Yo me voy, no quiero verlo.

Lara comenzó a llorar, se arrodilló ante él y trató de abrazarle las piernas y ocultar en ellas su cabeza, pero él se lo impidió sujetándola a la fuerza.

—Quédate por mí, te lo suplico. No me asusta quedarme a solas con él. Únicamente sería desagradable para mí. Evítame un encuentro con él a solas. Por lo demás es un hombre práctico, experimentado. Es posible que nos dé de verdad un buen consejo. Tu aversión hacia él es natural. Pero te ruego que hagas un esfuerzo y te quedes.

—¿Qué tienes, ángel mío? Cálmate. ¿Qué haces? No te pongas de rodillas. Levántate. No estés triste. Líbrate de esta Pero yo estoy contigo. Si es necesario, si tú me lo pides, lo mataré.

Poco después era ya de noche. Hacía tiempo que los agujeros del suelo habían sido tapados. Yuri Andriéevich estaba siempre atento a ello y en cuanto se formaba alguno nuevo lo tapaba enseguida. Además tenían un grueso gato de largo pelo, que pasaba el tiempo inmóvil, en enigmática contemplación. La verdad es que los ratones no abandonaron la casa, pero se hicieron más prudentes.

En espera de Komarovski, Larisa Fiódorovna cortó unas rebanadas de pan negro de su ración y puso en la mesa un plato con algunas patatas hervidas. Preparábanse a recibir a su invitado en el comedor de los antiguos dueños de la casa, rehabilitado para su función. Había una gran mesa de roble y un pesado aparador de la misma

oscura madera. Sobre la mesa ardía una lámpara de aceite, la lámpara portátil del doctor.

Surgiendo de las tinieblas de diciembre, llegó Komarovski cubierto de nieve, que caía en abundancia, y que se destacaba en grandes placas sobre su pelliza, su sombrero y los chanclos y, al fundirse, formaba pequeños charcos en el suelo. La nieve sobre los bigotes y la barba que se había dejado crecer, le daban un aspecto diabólicamente grotesco. Vestía una chaqueta en buen estado y sus pantalones conservaban la raya. Antes de saludar y decir nada, con un peine de bolsillo se arregló cuidadosamente sus largos cabellos lisos y con el pañuelo se secó los bigotes y las pestañas húmedas. Luego, con expresión de tácita complicidad, tendió ambas manos, la izquierda a Larisa Fiódorovna y la derecha a Yuri Andriéevich.

—Considerémonos como conocidos —dijo al doctor—. Yo estuve en muy buenas relaciones con su padre. Tal vez ya lo sepa usted. Murió en mis brazos. Le estoy mirando tratando de hallarle algún parecido con él. Pero no, no tiene usted nada suyo. Era un carácter generoso. Impetuoso, instintivo. A juzgar por su aspecto, se parece usted más bien a su madre. Era una mujer muy dulce, soñadora.

—Larisa Fiódorovna me ha rogado que le escuchase. Según parece tiene algo que decirme. Por esto cedí a su insistencia. Es una conversación a la que me siento forzado. Por mi gusto no hubiese intentado encontrarme con usted y considero que no nos conocemos. Por eso le ruego que sea más concreto. ¿Qué desea?

—Muy bien, amigos míos. Lo comprendo todo, realmente todo, y me doy cuenta de todo absolutamente. Perdóneme mi audacia, pero me parecen ustedes hechos uno para el otro. Forman ustedes una pareja realmente ideal.

—Perdóneme que le interrumpa. Quisiera rogarle que no se mezcle en cosas que no le incumben. No se le pide su simpatía. Está usted divagando.

—No se ponga usted así, joven. No, realmente se parece más a su padre. Como él, es usted un polvorilla. Bien, con su permiso, les felicito, hijos míos. Pero desgraciadamente, y no es porque yo lo diga, son ustedes realmente unos niños que no saben nada de nada, que no piensan en nada. Hace sólo dos días que estoy aquí y ya he sabido sobre ustedes mucho más de cuanto puedan sospechar. Sin darse cuenta están caminando por el borde de un abismo. Si de un modo u otro no se previene el peligro, están contados los días de su libertad y acaso de su vida.

»Hay una cierta mentalidad comunista. Pocos se adaptan perfectamente a ella, pero nadie viola tan abiertamente esta manera de vivir y pensar como está haciendo usted, Yuri Andriéevich. No comprendo por qué hay que azuzar a los tigres. Usted es una burla para este mundo, una ofensa. Y si al menos fuera un secreto. Pero aquí hay influyentes personas de Moscú que conocen detalladamente lo que usted piensa y siente. Ninguno de ustedes tiene las simpatías de los sacerdotes locales de Temis. Los camaradas Antípov y Tivierzin están aguzando sus dientes contra Larisa Fiódorovna

y contra usted.

»Usted es un hombre, libre como un cosaco, y hace lo que se le antoja. Tiene perfecto derecho a hacer el extravagante y jugar con su vida. Pero Larisa Fiódorovna no es libre. Es madre. Tiene la responsabilidad de la vida, de la suerte de una niña. No puede entregarse a fantasías ni andarse por las nubes.

»He perdido toda la mañana tratando de convencerla, in_ tentando hacer que considere más seriamente la situación, pero no quiere escucharme. Ejerza su autoridad, su influencia para con ella. No tiene derecho a bromear con la seguridad de Kátienka y no debe despreciar mis consejos.

—Nunca en mi vida he tratado de influir en la voluntad de nadie, sobre todo cuando se trata de un ser querido. Larisa Fiódorovna es libre de escucharle o no. Eso es cosa suya. Además, ni siquiera sé de qué se trata. Sus consejos, como usted los llama, me son desconocidos.

—Realmente me recuerda usted cada vez más a su padre. Es tan intratable como él. Por lo tanto, pasemos a lo esencial. Pero como es un asunto bastante complicado, ármese de paciencia. Le ruego que me escuche sin interrumpirme.

»Se preparan grandes cambios en las alturas. No, no, lo sé de muy buena tinta y puede estar seguro de ello. Se trata de tomar una dirección más democrática, hacer una concesión a la normal legalidad, y esto se producirá muy pronto.

»Pero precisamente por eso, los organismos de represión, que están a punto de ser abolidos, redoblarán su furor y querrán saldar rápidamente sus cuentas locales. La eliminación de ustedes está en la orden del día. Su nombre, Yuri Andriéevich, figura en la lista. No se lo digo con ánimo de bromear, lo he visto yo mismo. Puede creerme. Piense ahora en su salvación, o será demasiado tarde.

»Pero esto es sólo la introducción. Ahora voy al grano. En el litoral del océano Pacífico se está procediendo a la concentración de las fuerzas políticas que han permanecido fieles al Gobierno provisional derribado y a la disuelta Asamblea Constituyente. De ella forman parte los diputados de la Duma, hombres políticos, los ex dirigentes más destacados de las capitales y de la provincia, hombres de negocios, industriales. Los generales de las antiguas milicias voluntarias están concentrando allí sus tropas.

»Las autoridades soviéticas cierran los ojos sobre la constitución de la República del Extremo Oriente. Les resulta cómoda su existencia en la frontera, porque pueden utilizarla como trampolín entre la Siberia Roja y el mundo exterior. Efectivamente, el gobierno de la república será mixto. Más de la mitad de los puestos han sido reservados por Moscú a los comunistas, de manera que con su ayuda, cuando sea conveniente, puede llevarse a cabo un golpe de mano y apoderarse de la república. La intención es clarísima. Se trata sólo de saber aprovecharse del tiempo que queda.

»En otro tiempo, antes de la revolución, yo me cuidaba de los negocios de los

hermanos Arjárov, Merkúlov y de otras firmas comerciales y bancarias de Vladivostok. Allí soy muy conocido. Un emisario secreto del gobierno en formación, mitad secretamente y mitad con la connivencia oficial soviética, me invitó a formar parte del gobierno del Extremo Oriente, como ministro de Justicia. Acepté y me voy ahora. Todo esto, como les he dicho, lo hago con el tácito consentimiento del poder soviético, pero no abiertamente, se entiende. Por lo tanto, no hay por qué proclamarlo a los cuatro vientos.

»Puedo llevarles conmigo, a usted y a Larisa Fiódorovna. Desde allí podrá usted tomar fácilmente un barco para reunirse con sus familiares. Supongo que ya sabrá usted que han sido expulsados. Es una historia que hizo mucho ruido. Todo Moscú habla de eso. A Larisa Fiódorovna le prometí apartar la amenaza que pesa sobre Pável Pávlovich. Como miembro de un gobierno autónomo y reconocido buscaré a Striélnikov en la Siberia oriental y le ayudaré a pasar a nuestra región. Si no consigue huir, lo propondré como canje de cualquier persona que los aliados tengan en su poder y que sea de interés para el poder central de Moscú.

Larisa Fiódorovna seguía penosamente la conversación cuyo significado se le escapaba con frecuencia. Pero, al oír las últimas palabras de Komarovski referentes a la salvación del doctor y Striélnikov, salió de su indiferencia soñadora, prestó atención y, enrojeciendo, tomó parte en la conversación:

—¿Te das cuenta, Yúrochka, de la importancia de estos proyectos para salvarte a ti y a Pasha?

—Eres demasiado confiada, querida. Una cosa son los proyectos y otra la realidad. Yo no digo que Víktor Ippolítovich intente engañarnos. Pero todo está en el aire. Y ahora, Víktor Ippolítovich, le contestaré con pocas palabras. Le doy las gracias por su interés, pero ¿cómo se le ha ocurrido pensar que pueda yo soportar que sea usted quien disponga de mí? Por lo que se refiere a su ofrecimiento en cuanto a Striélnikov, es Lara quien tiene que decidir.

—¿En qué consiste el problema? En si debemos o no partir con él como nos propone. Sabes perfectamente que yo no me iré sin ti.

Komarovski servíase con frecuencia alcohol de la botella que Yuri Andriéevich se había llevado consigo del hospital, abierta y colocada sobre la mesa, comía patatas y poco a poco se estaba embriagando.

2

Era ya tarde. De vez en cuando la lámpara dejaba caer la mecha quemada y entonces ardía crepitando iluminando vivamente la estancia. Después todo volvía a sumirse en la sombra. Los huéspedes tenían sueño, deseaban hablar a solas y Komarovski no se iba. Su presencia resultaba opresiva, como oprimía la presencia del pesado aparador de roble, corno angustiaba la helada oscuridad decembrina de la calle.

El no miraba a Lara ni a Zhivago. Fijaba sus ojos muy abiertos por la embriaguez en un punto lejano por encima de sus cabezas, y con la lengua torpe y pastosa mascaba y mascaba tediosamente las palabras siempre sobre el mismo tema.

Su idea fija era el Extremo Oriente y no dejaba de fantasear, exponiendo a Lara y al doctor sus consideraciones sobre la importancia política de la Mongolia.

Yuri Andriéevich y Larisa Fiódorovna ni siquiera sabían en qué punto de su conversación había empezado a hablar de Mongolia, y eso aumentaba el aburrimiento de un tema tan extraño y lejano para ellos.

Kornarovski decía:

—Siberia es realmente una nueva América, como precisamente la llaman, y es una región de inmensas posibilidades. Es la cuna del gran porvenir ruso, la garantía de nuestra democratización, de nuestro desarrollo, de nuestro saneamiento político. Todavía más rico en cuanto a posibilidades es el porvenir de Mongolia, de la Mongolia exterior, nuestra gran vecina del Extremo Oriente. ¿Qué saben ustedes de esto? Bostezan y cierran los ojos de aburrimiento, pero se trata de una superficie de medio millón de verstas cuadradas, con minerales no explotados todavía, un país que se encuentra en un estado de virginidad prehistórica, hacia el que se tienden las manos codiciosas de China, el Japón y América, a costa de los intereses rusos, reconocidos, no obstante, por todos los contendientes, siempre que se ha hecho una división de zonas de influencia.

»China se aprovecha del atraso feudal y teocrático de Mongolia, influyendo sobre sus lamas, sus sacerdotes y dignatarios. El Japón se apoya sobre los príncipes propietarios de siervos, que allí se llaman *joshunes*. Rusia comunista encuentra un aliado en el *jamdzhíls*, o, dicho con otras palabras, la Asociación revolucionaria de los pastores rebeldes. Por lo que a mí se refiere, yo veo la prosperidad de Mongolia bajo la administración de un parlamento mongol libremente elegido. Personalmente eso es lo que nos interesa: un paso al otro lado de la frontera mongola y el mundo se pone a sus pies, y serán libres como el pájaro en el bosque.

Estas interminables y aburridas elucubraciones sobre una materia que no tenía ninguna relación con ellos, irritaba a Larisa Fiódorovna. Extenuada por el fastidio de aquella visita demasiado prolongada, tendió decididamente la mano a Komarovski para despedirlo y dijo sin reticencia, con mal disimulada hostilidad:

—Es tarde. Ya es hora de que se vaya. Tengo sueño.

—Espero que no serán ustedes tan poco hospitalarios como para ponerme en la calle en una hora tan tardía. No estaría muy seguro de encontrar mi calle de noche en una ciudad desconocida y sin iluminación.

—Debió usted haber pensado antes en esto y no entretenerse tanto tiempo. Nadie le obligó a quedarse.

—¡Oh! ¿Por qué me habla con ese tono? Ni siquiera me ha preguntado si

dispongo de un alojamiento.

—La verdad es que no me interesa. Estoy segura de que no se perderá. No es usted de los que se pierden. No le sucederá nada. Antes de que me pida usted permiso para pasar la noche en casa le diré que no puedo meterlo en la habitación común donde dormimos con Kátienka. Y en las otras es imposible a causa de las ratas.

—No me dan miedo.

—Haga lo que le parezca.

3

—¿Qué tienes, ángel mío? ¡Cuántas noches llevas sin dormir! No pruebas bocado en la mesa. Te pasas el día dando vueltas como una noria. No paras un instante de pensar y pensar. ¿Qué te tortura? No debes dar tanta importancia a los pensamientos que nos atormentan.

—Ha venido otra vez Izot, el guardián del hospital. Tiene un lío con la lavandera de esta casa. Entró al llegar y me dio una noticia. Me dijo que tenía un terrible secreto. «Tu amigo no se escapará de que lo metan en chirona. Más tarde o más temprano lo pondrán a la sombra. Y también a ti, pobrecilla.» «¿Cómo sabes esto, Izot?», le pregunté. «Ya puedes estar segura de lo que te digo. Me lo dijo uno del *polkan*», me repuso. Por *polkan,* como habrás comprendido, quería decir *ispolkom*[88].

Larisa Fiódorovna y el doctor se echaron a reír.

—Tienes razón. El peligro ha aumentado. Está, como quien dice, llamando a la puerta. Hay que irse inmediatamente. El problema es saber dónde. No podemos ni pensar en irnos a Moscú. Los preparativos son demasiado complicados y llamaríamos la atención. Además debemos hacerlo todo a escondidas, de manera que nadie sepa nada. ¿Sabes, querida? En realidad deberíamos de poner en práctica tu idea. Durante un tiempo hay que desaparecer de la tierra. El lugar más apropiado es Varykino. Vayámonos por un par de semanas o un mes.

—Gracias, querido, gracias. ¡Qué contenta estoy! Comprendo hasta qué punto debes resistirte a esta solución. Pero no hay ni que pensar en vuestra casa. Allí te sería imposible vivir. La vista de las habitaciones vacías, remordimientos, comparaciones... ¿Crees que no lo comprendo? Construir la propia felicidad sobre el dolor ajeno, profanar las cosas más queridas y sagradas: nunca aceptaría de ti un sacrificio semejante. Pero no es eso solo. Tu casa está en tal estado de abandono que sería difícil adaptar las habitaciones para vivir en ellas. Pensaba más bien en la casa de Mikulitsyn.

—Precisamente. Gracias por haberlo comprendido. Pero dime: quise pedírtelo antes y se me olvidó. ¿Dónde está Komarovski? ¿Está aquí o se ha marchado ya? Desde que disputé con él y lo eché a la calle, no tengo la menor noticia de su paradero.

—Tampoco yo sé nada. No te preocupes. ¿De qué te sirve?

—Me estoy convenciendo cada vez más de que hemos de considerar por separado su proposición. La situación no es la misma para todos nosotros. Tú tienes la responsabilidad de la niña. Aunque quisieras compartir mi suerte, no tendrías derecho a hacerlo.

»Hablemos de Varykino. La verdad es que refugiarse en ese rincón perdido, en pleno invierno, sin provisiones, sin fuerzas, sin esperanzas, es una locura, pero tú y yo estamos locos, amor mío, y no podemos hacer más que una locura. Humillémonos una vez más. Mendiguémosle un caballo a Anfim. Pidámosle a él o a los especuladores que están a sus órdenes que nos presten harina y patatas sin ninguna garantía. Tratemos de convencerle de que no nos obligue a pagar demasiado pronto la caridad que nos haga, que sólo venga al final, cuando necesite el caballo. Quedémonos solos un tiempo. Vámonos, corazón mío. En una semana cortaremos y quemaremos un trozo de bosque que en tiempos tranquilos, de concienzudo ahorro, bastaría para un año.

»Perdóname una vez más el desorden de mis palabras. ¡Cómo me gustaría hablar contigo sin este énfasis! Pero, la verdad, no podemos elegir. Di lo que quieras, pero la muerte está llamando realmente a nuestra puerta. Tenemos los días contados. Aprovechémoslos como podamos. Los gastaremos para acompañar la vida como se acompaña a quien tiene que partir, como el último encuentro antes de la separación. Nos despediremos de todo lo que queremos, de nuestros pensamientos de siempre, del modo en que soñábamos vivir y de lo que nos ha enseñado la conciencia. Nos despediremos de las esperanzas, nos despediremos mutuamente. Volveremos a decirnos uno a otro nuestras palabras secretas de por la noche, grandes y pacíficas como el nombre del océano de Asia. No por nada estás aquí, al final de mi vida, mi escondido amor, mi secreto amor, bajo el cielo de la guerra y las insurrecciones, tú que te me apareciste al principio bajo el plácido cielo de la infancia.

»Aquella noche, chiquilla de las últimas clases del colegio, con el uniforme de color pardo, en la penumbra de la estancia del hotel, eras exactamente la misma de hoy y, como hoy, bella hasta quitar el aliento.

»Luego, a menudo, he intentado dar un nombre a esa luz de hechizo que dejaste entonces en mi alma, ese rayo que gradualmente se apagaba, esa música que moría, que me acompañaron durante toda la existencia y que se han convertido en la llave de mi conocimiento de todo el resto del mundo, gracias a ti.

»Cuando tú, sombra vestida con un uniforme de colegio, saliste de la oscuridad de la habitación del hotel, yo, un chiquillo, sin saber quién eras, comprendí cuánta fuerza había en el dolor que trascendías. "Esta muchacha delgada y frágil posee toda la femineidad del mundo, como si se tratase de una corriente eléctrica. Si te acercases a ella o la tocaras con un dedo, una chispa iluminaría la estancia fulminándote o

tomaría posesión de ti, para toda la vida, con el poder magnético de su tristeza." Me trastornó la emoción, me sentí como fulminado y comencé a llorar. Sentí una infinita piedad por el niño que yo era y por la niña que eras tú. Todo mi ser estaba lleno de asombro y se preguntaba: si se hace mal queriendo, absorbiendo toda esta electricidad, ¡qué doloroso es ser una mujer, ser esta electricidad y suscitar amor!

»Y ahora ya he dicho lo que quería. Es algo como para enloquecer. Y estoy enteramente en ese algo.

Larisa Fiódorovna estaba tendida sobre el lecho, vestida y extenuada. Se acurrucó y se envolvió con un chal. Yuri Andriéevich estaba sentado a su lado en una silla y hablaba en voz baja, con largas pausas. A veces ella se incorporaba sobre un codo, apoyaba la barbilla en la palma de la mano y, con la boca abierta, miraba a Yuri Andriéevich . A veces se estrechaba contra él y lloraba silenciosa y feliz, sin advertir sus propias lágrimas. Por último se levantó del lecho y murmuró, arrebatada:

—¡Yúrochka! ¡Yúrochka! ¡Qué inteligente eres! Lo sabes todo y lo comprendes todo. Yúrochka, tú eres mi fortaleza, mi refugio, mi vida. Que el Señor me perdone este sacrilegio. ¡Qué feliz soy! Vámonos, vámonos, querido, allí te diré lo que me atormenta.

El pensó que aludía a un embarazo, acaso imaginario, y le dijo:

—Ya lo sé.

4

Salieron de la ciudad una gris mañana de invierno. Era día de trabajo. La gente caminaba por las calles, ocupada en sus quehaceres. A menudo encontraban conocidos. En los callejones llenos de nieve, cerca de las antiguas fuentes públicas, formaban largas colas las mujeres que no disponían de un pozo, con los cubos y las perchas dejados a un lado, en espera de que les llegase su turno para recoger agua. El doctor trataba de evitarlas mientras guiaba a la impaciente «Savraska» de Samdeviátov, una yegua de pelo rizoso y amarillento. El trineo, a causa del impulso, resbalaba de lado sobre la calzada húmeda y helada, subiéndose a las aceras, chocando con los faroles y los guardacantones.

Al galope alcanzaron a Samdeviátov, que caminaba por la calle, y, sin volverse, lo dejaron atrás, sin volverse para ver si los había reconocido a ellos y la yegua y si les decía algo al pasar. Más adelante, dejaron atrás, del mismo modo y sin saludarlo, a Komarovski, y supieron así, por azar, que continuaba todavía en Yuriatin.

Glafira Tuntsova, les gritó desde la acera, al otro lado de la calle:

—Me dijeron que se habían ido ayer. ¡Cualquiera cree lo que diga la gente! ¿Van a buscar patatas?

Hizo con la mano un ademán que indicaba que no había oído la respuesta, y con otro ademán les deseó buen viaje.

Para despedirse de Sima se detuvieron en una prominencia del terreno, un lugar a propósito para sujetar de las riendas a la yegua. Ya era difícil de por sí contenerla, aunque se tirase de las riendas con toda la fuerza. Sima se había envuelto de pies a cabeza con dos o tres chales que daban a su figura el aspecto de un tronco. Con largos y rígidos pasos se acercó al trineo y les dijo adiós deseándoles buen viaje.

—Cuando vuelva tenemos que hablar, Yuri Andriéevich.

Por último salieron de la ciudad. Aunque ya había recorrido en invierno y a caballo aquella ruta, Yuri Andriéevich la recordaba sobre todo bajo el aspecto que tenía en verano y ahora no la reconocía.

Había colocado debajo del heno, hacia la parte delantera del trineo, bajo el asiento, los sacos con las provisiones y el equipaje. Yuri Andriéevich guiaba arrodillado en el fondo del vehículo o sentado de lado en el borde de la caja, dejando colgar afuera los pies calzados con las botas de fieltro de Samdeviátov.

Por la tarde, cuando la luz engañosa del invierno, mucho antes de que se ponga el sol, hace creer que el día ha llegado a su fin, Yuri Andriéevich comenzó a fustigar despiadadamente a «Savraska», que se puso a correr como una flecha. El trineo se levantaba y caía como si fuese una barca, hundiéndose en las rodadas del camino surcado por los patines de los trineos. Lara y Katia llevaban pellizas que impedían todos sus movimientos. Cuando el trineo se inclinaba sobre un costado o caía bruscamente en un bache, gritaban y reían rodando de un lado a otro y cayendo blandamente en el heno como si fueran sacos. A veces él hacía saltar adrede el trineo sobre un montón de nieve para que se inclinase y Lara y Katia cayeran sobre la nieve. Luego continuaba avanzando unos metros, detenía a «Savraska», y enderezaba el trineo sobre los patines, mientras Lara y Katia lo cubrían de reproches, se sacudían la nieve de sus ropas y volvían a subir al trineo protestando y riendo.

—Ahora os enseñaré el lugar donde me detuvieron los partisanos —prometió cuando se hubieron alejado un poco de la ciudad.

Pero no pudo cumplir su promesa porque la desnudez invernal de los bosques, la muerta quietud y el vacío de los alrededores habían hecho irreconocible el lugar.

—¡Aquí está! —exclamó de pronto, confundiendo el primer cartel «Moro y Vietchinkin», que estaba en medio del campo, con el segundo, el del bosque, ante el cual lo detuvieron.

Y cuando pasaron velozmente ante el segundo cartel, que continuaba en el mismo sitio, en el bosquecillo cerca del cruce con el camino de Sakma, las palabras no podían distinguirse a través de la densa cortina de niebla que quemaba los ojos y, como una filigrana, dividía el bosque en dos matices: negro y plata. Y así no lo advirtieron. Todavía era de día cuando llegaron a galope a Varykino y se detuvieron ante la vieja casa de los Zhivago. Era la primera al llegar. La de los Mikulitsyn estaba un poco más lejos. Entraron en ella apresuradamente, como ladrones, porque la noche

era ya inminente. Efectivamente, dentro de la casa señoreaban ya las sombras. Con las prisas, Yuri Andriéevich no advirtió todos los destrozos causados en ella. Una parte del mobiliario, tan familiar, estaba intacta. En la abandonada Varykino no había ya nadie que pudiera llevar a término aquella devastación. No encontró ni uno solo de los objetos familiares, pero él no estaba allí cuando los suyos se fueron y no sabía lo que se llevaron ni lo que dejaron en la casa. Lara decía:

—Tenemos que darnos prisa. Dentro de unos instantes será de noche. No hay tiempo que perder. Si nos quedamos aquí hemos de llevar el caballo a la cochera, guardar las provisiones y quedarnos en esta habitación. Pero esta solución no me parece bien. Ya hemos hablado de ello. Tanto para ti como para mí sería penoso. ¿Esta era vuestra alcoba? No, el cuarto de los niños. La cama de tu hijo. Será pequeña para Kátienka. Por otra parte, las ventanas están en buen estado y ni el suelo ni las paredes tienen agujeros. Además, hay una magnífica estufa. Tuve ocasión de admirarla la primera vez que vine a esta casa. Si tú insistes en quedarte aquí, a pesar de que yo sea contraria a ello, me quito la pelliza y me pongo inmediatamente a trabajar. Lo primero que debes hacer es encender la estufa. Calentar esto, calentarlo, calentarlo. Las primeras veinticuatro horas, día y noche, sin parar. ¿Cómo, querido? No dices nada.

—Sí, enseguida, no es nada. Perdóname, te lo ruego. No, espera. Es mejor que echemos una ojeada a la casa de los Mikulitsyn.

Y se dirigieron a ella.

5

La casa de los Mikulitsyn se hallaba cerrada con un candado cuyos cáncamos estaban fijados a la cerradura. Yuri Andriéevich intentó varias veces abrirlo y por último lo arrancó junto con fragmentos de madera y unos tornillos. Como en la otra casa, se precipitaron en el interior de ésta, sin quitarse las pellizas ni los gorros. Les sorprendió inmediatamente la impresión de orden que reinaba en algunos lugares de la casa, por ejemplo, en el estudio de Avierki Stepánovich. Alguien tenía que haber vivido allí en época muy reciente. Pero ¿quién? Si habían sido los dueños o algún pariente, ¿dónde estaban escondidos y por qué cerraron el portón con el candado y no con la cerradura normal»? Además, si los dueños hubieran estado allí y vivido habitualmente mucho tiempo, toda la casa hubiese estado en orden, no sólo una parte. No, no debía tratarse de los Mikulitsyn. Entonces, ¿quiénes eran? No se preocuparon de ello, ni trataron de adivinarlo. En aquellos momentos eran muchas las viviendas abandonadas y saqueadas en parte y muchos los perseguidos que se escondían en ellas.

—Tal vez sea algún oficial blanco perseguido —convinieron—. Ya veremos si podemos ponernos de acuerdo y estar incluso juntos.

Y, como ya otra vez, Yuri Andriéevich se quedó sorprendido, como clavado en el suelo, en el umbral del estudio, admirando sus proporciones y la comodidad de la mesa junto a la ventana. De nuevo pensó que aquel severo refugio predisponía e invitaba a un trabajo paciente y fecundo.

Entre las dependencias, en el patio de los Mikulitsyn, había un establo construido contra la pared del almacén. Pero estaba cerrado con llave y Yuri Andriéevich no sabía en qué estado se encontraba. Para no perder tiempo decidió instalar a la yegua, por aquella noche, en la cochera, que se podía abrir fácilmente. Desenganchó a «Savraska» y, cuando hubo reposado un poco, la abrevó con agua sacada del pozo. Quiso darle heno del que había en el fondo del trineo, pero bajo el peso de los viajeros se había desmenuzado y ya no era útil como alimento para el animal. Afortunadamente, en el amplio henil que se encontraba encima de la cochera y el establo, había quedado un poco en los rincones y a lo largo de las paredes.

Aquella noche durmieron con las pellizas puestas, sin desnudarse. Su sueño fue agradable, profundo y dulce. Durmieron como los niños después de una jornada de correr y hacer travesuras.

6

Levantados ya muy temprano, Yuri Andriéevich comenzó a dirigir miradas codiciosas a la mesa escritorio que había junto a la ventana. Sentía en las manos el afán de encontrarse ante unas blancas cuartillas. Pero se reservó este placer para la noche, cuando Lara y Kátienka se hubiesen ido a dormir. Hasta que llegase ese momento estaría agobiado de trabajo para poner en orden, por lo menos, dos habitaciones.

Soñando en el trabajo de la noche, no se proponía grandes cosas: era simple amor a la tinta, atracción por la pluma.

Tenía deseos de escribir, de escribir palabras sobre el papel. Al principio se contentaría con escribir de memoria algo ya viejo, que todavía no llegó a escribir, sólo por poner en juego sus propias facultades acartonadas por la inactividad, emperezadas por el largo intervalo sin escribir. Esperaba que allí se detendrían más tiempo y que entonces podría dedicarse holgada y libremente a emprender cualquier trabajo nuevo e importante.

—¿Estás ocupado? ¿Qué haces?

—Me ocupo del fuego. ¿Por qué?

—Necesito un cubo.

—A este paso no tendremos leña más que para tres días. Habrá que ir a ver qué hay en la leñera de nuestra antigua casa. ¡A saber lo que encontraremos allí! Si ha quedado suficiente, haré unos viajes y me la traeré. Mañana me ocuparé de eso. Me has pedido el cubo. Sí, creo haberlo visto en alguna parte, pero no sé dónde, no consigo recordarlo.

--A mí me sucede lo mismo. Lo he visto no sé dónde y ya no me acuerdo. Evidentemente no debía de estar en su sitio y por eso lo he olvidado. Paciencia. Quiero calentar mucha agua para lavarnos. Con la que quede lavaré algo para mí y para Katia. Hagamos una colada general de toda nuestra ropa sucia. Esta noche, antes de acostarnos, después de haberlo instalado todo y tomado nuestras decisiones, nos lavaremos los tres.

—Enseguida prepararé mi muda. Gracias. He arrinconado los armarios y los muebles pesados, como me habías dicho.

—Está bien. En lugar de lavar en el cubo, lavaré en el barreño. Pero está muy sucio. Habrá que quitarle la grasa.

—Apenas funcione la estufa, ajustaré el tiro y me dedicaré a arreglar otros cajones. Constantemente descubro nuevas cosas en la mesa y en la cómoda: jabón, fósforos, lápices, papel, objetos de escritorio. Y cosas no menos inesperadas, que tenemos ante los ojos: por ejemplo, la lámpara sobre la mesa, llena de petróleo. Nada de esto pertenece a los Mikulitsyn, lo sé. Procede de otra parte.

—¡Qué suerte tan grande! Siempre el inquilino misterioso. Como en Julio Verne. ¡Ah! ¡Qué atolondrados somos! Charla que te charla y el agua está hirviendo.

Azacanábanse corriendo de un lado a otro por las habitaciones, con los brazos llenos de cosas, chocando uno contra otro, o tropezando con Kátienka que se quedaba plantada en medio de su camino, o se les metía por entre las piernas, entorpeciendo su trabajo al ir de un lado a otro. Cuando la regañaban, se enfurruñaba. Estaba cansada y se quejaba de frío.

«¡Pobres chiquillos de hoy en día, víctimas de nuestra vida errante, compañeros resignados de nuestras peregrinaciones!», pensaba el doctor, y dijo:

—Perdona, pequeña, pero no tienes motivos para ponerte así. Todo eso son invenciones y caprichos. La estufa está al rojo.

—La estufa estará caliente, pero yo tengo frío.

—Entonces ten paciencia, Katiusha. Esta noche haré que caliente mucho y además mamá te dará un baño, ¿oyes? Mientras tanto, toma.

Y amontonó en el suelo los antiguos juguetes de Liveri, recogidos en el almacén, algunos de los cuales estaban todavía intactos, otros rotos, piezas para construcciones, vagones y locomotoras, hojas de cartón divididas en cuadraditos numerados para jugar con fichas o a la lotería.

—¿Qué haces, Yuri Andriéevich?—exclamó Kátienka, ofendida como una persona mayor—. Esto no es mío. Y además es cosa de niños. Yo ya soy mayor.

Pero un instante después estaba cómodamente sentada sobre la alfombra y en sus manos aquellos juguetes de toda clase se convertían en material de construcción con el que fabricaba para Ninka, la muñeca que se había traído de la ciudad, una vivienda bastante más racional y estable que los refugios ajenos y siempre distintos a los que la

arrastraban los mayores.

—¡Qué instinto casero, qué natural atracción por un hogar y un orden! —dijo Larisa Fiódorovna, observando desde la cocina los juegos de su hija—. Los niños son sinceros, no tienen prejuicios y no se avergüenzan de la verdad, mientras nosotros, por miedo de parecer atrasados, estamos siempre dispuestos a traicionar lo que nos es más querido, a elogiar cosas que nos repugnan y aceptar otras que no comprendemos.

—Encontré el cubo —la interrumpió el doctor, saliendo del oscuro trastero con el cubo en la mano—. Realmente no estaba en su sitio. Por lo visto en el otoño pasado lo utilizaron para recoger el agua de alguna gotera.

7

Para el almuerzo, preparado ya para tres días con provisiones frescas, Larisa Fiódorovna sirvió cosas inauditas: una sopa de patatas y carnero asado también con patatas. Kátienka no conseguía tragar bocado, reía y bromeaba, pero luego comió hasta hartarse y, entontecida por el calor, se cubrió con la manta de viaje de su madre y se durmió profundamente en el diván.

Larisa Fiódorovna, que estaba muy cansada y sofocada por la cocina, medio amodorrada como su hija y satisfecha por el éxito de su comida, no se dio prisa en quitar la mesa y se sentó para descansar. Luego de haberse asegurado de que su hija dormía, apoyándose sobre la mesa y sosteniéndose la cabeza sobre un brazo, comenzó a decir:

—Trabajaré más y en eso encontraré la felicidad, con tal de que sepa que no lo hago en vano, que sirve para algo. Tienes que recordarme constantemente que estamos aquí para estar juntos. Dame ánimos y no me dejes pensar en nuestra situación. Porque, a decir verdad, si analizamos las cosas que estamos haciendo, ¿qué significado tiene que estemos aquí? Hemos invadido una casa forzando la puerta, disponemos de todo para nuestra comodidad y nos aturdimos con una prisa constante para no darnos cuenta de que esto no es vida, sino una representación teatral, no una cosa seria, sino «de mentirijillas», como dicen los niños, una comedia para hacer reír a la chiquillería.

—Pero, ángel mío, fuiste tú quien insistió en venir aquí. Recuerda cuánto me opuse, que no estaba de acuerdo.

—Es cierto. No lo discuto. He faltado yo precisamente. Tú puedes vacilar, tener dudas. Yo debo hacerlo todo de modo lógico y coherente. Apenas entraste en casa viste la camita de tu hijo y te sentiste mal. Faltó poco para que te desmayaras de sufrimiento. Tú tienes derecho a esto, pero a mí no me está permitido. Mi temor por Kátienka y mi idea del porvenir tienen que quedarse en un segundo plano ante mi amor por ti.

—Larusha, querida, no digas eso. Nunca es tarde para volver a pensar las cosas,

para cambiar la decisión. Yo te aconsejé que considerases más seriamente las palabras de Komarovski. Tenemos un caballo. Si quieres, mañana volvemos a Yuriatin, Komarovski no se habrá ido aún. Le vimos por la calle desde el trineo, aunque creo que él no nos vio. Probablemente lo encontraremos.

—Apenas he hablado y ya se advierte el descontento en tu voz. Pero dime: ¿acaso no tengo razón? Ocultarnos de una manera tan poco segura, por las buenas, es cosa que pudimos hacer también en Yuriatin. Si hemos de buscar la salvación, hay que hacerlo en serio, con un plan seguro, como, a fin de cuentas, nos proponía él, que aunque sea odioso, hay que reconocer que es hombre práctico y experto. No sé, pero me parece que aquí estamos más cerca del peligro que en cualquier otro sitio. Nos encontramos en medio de una llanura sin fin, expuesta a los cuatro vientos, solos, como en una casa en pleno desierto. En una noche la nieve puede sepultarnos y por la mañana ya no podríamos liberarnos. O que nuestro misterioso bienhechor, si por casualidad vive, irrumpa aquí, se descubra que es un bandido y nos degüelle a todos. ¿Tenemos, por lo menos, un arma? No, ya lo ves. Me da miedo tu despreocupación, que tanto se me contagia y me confunde las ideas.

—¿Qué quieres hacer entonces? ¿Qué me ordenas que haga?

—No sé qué responderte. Me tienes constantemente sometida. Recuérdame en todo momento que soy tu esclava, que te amo ciegamente y que no razono. ¡Oh, tengo que decírtelo! Nuestras familias, la tuya y la mía, son mil veces mejores que nosotros. Pero ¿acaso se trata de eso? El don del amor es como cualquier otro don. Puede ser tan grande como quieras, pero nunca se revelará sin iluminación. Es como si nos hubieran enseñado a amarnos en el cielo y luego, todavía niños, nos hubiesen enviado a vivir en la tierra durante algún tiempo para que pusiéramos a prueba, uno para con otro, esta capacidad. Es una identidad total, sin nada superfluo, sin ninguna gradación, ni altibajos, una equivalencia de toda la esencia, todo proporciona alegría, todo se ha hecho alma. Pero en esta ternura salvaje, que está siempre al acecho, hay algo infantilmente indómito, no permitido. Es una fuerza arbitraria, destructiva, contraria a la paz de la casa. Es mi deber tener miedo y desconfiar.

Le rodeó el cuello con sus brazos y, luchando contra sus lágrimas, concluyó:

—Compréndelo: nuestra situación es distinta. Tú tienes alas para volar por encima de las nubes, mientras yo, mujer, las tengo para posarme en la tierra y proteger del peligro a mi pajarillo.

Las palabras de ella lo turbaban profundamente, pero no lo demostró para no enternecerse, y con un esfuerzo dijo:

—Nuestra vida de vagabundos es realmente artificiosa y equívoca, tienes razón. Pero nosotros no la hemos inventado. Esta insensata zozobra es la suerte de todos, se halla en el espíritu de nuestro tiempo. También ya, desde esta mañana, he pensado casi las mismas cosas. Quisiera hacer cualquier esfuerzo para permanecer aquí más

tiempo. No podría explicarte la gran nostalgia que tengo del trabajo, no del trabajo agrícola. Una vez, aquí, todos nos dedicamos a él y todo salió bien. Pero no me considero con fuerzas para volver a empezar. No aludía a eso. Poco a poco la vida reanuda su curso. Acaso un día empiece a publicar libros. Eso es lo que había pensado. ¿No podríamos llegar a un acuerdo con Samdeviátov para que, en condiciones ventajosas para él, nos mantuviera durante seis meses? Como garantía, le ofrecería la obra que podría escribir mientras tanto, un manual de medicina, por ejemplo, o una obra literaria, un volumen de versos... Incluso podría traducir de un idioma extranjero alguna obra famosa, de carácter universal. Conozco bien las lenguas y no hace mucho tiempo leí un anuncio de una casa editora de Petersburgo, que sólo publica traducciones. Son trabajos que probablemente tendrán un valor en el intercambio, traducible en moneda. Yo me consideraría feliz con una ocupación semejante.

—Gracias por habérmelo recordado. También yo tengo pensado algo parecido. Pero no creo que podamos detenernos aquí. Es más: tengo el presentimiento de que pronto el azar nos llevará más lejos. Pero mientras tengamos a nuestra disposición este refugio, sólo te pido una cosa. Dedícame alguna hora de las próximas noches, y te ruego que escribas todo lo que tantas veces me has recitado de memoria. Una parte de esas cosas está dispersa y la otra no la has escrito. Temo que la olvides y así se perderá todo, como, según me has dicho, te ha sucedido con frecuencia.

8

Al anochecer, se lavaron con agua caliente, que quedó en abundancia después de la colada. Mientras Lara lavaba a Kátienka, Yuri Andriéevich, con una sensación de limpieza, se sentaba al escritorio frente a la ventana, volviendo la espalda a la habitación. Lara, fragante, envuelta en un peinador, con los cabellos húmedos ceñidos por una toalla, acostaba a Kátienka y preparaba las camas. Saboreando ya la próxima soledad en que podría concentrarse, Yuri Andriéevich percibía todo lo que sucedía en torno a él y a través del velo de una atención enternecida que prolongaba muy lejos todas sus sensaciones.

Era la una de la madrugada cuando Lara, que hasta aquel momento había fingido dormir, se durmió realmente. La ropa blanca, fresca y bordada, resplandecía limpia y planchada sobre ella, sobre Kátienka y en el lecho. También en aquellos años había encontrado la forma de almidonarla.

Un silencio profundo, colmado de felicidad, en el que reverberaba dulcemente la vida, rodeaba a Yuri Andriéevich. La luz de la lámpara incidía con un amarillo tranquilo sobre la blancura del papel y con un reflejo dorado nadaba sobre la superficie de la tinta, dentro del tintero. Al otro lado de la ventana estaba la azul noche invernal, de hielo. Yuri Andriéevich pasó a la habitación de al lado, fría y no

iluminada, desde la que se veía mejor el exterior, y miró por la ventana. La luz de la luna llena estriaba la llanura nevosa con la viscosidad tangible de la clara de huevo o del albayalde. Ante la indescriptible suntuosidad de la noche de hielo, sintió su alma invadida por todas las cosas. Volvió a la habitación iluminada y caliente y se puso a escribir.

Con una caligrafía revoloteante, procurando que la escritura reflejase el vivo movimiento de la mano y no se desfigurase perdiendo su alma y su fuerza expresiva y se hiciera anónima y muda, escribió con sus anchos caracteres, de una forma que cambiaba poco a poco y mejoraba sucesivamente, aquellos versos que recordaba con mayor claridad: La estrella de Navidad, Noche de invierno y otros poemas líricos análogos, olvidados luego, que anduvieron dispersos y nadie encontró.

Luego, de esas cosas ya depositadas y maduras en su interior, pasó a otras que había comenzado y abandonado después, trató de volver a aprehender su tono y sacarlas adelante, pero sin la menor esperanza de poder terminarlas enseguida. Luego se distrajo, volvió a sumirse en el trabajo y pasó a otras cosas.

Después de dos o tres estrofas compuestas con toda facilidad y de algunas comparaciones que lo sorprendieron, el don del trabajo se apoderó de él y advirtió la proximidad de lo que se llama la inspiración. La correlación de las fuerzas que presiden la creación parecen tomar entonces la iniciativa. La prioridad ya no corresponde al autor ni a su estado de ánimo, al que trata de dar expresión, sino al lenguaje con que quiere expresarlo. El lenguaje, del cual nace el significado y la belleza adquiere su ropaje, comienza de por sí a pensar y hablar y todo se convierte en música, no en el sentido de pura resonancia fonética, sino como la consecuencia y duración de su flujo interno. Entonces, lo mismo que la masa corriente de un río, que con su fluir limpia las piedras del fondo y hace girar las ruedas de los molinos, el lenguaje que fluye va creando él mismo en su carrera, casi inadvertidamente, con la fuerza de sus leyes, el metro y la rima y mil otras formas y relaciones más secretas, desconocidas hasta ese momento, no singularizadas y sin nombre.

En aquellos momentos, Yuri Andriéevich se daba cuenta de que no era él quien llevaba a cabo el trabajo esencial, sino algo más grande que él, que por encima de él lo guiaba: la situación del pensamiento y de la poesía en el mundo, lo que a la poesía le estaba reservado en el porvenir, el camino que ella tenía que recorrer en su desarrollo histórico. El era solamente una ocasión y un punto de apoyo para que ella pudiera ponerse en movimiento.

Liberábase así de sus arrepentimientos. Y el descontento de sí mismo, la sensación de la propia nulidad, lo abandonaban por un instante. Volvía la cabeza y miraba a su alrededor.

Veía las cabezas de Lara y de Kátienka dormidas sobre las almohadas blancas como la nieve. El candor de la ropa blanca, la limpieza de las habitaciones, la pureza

de sus rostros, fundiéndose todo con la claridad de la noche, de la nieve, de las estrellas y de la luna en una onda de igual fuerza que le llegaba al alma, lo llenaba de alegría y le hacía llorar con la sensación de triunfante pureza de la vida.

«¡Señor! ¡Señor! —murmuraba—. ¿Todo esto es mío?¿Por qué me has dado tanto?¿Cómo me dejaste venir a ti, permitiéndome caminar sobre esta tierra tuya incomparable, bajo estas estrellas tuyas, junto a esta criatura sin temores ni arrepentimientos, desgraciada y nunca amada lo bastante?»

Eran las tres de la madrugada cuando levantó los ojos de la mesa y del papel. De la abstracta concentración en que se había sumido completamente volvía ahora en sí, a la realidad, feliz, fuerte y tranquilo. De pronto, en el silencio de los espacios lejanos que se extendían más allá de la ventana, oyó una nota triste y lúgubre.

Pasó a la habitación de al lado para mirar afuera. Durante las horas que había estado escribiendo, los cristales se cubrieron de una espesa capa de escarcha y no dejaban ver nada. Apartó la alfombra arrollada puesta bajo la puerta para evitar las corrientes de aire, se echó la pelliza sobre los hombros y salió al umbral.

Lo cegó el blanco fulgor que cubría y hacía resplandecer la nieve, sin una sombra, bajo la luz de la luna. Al principio no pudo fijar la mirada ni ver nada. Pero al cabo de un instante oyó un prolongado aullido que la distancia debilitaba, una especie de lamento sombrío, y advirtió en el borde de la llanura, más allá de la torrentera, cuatro sombras alargadas, no mayores que pequeños trazos negros.

Los lobos estaban alineados uno junto a otro, con los hocicos vueltos hacia la casa y levantados, aullando a la luna o a las ventanas de la casa de Mikulitsyn, que reflejaban aquella luz de plata. Durante algunos instantes permanecieron inmóviles, pero, en el momento en que Yuri Andriéevich comprendió que eran lobos, como si su pensamiento hubiese llegado hasta ellos, retrocedieron aullando cobardemente. No logró saber en qué dirección habían huido.

«Desagradable sorpresa —pensó—. Lo único que nos faltaba. ¿Será posible que tengan la guarida aquí cerca? Tal vez esté en la torrentera. ¡Es terrible! Y el caballo de Samdeviátov en el establo. A lo mejor han olido a la yegua.»

Decidió, por el momento, no decir nada a Lara, para no asustarla. Volvió a entrar en la casa, cerró bien el portón y todas las puertas entre la parte caliente de la casa y la no habitada, tapó las grietas y los agujeros y volvió al escritorio.

La lámpara ardía luminosa y acogedora, como antes. Pero él ya no tenía ganas de escribir. No conseguía serenarse y no podía pensar en nada, excepto en los lobos y las otras dificultades que lo preocupaban. Además estaba cansado. En aquel momento Lara se despertó.

—Ardes siempre como una luz encendida en la noche, mi querida llamita —dijo con un susurro cálido y lleno de sueño—. Siéntate un momento aquí, a mi lado. Te contaré el sueño que he tenido.

El apagó la lámpara.

9

De nuevo la jornada transcurrió en una suave locura. Habían encontrado un trineo para niños, y Kátienka, caliente bajo su pelliza, riendo feliz, se deslizaba de un lado a otro por los senderos del jardín desde un montecillo de hielo que el doctor le había hecho, y, con el rostro enrojecido, no paraba de encaramarse al montecillo llevando a rastras el trineo sujeto por una cuerda.

Helaba, y el frío aumentaba sensiblemente. El sol resplandecía. La nieve amarilleaba bajo los rayos del mediodía y su amarillo de miel se fundía como un dulce ingrediente con el cielo de color naranja de un crepúsculo precoz.

Con la colada y los baños de la noche anterior Lara había llenado la casa de humedad. Las ventanas estaban cubiertas de una blanda escarcha, mientras el empapelado, húmedo de vapor, se llenaba, desde el techo al suelo, con grandes manchas oscuras de las que goteaba el agua. Las estancias se habían hecho oscuras e inhóspitas. Yuri Andriéevich llevaba la leña y el agua, y continuaba el examen de la casa, que no había logrado terminar el día antes, haciendo continuos descubrimientos, y ayudaba a Lara, atareada desde la mañana en los quehaceres domésticos.

Si durante cualquier trabajo se encontraban sus manos, se las estrechaban, dejando en el suelo el objeto que llevaban, dominados por un impulso de ciega ternura. Otra vez lo olvidaban todo y sus manos no podían hacer nada. De nuevo transcurrían los minutos, pasaban las horas y se hacía tarde, y los dos, llenos de espanto, volvían en sí y se acordaban de Kátienka dejada sin vigilancia, o de la yegua a la que no habían dado de comer ni beber, y entonces se precipitaban ciegamente a recuperar el tiempo perdido y a reparar sus olvidos, atormentados de pronto por el remordimiento.

El doctor se caía de sueño. En su cabeza se estancaba una niebla dulce, como después de una embriaguez y experimentaba en todo su cuerpo una deliciosa debilidad. Pero esperaba con impaciencia la noche para reanudar su interrumpido trabajo.

Aquella soñolienta niebla de la que estaba lleno, que le velaba y envolvía los pensamientos, había ejecutado por él la primera mitad del trabajo. La vaga impresión que confería a cada cosa allanaba el camino para la maduración definitiva de la creación. Con la indeterminación de los primeros esbozos, la depresiva vacuidad de toda la jornada era la mejor preparación para el trabajo de la noche.

Pero la inactividad derivada del cansancio transformaba la forma primitiva de las cosas. Todo cambiaba y adquiría un nuevo aspecto.

Yuri Andriéevich se daba cuenta de que su sueño de establecerse en Varykino para un largo tiempo no había de realizarse y que estaba próxima la hora de su

separación de Lara. La perdería y con ella perdería la razón de su vida, acaso incluso la vida misma. La angustia lo consumía. Pero todavía lo oprimía más la espera de la noche y el deseo de llorar aquella angustia de una manera que también en los demás provocara el llanto.

Los lobos, en los cuales había pensado todo el día, no eran ya los lobos sobre la nieve, a la luz de la luna: se habían convertido en el tema de los lobos, una representación de la fuerza adversa que se había propuesto perderlos a él y a Lara, o expulsarlos de Varykino. Al desarrollarse, la idea de esta hostilidad llegó a la noche con una fuerza extrema, como si en Shutma apareciesen las huellas de un monstruo antediluviano y en el barranco se hubiese guarecido un dragón fabuloso, de colosal tamaño, sediento de sangre y de deseo de Lara.

Llegó la noche. Como la víspera, encendió la lámpara sobre la mesa. Lara y Kátienka se acostaron antes que la noche anterior.

Lo que él había escrito durante la pasada noche se dividía en dos grupos. Las cosas ya familiares, copiadas en la nueva redacción, habían sido escritas ordenadamente, con una bella caligrafía. Las nuevas, en cambio, estaban escritas a toda prisa, con abreviaciones, señales y trazos ininteligibles.

Al descifrarlas experimentó la desilusión de siempre. La noche anterior aquellos esbozos le habían hecho llorar e incluso algunos fragmentos lo llenaron de sorpresa. Ahora, precisamente ésos eran los que le desilusionaban y amargaban porque los encontraba con toda evidencia demasiado artificiosos.

Durante toda su vida soñó en una originalidad sobria, atenuada, irreconocible externamente, oculta bajo el velo de una forma obvia y familiar. Durante toda la vida había cuidado la elaboración de ese lenguaje simple y mesurado, en virtud del cual el lector y el oyente señorearan el contenido sin darse cuenta de la forma como lo asimilaban. Toda la vida había buscado un estilo inadvertido, que no llamase la atención, y se asustó al comprender cuán lejos estaba todavía de su ideal.

En los esbozos de la noche anterior había querido expresar, con medios que por su carácter elemental lindaban con el balbuceo, y la sugestión de una nana, el propio estado de ánimo hecho de amor y de miedo, de angustia y de coraje, de manera que se comunicase por sí, casi independientemente de las palabras.

Ahora, al examinar aquellos intentos, encontró que estaban privados de contenido orgánico capaz de fundir entre sí los versos, que cada uno tenía una vida propia. Poco a poco, corrigiendo lo que había escrito, se puso a versificar con el mismo tono lírico la leyenda de Yegori Jrabry[89]. Comenzó con el amplio pentámetro que permite una mayor libertad. Pero la sonoridad, independientemente del contenido, pro-i a de semejante metro, lo irritó con su falsa eufonía retórica. Abandonó este metro enfático con la cesura, obligando a las palabras a ceñirse a las limitaciones del tetrámetro, como quien escribe en prosa luchando contra la verbosidad. El hecho de escribir se le

hizo a la vez más difícil y atractivo. El trabajo se animó. Sin embargo, seguía deslizándose en él una excesiva facundia. Se impuso entonces un verso más corto. Las palabras entraban penosamente en un verso de tres pies.

Desaparecieron los últimos restos de sueño, se reanimó, se llenó de entusiasmo y lo angosto del metro le sugirió ya de por sí las palabras. Los objetos apenas nombrados comenzaron a delinearse plenamente en su memoria. Percibía el paso del caballo, que caminaba por la superficie de la poesía, tal como se oye en una de las baladas de Chopin. Georgui Pobiedonósetz[90] galopaba por las interminables extensiones de la estepa. Lo veía alejarse, empequeñecerse. Escribía con prisa febril, consiguiendo apenas transcribir las palabras y los versos que le nacían justamente y en su puesto.

No se dio cuenta de que Lara se había levantado y acercado al escritorio. En su largo camisón que le llegaba hasta los pies parecía muy delgada y más alta de lo que era en realidad. Yuri Andriéevich se sobresaltó de sorpresa cuando la vio a su lado pálida y asustada, diciéndole en voz baja, con la mano tendida:

—¿Oyes? Es un perro que aúlla. Acaso dos. ¡Ah, qué terrible, qué mala señal! Quedémonos hasta la mañana, pero vayámonos de aquí, vayámonos. No permaneceré aquí ni un minuto más.

Una hora después, tranquilizada y convencida a duras penas, volvió a dormirse. Yuri Andriéevich salió al umbral. Los lobos estaban más cerca que la noche anterior y se escondieron esta vez con mayor prisa aún. Tampoco consiguió ahora ver en qué dirección habían huido. Estaban reunidos en manada y no pudo contarlos. Pero le pareció que eran mucho más numerosos.

10

Era el decimotercer día de su estancia de Varykino, un día nada distinto de los anteriores. Como siempre, por la noche habían aullado los lobos, pero mediada la semana pareció que se habían eclipsado. Creyendo todavía que se trataba de perros, Larisa Fiódorovna, temiendo un mal agüero, decidió de nuevo partir al día siguiente. De este modo alternaban en ella estados de calma y momentos de angustiosa inquietud, cosa natural en una mujer activa, no acostumbrada a perder el día en ternuras, ni a permitirse el lujo de ociosas y excesivas efusiones.

Todo se repetía con exactitud, de modo que cuando aquella mañana, como otras veces, comenzó a prepararse para el viaje de regreso, habría podido pensarse que los trece días transcurridos en aquel lugar no habían existido siquiera.

De nuevo las habitaciones estaban húmedas y oscuras a causa de la lobreguez de un día gris y nublado. La temperatura se había dulcificado un poco. Del cielo encapotado, lleno de nubes bajas, no tardaría en caer nieve. Un cansancio físico y moral, debido al prolongado insomnio, hacía flaquear las piernas de Yuri

Andriéevich. Sus pensamientos se confundían. Estaba cansado y, a causa de la debilidad, experimentaba una sensación de frío. Estremeciéndose y frotándose las manos heladas, paseaba por la habitación no caldeada, sin saber qué había decidido Lara y, en consecuencia, qué tenía que hacer.

Las intenciones de ella eran muy confusas. Ahora daría la mitad de su vida porque no fueran tan desordenadamente libres, sino que tuvieran que someterse a un orden establecido, incluso severo, fijado de una vez para siempre, que les obligase a un trabajo, que les impusiera deberes y les forzara a vivir de un modo razonable y regular.

Lara había comenzado el día como de costumbre, haciendo las camas, ordenando y barriendo las habitaciones, preparando la comida para el doctor y Katia. Luego empezó a hacer las maletas y rogó al doctor que enganchara la yegua. Su decisión de partir era firme e irrevocable. Yuri Andriéevich no trató de disuadirla. Volver a la ciudad, en plena oleada de detenciones, después de su reciente desaparición, era una verdadera locura. Pero realmente no era mucho más sensato quedarse allí solos y sin armas en medio de aquel terrible desierto invernal, lleno de otros peligros.

Por otra parte, estaban a punto de acabarse las últimas brazadas de heno que había podido recoger en los heniles cercanos y no había ni que pensar en encontrar más. Evidentemente, si hubieran tenido la posibilidad de instalarse allí de una manera estable, el doctor habría recorrido los alrededores para proveerse de forraje y de víveres. Pero, tratándose de una estada provisional y sólo probable, no valía la pena aventurarse en semejantes exploraciones. Así, haciendo un vago ademán con las manos, fue en busca de la yegua.

La enganchaba torpemente. Samdeviátov le había enseñado a hacerlo, pero olvidó sus instrucciones. Sin embargo, con inexpertas manos hizo lo necesario. Anudó a una de las varas, después de haberlo retorcido varias veces, el extremo de la correa con que había fijado el yugo y luego, apoyando la rodilla en un costado de la yegua, apretó fuertemente las pinzas del collar. Llevó luego a la yegua ante la puerta de entrada, la ató y fue a decirle a Lara que ya estaba listo.

La encontró poseída por una violenta agitación. Ella y Kátienka estaban ya vestidas para la marcha, todo embalado ya, pero Larisa Fiódorovna se retorcía las manos y, conteniendo las lágrimas, le rogó que se sentara un momento. Se dejaba caer en la butaca, se levantaba luego e, interrumpiéndose a menudo con un «¿verdad?» dicho con una nota aguda, cantarina y quejumbrosa, dijo rápidamente pisándose las palabras, de una forma inconexa:

—Yo no tengo la culpa. Ni siquiera sé como ha sucedido. Pero ¿podemos partir ahora? Pronto será oscuro. La noche nos sorprenderá por el camino. Y precisamente en tu terrible bosque. ¿Verdad? Haré lo que quieras. Por mí misma, por iniciativa mía no puedo decidir. Algo me lo impide. No me siento tranquila. Haremos lo que tú

quieras. ¿Verdad? ¿Por qué te callas y no dices nada? Hemos estado mano sobre mano toda la mañana, perdiendo tontamente la mitad de la jornada. Mañana esto no se repetirá. Mañana tendremos más cuidado, ¿verdad? Mañana nos levantaremos más temprano, partiremos al alba, a las siete o a las seis. ¿Qué te parece? Puedes encender la estufa y quedarte aquí otra noche escribiendo. Quedémonos aquí otra noche. ¡Ah, todo aquí era tan distinto, tan bello! Pero ¿por qué no respondes? Otra vez tengo la culpa de algo. ¡Qué desgraciada soy!

—Exageras. El crepúsculo todavía tardará en llegar. Es temprano aún. Pero hagamos lo que quieras. Bueno, quedémonos. Pero cálmate. Estás muy agitada. Bien, vamos a quedarnos. Quitémonos las pellizas. Mira: Kátienka dice que tiene hambre. Comeremos cualquier cosa. Tienes razón: partir sería algo demasiado repentino, no preparado como se debe. Pero no te agites y no llores, por amor de Dios. Ahora encenderé la estufa. Pero antes, puesto que la yegua está ya enjaezada y el trineo a la puerta, iré a buscar la última leña que nos queda en nuestro antiguo almacén, porque aquí no tenemos ni un mal tronco. No llores. Vuelvo enseguida.

11

En torno al almacén la nieve estaba llena de las huellas circulares que había dejado el trineo de Yuri Andriéevich en anteriores visitas: ante el umbral estaba pisoteada y sucia por la leña transportada el día anterior.

El cielo estaba limpio de las nubes que lo habían cubierto desde por la mañana. Helaba. El parque de Varykino, que rodeaba el claro a distancias desiguales, en aquel lugar se acercaba al almacén como para mirar al doctor a la cara y recordarle algo. La nieve, cuya altura había crecido mucho durante el invierno, sobrepasaba el umbral del almacén. El dintel de la puerta parecía haber bajado y el almacén encorvándose. La capa de nieve que cubría el tejado, como el casquete de una enorme seta, tocaba casi la cabeza del doctor. Precisamente sobre lo alto del tejado, como clavada con un cuerno en la nieve, una joven media luna, apenas aparecida, permanecía inmóvil en el cielo y resplandecía con su hoz de luz plateada.

Aunque todavía era claro, el doctor experimentaba la sensación de que se encontraba, ya muy avanzada la noche, en el oscuro y viejo bosque de su vida: tal era la oscuridad que había en su alma, tan profunda era su tristeza. Y la joven luna resplandecía ante él, casi al nivel de su rostro, como un presagio de adiós, como una imagen de soledad.

El cansancio le pesaba en las rodillas. Desde el otro lado del umbral arrojaba la leña en el trineo, pero cada vez podía abarcar con las manos menos troncos que de costumbre. El frío, que penetraba a través de sus guantes, le impedía manejar bien los troncos que, helados y cubiertos de nieve, despertaban un vivo dolor en sus dedos. Ni siquiera el movimiento conseguía hacerle entrar en calor. Algo dentro de él se había

detenido o roto. Maldecía su amargo destino y rogaba a Dios que conservara y protegiera la vida de su mujer, tan bella, triste, dulce y de alma tan sencilla. Y la luna continuaba sobre el almacén, ardía sin calentar y su luz no iluminaba.

Al cabo de un rato la yegua, volviéndose hacia el camino que habían dejado atrás, levantó la cabeza y relinchó, primero de un modo tímido y suave, luego más fuerte y segura.

«¿Qué le pasa?—pensó el doctor—. ¿Por qué relincha? Seguro que no es por miedo. Los caballos no relinchan cuando tienen miedo. ¡Estúpido de mí! Estará loca, para ponerse a señalar su presencia a los lobos, si es que los ha olfateado. ¡Y qué alegre parece su relincho! Tal vez tenga ganas de volver a casa y ha comprendido que vamos a regresar. Espera, espera, ahora nos vamos.»

Además de los troncos ya recogidos, tomó del almacén unas cuantas ramas y un trozo de corteza de abedul que había sido desprendida entera del árbol y tenía la forma de una bota. Le serviría para encender el fuego. Ató luego con una cuerda el haz de leña, cubrió el montón con una estera y, caminando al lado del trineo, lo llevó hasta el almacén de los Mikulitsyn.

De nuevo relinchó la yegua, respondiendo a un claro relincho que llegaba de lejos, de la parte opuesta.

«¿De quién será ese caballo?—pensó estremeciéndose—. Creía que en Varykino no habría nadie, y, por lo visto, nos hemos equivocado.»

No se le podía ocurrir que fueran a recibir una visita y que el relincho de la yegua procediera de la entrada a la casa de los Mikulitsyn, del jardín. Llevaba a «Savraska» por la parte posterior de la construcción, donde se hallaban las dependencias de la servidumbre, de modo que no podía ver la parte delantera de la casa, oculta por las irregularidades del terreno.

Sin apresurarse (¿por qué tenía que hacerlo?), descargó la leña, desenganchó la yegua y condujo al animal al establo vacío que se hallaba al lado. Instaló a «Savraska» ante el pesebre del rincón, donde era menos perceptible la corriente de aire y, habiendo sacado del henil unas brazadas de heno, las echó en el pesebre.

Luego, inquieto, se dirigió a la casa. Ante la puerta había un caballo negro, bien alimentado, enganchado a uno de esos anchos trineos campesinos, de caja cómoda. Un muchacho desconocido, que vestía una buena pelliza enguatada, paseábase en torno al animal, dándole golpecitos en los flancos y examinándole las patas. También él estaba bien nutrido, lo mismo que el caballo.

Hasta el doctor llegó un rumor procedente del interior de la casa. No teniendo deseos de escuchar, ni de ver a nadie, Yuri Andriéevich fue demorando el paso a pesar suyo. Pero se detuvo de pronto, como si algo lo hubiese dejado clavado en el sitio. Sin distinguir las palabras, reconoció las voces de Komarovski, de Lara y de Kátienka. Debían de estar en la primera habitación, cerca de la entrada. Komarovski

discutía con Lara y, a juzgar por el tono de su voz, ella estaba muy agitada, lloraba y a veces le respondía con aspereza y a veces parecía estar de acuerdo con él. Confusamente intuyó que Komarovski estaba hablando precisamente de él, diciéndole, con toda probabilidad, que no era un hombre como para infundir confianza («un siervo de dos amos», le pareció oír que decía), que no había modo de saber quién le era más querido, si la familia o Lara, y que Lara no podía contar con él, porque, confiándose a él, «perseguía dos liebres y se encontraría entre dos sillas. Yuri Andriéevich entró en la casa.

Efectivamente, Komarovski, con una pelliza que le llegaba hasta el suelo y que no había querido quitarse, estaba en la primera habitación. Lara trataba de abrochar a Kátienka el cuello de su pelliza y no conseguía encontrar el corchete. Regañaba a la niña, gritándole que se estuviera quieta, que no se moviese. Y Kátienka se lamentaba:

—Mamita, ten cuidado, que me ahogas.

Todos estaban vestidos, dispuestos a partir. Cuando entró Yuri Andriéevich, Lara y Víktor Ippolítovich corrieron a su encuentro.

—¿Dónde te habías metido? Te necesitábamos.

—Hola, Yuri Andriéevich. A pesar de las groserías que nos dedicamos la última vez, he vuelto, como puede usted ver, sin ser invitado.

—Buenas tardes, Víktor Ippolítovich.

¿Dónde has estado metido tanto rato? Escucha con atención lo que él te diga y decide inmediatamente por ti y por mí. No hay tiempo que perder. Hay que obrar con toda rapidez.

—¿Por qué estamos de pie? Siéntese, Víktor Ippolítovich. ¿A dónde quieres que haya ido, Lárochka? Sabes perfectamente que fui a buscar leña y que luego me ocupé de la yegua. Por favor, siéntese, Víktor Ippolítovich.

—¿No estás sorprendido? ¿Por qué no manifiestas ninguna sorpresa? Nos lamentábamos de haber dejado marchar a este hombre sin haber aceptado sus proposiciones, y ahora lo tienes ante los ojos y no te sorprendes. Pero las últimas novedades son todavía más asombrosas. Cuénteselas, Víktor Ippolítovich.

—No sé lo que quiere usted decir, Larisa Fiódorovna, pero esto es lo que tengo que decirles. Hice circular el rumor de que me había ido, y me quedé unos días para darles a usted y a Larisa Fiódorovna el tiempo suficiente para volver a reflexionar sobre mis proposiciones y que pudieran tomar, después de haberla madurado bien, una decisión menos apresurada.

—Ya no es posible aplazar nuestra decisión. Este es el mejor momento para marcharnos: mañana por la mañana. Pero será mejor que Víktor Ippolítovich acabe de explicarse.

—Un momento, Lárochka. Perdone, Víktor Ippolítovich, pero ¿por qué estamos todos con las pellizas puestas? Quitémonoslas y sentémonos. Todo esto es muy serio.

No podemos decidirnos a la buena de Dios. Perdone, Víktor Ippolítovich, pero todo esto son sutilezas psicológicas y me parece ridículo y molesto discutirlas. A mí no se me ha ocurrido nunca seguirle a usted en su viaje, pero éste no es el caso por lo que respecta a Larisa Fiódorovna. En esos raros casos en que nuestras penas tenían dos aspectos y nos recordaban que no éramos una sola persona, sino dos, con dos destinos distintos, siempre fui del parecer de que, sobre todo en cuanto a Kátienka, Lara debía examinar con mayor atención sus proposiciones. Por lo demás, ella no deja de hacerlo un solo instante hablando continuamente de esa posibilidad.

—Pero sólo a condición de que tú también te vayas.

—Para nosotros es igualmente penoso pensar en una separación, pero tal vez no haya más remedio que pasar por todo y sacrificarse. Porque por lo que se refiere a mi viaje, no hay ni que hablar.

—Todavía no sabes nada. Primero escucha. Mañana por la mañana... Víktor Ippolítovich.

—Larisa Fiódorovna alude a las informaciones que he traído y que acabo de comunicarle. En la estación de Yuriatin está esperando, con las calderas encendidas, un tren especial del gobierno del Extremo Oriente. Llegó ayer de Moscú y mañana continuará su camino. Es el tren de nuestro Ministerio de Comunicaciones y la mitad del convoy está formada por coches cama internacionales. Yo he de irme en ese tren. He reservado billetes para las personas que forman parte de mi gabinete ministerial. Viajaríamos con toda clase de comodidades. Una ocasión semejante no se presentaría nunca más. Sé perfectamente que usted no habla por hablar y que no se volverá atrás de su decisión de no partir con nosotros. Es un hombre de carácter, lo sé. Y sin embargo, vuelva usted a pensar en ello, por el amor de Larisa Fiódorovna. Ya ha oído que ella no se marchará sola. Venga, pues, con nosotros, si no hasta Vladivostok, por lo menos hasta Yuriatin. Allí, ya veremos. Pero hay que darse prisa. No podemos perder ni un minuto. Me he traído conmigo a un hombre porque yo guío mal. Los cuatro, más el conductor, no cabemos en mi trineo, pero si no me equivoco, tienen ustedes la yegua de Samdeviátov. Decía usted que acaba de traer leña. ¿Está enganchado todavía el trineo?

—No, lo desenganché.

—Entonces vuelva a engancharlo enseguida. Mi cochero le ayudará. Acaso sepa hacerlo. De todos modos, que el trineo se vaya al diablo. Llegaremos como sea, aunque sólo sea con el mío. Pero, por el amor de Dios, démonos prisa. Tome lo indispensable, lo que pueda llevar a mano. No importa que la casa se quede tal como está. Hay que salvar la vida de una criatura y no es cosa de preocuparse por las llaves.

—No le comprendo, Víktor Ippolítovich. Habla usted como si yo me hubiese decidido a partir con ustedes. Váyanse, si Lara lo ha decidido. Y no se preocupe por la casa. Yo me quedo. Cuando usted se haya ido, yo lo ordenaré y dejaré las cosas

como es debido.—Pero ¡qué cosas dices, Yuri! ¿A qué vienen estos absurdos que estás diciendo? ¿Cómo puedes decir: «si Lara lo ha decidido», cuando sabes perfectamente que si no se puede contar contigo no hay que hablar de mi marcha ni de mis decisiones? ¿Por qué, pues, dices: «Yo ordenaré la casa y me preocuparé de todo»?

—Es usted inflexible. En tal caso, quiero pedirle un favor: con permiso de Larisa Fiódorovna, quisiera hablar con usted a ser posible a solas.

—De acuerdo. Si le parece bien, vayamos a la cocina. ¿Te parece bien Larusha?

12

—Striélnikov ha sido detenido y condenado a muerte. La sentencia se ha ejecutado ya.

—¡Qué horror! ¿Es posible?

—Así lo oí decir y estoy seguro de ello.

—No se lo diga a Lara. Se volvería loca.

—Claro que no se lo diré. Por eso he querido hablarle a solas. Después de este fusilamiento, ella y su hija corren peligro de muerte. Ayúdeme a salvarlas. ¿Se va usted a negar ahora a acompañarnos?

—Ya se lo he dicho.

—Pero sin usted, ella no se marchará. Ya no sé qué hacer. Bueno, le pediré a usted que me ayude de otra manera. Aparente que está dispuesto a ceder, finja que se ha dejado convencer esta vez. No puedo imaginarme su separación. Ni aquí, en este lugar, ni en la estación, en Yuriatin, si efectivamente nos acompaña. Hay que hacer las cosas de manera que ella crea que se va con usted. Si no ahora, con nosotros, al menos en una segunda ocasión, cuando le dé una nueva posibilidad, pero deberá prometerme que la aprovechará. En esta ocasión usted habrá de ser capaz hasta de jurar en falso. Pero, por mi parte, no le hago esta promesa en vano. Le doy mi palabra de honor de que apenas me manifieste usted su deseo, le proporcionaré el medio de salir de aquí en cualquier circunstancia y de llevarle adonde usted quiera. Larisa Fiódorovna ha de estar convencida de que usted nos acompañará. Convénzala con todo su poder de persuasión. Por ejemplo, finja que va usted a enganchar la yegua y trate de inducirnos a partir enseguida, sin esperar a que haya enganchado el trineo, diciendo que se reunirá usted con nosotros por el camino.

—Estoy trastornado con la noticia del fusilamiento de Pável Pávlovich y no consigo quitármelo de la cabeza. Apenas me doy cuenta de lo que usted me dice. Pero estoy de acuerdo con usted. Después de la ejecución de Striélnikov, según la lógica de hoy, las vidas de Larisa Fiódorovna y de Katia están en peligro. Bien es verdad que uno de nosotros se verá privado de la libertad y, en consecuencia, de una forma u otra, nos veremos separados. Entonces, la verdad, será mejor que sea usted quien se

separe y se las lleve consigo lejos de aquí, y las ponga a salvo. Ahora, mientras le digo esto, las cosas ya han tomado el cariz que usted deseaba. Probablemente no me resistiré y, dominando mi orgullo y mi amor propio, me arrastraré a sus pies para obtener de sus manos a Lara, la vida y la manera de poder reunirme, cruzando el mar, con los míos. Pero déjeme orientarme en todo esto. La noticia que me ha dado me ha aturdido, el sufrimiento me anula la posibilidad de pensar y de razonar. Tal vez, aceptando sus proposiciones, cometa un error fatal, irremediable, que tenga que lamentar durante toda mi vida. Pero, en la ofuscación del dolor que me quita las fuerzas, lo único que puedo hacer es seguirle maquinalmente y ponerme ciegamente en sus manos, sin voluntad. Y así, por su bien, le anunciaré que voy a enganchar el trineo y que le alcanzaré al poco rato. Ahora un detalle: ¿cómo se las arreglará para partir, ahora que se está haciendo de noche? El camino pasa por el bosque. Hay lobos. Debe estar prevenido.

—Lo sé. Llevo un fusil y un revólver. No se preocupe. A propósito, he traído un poco de alcohol, para combatir el frío. Tengo una buena provisión. Puedo compartirla con usted ¿quiere?

13

«¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? Se la he dado, he renunciado a ella, he cedido. Correr tras ella, alcanzarla, hacerla volver. ¡Lara! ¡Lara!

»No me oyen. El viento sopla en otra dirección, y acaso estén hablando en voz alta. Ella tiene motivos para estar contenta y tranquila. Se ha dejado engañar y no lo sospecha.

»Me imagino sus pensamientos. Cree que todo marcha bien, a medida de sus deseos. Su Yúrochka, soñador empecinado, se convenció finalmente, gracias a Dios, partirá con ella hacia un lugar seguro, donde haya gente más razonable, bajo la protección de la legalidad y el orden. Y si incluso luego, para defender su punto de vista y demostrar que tiene carácter, le da por poner obstáculos y no tomar el mismo tren que ellos, Víktor Ippolítovich le enviará otro y no tardará en reunirse con nosotras.

»Ahora estará ya en el establo. Le temblarán las manos por la agitación y la prisa, que se le volverán torpes y no le obedecerán, enganchará el trineo y se lanzará como un loco tras nosotras y acaso nos alcance antes de que lleguemos al bosque.

»Eso es lo que probablemente estará pensando. Y ni siquiera se han despedido. Yuri Andriéevich les ha hecho sólo un ademán con la mano y se ha vuelto porque tenía un nudo en la garganta, como si algo se le hubiese atravesado.»

Se quedó en el umbral, con la pelliza echada sobre un hombro. Con la mano libre apretaba con toda su fuerza la frágil columnita de la jamba, como si quisiera estrangularla. Toda su alma estaba en un lejano punto del espacio donde se veía un

trozo del camino que se encaramaba por el montículo que surgía a los ojos en medio de algunos abedules solitarios. Caía allí la luz del sol bajo, próximo al crepúsculo. Allí, en aquella franja de luz, aparecería de un momento a otro el trineo lanzado al galope del caballo, saliendo del pequeño y poco profundo valle en el que había desaparecido.

«Adiós, adiós —repetía el doctor, en espera de ese instante, olvidado de sí, con voz átona, como si se arrancara del alma aquellas palabras que apenas se dejaban oír en el aire helado—. Adiós, adiós, único amor mío, perdido para siempre.»

«¡Ahí están, ahí están!», murmuró con ansia febril y los labios exangües, cuando el trineo remontó el montículo como una flecha, dejando atrás uno tras otro los abedules. Luego comenzó a moderar la marcha y, ¡oh, felicidad!, se detuvo junto al último abedul.

Su corazón latió apresuradamente, las piernas le temblaron y sintió que la emoción lo dejaba inerte, muelle como la pelliza que resbaló de su hombro.

«¡Oh, Dios mío! ¿Acaso has decidido restituírmela? ¿Qué habrá sucedido? ¿Qué sucede en esta lejana franja iluminada? ¿Por qué se han detenido? No. Se acabó todo. Se ponen en marcha. Se van. Habrá sido ella, que ha querido detenerse un momento para mirar una vez más la casa, para decirle adiós con la mirada. O acaso ha querido cerciorarse de que yo, su Yura, estoy en camino, que me he lanzado tras ellos. Se han ido. Se han ido.

»Si llegan a tiempo, si el sol no se pone antes (en la oscuridad no podría descubrirlos), los veré otra vez, la última, al otro lado de la torrentera, en la llanura, donde hace dos noches estaban los lobos.»

También llegó y pasó aquel instante. Un sol sombrío y purpúreo estaba detenido ahora en la línea azul turquí de los montones de nieve y ésta absorbía ávidamente aquella dulzura de ananaes que la colmaba. Así aparecieron, volaron por el camino y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

«Adiós, Lara, hasta que nos veamos en el más allá, amor mío, adiós, eterna alegría mía, infinita, inextinguible —ya había desaparecido—. No te veré más, nunca más, nunca más en la vida, no te veré nunca más.»

Oscurecía. Las manchas de color bronce y púrpura del crepúsculo se decoloraban y apagaban súbitamente. La cenicienta transparencia del aire penetraba rápidamente el tono violeta del crepúsculo, que velozmente se iba ensombreciendo. En el vapor gris se fundían las sutiles líneas de los abedules del camino, caligráficas, como una puntilla suavemente dibujada en el cielo color lila y rosado, que de pronto pareció haberse fundido con el de la tierra.

El dolor hizo más aguda su sensibilidad y le hacía percibir las cosas con una intensidad mayor. Lo que le rodeaba, incluso el aire, adquiría un carácter de rara excepción. El viento invernal, casi como un testigo compasivo, trascendía una infinita

solidaridad. Era como si hasta ese momento jamás se hubiese presentado la noche de aquella manera, para consolar a un hombre que se había quedado huérfano y se hallaba sumido en la soledad, como si los bosques que lo rodeaban, sobre los oteros, no constituyeran sólo un límite del paisaje, cerrando el último horizonte, sino que se hubiesen colocado así, surgidos de la tierra, para participar de su sufrimiento.

Se sustrajo a esa tangible belleza de la hora, como se hubiera apartado de un grupo de personas cuya piedad le importunara, a punto casi de murmurar a los rayos del ocaso que todavía lo rozaban:

—Gracias, tenía que ser.

Continuaba de pie en el umbral, mirando la puerta cerrada y volviendo la espalda al mundo.

«Se ha puesto mi sol radiante», repetía, y algo en su interior se lo confirmaba. Pero no tenía fuerzas para pronunciar en alta voz estas palabras, sin que las entrecortaran febriles sollozos.

Entró en la casa. Un doble monólogo comenzó entonces en su interior. El primero, seco y que pretendía ser práctico, dirigíase a sí mismo, y el segundo transcurría como un río sin riberas y se dirigía a Lara. Pensaba:

«Y ahora a Moscú. Lo primero que hay que hacer es sobrevivir. No abandonarme al insomnio. No acostarme. Trabajar por la noche. Trabajar por la noche hasta el atontamiento, hasta que me rinda el cansancio. Y otra cosa: encender inmediatamente la estufa en la alcoba para no helarme.»

Pero también pensaba algo muy distinto:

«Mi gracia inolvidable, mientras te recuerden mis abrazos, mientras te sienta todavía apoyada en mi hombro y en mis labios, estaré contigo. Lloraré mis lágrimas en algo que sea digno de ti, algo que quede, celebrando tu recuerdo en una composición que sea toda ternura, tan triste que oprima el corazón. Y me quedaré aquí hasta que no haya encontrado la paz. Luego me iré solo. Verás cómo voy a representarte. Voy a llevar tus rasgos sobre el papel, del mismo modo que después de una terrible tempestad que ha sacudido el mar hasta sus entrañas, quedan sobre la arena las huellas de la ola más poderosa, la que sobrepasó a todas en su afán de lanzarse sobre la playa. Con una línea sinuosa y truncada el mar deposita su trozo de piedra pómez, de corcho, conchas y algas, cuanto de más ligero e imponderable ha podido levantar de sus profundidades. Es la línea extrema de la resaca, que se prolonga lejos, sin fin sobre la costa. Así te trajo a mí la tempestad de la vida, orgullo mío, y así te representaré.

Cerró la puerta y se quitó la pelliza. Cuando pasó a la habitación que Lara había arreglado con tanto cuidado aquella mañana y en la cual todo se había revuelto con la repentina partida, cuando vio el lecho en desorden y los objetos esparcidos por todas partes, sobre las sillas y en el suelo, cayó como un niño de rodillas junto al lecho, se

apoyó con el pecho en el borde y, hundiendo la cabeza en la almohada, prorrumpió en un llanto silencioso y amargo, como el de un chiquillo. Pero no estuvo así mucho rato. Se levantó, se enjugó apresuradamente las lágrimas y, mirando en torno suyo con una mirada estúpida y distraída, cansadamente ausente, tomó la botella dejada por Komarovski, la destapó, llenó medio vaso, añadió agua y nieve y con un placer casi semejante a la desesperación de poco antes, comenzó a beber a lentos sorbos.

14

Le estaba sucediendo algo extraño. Yuri Andriéevich se volvía lentamente loco. Jamás había llevado una vida tan anormal. Tenía descuidada la casa, había dejado de preocuparse de sí, convertía la noche en día y perdía la noción del tiempo transcurrido después de la partida de Lara.

Bebía y escribía cosas dedicadas a ella, pero la mujer de sus versos y de sus apuntes, a medida que los revisaba y corregía, se alejaba cada vez más de su verdadera imagen de un principio, de la verdadera madre de Kátienka, ida con su hijita.

Hacía esas modificaciones partiendo de una necesidad de precisión y vigor expresivo, pero también para obedecer a una exigencia interior que no le permitía poner demasiado en evidencia lo que personalmente había experimentado, lo que había sucedido, sin nada inventado, para no herir ni rozar directamente a los protagonistas de los acontecimientos. Así todo lo que en él era todavía herida viva y quemante mezclábase con la poesía y, en lugar de ese sufrimiento que sangraba y dolía, surgía ahora una tímida serenidad, que resaltaba el caso particular y universal, del que todos pueden participar.

No se había fijado de antemano esa intención. Esa serenidad venía de por sí como un consuelo ofrecido por aquella que se hallaba en camino, como su despedida desde lejos, como una aparición en sueños o el contacto de su mano sobre su frente. Amaba esa huella luminosa sobre sus versos. Así, llorando por Lara, prescindió completamente de los esbozos anteriores, sobre los más variados temas, sobre la naturaleza y la vida de cada día. Como también le había sucedido antes, mientras trabajaba, lo asaltaba un sinfín de pensamientos sobre la existencia individual y la sociedad.

Una vez más se dio cuenta de que no sabía concebir la historia, lo que se llamaba en general curso de la historia, y que ésta se presentaba a su pensamiento como el desarrollo de la vida en el reino vegetal. En invierno, bajo la nieve, las ramas desnudas de un bosque son flacas y misérrimas como los pelos de una verruga senil. En primavera, en pocos días se transforma el bosque, se eleva hasta el cielo, y en los recovecos de su follaje es fácil perderse, puede esconderse uno. En esta transformación, el bosque se mueve con una rapidez que supera la de los animales,

porque el animal no crece tan de prisa como una planta. Y, sin embargo, nadie logra descubrir este movimiento del crecimiento. El bosque no se mueve, no podemos sorprenderlo en trance de movimiento. Siempre lo encontramos inmóvil. Y en esta misma inmovilidad volvemos a encontrar la vida de la sociedad, la historia, que también se mueve eternamente, eternamente muda, aunque sus transformaciones no pueden advertirse de inmediato.

Tólstoi no llevó su pensamiento hasta el final, cuando negaba las condiciones de iniciadores a Napoleón, a los estadistas y a los jefes militares. Pensaba eso precisamente, pero no lo expresó con claridad. Nadie hace la historia, la historia no se ve, como no se ve crecer la hierba. La guerra, la revolución, el rey, Robespierre, son sus estimulantes orgánicos, su levadura. La revolución la hacen los hombres activos, fanáticos sectarios, genios de la autolimitación. En pocas horas o en pocos días trastornan el viejo orden. Estas alteraciones duran semanas, o algunos años. Luego, durante decenios, durante siglos, los hombres veneran como una reliquia el espíritu de limitación que ha conducido a este trastorno.

Llorando por Lara, lloraba también por el lejano verano en Meliuziéev, cuando la revolución era un dios que había descendido a la tierra, el dios de aquel verano, y cada uno enloquecía a su modo, y la vida de cada uno se desarrollaba libremente, no como una ilustración en apoyo de la política suprema.

Escribiendo así sobre toda clase de cosas, comprobó y anotó una vez más que el arte está siempre al servicio de la belleza y que la belleza es la felicidad de dominar la forma. La forma es el presupuesto orgánico de la existencia. Todo lo que está vivo debe, para existir, tener forma, y por esto el arte, incluso el arte trágico, es el relato de la felicidad de existir. Tales reflexiones y anotaciones le producían también felicidad, una felicidad tan trágica y tan llena de lágrimas, que a consecuencia de ello la cabeza se le cansaba y le dolía.

Un día le visitó Anfim Yefímovich. Le llevó vodka y le habló de la llegada de Antípova con su hija y Komarovski. Anfim Yefímovich había venido por la vía férrea en una vagoneta de motor. Le censuró haber descuidado a la yegua y se la llevó a pesar de que Yuri Andriéevich le rogó que tuviera paciencia tres o cuatro días. En compensación él le prometió que volvería pronto y que lo sacaría definitivamente de Varykino.

A veces, después de haber escrito y trabajado mucho, Yuri Andriéevich recordaba de pronto a Lara en toda su magnífica presencia y se torturaba en la opresiva ternura de la lejanía.

Igual que una vez en su infancia, en medio del esplendor de la naturaleza estival, en el canto de los pájaros, le había parecido oír la voz de su madre muerta, así ahora, su oído acostumbrado a Lara, recuerdo de la voz de ella, lo engañaba a veces. «Yúrochka», le parecía oír entonces en la habitación de al lado, en una alucinación

del oído.

En aquellos días creyó ser víctima de otra alucinación. Hacia el final de la semana, por la noche, se despertó de pronto a causa de un sueño absurdo, en el que había visto bajo la casa la guarida de un dragón. Abrió los ojos. En aquel momento el fondo de la torrentera se inundó de luz y resonó con el fragor de un tiro. Lo extraño fue que inmediatamente después se durmió y que al día siguiente se convenció de que todo había sido un sueño.

15

Algo ocurrió más tarde, durante uno de esos días. Había prestado oído por fin a la voz de la razón, y se dijo que si quería dejarse morir a toda costa, podría encontrar un medio más eficaz y menos doloroso. Se propuso partir inmediatamente, apenas Anfim Yefímovich hubiese ido a buscarlo.

Antes del ocaso, cuando todavía había luz, oyó un rumor de pasos sobre la nieve. Alguien se dirigía tranquilamente hacia la casa, con paso decidido y seguro.

¿Quién podría ser? Anfim Yefímovich hubiese venido a caballo y nadie más tenía por qué ir a la desierta Varykino.

«Me buscan —pensó—, me reclaman en la ciudad para detenerme. Pero ¿cómo me llevarán? Además, si fuera así, tendrían que ser dos. No, es Mikulitsyn, Avierki Stepánovich», concluyó tranquilizado, creyendo reconocer los pasos.

El desconocido permaneció durante un momento ante la puerta con el candado roto, sin encontrar la cerradura que evidentemente esperaba hallar. Luego procedió con paso seguro, con movimientos habituales y abrió el portal y volvió a cerrarlo tras de sí.

Llegó así a la habitación donde Yuri Andriéevich estaba sentado en la mesa del escritorio, dando la espalda a la puerta de entrada. Antes de que él se levantara de la silla y se volviera hacia la puerta para recibir al desconocido, éste se hallaba ya en el umbral, donde se detuvo, de una pieza.

—¿Qué desea?—le preguntó el doctor mecánicamente, y no le sorprendió no recibir respuesta alguna.

El desconocido era un hombre vigoroso, de buena presencia y bello rostro, vestido con una chaqueta corta y pantalones de piel, calientes botas de piel de cabra y la escopeta a la bandolera. Sólo el instante de su aparición fue para el doctor una verdadera sorpresa, no su llegada. Lo que había descubierto en casa y otros indicios lo prepararon para este encuentro. Evidentemente se trataba del hombre a quien pertenecían las provisiones que había en la casa. Le pareció que lo conocía, que ya lo había visto otra vez. Probablemente también el visitante sabía que la casa no estaba vacía, ya que no se sorprendió demasiado de verlo. Acaso supiera también que lo encontraría y acaso lo conocía.

«¿Quién es? ¿Quién es?—preguntaba Yuri Andriéevich a su memoria—. Dios mío, ¿dónde lo he visto? ¿Será posible? Aquella cálida mañana de mayo de un año inolvidable. La estación de Razvilie. El vagón del. comisario, que nada bueno prometía. Ideas claras, razonamientos precisos, rigor de principios, convicción sobre las propias ideas, lo justo, lo justo, lo justo: Striélnikov.»

16

Hacía ya mucho rato que estaban hablando, muchas horas, como sólo hablan los hombres en Rusia, y sobre todo los hombres poseídos por el terror y la angustia, agitados y frenéticos, como todos estaban entonces. Oscurecía. Casi ya era de noche.

Además de la febril locuacidad común a todos, Striélnikov hablaba sin tregua por una razón propia.

No conseguía decir todo lo que quería y desesperadamente se agarraba a la conversación, para huir de la soledad. ¿Acaso temía los remordimientos de la conciencia o lo perseguían tristes recuerdos, o lo atormentaba ese descontento de uno mismo en virtud del cual un hombre está dispuesto a morir para escapar de la vergüenza y el odio hacia sí mismo? ¿Había tomado acaso una desesperada e irrevocable decisión con la que no quería enfrentarse y, en la medida de lo posible, demoraba su ejecución, charlando con el doctor y permaneciendo a su lado?

Era evidente que Striélnikov ocultaba algún pensamiento que lo asaltaba secretamente, y no hacía otra cosa que entregarse a las más generosas efusiones.

Era la enfermedad del siglo, la fiebre revolucionaria de la época. En sus propios pensamientos, los hombres eran distintos con respecto a sus palabras y manifestaciones exteriores; cada uno tenía manchada la conciencia y podía, con razón, considerarse culpable de todo, sentirse un ignorado malhechor, un bandido enmascarado. Con el mínimo pretexto, su imaginación se encarnizaba con ellos mismos y su desencadenamiento no conocía límites. Los hombres fantaseaban, se atribuían culpas, no sólo bajo la presión del terror, sino a causa de un morboso deseo de destruirse a sí mismos, en un estado de trance metafísico y poseídos por esa pasión de condenarse a sí mismos que, una ver perdido el freno, no puede ya contenerse.

¡Cuántas de esas declaraciones tomadas antes de morir, escritas y de palabra, había leído y escuchado en su tiempo la alta personalidad militar y acaso también juez de guerra que era Striélnikov! Ahora era él quien estaba poseído por semejante furor de autodenuncia: se examinaba a sí mismo, sacaba conclusiones de todo, todo lo veía a través de una deformación violenta, monstruosa y delirante.

Contaba con desorden, saltando de una confesión a otra.

—Era junto a Chitá. ¿Verdad que le han sorprendido a usted todas las cosas curiosas de que llené los armarios y cajones de la casa? Pertenecían a las requisas militares que efectuamos cuando el Ejército Rojo ocupó Siberia Oriental.

Naturalmente, no acarreé con todo eso yo solo. La vida me ha mimado siempre poniendo a mi lado hombres fieles y devotos. Estas velas, estos fósforos, el café, el té, los objetos de escritorio y todo lo demás, proviene en parte de los depósitos militares de las chekas, y en parte son japoneses e ingleses. Sorprendente, ¿verdad?«¿Verdad?» era la expresión favorita de mi mujer, cosa que ya habrá observado sin duda. No sabía si decírselo o no, pero ahora se lo confieso: vine a verla a ella y a la niña. Demasiado tarde me dijeron que estaban aquí, y no he llegado a tiempo. Cuando, por rumores y denuncias, tuve conocimiento de su intimidad con ella y cuando me nombraron al «doctor Zhivago» por primera vez, me pregunté cómo pude, entre mil caras que en estos años pasaron fugazmente ante mí, recordar precisamente al doctor con este apellido que fue llevado una vez a mi presencia para un interrogatorio.

—¿Lamenta no haberme fusilado?

Striélnikov no respondió. Quizá ni pensó que su monólogo había sido interrumpido. Continuó absorto, sumido en sus pensamientos:

—Evidentemente he estado celoso de usted y lo estoy todavía. ¿Podía ser de otro modo? Hace algunos meses que me escondo en estos lugares, desde que fueron descubiertos mis refugios más lejanos, en Oriente. A causa de una falsa acusación tenía que comparecer ante el tribunal militar. Era fácil prever el resultado. Por lo que sabía, ninguna acusación pesaba sobre mí. Tuve la esperanza de poder justificarme y defender mi honor, en otras circunstancias. Decidí, pues, desaparecer algún tiempo, antes de que me detuvieran, esconderme, vagabundear, hacer vida de ermitaño. Y acaso al final me hubiese salvado. Pero me traicionó un joven aventurero que se había ganado mi confianza.

»En pleno invierno atravesé Siberia dirigiéndome hacia Occidente, escondiéndome y pasando hambre. Me excavaba una madriguera en los montes de nieve, pernoctaba en los trenes que la nieve había sepultado, inmovilizados en una interminable cadena a lo largo de la vía transiberiana.

»En mis vagabundeos encontré un muchacho, también fugitivo, que me dijo que se había salvado de un fusilamiento en masa, del que quedó vivo por casualidad. Me contó que se había deslizado del montón de cadáveres y que pudo curar sus heridas, que comenzó a vagabundear y, como yo, se refugiaba en toda clase de cubiles y madrigueras. Eso, por lo menos, fue lo que me dijo. Un pequeño delincuente, corrompido, primitivo, alumno de la escuela real, que había repetido el curso y de la que había sido expulsado por inepto.

Cuantos más datos le daba Striélnikov tanto más el doctor identificaba al muchacho.

—¿Se llamaba Terienti de nombre y Galuzin de apellido?

—Sí.

—Entonces, todo lo que contó de los partisanos y del fusilamiento es verdad. No inventó nada.

—Tenía solamente una buena cualidad: adoraba a su madre hasta la locura. El padre había sido muerto junto con otros rehenes. El sabía que su madre estaba en la cárcel y que iba a compartir la suerte de su marido. Entonces decidió hacer cualquier cosa por salvarla. En la cheka del distrito, en la que se presentó reconociendo sus propias culpas y ofreciendo sus servicios, consintieron en perdonarle a condición de que entregase a una persona importante. Por eso descubrió mi escondite. Sin embargo, conseguí prevenirme de su traición y desaparecer a tiempo. A costa de sobrehumanos esfuerzos, después de mil aventuras, recorrí toda Siberia y llegué hasta aquí, donde todo el mundo sabe quién soy y donde menos que en ninguna parte nadie se atrevería ni a imaginar que he vuelto, porque nadie podría creer que me atreviese a tanto. Efectivamente, seguían buscándome por Chitá, mientras yo me escondía ya en esta casita o en cualquier refugio de los alrededores. Pero ahora se acabó todo: también aquí me han descubierto. Escuche. Ya casi es de noche. Se acerca la hora que detesto, porque ya hace mucho tiempo que no puedo dormir. Ya debe usted conocer ese tormento. Si no ha consumado todavía toda mi provisión de velas (magníficas, de estearina, ¿verdad?), hablemos un poco. Hablemos mientras resista, con toda comodidad, con toda la noche por delante, con las velas encendidas.

—Las velas están intactas. No he abierto ni un solo paquete. Utilicé el petróleo que encontré por aquí.

—¿Tiene pan?

—No.

—¿De qué se alimenta, entonces? Pero ¡qué estúpida pregunta! De patatas.

—Sí. Aquí tiene las que quiera. Los dueños de esta casa eran gentes expertas y ahorradoras. Sabían cómo enterrarlas. Todas están muy bien conservadas en el sótano. Ni se han podrido ni se helaron.

De pronto Striélnikov comenzó a hablar de la revolución.

17

—Nada de esto es para usted. No podría comprenderlo. Usted se ha educado en otro mundo. El mío era el mundo de la periferia, el mundo del ferrocarril, de las barriadas obreras. Suciedad, falta de espacio, miseria, el desprecio para los trabajadores, las mujeres ultrajadas. Era la desgarradora y provocativa insolencia de la corrupción, de los hijos de papá, de los estudiantes bien vestidos y también de los comerciantes. Con una burla, con una irritación despreciativa, respondían a las lágrimas y a las lamentaciones de los despojados, de los ofendidos, de las mujeres seducidas. La beatífica serenidad de los parásitos, que se distinguían solamente por no haberse preocupado nunca por nada, por no haber buscado nada jamás y no haber dado ni

dejado nada al mundo. Y nosotros, en cambio, tomábamos la vida como una campaña militar y removíamos las montañas para aquellos a quienes amábamos. Y si no conseguimos otra cosa que hacerles sufrir, no tocábamos ni uno solo de sus cabellos, porque nuestro sufrimiento era todavía mayor que el suyo. Pero antes de seguir adelante considero mi deber decirle esto: debe marcharse inmediatamente de aquí, si en algo estima su vida. En torno a mí se va estrechando la red, y acabe todo como acabe, a usted lo mezclarán también con esto, aunque sólo sea por haber hablado conmigo. Además hay muchos lobos por aquí. El otro día tuve que disparar contra ellos.

—¡Ah! ¿Fue usted quien disparó?

—Sí. Me oyó, ¿verdad? Me dirigía a otro refugio, pero antes de llegar a él, advertí por varios indicios que le habían prendido fuego y que probablemente estaban muertos aquellos que debían hospedarme. No me quedaré aquí mucho tiempo. Solamente quiero pasar la noche, y mañana por la mañana me iré. Así, con su permiso continúo.

»¿Cree usted que las calles Tvierskaia y Iámskaia[91] y los vagos de pantalón ceñido que se paseaban por ellas con muchachas con los más absurdos peinados existían solamente en Moscú, solamente en Rusia? No, la calle de la tarde, la crepuscular calle del siglo, las aceras, los caballos de raza podía usted encontrarlos por todas partes. Pero algo caracterizaba esa época y daba a todo el siglo diecinueve una categoría histórica: el nacimiento del pensamiento socialista. Estallaban las revoluciones y muchachos llenos de abnegación se subían a las barricadas. Los escritores trataban por todos los medios de censurar el bestial apetito de dinero y elevar y defender la dignidad humana de los pobres. Y llegó el marxismo, que vio dónde se hallaba la raíz del mal y dónde estaba el medio de curarlo, y se convirtió en la fuerza motriz del siglo. Eso constituyó la época de las calles Tvierskaia y Iámskaia, la suciedad y el fulgor de santidad, la corrupción y las barriadas obreras, las proclamas y las barricadas.

»¡Qué hermosa estaba ella entonces en el colegio! No puede usted imaginárselo. A menudo iba a ver a una compañera suya de clase a la casa de los empleados del ferrocarril de Brest. Así se llamaba en aquel tiempo ese ferrocarril, antes de que le dieran luego diversos nombres. Mi padre, que ahora es miembro del tribunal de Yuriatin, trabajaba como obrero cerca de la estación. También yo iba a aquella casa y la veía. Era una chiquilla, una niña, pero en su rostro, en sus ojos se leía ya una ansiedad, la inquietud del siglo. Todo el sentido de la época, sus lágrimas y sus ofensas, sus impulsos, su sed de venganza acumulada por el tiempo y su orgullo estaban escritos en su rostro y en su actitud, en esa mezcla suya de timidez pueril y de gracia temeraria. La acusación del mundo podía hacerse en nombre de ella, con sus labios. Créame, no estoy diciendo tonterías. Es una especie de predestinación, una

señal que una persona puede tener, que posee por naturaleza, que tiene casi ese derecho.

—Habla usted con una gran exactitud. También yo la vi entonces, precisamente como usted me la ha descrito. La alumna del colegio se identificaba en ella con la detentadora de un secreto de persona adulta. Su sombra se dibujaba en la pared, vigilante y desamparada, siempre a la defensiva. Así la vi yo, así la recuerdo. Y usted ha expresado esto de una manera extraordinaria.

—¿La vio y la recuerda? Pero ¿qué hizo usted por ella?

—Esa es otra cuestión.

—Así es que, como verá, todo este siglo diecinueve con sus revoluciones en París, con sus distintas generaciones de emigrados rusos, comenzando desde Herzen, con proyectos de regicidios, algunos no llevados a cabo, otros puestos en ejecución, todo el movimiento obrero del mundo, todo el marxismo en los parlamentos y universidades de Europa, todo el nuevo sistema de ideas, la novedad y la rapidez de las deducciones, la ironía, toda la consiguiente impiedad elaborada en nombre de la piedad, todo esto lo absorbió en sí Lenin y lo expresó por todos. Como la personificación de la venganza se lanzó contra el viejo sistema. Junto a él se levantó el alma inmensa de Rusia, que de pronto, a los ojos de todo el mundo, se encendió como una lámpara votiva por toda la miseria y los sufrimientos de la humanidad. Pero ¿por qué estoy diciendo esto? Para usted son sólo palabras inútiles. Por esa muchacha yo fui a la universidad, por ella me hice profesor y ocupé un cargo en Yuriatin, un lugar que no conocía.

Devoré montañas de libros y adquirí una infinidad de conocimientos, todo para serle útil a ella, para estar preparado si ella tenía necesidad de mi ayuda. Fui a la guerra para conquistarla de nuevo, después de tres años de matrimonio, y luego, después de la guerra, al volver de mis prisiones, aproveché la circunstancia de que me creían muerto y, con un nombre falso, intervine en la revolución para hacer pagar todo lo que ella había sufrido, para cancelar toda huella de sus tristes recuerdos, para que ya no fuera posible volver al pasado, para que ya no existiesen calles como la Tvierskaia y la Iámskaia. Y ellas, ella y mi hija, estaban cerca, ¡estaban aquí! ¡Qué sobrehumano esfuerzo me costó sofocar el deseo de precipitarme a ellas y verlas! Pero antes debía llevar a término la empresa de mi vida. ¡Qué no daría yo por poder verlas aunque sólo fuera una vez! Cuando ella entraba en una habitación parecía que ésta se llenaba de aire y de luz.

—Sé cuánto la quiere usted. Pero, excúseme, ¿tiene usted una idea de lo que ella sentía por usted?

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Digo si puede imaginarse hasta qué punto ella le quiere, le quiere más que a nada en el mundo.

—¿Cómo lo sabe?

—Ella me lo dijo.

—¿Ella? ¿A usted?

—Sí.

—Discúlpeme. Quiero pedirle algo que puede usted no concederme, pero, si le está permitido dentro de los límites de la discreción, si puede usted hacerlo, repítame, se lo ruego, lo más exactamente posible, todo cuanto ella le haya dicho.

—Con mucho gusto. Le definió a usted como un hombre extraordinario, un hombre sin igual, único por su absoluta honestidad, y dijo que si en el extremo del mundo se le apareciese de nuevo la visión de su casa, se arrastraría hasta el umbral, iría de rodillas, desde cualquier sitio, incluso a los confines de la tierra.

—Discúlpeme otra vez. Si no ha de lesionar algo sagrado para usted, ¿podría recordar cuándo y en qué circunstancias le dijo todo esto?

—Estaba arreglando esta habitación. Y salió para sacudir la alfombra.

—¿Cuál? Dígame cuál de las dos.

—La más grande.

—Es demasiado pesada para ella. ¿La ayudó usted?—Sí.

—Usted sujetaría un extremo y ella, echada hacia atrás, levantaría los brazos como si estuviera en un columpio, y para evitar el polvo cerraría los ojos, y se echaría a reír, ¿verdad? ¡Qué bien conozco todos sus ademanes! Luego se acercaría doblando en dos la pesada alfombra, luego en cuatro y continuaría bromeando y divirtiéndose, ¿verdad?

Se levantaron y acercáronse cada uno a una ventana para mirar en direcciones distintas. Al cabo de un rato, Striélnikov se acercó a Yuri Andriéevich, le cogió las manos, se las llevó al pecho, y volvió a hablar con la misma excitación:

—Perdóneme, comprendo que estoy tocando algo muy querido e íntimo. Pero, si usted me lo permite, le interrogaré aún. No se vaya. No me deje solo. Pronto me iré. Piense que son seis años, seis años que llevo ejerciendo una inimaginable violencia sobre mí mismo. Pero me parece que no toda la libertad ha sido conquistada todavía. Pensaba: primero la conquistaré y luego perteneceré íntegramente a ella, seré libre. Y, en cambio, todos mis proyectos se han desbaratado. Mañana me detendrán. Usted la quiere y le es querido. Acaso vuelva a verla un día. Pero no, ¿qué estoy pidiéndole? Es una locura. Me detendrán y no me darán ni tiempo para justificarme. Se precipitarán sobre mí, me taparán la boca con aullidos e insultos. ¿Es que yo precisamente he de ignorar cómo van estas cosas?

18

Por último pudo dormir de verdad. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Yuri Andriéevich no se dio cuenta de que se dormía. Se durmió apenas se hubo acostado.

Striélnikov se quedó para pasar la noche, y Yuri Andriéevich lo instaló en la habitación contigua.

En los breves instantes en que se despertaba para volverse de lado o para echarse por encima la sábana que resbalaba, sentía la fuerza saludable de un sueño reparador y con placer volvía a dormirse. En la última parte de la noche empezó a tener pequeños sueños, que rápidamente se alternaban y lo llevaban a los tiempos de su infancia, sueños lúcidos y ricos en detalles, que podían confundirse con la realidad.

Así, por ejemplo, una acuarela de su madre que, en sueños, había colgado en la pared y representaba un paisaje italiano, de pronto se rompió y cayó al suelo y lo despertó con el ruido de un cristal roto. Abrió los ojos. No, debía de ser otra cosa. Acaso Antípov, el marido de Lara, Pável Pávlovich, llamado Striélnikov, tal como contaba Vakj, asustaba a los lobos de Shutma. Pero no, ¡qué absurdo! El cuadro, precisamente, había caído de la pared. Estaba allí hecho pedazos, sobre el suelo, se dijo, ya poseído de nuevo por el sueño que prolongaba.

Se despertó con dolor de cabeza, porque había dormido demasiado. No se dio cuenta de quién era ni dónde se encontraba.

Luego recordó:

«Striélnikov ha pasado la noche aquí conmigo. Es tarde. Tengo que vestirme. Probablemente se habrá levantado ya y, si no lo ha hecho, le despertaré. Prepararé café y tomaremos café.»

—¡Pável Pávlovich!

No tuvo respuesta.

«Todavía está durmiendo. Tiene el sueño pesado.»

Sin apresurarse se vistió y pasó luego a la habitación contigua. Sobre la mesa estaba la gorra militar de Striélnikov, pero él había desaparecido.

«Habrá salido a dar un paseo —pensó—, y sin nada en la cabeza. Es un hombre fuerte. Pero hoy debía despedirse de Varykino y partir. Es tarde. Dormí demasiado. Cada mañana me sucede lo mismo.»

Encendió el fuego de la cocina, cogió el cubo y fue al pozo en busca de agua. A pocos pasos del pozo, atravesado en el vial, con la cabeza hundida en un montón de nieve, yacía Pável Pávlovich. Bajo su sien izquierda la nieve, empapada en sangre, formaba un grueso grumo rojo. Minúsculas gotas que habían saltado en todas direcciones formaban sobre la nieve pequeñas bolas rojas, como las heladas bayas del serbal.

XV
CONCLUSIÓN

1

Ya queda poco que contar de la vida de Yuri Andriéevich, de los últimos ocho o nueve años que precedieron a su muerte, en el curso de los cuales fue decayendo cada vez más, olvidó los conocimientos y la práctica de la medicina, perdió sus dotes de escritor, y sólo a veces, sustrayéndose al estado de torpor y anonadamiento, reanimándose, volvía a la actividad, por poco tiempo, cosa de un relámpago, para caer de nuevo en una absoluta indiferencia para consigo mismo y para todas las cosas del mundo. En esos años se agravó su antigua enfermedad del corazón, que él mismo había diagnosticado hacía tiempo, pero no advirtió su importancia.

Llegó a Moscú en los comienzos de la NEP[92], el más ambiguo y falso de los periodos soviéticos. Estaba demacrado, con la barba y los cabellos largos, y todavía con mayor apariencia salvaje que en los tiempos de Yuriatin, después de su cautividad entre los partisanos. También ahora, a lo largo del camino, se había ido privando de todo lo que tenía algún valor, cambiándolo por cualquier andrajo con que cubrirse. Así, durante el viaje, cedió una pelliza y un par de chaquetas, y compareció en las calles de Moscú con un gorro gris de cosaco, bandas en las piernas y un deshilachado capote militar que, sin botones, le daba la apariencia de un uniforme de forzado. Vestido de esta manera, en nada se distinguía de los innumerables soldados rojos que inundaban las plazas, los paseos y las estaciones de la capital.

No llegó solo a Moscú. Lo seguía a todas partes un bello muchachito campesino, vestido con análogas prendas militares. Con este atuendo se mostraron en lo que subsistía de los salones de Moscú donde Yuri Andriéevich había pasado su infancia. Todos lo recordaban y lo acogieron con su compañero de vagabundeo, no sin haberle preguntado antes con toda delicadeza si después de su viaje habían pasado por los baños públicos, porque todavía el tifus causaba estragos. Por ellos Yuri Andriéevich tuvo conocimiento de las circunstancias en que sus familiares habían partido para el extranjero.

El y el chico rehuían cualquier encuentro, y a causa de una desesperada timidez, evitaban las ocasiones de ir solos de visita, donde no hubiesen podido callar ni eludir la obligación de hablar. Con sus flacas siluetas solían aparecer en los salones de sus conocidos cuando en ellos se reunía mucha gente, y se mantenían aparte, en un rincón, pasando la velada en silencio, sin tomar parte en la conversación general.

En compañía de su joven amigo, el doctor, alto y delgado, vestido de aquella manera extraña, parecía uno de esos hombres del pueblo buscadores de la verdad, y su acompañante un discípulo o un seguidor leal que sentía por él una ciega devoción.

¿Quién era su joven compañero?

2

La última parte del viaje, cuando se hallaba cerca ya de Moscú, Yuri Andriéevich la había recorrido en tren, mientras la primera, muchísimo más larga, la efectuó a pie.

El espectáculo de las poblaciones a través de las cuales pasaba no era más confortador que el que había visto ya en Siberia y los Urales, cuando huyó de los bosques. Sólo que entonces viajó en invierno. Y ahora, en cambio, finalizado el verano, el otoño era cálido y seco y el viaje resultaba más cómodo.

La mitad de los pueblos estaban desiertos como después de una incursión enemiga, los campos abandonados e incultos, y ésa era una real consecuencia de la guerra, de la guerra civil.

Durante dos o tres días, a fines de septiembre, había caminado a lo largo de la escarpada orilla de un río. Este, que discurría en dirección opuesta, encontrábase a su derecha. A la izquierda extendíanse hasta perderse de vista, desde el camino hasta la línea del horizonte lleno de nubes, campos sin roturar, interrumpidos aquí y allá por bosques en los que predominaban los robles, olmos y arces. Los bosques descendían hacia el río en profundos barrancos y cortaban el camino con cantiles y empinadas pendientes.

En los campos abríanse las espigas demasiado maduras, dejando caer los granos de centeno. Yuri Andriéevich los cogía a puñados, se llenaba la boca, los masticaba penosamente y se alimentaba con ellos cuando no tenía posibilidad de hacerse unas gachas con trigo. El estómago digería mal aquel alimento crudo, apenas masticado.

Yuri Andriéevich jamás había visto en su vida un centeno tan oscuro, de color castaño, como el oro viejo oscurecido. En general, cosechado a su tiempo, el centeno es mucho más claro.

Aquellos campos de color de llama, que ardían sin fuego, aquellos campos que sin sonido clamaban su invocación de ayuda, estaban coronados por la apacible indiferencia de un cielo sin fin que ya se inclinaba hacia el invierno y sobre el cual, como una sombra en la cara, flotaban, incansables, largas y estriadas nubes de nieve, negras en el centro y orladas de blanco.

Todo se movía lenta y regularmente. Discurría el río, hacia él acudía el camino, por el camino avanzaba el doctor, las nubes seguían la misma dirección. Ni siquiera los campos permanecían inmóviles: algo se movía en ellos. Estaban poseídos por un continuo e inquieto hormigueo que daba náuseas.

Las ratas se habían multiplicado de una manera fabulosa, nunca vista hasta entonces. Corrían sobre el rostro y las manos, se encaramaban por el cuerpo, cuando la noche le sorprendía a uno en medio del campo y tenía que tumbarse a dormir en un surco. De día, las bandadas de ratas, multiplicadas hasta el infinito y bien

alimentadas, cruzaban los caminos y se metían por entre los pies y cuando se las aplastaba se convertían en una viscosa masa móvil y gimiente.

A una respetuosa distancia seguía al doctor una jauría de terribles mastines de pastor, pilosos y salvajes, que se miraban entre sí como para consultarse el momento en que debían lanzarse sobre él y destrozarlo. Alimentábanse de carroña, pero no desdeñaban las ratas de que bullía el campo, y observaban de lejos al doctor, moviéndose seguros sobre sus huellas, siempre en espera de algo. Pero no penetraban en los bosques. Cuando surgía alguno, poco a poco retrocedían, volvían grupas y desaparecían.

Los campos y los bosques ofrecían entonces dos paisajes completamente distintos. Los campos, sin el hombre, se habían convertido en huérfanos, como si en su ausencia hubiese caído sobre ellos una maldición. En cambio, los bosques, libres del hombre, a salvo, se habían embellecido como prisioneros vueltos a la vida.

Por lo general, los hombres, sobre todo los chiquillos campesinos, no dejaban que madurasen las avellanas, y las cogían todavía verdes. Ahora los declives boscosos de las colinas y torrenteras estaban cubiertos totalmente de un follaje intacto, de un color de oro empolvado y oxidado por el sol de otoño. Brotaban alegres corimbos de tres o cuatro avellanas, como atadas juntas, anudadas por cintas, maduras, a punto de soltarse de las ramas, pero todavía suspendidas de ellas. A lo largo del camino Yuri Andriéevich las arrancaba y comía hasta saciarse. Se había llenado los bolsillos y el macuto. Durante toda una semana fueron su único alimento.

Le parecía ver los campos como bajo el delirio de la fiebre, durante una grave enfermedad, y los bosques, en cambio, en el estado de lucidez del hombre curado, y le parecía que el bosque lo habitaba Dios, y que en los campos serpenteaba la burlona sonrisa del diablo.

3

En aquella primera parte de su camino llegó a un pueblo enteramente quemado y abandonado por sus habitantes. Antes de la destrucción, las casas estaban alineadas en una sola hilera, al mismo lado del camino, frente al río. En la parte del río no se había construido aún.

Sólo pocas casas, ennegrecidas y quemadas, habían quedado en pie, y también estaban vacías y deshabitadas. Las otras isbás no eran más que un montón de tizones, de los que apuntaban al cielo los negros esqueletos de los ahumados cañones de las chimeneas.

Las abruptas orillas del río estaban llenas de grandes oquedades, de las cuales, en otros tiempos, los habitantes de la aldea, que vivían de ese trabajo, extraían piedras para hacer muelas.

Tres de estas muelas, todavía sin desbastar, yacían en tierra frente a la última isbá

de la aldea, una de las pocas que subsistían, pero vacía también como todas las demás.

Yuri Andriéevich entró en ella. Era una tarde apacible, pero apenas hubo pisado el umbral fue como si el viento se hubiera desencadenado en el interior de la isbá. Sobre el suelo volaron de todas partes hebras de paja y estopa, sobre las paredes se agitaron jirones de papel. Todo se movió y rumoreó. Las ratas huyeron lanzando chillidos, porque, como todos los alrededores, la isba estaba cuajada de ratas.

El doctor salió inmediatamente. Tras él, más allá de los campos, se ponía el sol que iluminaba con luz dorada la otra orilla, donde los matorrales y los pequeños salientes lanzaban hasta el centro del río el parpadeo de sus movientes reflejos. Atravesó el camino y se sentó a descansar sobre una de las muelas que yacían en tierra.

Abajo, por la escarpadura, asomó una rubia cabeza, luego los hombros y después las manos. Luego una figura humana avanzó por el río a lo largo del sendero, llevando un cubo de agua. Cuando vio al doctor se detuvo, oculto hasta la cintura por la escarpa.

—¿Quieres beber, buen hombre? No me hagas daño. Yo no te haré nada.

—Gracias. Sí, dame de beber. Pero ven y no tengas miedo. ¿Por qué habría de hacerte daño?

Al salir de la escarpadura, el hombre del agua demostró ser un adolescente, descalzo, vestido de harapos y greñudo.

A pesar de sus amistosas palabras, miraba al doctor con una mirada desasosegada y penetrante. Por un incomprensible motivo, el muchacho parecía extrañamente emocionado. Poseído por la agitación, dejó el cubo en tierra, y de pronto, después de haber hecho ademán de lanzarse hacia el doctor se detuvo y murmuró:

—Pero... No puede ser. No es posible. Estoy viendo visiones. Perdóneme, camarada. Permítame hacerle una pregunta. Me parece que le conozco a usted. ¡Sí! ¡Ya sé! Usted es el señor doctor.

—Y tú ¿quién eres?

—¿No me reconoce?

—No.

—Viajamos juntos desde Moscú en el tren. Me mandaban a formar parte del ejército de trabajadores, escoltado.

Era Vasia Brykin. Se echó a los pies del doctor, le besó las manos y se puso a llorar.

La aldea quemada era el lugar natal de Vasia, Veretiénniki. Su madre había muerto. Durante la represalia y el incendio, él se escondió en una caverna subterránea, levantando una de las piedras del suelo de la isbá, y su madre creyó que se lo habían llevado. Enloquecida de dolor, se ahogó en el Pielga, ese mismo río a

cuya orilla estaban sentados y charlando. Las dos hermanas de Vasia, Alienka y Arishka, por lo que había sabido, debían encontrarse en otro distrito, en un asilo para niños. El doctor tomó consigo a Vasia y se lo llevó a Moscú. Durante el viaje le contó a Yuri Andriéevich toda clase de horrores.

4

—Ahí tiene usted el trigo de este otoño, que se está malogrando. Apenas acabábamos de sembrar cuando vino la represión. Fue cuando se marchó la tía Palasha. ¿Se acuerda usted de la tía Palasha?

—No. No la conocí jamás. ¿Quién es?

—¡Cómo que no la conoció! ¿Y Pelaguieia Nílovna? Viajaba con nosotros. Era la Tiagunova. Una cara ancha, llena, pálida.

—¿Aquélla que no paraba de hacerse y deshacerse las trenzas?

—¡Las trenzas, las trenzas! ¡Pues claro que sí! ¡Las trenzas!

—¡Ah, ya me acuerdo! Espera. Me la encontré después en Siberia, en una ciudad, por la carretera.

—¿De veras? ¿A la tía Polia?

—Pero ¿qué diablos te pasa, Vasia? ¿Por qué me sacudes los brazos como un loco? ¿No ves que me los vas a arrancar? Además, te has ruborizado como una jovencita.

—¿Qué fue de ella? Anda, dímelo enseguida.

—Estaba muy bien cuando yo la vi. Me habló de ti. Me parece que me dijo que estaba con vosotros y era vuestro huésped. Pero tal vez no lo recuerdo bien y me confundo.

—¡Cómo vas a confundirte! Justamente estaba con nosotros. Mamá la quería como si fuese una hermana. Era una mujer tranquila y trabajadora, y cosía muy bien. Mientras estuvo en casa no nos faltó nada. Luego la obligaron a huir de Veretiénniki, no la dejaban en paz con las murmuraciones. En la aldea había un campesino que se llamaba Jarlam Gnilói. Le dio por meterse con Polia. Era un calumniador terrible y ella ni siquiera lo miraba. Por eso también a mí me tenía ojeriza. Se pasaba el día contando chismes de nosotros, de mí y de Polia. Por eso ella tuvo que irse. Ya no podía más. Entonces empezó todo.

»No muy lejos de aquí hubo un terrible asesinato. Mataron a una viuda en una granja del bosque, allí por Buískoie. Vivía sola en la linde del bosque. Se paseaba con botas de hombre, con orejas y tirantes de goma. Delante de la casa había siempre un perro que corría de un lado para otro. Era un perro feroz y estaba atado a una larga cadena. Se llamaba «Gorlán». Ella se bandeaba sola con la casa y las tierras y no quería ayuda de nadie. Pero de repente llegó el invierno, cuando nadie lo esperaba. La nieve se presentó muy pronto aquel año. Y la viuda no había recogido aún las patatas.

De modo que un día se presentó en Veretiénniki.

»—Ayudadme —dijo—, y os pagaré u os daré una parte.

»Yo me ofrecí para recoger patatas. Me voy con ella a la granja y allí me encuentro con Jarlam. Se había ofrecido antes que yo, pero ella no me dijo nada. Bueno, no teníamos por qué matarnos por eso. Nos pusimos a trabajar juntos. Tiempo de perros: lluvia y nieve, agua y barro. Cava que te cava, luego quemamos las plantas y con el humo caliente secamos lo que se dice bien las patatas. Al final, ella nos pagó lo nuestro. Despidió a Jarlam, y a mí, en cambio, me guiñó el ojo, como si me dijera: «Tengo un trabajo para ti. Ven luego o quédate.» Y volví a su casa otra vez.

»—No me da la gana —me dijo— de declarar al Estado mi sobrante de patatas. Tú eres un buen chico —dijo—, y sé que no me traicionarás. Ya ves que no tengo secretos para ti. Yo misma hubiese hecho un hoyo y enterraría las patatas, pero fíjate qué tiempo hace. No me he dado prisa y se me ha venido encima el invierno. Yo sola no podré valerme. Hazme el hoyo y no te arrepentirás. Lo secaremos bien y enterraremos las patatas.

»De modo que cavé el hoyo tal como hay que hacerlo cuando la cosa es secreta: en forma de embudo, la parte ancha abajo y la estrecha arriba. Lo secamos con humo y lo calentamos bien. Y todo esto en medio de una tormenta. Escondimos las patatas como es debido, las cubrimos con tierra. Ni siquiera las moscas las hubiesen olido. Y yo, claro está, no dije ni pío a nadie. Lo que se dice a nadie. Ni siquiera a mi madre ni a mis hermanas. ¡A nadie! Y así fue. Al cabo de un mes vino lo gordo. La gente de Buískoie, que había pasado por allí, dijo que había encontrado la casa abierta, todo en su sitio y ni rastro de la viuda ni de «Gorlán», que rompió la cadena y se había escapado. Pasó el tiempo. Al primer deshielo de aquel invierno, era casi el año nuevo, hacia la noche de San Basilio, vinieron los aguaceros que lavaron de nieve los montes, la nieve se deshizo y surgió otra vez la tierra. El perro volvió a la casa y comenzó a arañar en el lugar donde estaba el agujero de las patatas. Araña que te araña lo sacó todo afuera, empezando por las piernas del ama con las botas de tirantes. ¡Imagínate! En Veretiénniki todos compadecieron a la viuda porque tenían buen recuerdo de ella. Ninguno pensó en Jarlam. Además, ¿por qué tenían que pensar en él? ¿Acaso había que pensar? Si hubiera sido él se habría largado muy lejos, quién sabe dónde. Pero los cabecillas de los *kuláks* se aprovecharon del crimen de la granja. Comenzaron a excitar al pueblo.

»—Ya veis —decían— cómo las gasta la gente de la ciudad. Que os sirva de lección y de ejemplo. No escondáis el trigo, no enterréis las patatas.

»Pero los estúpidos tenían otra cosa metida en la cabeza: hablaban de los bandidos del bosque, fantaseaban sobre no sé qué bandoleros que habían devastado la casa.

»—Cuidado que sois imbéciles —decían—. Haced caso de lo que diga la gente de

la ciudad. Os moriréis de hambre. Si el pueblo quiere estar bien, que venga con nosotros. Ya os enseñaremos lo que hay que hacer. Esos vendrán a llevarse vuestro sudor, y para vosotros nada. Tendréis que darles el centeno y también el trigo. Si se ponen las cosas así, hay que echar mano de los horcones. Y el que esté contra la aldea, que vaya con cuidado.

»Entonces los viejos comenzaron a murmurar, a hacerse los fanfarrones y a reunirse. El malvado Jarlam no esperaba otra cosa. Agarró el sombrero y se fue a la ciudad. Allí empezó a murmurar:

»—De modo que en el pueblo pasa lo que pasa y vosotros aquí papando moscas. Hay que formar el comité de pobres. Autorizadme a mí y lo arreglaré todo en un momento.

»Dicho esto, se largó y nadie le ha visto el pelo nunca más.

»Lo demás vino por sus pasos contados. Nadie lo provocó, nadie tuvo la culpa. Mandaron soldados rojos de la ciudad, y un tribunal militar. Y enseguida la emprendieron conmigo Jarlam les habría dicho yo qué sé. Conmigo porque era un fugitivo, porque me había escapado del ejército de trabajo, por- que sin duda era yo el que había soliviantado al pueblo y asesinado a la viuda. Y por eso quisieron echarme mano. Menos mal que se me ocurrió levantar una losa del suelo y desaparecer en el sótano. Me escondí en una caverna subterránea. Sobre mi cabeza el pueblo ardía y yo no veía nada. Por encima de mí mi madre se arrojaba al río, y yo no lo sabía. Todo sucedió por sus pasos contados. A los soldados rojos les dieron una isbá, vino y se embriagaron hasta morir. Durante la noche, a causa de una imprudencia, ardió una casa y luego las de al lado. Los soldados que estaban donde comenzó el incendio salieron fuera, pero los otros, como nadie les había avisado, se quemaron hasta el último, claro está. Además, nadie sacó de las casas quemadas a la gente que se había quedado dentro. Todos se habían largado con el miedo de que sucediera lo peor. De nuevo fueron los ricos ganaderos los que hicieron correr la voz de que todos los supervivientes serían fusilados. Por eso, cuando volví, no encontré a nadie. Todos se habían dispersado para arrastrar su miseria por otros lugares.

5

Cuando el doctor y Vasia llegaron a Moscú, era la primavera del año 1922, en los comienzos de la NEP. Los días eran tibios y luminosos. Los rayos del sol reflejados por las cúpulas doradas del templo del Salvador, caían sobre la plaza de grandes losas de piedra cuadrangulares, entre los intersticios de las cuales crecía ya la hierba.

La iniciativa privada no estaba ya prohibida, y dentro de unos severos límites se permitía el comercio libre. Los negocios se limitaban a intercambios de mercancías con los chamarileros en el mercado y eran tan reducidos que favorecían la especulación y los abusos. La agitación mezquina de los hombres de negocios no

aportaba nada nuevo, ni reanimaba en modo alguno la desolación de la ciudad. Pero algunas personas lograban acumular fortunas con la continua reventa de artículos vendidos ya diez veces.

Los que poseían modestísimas bibliotecas familiares vacían las estanterías y acumulaban los libros en un puesto cualquiera. Luego solicitaban del soviet municipal una autorización para abrir una cooperativa de venta de libros. Con esta intención buscaban un local, y conseguían una zapatería abandonada desde los primeros meses de la revolución, o un invernadero, porque los floricultores habían cesado desde entonces toda actividad. Y bajo las amplias bóvedas de esos locales, vendían hasta agotarlas sus pobres colecciones reunidas al azar.

Las mujeres de los profesores, que ya antes, en los tiempos difíciles, cosían y vendían a escondidas prendas blancas, ahora habían abierto una tienda en algún antiguo taller de bicicletas, que había estado clausurado durante todos aquellos años. Habían cambiado sus costumbres, aceptando ya la revolución, y decían: «vale», en lugar de decir «sí», o «bien».

En Moscú, Yuri Andriéevich dijo:

—Habrá que buscar ocupación, Vasia.

—Ya me lo imagino: quisiera estudiar.

—Ni que decir tiene.

—Además, otra cosa: quisiera pintar el retrato de mi madre.

—Muy bien. Mas para hacer eso hay que saber dibujar. ¿Lo has probado alguna vez?

—En Apraksin, cuando mi tío no me veía, hacía algo al carbón.

—Bien. Entonces habrá que intentarlo.

Vasia no reveló grandes aptitudes para el dibujo, pero, sin embargo, consiguió ingresar en la sección de artes aplicadas. Por medio de un amigo de Yuri Andriéevich se le admitió en los cursos preparatorios de la antigua escuela de Straganovski, de los cuales pasó a la facultad de artes gráficas, donde aprendió la técnica de la litografía, el oficio de tipógrafo y encuadernador y decorador de libros.

El y el doctor unieron sus esfuerzos. El doctor escribía breves trabajos sobre los más diversos temas y Vasia los imprimía en la escuela, presentándolos como prácticas para el examen. Luego, los pocos ejemplares impresos se ponían a la venta en las librerías que habían abierto los amigos.

Esos folletos contenían el pensamiento de Yuri Andriéevich: la exposición de sus teorías médicas, de su concepto de la salud y la enfermedad, reflexiones sobre el transformismo y la evolución, sobre la individualidad como fundamento biológico del organismo, o bien consideraciones sobre la historia y la religión, semejantes a las de su tío y las de Símushka y también descripciones de los lugares donde Pugachov se había sublevado, cuentos y poesías. Todas estas obritas estaban escritas en un

lenguaje sencillo, de manera discursiva, pero su forma no resultaba divulgadora, porque las opiniones contenidas eran con frecuencia discutibles, arbitrarias, no lo suficientemente experimentadas, con todo y ser vivas y originales. Se agotaban enseguida y eran muy apreciadas.

En aquella época todo asumía un carácter de especialización: la poesía, el arte de traducir. Se teorizaba sobre todo, para cada cosa se creaba un instituto. Por todas partes surgían Palacios del Pensamiento y Academias de Estética. Y Yuri Andriéevich era doctor en propiedad de gran número de estas presuntuosas instituciones.

Durante mucho tiempo él y Vasia fueron amigos y vivieron juntos. Cambiando constantemente de habitación, abandonando uno tras otro sus refugios destruidos a medias, inhabitables o poco confortables por diversas causas.

Apenas llegado a Moscú, Yuri Andriéevich se presentó en la vieja casa de la calle Sívtsev. Le dijeron que su familia no había vuelto por allí a su paso por Moscú. Después de su expulsión de Rusia aquellas habitaciones habían sido cedidas a otros, y no quedaba nada de sus cosas. Todo el mundo se apartaba de él, como quien evita a un conocido peligroso.

Márkel, el portero, había subido de categoría y ya no vivía en la calle Sívtsev. Lo trasladaron, en calidad de comandante, al Muchnói Gorodok, donde, por su grado, le correspondían las habitaciones del director. Sin embargo, habría preferido continuar viviendo en aquella vieja portería con suelo de tierra apisonada, agua corriente y una enorme estufa que ocupaba gran parte de la estancia. En invierno, en todos los edificios del barrio se abrían las cañerías del agua y la calefacción: sólo en la portería se estaba caliente y el agua no se helaba.

Luego se produjo cierto enfriamiento en las relaciones entre el doctor y Vasia. Este había evolucionado extraordinariamente, y comenzó a hablar y pensar de un modo muy distinto de como lo hizo en otro tiempo aquel chicuelo descalzo y greñudo del río Pielga en Veretiénniki. La absoluta evidencia de las verdades proclamadas por la revolución lo atraían cada vez más. El lenguaje figurado y no siempre comprensible del doctor le parecía, en cambio, la voz de la culpa, condenada a la ambigüedad de la propia y reconocida debilidad.

El doctor iba de una oficina a otra, para resolver dos cuestiones: obtener la rehabilitación política de su familia, de modo que se le autorizase el retorno a su patria, y tratar de conseguir un pasaporte para el extranjero y el permiso necesario para reunirse en París con su mujer y sus hijos.

A Vasia le sorprendía la frialdad y el desinterés de estas tentativas. Efectivamente, Yuri Andriéevich estaba siempre dispuesto a reconocer la inutilidad de sus esfuerzos y con demasiada convicción, casi con satisfacción, declaraba que cualquier otra tentativa sería inútil.

Vasia desaprobaba, cada vez con mayor frecuencia, al doctor, quien, por otra

parte, aceptaba sus justas críticas. Pero sus relaciones fueron empeorando rápidamente hasta que acabó su amistad y se separaron. El doctor dejó a Vasia la habitación que ocupaban y se fue al Muchnói Gorodok, donde el omnipotente Márkel le proporcionó una parte de lo que en otro tiempo fue el piso de los Svientitski, consistente en un viejo cuarto de baño fuera de uso, una habitación contigua con una sola ventana, y una cocina de suelo irregular que daba a una ruinosa escalera de servicio a punto de derrumbarse. Yuri Andriéevich se trasladó a ese lugar y desde entonces abandonó la medicina, dejó todo cuidado de su persona, cesó de relacionarse con los amigos y fue sumiéndose cada vez más en una vida de miseria.

6

Era un gris domingo de invierno. El humo de las estufas no se elevaba en volutas sobre los tejados, sino que se filtraba en sutiles hilos negros por las ventanas, a través de las cuales a pesar de la prohibición, todos continuaban haciendo pasar los tubos de las chimeneas. La vida ciudadana no había recobrado aún la normalidad. Los inquilinos del Muchnói Gorodok estaban sucios y mal vestidos, enfermos de forunculosis, constantemente ateridos de frío.

Con motivo del domingo, toda la familia de Márkel Schápov se había reunido en casa.

Los Schápov comían en la misma mesa, sobre la cual, en otro tiempo, cuando el pan estaba racionado, cada mañana, al amanecer, cortaban con las tijeras los cupones del pan de los inquilinos, los distribuían, los contaban, hacían varios montoncitos de acuerdo con las categorías y los llevaban a la tahona, y luego, a la vuelta, cortaban, pesaban y distribuían el pan según las raciones que correspondían a cada uno. Ahora todo eso se había convertido en una leyenda. Otros tipos de control habían sustituido al de los cupones. Ante aquella ancha mesa comían con apetito, masticando y haciendo ruido con la boca.

La mitad de la portería estaba ocupada por una gran estufa rusa colocada en el centro, cubierta con una manta acolchada que caía por los lados.

En la pared anterior, junto a la puerta de entrada, el grifo del agua sobre la pila funcionaba perfectamente. A los lados alinéabanse los bancos sobre los cuales estaban las provisiones, conservadas en cartuchos y cajas. La parte izquierda la ocupaba una mesa de cocina y una alacena.

La estufa ardía y en la habitación hacía calor. Ante la estufa, con las mangas arremangadas hasta el codo, estaba la mujer de Márkel, Agafia Tíjonovna. Con un ademán lento y amplio de su brazo manipulaba las cacerolas acercándolas y apartándolas según convenía. Su rostro sudoroso lo iluminaba el reverbero de la estufa, velándole a veces el vapor del caldo. Apartó las cazuelas y sacó de las profundidades del horno una torta colocada sobre una plancha de hierro. Con un solo

movimiento le dio la vuelta y volvió a meterla en el horno unos instantes para que se dorase. Yuri Andriéevich entró con dos cubos.

—Que aproveche.

—Bienvenido. Siéntate y come con nosotros.

—Gracias. He comido ya.

—Ya sabemos cómo son tus comidas. Siéntate y toma algo caliente. No te hagas el remilgado. Son patatas asadas. —No, de veras, gracias. Discúlpame, Márkel, si entro continuamente y enfrío la habitación. Quiero hacer provisión de agua. He limpiado la bañera de cinc de los Svientitski y ahora quiero llenarla de agua. Todavía vendré cinco o diez veces más. Luego, durante mucho tiempo, ya no te molestaré. Perdóname, por favor, si continúo entrando. Si no fuese por ti, no sabría dónde ir a buscar agua.

—Toma la que quieras. No vale nada. Jarabe no tenemos, pero agua te podemos dar la que quieras. No la vendemos. Todos se echaron a reír.

Cuando Yuri Andriéevich entró por tercera vez en busca de su quinto y sexto cubo de agua, el tono había cambiado y las palabras fueron distintas.

—Mis yernos me preguntan quién eres. Se lo he dicho y no lo creen. Pero toma el agua que quieras y no te preocupes. No la derrames por el suelo, torpe. Ya has salpicado el umbral. Se helará y no serás tú quien arranque el hielo con el martillo. Además, pasmón, cierra bien la puerta, que está entrando el aire del patio. Sí, les estaba diciendo quién eres y no se lo creen. ¡Cuánto dinero se han gastado contigo! Estudiaste, estudiaste y todo eso no ha servido para nada.

Cuando Yuri Andriéevich apareció por quinta o sexta vez, Márkel frunció el ceño.

—Bueno, esta vez y basta. No hay que exagerar las cosas, amigo. Aquí está Marina, mi hija menor, que te defiende. De no ser por ella, no habría tenido en cuenta que eres un noble, un masón y habría cerrado la puerta con llave. ¿Te acuerdas de Marina? Ahí la tienes, al extremo de la mesa, la morena. Mira como se pone. «Déjale en paz, papá», dice. ¡Como si a ella le importase algo! Marina trabaja en el telégrafo central, sabe idiomas. «Es un infeliz», me dice. Por ti se echaría al fuego, tanta pena le das. Pero ¿tengo yo la culpa de que te veas como te ves? No tenías por qué huir a Siberia y dejar la casa en un momento grave. La culpa es tuya. Míranos a nosotros: pasamos mucha hambre, durante el asedio de los blancos. No nos movimos y todos hemos conservado la piel. Date de bofetadas. Además nos mandaste a Tonia, que anda por ahí en el extranjero. No es que me importe. Es cosa tuya. ¿Para qué quieres tanta agua? ¿No se te habrá metido en la cabeza la idea de inundar el patio para hacer una pista de patinaje? Pero, ¡pobrecillo!, no podemos meternos contigo.

De nuevo todos se echaron a reír. Marina dirigió a sus familiares una mirada de desaprobación. Enrojeció y les dijo algo en voz baja. Yuri Andriéevich oyó su voz y le conmovió, aunque todavía no pudo comprender el secreto.

—Hay mucho que lavar en la casa, Márkel. Tengo que fregar los suelos. Además quisiera lavar un poco la ropa. Sus palabras dejaron estupefactos a todos.

—¿No te da vergüenza? No eres tú quien debe hacerlo. ¡Menuda lavandera!

—Yuri Andriéevich, permíteme que te envíe a mi hija. Irá a tu casa, te hará la colada y limpiará un poco. Si algo se te ha roto, te lo remendará. Y tú no tengas miedo de él, hija mía. Es muy delicado, no es como los demás. No es capaz de hacer daño a una mosca.

—No vale la pena, Agafia Tíjonovna. No permitiré que Marina se ensucie con estas cosas. No es mi criada. Ya me arreglaré yo solo con todo.

—¿Acaso no se ensucia usted? ¡Qué modesto es, Yuri Andriéevich! ¿Por qué no quiere? Si yo me ofreciese a hacerlo, ¿me rechazaría usted?

Marina hubiese podido llegar a ser una cantante, tan pura, sonora, melodiosa y profunda era su voz. No hablaba fuerte, pero sí con una voz más alta que la exigida por la conversación y que no formaba un todo con su persona, sino que parecía vivir independientemente de ella, como si procediera de otra habitación y resonase a sus espaldas. Era su defensa, su ángel custodio. Nadie hubiese querido ofender o entristecer a una mujer con semejante voz.

Desde aquel domingo del transporte de agua comenzó la amistad entre Marina y el doctor. Ella iba a menudo a ayudarlo. Por último se quedó en su casa definitivamente y ya no bajó a la portería. Se convirtió así, sin pasar por el registro civil, en la tercera mujer de Yuri Andriéevich, aun cuando él no estuviese divorciado de la primera. Tuvieron hijos. El padre y la madre de Marina comenzaron a llamarla, no sin orgullo, «doctora». Márkel reprochaba a Yuri Andriéevich que su matrimonio no hubiera pasado por la iglesia ni estuviese registrado.

—Pero ¿estás loco?—le objetaba su mujer—. ¿Cómo quieres que lo haga si Antonina vive? ¿Quieres que sea bígamo?

—Eres una estúpida —replicaba Márkel—. Tonia no cuenta. Es como si no existiese. Ninguna ley la ampara. A veces, bromeando, Yuri Andriéevich decía que su unión era una novela en veinte cubos, como hay novelas en veinte capítulos o en veinte cartas.

Marina le perdonaba sus extravagancias, a las que ya comenzaba a acostumbrarse, y sus caprichos de hombre ya cansado que se daba cuenta de su propia decadencia, de la suciedad y el desorden en que vivía. Soportaba sus gruñidos, sus salidas de tono y la irritabilidad de su carácter.

El espíritu de sacrificio de Marina iba todavía más lejos. Cuando por su culpa caían en una miseria de la cual sólo ellos eran los responsables, para no dejarlo solo en aquellos momentos, abandonaba el trabajo, donde la consideraban mucho y, a pesar de estas forzadas interrupciones, volvían a admitirla con gusto. Dócil a las extravagancias de Yuri Andriéevich, lo acompañaba en sus vueltas por la ciudad y las

casas pidiendo trabajo. Cortaban juntos leña para varios inquilinos. Algunos, entonces, sobre todo los especuladores enriquecidos al principio de la NEP y personalidades de las ciencias y las artes gratas al gobierno, habían comenzado a cambiar su tenor de vida y a rodearse de ciertas comodidades. Una vez Marina y Yuri Andriéevich caminando cuidadosamente con sus botas de fieltro, para no manchar las alfombras, llevaron una partida de leña al estudio del dueño de la casa, que se hallaba sumido en la lectura. El ni se dignó mirarles. Su mujer fue quien había tratado con ellos y quien debía pagarles su trabajo.

«¿Qué estará leyendo ese imbécil?—se preguntó el doctor con curiosidad—. ¿Qué diablos estará anotando con el lápiz tan celosamente?»

Con la carga de leña dio la vuelta al escritorio y miró por encima. Sobre la mesa tenía los folletos de Yuri Andriéevich, en la primera edición impresa por Vasia en el Vjutemás[93].

7

Vivían en la calle Spiridónovka y Gordón había alquilado una vivienda muy cerca de ellos, en la Málaia Brónnaia. Tenían dos niñas: Kapka y Klashka. Kapitolina, Kapka, había cumplido ya seis años, y la pequeña Klavdia, Klava, tenía seis meses.

A principios del verano de 1929 hizo mucho calor. La gente se visitaba atravesando, sin sombrero ni chaqueta, dos o tres calles que los separaban.

La vivienda de Gordón estaba curiosamente dispuesta en un local donde en otro tiempo tuvo su obrador un sastre de moda. La componían dos piezas, una debajo de otra, con un solo escaparate que daba a la calle. Sobre el cristal leíase todavía con letras doradas el nombre del sastre y su profesión. En el interior, detrás del escaparate, se veía una escalera que ponía en comunicación ambas estancias.

Pero estas dos habitaciones se habían convertido en tres.

Mediante planchas suplementarias, se había conseguido un entresuelo entre ambos pisos, con una ventana, rara para una habitación, de un metro de altura, que nacía a ras del suelo. Los restos de las letras doradas ocultaban la ventana. Entre una letra y otra podían verse hasta las rodillas las piernas de los que estaban en el interior. Era la habitación de Gordón. En aquel momento estaban también allí Zhivago, Dúdorov y Marina con las niñas. A diferencia de los adultos, estas últimas distinguíanse enteramente en el marco de la ventana. Al poco rato, Marina y las niñas se fueron y los tres hombres se quedaron solos.

Los tres mantenían una de esas conversaciones de verano, perezosas y lentas, que se entablan entre los antiguos compañeros de colegio, cuyos años de amistad han dejado ya de contarse. Cada uno puede imaginarse cómo se desarrollan tales conversaciones.

Siempre hay alguien que sabe expresarse con propiedad, que piensa y habla con

naturalidad y desenvoltura: en este caso era Yuri Andriéevich. Sus amigos carecían de instrumento expresivo. Privados del don de la elocuencia, para compensar la escasez de su vocabulario, mientras hablaban paseaban por la habitación, aspiraban de sus cigarrillos bocanadas de humo, agitaban los brazos y repetían muchas veces la misma cosa: «Eso, amigo mío, no es honrado, no, no es honrado, no es honrado, la verdad.» No se daban cuenta de que el excesivo dramatismo de su modo de expresarse no denotaba precisamente ardor o firmeza de carácter, sino más bien una imperfección, una deficiencia.

Gordón y Dúdorov pertenecían al círculo selecto de los profesores. Pasaban la vida entre buenos libros, buenos pensadores, buenos músicos, escuchando música siempre buena, buena ayer y buena hoy, pero sólo buena, y no se daban cuenta de que la desgracia de un gusto mediocre es peor que carecer de él.

Ni sabían que incluso los reproches con que colmaban a Zhivago no los sugería un sentimiento de afecto para con su amigo o el deseo de influir sobre él, sino sólo la incapacidad de pensar libremente y de dirigir la conversación. El coche sin freno de la conversación los llevaba donde no deseaban ir. No conseguían guiarlo y, por último, o habían de encontrar un obstáculo o chocar contra algo. Entonces, con todo el impulso adquirido, sus prédicas y sus sermones se precipitaban sobre Yuri Andriéevich.

El conocía perfectamente los resortes de su énfasis, su inconstante participación en sus propios casos, el mecanismo de sus razonamientos. Y, sin embargo, no podía decir: «Queridos amigos, ¡qué irremediablemente triviales sois vosotros y el ambiente que representáis, con el brillo de vuestras preferencias artísticas y vuestros nombres! Lo único vivo y luminoso que hay en vosotros es que en otro tiempo vivisteis conmigo, a mi lado.» Pero ¿qué sucedería si se pudieran hacer semejantes confesiones a los amigos? Y, para no amargarlos, los escuchaba pacientemente.

Dúdorov hacía poco que había regresado de su primer destierro. Habían sido restablecidos todos sus derechos, de los que temporalmente había sido privado, y obtenido la autorización de reanudar las clases y el trabajo en la universidad.

Confiaba a sus amigos las sensaciones y los estados de ánimo experimentados en el destierro, y lo hacía con sinceridad, sin sombra de hipocresía. Sus palabras no eran dictadas por la vileza ni por ninguna consideración oportunista.

Decía que las conclusiones de la acusación, el trato que había recibido en la cárcel y cuando salió de ella, pero sobre todo la declaración cara a cara con el juez instructor, le aclararon las ideas y lo habían reeducado políticamente. Había abierto los ojos sobre muchas cosas y encontrado su verdadera madurez.

Por su trivialidad, los razonamientos de Dúdorov hallaban la aprobación de Gordón, que convencido, asentía a las palabras de su amigo y se mostraba particularmente conmovido por lo estereotipado de lo que él sentía y decía. Imitar

esos tópicos lo consideraba un rasgo de su universalidad.

Las palabras bien intencionadas de Dúdorov figuraban en el espíritu de la época. Pero el carácter, la evidencia de su hipocresía era precisamente lo que sacaba de quicio a Yuri Andriéevich. El hombre que no es libre idealiza siempre su propia esclavitud. Así ocurrió en la Edad Media y sobre esto han continuado especulando los jesuitas. Yuri Andriéevich no podía soportar el misticismo político de los intelectuales soviéticos, lo que para ellos significaba la suprema conquista o, como decían entonces, la «techumbre espiritual de la época», pero ocultaba estos pensamientos a sus amigos para no discutir con ellos.

En cambio, le interesó otra cosa, lo que Dúdorov contaba de Bonifatsi Orliétsov, su compañero de celda, un sacerdote secuaz de Tíjonovo. Este tenía una hija de seis años, llamada Jristina. La detención y la suerte de su padre, a quien adoraba, habían trastornado profundamente a la criatura. Los términos «servidores del culto», «desposeimiento de derechos civiles» y otros semejantes le parecían manchas deshonrosas para su apasionado corazón infantil, y se juró lavar un día esas manchas. Una finalidad tan lejana, establecida tan precozmente, que la inflamaba como una decisión irrevocable, había hecho, desde entonces, de aquella niña, una partidaria infantilmente apasionada de lo que le parecía más indiscutible en el comunismo.

—Me voy —dijo Yuri Andriéevich—. Perdóname, Mis-ha. Me ahogo aquí. Hace demasiado calor. Me falta aire.

—Ya ves que he abierto el ventano de abajo. Quizás es que hemos fumado demasiado. Nunca nos acordamos de dejar de fumar cuando estás tú. Pero yo no tengo la culpa de que haga tanto calor en esta habitación. Búscame otra.

—Tengo que irme, Gordón. Hemos hablado suficiente. Os agradezco vuestro interés por mí, amigos míos. Pero lo mío no es un capricho. Es una enfermedad: esclerosis de los vasos cardíacos. Las paredes del corazón se gastan, se adelgazan, y un día pueden quebrarse, hacerse pedazos. Sin embargo, todavía no tengo cuarenta años. No soy un bebedor ni derrocho mi vida.

—Te haces los funerales a destiempo. Tonterías. Tienes mucho que vivir aún.

—Hoy son muy frecuentes las formas microscópicas de hemorragias cardíacas. No todas son mortales. En determinados casos es posible sobrevivir. Es una enfermedad de estos últimos tiempos. Creo que las causas son de orden moral. La inmensa mayoría de nosotros se ve obligada a una hipocresía constante, convertida en sistema. Pero uno no puede, impunemente, mostrarse cada día distinto de como es, sacrificarse por lo que no se ama, alegrarse de lo que nos hace infelices. El sistema nervioso no es una palabra vana o una invención. Está formado de tejidos. Nuestra alma ocupa su puesto en el espacio y está dentro de nosotros como los dientes en la boca. No es posible violentarla impunemente hasta el infinito. Es desagradable para mí oír lo que cuentas de tu destierro, Innokienti, de qué forma has madurado y cómo

te ha educado la prisión. Es como si un caballo contase cómo se ha educado él solo en un picadero.

—Tomo la defensa de Dúdorov. La realidad es que has perdido el hábito de las palabras humanas. Han dejado de llegar hasta ti.

—También es posible, Misha. De todos modos, perdonadme y dejadme marchar. No puedo respirar. No exagero. Os digo la verdad.

—Espera. Intentas escabullirte. No te dejaremos marchar hasta que nos des una respuesta franca y sincera. ¿Estás de acuerdo en que es necesario cambiar, corregirse? ¿Cuál es tu intención sobre esto? Debes solucionar tus relaciones con Tonia y con Marina. Son seres humanos, mujeres que sienten y sufren, no ideas abstractas que vagan por tu cabeza en arbitrarias asociaciones. Además, es vergonzoso que un hombre como tú se hunda de esta manera. Debes sacudirte esa apatía y esa pereza, abrir las alas, orientarte en la vida, librándote de tu desmedida presunción. Sí, sí, de tu orgullosa soberbia. Tienes que orientarte en lo que te rodea, trabajar, ocuparte en algo práctico.

—Bien, os contestaré. También yo en los últimos tiempos pensé con frecuencia en estas cosas y por eso puedo haceros unas promesas sin enrojecer de vergüenza. Creo que todo se arreglará. Y bastante pronto. Veréis. Todo va por buen camino. Tengo un afán extraordinario, apasionado, de vivir, y vivir significa siempre avanzar, hacia arriba, hacia la perfección y alcanzarla. Estoy contento, Gordón, de que defiendas a Marina, como en otros tiempos defendiste a Tonia. Pero, compréndelo, no hay ninguna disensión entre nosotros, no estoy en pugna con ellas, como no lo estoy con nadie. Antes me reprochaste que le permitiera que me hablase de usted mientras yo la tuteaba y que me llamase «Yuri Andriéevich», como si eso no fuese desagradable también para mí. Pero el desacuerdo profundo en que se basaba este artificio ha sido liquidado hace ya mucho tiempo. Todo se ha nivelado, se ha establecido la igualdad.

»Puedo anunciarte otra buena noticia. He recibido nuevas cartas de París. Los niños se han hecho mayores, se sienten perfectamente bien entre sus compañeros franceses. Shura está a punto de terminar sus estudios de la escuela primaria, lo que allí llaman *l'école primaire*. Mania la empieza ahora. Yo ni siquiera conozco a mi hija. No sé por qué, pero me parece que, a pesar de que hayan adoptado la ciudadanía francesa, volverán pronto y sea como sea todo se arreglará. Por ciertos indicios he comprendido que mi suegro y Tonia se han enterado de la existencia de Marina y las niñas. Yo nunca les escribí sobre ellas, pero probablemente lo han sabido por otro conducto. Naturalmente, Alexandr Alexándrovich se siente ofendido en sus sentimientos de padre y está dolido por Tonia. Esto explica que nuestra correspondencia se haya interrumpido durante cinco años. Efectivamente, después de mi regreso a Moscú, durante algún tiempo nos escribimos. Luego, de pronto, dejaron

de contestar a mis cartas. Todo se acabó. Hace poco he vuelto a recibir su correspondencia. De todos, incluso de los niños. Cartas cálidas y afectuosas. Algo se ha dulcificado. Acaso se ha producido un cambio en la vida de Tonia: un hombre tal vez. Lo supongo, porque no lo sé. También yo, a veces, escribo. Pero, de verdad, no puedo resistir más. Me voy. Si no, acabaré teniendo un ataque de asma. Hasta la vista.

Al día siguiente por la mañana, más muerta que viva, Marina llegó corriendo a casa de Gordón. No tenía a nadie a quien dejar las niñas y llevaba en brazos, apretándola contra su pecho con una sola mano, a la pequeña Klasha, muy envuelta en una manta, mientras con la otra tiraba de Kapka, que se quedaba atrás y no quería caminar.

—¿Está Yura en su casa, Misha?—preguntó con voz que no parecía la suya.

—¿No ha aparecido esta noche?

—No.

—Estará en casa de Innokienti.

—Vengo de allí. Innokienti ha ido a la universidad a dar clase. Pero los vecinos conocen a Yura y me han dicho que no lo han visto.

—¿Dónde puede haberse metido?

Marina dejó a Klasha en el diván y tuvo un ataque de nervios.

8

Durante dos días Gordón y Dúdorov no se apartaron de su lado. Alternándose, permanecían junto a ella para no dejarla sola. En los momentos libres iban a buscar al médico. Recorrieron todos los lugares a los cuales pudo haberse dirigido: fueron al Muchnói Godorok y a la casa de la calle Sívtsev, visitaron todos los Palacios del Pensamiento y los Hogares de las Ideas, donde en otros tiempos estuvo trabajando, se dirigieron a todos sus antiguos conocidos cuyos nombres v dirección pudieron encontrar. Pero sin ningún resultado.

No denunciaron el hecho a la milicia[94] para no recordar a las autoridades la presencia de un hombre que, aunque tenía los papeles en regla y estaba depurado, hallábase muy lejos, no obstante, de ser un ciudadano ejemplar, según el concepto del momento. Decidieron acudir a ella solamente en último extremo.

Al tercer día Marina, Gordón y Dúdorov, en horas distintas, recibieron cada uno una carta de Yuri Andriéevich. Les expresaba su pesar por las preocupaciones y el susto que les habría causado y les suplicaba que lo perdonasen y lo dejaran en paz, pidiéndoles por lo que de más sagrado pudiera haber para ellos que dejaran de buscarle porque, además, no conseguirían nada.

Para cambiar lo más rápidamente su vida de una forma total, quería estar algún tiempo solo, aclarar sus ideas. Cuando se hubiese afirmado en sus convicciones y persuadido de que, después de la crisis que se había producido, no era ya posible un

retorno al pasado, saldría de su refugio para volver al lado de Marina y de las niñas.

Advertía a Gordón que había depositado a su nombre una cantidad destinada a Marina y le rogaba que tomase una nodriza para las niñas, de manera que Marina pudiese volver a su trabajo. No enviaba directamente el dinero a la dirección de ella por temor a exponerla al peligro de un robo.

Casi inmediatamente llegó el dinero, una suma superior a las posibilidades del doctor y de sus amigos. Se tomó a una nodriza para las niñas y Marina volvió a ocupar su puesto en la oficina de Telégrafos. Durante mucho tiempo no pudo estar tranquila, pero, acostumbrada ya a las rarezas de Yuri Andriéevich, también acabó por resignarse a su última extravagancia. A pesar de los ruegos y las advertencias de Yuri Andriéevich, ella y sus amigos continuaron buscándolo, pero tuvieron que convencerse de que él tenía razón. No consiguieron encontrarlo.

9

Sin embargo, él vivía a pocos pasos de ellos, casi ante sus ojos, precisamente donde habían estado buscando.

El día de su desaparición, al salir de la casa de Gordón —era todavía claro, antes del crepúsculo—, se había encaminado por la calle Brónnaia hacia su casa. En la calle Spiridónovka, y a menos de cien pasos se encontró con Yevgraf Zhivago, su hermanastro, que caminaba en dirección opuesta. Hacía tres años que no lo veía ni sabía nada de él. Yevgraf se encontraba casualmente en Moscú, donde había llegado hacía pocos días. Según su costumbre, parecía llovido del cielo y era inaccesible a cualquier pregunta, de las que se defendía con silenciosas sonrisas. En compensación, allí mismo, de pie, sin necesidad de entrar en detalles, se dio cuenta de todas las amarguras y adversidades de Yuri Andriéevich, y allí mismo, en la angosta esquina de aquel callejón torcido, en medio de la gente que pasaba, concibió un plan práctico para ayudarlo y salvarlo. La desaparición y aislamiento de Yuri Andriéevich habían sido idea suya, un hallazgo.

Alquiló para él una habitación en la calle que todavía se llamaba de Kamerguierski, junto al Teatro de Arte. Le proporcionó dinero, se preocupó de encontrarle en un hospital un trabajo decoroso que le diese una perspectiva de actividades científicas. Ayudó, en suma, a su hermano en todas las cuestiones prácticas y le prometió incluso resolver, de un modo u otro, el problema de su familia en París: Yuri Andriéevich se reuniría con ellos o ellos con él. Se empeñó en ocuparse personalmente de todo y arreglarlo todo. La ayuda de su hermano reanimó a Yuri Andriéevich. Como siempre, el misterio de su poder resultaba inexplicable. Yuri Andriéevich ni siquiera intentó aclarar el enigma.

10

La habitación estaba orientada al mediodía. Dos de sus ventanas daban al tejado del teatro, tras el cual, por encima del Ojotny Riad el sol de verano dejaba en sombras el pavimento de la calleja.

Para Yuri Andriéevich era más que una habitación de trabajo, más que un despacho. En aquel periodo de intensa actividad, en que sus propósitos y proyectos no cabían en las notas amontonadas sobre su mesa, y las imágenes de lo que había pensado y elaborado fantásticamente llenaban todos los lados de la estancia, como los esbozos de otros tantos cuadros, vueltos contra la pared, llenan el estudio de un pintor, su habitación era al mismo tiempo un salón del espíritu, una caja de sueños y un depósito de revelaciones.

Afortunadamente, los tratos con la dirección del hospital iban para largo y el momento de entrar a prestar servicio demorábase en un tiempo indeterminado. Aprovechándose de aquella fortuita libertad, se había puesto a trabajar.

Comenzó por poner en orden lo que ya había escrito, de lo que recordaba algunos fragmentos, o lo que Yevgraf se procuraba y le proporcionaba no sabía cómo, ya fuesen manuscritos originales como transcripciones de otros antiguos. El desorden de este material hacía que se dispersaran sus pensamientos mucho más de lo que ya por tendencia natural se dispersaban. Muy pronto abandonó aquel trabajo y del arreglo de los viejos escritos, pasó a componer otros nuevos, llevado por inspiraciones más recientes.

Redactaba esbozos de artículos en forma de rápidos apuntes sobre su primera estancia en Varykino, y copiaba fragmentos de poesías que recordaba, el principio, el final, o la parte central, al azar, sin un criterio concreto. A veces le costaba seguir el ritmo de los numerosos pensamientos que lo asaltaban: a pesar de las abreviaciones de palabras y los rápidos signos con que los anotaba, le costaba abarcar todas sus impresiones.

Apresurábase. Cuando su imaginación se cansaba, en los momentos en que su trabajo se entorpecía, la estimulaba haciendo dibujos en el margen de las hojas. Representaban caminos que atravesaban un bosque y calles urbanas, en las que se levantaba un cartelón que decía: «Moro y Vietchinkin. Sembradoras. Trilladoras.»

Los artículos y las poesías tenían un solo tema: la ciudad.

11

Luego, entre sus papeles, se encontró esta anotación:

«En 1922, cuando volví a Moscú, encontré la ciudad semi-destruida y desierta. Así había salido de las pruebas de los primeros años de la revolución, así está todavía hoy. La población ha disminuido, no se construyen nuevas casas y no se reparan las viejas.

»Pero también en este aspecto, continúa siendo una gran ciudad moderna, la única

inspiradora de un nuevo arte verdaderamente actual.

»La enumeración desordenada de cosas y conceptos, en apariencia incompatibles, reunidos de un modo que parece arbitrario, tal como en los simbolistas, en Blok, Verhaeren y Whitman, no es precisamente un capricho estilístico. Es un nuevo orden de impresiones, calcado sobre la vida y la naturaleza.

»Lo mismo que en sus versos desfilan largas series de imágenes, así la ciudad corre y lanza hacia adelante a sus muchedumbres, sus coches, sus landós, atareada calle del siglo diecinueve, y luego, al principio del siguiente, los coches de sus tranvías eléctricos, de sus metros.

»La sencillez pastoril no tiene ninguna relación con el estado actual. Su falsa naturaleza es una superchería literaria, un manierismo artificial, un fenómeno libresco: no nace del campo, sino de las estanterías de las bibliotecas académicas. El lenguaje vivo, nacido de lo vivo, que corresponde al espíritu de hoy, es el lenguaje del urbanismo.

»Yo vivo en una populosa encrucijada de la ciudad. Moscú en verano, cegadora de sol, ardiendo en los asfaltos de sus patios, que lanza reflejos desde las ventanas de los pisos superiores y respira la floración de las nubes y de las calles, me rodea por todas partes y hace dar vueltas a mi cabeza, y quiere que para su gloria yo haga dar vueltas a las cabezas de los demás. Con esta intención me he educado y entregado a manos del arte.

»La calle que rumorea sin tregua día y noche, se halla estrechamente vinculada al alma contemporánea, como las primeras notas de una obertura cuando el telón del teatro, lleno de misterio y tinieblas, no se ha levantado aún, pero ya inciden sobre él las luces de los focos. La ciudad que rumorea y resuena incesantemente, sin tregua, al otro lado de las puertas y las ventanas, es para cada uno de nosotros la gran obertura de la vida. Me gustaría escribir sobre la ciudad según estos conceptos.»

Entre las poesías de Zhivago no se encontró ninguna de este género. ¿Acaso el poema *Hamlet* puede figurar en este grupo?

12

Una mañana, hacia finales de agosto, en la esquina de la calle Gazietny, Yuri Andriéevich tomó un tranvía que subía por la calle Nikítskaia, desde la Universidad a la calle Kúdrinskaia. Era la primera vez que iba a trabajar al hospital Botkin, que entonces se llamaba Soldatiónkovski. Para él era como su primera visita de servicio.

No tuvo suerte. Había tomado un tranvía en mal estado al que a cada instante le sucedían cosas. Tan pronto lo paraba un carro, impidiéndole seguir adelante, porque las ruedas se habían empotrado en las vías, como bajo el piso del vehículo o en el techo se desprendía un aislador y se provocaba un cortocircuito y algo se quemaba chisporroteando.

El conductor tenía que apearse con frecuencia con la llave inglesa en la mano y, después de haber dado la vuelta en torno al tranvía, desaparecía entre la plataforma posterior y las ruedas, para efectuar la reparación.

El desdichado vehículo interrumpía la circulación de toda la línea. La vía estaba llena de tranvías que habían tenido que detenerse y poco a poco iban sumándose a éstos otros nuevos. La fila llegaba ya al Maniezh[95] e incluso se perdía más allá. Los pasajeros de los últimos tranvías, creyendo que así iban a ganar tiempo, se pasaban al de cabeza, que era el causante de lo que sucedía. En aquella calurosa mañana, en el tranvía lleno hasta los topes no se podía respirar. Por encima de la multitud de pasajeros que corrían de un tranvía a otro a lo largo de la calle, una nube negroviolácea levantábase de la Puerta Nikítskaia cada vez más alta hacia el cielo. Acercábase la tormenta.

Yuri Andriéevich ocupaba un asiento de la izquierda, completamente pegado a la ventanilla. Tenía constantemente a los ojos la acera de la izquierda de la Nikítskaia, donde se encuentra el Conservatorio. Sin querer, con la distraída atención de quien piensa en otra cosa, miraba a los transeúntes, que caminaban en las dos direcciones y ninguno se escapaba a sus miradas.

Una vieja dama de cabellos blancos con un sombrero claro de paja, en el que apuntaban unas margaritas y unas flores de lis de tela, que vestía un traje de color de lila ya pasado de moda, muy pegado al cuerpo, avanzaba en la misma dirección del tranvía, jadeando y abanicándose con un envoltorio plano que tenía en la mano. Embutida en el corsé, la atormentaba el calor y con un pañuelo bordado se secaba el sudor de la frente y los labios.

Su camino seguía paralelamente el del tranvía. Yuri Andriéevich la había perdido de vista varias veces, cuando el tranvía volvía a ponerse en marcha y la dejaba atrás, y varias veces aparecía de nuevo en su campo visual alcanzando nuevamente al tranvía en otra de sus averías.

Yuri Andriéevich se acordó de los problemas escolares en los que había que calcular las distancias y el tiempo empleado por dos trenes que habían partido en horas distintas y que viajan con diferentes velocidades. Hubiese querido recordar la forma en que se resolvían, pero no lo consiguió y, renunciando a ello, se perdió en otras reflexiones más complicadas.

Pensó en varias existencias que se desarrollan paralelamente, moviéndose con distinta velocidad una junto a otra, hasta que la vida de una alcanza la de la otra o la supera. En el campo de la existencia humana se le dibujaba algo análogo al principio de la relatividad. Pero acabó por confundir las cosas y dejó también de hacer estos parangones.

Brilló un relámpago al que siguió un trueno. El tranvía se había detenido por enésima vez en la bajada que va de la calle Kúdrinskaia al Jardín Zoológico. La

señora vestida de color de lila reapareció tras el marco de la ventanilla, dejó atrás el tranvía y comenzó a alejarse. Sobre la acera, sobre la calzada y sobre la mujer cayeron las primeras gotas de lluvia. Entre los árboles pasó una ráfaga de viento cargado de polvo, que alborotó las hojas, intentó arrebatarle el sombrero a la mujer, se metió bajo su falda y cesó de repente.

El doctor sintió de pronto una náusea que le privaba de sus fuerzas. Venciendo su debilidad, se levantó de su asiento, y dando violentos tirones de la correa de la ventanilla trató de abrirla. Pero no cedía.

Le gritaron que estaba atornillada al marco, pero, luchando contra la crisis y poseído por la angustia, no creyó que estas palabras estaban dirigidas a él y no captó su sentido. Continuó con sus tentativas y con tres tirones hacia arriba, hacia abajo y hacia sí, consiguió arrancar el marco, pero de pronto sintió un violento e insoportable dolor, y comprendió que algo se había roto dentro de él, que había efectuado una acción fatal y que todo había terminado. En aquel momento el tranvía reanudó la marcha, pero al cabo de un rato se detuvo nuevamente, esta vez en la Priesnia.

Con un esfuerzo sobrehumano, vacilando y abriéndose paso penosamente entre los pasajeros que estaban de pie en el pasillo y no lo dejaban pasar y lo injuriaban, Yuri Andriéevich llegó a la plataforma posterior. Le pareció que el aire fresco lo reanimaba, que todo no se había perdido aún, y tuvo la sensación de encontrarse mejor.

Entonces trató de abrirse paso entre la multitud que estaba en la plataforma, con lo que provocó nuevas imprecaciones, empujones y desplantes. Sin prestar atención a los gritos, consiguió apearse del tranvía detenido en la calle. Dio un paso, dos, tres y cayó sobre el empedrado. No se levantó más.

La gente comenzó a vocear, discutir y dar consejos. Algunas personas descendieron de la plataforma y rodearon al caído. Poco después alguien dijo que no respiraba y que su corazón había dejado de latir. Los transeúntes que pasaban por allí se acercaron al grupo que rodeaba el cuerpo, algunos tranquilizados, otros decepcionados por el hecho de que no se tratase de un atropello y que el tranvía no tuviera nada que ver con el accidente. La multitud aumentó. La señora del traje color lila se abrió paso, se detuvo, contempló al muerto y escuchó lo que decía la gente. Luego prosiguió su camino. Era una extranjera, pero comprendió que alguien aconsejaba que trasladaran el cuerpo al tranvía y lo llevasen al hospital. Otros que se llamara a la policía. Siguió su camino sin esperar la decisión última.

Era *mademoiselle* Fleury, de Meliuziéev, ciudadana suiza, ya muy vieja. Hacía veinte años que había pedido autorización para abandonar Rusia y regresar a su país, pero su petición no fue atendida hasta pocos días antes. Había ido a Moscú para obtener el visado de salida y aquel día se disponía a retirarlo de su consulado, y se abanicaba con su documentación envuelta en un papel y atada con una cinta.

Continuó su camino y por enésima vez dejó atrás el tranvía, sin imaginarse ni remotamente que allí quedaba el doctor Zhivago y que lo había sobrevivido.

13

Desde el pasillo se veía al otro lado de la puerta un rincón de la estancia con la mesa puesta de través. Desde la mesa miraba hacia la puerta, con sus cantos toscamente tallados, la parte inferior y más estrecha del ataúd, el lugar que correspondía a los pies. Aquélla era la mesa en la cual Yuri Andriéevich solía trabajar. En la habitación no había nadie. Los manuscritos habían sido metidos en un cajón y el ataúd fue colocado sobre la mesa. La almohadilla era muy gruesa y el cadáver yacía en el ataúd de tal manera que parecía querer incorporarse.

Lo rodeaban muchísimas flores, matas enteras de lilas, muy raras en aquellos tiempos, ciclaminos y cinerarias en jarrones y cestos. Las flores impedían el paso a la luz de las ventanas, que, filtrándose a través de aquéllas, iluminaba débilmente el rostro céreo y las manos del muerto, la madera y el forro de la caja. Sobre la mesa se dibujaba un encaje de sombras que parecía como si entonces hubiese dejado de ondear.

En aquella época se había extendido el uso de incinerar a los muertos. Con la esperanza de obtener una pensión para las niñas, preocupados por su porvenir escolar y deseosos de no perjudicar la posición de Marina en la oficina de Telégrafos, los amigos renunciaron al entierro religioso y decidieron limitarse a la ceremonia civil. Habíanse dirigido ya a los organismos competentes y estaban aguardando a los funcionarios.

En espera de éstos, la estancia estaba vacía, como una habitación despejada, en el intervalo entre la partida de los antiguos inquilinos y la llegada de los nuevos. El silencio era turbado sólo por temerosos pasos dados de puntillas y por el taconeo poco delicado de quienes salían de ver al muerto. Los visitantes no eran muchos, pero sí más numerosos que lo que se hubiese podido esperar. La noticia de la muerte de aquel hombre casi ignorado había llegado con prodigiosa rapidez a conocimiento de todas sus relaciones. Había acudido un discreto número de personas que conocieron a Zhivago en algunas épocas de su vida, y en otras lo perdieron de vista y lo olvidaron. Mucho más numerosos eran aún los admiradores de sus ideas científicas y su poesía. Jamás habían visto a aquel hombre que ejerció sobre ellos tal fascinación y por primera vez iban a verle y despedirse de él para siempre.

En aquellas horas en que el silencio general, no acompañado de ninguna ceremonia, pesaba como una privación casi tangible, sólo las flores compensaban la falta de ritual y de cánticos fúnebres.

No sólo florecían y perfumaban, sino que acaso, acelerando así la descomposición, difundían como en coro su perfume e impregnándolo todo con su

intenso aroma, parecían desempeñar una función.

Era fácil atribuir al reino de las plantas un estrecho parentesco con el de la muerte. En esto, en el verde de la tierra, entre los árboles del cementerio, entre los retoños que apuntaban en los arriates, acaso estén concentrados los misterios de la transformación y los enigmas de la vida, sobre los cuales tanto nos atormentamos. María Magdalena tampoco reconoció a Jesús en el primer momento cuando salió de su sepulcro, y creyó que era el jardinero que caminaba por el cementerio. «Y ella pensó que era el jardinero...»

14

Cuando el muerto fue trasladado a la casa que habitó últimamente, en el Kamerguierski, los amigos, trastornados por la noticia, acudieron al piso abierto de par en par, junto con Marina, que al tener conocimiento de lo ocurrido estuvo a punto de enloquecer. Durante mucho tiempo pareció haber perdido la razón, se arrastraba por los suelos y daba cabezazos contra el arcón que había en el recibimiento, sobre el cual se había colocado el cuerpo en espera del ataúd y de que se arreglase la estancia. Marina lloraba a lágrima viva, gemía y gritaba con palabras entrecortadas que pronunciaba contra su voluntad entre sus gritos de desesperación. Dirigíase en voz alta al muerto, como es costumbre entre el pueblo, sin tener en cuenta la presencia de nadie ni sentir la menor vergüenza. Abrazábase al cadáver y no había manera de apartarla de él para trasladar el cuerpo a la habitación ya arreglada y despejada de muebles superfluos, para lavarlo y colocarlo en el ataúd que ya había llegado. Todo esto sucedió el primer día. Ahora la intensidad de su dolor se había aplacado, dando paso a una obtusa depresión: continuaba como loca, sin decir nada, ignorando lo que sucedía a su alrededor.

En la habitación había pasado la última parte del día anterior y toda la noche, sin apartarse del muerto. Allí le llevaron a Klasha para que le diera de mamar, y a Kapka con la joven nodriza, a quienes luego sacaron de la habitación.

Rodeábanla los íntimos, Dúdorov y Gordón, que sufrían con ella. A su lado estaba sentado Márkel, su padre, que sollozaba silencioso y estornudaba ruidosamente. Su madre y sus hermanas acudieron también y lloraron con ella.

Entre la gente había dos personas, un hombre y una mujer, que se distinguían de los demás. No se vanagloriaban de poseer mayor intimidad con el muerto, ni se mostraban tan aniquilados por el dolor como Marina, las hijas y los amigos del difunto. Manteníanse aparte. No exponían ninguna pretensión, pero parecían poseer derechos muy particulares sobre el muerto. Nadie replicaba, nadie discutía estos derechos, incomprensibles y admitidos sin más, de los que ambos, de un modo u otro, parecían investidos. Eran ellos, evidentemente, quienes habían tomado a su cargo el cuidado y la organización del entierro y se ocupaban de ello con una serenidad tan

apacible que parecía como si experimentaran un placer haciéndolo. Saltaba a la vista la nobleza de su condición espiritual y a todos les producía una extraña impresión. Parecía que participaban no sólo del entierro, sino también de esa muerte, no como responsables o causa directa de ella, sino como si aceptaran este acontecimiento y se resignasen a él, no atribuyéndole excesiva importancia. Unos los conocían, otros adivinaban quiénes eran, otros, y eran la mayoría, no tenían la más mínima idea sobre su personalidad.

Pero cuando el hombre de rasgados ojos kirguises, interrogadores y sorprendentes, y la mujer, de una belleza nada rebuscada, entraron en la habitación en la que se hallaba el ataúd, todos los que se encontraban allí, incluso Marina, sin ninguna objeción, como de tácito acuerdo, se apartaron, se levantaron de sus sillas y de las banquetas adosadas a la pared y, en grupo, salieron al patio y al recibidor. El hombre y la mujer se quedaron solos tras la puerta cerrada, como dos iniciados llamados a cumplir en silencio, sin impedimento de ninguna clase, algo muy importante, directamente relacionado con el enterramiento. Una vez solos, se sentaron en dos banquetas junto a la pared y comenzaron hablar.

—¿Qué ha sabido, Yevgraf Andriéevich?

—La incineración tendrá efecto esta tarde. Dentro de media hora vendrán del sindicato de médicos a recoger el cadáver y lo llevaran al club del sindicato. El servicio civil está fijado para las cuatro. No tenía ni un solo papel en orden. La cartilla de trabajo había caducado, la del sindicato no estaba renovada y hacía muchos años que no cotizaba. Ha habido que arreglarlo todo. De ahí el retraso y que todo haya ido con tanta lentitud. Antes de que se lo lleven (falta poco y hay que apresurarse), la dejaré sola aquí como me ha pedido. Perdón. ¿Oye usted? Es el teléfono. Un momento.

Yevgraf Zhivago salió al pasillo que estaba lleno de desconocidos y vecinos del doctor, compañeros de estudios, empleados del hospital y obreros impresores. También estaban allí Marina y las niñas. Rodeándolas con los brazos y cubriéndolas con los faldones de su abrigo —era un día muy frío y por la puerta de la calle entraba un aire helado— estaba sentada en el borde de una banqueta, esperando que volvieran a abrir la puerta, como una mujer que espera hablar con un recluso y aguarda que el oficial de prisiones la acompañe al locutorio. En el pasillo había tanta gente que parte de los visitantes no habían encontrado un lugar donde acomodarse. La puerta que daba a la escalera estaba abierta y había mucha gente de pie, paseando y fumando en el recibidor y el rellano. En la escalera hablaban en voz alta y libremente, tanto más cuanto más cerca se hallaban de la calle. Aguzando el oído a causa del sordo murmullo de la gente, con voz ahogada, como exigían las conveniencias y cubriendo con la palma de la mano el receptor, Yevgraf respondía al teléfono, dando sin duda los detalles sobre el entierro y las circunstancias de la muerte del médico. Luego

volvió a la habitación.

—No se vaya después de la incineración, se lo suplico, Larisa Fiódorovna. He de pedirle un gran favor. Ni siquiera sé dónde vive. No me deje en la imposibilidad de dar con su paradero. Lo antes posible, mañana o pasado mañana, quisiera examinar los papeles de mi hermano. Tendré necesidad de su ayuda. Usted sabe muchas cosas, quizá más que nadie. Ha dicho incidentalmente que hacía dos días que había llegado de Irkutsk y que estaría poco tiempo en Moscú, que había venido a esta casa por otro motivo, por casualidad, sin saber que mi hermano vivía en ella en los últimos meses e ignorando lo que le había sucedido. No he comprendido una parte de sus palabras y no le pido explicaciones. Pero no desaparezca, porque ignoro su dirección. Lo mejor sería que pasáramos juntos estos pocos días que dedicaremos al examen de los manuscritos, o cerca uno de otro, incluso en dos habitaciones de la misma casa. Podemos hacerlo porque conozco al administrador.

—Dice usted que no me ha comprendido. ¿Qué es lo que no comprende? He llegado a Moscú, he dejado el equipaje en consigna, y me he puesto a caminar por la parte vieja de la ciudad, sin reconocerla casi. La he olvidado. Bajaba por el puente Kuznietsk en dirección a esta calle y de pronto me encuentro con algo extraordinario y terriblemente familiar: el Kamerguierski. Aquí, Antípov, mi pobre marido que ha sido fusilado, cuando era estudiante, ocupaba precisamente esta vivienda. Quise verla. Era posible que viviesen aún los viejos dueños de la casa. Que de ellos no se ha sabido nada más y que todo había cambiado, lo supe luego, al día siguiente, y hoy, haciendo algunas preguntas. Pero ¿por qué contárselo, si también usted estaba presente? Me quedé paralizada: la puerta de entrada abierta de par en par, la habitación llena de gente, un ataúd y en el ataúd un cadáver. ¿Quién era? Entré, me acerqué y creí que me había vuelto loca, que soñaba. Pero usted ha sido testigo de todo esto ¿verdad? ¿Por qué se lo cuento?

—Espere, Larisa Fiódorovna. He de interrumpirla. Ya le he dicho que ni yo ni mi hermano sospechábamos ni remotamente la extraña historia de esta casa, que, por ejemplo, vivió en ella Antípov en otra época. Pero más que nada me extrañó una palabra que pronunció usted inadvertidamente. Le diré cuál y discúlpeme. De Antípov, de Striélnikov, de la actividad militar y revolucionaria, durante mucho tiempo, al principio de la guerra civil, oí hablar y con mucha frecuencia, casi cada día, y dos o tres veces lo vi personalmente, sin prever cuán cerca estaba el día en que, por m evos miliares, había de interesarme tanto. Discúlpeme. Puedo haber oído mal, pero me ha parecido que usted había dicho «mi marido que ha sido fusilado». Es un error. ¿No sabe usted que se mató?—Lo oí decir, pero no lo creo. Pável Pávlovich no era hombre para matarse.

—Pues es la verdad. Antípov se mató en la misma casa de la que, según lo que me contó mi hermano, partió usted para Yuriatin en dirección a Vladivostok. Sucedió

poco después de su partida. Mi hermano recogió su cadáver y lo sepultó. ¿Es posible que no tenga usted conocimiento de esto?

—No. Tenía otras informaciones. Entonces, ¿es verdad? Muchos me lo dijeron, pero no quería creerlo. ¡Precisamente en aquella casa! ¡Es increíble! ¡Qué extraordinario es lo que usted me ha dicho! Perdóneme, ¿sabe usted si él y Zhivago se encontraron? ¿Sabe si se hablaron?

—Según lo que me dijo el pobre Yuri, tuvieron una larga conversación.

—¿De veras? Gracias, Dios mío. Es mejor así —lentamente se santiguó—. ¡Qué sorprendente coincidencia! Permítame insistir una vez más sobre este tema y pedirle toda clase de detalles. El más insignificante es muy querido para mí. Pero ahora no puedo, ¿verdad? Estoy demasiado impresionada. Me quedaré un rato en silencio, descansaré y pondré en orden mis pensamientos. ¿Verdad?

—Sí, sí. Se lo ruego.

—¿Verdad?

—Naturalmente.

—¡Ah! Lo olvidaba. Me ha pedido que no me vaya después de la cremación. Bien, se lo prometo. No desapareceré. Volveré aquí con usted. Me quedaré donde me indique y el tiempo que considere necesario. Examinaremos juntos los manuscritos de Yuri. Yo le ayudaré. Tal vez realmente pueda serle útil. Para mí será un gran consuelo. Con toda la sangre de mi corazón, con cada vena siento el menor rasgo de su escritura. Además tengo algo que pedirle. Le necesito a usted, ¿verdad? Me parece que es usted un hombre de leyes o que, de todos modos, conoce bien las leyes, tanto las de ayer como las de hoy. Además tengo que saber a qué autoridades hay que dirigirse. No todos lo saben, ¿verdad? Necesito su consejo para una terrible cuestión que me angustia. Se trata de una niña. Pero de esto hablaremos luego, después de la cremación. Siempre en mi vida he de buscar a alguien, ¿verdad? Dígame: si, supongamos, hay que buscar las huellas de un niño, las huellas de un niño dado a educar a unos extraños, ¿hay algún archivo general, para toda la Unión Soviética, de los asilos? ¿Acaso ha hecho el Estado un censo nacional de todos los niños abandonados? Pero no me diga nada ahora, por favor. Luego, luego. ¡Qué terrible, qué terrible! ¡Qué cosa tan terrible es la vida! No sé qué haré luego, cuando me haya reunido con mi hija, pero por ahora puedo quedarme aquí. Kátienka ha revelado extraordinarias disposiciones dramáticas y musicales, imita a todo el mundo maravillosamente y recita enteras escenas de su invención, y canta de oído fragmentos enteros de óperas. Es una niña extraordinaria, ¿verdad? Quisiera inscribirla en los cursos preparatorios de una escuela de arte dramático o del conservatorio, si la aceptaran. La inscribiría como interna. He venido a Moscú sin ella, para arreglar unas cosas. Luego regresaré. Ya se lo contaré todo, ¿verdad? Pero luego. Ahora intentaré calmarme, me estaré callada, pondré un poco de orden en mis

pensamientos, tratando de no pensar en las cosas que me asustan. Estamos haciendo esperar mucho rato en el pasillo a los amigos de Yuri Andriéevich. Ya me ha parecido dos veces que llamaban a la puerta. Se oye movimiento, rumores. Acaso han llegado ya los de las pompas fúnebres. Mientras yo me quedo aquí y reflexiono, abra usted la puerta y deje entrar a la gente. Ya es hora, ¿verdad? No, espere, espere. Hay que poner una banqueta junto al ataúd o no podrán ver a Yura. He intentado ponerme de puntillas, pero está demasiado alto para mí y no llego. Marina Markiélovna y las niñas lo necesitarán. Además, lo exige el rito. «Y besadme con el beso postrero.» ¡Oh, no puedo, no puedo más! Qué doloroso es, ¿verdad?

—Ahora haré que entre la gente. Pero antes tengo que decirle una cosa. Ha dicho tantas cosas extrañas y señalado tantas cuestiones que evidentemente la atormentan, que me es difícil responderle. Pero quiero que sepa una cosa. Gustosamente, de todo corazón, le ofrezco mi ayuda para todo lo que le preocupa. Y recuerde: nunca, en ningún caso tiene que desesperarse. Esperar y actuar: tal es nuestro deber en la desgracia. Ahora dejaré que entren los demás. En cuanto a la banqueta, tiene usted razón. Voy a buscar una y la pondré aquí.

Pero Lara ya no lo escuchaba. No oyó a Yevgraf Zhivago abrir la puerta de la habitación ni a la multitud que se precipitaba desde el pasillo a la estancia. No oyó tampoco sus tratos con el personal de pompas fúnebres ni con los íntimos del muerto. Tampoco oyó el rumor de la gente, los sollozos de Marina ni las toses de los hombres, ni el llanto y los gritos de las mujeres.

Mecíase en un torbellino de sueños indistintos que le provocaba náuseas. Tenía que hacer un esfuerzo para no desvanecerse. Su corazón se desgarraba y sentía vacía la cabeza. Cabizbaja, se sumió en sus pensamientos, suposiciones y recuerdos. Se extravió y abismó en ellos como si, por un instante, se transfiriese al futuro de otra persona, en una edad a la que no sabía si llegaría, que la envejecía en decenas de años y la convertía en una anciana. Sumida en sus reflexiones, como si hubiese llegado al fondo de la desdicha, pensaba:

«No me ha quedado ninguno. Uno ha muerto y el otro se ha matado. Sólo vive aquel a quien era necesario matar, el que ella intentó matar pero le falló el tiro, ese ser extraño e inútil que hizo de su vida una cadena de culpas incomprensibles para ella misma. Ese monstruo de mediocridad vaga todavía por los rincones míticos de Asia, conocidos solamente de los coleccionistas de sellos. Y a ella no le queda ninguno de sus seres queridos y necesarios.

»¡Y fue en Navidad precisamente! ¡Antes de que intentara matar a ese monstruo de vulgaridad, tuvo una conversación con Pasha adolescente, precisamente en esta misma habitación, y Yura, a quien todos despiden ahora, no había entrado aún en su vida!»

Comenzó a forzar la memoria para reconstruir aquella conversación que había

tenido con Páshenka, pero no conseguía recordar nada, excepto la pequeña vela que ardía en el alféizar y el círculo que la llama había formado al fundir la corteza de hielo del cristal de la ventana.

—¿Podía saber que el muerto yacente allí en el ataúd había visto aquel círculo al pasar por la calle y se había fijado en la vela? ¿Que aquella pequeña llama vista desde el exterior —«Una candela ardía sobre la mesa, una candela ardía— había iniciado la predestinación de su vida?

Sus pensamientos se dispersaron. Pensó:

«¡Qué lástima que el entierro no se haga por la Iglesia! ¡El oficio fúnebre es tan grandioso y solemne! La mayor parte de los muertos no es digna de él. Pero Yúrochka, en cambio, ¡habría sido un pretexto tan noble! El es muy digno de todo esto. Habría justificado sobradamente este «sollozo sobre el ataúd, que se convierte en canto de aleluya.»

Sintió una oleada de orgullo y de alivio, como siempre le sucedía cuando pensaba en Yuri y en los breves episodios de la vida que había vivido a su lado. El sentido de la libertad y la naturaleza que trascendía continuamente de él lo experimentó también en esta ocasión. Se levantó impetuosamente de su banqueta. Le sucedía algo que no acababa de comprender. Hubiese querido, aunque fuera un momento, salir acompañada por él a la libertad, al aire fresco, sustrayéndose a esa cadena de sufrimientos que la oprimía, para volver a experimentar, como en otro tiempo, la felicidad de ser libre. Pensaba y soñaba que una análoga felicidad podía consistir en decirle el último adiós, en la ocasión y el derecho de llorarlo a solas, libremente, sin testigos. Con la ansiedad apasionada, propia de quien sufre, miró en torno suyo con los ojos nublados por el dolor, ojos que no veían nada, hinchados por las lágrimas, como cuando un oculista le instila a uno unas gotas que escuecen: todos se apartaron y se apresuraron a salir de la habitación y dejarla sola, tras la puerta cerrada. Santiguándose rápidamente mientras caminaba, Lara se acercó al ataúd, se subió al banco colocado por Yevgraf, santiguó lentamente el cadáver por tres veces con un amplio ademán y besó la fría frente y las manos. No pensó en la sensación de que la frente helada parecía haberse empequeñecido, como una mano que se cerrase. Permaneció inmóvil y muda durante unos instantes, sin pensar ni llorar, cubriendo con flores parte del ataúd, y el cadáver con toda ella, con la cabeza el alma, con sus brazos grandes como su alma.

15

La estremecieron sollozos incontenibles. Resistió mientras le fue posible, pero de pronto ya no pudo más, se echó a llorar, y las lágrimas cubrieron sus mejillas, su traje, las manos y el ataúd al que estaba abrazada.

No decía ni pensaba nada. Una serie de imágenes, de ideas y certidumbres

desfilaban caóticamente ante ella, atravesándola como las nubes en el cielo, como en el tiempo de sus conversaciones nocturnas. Esto le había hecho sentirse libre y feliz. Era un modo de entender sin mediaciones, apasionado, recíprocamente sugerido, instintivo, directo.

También ahora estaba plenamente poseída por ese mismo modo de entender: por el oscuro e indistinto conocimiento de la muerte y de su preparación, sin experimentar el más pequeño extravío. Como si hubiese vivido ya muchas veces y otras tantas hubiera perdido a Yuri Zhivago y acumulado en su corazón toda una experiencia sobre ello, todo lo que experimentaba y hacía ante el ataúd era ya antiguo y oportuno.

¡Qué amor había sido el suyo, libre, extraordinario, que a ninguno podía compararse! Habían pensado y comprendídose como otros cantan. Se habían amado no porque fuera inevitable, no porque habían sido «arrastrados por la pasión», como suele decirse. Se amaron porque así lo quiso todo cuanto les rodeaba: la tierra a sus pies, el cielo sobre sus cabezas, las nubes y los árboles. Su amor placía a todo lo que les rodeaba, acaso más que a ellos mismos: a los desconocidos por la calle, a los espacios que se abrían ante ellos durante sus paseos a las habitaciones en que se encontraban y vivían.

Esto, esto había sido lo que les acercó y unió tanto. Nunca, ni en los momentos de más libre y olvidada felicidad les había abandonado lo más alto y apasionante: la satisfacción por la armonía del mundo, la sensación de estar en relación con él, de participar de la belleza de todo el espectáculo, del universo.

Vivían de esta participación. Y por eso el dominio del hombre sobre la naturaleza, el culto y la idolatría del hombre no los atrajeron jamás. Los principios de un falso culto social transformado en política les parecieron una cosa bien miserable y ninguno los comprendió.

16

De este modo, se dispuso a despedirse de él con las sencillas y comunes palabras de una conversación práctica y sin- ceremonia, que superaba los límites de la realidad y no tenía sentido, como no tienen sentido los coros y los monólogos de las tragedias, los soliloquios poéticos y la música y otros convencionalismos, justificados sólo por una razón emotiva. La razón que justificaba aquel hablar improvisado y sencillo eran las lágrimas en que se sumían, empapaban y nadaban sus usuales y comunes palabras.Parecía que, bañadas en lágrimas, se fundieran en su tierno y confuso murmullo, como sedosas hojas empapadas por la lluvia en el rumor del viento.

«Otra vez estoy a tu lado, Yúrochka. De qué modo el destino ha querido que volviéramos a vernos. ¡Ya ves qué terrible es! ¡Oh, no puedo! ¡Señor! ¡Llorar, llorar sin fin! Ya lo ves. Esta es también una de las cosas que tenían que sucedemos, que

teníamos reservada. Tu muerte, mi fin. Otra vez algo demasiado grande e inevitable. El misterio de la vida, el misterio de la muerte, la fascinación del descubrimiento, esto, sí, esto habíamos llegado a comprenderlo. Y las pequeñas cosas que suceden en el mundo, como la renovación de toda la tierra. No, no, perdona, esto no tenía nada que ver con nosotros.

»Adiós, mi gran amor, adiós, mi orgullo, adiós, mi rápido, profundo y pequeño río, ¡cuánto amaba tu incesante rumor, cuánto amaba lanzarme sobre tus frías ondas!

»¿Recuerdas cuando te dije adiós, allí, entre la nieve? ¡Cómo me engañaste! ¿Acaso me habría ido sin ti? Lo sé, lo sé, lo hiciste por necesidad, creyendo que lo hacías por mi bien. Y todo se vino abajo. ¡Dios mío, cuánto sufrí allí! ¡Qué de cosas tuve que soportar! Tú no sabe nada. ¡Qué hice, Yura, qué hice! Soy tan culpable como no puedes imaginar. Pero no fue culpa mía. Estuve tres meses en el hospital y uno sin conocimiento. Desde entonces ya no puedo vivir, Yura. Mi alma ya no tiene paz en el tormento y la piedad. Pero, mira, no te digo, no te revelo lo esencial. No puedo decirlo, no tengo valor. Cuando pienso en este trastorno de mi vida, el terror me pone la carne de gallina. Y, ¿sabes?, ni siquiera creo que sea perfectamente normal. Sin embargo, mira, no bebo, como hacen muchas, no tomo este camino porque para una mujer beber significa el fin, y es algo espantoso, ¿verdad?

Habló todavía mucho rato, sollozando y atormentándose. De pronto levantó, asombrada, la cabeza y miró a su alrededor. Hacía rato que había gente en la habitación, que se movían, que hacían algo. Descendió del banco y, vacilante, se separó del ataúd, pasándose las manos por los ojos, como para quitarse unas lágrimas que todavía no habían acabado de caer.

Unos hombres se acercaron a la caja. La levantaron sobre tres sudarios y comenzó el rito.

17

Larisa Fiódorovna pasó algunos días en el Kamerguierski. Comenzó junto con Yevgraf Andriéevich el examen de los manuscritos de que habían hablado, pero no llegó a terminarlo. Tuvo también la conversación que había deseado tener con Yevgraf Andriéevich y él supo por ella algunas cosas de importancia.

Un día Larisa Fiódorovna salió de su casa para no volver más. Acaso fue detenida en la calle. Murió o desapareció quién sabe dónde, un número más en la lista anónima y perdida en uno de los innumerables campos de concentración, femeninos o comunes, del norte.

XVI
EPÍLOGO

1

En el verano de 1943, después de la rotura del cerco de Kursk y la liberación de Oriol, el comandante Dúdorov, y Gordón ascendido a alférez poco antes, regresaban separadamente a su común unidad. El primero iba con un permiso de tres días y el segundo volvía de Moscú, donde había estado en comisión de servicio.

Se encontraron en el camino de regreso y pernoctaron en Chern, una ciudad devastada, pero no del todo destruida, cosa que le había ocurrido a la mayor parte de las localidades de esa «zona desierta» a la que el enemigo en retirada había arrasado por completo.

Entre las ruinas de la localidad, formadas por montones de ladrillos destrozados y piedras reducidas a polvo, hallaron un henil intacto en el que se acostaron para pasar la noche.

No llegaron a dormirse y charlaron durante toda la noche. Al alba, Dúdorov, que hacia las tres había comenzado a adormecerse, fue despertado por el ruido que hacía Gordón. Con torpes ademanes, como si se encontrase en el agua, ahogándose y jadeando en el mullido heno, recogía en un envoltorio sus cosas. Luego, con la misma torpeza, se dejó resbalar por el montón de heno hacia la salida del henil.

—¿Dónde vas? Todavía es temprano.

—Voy al río. Quisiera lavarme unas cosas.

—¿Estás loco? Esta noche estaremos en nuestra unidad y Tania, la lavandera, te dará ropa limpia. ¿Por qué tienes tanta prisa?

—No quiero esperar. He sudado y me siento sucio. Hace calor. Voy a aclarar la ropa un poco y, al sol, se secará enseguida. Mientras tanto podré bañarme y luego me cambiaré.

—De todos modos, no está bien que lo hagas. A fin de cuentas eres un oficial.

—Es temprano. Todos están durmiendo. Me pondré detrás de un matorral y no me verá nadie. Pero tú duerme, no hables porque te despabilarás.

—De todos modos, tampoco puedo dormir. Iré contigo.

Se dirigieron al río pasando junto a las blancas ruinas de piedra calientes aún a pesar de que todavía no había salido el sol. En medio de las que en otro tiempo habían sido las calles, por el suelo, bajo la canícula, dormía gente sudorosa y sofocada, que roncaba. Eran, por lo general, habitantes de la localidad, que se habían quedado sin techo bajo el cual guarecerse: ancianos, niños y mujeres, y algún soldado rojo aislado, que se había rezagado y se dirigía a incorporarse a su unidad. Gordón y Dúdorov caminaban cautelosamente entre los durmientes, mirando dónde ponían los

pies, para no pisarlos.

—Habla más bajo, o despertarás a todo el pueblo y, entonces, adiós colada.

Y continuaron en voz baja su conversación nocturna.

2

—¿Qué río es éste?

—No lo sé. No lo he preguntado. Probablemente es el Zusha.

—No, no es el Zusha. Debe de ser otro.

—Entonces no sé cuál puede ser.

—Ocurrió en el Zusha, ¿verdad? Me refiero a Jristina.

—Sí, pero en otro sitio. Más abajo. Dicen que la Iglesia la ha canonizado.

»Había un edificio de piedra que llamaban «La cuadra». Efectivamente, se trataba de la cuadra de un *sovjoz*[96] para cría de caballos. Es un nombre profético que se ha hecho histórico. Una vieja construcción de espesos muros. Los alemanes la fortificaron e hicieron de ella una fortaleza inexpugnable. Desde ella dominaban con su artillería toda la zona, y detenían nuestro avance. Había que tomar la cuadra. Con un prodigio de valor y de astucia, Jristina consiguió penetrar en las líneas alemanas y logró volar la cuadra. Los alemanes la detuvieron y ahorcaron.

—¿Por qué se llama Jristina Orlietsova y no Dúdorova?

—Todavía no estábamos casados. En el verano del cuarenta y uno prometimos casarnos cuando terminara la guerra. Después yo anduve de un lado a otro con el ejército. Mi unidad cambiaba constantemente de posiciones, y a causa de todos esos traslados no volví a tener noticias de ella. No la he visto más. Su hazaña y su heroica muerte las supe más tarde, como todos, por los periódicos y la orden del día del ejército. Parece que tienen la intención de levantarle aquí un monumento y he oído decir que el hermano de Yuri, el general Zhivago, está de inspección por estos lugares para recoger datos sobre ella.

—Perdóname que te haya hecho hablar de estas cosas. Para ti debe de ser muy doloroso.

—No se trata de eso. Pero hemos hablado demasiado. No quiero molestarte. Desnúdate, échate al agua y ocúpate de tu ropa. Yo me tenderé en la orilla con una brizna de hierba entre los dientes, iré masticando y pensando, y acaso me quede dormido.

Minutos después volvieron a charlar:

—¿Dónde aprendiste a lavar?

—La necesidad enseña. No tuvimos suerte. Fuimos a parar al peor de los campos de castigo. Pocos sobrevivieron ya en los primeros días. Hicieron salir al grupo del vagón. Un desierto de nieve y un bosque a lo lejos. La escolta con los fusiles al brazo, y perros policías. Hacia la misma hora llegaron nuevos grupos. Nos formaron en

triángulo en medio del campo, vueltos de espaldas para que no nos viésemos uno a otro. Nos ordenaron que nos arrodillásemos y, bajo la amenaza de ser fusilados, que no mirásemos a nuestro alrededor. Comenzó entonces el humillante e interminable procedimiento de pasar lista, que duró muchas horas. Siempre de rodillas. Luego nos levantamos. Se llevaron a los demás grupos, y a nosotros nos dijeron: «Ahí tenéis vuestro campo. Arreglaos como podáis.» Era un campo de nieve bajo el cielo raso, en medio había un poste, y en el poste un cartel: «*Gulag*[97] 92, Ia. N. 90.» Y esto es todo.

—A nosotros nos fue mejor. Fuimos afortunados. Yo cumplía mi segunda condena, consecuencia de la primera. Pero era otro artículo del código y las condiciones no eran las mismas. Cuando me pusieron en libertad, me rehabilitaron como la primera vez, y volvieron a autorizarme a dar clases en la universidad. En la guerra me incorporaron al ejército con el grado de comandante, y no a una unidad de castigo como a ti.

—Sí, un poste con el letrero «*Gulag* 92, la. N. 90», y nada más. En los primeros tiempos, cuando helaba, nos partíamos las manos arrancando ramas para hacer chozas. Pues bien, no me creerás, pero poco a poco nos arreglamos sin ayuda de nadie. Nos construimos las celdas, empalizadas, cárceles y torres de vigía nosotros solos. Trabajando en el bosque. Se abatían los árboles. Ocho de nosotros tiraban del trineo, otros llevaban los troncos al hombro, hundiéndonos hasta el pecho en la nieve. Durante mucho tiempo no supimos que había estallado la guerra. Nos lo ocultaban. De pronto nos hicieron una proposición: quien quisiera podía ir al frente en un batallón de castigo, y si salía con vida, recobraba la libertad. Después vinieron los ataques continuos, los kilómetros de alambradas con corriente eléctrica, las minas, los lanzagranadas, meses y meses de fuego infernal. La verdad es que no porque sí nos llamaban los condenados a muerte. La muerte nos diezmaba. ¿Cómo sobreviví? Y, sin embargo, piensa que aquel infierno era una dicha en comparación con los horrores del campo de concentración y no por sus espantosas condiciones de vida, sino por otra cosa.

—Sí. La verdad es que pasaste lo tuyo.

—Además de lavar, allí se aprende de todo.

—Es extraordinario. No sólo en relación con tu suerte de deportado, sino con respecto a tu vida anterior de los años treinta, incluso en libertad, incluso en el bienestar de la actividad universitaria, de los libros, de las comodidades, la guerra ha sido una tormenta purificadora, una corriente de aire fresco, un presagio de salvación. Yo creo que la colectivización ha sido una medida falsa, fracasada, y que el error no podía reconocerse. Para esconder el fracaso era necesario usar de todos los medios del terror para que la gente perdiera la costumbre de juzgar y pensar, para obligarla a ver lo que no existía y demostrarle lo contrario de lo que era evidente. De ahí la

crueldad sin precedentes del periodo de Yezhov[98], la promulgación de una Constitución que ya se sabía que no habría de aplicarse, la implantación de elecciones que no se regirían en los principios electivos. Y cuando estalló la guerra, sus horrores reales, el peligro real y la amenaza de una muerte real fueron un bien en comparación con el dominio inhumano de la abstracción, y proporcionaron un alivio, estableciendo un límite a la diabólica fuerza de la letra muerta. No sólo los que se hallaban en tu situación, los deportados, sino todos, en la retaguardia y en el frente, respiraron con mayor libertad, a pleno pulmón, lanzándose como ebrios, con un sentido de verdadera felicidad, en el crisol de la tremenda lucha mortal y salvadora.

—La guerra es un eslabón particular en la cadena de los años de la revolución. Terminó la acción de las causas expresadas por la naturaleza misma de la revolución. Ya han empezado a verse los resultados indirectos, los frutos de sus frutos, las consecuencias de sus consecuencias: el temple de caracteres experimentado en las adversidades, la sencillez de las costumbres, el heroísmo, la disposición a realizar grandes cosas, desesperada y sin igual. Son cualidades míticas que llenan de maravilla y representan el florecimiento moral de la generación. Pensar en esto despierta en mí un sentido de felicidad, a pesar del martirio y la muerte de Jristina, mi herida, nuestras pérdidas, a pesar del caro y sangriento precio a que se paga la guerra. Me ayuda a soportar el peso de la muerte de Jristina, es la aureola del sacrificio que ilumina su fin y la vida de cada uno de nosotros.

»Precisamente, mientras tú, pobre, soportabas tus infinitas torturas, yo recobraba la libertad. En aquella época Orlietsova se inscribió en la facultad de historia. El tipo de su interés científico la acercó a mí. Hacía ya mucho tiempo, después de mi primera detención en un campo de concentración, cuando ella era todavía una niña, se me destacó por sus cualidades excepcionales. Recordarás que te hablé de ello, cuando todavía vivía Yura. Y allí precisamente figuró entre mis alumnas. Entonces acababa de establecerse la moda de que los alumnos reeducaran a los profesores. Orlietsova se lanzó a ello con verdadera pasión. Sólo Dios sabe qué justificaba sus violentas críticas. Sus ataques eran tan tenaces, combativos e injustos, que los demás estudiantes de la facultad a veces se sublevaban y tomaban mi defensa. Orlietsova estaba también dotada de un vivísimo sentido del humor. Designándome con un nombre inventado, pero bajo el cual todos me reconocían, me ponía en ridículo en el periódico mural, como no se hubiese podido hacer mejor. De pronto, de la manera más casual, resultó que aquella aversión tan implacable no era más que una forma de disimular un joven amor, profundo, escondido y antiguo. Yo siempre la había amado. En mil novecientos cuarenta y uno tuvimos un verano magnífico. Era el primer año de la guerra. Recuerdo la víspera y el verano después. Algunos jóvenes estudiantes, entre los cuales estaba ella, hallábanse en una localidad de veraneo cerca de Moscú, adonde luego fue destacada mi unidad. Nuestra amistad comenzó y se desarrolló

durante su instrucción militar, mientras se formaban las unidades voluntarias. Jristina se alistó como paracaidista y, por las noches, rechazábamos las primeras incursiones de los aviones alemanes sobre Moscú. Como te he dicho, allí nos prometimos. Pero entonces comenzaron los traslados de mi unidad y nos separamos. No la he visto más. Cuando la guerra se inclinó a nuestro favor y los alemanes se rendían a millares, después de haber sido herido dos veces y luego de dos permanencias en el hospital, fui trasladado a la artillería antiaérea, a la séptima sección del estado mayor. Allí eran necesarias personas que conocieran idiomas e insistí para que también a ti te admitieran, cuando conseguí sacarte a la luz.

—Tania, la lavandera, conocía mucho a Orlietsova. Se habían encontrado en el frente, eran amigas, y habla de ella con frecuencia. ¿Te has dado cuenta de que Tania tiene una manera de sonreír con toda la cara, como sonreía Yuri ?Por un instante olvida uno su nariz respingona y sus pómulos angulosos. Su rostro se llena de atractivo. Es un tipo muy corriente en Rusia.

—Sé lo que quieres decir. Es posible. No he prestado atención.

—¡Qué bárbaro e increíble apodo! Tania Bezócheredeva[99]. De todos modos no es un apellido, sino una palabra inventada, deformada. ¿No te parece?

—Así lo ha dicho ella. Es hija de padres desconocidos, y ha estado entre los *biezprizornie*. Acaso en el corazón de Rusia, en algún lugar donde el idioma conserva toda su pureza, la han llamado *bezótchaia*[100], sin padre. La calle, que repite de oídas lo que no comprende más que a medias, y que no entiende su apellido, lo ha transformado a su capricho traduciéndolo al gusto del día en la jerga callejera.

3

Esto sucedió en la localidad de Karáchevo, destruida hasta los cimientos, poco después de haber pernoctado y de la conversación nocturna de Gordón y Dúdorov en Chern. Dirigiéndose a su unidad, se encontraron en Karáchevo en la retaguardia, siguiendo al grueso ejército.

Hacía más de un mes que el tiempo era ininterrumpidamente sereno y apacible, de tibio otoño. La negra y fértil tierra de Brynschina, una bendita zona entre Oriol y Briansk, bajo el esplendor de un cielo azul sin nubes, destacábase al sol con reflejos del color del café y el chocolate.

La localidad estaba cortada en dos por una calle central, rectilínea, que se fundía con el trazado de la gran carretera. A un lado de ella estaban las casas destruidas, que las bombas habían transformado en montones de piedras, y los árboles frutales arrancados de raíz, rodeados de tierra, destrozados y quemados. Al otro lado de la carretera extendíanse grandes zonas desiertas, acaso poco edificadas antes de la destrucción de la ciudad, y por eso menos afectadas por los incendios y las explosiones.

En la zona habitada en otro tiempo, los habitantes de las casas destruidas hurgaban entre los montones de cenizas todavía calientes, desenterraban algo y lo amontonaban lejos de la zona de los incendios. Otros excavaban apresuradamente refugios subterráneos y los cubrían con tierra.

En el lado opuesto, desierto, blanqueaban algunas barracas y se amontonaban camiones y furgonetas de servicio del segundo escuadrón. Eran hospitales de campaña que habían perdido el contacto con el estado mayor de sus divisiones, secciones de parques, intendencia y almacenes de víveres de toda clase que se habían extraviado y se buscaban. Allí, además, veíase adolescentes flacos y débiles de los regimientos de infantería de reserva, con sus caras demacradas y terrosas, consumidos por la disentería, con sus gorros grises y sus pesados capotes militares. Habíanse detenido allí para comer cualquier cosa y descansar, de modo que pudieran luego reemprender el fatigoso camino hacia occidente.

La ciudad, la mitad convertida en cenizas y destruida por las explosiones, continuaba ardiendo y estremeciéndose con el estallido de las minas de acción retardada. Los que buscaban entre los escombros tenían que interrumpir de vez en cuando su trabajo. Al advertir que la tierra se estremecía bajo sus pies, se erguían, apoyándose en la empuñadura del palo que llevaban y, volviendo la cabeza en dirección de la explosión, descansaban mirando largamente el horizonte.

Veían elevarse a los cielos, primero en columnas y haces, y luego en masas perezosas y pesadas, nubes de polvo, grises, negras, de color rojo ladrillo, del color de las llamas y del humo, que se dilataban y formaban penachos, se dispersaban y caían luego lentamente. Y la gente continuaba buscando entre las ruinas.

Uno de los claros de aquella zona privada de construcciones estaba rodeado por matorrales y cubierto por la espesa sombra de viejos árboles. Parecía separada del resto del mundo, como un patio cerrado, aislado y sumergido en una fresca penumbra.

Sí, Tania, la lavandera, junto con dos o tres soldados y otras personas que deseaban partir con ellos, Gordón y Dúdorov, esperaban desde por la mañana el camión que debía venir a recoger a Tania y los bienes del regimiento confiados a ella, colocados en unos cajones amontonados allí al lado. Tatiana montaba la guardia junto a ellos y no se alejaba ni un paso, pero tampoco los otros se apartaban de allí para no perder la ocasión de partir en cuanto ésta se presentase.

La espera duraba ya mucho rato, más de cinco horas. Los que esperaban no tenían nada que hacer y escuchaban la incansable cháchara de aquella joven locuaz que las había visto de todos los colores. Estaba contando su entrevista con el general Zhivago:

—¡Cómo no! Estuve ayer. Me llevaron ante el general en persona. Nada menos que Zhivago, el general de brigada. Está aquí de paso. Se interesaba por Jristina e

interrogaba a los testigos oculares, a los que la conocían personalmente. Y le hablaron de mí. Es amiga suya, le dijeron. Inmediatamente ordenó que me llamaran. Bueno, me llamaron y me llevaron ante él. Realmente no es un hombre como para dar miedo. No tiene nada de particular, es como todos. Bizco y moreno. Le solté todo lo que sabía. Me escuchó y me dio las gracias. Entonces me dijo: «Y tú, ¿de dónde eres y quién eres?» Entonces, naturalmente, me escabullí, no quería hablarle de esas cosas. ¿De qué puedo vanagloriarme? ¿De qué? Soy *bezprizórnaia*. Poco más o menos, ya lo sabéis vosotros también: correccionales, vagabundeo. Pero él va y me dice: «No me escondas nada, no tengas miedo, no te dé vergüenza.» Bueno, yo, por timidez, antes le había dicho sólo dos palabras. Luego, como estaba pendiente de mí, me armé de valor y dije algo más. No tengo nada que contar. Si me oyerais diríais que estoy inventando cosas, no me creeríais. Bueno, a él también le pasó lo mismo. Cuando terminé, se levantó y empezó a pasear de un lado a otro de la isbá. Me dijo: «Oye: realmente es extraordinario.» Después me dijo: «Vamos a hacer una cosa. Ahora no tengo tiempo, pero volveré a buscarte, estate tranquila. Volveré a buscarte. Te mandaré llamar. Nunca hubiese creído oír una cosa semejante. No te dejaré así», me dijo. «Hay que poner en claro algunas cosas, ciertos detalles. Pero si todo va bien», me dijo, «me daré a conocer como tu tío. Y haré que estés entre los sobrinos de los generales. Y te mandaré a estudiar a la universidad, donde tú quieras». Es la pura verdad. Menudo bromista está hecho.

Mientras tanto, había llegado un carro vacío muy grande, con altos bordes, como los usados en Polonia y en Rusia occidental. Guiaba los dos caballos un soldado, un *furleit*, según la vieja terminología, o furriel. Apenas llegó al claro, saltó del pescante y se puso a desenganchar los caballos. Todos, excepto Tatiana y algunos soldados, lo rodearon, rogándole que no desenganchara el carro y que los llevase donde deseaban, pagando lo que fuera. El soldado se negó, porque no podía disponer de los caballos ni del carro y tenía que cumplir las órdenes recibidas. Se llevó los caballos y no volvió. Todos los que estaban esperando se levantaron y se instalaron en el carro vacío. Tania continuó el relato interrumpido por la llegada del carro y la discusión con el soldado.

—Cuéntanos —dijo Gordón— lo que le dijiste al general.

—Pues claro que os lo contaré.

Y contó su terrible historia.

4

—La verdad es que tengo un montón de cosas que contar. Parece que no soy del pueblo. No sé si me lo han dicho o es que conservo en el corazón este recuerdo, pero me parece haber oído decir que mi madre, Raísa Komarova, fue mujer de un ministro ruso que estaba escondido en la Mongolia blanca, el camarada Komarov. Pero parece que este Komarov no era mi padre, ni siquiera pariente mío. Bueno, se comprende

que soy una chica ignorante, que creció huérfana, sin padre ni madre. A vosotros quizá os parezca ridículo lo que os digo, pero hay que ponerse en mi caso.

»Todo esto que os contaré sucedió al otro lado de los Krushitsy, en el otro extremo de Siberia, en la parte opuesta a la región de los cosacos, cerca de la frontera china. Cuando nosotros, es decir nuestros rojos, comenzaron a acercarse a su capital, la de los blancos, el mismo Komarov, que era ministro, metió a mi madre y toda la familia en un tren especial reservado y ordenó que se la llevaran lejos, porque mamá estaba asustada y sin él no se atrevía a dar ni un paso.

»Pero Komarov no sabía ni siquiera que yo existía. Mamá me había tenido siempre muy lejos y se moría de miedo de que alguien le dijera cualquier cosa. El no podía sufrir a los niños y gritaba y pateaba diciendo que los niños sólo ensucian la casa y hacen ruido. «Yo no puedo soportarlos», decía.

»Y así, cuando comenzaron a acercarse los rojos, mamá mandó llamar a Marfa, la mujer del guardabarrera de Nagornaia, que estaba a tres estaciones de aquella ciudad. Ahora os lo explicaré. Primero está la estación Nizovaia, luego el empalme de Nagórnaia y después el puerto de Samsónovski. Ahora me pregunto yo cómo es que mamá conocía a la guardabarrera. Creo que Marfa iba a la ciudad a vender verduras y leche. Sí.

»Y ahora viene lo bueno. Claro está que hay cosas que yo no sé. Pienso que engañaron a mamá, que algo no le dijeron. Debieron de mandarla no sé a dónde, diciéndole que era cosa de dos días, provisionalmente, mientras se arreglaban las cosas. No es verdad que quisiera dejarme para siempre en manos extrañas. Que otros me educaran. Mamá no habría podido abandonar nunca a su hija.

»Bueno, ya sabemos que es el truco que se gasta con los niños: ahora irás a casa de tu tía, te dará pasteles, tu tía es buena, no tienes que tener miedo de tu tía. Pero ¡lo que pude llorar! ¡Qué tristeza tan grande tenía mi corazón de niña! ¡Es mejor que no hablemos de eso! Quise ahorcarme, y estuve a punto de volverme loca, tan pequeña. Y la verdad es que era muy pequeña. Ni que decir tiene que le habían dado dinero a la tía Marfa para que me mantuviera, mucho dinero.

»La casa en la línea del ferrocarril, donde nosotras vivíamos, era una casa rica: tenía una vaca y un caballo y, claro está, gallinas y patos. Tierra, la que quisierais, toda huerta. Además, vivienda gratis porque ella era la guardabarrera. Los trenes que venían de allá abajo, de mi tierra, tenían que subir cansadamente, porque la vía hacía cuesta, pero los que venían de vuestra parte, de Rusia, corrían muy bien, muy alegres y tenían que frenar. En otoño, cuando el bosque se quedaba sin hojas, se veía allá abajo la estación de Nagórnaia, como encima de un platito.

»Al tío Vasili le llamaba tito, como se dice allí. Era un buen hombre que estaba siempre alegre, pero demasiado confiado y cuando estaba borracho no sabía sujetarse la lengua. Armaba tal barullo que lo oían en todo el pueblo. Decía lo primero que se

le ocurría, todo lo que tenía metido dentro.

»Pero la verdad es que nunca pude llamar mamá a la guardabarrera. No podía olvidar a mi verdadera madre. Tal vez fuera por eso, o porque la tía Marfa era terrible. Sí. Por eso la llamaba siempre tía.

»Bueno, pasó el tiempo. Pasaron los años. No recuerdo cuántos. Yo había aprendido ya a correr por la vía con la banderita en la mano. Otra cosa que hacía muy bien era desenganchar el caballo y atender a la vaca. La tía Marfa me había enseñado también a hilar. Y en cuanto a las cosas de la isbá, ni que hablar. Aljofifar los suelos, fregar los platos, cocinar, amasar, todo eso era para mí una tontería. Todo lo sabía hacer. Sí, y he olvidado decir que también me cuidaba de Piétenka. Piétenka tenía unas piernas que no lo sostenían. Había cumplido tres años y no sabía caminar. Y el caso es que a medida que pasaba el tiempo, me daba escalofríos ver cómo la tía Marfa miraba mis piernas sanas, como si se dijera que no las tenía como Piétenka, como si se le hubiese metido en la cabeza que yo tenía la culpa de que Piétenka las tuviese mal. Ya veis cómo es la gente y la maldad que hay por el mundo.

»Escuchad ahora, porque todo esto, como se dice, es nada entre dos platos. Lo que vais a oír ahora os va a dejar de piedra.

»Entonces funcionaba la NEP. Mil rublos valían un copec. Vasili Afanásievich vendió la vaca y consiguió dos sacos de dinero. Entonces al dinero se le llamaba *kerienki*, no, perdonad, «limones», se llamaban limones. Había bebido mucho y se puso a contar por toda Nagórnaia que era rico.

»Recuerdo que era un día de otoño y hacía mucho viento. El viento sacudía el tejado y la tiraba a una por el suelo, y las locomotoras no podían subir la cuesta porque el viento soplaba en contra. De pronto vi a una viejecita vagabunda a la que el viento revolvía la falda y el pañuelo.

»Llegó a nuestra casa lamentándose y agarrándose la barriga. Pidió que la dejásemos entrar. La sentamos en un banco. Empezó a quejarse: «¡Oh, no puedo más! ¡Me arde la barriga, me voy a morir!» Pidió que por amor a Cristo la llevásemos al hospital, que pagaría lo que fuera, que no nos preocupáramos del dinero. El tío Vasili enganchó a «Udaloi», el caballo, metió a la vieja en el carro y se la llevó al hospital, que está a quince verstas de la línea del ferrocarril.

»Tía Marfa y yo nos habíamos acostado ya cuando oímos a «Udaloi» relinchar bajo la ventana. El carro entraba en el patio. Nos pareció que volvía demasiado pronto. Bueno. La tía Marfa atizó el fuego, se echó encima una blusa, y sin esperar que tío Vasili llamase a la puerta, descorrió el cerrojo.

»Abrió la puerta y en lugar del tío Vasili vio un desconocido, negro y terrible que decía:

»—Dime dónde están los dineros de la vaca. He matado a tu marido en el bosque. Tendré compasión de ti, que eres mujer, si me dices dónde guardáis el dinero. Si no

me lo dices, no tendré misericordia. Es mejor que te dejes de tonterías. No tengo tiempo que perder.

»¡Amigos míos, poneos en nuestro lugar! Estábamos temblando, más muertas que vivas. El miedo nos quitó el resuello. ¡Qué horror! En primer lugar aquel hombre había matado a Vasili Afanásievich. El mismo nos dijo que lo había degollado con el hacha. Y la segunda desgracia fue que nos encontrábamos solas con el bandido en la casa. Teníamos un bandido en la casa. Ni más ni menos era un bandido.

»Aquí se ve que tía Marfa perdió de pronto el oremus. Se le destrozó el corazón por la muerte de su marido. Pero había que demostrar valor. No podíamos dejar que viera que teníamos miedo.

»Primero se le echó a los pies.

»—Ten piedad —le dijo—, no nos mates. Yo no sé nada. Nunca oí hablar del dinero que dices. Es la primera vez.

»Pero ¿era tan ingenuo aquel maldito para contentarse con estas palabras? De pronto a ella se le ocurrió una idea para engañarlo. Le dijo:

»—Bueno. Lo tendrás. El dinero está abajo, en el sótano de la casa. Yo te abriré el agujero y tú bajas.

»Pero él se dio cuenta enseguida de que quería engañarle. »—No —dijo—, para ti será más fácil. Baja tú. Ve donde quieras, al suelo o al techo, pero me traes el dinero. Pero —le dijo—, no me hagas ninguna jugarreta. No me gustan las bromas. »Y ella le dijo:

»—El Señor te ampare, ¿por qué desconfías? Yo misma iría, pero no puedo. Será mejor que yo te alumbre desde arriba. No tengas miedo. Como garantía, haré que la chica baje contigo. Es como si bajara yo.

»¡Amigos míos, ya os podréis imaginar lo que sentí! Bueno, pensé, esto se acabó. Se me nubló la vista. Las piernas no me sostenían y estaba a punto de caerme al suelo.

»Pero aquel criminal no era tonto. Nos miró con un ojo sólo y se echó a reír mostrando todos los dientes, como si dijese: «Te quieres burlar de mí y te va a salir mal.» Había visto que ella no tenía piedad de mí, porque no era parienta suya, era sangre extraña, y así agarró a Piétenka de un brazo, y con la otra mano tiró de la anilla de la trampa del suelo. Abrió el sótano y dijo:

»—Alúmbrame.

»Y bajó con Piétenka por la escalerilla.

»Yo creo que tía Marfa había ya perdido el juicio, porque no comprendía nada, como si estuviera completamente loca. Apenas el bandido hubo desaparecido con Piétenka bajo el suelo, ella colocó la trampa en su sitio, la cerró con llave y colocó encima un pesado baúl, haciéndome señas para que la ayudase porque era demasiado pesado para ella. En cuanto hubo colocado encima el baúl, aquella estúpida se sentó

muy contenta encima de él. Pero apenas se hubo sentado, el ladrón desde abajo comenzó a gritar diciendo que lo dejara salir por las buenas o mataría a Piétenka. Las palabras no podían atravesar bien las gruesas tablas del suelo, pero el sentido era ése. El aullaba peor que un lobo, como para dar miedo.

»Sí —gritaba—, ya he matado a tu Piétenka.

»Y ella no comprendía nada. Estaba allí sentada, riéndose y guiñándome el ojo. Parecía como si dijera: «Haz lo que te parezca, pero yo estoy sentada en el baúl y las llaves las tengo yo». Y yo intentando convencer a la tía Marfa. Gritándole al oído, tratando de apartarla del baúl y llevarla fuera de allí. Había que abrir la trampa y salvar a Piétenka. Pero ¿qué podía hacer? ¿Podía entendérmelas con ella que era más fuerte que yo?

»Y él continuaba golpeando el suelo. Golpeaba y pasaba el tiempo, y ella continuaba sentada en el baúl, moviendo los ojos y sin oír nada.

»¡Oh, amigos míos, camaradas míos, aunque he pasado muchas cosas en mi vida, no recuerdo una tan terrible como ésta! Aunque viviera un siglo no dejaría de oír la vocecita de Piétenka que gritaba y se lamentaba bajo tierra, el pobrecillo, porque aquel miserable lo atormentaba.

»¿Qué debo hacer, qué debo hacer ahora, pensaba, qué debo hacer con esta vieja loca y este ladrón asesino? Y pasaba el tiempo. Apenas había pensado en esto cuando oí relinchar a «Udaloi» bajo la ventana. Continuaba todavía enganchado al carro. Sí, «Udaloi» continuaba relinchando, como si me dijera «Vamos, Tania, corramos a buscar buena gente y pidamos ayuda». Miré a mi alrededor y vi que era cerca ya del alba. Hagámoslo así, pensé, buen «Udaloi», que me has hecho pensar en esto. Tienes razón, corramos. Y de pronto me pareció que alguien, desde el bosque me decía: «Espera, no te precipites, Tania, yo arreglaré las cosas de otra manera.» Y de nuevo no estaba sola en el bosque. Como si un gallo hubiese cantado con su voz familiar, aquella locomotora que conocía bien, dejó oír su pitido. Conocía bien aquel pitido porque la locomotora estaba siempre con las calderas a presión en Nagórnaia. La llamaban locomotora de arrastre, porque arrastraba los trenes de mercancías por la cuesta y entonces estaba de maniobras. Cada noche, a aquella hora, pasaba ante nuestra casa. Así, pues, oí la locomotora que me llamaba. La oí y el corazón me dio un vuelco. ¿Será posible, pensé, que yo me haya vuelto loca como la tía Marfa, para que cualquier criatura, cualquier máquina que no puede hablar me hable ahora en ruso?

»Pero tenía otras cosas en que pensar, porque el tren estaba ya cerca. No era momento para andar pensando en esas cosas. Agarré la linterna, porque entonces era oscuro todavía, y eché a correr como una loca a la vía y de pie entre los raíles me puse a agitar la linterna.

»Bueno, ¿qué más? Paré el tren. Menos mal que hacía viento e iba despacio, casi

al paso de un hombre. Paré el tren, y el maquinista, a quien conocía, se asomó a la ventanilla, me preguntó algo, pero yo no entendí lo que me preguntaba, porque hacía viento. Yo le gritaba al maquinista que habían asaltado nuestra casa, que teníamos un ladrón en la casa: «Ven a defendernos, camarada. Date prisa.» Y en tanto decía esto los soldados rojos saltaron del vagón. Era un tren militar. Sí, los soldados saltaron y me preguntaron:

—»¿Qué pasa?

»Se quedaron asombrados. ¿Qué historia era aquélla para detener un tren en medio del bosque y en plena subida?

»Se lo conté todo y ellos sacaron del sótano al ladrón. Y el ladrón gemía con una vocecita delgada, tan débil como la de Piétenka:

»—Perdonadme —decía—, buena gente. No me matéis. No lo haré más.

»Lo llevaron a rastras hasta las vías, lo ataron allí de pies y manos y pasaron el tren por encima. Así hicieron justicia.

»Yo no volví ya a casa, ni siquiera para coger la ropa. Le tenía horror. Pedí:

»—Llevadme en vuestro tren, camaradas.

»Y ellos me aceptaron en el tren y se me llevaron de allí. Después, lo digo de verdad, he recorrido medio mundo: del extranjero y nuestro. Junto con los *besprizórnie*. ¡Dónde no habré estado! Y así he conocido la libertad, la felicidad, después de las tristezas de mi infancia. También he conocido toda clase de desgracias y de males, es cierto. Pero todo esto vino después y ya lo contaré en otra ocasión. Un empleado de ferrocarriles bajó del tren para hacer el inventario deja casa del guardabarrera y para ocuparse de tía Marfa y asegurar su existencia. Dicen que luego murió en un manicomio. Otros, en cambio, han dicho que se curó y salió de allí.

Terminado el relato, Gordón y Dúdorov pasearon largo rato en silencio por el claro. Luego llegó el camión, y torpe y lentamente, se acercó desde la carretera. Empezaron a cargar los cajones. Gordón dijo:

—¿Has comprendido quién es Tania, la lavandera?

—Sí.

—Yevgraf se cuidará de ella —y después de una pausa, añadió—: así ha ocurrido muchas veces en la historia. Lo que fue concebido de un modo noble y con altura de miras, se convirtió después en tosca materia. Así Grecia se transformó en Roma, así el iluminismo ruso se convirtió en la revolución rusa. Recordemos lo que dice Blok: «Nosotros, los hijos de los años terribles de Rusia», y enseguida verás lo que separa su época de la nuestra. Cuando Blok decía esto había que entenderlo en sentido metafórico, figurado. Los hijos no eran hijos, sino criaturas, productos, intelectuales, y los terrores no eran terribles, sino providenciales, apocalípticos, lo que es muy distinto. Pero ahora todo lo que era metafórico se ha hecho literal: los hijos son realmente hijos, y los terrores son terribles. Esta es la diferencia.

5

Cinco o diez años después, en una quieta tarde de verano, Gordón y Dúdorov estaban sentados ante una ventana abierta que dominaba desde arriba la inmensa Moscú nocturna. Hojeaban el cuaderno de los escritos de Yuri, recogidos por Yevgraf, un cuaderno que habían ya leído más de una vez, y gran parte del cual sabían de memoria. Releyéndolo, cambiaban opiniones y reflexionaban. Mientras tanto se hizo de noche y acabaron no distinguiendo las letras. Tuvieron que encender la luz.

Moscú abajo y a lo lejos, la ciudad donde Yuri había nacido y vivido la mitad de estos acontecimientos, Moscú parecía no el lugar de estos sucesos, sino la principal heroína de una larga novela a cuyo final se habían acercado ellos aquella noche, hojeando el cuaderno de Yuri Andriéevich. La victoria no había traído consigo ni la luz ni la libertad que esperaban para después de la guerra, como habían pensado. Pero esto no tenía importancia: el presagio de la libertad estaba en el aire, en los años de la postguerra y constituía su único contenido histórico.

A los dos amigos, envejecidos ya, junto a la ventana, les parecía que había llegado ya aquella libertad del alma, que precisamente aquella noche el futuro se había colocado, tangiblemente, en las calles que se extendían a sus pies, que ellos mismos habían entrado en el futuro y que desde aquel momento se encontraban en él. Una feliz y serena quietud para aquella sagrada ciudad y para toda la tierra, para los personajes de esta historia llegados hasta esa noche y para sus hijos, pareció penetrar en ellos y sujetarlos con una suave música de felicidad que se extendía a lo lejos, por todas partes. En sus manos el pequeño cuaderno parecía saber todo esto y confirmaba y daba certidumbre a sus sentimientos.

XVII
VERSOS DE YURI ZHIVAGO

1. Hamlet

Se apaga el ruido. A escena salgo.
Apoyado en el quicio de la puerta,
Voy recogiendo del lejano eco
Todo lo que en mi siglo ha de acaecer.

La oscura noche me ha elegido como blanco
Enfilando mil anteojos hacia mí.
Si fuera posible para ti,
Aparta Alba Padre este cáliz de mí.

Yo amo tan terco designio tuyo
Y acepto representar este papel.
Pero otro drama está en escena,
Y por eso, prescinde esta vez de mí.

Mas fijado está el orden de los actos
Y el. fin del camino es inmutable.
Estoy solo. Todo se hunde en la falsedad.
Vivir la vida no es cruzar un arenal.

2. Marzo

El sol calienta hasta hacer sudar
Y enloquecido se enfurece el carcavón,
Y al igual que a la ardorosa pastora
Le bulle entre las manos a la primavera la labor.

Languidece la nieve consumida de anemia
En las hebras de sus azuladas venas.
Y, sin embargo, humea la vida en los establos
Y salud emanan los dientes de los bieldos.

¡Oh, estas noches de ahora, estos días y noches!
Repica el goteo del deshielo al mediodía,
Se funden los carámbanos que penden del alero,
¡Verborrea de insomnes regajales!

Abiertas por completo la cuadra y la cochera
Picotean las palomas la avena entre la nieve,
Y hacedor de la vida y responsable de todo
A fresquísimo aire huele el abono.

3. En Semana Santa

Aún reina la nocturna bruma alrededor.
Todavía es tan temprano para el mundo,
Que las estrellas no se pueden contar,
Y como el día cada una luce.
Si la Tierra pudiese,
Durante la Pascua dormiría
Oyendo el son del Salterio al ser leído.

Aún reina la nocturna niebla alrededor.
En la Tierra es ahora tan temprano,
Que de la encrucijada hasta la esquina
Duerme la plaza para la eternidad,
Y hasta que llegue el alba y la tibieza
Un milenio aún ha de pasar.

Aún sigue la tierra desnuda y desprovista,
Y es incapaz de hacer sonar
En la noche las campanas
Coreando a los cantores con plena libertad.

Y desde el Jueves Santo
Hasta el Sábado de Gloria,
Barrena el agua las riberas
Formando torbellinos la corriente.

El bosque está desnudo y despojado,
Y en la pasión de Cristo,
Cual orantes en hilera,
De los alerces yérguense los troncos.

En la ciudad, en un reducido espacio,
Como si celebrasen una reunión,
Ojean los árboles desnudos
Los enrejados de la catedral.

De terror está llena su mirada,
Y tiene sus motivos tal angustia.
Salen de sus recintos los jardines,
Se tambalea el orden en la Tierra,
Es Dios a quien van a sepultar.

Y ven luz ante las puertas del iconostasio,
Hileras de cirios, un manto negro,
Y rostros cubiertos por el llanto.

De pronto, con el Santo Sudario,
Sale la procesión a su encuentro,
Y los dos abedules de la entrada
No pueden hacer más que retirarse.

Bordeando la acera,
Gira el cortejo alrededor del patio,
Y de la calle trae la primavera al atrio
Las pláticas primaverales
Y el aire con el sabor a la sagrada forma
Y con la embriaguez primaveral.

Y desparrama en marzo en el atrio nieve
Sobre la muchedumbre de tullidos,
Como si un hombre hubiera salido
Y abriendo el tabernáculo
Les repartiese todo lo que en él había.

Hasta el alba se prolonga el canto,
Y entre sollozos que no saben acabar
Llegan suaves desde el interior
Hasta el iluminado pegujal
Los salmos del salterio o el sermón.
Pero a medianoche almas y cuerpos
Callarán al oír el rumor primaveral
De que cuando se abra el tiempo
La muerte la podrá vencer
Con su esfuerzo la resurrección.

4. La noche blanca

Lejanos tiempos me vienen a la mente,
Una casa en un lugar de Petersburgo.
Hija de una modestísima hacendada,
Eres de Kursk y estudias en los cursos.

Eres atractiva y no te faltan pretendientes.
En esta noche blanca, los dos juntos,
En tu alféizar apoyados,
Miramos desde tu rascacielos hacia abajo.

Con su primer temblor roza la aurora,
Cual mariposas de gas unos faroles.
Lo que yo te susurro se asemeja
Mucho a las soñolientas lejanías.

Y precisamente nos domina
Esa inexplicable dependencia del misterio,
Igual que a Petersburgo en su paisaje
Que se extiende allende el Nievá ilimitado.

A lo lejos, tras impenetrables bosques,
En esta primaveral y blanca noche
Inundan los ruiseñores con estrepitosas
Loas de la floresta los confines.

El alocado trino se difunde,
La voz del diminuto y grácil pajarillo
Despierta la embriaguez y el entusiasmo
En la profundidad de la espesura.

Descalza, se filtra peregrina
A lo largo de la cerca la noche,
Y tras ella, desde el alféizar se desliza
El rumor de la sorprendida charla.

Entre el eco de las palabras pronunciadas,
En los huertos vallados con tablillas
Las ramas de manzanos y cerezos
Se visten de colores blanquecinos.

Y cual blancos fantasmas, penden
Sobre el sendero los árboles a miríadas,
Como si desearan despedirse
De la blanca noche, que tanto ha contemplado.

5. Lodazales de la primavera

Se extinguían las luces del crepúsculo.
Por la enfangada senda de un perdido bosque
Hacia un lejano caserío uraliano
Se arrastraba un jinete en su caballo.

Resonaba el vientre del animal,
Y el sonido del chapoteo de los cascos
Lo perseguía como un eco el agua
Al salpicar en las charcas del camino.

Pero en cuanto aflojó las riendas
El jinete y puso el caballo al paso
Dejóse oír el rumor de la crecida
Retumbando estrepitosamente su caudal.

Reía alguno, sollozaba otro,
Rompíanse las piedras al chocar
Y caían en los remolinos
Arrancados los tocones de raíz.

Y entre el fuego del anochecer,
En el lejano negrear de la enramada,
Como campana que a rebato toca
Oíase el frenético cantar de un ruiseñor.

Donde el sauce su viudal velo
Inclinaba, perdido en el barranco,
Silbaba el pájaro sobre las Siete Encinas
Como si fuera el Bandolero Ruiseñor[101].

¿A qué infortunio, a qué pasión
Tan vivo ardor estaba destinado?
¿Contra quién descargaba en la espesura
Las gruesas postas de su mosquetón?

Al parecer, oculto en la guarida
De fugitivos presidiarios, iba a salir
Silvano a recibir a las patrullas
De montados o pedestres partisanos.

Y tierra y cielo, campo y bosque
Percibían tan extraño son,
Esos fragmentos cadenciosos
De locura, tormento, ventura y dolor.

6. Confesión

La vida retornó sin causa alguna
Lo mismo que una vez de extraño modo se paró,
E igual que entonces me hallo en la vieja calle
El mismo día y a la misma hora estival.

Las mismas gentes y las mismas inquietudes
Y el fuego del ocaso aún sin apagar.
Igual que entonces en la pared del Picadero[102]
La tarde de la muerte precipitadamente lo clavó.

Con vestidos raídos las mujeres
Arrastran por las calles el calzado,
Para verse crucificadas nuevamente
En las cubiertas de palastro de un desván.

Una de ellas, con andares fatigados
Alcanza lentamente el umbral
Y emergiendo de un oscuro sótano
Atraviesa el patio hasta el final.

De nuevo excusas busco yo
Y de nuevo me es todo indiferente
Y franqueando el traspatio déjanos
A solas la vecina a los dos.

* * *

No llores, no frunzas tus labios tumefactos,
No dejes que las arrugas los contraigan.
Se te abrirán de nuevo las resecas huellas
De la desazón primaveral.

Aparta de mi pecho la palma de tu mano.
Somos hilos por los que fluye la corriente.
El azar, sin que quizá nos demos cuenta,
Una en brazos del otro nos empujará.

Transcurrirán los años, te desposarás,
Y caerán en el olvido tus desvelos.
Que ser mujer es algo grande
Y heroísmo hacer enloquecer.

Y yo, ante el prodigio de las femeninas
Manos, de su cuello, sus espaldas
Y sus hombros, toda mi existencia

Con fervor de siervo reverencio.

Pero por mucho que de angustia la noche
Con su anillo me encadene,
Más fuerte es el impulso de escaparme
Y más me incita a la ruptura la pasión.

7. Lodazal en la ciudad

Diálogos a media voz,
Recogida hacia arriba desde el cuello
Con apresuramiento impetuoso
La esponjosa cabellera.

Bajo la pesada peina
Mira una mujer con un casco cubierta,
Echando hacia atrás la cabeza
Junto con las trenzas del cabello.

Y en la calle la calurosa noche
Es presagio de mal tiempo,
Y chancleteando sus zapatos
Se dirigen a sus hogares los viandantes.

Se oye el intermitente
Retumbar del trueno
Y remola el viento
Las cortinas en el ventanal.

Vuelve el silencio a reinar
Pero no cesa el calor
Ni se interrumpe en el cielo
Del relámpago el fulgor.

Y cuando la deslumbrante
Y bochornosa mañana
Seca en los viales los charcales
Tras el nocturno chaparrón,

Miran ceñudos por efecto
Del interrumpido sueño
Los seculares y olorosos
Tilos aún sin florecer.

8. El viento

No existo yo, y tú estás viva.
Y el viento con gemidos y con llanto
Sacude el bosque y la casita.
Y no por cuenta propia cada pino,
Sino todos los árboles a un tiempo
Dentro de su extensión ilimitada
Como si cascos de veleros fueran
Sobre la superficie lisa de la rada.
Y eso no es por osadía
Ni por furor inútil, sino para encontrar
En la angustia las palabras
Que tu canción de cuna necesita.

9. Embriaguez

Bajo el sauce envuelto por la yedra
Buscamos un refugio en la intemperie.
Un manto nuestros hombros rodea
Y mis brazos en torno a ti se estrechan.
Pero yerro. En la espesura es a las plantas
La embriaguez y no la yedra quien las ciñe.
Por eso, extendemos nuestro manto
En toda su amplitud bajo los dos.

10. El veranillo de San Martín

Rugosas son del grosellero las hojas.
En la casa hay risas, y de cristales tintineo
En la cocina, donde se fermenta y se sazona,
Y se añade al escabeche el clavo.

El bosque burlón esparce
Este ruido sobre la vertiente abrupta,
Donde consumido por el sol el avellano
A las ascuas de una hoguera se asemeja.

En una torrentera termina aquí el sendero,
Y mira uno con pena los viejos y resecos
Troncos y los despojos que el otoño
En la torrentera ha amontonado.

Y apena ver que sea tan simple el universo,
Más de lo que un malicioso pudiera imaginar,
Y que al igual que el desaparecido bosquecillo
A todo alguna vez su fin ha de llegar.

Y de nada sirve tratar de comprender
Cuando alrededor todo está en llamas
Y la blanquecina humosidad otoñal
Cubre de telarañas el balcón.

Un pasadizo que entre los abedules se pierde
Se abre en la ruinosa cerca del jardín.
Se oyen en la casa risas y alboroto
Que en la lejanía vuelve el eco a repetir.

11. La Boda

Atravesando el extremo del corral
Van los invitados a casa de la novia
La fiesta a celebrar
Con un acordeón hasta el alborear.

Tras las cerradas puertas
De fieltro revestidas del hogar
De una a siete enmudecen
Los retazos de la conversación.

Pero al alba, en pleno sueño,
Cuando lo que uno quiere es dormir
Vuelve a sonar el acordeón.
Al alejarse del festín.

Y difunde el acordeonista
De nuevo con su baián[103]
El batido de las palmas, el brillo
De los collares y el ruido de la diversión.

Y otra, y otra, y otra vez,
El rumor de las canciones
Irrumpe desde la orgía
En el lecho del durmiente.

Y una moza de níveo blancor,
Entre ruidos, silbidos y algazara,
Se contonea y gira sin cesar
Con singular prestancia.

Con la mano y la cabeza
Invita a todos a danzar
Y a salir a la calzada
El baile a continuar.

De pronto, el ímpetu de la diversión
Y del coro el pataleo
Cual tragados por la tierra
Sin dejar huella se esfuman.

Despierta el patio y sus ruidos.
De las tareas el eco
Fúndese ahora con la charla
Y con las ruidosas carcajadas.

Por la inmensidad del cielo
Cual vórtice de manchas grises
Bandadas de palomas vuelan
Abandonando el palomar.

Como si tras las huellas de la boda,
Adormilado y soñoliento alguien,
Advertido de repente, las lanzara
Para expresar a los novios votos de felicidad.

La vida no es más que un instante,
La elemental disolución
De nosotros en todos los demás,
Como si de una ofrenda se tratase.

Sólo la boda irrumpiendo
Desde abajo en las ventanas,
Sólo sueños y canciones,
Sólo palomas cenicientas.

12. El Otoño

Dejé a mis familiares dispersarse,
Los más cercanos están desperdigados,
Y la soledad habitual
Invade el corazón y el universo.

Y aquí me tienes junto a ti en la caseta,
En el desierto y despoblado bosque.
Los senderos, como en la canción,
La hierba los ha mediocubierto.

Ahora, a nosotros solos nos contempla
Entristecida la pared de troncos.
No prometimos realizar hazañas
Y sabremos perecer abiertamente.

Desde la una hasta las tres sentados
Leyendo yo y tú bordando
Y al alba ya no sentiremos
Que hemos dejado de besarnos.

Aún más exuberantes y despreocupadas,
Susurrad y desprendeos, hojas,
Y haced que la copa de amargura del pasado
La agonía de hoy la sobrepase.

¡Afección, inclinación y hechizo!
¡Dispersémonos en el ruido septembrino!
¡Súmete toda tú en el otoñal susurro!
¡Embelésate o atúrdete!

Te despojas de todos tus vestidos
Como de hojas se desprende el bosque,
Cuando envuelta en tu bata de sedosos
Flecos, te ves de mi abrazo rodeada.

Eres el bien de un funesto paso,
Cuando vivir repugnancia inspira,
Y de la audacia la belleza nace,
Y es eso lo que nos atrae una hacia el otro.

13. Cuento

En tiempos muy remotos,
En un país de leyenda,
En medio de la bardana,
Un jinete cabalgaba.

A batallar se apremiaba,
Y ante el polvo de la estepa,
Vio cómo a sus ojos crecía
Lejano un oscuro bosque.

Una insistente voz
El corazón le roía:
Recela del abrevadero
Y mantén firme la montura.

Sordo el jinete a la voz,
Espoleando el caballo,
Con ímpetu penetró
En el montículo forestal.

Rodeando el altozano,
En el yermo valle se adentró.
Dejó a un lado el calvero
Y el monte franqueó.

Avanzó por la quebrada,
Y por un sendero forestal,
Tras las huellas de las fieras
Con el aguadero fue a topar.

Y sin escuchar la prevención
Ni prestar oídos a su instinto
Llevó a su cabalgadura
A beber en el torrente.

En el torrente una gruta,
Y ante la gruta un vado.
Como con llama de azufre
Se iluminaba el acceso.

Y en la púrpura humareda
Que velaba la visión,
Una lejana llamada
En el bosque resonó.

Y en aquel preciso instante,
Estremecido en el barranco,
Encaminó raudo el jinete
Su montura hacia el lugar.

Y después de enristrar
Su lanza el caballero,
Avistó la cabeza, la cola
Y las escamas del dragón.

Sus llameantes fauces
Esparcían luz alrededor,
Dejando ver que con su cresta
A una doncella envolvía.

Como de un látigo el extremo
El torso del reptil se retorcía
Rodeando por los hombros
De la joven la garganta.

Era costumbre en el país
Ofrecer en holocausto
Una bella prisionera
A ese monstruo forestal.

Era el precio que la bestia
Había establecido
Para dejar tranquilas las cabañas
De los habitantes del lugar.

Por el dragón la virgen
Era el tributo exigido.
Enlazó sus brazos el reptil
Y el cuello le estrujó.

Dirigiendo al cielo
Una mirada ferviente,
Enristró el jinete
Para el combate la lanza.

Los párpados cerrados.
Los cielos. Las nubes.
Las aguas. Los vados y los ríos.
Los años y los siglos.

Rueda por tierra el jinete
Junto al yelmo derribado.

El fiel caballo a su lado
Pisotea con los cascos la serpiente.

El caballo y el cadáver del dragón
Juntos permanecen en la arena.
Inconsciente está el jinete
Y desvanecida la virgen.

Brilla con azules suaves
El firmamento al mediodía.
¿Quién es ella? ¿Hija del zar?
¿O de la tierra? ¿Una princesa, quizás?

Ora torrentes de lágrimas,
Prueba de enorme felicidad,
Ora del alma se adueñan
El sueño y el sopor.

Ora la vitalidad retorna,
Ora se inmovilizan las arterias
Por la sangre derramada
Y el esfuerzo realizado.

Pero el corazón les late,
Y ora ella, ora él
Se esfuerzan por despertar
Mas caen de nuevo en el sueño.

Los párpados cerrados.
Los cielos. Las nubes.
Las aguas. Los vados y los ríos.
Los años y los siglos.

14. Agosto

Tal como prometió, sin recurrir a engaño,
Filtróse el sol temprano esta mañana
Hasta el diván, atravesando el visillo
En una oblicua franja azafranada.

De un color acre cálido, el vecino
Bosque cubrió las casas de la aldea,
Mi lecho, la humedecida almohada
Y el borde de la pared tras el estante.

Y recordé yo entonces el porqué
De estar húmeda la almohada.
Vi en sueños que caminando por el bosque
Acompañabais todos mi fúnebre cortejo.

Ibais en fila, solos o en parejas,
Y alguien, de pronto, recordó que hoy era
El seis de agosto, la Transfiguración
De Cristo, según el viejo calendario.

Habitualmente, una luz sin llama
En la cima del Tabor surge este día,
Y el otoño, claro como un estandarte,
Atrae hacia sí mismo las miradas.

Y atravesando el alisar menudo, pobre,
Desnudo y tembloroso, alcanzasteis del cementerio
El bosque, de color rojo jengibre, reluciente
Cual torta de alajú recién tostada.

Y fundíase imponente el cielo
Con las enmudecidas copas de ese bosque,
Y a lo lejos, el canto de los gallos
Resonaba en las inmensidades del espacio.

En el bosque y en pleno cementerio
Se erguía la muerte, cual banal agrimensor,
Contemplando mi rostro ya sin vida
Para abrirme una fosa a la medida.

Todos podían percibir con claridad
Una tranquila voz en torno suyo.
Era mi voz profética de antaño
Que indemne a la descomposición se desgranaba:

«Adiós, azul de la Transfiguración,
Adiós a ti, oro del segundo Salvador,
Alivia con la última caricia de mujer
La amargura de este fatídico minuto.

Adiós, años de angustia y aflicción.
Separémonos, tú, que desafiar osaste
El abismo de la humillación.
Yo soy, mujer, tu campo de batalla.

Adiós, impulso de un ala desplegada,
Vuelo libre de la obstinación,
Imagen de la tierra, en la palabra
Manifiesta, y taumaturgia y creación».

15. Noche invernal

Barría toda la tierra la ventisca,
Todos sus confines barría.
Sobre la mesa ardía una candela,
Una candela ardía.

Como en verano, enjambres de mosquitos
Hacia la llama vuelan,
Remolinábanse los copos de la nieve
Que llegaban del patio a la ventana.

La ventisca moldeaba en el cristal
Redondeles y saetas.
Sobre la mesa ardía una candela,
Una candela ardía.

En el iluminado techo
Reflejábanse las sombras,
Cruzamiento de brazos y de piernas,
Cruzamiento de destinos.

Caían de la mesa al suelo
Un par de borceguíes.
Y caían sobre el vestido
Lágrimas de cera de la lamparilla

Y todo se esfumaba en la blanca
Bruma de la nevosa noche.
Sobre la mesa ardía una candela,
Una candela ardía.

Sopla el aire en la candela,
Y una fiebre de tentación
Alza, como un ángel,
Dos alas entrecruzadas.

Todo el mes, todo febrero
Continuó azotando la ventisca.
Sobre la mesa ardía una candela,
Una candela ardía.

16. Separación

Desde el umbral un hombre está mirando
Sin lograr reconocer la casa.
Como una fuga fue su partida,
Por doquier huellas de devastación.

Reina el caos en las estancias.
Las lágrimas y la migraña
Le impiden abarcar
Todo el alcance del desastre.

Desde la mañana, los oídos
Le zumban sin cesar. ¿Es realidad
O bien lo sueña? Y ¿por qué le asalta
De continuo el incansable recuerdo de la mar?

Cuando la escarcha que cubre la ventana
No le permite ver la luz del día,
La angustia de la desesperada situación
Se asemeja más a los desiertos de la mar.

Le había sido tan querida
Que el más pequeño de sus rasgos
Era como la huella que el oleaje
Deja en la arena de la orilla.

Lo mismo que después de la borrasca
Los juncos se sumergen en las ondas,
Se hundieron en el fondo de su alma
Todos sus contornos y sus rasgos.

En los años de las calamidades,
En los tiempos de una existencia inconcebible,
Las olas del destino la arrancaron
Del fondo para reincorporarla a él.

Entre obstáculos sin cuento,
Superando riesgos numerosos,
Las olas la arrastraron,
Logrando unirla estrechamente a él.

Y ahora, en contra de su deseo,
Ha partido ella, quizás.
El dolor de su separación
La vida de los dos devorará.

Y el hombre mira a su alrededor.
Ella, en el momento de partir,
De los cajones de la cómoda, todo
Lo sacó, poniéndolo patas arriba.

Y él se mueve de un lado para otro,
Y hasta entrada la noche coloca
En los cajones las desperdigadas telas
E incluso de la costura el patrón.

Y al clavarse una aguja,
Olvidada en una de las prendas,
Se le aparece de repente ella
Y unas silenciosas lágrimas le caen.

17. Una cita

La nieve cubre los caminos
Y se acumula en los aleros.
Para desentumecer las piernas salgo:
Tú tras la puerta permaneces.

Con un abrigo de otoño, sola,
Sin chanclos y sin sombrero,
Luchas con tu desasosiego,
Y la mojada nieve sorbes.

Los árboles y los cercados
Se alejan entre las sombras,
Y aunque nieva sin cesar,
Aguantas sola en la esquina.

Resbala el agua por tu pañoleta,
Por las solapas y las mangas,
Y las gotas de rocío
En tus cabellos resplandecen.

Y un mechón rubio platino
Llena de luz todos tus rasgos,
Tu rostro, tu mantilla,
Tu abriguito y tu silueta.

Aunque cubre la nieve tus pestañas,
Tu angustia ocultar no logra,
Y todo tu semblante de una pieza
Parece haber sido esculpido.

Diríase que una cuchilla
Templada en antimonio
Grabado hubiera tu retrato
En mi corazón de un solo trazo.

Y en él para siempre llevo
Tus rasgos plenos de resignación,
Por eso carece de importancia
Que el mundo sea tan cruel.

Y por eso, esta noche de nieve
La ven mis ojos como dos
Y entre tú y yo soy incapaz
De intentar un límite trazar.

Mas ¿quiénes somos y de dónde
Procedemos, cuando ausentes
Ambos de este mundo, de aquellos años
Tan sólo habladurías, han quedado?

18. La estrella de Navidad

Era invierno.
Soplaba el viento de la estepa
Y el recién nacido tenía frío en la gruta
Que al pie del altozano se abría.

El aliento de un buey le calentaba.
Los animales domésticos
Dentro de la cueva estaban
Y sobre la cuna un cálido vapor flotaba.
Sacudiendo el polvo de sus lechos
Y de los granos de mijo las zamarras,
Desde el peñasco entre sueños los pastores
La nocturna lejanía observaban.

A lo lejos veíanse el cementerio y el nevado
Campo, cercados, lápidas sepulcrales,
Lanzas de carros semienterradas en la nieve
Y el estrellado cielo el camposanto tapizando.

Y al ladito, hasta entonces ignorada,
Tímida como una diminuta lamparilla
Que en el ventanillo de una caseta ardiera
El camino de Belén una estrella señalaba.

Como un pajar flameaba,
Lejos de Dios y del cielo
Cual resplandor del incendio
De un caserío al arder y un granero en combustión.

Como las llamas de un almiar se elevaba,
Como del heno y de la paja el fuego,
En medio del universo estremecido
Ante la inesperada aparición de aquel lucero.

La incipiente aurora enrojecía sobre él,
Significando todo ello que algo iba a acaecer,
Y se apresuraban tres astrólogos
A la llamada de tan nunca vista luz.

Les seguían camellos de presentes cargados
Y diminutos enjaezados borriquillos
Que paso a paso del cerro descendían.
Y la extraña visión de un cercano porvenir
Mostraba a lo lejos lo que sin duda sucedería.

Los pensamientos seculares, los sueños y los mundos,
El futuro de las pinacotecas y museos,
Las travesuras de las hadas,
los quehaceres de los magos.
Los árboles de Navidad, de la chiquillería los sueños.

El temblor de las bujías encendidas,
Las cintas de colores y el oropel florido...
...Sopla feroz el viento de la estepa...
...Balancea las manzanas y mueve los dorados globos.

Parte del estanque, las copas de los alisos
La ocultan, pero a través de los nidos
De los cuervos y el follaje el agua vuelve a brillar.
Y ven perfectamente los pastores como por la orilla
Los asnos y los camellos avanzan en un lento caminar.
—Vayamos todos juntos al prodigio a adorar—,
Dijeron, aprestándose las zamarras a arrebujar.

Del chancleteo por la nieve entraron en calor.
Por el claro del bosque, como la mica brillantes,
Unas desnudas huellas conducían al «portal».
Gruñían los mastines, a la luz que de la estrella,
Cual llama de una bujía, las huellas reverberaban.

La helada noche un cuento asemejaba,
Y desde el talud por la nieve formado,
Un invisible ser en sus filas penetraba.
Inquietos y temerosos, junto a sus amos los canes
Se revolvían, cual si una desgracia olfatearan.

Por ese mismo camino, por ese mismo lugar,
Con la multitud mezclados, unos ángeles marchaban.
Incorpóreos, para todos invisibles resultaban,
Pero en la nieve sus huellas era imposible ocultar.

Al pie del roquedal, la multitud se acumuló.
Alboreaba. Se perfilaban de los cedros los troncos.
—¿Y vosotros, quiénes sois?, María preguntóles.
De pastores una tribu somos, y mensajeros celestiales.
A cantaros venimos alabanzas a ambos.
—Todos juntos no cabéis. A la entrada esperad.

En las cenicientas sombras del amanecer,
Apretujábanse arrieros y ovejeros.
Disputaban con los jinetes los viandantes,

Junto al ahuecado tronco que era abrevadero
Mugían los camellos y coceaban los asnos.

Alboreaba. El amanecer, como polvillo de ceniza,
De la bóveda celeste, las últimas estrellas despejaba,
Y de entre la muchedumbre, únicamente a los Magos
Por el hueco de la roca dióles entrada María.

Dormía radiante todo él en su cunita de encina,
Como un rayo de luna, en el hueco del tronco
En lugar de unas pieles, del frío le guardaban
Los ollares de un burrito y de un bueyecillo el aliento.

En la oscuridad del establo envueltos,
De pie los visitantes palabras sueltas mascullaban.
De pronto, alguien, saliendo de la oscuridad
Por la izquierda de la cuna, apartó con la mano a un Mago,
Y éste, desde el umbral, en la Virgen se fijó,
Viendo como ella la estrella de Navidad contemplaba.

19. El Alba

Todo lo significaste en mi destino.
Vino después la guerra, la devastación,
Y durante largo, largo tiempo
Ni la menor noticia logré tener de ti.

Y al cabo de muchos, muchos años
Nuevamente tu voz vino a turbarme.
Leí toda la noche tu mensaje
Y como tras un desmayo reviví.

Tengo ansia de mezclarme con la gente,
Con su matinal animación.
Dispuesto estoy a hacer pedazos todo
Y a ponerlos a todos de rodillas.

Y echo a correr escaleras abajo
Cual si saliera hoy por vez primera
A estas calles cubiertas por la nieve
Y a estas desérticas calzadas.

Todos se levantan, reinan la luz y el bienestar,
Beben su té, se apresuran al tranvía,
Y en el transcurso de unos minutos
Se vuelve irreconocible la ciudad.

En los portales la tormenta teje
Una espesa red de apretados copos,
Y para llegar a tiempo todos corren
Sin haber terminado de almorzar.

Todo lo que ellos sienten yo lo siento,
Como si me encontrase en su lugar,
Me derrito igual que la nieve se derrite,
Y frunzo como la mañana el ceño.

Conmigo están la gente innominada,
Los árboles, los niños, las personas hogareñas.
Derrotado por todos ellos me siento
Y sólo en eso mi victoria estriba.

20. El milagro

Iba a Jerusalén desde Batania,
Abrumado ya por los presentimientos.
Los arbustos habían ardido en la pendiente,
Sobre la choza no se movía el humo,
Quemaba el aire y estaba inmóvil el juncal
Y liso del Mar Muerto el cristal.

En su amargura, que con la del mar competía,
Junto a algunos cúmulos de nubes,
Por la polvorienta senda caminaba hacia un mesón
De la ciudad a sus discípulos a encontrar.

E iba en sus pensamientos tan sumido
Que en su abatimiento el campo a ajenjo le olió.
Todo calló. Sólo allí
El se encontraba
Y la llanura permanecía en estado de sopor.
Todo se confundió: desierto y calor,
Y los lagartos, los arroyuelos y las fuentes.

No muy lejos erguíase una higuera,
Sin fruto alguno, ramas y hojas solamente.
Y El le dijo: ¿Cuál es tu utilidad?
¿Qué alegría puede ofrecer tu desnudez?

Sediento estoy, y tú sólo flor estéril eres.
Verte ha sido como con granito tropezar.
¡Qué ofensiva y carente de dotes eres!
Sigue hasta el fin de los siglos así.

Tembló el árbol ante tales palabras de reproche,
Igual que tiembla el pararrayos al caer la chispa.
Y la higuera en cenizas convertida quedó.
Si hubiera habido entonces la menor libertad,
En las hojas, las ramas, las raíces y hasta el tronco,
Las leyes de la naturaleza hubieran quizás intervenido.
Pero el milagro es el milagro y el milagro es Dios.
Cuando la revuelta impera, entre tanta confusión.
De improviso el milagro ante nosotros surge.

21. La Tierra

En los hotelitos de Moscú
La primavera irrumpe sin reparo.
Tras el armario se dispersa la polilla
Y se desliza por los sombreros de verano.
Los abrigos en los baúles se guardan.

En los anaqueles de madera
Se alinean las macetas
Con pensamientos y alhelíes,
Y se respira aire libre en las estancias
Y a polvo huelen las buhardillas

Y la calle habla familiar
Con el cegato marco del ventano,
Y la blanca noche y el ocaso
No aciertan a entrecruzarse junto al río.

Y en el balcón corrido de la casa,
Se deja oír lo que sucede alrededor,
Lo que a las gotas del deshielo
Le dice abril, de múltiples historias sabedor
Sobre las penas de la humanidad,
Y el alba en los cercados se congela
Como si se quisiera eternizar.
Y se entremezclan el fuego y el pavor
Tanto fuera como dentro del hogar,
Y por doquier el aire está fuera de sí,
Y por doquier las mismas ramas de los sauces,
Y por doquier los blancos brotes que revientan,
Lo mismo en las ventanas que en los cruces,
Lo mismo en los talleres que en las calles.

¿Por qué llora la lejanía entre la bruma,
Y desprende el mantillo amargo olor?
Esa es mi vocación precisamente
Que las distancias no sientan la nostalgia,
Que tras los límites de la ciudad
No domine a la tierra la melancolía.

Para eso, al comenzar la primavera
Se reúnen conmigo los amigos,
Y nuestras veladas son como una despedida
Y como nuestro testamento los banquetes,

Para que el secreto poder del sufrimiento
La frigidez de la existencia calentar logre.

22. Malos días

Cuando la última semana
Entró El en Jerusalén,
A su encuentro los hosannas resonaban
Y corría la gente con ramos tras El.

Vinieron luego días crueles,
No conmovía los corazones el amor,
Fruncidos con desdén los entrecejos,
Llega el epílogo, el final.

Con pesadez de plomo el cielo
Todos los patios recubrió.
Los fariseos, como zorros solapados,
Buscaban pruebas sin cesar.

Del templo las fuerzas tenebrosas
Por la escoria de la sociedad lo hacen juzgar,
Y con igual ardor con que lo habían exaltado
Maldijéronlo impertérritos después.

La muchedumbre en las calles,
Desde los portales atisbaba,
Y atropellándose, a empujones
El desenlace esperaba.

Y cuchicheando unos y otros
Las cosas más diversas se contaban,
Y la huida a Egipto y la niñez
Como un lejano sueño se evocaban.

Recordaban la majestuosa
Pendiente del desierto
Y la montaña en que con el imperio
Universal quiso tentarle Satanás.

Y de Caná las renombradas bodas
Y el milagro que a los comensales asombró
Y de su paso por el mar, por el que
En la niebla, como por tierra, la barca alcanzó.

Y el encuentro con los pobres en la choza,
Y al sótano el descenso con la vela,
Que de pronto con el susto se apagó
Cuando el Resucitado se irguió...

23. Magdalena

Cuando anochece, a ajustar cuentas
Por mi pasado el demonio se presenta.
El recuerdo de mi depravación
Hace que el corazón me sangre
Cuando esclava de los caprichos de los hombres,
Era yo entonces una estúpida posesa
Y en mi refugio la calle convertía.
Me quedan tan sólo unos minutos,
Y reinará un silencio sepulcral.
Pero antes que hayan transcurrido,
Mi vida que hasta el borde ha llegado,
Como si de un jarrón de alabastro se tratara
Quisiera hacerla añicos a tus pies.

24. Magdalena

Antes de la fiesta hace la gente limpieza.
Apartada de todo este ajetreo,
Quiero con el mirro que mi ánfora llena
Tus purísimos pies lavar.

Busco y no encuentro tus sandalias.
Las lágrimas no me permiten ver,
Las guedejas de mi suelta cabellera
Como un velo mis ojos quieren ocultar.

En los bajos de mi falda tus pies apoyé,
Jesús, de lágrimas los bañé, con mi collar
Los envolví, y como si fuera un albornoz
Con el manto de mis cabellos los cubrí.

Veo el futuro con tanta claridad
Como si tú lo hubieras detenido.
Y ahora, igual que hacen las sibilas
Con su profético poder, capaz soy de predecir.

En el templo caerá el dosel mañana,
En apartados grupos estaremos
Y bajo nuestros pies la tierra temblará
Movida, quizás, de compasión hacia mí.

Se reorganizarán las filas de la escolta
E iniciarán la marcha los jinetes.
Y como empujada por un torbellino, la cruz
Sobre nuestras cabezas hacia el cielo tenderá.

Al pie de la cruz me postraré en el suelo,
Y medio muerta mis labios morderé.
Extendidos en la cruz tus brazos
Para muchos como un abrazo serán.

¿Para quién sobre la tierra tal grandeza,
Tanto sufrimiento y fuerza tan inmensa?
¿Tantas almas y vidas hay en el mundo?
¿Tantos bosques y ríos y poblados?

Pero transcurrirán estos tres días
Y me harán caer en tal vacío

Que en tan terrible intervalo
Hasta la Resurrección maduraré.

25. El huerto de Getsemaní

El centelleo de las lejanas estrellas
Impasible iluminaba el recodo del camino.
La senda el Monte de los olivos bordeaba
Y por debajo de él el Cedrón discurría.

Se interrumpía a la mitad el prado.
Tras él la Vía Láctea empezaba.
Canosos olivos plateados a lo lejos
Por el aire trataban de avanzar.

Al fondo estaba el huerto de una hacienda.
Dejando tras el muro a los discípulos
Les dijo El: «De muerte afligida está mi alma,
Quedaos y permaneced aquí conmigo en vela.»

Renunció sin ofrecer oposición,
Como a las cosas prestadas se renuncia,
A la omnipotencia y a la taumaturgia,
Y era ahora como nosotros un mortal.

El espacio nocturno parecía
Tierra de destrucción e inexistencia.
Deshabitado estaba el universo
Y sólo el huerto era lugar en que habitar.

Y contemplando esas profundidades,
Negras, vacías, sin principio ni fin,
Para que ese cáliz la muerte evitar
Lograra, sudando sangre a su Padre rogó.

Aliviada su mortal angustia
Con el rezo, la cerca atravesó.
Por el sopor vencidos los discípulos
En los estipes del camino dormitaban.

Los despertó y les dijo: «Para estar conmigo
Os eligió el Señor, pero vosotros os dormisteis.
La hora del Humano Hijo ha sonado.
En manos de los pecadores se ha de entregar.»

Apenas hubo hablado, no se sabe de dónde
Surgió un tropel de vagabundos y de esclavos,
Antorchas encendidas, espadas y al frente de ellos
Con el beso traidor en los labios Judas.

Con la espada Pedro a los rufianes se enfrentó
Y a uno de ellos una oreja le cortó.
Pero oye decir: «El hierro nada puede resolver,
Retorna, hombre, tu espada a su lugar.»

De haber querido, habría mi padre
Multitud de aladas legiones enviado.
Y sin llegar tan siquiera a rozarme
Se habrían los enemigos dispersado.

Pero el libro de la vida a la página
Más preciosa y más sagrada llegó.
Ahora lo que está escrito deberá cumplirse
Pues que se cumpla de una vez. Amén.

El curso de los siglos como una alegoría es
Y ves que sobre la marcha puede arder.
En nombre de tu terrorífica grandeza
Entre tormentos voluntarios a la tumba bajaré.

Bajaré y el tercer día me levantaré,
Y lo mismo que descienden por el río las balsas,
A que los juzgue, como caravana de barcazas,
De las tinieblas los siglos hacia mí emergerán.

Notas

[1] 1 de octubre.

[2] 8 de julio.

[3] Distrito rural de la Rusia Zarista.

[4] Comisario de los distritos rurales. Elegido entre la nobleza local, gozaba de poderes administrativos y judiciales.

[5] Soloviov V.S. (1853-1900), filósofo, poeta y publicista religioso ruso. Ejerció gran influencia en el idealismo y simbolismo rusos.

[6] «Frailecito» o «Nochecita».

[7] Centros de enseñanza media, organizados en 1872 en la Rusia zarista. En comparación con los gimnasios (colegios), predominantes en el país, con su orientación hacia las letras, dedicaban mayor atención a las ciencias matemáticas y naturales.

[8] Manifiesto del 17 de octubre de 1905 («Sobre el perfeccionamiento del régimen estatal»). El zar Nicolás II, presionado por el creciente auge de la huelga política general que tuvo lugar en octubre en toda Rusia, se vio obligado a firmarlo, proclamando las libertades cívicas e instituyendo la *Duma* (Asamblea) *del Estado*.

[9] Una de las puertas de entrada a Moscú.

[10] Gapón G. A (1870-1906), sacerdote, miembro de la *ojranka* (policía secreta de la Rusia zarista).

[11] Vitte S. Yu. (1849-1915), conde, estadista, intérprete de los intereses de la burguesía monopolista rusa y miembro activo del gobierno zarista (18921905).

[12] Título de un libro de poemas de K.D. Belmont (1867-1942), poeta lírico ruso, representante del decadentismo.

[13] Rozánov V. V. (1856-1919), ensayista, crítico y filósofo ruso, de inclinación religioso-existencialista.

[14] Conocidas canciones populares.

[15] Célebre obra del dramaturgo ruso A. N. Ostrovski (1823-1886).

[16] Calle de Moscú, teatro de importantes acontecimientos revolucionarios en diciembre de 1905.

[17] Kiuí Ts. A. (1835-1918), conocido compositor ruso, miembro del grupo de «Los cinco» (Balákirev, Borodín, Kiuí, Músorgski y Rimski- Kórsakov).

[18] (?-882), príncipe de la Rusia antigua. Según la leyenda, gobernó en Kiev junto con el príncipe Dir. Fue muerto por el príncipe Oleg.

[19] Título de una balada de A. S. Pushkin.

[20] Forma rusa de Baco.

[21] Bosque plateado.

[22] Isla de los alces.

[23] Blok A. A. (1880-1921), poeta ruso, simbolista al principio, se alejó de esa corriente con motivo de la revolución de 1905-1907, llegando a través de la comprensión del «horrible mundo» de las relaciones burguesas a la idea de la inevitabilidad de la némesis revolucionaria y a prestar su apoyo a la Revolución de Octubre.

[24] Héroe de novelas populares.

[25] En las ceremonias nupciales del rito ortodoxo, los testigos mantienen durante cierto tiempo una corona sobre la cabeza de la novia.

[26] Comité asistencial organizado por Tatiana, hija del zar.

[27] Dall V. I. (1801-1872), escritor, lexicógrafo y etnógrafo ruso, autor del conocido Diccionario comentado de la lengua rusa.

[28] Se trata de la revolución democrático-burguesa de febrero de 1917.

[29] Periodo de las invasiones polaca y sueca (siglos XVI-XVII).

[30] Protagonista de la novela de M. Yu. Lérmontov (1814-41) *Un héroe de nuestro tiempo*.

[31] Fortaleza situada en el nacimiento de río Nevá, de régimen severísimo, donde eran encerrados los presos políticos. Sirvió de prisión a los *narodovoltsy*, miembros de la organización revolucionaria populista Naródnaia volia («Voluntad popular»), creada en Petersburgo en 1879.

[32] Uno de los protagonistas de *Los endemoniados* de F. M. Dostoievski (1821-81).

[33] Prototipo de la comadre simplona.

[34] Estudiante del famoso centro de enseñanza superior «Béstushev» de Petersburgo.

[35] De la exaltación de la Cruz.

[36] Puerta de Tver, una de las puertas de entrada a Moscú.

[37] Aguardiente casero.

[38] Billetes de banco de 20 y 40 rublos, emitidos en 1917 por el Gobierno provisional de la burguesía y los terratenientes, encabezado por Kerenski.

[39] Deformación de Gromeko. La forma *ex* se debe a que ya no se consideraba oportuno utilizar la palabra «señores».

[40] Denominación local de una orilla escarpada.

[41] Pugachov Ye. I. (1740 ó 1742-75), cosaco del Don, caudillo de la guerra campesina antifeudal de 1773-75, en la que puso de manifiesto su extraordinaria capacidad militar y organizadora. Hecho prisionero en 1774, fue ejecutado en Moscú. Es el protagonista de la novela de A. S. Pushkin *La hija del capitán*, donde el autor lo retrata magníficamente.

[42] Se trata de la obra *Crónica familiar* del destacado escritor ruso S. F. Aksákov (1791-1859), representante de la «Escuela natural».

[43] Antigua medida rusa de peso, equivalente a 16,3 kg.

[44] Abreviatura de *prodovólstvennyi otriad* (destacamento de abastos), uno de los grupos de obreros y campesinos, creados en la Rusia soviética (1918-20), encargados de requisar alimentos para el Estado, con objeto de ayudar a mitigar el hambre que padecía la población a consecuencia de la guerra civil.

[45] Razin S. T. (aprox. 1630-71), cosaco del Don, relevante jefe de la guerra campesina antifeudal de 1667-71. Traicionado por uno de sus subordinados, cayó en manos del gobierno zarista, siendo ajusticiado en Moscú.

[46] «El fusilador.»

[47] Se llamaba así a todos los que se ocultaban en los bosques ante el temor de ser enrolados por los rojos o por los blancos.

[48] 13 de junio.

[49] «nórdicas» o «norteñas», de *siéver*, norte.

[50] Suvórov A. V. (1729-1800), célebre militar ruso, generalísimo de los ejércitos del zar. Entre las numerosas campañas en que participó victoriosamente, destacó en 1799 en las de Italia y Suiza, infringiendo tremendas derrotas al ejército francés en Adda y Trebia.

[51] Expresión equivalente a una utilizada en el eslavo eclesiástico y que el que habla pone como ejemplo.

[52] Calzado de corteza de tilo, especie de abarcas.

[53] Mazepa I. S. (1644-1709), atamán de Ukrania (1687-1708). Trató de separar Ukrania de Rusia. Durante la Guerra septentrional de 1700-21 se pasó al campo de los invasores suecos. Después de la batalla de Poltava huyó a Turquía junto con Carlos XII.

[54] Coplas populares.

[55] Corsarios del principado de Nóvgorod (siglos XIV-XV).

[56] Oso de los cuentos populares.

[57] Siglas de Komitet chliénov Uchredítelnogo sobrania (Comité de miembros de la Asamblea constituyente), gobierno contrarrevolucionario, radicado en Samara en 1918.

[58] Griboiédov A. S. (1795-1829), destacado escritor y diplomático ruso, uno de los primeros representantes del realismo, autor de la inmortal comedia *La desgracia de ser inteligente*.

[59] Ciudad de Holanda, célebre por el tratado firmado en 1769 por Francia, España, El Imperio y Suecia.

[60] Tiútchev E I. (1803-73), destacado poeta lírico ruso.

[61] Círculo literario de Petersburgo (1815-18). Sus miembros, contrarios a los epígonos del clasicismo, defendían el sentimentalismo y el romanticismo.

[62] Pushkin V. L. C. 1770-1830), poeta ruso, tío de A. S. Pushkin, miembro del círculo Arzamás.

[63] Ossián, bardo legendario escocés del siglo III.

[64] Parny E. (1753-1814), poeta francés.

[65] Nekrásov N. A. (1821-77/78), destacado poeta social y periodista ruso, uno de los temas principales de cuya obra fue la miseria del campesinado ruso.

[66] «El ruiseñor bandolero», personaje legendario de las «bylini», viejas canciones épicas rusas.

[67] ¡Despierta!

[68] Especie de gachas.

[69] La Ascensión.

[70] Antigua medida rusa de superficie, equivalente a 1,09 ha.

[71] *Trudovikí*, fracción demócrata pequeño-burguesa de los diputados campesinos y de los intelectuales populistas de las 1-4 Dumas (Asambleas) del Estado (1906-17).

[72] Lídochka es, en realidad, nombre de mujer, diminutivo de Lida.

[73] Roscones y pasteles de Pascua. Los primeros llevan huevos cocidos y los segundos requesón.

[74] Se trata de un juego de palabras de imposible traducción. Goshka descompone la palabra *sabotáshnik* (saboteador) en so (con) y vataga (banda). De ahí la absurda explicación de la palabra *sabotáshnik*.

[75] Organización terrorista de extrema derecha.

[76] Jefe de la Comunidad.

[77] Duende.

[78] Káppel V. O (1883-1920), teniente general, uno de los organizadores durante la Guerra civil de la contrarrevolución en los Urales y Siberia.

[79] Secta religiosa que rechaza el rito de la Iglesia ortodoxa.

[80] Frase de *La conjuración de Fiesco*, acto III, escena 4, de Schiller, que se ha convertido en proverbial, tanto en Rusia como en Alemania.

[81] Su significado sería: aposentador general adjunto al mando supremo del ejército, primera copia Omsk, jefe del Estado mayor de la circunscripción militar de Omsk.

[82] Nombre de los partidarios de La Commune de Paris.

[83] Miembros de la guardia personal del zar Iván el Terrible, famosos por su crueldad.

[84] «Belleza».

[85] Personaje de los cuentos populares rusos.

[86] Crónicas de la antigua Rusia (siglos XVI-XVII).

[87] Gajda (1892-1948), uno de los organizadores de la sublevación del cuerpo de ejército checoslovaco (1918) del ejército de Kolchak en Siberia. Ejecutado en Checoslovaquia por su colaboración con los hitlerianos.

[88] Abreviatura de *ispolnítelnyi komitet* (comité ejecutivo).

[89] San Jorge, el Valeroso.

[90] San Jorge, el Victorioso.

[91] Calles de un barrio de mala nota de Moscú.

[92] Siglas de *Nóvaia ekonomícheskaia polítíka* (Nueva política económica). Fue implantada por el Estado soviético durante el periodo de transición del capitalismo al socialismo (1921-36). Denominada «nueva», a diferencia de la política del «comunismo de guerra» (1918-20), tenía por objeto el rápido restablecimiento de la

economía y su reestructuración socialista, admitiendo cierto desarrollo de los elementos capitalistas, pero conservando por parte del Estado soviético las riendas de la economía nacional.

[93] Siglas de *Vysshíe judózbestvenno-tejnícheskie masterskíe* (Talleres de enseñanza artístico-técnica superior), centro de enseñanza creado en Moscú (1920-26).

[94] Cuerpo de orden público y seguridad.

[95] Plaza situada en el centro de Moscú, próxima al Kremlin, donde se alzaba el pabellón del Picadero, hoy sala de exposiciones.

[96] Abreviatura de *soviétskoe joziáistvo* (granja estatal).

[97] Siglas de *Clávnoie upravlienie ispravítelno-trudovij lagueriéi* (Dirección General de los campos de redención por el trabajo).

[98] Comisario del Pueblo del Interior, detenido a principios de 1939.

[99] Tania fuera de turno.

[100] Sin padre.

[101] Véase nota 1, pág. 201. La expresión «siete encinas» se refiere a uno de los temas específicos del folclore.

[102] Véase nota 1, pág. 342.

[103] Variante de acordeón. Debe su nombre al de un legendario poeta de la antigua Rusia.